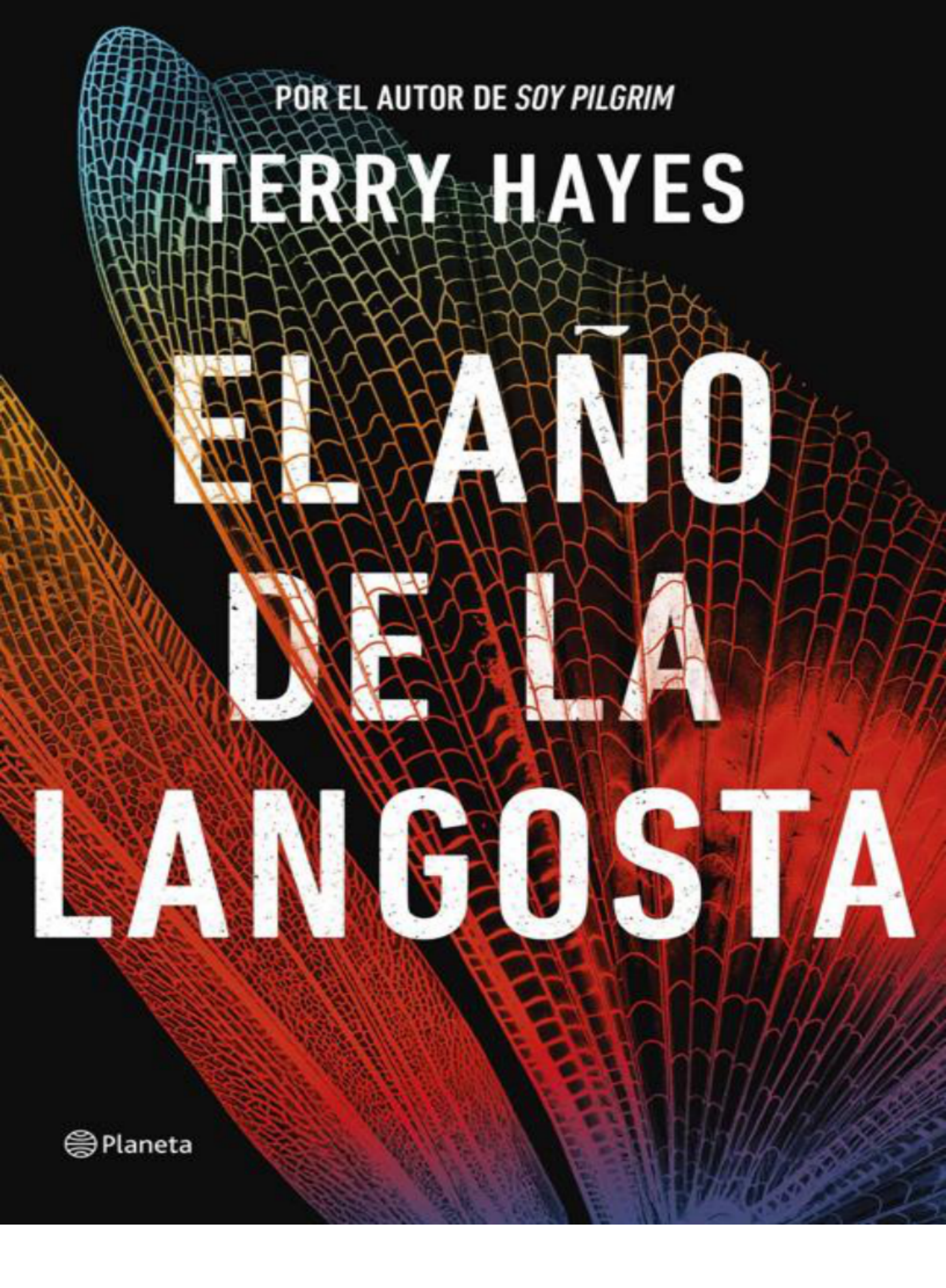


POR EL AUTOR DE SOY PILGRIM
TERRY HAYES
EL AÑO DE LA LANGOSTA
Planeta

Índice

Sinopsis

Si, como Kane, eres un espía de la CIA en una zona de acceso restringido, los límites no significan nada para ti. Tu misión es entrar, hacer lo que sea necesario y salir de nuevo, cueste lo que cueste. Sabes cuándo correr, cuándo esconderte y cuándo disparar. Pero algunos lugares no siguen ninguna regla. Algunos lugares son demasiado peligrosos, incluso para un hombre con la experiencia de Kane. Las tierras baldías donde se unen las fronteras de Pakistán, Irán y Afganistán son uno de esos territorios en los que la violencia es la única forma de sobrevivir. Kane viaja allí para encontrar a un hombre con información vital para la seguridad de Occidente, pero se encuentra con un adversario que pretende llevar al mundo al borde de la extinción. Un hombre aterrador, inteligente y cruel con sangre en las manos y venganza en el corazón…

Un *thriller* geopolítico impecable, adictivo y altamente cinematográfico que transporta al lector de Washington a Irán pasando por Rusia o Nueva York en un increíble viaje alrededor del mundo. *El año de la langosta* se erige como la novela de un gran observador de la realidad política que domina perfectamente la acción más trepidante. Un *thriller* imponente que ha fascinado ya a cientos de miles de lectores en todo el mundo.

El año de la langosta

Terry Hayes

Traducción de María José Díez Pérez



Para Alexandra, Stéphanie-Marie, Connor y Dylan.
Más de lo que podía esperar, mucho más
de lo que me merecía

Hemos encontrado a nuestro enemigo, somos nosotros.

Walt Kelly, cartel para el Día de la Tierra, 1970

Pasado mañana…

Primera parte

1

Una vez fui a matar a un hombre. En otras ocasiones, cuando era más joven, había seguido a mi objetivo por callejones iluminados por letreros de neón de Tokio, había visto el sol ponerse sobre la mezquita de las Nueve Cúpulas y había esperado en el muelle del centro de Estambul mientras las lágrimas de una mujer caían como la lluvia.

Esta vez estaba más al este, donde el mar Egeo confluye con el Mediterráneo y el sol turco cae a plomo sobre una cadena de islitas. La más pequeña de todas era también la más remota; las olas rompían contra los restos de un carguero varado en un arrecife, peligrosas corrientes recorrían cuevas ocultas, y un pueblo pesquero, cuyos barcos de madera habían desaparecido hacía ya tiempo, ahora no era más que unas ruinas.

Desembarqué a finales de primavera; me llevó a tierra el capitán egipcio de un carguero de vapor que fue lo bastante sensato como para no hacer muchas preguntas. Todavía recuerdo la brisa en el rostro y el embriagador olor a agujas de pino mientras avanzaba por un bosque en silencio, como he hecho la mayor parte de mi vida laboral, buscando siempre las sombras.

Mi objetivo ese día era un hombre valiente, de eso no cabía la menor duda, supuestamente un alemán de Nuremberg —esa antigua y bonita ciudad impregnada de tanta historia sombría—, y cuando lo sorprendí en la cocina de su solitaria villa, ambos supimos que había recorrido una larga distancia, tanto en kilómetros como en años, para llegar a tan letal encuentro.

Por aquel entonces yo formaba parte de la Agencia, y durante muchos años mi nombre en clave había sido Kane. Cinco años antes, el alemán había sido un activo leal del servicio de inteligencia estadounidense en Teherán. Lo que nadie sabía, aunque no se tardó en averiguar, era que el hombre trabajaba en secreto de contratista para los rusos. Da la impresión de que de un tiempo a esta parte todo se ha externalizado, incluso el espionaje.

Un tranquilo lunes por la noche salió a cenar tarde al bistró del profusamente dorado Espinas Palace Hotel de Teherán, y en el aseo de caballeros reveló el nombre de diez de nuestras fuentes iraníes más valiosas a un representante de Moscú. En el mundo del espionaje es de sobra conocido que las agencias de espías de Rusia e Irán han

trabajado codo con codo durante años, de modo que era inevitable que la lista de nombres acabara en manos de la PAVA, la brutal policía secreta iraní. El resultado fue que nuestra red —creada a lo largo de muchos años a un elevado precio en vidas y dinero y, lo que era más importante aún, una vital puerta trasera al programa nuclear iraní— quedó destruida en cuestión de horas. Incluso para la CIA, una organización que había sufrido bastantes fracasos, se consideró un desastre absoluto.

Las consecuencias para los ocho hombres y las dos mujeres a los que se desenmascaró debido a la traición de nuestro activo fueron mucho más catastróficas: comparecieron ante un juez en un juicio nocturno y al día siguiente unos operarios comenzaron a montar tres enormes grúas torre en una de las plazas más grandes de Teherán. Si bien los transeúntes no prestaron mucha atención al principio, su finalidad no tardó en ser evidente: asegurarse de que la mayor cantidad de personas posible pudiese ser testigo de cómo se hacía cumplir la sentencia dictada por el tribunal. En muchos países de Oriente Medio no basta con castigar a la gente: es preciso lanzar una advertencia a todo el mundo.

Una vez erigidas las grúas, se acoplaron los brazos horizontales. En el extremo de los brazos se afianzaron rollos de cuerda y, un día de primavera, tarde, cuatro furgones negros llevaron a los detenidos a la plaza. Mientras los minutos pasaban despacio, se izó a cada uno de ellos en una jaula hasta la parte superior de su propia grúa.

Allí, bajo la mirada de la multitud que se había reunido debajo, miembros de la Guardia Revolucionaria obligaron a los aterrorizados hombres y mujeres a colocarse en una pequeña plataforma situada en el extremo de cada brazo. Colgaron del cuello de cada uno de los prisioneros un cartel que los identificaba como espías del «Gran Satán» y a continuación les pasaron por la cabeza un lazo, que en el país se conoce popularmente como la «corbata iraní».

Gracias a la cuidadosa planificación, todos los que abarrotaban la plaza podían ver sin impedimento a las diez personas que se hallaban más arriba. Contra un despejado cielo azul, parecían estar suspendidas entre la bóveda celeste y la Tierra. Dadas las circunstancias, supongo que ahí era justo donde estaban.

Un pequeño grupo de hombres y mujeres situados muy cerca de las grúas —probablemente familiares y amigos— estaba de rodillas, profiriendo lamentos y rezando. Miraron hacia arriba cuando un hombre de uniforme, un teniente coronel, se encaramó a uno de los furgones y habló en farsi por un megáfono, su voz resonando en toda la plaza. Leyó el nombre de cada preso, los cargos que pesaban sobre él y la sentencia.

Por último, bajó los papeles y, alzando más la voz, pronunció una

palabra que se traducía como: «Listo». Uno de los condenados —un hombre— la oyó y el valor le falló: empezó a gritar, pidiendo a Dios que lo salvara.

Como de costumbre, al menos según mi experiencia, su súplica no surtió ningún efecto. Con una rutina bien practicada, la Guardia Revolucionaria se adelantó y cada uno de sus miembros le puso la mano derecha en los riñones a un prisionero.

Al ver este gesto, un silencio oneroso se impuso entre la multitud, y un niño de unos seis años se levantó de entre el grupo de amigos y familiares y miró a uno de los prisioneros —posiblemente su madre o su padre— y comenzó a gritar un nombre. A su lado una mujer lo obligó a sentarse de nuevo, el niño rompió a llorar y, después de lo que pareció una eternidad, el hombre del megáfono dio la siguiente orden: «Ahora».

La Guardia al unísono empujó a los prisioneros. Diez pares de pies abandonaron las plataformas de madera y el gentío prorrumpió un grito ahogado involuntario. Los familiares y amigos vieron como llovían zapatos y sandalias cuando las víctimas cayeron.

Precipitándose en vertical hacia la plaza, las cuerdas se desenrollaron deprisa tras ellos. Cuando llegaron a su tope, dieron un fuerte chasquido en el anclaje, los lazos se apretaron en torno a diez gargantas, los prisioneros pegaron un tirón hacia arriba y el cuello se les partió al instante.

Nadie en la multitud dijo nada; lo único que se oía eran los lamentos de las familias mientras los diez cuerpos se balanceaban suavemente con la cálida brisa de Oriente Medio.

No me sorprendió que la muchedumbre reaccionara con silencio. He tenido la mala suerte de ser testigo de unas cuantas ejecuciones —varias llevadas a cabo por un pelotón de fusilamiento, dos por ahorcamiento y una en una silla eléctrica, la de un anciano al que obligaron a «sentir el poder del rayo», como lo llaman los guardias del corredor de la muerte— y puedo prometer una cosa: el terror que refleja la cara de un hombre o una mujer cuando todo cuanto esperaba ser se desvanece en la eternidad no se olvida nunca. Su recuerdo aflora a las tres de la mañana, cuando todo lo que más temes en el mundo viene de camino, sube la escalera en tu busca.

Varios días antes —en el aseo de caballeros del Espinas—, el alemán, en pago por la lista de nombres, había recibido un maletín que contenía una fortuna en bonos suizos anónimos al portador. No soy creyente —nadie ha podido decir nunca de mí tal cosa—, pero hace dos mil años san Pablo escribió algo que, una vez escuchado, no resulta fácil olvidar: «La raíz de todos los males es el amor al dinero». Sin duda, esa noche en Teherán lo fue.

Desde el momento en que el traidor dejó su taza de café, un

chubasquero viejo, dos colillas y un recibo arrugado de una tarjeta de crédito en la mesa del bistró, entró en el aseo, efectuó el intercambio, salió por un club de fumadores contiguo, se subió al asiento trasero de un mototaxi que aguardaba y desapareció en la ciudad, los analistas de la Agencia calcularon que transcurrieron noventa y dos segundos. Noventa y dos segundos para convertirse en multimillonario, aniquilar toda una red de inteligencia y firmar la sentencia de muerte de diez compañeros. Se mirara por donde se mirase, era un espía muy bueno. Un profesional independiente, hecho a sí mismo, que actuaba de manera nada convencional.

Tal y como cabría esperar, la CIA —la organización con tantos defectos pero de vez en cuando brillante para la que yo trabajaba desde hacía doce años— efectuó numerosos intentos de dar con él, pero ninguno de ellos rozó siquiera el éxito y, puesto que diariamente salían a la luz cada vez más pruebas de su duplicidad, su fama fue en aumento hasta convertirse en una suerte de leyenda negra para la inteligencia estadounidense. Peor aún, los analistas de la Agencia ahondaron en el asunto y averiguaron que, a lo largo de los años, el hombre había adoptado tantas identidades falsas que la CIA finalmente se vio obligada a admitir un último y escalofriante hecho: no sabían quién era en realidad. Tal vez ni siquiera fuese alemán.

Puesto que su verdadera identidad era un misterio —y, me figuro, por respeto a su impresionante desaparición—, una de las intelectuales internas de la Agencia le dio un nombre que no tardó en triunfar. Le puso el nombre en clave de «el Mago», un hechicero, un prestidigitador, una palabra cuyas raíces se hundían en la Antigüedad. La Biblia nos dice que los tres sabios que llevaron oro, incienso y mirra para adorar a Jesús recién nacido eran magos. De manera que la CIA —la Agencia que en el curso de su historia había sido pionera en tantas de las oscuras artes del espionaje— se había acabado topando con un hechicero y un hombre que actuaba en solitario que era casi tan bueno como ellos.

Huelga decir que dicha revelación avivó la frustración del hombre que vestía caros trajes a medida y ocupaba el mejor despacho, y lo animó a redoblar los esfuerzos de la Agencia para encontrarlo. En la cúpula del mundo del espionaje los niveles de testosterona siempre han sido altos, de eso doy fe.

Cuando ni siquiera una búsqueda a la que asignaron muchos más recursos, dirigida por un cuidadosamente elegido equipo de científicos de datos y agentes en activo de élite, encontró rastro alguno del Mago, el problema acabó en mi mesa. Era viernes y me disponía a salir a almorzar, ya que pretendía adelantarme a la aglomeración del mediodía (el Starbucks del cuartel general de la CIA en Langley es, según muchos, el más concurrido del mundo). Mi ordenador y la caja

fuerte de mi planta ya estaban cerrados cuando oí el inconfundible tono que me informaba de que a mi bandeja de entrada acababa de llegar un mensaje de máxima prioridad.

Lo desencripté y vi que contenía los archivos secretos relativos a la traición de Teherán, una grabación espeluznante de la ejecución pública hackeada de las cámaras de la PAVA e informes de la serie de búsquedas fallidas que habían seguido. Lo acompañaba una nota del director en la que me pedía que me familiarizase con el material y me reuniese con él en su despacho el lunes, antes de que amaneciera. Que el director convocase una reunión a una hora tan intempestiva no era algo inusual, y en la Agencia había quienes afirmaban que esas citas tempranas eran un ardid: el director no era adicto al trabajo, decían, solo le gustaba dar esa impresión.

Resultó que se equivocaban: era un hombre motivado y ambicioso, que —aunque muy pocos lo sabían— había crecido en curiosas y difíciles circunstancias. Yo siempre había pensado que, en su caso, el trabajo llenaba un vacío emocional y, para ser sincero, no era algo del otro mundo en una Agencia famosa por sus personajes excéntricos e inadaptados.

El director —de pelo plateado, alto y aún con gran parte de la complexión atlética que lo había convertido en un corredor estrella en la universidad— se llamaba Richard Rourke, pero hacía años que nadie utilizaba ese nombre. Todo el mundo lo conocía como Halcón desde que, siendo un joven agente, se introdujo en Irán como parte de un equipo conjunto estadounidense e israelí cuya misión era inutilizar una serie de centrifugadoras nucleares ocultas en las escarpadas montañas cercanas a una localidad denominada Natanz.

La misión acabó en desastre, pero, aunque era el miembro con menos experiencia del equipo, Rourke demostró no solo un valor extraordinario, sino también una sangre fría considerable en circunstancias extremas: al menos cinco iraníes que trabajaban para la Agencia terminaron debiéndole la vida. Cuando se corrió la voz por el mundo del espionaje de cómo huyó a medianoche, bajo el fuego enemigo y sin detenerse ante nada, y cruzó la frontera iraquí con media red de colaboradores del país en la trasera de la camioneta, el nombre de «Halcón» ya no lo abandonó.

Con unos ojos llamativos y una mandíbula marcada, probablemente fuese más impresionante que atractivo, pero una cosa estaba clara: era el hombre mejor vestido que había visto en mi vida. A la hora que fuese, por muy tensa que fuera la situación, siempre se lo veía a primera hora de la mañana en su despacho o por la noche en el centro de operaciones con un traje de Brioni confeccionado a mano, corbata de seda y una camisa de Charvet. Incluso su colección de gemelos era algo que daba gusto ver.

Cuando dejó las operaciones en primera línea, pasó varias décadas trabajando duro para ascender en Washington, y la ropa y la imagen formaban parte de ello. En las altas esferas y los salones que frecuentaba la élite social en Georgetown se lo consideraba competente y sumamente sofisticado: alguien elegante en quien se podía confiar.

Halcón estaba en el ecuador de la sesentena cuando me llamó para que acudiese a su despacho y, para ser sincero, no me sorprendió que lo hiciese. Había oído rumores de que la búsqueda más reciente del Mago estaba resultando ser igual de infructuosa que las anteriores, y me figuré que, antes o después, un miembro de la élite de la inteligencia estadounidense caería en la cuenta de que lo más seguro era que yo tuviera las habilidades necesarias para proporcionar un enfoque nuevo a la persecución.

Debido a un extraño cúmulo de circunstancias, yo formaba parte de un pequeño cuadro de espías especializados en entrar en lo que se denominan «Zonas de Acceso Restringido» —lugares que se hallan bajo control hostil completo, como Rusia y Siria, Corea del Norte, Irán y las zonas tribales de Pakistán—, así que tenía más conocimientos que la mayoría sobre cómo podía evitar ser descubierto alguien a quien querían dar caza para eliminarlo.

En resumidas cuentas, era evidente que el Mago sabía ocultarse. Y yo también.

2

Mi experiencia y mis habilidades inusuales fueron la causa de que un viernes, por lo demás normal y corriente —en el que tenía prisa para ir a almorzar—, me encontrase una vez más a punto de echar un vistazo a un grupo de archivos que contenían información clasificada.

Cuando abrí el primero, sucedió algo extraño: un silencio como nunca había experimentado envolvió mi despacho, haciendo que me detuviera. Miré por la ventana: el viento que había estado soplando hasta cobrar la fuerza de una tormenta invernal había cesado por completo y las pocas hojas que quedaban en los árboles ya no repiqueteaban con fiereza. La gente supersticiosa o religiosa tal vez habría dicho que ese extraño silencio significaba que el universo exigía mi atención, que el cielo estaba señalando el momento en que un espía encubierto abría un archivo secreto y los planetas empezaban a alinearse.

Por suerte, no trabajaba dejándome llevar por semejantes espejismos. En una vida que forma parte del pasado desde hace ya tiempo, me gradué en ciencias en una universidad de gran prestigio y

siempre he creído en un mundo racional. Ese año había presenciado como el invierno azotaba con fuerza Virginia; la mayoría de las mañanas una gruesa capa de escarcha tapizaba el suelo y en varias ocasiones había visto árboles cubiertos por exoesqueletos de hielo, y sabía lo que significaba en realidad ese silencio exterior: cerca había comenzado a caer una fuerte nevada que amortiguaba el ruido del mundo, como tantas otras veces.

Preocupado por tener que coger el coche para ir a casa en la ventisca que se avecinaba, cerré la persiana veneciana, oí que el viento renovaba sus fuerzas de nuevo y me dispuse a examinar los archivos. Seis horas después, tras haberlos asimilado, estaba envuelto en una oscuridad cada vez mayor y pensaba en la dificultad de dar con el Mago.

Para complicar más las cosas, yo estaba seguro de que, mucho antes de que entrara en aquel lavabo de Teherán, ese hombre había preparado una serie de identidades y escondrijos nuevos, decenas de lugares y nombres que habría utilizado y desechado hasta estar seguro de que se le había perdido el rastro y el vasto mundo lo había engullido. Según la base de datos de la Agencia, había alrededor de doscientos millones de hombres blancos de mediana edad en el planeta: un mundo ciertamente inmenso para un agente de inteligencia que intentase localizar a uno en concreto.

Aunque su archivo en Langley contenía todas sus fotografías y datos biométricos habidos y por haber, no me cabía la menor duda de que, justo después de dejar Teherán, habría hecho un alto en las montañas suizas, ya fuese en Gstaad o en Villars-sur-Ollon, pueblos exclusivos que no solo acogen los dos internados más caros del planeta, sino que también albergan instituciones de una índole muy diferente. En lo más profundo de sus valles pueden encontrarse clínicas sin distintivos que se especializan en cirugía secreta de alta calidad. La amante de Vladimir Putin había dado a luz en una ocasión en una de ellas, y si los rusos te habían pagado una fortuna, podías salir de allí con un rostro distinto, entradas nuevas, huellas dactilares modificadas quirúrgicamente e implantes magnéticos en las espinillas que te añadían centímetros de altura.

En la soledad de mi despacho, fui consciente de que me estaban pidiendo que localizase a un varón blanco de estatura y nacionalidad indeterminadas, con un nombre que desconocíamos, en un lugar que no éramos capaces de identificar, que lucía un rostro que no habíamos visto nunca y dejaba unas huellas dactilares que no eran las suyas. Tal vez algo en su pasado lejano pudiera ser de ayuda, salvo por el hecho de que no habíamos averiguado quién era en realidad. En Turquía tienen una expresión para un cometido así: dicen que es como excavar un pozo con una aguja.

Me levanté, me acerqué a la ventana y abrí la persiana a la noche, contando con ver que la ventisca había llegado y la nieve se acumulaba en el suelo, pero allí solo estaba el viento que soplaba entre los árboles. Era extraño, pensé, que se hiciese el silencio y la tormenta invernal no llegase. Sin darle más importancia, me dije que dar con el Mago era un enigma interesante, pero si se retiraban la venganza y la testosterona de la ecuación, la misión no era muy relevante: ese hombre había desaparecido hacía tiempo, vivía al margen de todo, ya no suponía una amenaza para nadie.

Mientras miraba los esqueléticos árboles, me vino a la cabeza algo que mi padre, que había fallecido hacía diez años, me había dicho una vez: «Si lo que buscas es venganza, cava dos tumbas»; y acaricié la idea de sugerirle a Halcón que tal vez fuese mejor que la Agencia localizara a los traidores de hoy en lugar de preocuparse tanto por los de ayer. Por suerte, algo impidió que lo hiciera.

En su lugar, seguí la pista del Mago, y uno de los insignificantes artículos que dejó en la mesa del Espinas Hotel me llevó hasta esa isla del Egeo. Sabía que el hombre vivía solo y, con el sol de mediodía calentándome la espalda, las buganvillas rojas cayendo en cascada por los muros de la villa y una Sig Sauer de 9 milímetros negra en la mano, entré por una puerta del sótano cerrada con llave, avancé por la silenciosa casa y lo sorprendí en la cocina, preparando pasta en un fogón de gas, cantando en voz baja una canción de amor italiana. Conque de alemán no tenía nada.

Flaqueó a mitad de nota, presintiendo mi presencia, y se volvió hacia el comedor. Nos vimos cara a cara con unos diez metros de agradable aire mediterráneo de por medio y acto seguido, sin vacilar, dio medio paso, ocultando momentáneamente la mano derecha. En un movimiento retiré el seguro del arma y mi dedo se tensó en el gatillo...

Eso fue todo lo que pude hacer: en la décima de segundo que medió entre que mi ojo vio y mi mano reaccionó, él llevó a cabo un extraordinario truco que me lanzó —con los oídos pitándome, medio sordo— hacia el fondo de la habitación y le dio veinte segundos para sacar una pistola, abrir fuego y escapar al jardín. Una vez más se dio a la fuga, haciendo lo que mejor sabía hacer: desaparecer.

Sin embargo, con el tiempo, lo verdaderamente significativo de esas horas que pasé en la isla no fue que lo hubiese encontrado o si la Agencia había conseguido vengarse. No, su importancia fue muy distinta: sin querer, el Mago me enseñó un truco brillante, un asombroso recurso que terminó salvándome la vida.

Algo después, en una misión mucho más importante e infinitamente más angustiosa que cualquier otra que hubiera emprendido nunca, surqué océanos de tiempo, atravesé un paisaje regido por el miedo hasta llegar a las ruinas de un complejo industrial que debió de ser

grandioso en su día. Se trataba de unas instalaciones rusas ubicadas en la antigua república soviética de Kazajistán, y, aunque lo más probable era que fuesen pocos los que lo recordasen ahora, habían sido el escenario de uno de los mayores logros de la humanidad. Fue allí donde acabé en un brutal combate cuerpo a cuerpo con muy pocas papeletas de ganar y, al verme frente a frente con la eternidad, hice memoria y recordé lo que había hecho el Mago. Nunca podré perdonar a ese hombre por su traición en Teherán, pero no cabe duda de que tengo con él una gran deuda de gratitud y, dada la importancia que revestía mi misión, tal vez el mundo también la tenga. Un ejemplo más —como si hiciesen falta— de que la vida está llena de ironías.

Aunque llegó a su mortal final en el histórico y deteriorado cosmódromo kazajo de Baikonur, la misión empezó a miles de kilómetros de distancia, en el territorio desolado y sin ley en el que confluyen las fronteras de Irán, Afganistán y Pakistán. Un triángulo letal, una zona en la que halcones peregrinos, las criaturas más rápidas de la Tierra, cazan al amanecer y la vida de un espía especializado en Zonas de Acceso Restringido a menudo se mide en días.

Fui allí para reunirme con un informante, un hombre que conocía un mundo de secretos sobre el grupo terrorista más peligroso del mundo. No sabía decir si era un hombre valiente —quería dinero y pasaportes para dar una vida mejor a su mujer y sus hijos—, pero sí sabía una cosa: si lo desenmascaraban, su esperanza de vida sería más corta incluso que la mía.

3

Tratándose de un viaje que me llevaría al corazón de las tinieblas, el comienzo no fue muy propicio. Volé a Karachi, la mayor ciudad de Pakistán, el día más caluroso de que se tiene constancia en la historia de la metrópoli, y eso que solo estábamos a finales de abril. Cuando salí del climatizado vestíbulo de llegadas, el calor era tan intenso que literalmente me impedía respirar.

La quinta ciudad más poblada del mundo —y muy posiblemente la más caótica—, Karachi, es hogar de veinte millones de personas, casi todas pobres, constreñidas en una zona situada entre el delta de un río por un lado y las contaminadas aguas del mar de Arabia por el otro. Cinco veces al día el muecín llama a la oración a sus habitantes desde tres mil mezquitas, el aire está contaminado de diésel y el agua potable no es mucho mejor. Nada te prepara para la agresión a los sentidos. Cuando cruzaba el aparcamiento, vi que varias personas rodeaban a dos mendigos que se habían desplomado de un golpe de

calor, uno de los cuales bien podía estar muerto. Alguien más supersticioso, alguien que prestara atención al silencio que precede a la tormenta, quizá lo hubiera considerado una señal.

Salí de la ciudad y conduje durante ochocientos kilómetros hacia el oeste, a la mayor velocidad posible, con el mar turquesa a mi izquierda y nada salvo un asfalto desierto y resplandeciente delante. A medida que los kilómetros desaparecían en el retrovisor, me iba adentrando en uno de los lugares más solitarios y más desolados que había visto en mi vida hasta que, por fin, me detuve en un saliente, miré hacia el horizonte y vi ante mí un páramo de tierra reseca, desfiladeros profundos y despeñaderos intransitables, mi primer atisbo de Jomhuri-ye Eslami-ye Iran: la República Islámica de Irán.

Solo un puñado de espías estadounidenses habían logrado infiltrarse en el país, y menos aún habían regresado con vida. Y ahora, a treinta kilómetros de distancia, oculta a la vista en ese lugar inhóspito, se encontraba su fuertemente vigilada frontera. Todo lo que tenía que hacer era cruzarla, sin que nadie me viese, como un fantasma en la noche.

4

La misión empezó, como tantas otras veces en el mundo del espionaje, con un incidente en apariencia trivial. Un hombre que intentaba arreglar el aire acondicionado de su coche encontró un papel —en el que no constaban más que el código y los detalles del envío— afianzado al dorso de una pieza de repuesto. Eso no le habría dicho nada a casi ninguna otra persona en la faz de la Tierra, pero él no era un hombre cualquiera, y el papel, al menos en un sentido, era muy poco común.

El hombre en cuestión era un soldado leal en la que había llegado a ser la organización terrorista que más rápido crecía en el mundo, una que se hacía llamar «el Nuevo Ejército Islámico de los Puros» y cuyas raíces se hundían en el fundamentalismo religioso y el sentimiento antioccidental. No había nada inusual en eso —había muchas organizaciones así—, salvo por el hecho de que el Ejército de los Puros era la última encarnación del que probablemente fuese el grupo terrorista más violento de la historia moderna.

A pesar de lo que habían afirmado los líderes de multitud de países, el Estado Islámico, también conocido como ISIS —la brutal organización que surgió de las ruinas de Siria e Irak—, nunca fue derrotado militarmente. Al hallarse bajo incesantes ataques, había hecho lo que siempre han hecho insurgentes y organizaciones terroristas: se dispersó a los cuatro vientos y el cáncer sufrió

metástasis.

El resultado fue que había cinco ramas principales del ISIS, y los líderes de las mejores —o peores, según se mire— pasaron a denominarse el Ejército de los Puros, se dirigieron hacia el sur y encontraron un puerto seguro entre las columnas de granito, las aldeas ancestrales y los valles escondidos de la frontera entre Pakistán e Irán. «¿Por qué creó Dios la frontera? —decía el viejo chiste—. Quería hacer quedar bien a Afganistán.»

Los satélites espía, el hackeo telefónico a escala industrial y el reconocimiento facial omnipresente —cuya versión secreta ahora es capaz de identificar a personas desde más de trescientos kilómetros de distancia en el espacio— demostraron que el Ejército estaba atrayendo partidarios y combatientes más deprisa de lo que creían posible incluso los hastiados observadores de Langley. En su apogeo, el ISIS había reclutado a más de treinta mil soldados extranjeros, y un gran número de ellos —ahora con gran experiencia— había empezado a recorrer la carretera de la costa desde Karachi o a bajar por las antiguas rutas de salida del opio de Afganistán para unirse a las filas del Ejército.

Para los miles de hombres y mujeres de Langley que, después del 11-S, habían dedicado toda su vida profesional a monitorizar las arenas movedizas y las corrientes secretas del fundamentalismo islámico, cada vez era más evidente que estaban siendo testigos del auge de algo tan terrorífico como el ISIS o, peor aún, tan mortífero como la Al-Qaeda de Osama bin Laden. Sin embargo, esos mismos analistas también sabían que una retórica violenta y batallones de seguidores no eran más que decoración. Sin un elemento crucial, cualquier grupo de fundamentalistas islámicos no era distinto de las trescientas milicias armadas que operaban en América: hombres y mujeres que jugaban a disfrazarse los viernes por la noche y se «desplegaban» por el bosque más cercano los fines de semana. Para ser el trigo y no la paja, que fuese declarado auténtico y no falso, un grupo terrorista tenía que lanzar ataques.

Cuanto más duro el objetivo, tanta mayor la gloria, y no había ningún objetivo que resultase más difícil atacar que América. Bin Laden lo consiguió de manera espectacular y encendió un faro para que sirviera de guía a todos los demás grupos terroristas. En cierto modo, y no es fácil decirlo, si bien el lugar que fue blanco de los ataques del 11-S se despejó hace años, todos continuamos viviendo entre las ruinas de las Torres Gemelas. Como ha dicho un historiador —que menciona virus descontrolados, el cambio climático, huracanes catastróficos, inundaciones masivas y terrorismo sin fin—, ciertamente esta es la Era del Pánico.

Seis horas después de que los analistas de la Agencia presentaran su

informe secreto sobre el auge del Ejército de los Puros —y de que, debido a ello, el nivel de alerta antiterrorista de la Agencia pasara del naranja a un rojo de rápido parpadeo—, la base de Kabul, la enorme operación que la CIA tenía en marcha en Afganistán, oyó el primero de lo que acabaría siendo un redoble de rumores.

A veces me retrotraigo a los tiempos en los que era relativamente nuevo en el oficio del espionaje: iba a bordo de un carguero que cruzaba el mar de Andamán frente a las costas de Tailandia e, incapaz de dormir —estaba nervioso porque tenía que infiltrarme en Myanmar para reunirme con un grupo de líderes rebeldes—, subí a cubierta de madrugada y me puse a contemplar el mar. Era una de esas noches que los controladores aéreos llaman «de gran visibilidad»: no se oía ningún sonido, era nítida y despejada, el aire se llevaba la contaminación y las estrellas iluminaban una oscuridad cristalina.

La hélice del barco giraba, haciendo que miles de millones de minúsculos organismos marinos emitieran una luz brillante, y caí en la cuenta: estaba rodeado de la fosforescencia del océano. Con la Vía Láctea arriba y una Vía Láctea abajo, era como viajar por un mar de velas, una metáfora perfecta del mundo del espionaje. Los espías también viajan por aguas desconocidas y extrañas, rodeados no de estrellas y organismos marinos, sino de fragmentos de información. Sin embargo, el truco era el mismo: no centrarse en las velas, sino intentar ver la luz.

Después de semanas oyendo el redoble de rumores, Kabul hizo exactamente eso: miró más allá de las velas y concluyó que el Ejército de los Puros planeaba algo importante, un acto terrorista concebido como grandioso teatro que emularía a sus más sombríos antecesores.

En el mundo del espionaje existe un nombre que se reserva a actos terroristas mundiales realizados a esa escala, y Kabul no tenía la menor duda de que se avecinaba otro «golpe espectacular».

5

El informe urgente de Kabul —que recibió el grado de clasificación de seguridad más alto y se envió únicamente a Halcón Rourke y a su superior, el director de Inteligencia Nacional— dejaba claro en sus tres primeros párrafos que, si bien tan devastador ataque tal vez abarcara el mundo occidental, se centraría en América.

Alarmados, los dos jefes del espionaje en Washington destinaron de inmediato todos los recursos de la enorme red de inteligencia estadounidense —900.000 personas y más de 2.000 organizaciones gubernamentales, tres docenas de las cuales eran completamente extraoficiales— al cometido de intentar descubrir todo lo que

pudieran de un complot indefinido, apenas visible. Ambos hombres sabían que tenían que encontrar más velas como fuera.

Al día siguiente un activo de Estados Unidos de segunda fila en Afganistán recibió un mensaje encriptado en el teléfono en el que se le pedía que se mantuviera alerta y aguzase bien los oídos.

El hombre, un afgano de unos cincuenta años que solía llevar monos grasientos —uno de los varios cientos de empleados de la CIA que trabajaban por libre en el país—, era un técnico de aires acondicionados que desempeñaba su ocupación desde un taller móvil: un robusto camión con tracción a las cuatro ruedas que aseguraba —escrito en un lateral en pastún, darí e inglés— que, allí donde uno estuviera, Doctor Air podía «curar» el aire acondicionado de cualquier marca o modelo de vehículo.

A lo largo de las fronteras de Afganistán, Irán y Pakistán gozaba del reconocimiento de ser el mejor de todos los especialistas en reparaciones en carretera. Durante veinticinco años se había ganado la vida deambulando libremente por los remotos pueblos y las ciudades que se hallaban desperdigados a uno y otro lado de las distintas fronteras, tuteaba a patrullas fronterizas y funcionarios de los tres países y siempre le permitían pasar sin trabas a cambio de una recarga de freón gratuita o una reparación sencilla.

Su especialidad era conseguir piezas de las que no había estocaje y, aunque ninguno de sus clientes entendió o cuestionó nunca el porqué, cómo lo lograba tenía su buena razón: la CIA hacía llegar en avión las piezas desde Estados Unidos y se las enviaba a su almacén en Kabul todos los meses. Reclutarlo como activo y proporcionarle todo lo necesario para que su negocio fuese un éxito fue la acertada idea de Halcón Rourke cuando era jefe de la CIA en Kabul años antes.

«Esconderlo a la vista de todos: la zona es un horno, todo el mundo necesita su aire acondicionado —razonó Halcón por aquel entonces—. Ese hombre se puede sentar alrededor de un fuego, beber la obligatoria taza de té y escuchar.»

El técnico hacía exactamente eso: en el transcurso de los años había pasado cientos de rumores e información y ahora su contacto en Kabul le pedía que prestara más atención aún. El técnico habría desoído la petición —supuso que la Agencia acostumbraba a enviar directrices urgentes para asegurarse de que todo el mundo mantenía los ojos bien abiertos— de no ser porque ese mensaje también iba acompañado de un cordial saludo, después de todos esos años, de su viejo amigo Halcón Rourke y del ruego de que hiciese todo lo que pudiera para ayudar.

Diez días después, mientras trabajaba en su taller en un polígono industrial a las afueras de Kabul, reabasteciendo su camión con un nuevo envío de piezas de la CIA, cuando el hedor de la planta de

tratamiento de aguas residuales contigua era más insoportable que nunca, recibió una llamada de un teléfono vía satélite en la que le pedían ayuda urgentemente. No había nada extraño en ello, y esta vez la llamada la efectuaba un hombre cuyo aire acondicionado había reparado en varias ocasiones a lo largo de los últimos años. El cliente, que al parecer pasaba mucho tiempo en la carretera, dijo que estaba atrapado en una aldea al otro lado de la frontera, en Irán, cerca de Zabol, un centro regional que ostentaba con regularidad el dudoso honor de ser la ciudad más contaminada del mundo según la Organización Mundial de la Salud.

En otras circunstancias el técnico se habría negado: el pueblo se hallaba a más de mil kilómetros de Kabul, no había más peticiones de asistencia en la zona y tenía ganas de descansar unos días en la capital antes de ponerse en marcha de nuevo.

La perspectiva de conducir por el asfixiante aire de Zabol no resultaba muy atractiva; por otra parte, el hombre siempre le había intrigado. Hablaba muy poco, viajaba constantemente, era un afgano que en su día había sido taxista en Kabul y ahora vivía en Irán sin un empleo aparente, o al menos con ninguno del que pareciese dispuesto a hablar. Tal vez se dejara llevar por la intuición tras media vida en el mundo de las sombras, o quizá solo fuese avaricia, pero el técnico decidió efectuar el viaje. Kabul pagaba bien la información, y el mensaje de Halcón indicaba que había una gran demanda.

A media tarde, con un verano que entraba pisando con fuerza, cruzó la frontera de Irán y, veinticuatro horas después —tras conducir sin apenas hacer un descanso— llegó a la aldea. La causa principal de la contaminación de la zona era un polvo marrón que desplazaba un viento incesante y, para intentar protegerse de él, los dos hombres habían quedado al socaire de una mezquita de altos muros. No tendrían que haberse molestado: el viento aullaba con más fuerza incluso que de costumbre, cambiaba de dirección, atrapaba el humo de la lumbre en la que cocinaban en las ruinosas casas, lo agitaba hasta hacer de él un cóctel asfixiante y convertía a los hombres y las mujeres que caminaban a buen paso por los callejones en nada más que fantasmas envueltos en la nube de polvo.

Mientras intentaba orientarse en la penumbra de la tarde, con las luces encendidas, el camión del técnico avanzó a lo largo de la pared de la mezquita y finalmente se detuvo junto a un Nissan Patrol con tracción a las cuatro ruedas parado. El conductor del Nissan se bajó de inmediato, corrió hasta la trasera del camión, abrió la puerta trasera con fuerza y se refugió dentro. Rozaba la cuarentena y era un hombre con buena planta, con la piel del color de un antiguo artefacto de bronce y casi igual de maltrecha: a todas luces había pasado mucho tiempo expuesto al sol y al viento. El técnico esbozó una de sus medias

sonrisas y señaló el apocalíptico mundo al otro lado del parabrisas.

—En el nombre de Alá... —observó en farsi negando con la cabeza.

Dejó el asiento del conductor para pasar a la caja, donde tenía una cama y varias sillas entre cajas de piezas de repuesto, sacó dos tazas y encendió un hornillo de gas. Mientras esperaba a que el té estuviese listo, señaló el Nissan.

—¿Otro problema con el compresor? —preguntó.

—Lo hubo —repuso el hombre, que estaba de pie al fondo del vehículo, medio sumido en las sombras—. Hace unos meses. Se soltó del anclaje, así que lo saqué y lo arreglé.

—Entonces, ¿ahora qué le pasa? —inquirió el técnico.

—Esto —contestó el visitante. Sostenía en la mano un papelito (tenía imprimidas dos líneas de palabras y números en inglés) y lo puso en alto para que el técnico lo viese.

Este no tuvo que mirar dos veces.

—Cuando saqué el compresor, encontré esto pegado en la parte posterior de la unidad —contó el visitante—. Supongo que a alguien se le olvidó quitarlo. —Se lo acercó al técnico, aunque en realidad no era necesario. El técnico sabía exactamente lo que era: una pegatina con un código, un grupo de letras identificadoras y los detalles del envío del compresor.

Cuando menos, la CIA era una burocracia gubernamental, y cada pieza que se enviaba desde Estados Unidos era debidamente catalogada y marcada, lo cual obligaba al técnico a retirar todas las pegatinas cuando los repuestos llegaban a su taller. O al menos él creía haberlo hecho. Supo de inmediato que los números y las letras no suponían ningún problema: hacían referencia a la información relativa al envío que demostraba que la pieza se había adquirido por orden del subdirector de Langley para Kabul, para el activo local 11789.

El agua para el té estaba hirviendo y más adelante, cuando yo estaba uniendo las piezas de esta narrativa, el técnico me dijo que durante un instante se planteó echar mano de su viejo Smith & Wesson, un revólver robusto y versátil que descansaba en el asiento del acompañante, pero desechó la idea: no le cabía la menor duda de que la mano derecha del visitante —que no se veía, pues estaba baja, pegada al costado— empuñaba su propia arma, que lo apuntaba a él.

Aunque le faltó poco para entrar en pánico, el técnico dijo que entonces tuvo un instante de lucidez: cayó en la cuenta de que si el único objetivo del encuentro fuera desenmascararlo, ya estaría muerto. Tampoco parecía que tuviese mucho sentido tratar de convencerlo de que no lo matara. Se encogió de hombros.

—Todos tenemos que comer.

—¿Conoces bien a los americanos? —le preguntó el visitante.

—Lo suficiente.
—¿Tratas directamente con los espías o con un intermediario del lugar?
—Directamente con ellos —afirmó el técnico.
El visitante levantó la mano derecha para que quedara a la vista y el técnico vio que sostenía una Ruger GP100. Apuntó al hornillo, para decirle sin palabras que el agua estaba hirviendo, y el técnico —al que le temblaban violentamente las manos— comenzó a intentar preparar el té.
El visitante no le quitaba los ojos de encima.
—En estos últimos años hemos coincidido en unos diez sitios distintos. ¿A qué crees que me dedico?
El técnico abrió las manos para indicar que no estaba seguro.
—Nunca te he visto con nadie, así que no pensé que estuvieras pasando a gente al otro lado de la frontera. Un contrabandista de oro era mi mejor apuesta, de tabaco, quizá, aunque pensé que para eso te haría falta un vehículo más grande.
El visitante asintió, pero no añadió nada que desmintiera las teorías del técnico.
—¿Sabes cuánto les costó el 11-S a los americanos? —le preguntó.
El técnico dejó el té, tan sorprendido por la pregunta que incluso cesaron de temblarle las manos.
—¿Qué?
—Solo las Torres Gemelas, los rascacielos, estaban valoradas en sesenta y dos mil millones de dólares estadounidenses. Costó casi mil millones de dólares más despejar la zona.
Sin saber por qué era relevante esa información, el técnico contestó:
—Es interesante.
—Lo es, sí —aseveró el visitante—. Hace que uno se pregunte algunas cosas, ¿no te parece? ¿Cuánto habrían pagado para prevenirlo? ¿O para evitar algo parecido?
El técnico se volvió de nuevo y clavó la vista en sus tazas de té: ¿qué le estaba ofreciendo ese hombre? El corazón empezó a latirle con fuerza, y no estaba seguro de si era por avaricia o por miedo.
Recordó la alerta encriptada de Kabul y el mensaje de Halcón y se preguntó si el hombre de ese Nissan que no estaba averiado habría oído algo: algunos de esos rumores que llevaba el viento y la CIA tenía tanto interés en oír.
—Yo diría que pagarían mucho por algo así —contestó con cautela el técnico.
—Estoy de acuerdo —convino el visitante—. Antes te he preguntado a qué creías que me dedicaba. —No esperó a que el técnico le contestase—. Soy correo —dijo.
—¿Correo? —repitió el técnico, sin saber qué quería decir

exactamente—. Correo ¿de quién?

—De FedEx no, desde luego —respondió el visitante.

6

Cuando pusieron en marcha la organización, los comandantes del Ejército tomaron una decisión crucial: se dieron cuenta, a pesar de que los programadores afirmaban lo contrario, de que ningún civil podía comprar un teléfono o una aplicación de mensajería encriptados que fuesen seguros de verdad.

Estaban en lo cierto: no existe ningún dispositivo o *software* que la Agencia Nacional de Seguridad no pueda crackear si lo que hay en juego es lo bastante valioso. Por consiguiente, la cúpula del Ejército decidió que utilizar correos humanos era el método de comunicación más seguro y, al hacerlo, pasó a formar parte de una tendencia en alza en el mundo de la clandestinidad de desechar los dispositivos electrónicos, porque el papel no se puede hackear y lo que se lleva en mano no se puede intervenir.

Por lo tanto, el Ejército seleccionó y formó a un puñado de mensajeros leales, que se movían como las sombras para transportar documentos ocultos y mensajes orales entre agentes, proveedores y financieros, pero había un aspecto del sistema que la cúpula del Ejército no previó: cuanto mayor es el complot, cuanto más valioso es el secreto, mayor es la tentación de venderlo.

Eso hizo que uno de sus correos —un padre de dos niñas pequeñas, un antiguo taxista que se había hartado de la rigidez del fundamentalismo y estaba desilusionado con gran parte de su retórica, un hombre que vio una oportunidad para cambiar la vida de su familia y estaba dispuesto a correr el riesgo de que lo ejecutaran por intentar aprovecharla— estuviese sentado en un camión en un rincón de Irán azotado por el viento y dejado de la mano de Dios hablando con un técnico de aire acondicionado afgano al que Alá —*subhanahu wa ta’ala*, glorificado y exaltado sea— le había revelado en forma de agente de inteligencia americano independiente.

El correo era un aficionado en el mundo del espionaje, pero eso no significaba que no hubiera aprendido una de sus reglas fundamentales: un secreto tal vez valiese una fortuna, pero si uno quería sacarle partido, tenía que ser el primero en ponerlo a la venta. Sabía que el peligro de que alguien se le adelantase era cada vez mayor.

—Hace tres semanas la gente comenzó a hacer preguntas —contó—. Los hombres han empezado a hablar en susurros: se está filtrando información de lo que se está planeando. Ese es el motivo por el que, cuando llamé, dije que era urgente: es posible que no tarde en llegar a

oídos de los americanos o que alguien la venda antes que yo.

—¿Venderla? ¿Les quieres vender información a los americanos? —inquirió el técnico. Jamás se planteó que pudiese tener un problema así: él se ganaba la vida recogiendo migajas. El hombre era un correo: los secretos que conocía por fuerza tenían que ser mucho más sustanciosos y lucrativos—. Por esa información que dices tener —dijo mientras servía el té—, ¿cuánto pides?

—Veinte para mí y cinco para ti —contestó el mensajero.

El técnico dejó la tetera, aunque no había terminado de servir, y miró fijamente a su invitado. Tenía que estar seguro de que lo había entendido.

—¿Millones? —planteó—. ¿De dólares americanos?

—Mucho más barato que el 11-S. Es una ganga para los americanos —aseguró el correo—. Exigiré pasaportes estadounidenses, y también una casa segura, una identidad distinta, una vida completamente nueva.

—¿Veinticinco millones de dólares? —repitió con pasmo el técnico—. Una nueva vida, pero ¿dónde?

El rostro del hombre se suavizó.

—En algún sitio donde no haga falta el aire acondicionado, eso por de pronto; con vistas al agua, un lugar donde llueva —dijo—. He consultado un mapa: Oregón o Maine, quizá. ¿Tú?

El técnico negó con la cabeza: nunca había sopesado vivir en Occidente ni hacerse con cinco millones de dólares, así que no tenía respuesta.

—¿Qué quieres que haga yo? —quiso saber.

—Pásale un mensaje a tu contacto. Pregúntale si quieren comprar lo que vendo.

—Los conozco —dijo el técnico con reserva—. Siempre están buscando trampas, querrán verificar la información, pruebas. Ni siquiera sé cuál es tu verdadero nombre. ¿Qué les digo, que un hombre al que conocí en Irán llamado Mohammad quiere veinte millones de dólares?

El mensajero negó con la cabeza, sonriendo.

—Diles que la información que tengo es sobre lo que los jefes de aquí llaman un «golpe espectacular»…

—Un ¿qué? —quiso saber el técnico.

—Tu contacto lo entenderá. Dile que soy un correo de confianza del Ejército de los Puros y que conozco lo suficiente sus planes y a su cúpula.

El técnico reaccionó: ¿el Ejército de los Puros? Por lo que había oído, eran personas muy temidas; claro que, por cinco millones de dólares, ¿qué esperaba?

—La CIA te pedirá información, detalles, un montón de cosas —

añadió el correo—. Pero escucha: yo soy quien tiene el control, no ellos. Te diré cuáles son mis condiciones. ¿Me estás escuchando?

—Perdona —se disculpó el técnico, distraído—, me estaba planteando Las Vegas. Quiero ver Las Vegas.

7

El técnico pasó una hora fuera, expuesto al aullador viento, fingiendo reparar el aire acondicionado del Nissan por si alguien los estaba observando. Después siguió con la vista al correo mientras se alejaba hacia la oscuridad vespertina, durmió dos horas y, en un estado de gran agitación, volvió a su taller junto a la planta de tratamiento de aguas residuales.

Una vez que levantó la persiana de acero, se vio a salvo dentro y echó el cerrojo, se conectó a la *dark web* a través de la red TOR y abrió un popular tablón de anuncios yihadista.

Describiéndose como un combatiente afgano de mediana edad, pobre pero devoto, su mensaje —cuatro líneas largas y llenas de errores ortográficos y gramaticales— era una petición sencilla pero desesperanzada: buscaba una esposa mucho más joven que fuera a vivir con él a una aldea minúscula cerca del Hindú Kush. Era el último de muchos mensajes similares que había ido subiendo a lo largo de los años, en todos los cuales intentaba conocer a una posible esposa, y estaba seguro de que muchos de las decenas de miles de habituales del tablón lo insultarían y se burlarían de él. Incluso en el submundo islámico, por lo visto, internet es un lugar despiadado, pero el técnico sabía algo que ninguno de sus críticos sabía: aunque su propiedad estaba profundamente escondida, el tablón de anuncios se hallaba bajo el control de la CIA.

La Agencia había creado la página y la había enterrado en la *dark web* para controlar la actividad yihadista y recabar toda la información posible sobre sus usuarios. También servía a otro propósito: sus tablones de anuncios permitían a los activos que la Agencia tenía en territorio hostil avisar a sus contactos en la CIA de que necesitaban reunirse con ellos, ayuda o apoyo. El verdadero mensaje del técnico estaba en las palabras mal escritas y en los tiempos verbales mal empleados. La combinación exacta de los errores decía que quería reunirse urgentemente con su contacto.

El mensaje atrajo la habitual cantidad de comentarios ofensivos, pero solo uno revestía valor. Subido por un yihadista que se hacía llamar AK-47 y acompañado de un avatar de una bandera estadounidense en llamas, en realidad lo había escrito un contacto de la CIA en Kabul. Estaba, asimismo, codificado y entre sus sugerencias

desdeñosas de dónde podía encontrar o comprar una esposa se incluían la hora y el lugar donde la CIA se reuniría con él.

Treinta y seis horas después, uno de los anodinos pero blindados Toyotas Land Cruiser de la Agencia dejó atrás la planta de tratamiento de aguas residuales y entró en un polígono industrial destartalado de las afueras del sur de Kabul.

La CIA había escogido de forma deliberada la ubicación del taller del técnico: cuando el viento soplaba del norte, como solía hacer la mayor parte del año, el olor en el polígono industrial resultaba casi insoportable, hecho este que lo convertía en el lugar ideal para propósitos clandestinos. Los trabajadores corrían del coche a los edificios con aire acondicionado, ni siquiera los fumadores se reunían a la sombra fuera de los talleres y nadie había visto cruzar sus puertas a alguien por casualidad en años.

El Land Cruiser zigzagueó entre barriles de petróleo apilados y se detuvo delante de un edificio en la zona más apartada del polígono. El conductor, un americano de origen afgano de unos cuarenta años, uno de los chóferes de mayor confianza de Kabul, hizo sonar el claxon y casi inmediatamente la persiana se levantó. Solo cuando se hubo cerrado del todo detrás del vehículo, se bajó un hombre que iba sentado en la parte de atrás envuelto en una *kufiya*, un pañuelo que le cubría todo el rostro salvo los ojos, y cuya presencia quedaba oculta por completo gracias al tintado oscuro de las ventanillas.

Cuando se quitó el pañuelo, resultó ser un atractivo hombre de cuarenta y pocos años, con unos ojos grises y despiertos y barba de dos días. Oriundo de Texas, se llamaba Chris Halvorsen y era el jefe de la CIA en la base de Kabul. Estiró la espalda —las carreteras de Kabul eran letales—, con lo que el arma que llevaba en la cadera quedó claramente visible bajo la cazadora vaquera, y sonrió con naturalidad cuando vio salir al técnico.

Este se movía deprisa, arrastrando un tanto los pies, como siempre, retorciéndose las manos, si bien ese gesto no tenía nada que ver con los nervios. Halvorsen sabía por su larga experiencia que, más que la solicitud de reunirse o la cantidad de signos de exclamación empleados, la costumbre de las manos significaba que el técnico tenía algo importante de lo que informar: era evidente que el hombre veía que se avecinaba un gran día de paga.

8

Once minutos después de entrar en el taller, Chris Halvorsen ya se disponía a marcharse.

Tras darle la mano al nervioso informante y rehusar una taza de té,

el jefe de Kabul acompañó al hombre al lugar desde el que solía dar parte: un par de sillones sucios en un rincón del fondo del local, junto a tres ruidosos generadores que hacía que resultase prácticamente imposible que alguien los escuchase. Así y todo, los hombres se inclinaron hacia delante, casi susurraban, y Halvorsen hizo que el técnico le contara tres veces todo el intercambio con el correo, intentando obtener todos los detalles; y después —cuando estuvo seguro de que no había nada más que averiguar— cambió todos sus planes. Por lo general se quedaba al menos una hora para dar la impresión de que había ido a que le mirasen el aire acondicionado; no fue así esta vez.

Llamó a su chófer, se puso de nuevo la *kufiya*, se subió al asiento trasero del coche y pidió que lo llevara deprisa a la base aérea de Bagram, donde —dentro de un perímetro de alta seguridad— se hallaba el cuartel general de la CIA en Kabul. El lugar más seguro de ese complejo de inteligencia extenso y a prueba de bombas era la ZONA TEMPEST, y desde el interior de sus paredes forradas con planchas de plomo y con el zumbido de generadores de ruido blanco, Chris Halvorsen —al que pocos meses después capturarían, torturarían y ejecutarían en Siria— llamó a Halcón y lo informó de lo que había sucedido en la aldea cercana a Zabol.

Según los registros de la Agencia, en Washington eran las 10.43 cuando el director de la CIA cogió la llamada. Veintiocho minutos después estaba en la sala de reuniones contigua a su despacho en la séptima planta, consultando notas en su portátil y actualizando a su decena de asistentes más cercanos y de más rango.

—El correo, si de verdad lo es, tiene condiciones —los informó Halcón—. Resulta comprensible: si se ha decidido a contar la verdad, estará aterrorizado. Dice que no pondrá nada por escrito ni en una memoria USB, por si cae en manos indebidas: eso le costaría la vida a él y, casi con toda seguridad, a su familia.

»De su boca al oído de alguien, dice que solo lo hará así —prosiguió Halcón—. Lo cual implica una reunión, y le ha dicho a nuestro intermediario que no se arriesgará a levantar sospechas cambiando su rutina. La reunión tendrá que celebrarse en su territorio, en un lugar que no solo le resulte familiar, sino que considere seguro. —Halcón se encogió de hombros y miró a los presentes—. Según él, ninguna de estas cosas es negociable. Dice que está dispuesto a caminar.

Con la actualización completada, se hizo un silencio breve, que acabó rompiendo Bill «Buster» Glover, uno de los directores adjuntos de la Agencia, un hombre que frisaba en los sesenta y parecía una cama sin hacer: corpulento, el cabello alborotado y rebelde, la camisa arrugada y una expresión de preocupación permanente.

—Habla de un golpe espectacular. ¿Ha dicho alguna cosa más a ese

respecto? —quiso saber Buster.
—No —contestó Halcón—. Está intentando vendérnoslo, no revelará nada gratis, y eso suponiendo que sepa algo.
—¿Cuánto? —preguntó Buster—. ¿Cuánto quiere?
Halcón hizo una pausa, los miró de nuevo.
—Veinte millones para él, cinco para el intermediario y lo de siempre: pasaportes, salvoconducto...
No terminó la frase.
—*¿Cuánto?* —exclamó alguien desde el extremo de la larga mesa, anonadado. En ese sentido actuaba de portavoz del resto de la sala.
—Dios bendito —añadió una mujer sentada hacia la mitad—. ¿Veinticinco millones, Halcón? Podría ser el timo del siglo, al menos en lo que concierne al mundo del espionaje.
—Podría, sí —contestó Halcón mientras la mayoría de las cabezas asentía. Si había algo que todos los del mundillo suscribían (con independencia del bando en el que sirvieran) era que el oficio estaba lleno de tramposos, estafadores, mentirosos, fantasiosos y traidores—. Pero su información también podría ser genuina —apuntó Halcón con suavidad.
—No te estarás planteando pagar, ¿no? —preguntó el hombre del fondo, poniéndose hecho una fiera.
—Antes del 11-S no lo habría tomado en consideración; después del 11-S no lo puedo pasar por alto —contestó Halcón—. Es el mundo en que vivimos, Jim.
—No..., no —contestó Jim negando con cabeza, y a él se le sumaron por lo menos cuatro o cinco personas más. En pocos instantes la sala se enzarzó en una discusión. Los que abogaban por considerar la idea se vieron superados claramente en número, una desigualdad que intentaron compensar levantando la voz, y la disputa se fue acalorando por momentos.
—Vale, vale —dijo con dureza Buster, que se puso de pie, se metió la camisa en el pantalón y captó su atención. La sala se calmó—. Redactemos el documento, ¿os parece?
—¿Qué documento? —preguntó Jim con agresividad. Era alto, y también elegante: un cuarentón ambicioso con el rostro tan lleno de surcos que parecía un tramo largo de carretera hecha polvo. Era analista jefe (la persona más joven en ostentar el cargo) y alguien que a todas luces no tenía pensado quedarse en eso.
—El documento que vamos a firmar todos —aseveró Buster.
—No sé de qué estás hablando —repuso Jim.
Halcón intervino.
—Lo que Buster quiere decir es que redactaremos una nota breve en la que se especifica quién está a favor de que sigamos esta pista, con independencia del coste, y quién no, y después la firmaremos todos.

—¿Por qué? —preguntó la mujer del centro.

—Para ahorrar tiempo —adujo Halcón—. Después del 11-S a la Comisión de Investigación le resultó difícil averiguar quién defendía qué en los meses previos al ataque. Todo el mundo se desentendía y se hacía el loco. De este modo, si sufrimos otro golpe espectacular, no habrá ningún problema a ese respecto: les entregaremos el documento y ellos sabrán exactamente quién opinaba qué.

Nadie decía nada.

—Bien. ¿Quién está a favor de firmar? —preguntó Buster.

La respuesta seguía sin llegar.

—Las cosas de pronto son distintas cuando ya no es un ejercicio intelectual, cuando hay que izar la bandera e ir a la batalla —observó Halcón.

Todo el mundo en la mesa se tranquilizó un tanto y ahora asentía: lo que había dicho Halcón era verdad. El director se volvió a centrar en su ordenador portátil, de nuevo con el control absoluto de la sala.

—Y ahora, ¿podemos sopesar la información en sí? Si queréis mi opinión, creo que las condiciones que exige nuestro presunto correo hacen que tenga más credibilidad. Actúa exactamente como cabría esperar de un hombre que está jugando al juego más peligroso del mundo.

—Y la cifra que quiere que le paguemos también —agregó Buster—. Con semejante petición, sabe que examinaremos al milímetro su persona y su historia. Sin duda el tipo debe de tener una seguridad en sí mismo aplastante. —Sonrió—. O delirios de grandeza.

—Bueno, pero entonces ¿qué hacemos? —preguntó Jim, ahora en un tono más participativo—. ¿Pedir una prueba de vida, por así decirlo?

—Exacto —convino Halcón—. Diremos que para seguir negociando tendrá que hacernos llegar un gesto de buena fe, algo que demuestre que forma parte del Ejército y no nos la está jugando.

Todo el mundo asintió. Ahora dependía del correo proporcionar una prueba de vida, y los asistentes empezaron a relajarse. La reunión había terminado.

Buster cogió del suelo su deshilachada americana y se acercó a Halcón.

—¿Veinticinco millones? Joder, el mundo en que vivimos…

—Pues sí —contestó Halcón—. El mundo que creó el 11-S.

9

Esa tarde se envió un mensaje desde la séptima planta de Langley hasta Kabul; Chris Halvorsen lo llevó al taller de reparación de aire

acondicionado, el técnico cruzó con él la frontera iraní y a continuación se lo transmitió al oído al correo en un pequeño bazar situado a poco más de trescientos kilómetros al sur del lugar donde se habían reunido la vez anterior. La CIA quería una prueba de vida.

El bazar era un sitio miserable y corrupto, que gozaba de popularidad entre contrabandistas y hombres que se aprovechaban del continuo reguero de refugiados que intentaban llegar a Teherán. Sentados al fondo de un antro vacío donde se servía té, el correo le dijo al técnico que contaba con que los compradores quisieran alguna prueba. Minutos después los dos hombres fueron al Nissan y, tras asegurarse de que nadie los observaba, el técnico se hizo con un pequeño gesto de buena fe. Logró cruzar las fronteras con él, llegó a su taller y se lo entregó a Chris Halvorsen. En el cuartel general de Kabul, sellaron la prueba —un papelito del tamaño de una tarjeta de visita pero sumamente fino— en una caja de acero y la enviaron a Langley.

Desde allí, la recortada y muy borrosa fotografía se transportó a la Agencia Nacional de Seguridad, en Maryland, donde, después de ser ampliada por los expertos en imágenes y analistas de imágenes, reveló gran cantidad de información. Con la prueba y el informe de la NSA en la mano, Halcón convocó una nueva reunión de sus asesores más cercanos y, si bien la información que revelaba la fotografía distaba mucho de ser definitiva, sí era lo bastante convincente para persuadir a Halcón y a los presentes de que tenían que tratar con el presunto correo.

Cuatro horas después de que la séptima planta tomara la decisión de reunirse con el mensajero a la hora y en el lugar que él eligiese en Irán, los hombres y las mujeres cuyo trabajo consistía en planificar la misión concluyeron que un espía especializado en Zonas de Acceso Restringido que viajase solo y entrara a pie ofrecería la mejor probabilidad de éxito.

En la oscuridad, a las 3.22 de la mañana de un domingo, minutos después de que Halcón firmase lo que se conoce como «Formulario B1706» —una orden para iniciar una operación clandestina—, el teléfono móvil encriptado que descansaba en mi mesilla de noche, junto a la cama, sonó. Adormilado, lo cogí y me di cuenta de que quien llamaba ya había colgado. No tenía la menor duda de lo que significaba eso.

Miré la lista de llamadas perdidas y vi que era de un número que conocía: un número de un teléfono que, como bien sabía yo, nadie cogería aunque lo marcase. En el mundo en el que yo vivía, el número en sí era el mensaje cifrado.

Me decía que un coche venía en camino. Iba a entrar en acción.

10

A las cuatro de la mañana me encontraba en la parte de atrás de un SUV anodino y estaba colocando la palma de mi mano derecha contra un lateral de un maletín de acero que había llegado con el vehículo.

Era la versión tecnológica más moderna de lo que en el mundo del espionaje se conoce como «maletín seguro», y conté hasta siete para mis adentros, dando a la miríada de sensores ocultos en el acero el tiempo suficiente para leer los datos biométricos de mi mano. La retiré e, instantes después, con el sistema convencido de mi identidad, la tapa del maletín se abrió con un resorte y yo vi delante la pantalla de un ordenador portátil especialmente diseñado para aquel propósito. Un archivo titulado «Correo/Fronteras» ya estaba abierto y me decía, *grosso modo*, adónde iba a ir. Sentí que unos dedos helados me subían por la espalda. Tenía que ser Irán, ¿eh? El lugar más letal de todas las Zonas de Acceso Restringido con diferencia. Así que empecé a leer el extenso archivo con gran agitación.

Cuando franqueamos el puesto de control de Langley, ya había terminado, conque cerré la tapa y devolví el maletín al responsable de protegerlo, que iba sentado delante y miraba por la ventanilla. La brisa nocturna confería una nitidez molesta a los árboles y —muy apropiada, en vista de mi inminente misión— una media luna estaba suspendida en el cielo. No podría haber pedido una noche más bella para embarcarme en lo que acabó siendo un asunto tan feo.

Tras pasar dos controles más, entré en la zona de máxima seguridad de Langley, un vasto espacio enterrado bajo la Burbuja, el auditorio de la CIA. En el vestíbulo subterráneo, cuando hice entrega de la última de mis pertenencias —teléfono, reloj, cinturón y hebilla— y me ordenaron que pasara por un escáner de rayos X de retrodispersión, un guardia de seguridad me indicó que fuese a la más segura de la decena de salas de reuniones de la zona.

Acompañado de dos guardias, caminé por pasillos desiertos, oí el zumbido de los generadores que envolvían el exterior del área en un muro de ruido blanco antiescuchas y me detuve frente a una puerta de alta seguridad. Deslicé mi pase por otro escáner más, esperé mientras las cámaras de reconocimiento facial confirmaban mi identidad, vi como se abría la puerta.

Al entrar descubrí que el amplio y por lo general insulso espacio era ahora una sala de guerra. Varios expertos en análisis de imágenes estaban trabajando con ordenadores en un rincón, un puñado de pantallas de alta definición habían descendido desde compartimentos situados en el techo, envolviendo toda la habitación y convirtiéndola en algo parecido a un cine IMAX. En el interior de un círculo de *hardware*, sentado a una mesa de reuniones alargada, se hallaba un

grupo de analistas de inteligencia especializados en zonas fronterizas, todos los planificadores de la misión y casi todos los asesores de la séptima planta. Halcón —sentado en el extremo más alejado, el maestro de ceremonias del circo de cuarenta miembros— movió la cabeza afirmativamente a modo de saludo y me indicó que me acomodase en el asiento desocupado del extremo de la mesa.

—¿Ha leído el resumen en el coche? —preguntó sin preámbulos.

—Me figuro que recibió usted la prueba de vida, de lo contrario yo no estaría aquí.

Halcón echó mano de una pequeña lámina de cristal que estaba en una mesa auxiliar, se la dio a un asistente y, con la sala entera esforzándose por verla, llegó hasta mí. Vi que el finísimo rectángulo de papel —con una fotografía impresa en él que apenas se distinguía— se hallaba entre dos láminas de cristal irrompible para protegerlo. Ahora parecía un espécimen biológico. Miré el papel con más atención y sonreí. Halcón sonrió a su vez.

—Buen truco. ¿Lo utilizó alguna vez, Halcón? Me refiero a cuando estaba en activo —quise saber.

—No soy *tan* viejo —replicó fingiendo haberse ofendido—. Pero lo conozco por los libros.

—Ya, igual que yo —afirmé.

Una de los analistas de inteligencia sénior, una mujer de unos cincuenta años conocida por sus cigarrillos electrónicos y por su cinismo, estaba perpleja.

—No lo pillo —admitió—. ¿Una foto mala es un buen truco?

Halcón negó con la cabeza.

—Se refiere al papel en el que está impresa, Margaret. El truco fue cómo consiguió el correo pasar la fotografía por las fronteras.

—Es como un pedazo de historia —opiné—. La idea se le ocurrió a la Resistencia francesa (los maquis) cuando luchaba contra los nazis...

Halcón me interrumpió:

—De ahí su pregunta de si yo lo había utilizado cuando estaba en activo. Estaba dando a entender que soy lo bastante viejo como para haber luchado en el 42.

Todo el mundo se rio.

—La Resistencia tenía un problema —continué—. ¿Cómo pasar información secreta entre distintos grupos (el punto de entrega de unos suministros, la hora y el día de una reunión) cuando los confidentes y la Gestapo estaban por todas partes? Como eran franceses, fumaban mucho (igual que en Irán), pero los cigarrillos industriales eran caros, así que lo que hacía la mayoría de ellos era fumar tabaco de liar.

—A algún miembro de la Resistencia se le ocurrió la idea de escribir la información secreta en un papel de fumar, por dentro, y si la

Gestapo les daba el alto, se sacaban el pitillo de detrás de la oreja y se lo encendían. Cada vez que daban una calada, destruían más la prueba.

Señalé el finísimo papel.

—Puede que nuestro correo o el intermediario hayan leído sobre este método, o quizá se les haya ocurrido a ellos mismos. En cualquier caso, utilizaron un cigarrillo liado para sacar del país la prueba que pedíamos. ¿Qué sabemos de la foto? —pregunté.

Halcón apuntó a las pantallas IMAX. Me volví y me quedé pasmado cuando apareció la imagen: los técnicos de la NSA y los expertos en análisis de imágenes del rincón habían hecho uso de la ingente potencia computacional y del *software* clasificado de que disponían para ampliar miríadas de píxeles y convertir una fotografía con bultos borrosos y sombras indistintas en una imagen vívida ampliada mil veces más que la original. Me adelanté y me quedé mirando un conjunto de casas de adobe erigidas alrededor de la plaza de un pueblo.

—¿No hay metadatos? —pregunté, refiriéndome a los detalles relativos a la hora, el día y las coordenadas GPS que se almacenan automáticamente en una fotografía.

—No. Los metadatos solo figuran en una fotografía digital, y lo que nosotros tenemos es una copia. Pero, aunque tuviésemos una versión digital, estoy seguro de que en ella no habría nada —replicó Halcón—. Como puede deducir del papel de fumar, ese hombre no es estúpido.

Mientras miraba la foto, me fijé en los detalles.

—Un toldo tendido de lado a lado de la plaza, una mesa dispuesta para servir comida, hombres con las manos levantadas en el aire, bailando, una cabra que van a sacrificar atada a una estaca. ¿Una celebración? —aventuré—. ¿Un cumpleaños?

—Una boda, creemos —respondió Halcón—. Probablemente un miembro del Ejército de cierta categoría que se casa con una joven de un pueblo del lugar.

Miré a los alrededor de veinte hombres que se veían en la foto: todos ellos de espaldas a la cámara, demasiado sumidos en las sombras o con el rostro recortado para que no se pudiera identificarlos.

—Está claro que se ha asegurado de que no podamos ver ni una sola cara…

—No dará nada gratis. Pero sí facilitó al intermediario un dato para vendernos la moto: asegura que al hombre del sillón bajo el toldo se le conoce como «el Emir».

Lo miré: iba vestido completamente de blanco, a juzgar por su postura ya no era joven, y la fotografía estaba enmarcada a propósito para suprimirle el rostro.

—El título no significa gran cosa, ¿no? —planteé—. Siempre se lo ponen ellos mismos.

—Sí, pero toda organización terrorista necesita a su figura mesiánica —apuntó Halcón—. El Emir es la suya. Probablemente un intelectual o algún estudioso de la religión, de los que siempre apelan a la interpretación más mortífera de los textos sagrados. Matar a los disidentes, matar a los infieles, matar a los invasores. Puede predicar para que estalle una tormenta, incitar a otros a la guerra, pero lo que es él nunca ha combatido...

—Como el Pentágono —señaló Margaret.

Halcón continuó entre un coro de risas:

—De la lucha y la planificación se encarga el líder militar, que siempre es el peligroso. —Fue hacia delante y apuntó a una sección de la fotografía—. Lo que nos lleva a este hombre.

11

Halcón señaló a una figura descamisada de aspecto vigoroso que, de espaldas a la cámara, jugaba a las cartas con otros tres hombres, esperando a que empezase la celebración.

Jugar a las cartas era algo inusual: el islam no lo alentaba, pero tampoco era *haram*. Apostar, sin embargo, lo es, y si hubiese habido algún dinero de por medio, habríamos sabido que la foto era falsa y podríamos habernos ido a casa. Pero no lo había.

—¿Quién es? —me interesé.

—El correo le dijo a nuestro intermediario que es el jefe militar, por lo visto un estratega, sumamente inteligente... y cruel —contestó Halcón—. Claro que cabría esperar que un vendedor dijese algo así, ¿no cree? Esta vez, no obstante, es posible que esté en lo cierto. —Hizo una pausa para mirar alrededor de la sala, y me sorprendió que, de pronto, pareciese tan mayor y preocupado. Habló en voz queda—. Dice que el hombre es Abu Muslim al-Tundra.

Clavé la vista en Halcón, y el resto hizo otro tanto. En el silencio y el pasmo que siguieron, Halcón continuó mirando al jugador de cartas, pensando en él, deteniéndose en el nombre.

—Un musulmán de la nieve..., alguien procedente de un lugar desolado..., un hombre salido del invierno más crudo...

—Al-Tundra está muerto —afirmé, en estado de shock, hablando por todos—. La Fuerza Aérea dejó caer dos bombas de doscientos treinta kilos sobre la supuesta casa segura que estaba visitando en Irak.

Halcón esbozó una sonrisa amarga.

—Así es la Fuerza Aérea, ¿no? Como dijo una vez un famoso psicólogo: si tu única herramienta es un martillo, puede ser tentador

tratarlo todo como si fuera un clavo.

»Después del ataque, nadie fue capaz de encontrar muchas pruebas de la existencia de una casa o de ninguna otra cosa, menos aún ADN. Por Dios, quinientos kilos de explosivo para matar a un hombre. El Pentágono, cómo no, anunció que había muerto. Qué otra cosa iba a hacer: no podía admitir que los diez civiles que también se encontraban allí habían muerto en vano.

»El equipo de la científica que entró después no encontró ningún cuerpo, pero sí lo que pensó que tal vez fuese un túnel. —Miró a los presentes—. Así que... quizá Al-Tundra entrara por la puerta principal y saliera directamente por la trasera. Nadie lo sabe: o acabaron con él o fue una cagada. Según el correo, fue una cagada.

—Si Al-Tundra sigue vivo, no es de extrañar que el mensajero quiera veinticinco millones —afirmó Buster—. Es evidente que conoce el mercado. ¿Tú qué opinas, Halcón?

—¿Sobre si está vivo o muerto? —repuso—. No lo sé, no tenemos ningún dato. Si lo que quieres saber es qué me dice el instinto, yo diría que es la ley de Murphy: si algo puede salir mal, saldrá mal. Creo que es él.

Un temblor recorrió la sala: la idea de que Al-Tundra estuviese vivo era aterradora. Tal vez Osama bin Laden hubiese acaparado la imaginación del mundo, pero Al-Tundra sin duda se había ganado un lugar prominente en el sombrío olimpo del terrorismo.

Al-Tundra no era su nombre real, claro estaba: ese dato no lo había descubierto nadie. Igual que Abu Bakr al-Baghdadi, Al-Zarqawi, Al-Londres, Al-Brussels y muchos otros, había adoptado un *nom de guerre* cuando se convirtió en combatiente yihadista en lo que en Langley se conoce como «el caldero»: la franja de tierra empapada en sangre que se extiende entre Irak y Siria. Puesto que el nombre evocaba una imagen del lejano norte, todo el mundo pensaba que era oriundo de Rusia, pero no había ninguna prueba que lo respaldase, puesto que nadie en la CIA, el MI6 o el Mossad había recabado nunca información fidedigna sobre su identidad y ninguno de los miles de agentes de campo, activos locales o informantes le había visto la cara sabiendo que era él.

Vestido constantemente con *kufiya* y gafas de sol oscuras, sus rasgos siempre quedaban tan ocultos que ningún análisis facial, algoritmo biométrico o artista forense había generado nunca un retrato suyo. De todos los líderes terroristas importantes y secretos, Al-Tundra —el musulmán del inhóspito páramo sin árboles— bien podría haber sido un fantasma.

A lo largo de los años, sin embargo, varias agencias de espías occidentales habían interceptado llamadas y mensajes cuando otros terroristas hablaban de él, lo cual había proporcionado algo de

información a la CIA; nada más que anécdotas, en realidad. Se estimaba que tenía unos cuarenta años cuando supuestamente lo eliminaron, decían que había sido un matón adolescente en El Cairo, Beirut, Estambul y otras tantas ciudades, dependiendo del que contaba la historia. No se sabía nada más de él hasta que habían visto la luz unos informes aislados de años de servicio militar distinguido —nadie sabía para qué ejército—, y había quien decía que era mercenario, pero probablemente fuesen solo unos románticos. En un momento dado en los años que siguieron vivió una epifanía y, como le sucede a la mayoría de los que encuentran —o redescubren— la religión, tuvo un gran efecto en él. Salió de la tundra, el desierto o dondequiera que viviese la revelación siendo un creyente según la interpretación más severa y fundamentalista del islam.

Si sus orígenes planteaban dudas, algo en lo que todo el mundo estaba de acuerdo era en que, en una etapa anterior de su vida, había demostrado un gran amor a los tatuajes. En una de las historias que se contaban más a menudo, tras adoptar la fe, parece que utilizó un cúter y papel de lija para, dando un repentino giro, borrarse unos cuantos, incluido uno de una mujer desnuda en la entrepierna.

Como miembro de varios grupos terroristas —cada uno más violento que el anterior—, se convirtió en verdugo, en comandante en jefe y después en uno de los líderes de Al-Qaeda en la «tierra entre dos ríos», un lugar más conocido para Occidente como Irak. La filial iraquí se hizo tristemente célebre por lanzar ataques suicidas contra soldados estadounidenses, decapitar a periodistas americanos, enterrar vivos a niños y a sus madres cristianas y esclavizar y violar a miles de mujeres de diversas minorías. Es una triste muestra de la traumática historia de Irak que ninguno de estos incidentes quedara registrado en la escala Richter de la atrocidad. A excepción de este: de Al-Qaeda surgió en Irak una organización aún más brutal y despiadada: el ISIS.

Uno de sus líderes era Al-Tundra, lo cual llevó directamente a que se cargaran dos grandes bombas en un avión de Estados Unidos y una casa en Irak —que tal vez tuviese un túnel o tal vez no— fuese desintegrada.

Con toda esta información muy presente, me levanté, fui hacia delante y miré con atención al hombre que aparecía en la pantalla. Todo salvo la espalda y parte de uno de los hombros —con los músculos muy marcados— quedaba oculto, y dejé volar la imaginación y me vi en uno de los muchos pueblos normales y corrientes de las zonas fronterizas. Una boda daría comienzo pronto y ahí estaba yo, apareciendo por detrás de las mesas de comida, pasando por delante del Emir, sentándome frente a Al-Tundra y esperando a que me dieran cartas para jugar con ellos. Mientras me encontraba en una sala de reuniones de Virginia, vi que Al-Tundra me

saludaba con una inclinación de cabeza y, en ese momento, intenté captar algo de él por su cuerpo, su postura..., lo que fuese.

Me dije que no cabía la menor duda: no formaba parte de un grupo desorganizado ni era un aficionado jactancioso por llevar un kalashnikov al hombro, era alguien mucho más peligroso, un hombre entrenado debidamente en un ejército en condiciones. La verdad acerca de él, sin embargo, se hallaba al otro lado del horizonte. Los fragmentos de información que habíamos recabado no eran gran cosa, y las sombras que Al-Tundra habitaba eran mucho más fuertes que cualquier luz que pudieran arrojar las velas.

—Bien, ahora apártense para poder ver la foto al completo —sugirió Halcón—. ¿Qué me pueden decir de la espalda?

—Nada. Está en la oscuridad —repliqué.

—Eso mismo creí yo, pero el equipo sospechó que podía encontrar algo, y la NSA utilizó toda su artillería.

La imagen de las pantallas se tornó negra..., o eso pareció; después fui consciente de que estaba viendo el proceso de ampliación de la imagen realizado por la NSA. Comenzaron a surgir detalles inquietantes de la espalda de Al-Tundra: una pata..., un ojo...

—Es un tatuaje —constaté al verlo—. ¿Uno que no se pudo borrar?

—Exacto —contestó Halcón—. La NSA recuperó parte de la imagen y extrapoló el resto. Estamos casi seguros de que le cubre la espalda entera.

Se vieron más detalles mientras Halcón explicaba:

—Según los expertos, si no se lo hizo en Japón o fue obra de monjes tatuadores en Tailandia, sin duda lo tatuó alguien que estudió allí.

La ampliación se detuvo y de pronto sobre el tatuaje se proyectó una luz intensa cortesía de los técnicos. Intrincado y mucho mayor que el insecto al que representaba, el tatuaje estaba realizado en distintas tonalidades de negro —a excepción de los ojos, verdes—, hecho este que, combinado con unas alas medio extendidas, conseguía que tuviese un aspecto inquietante, sumamente siniestro.

—Una langosta —afirmé.

—Durante años no hay nada —contó Halcón—, después aparece una plaga: imparable, que destruye todo cuanto se interpone en su camino. Puede que sea esto lo que va a pasar. Puede que haya llegado su momento.

12

Para el pequeño grupo de personas que observábamos una foto borrosa tomada en una aldea que se hallaba a más de seis mil kilómetros de distancia, fue un momento de infarto. Dudo que en esa

sala hubiera nadie que no creyese que Al-Tundra estaba vivo y que de pronto el mundo era un lugar mucho más peligroso.

Por consiguiente, no causó ninguna sensación de euforia lo que sin duda era un golpe maestro de la inteligencia —la CIA había descubierto que uno de los terroristas más temidos del mundo había resucitado y había determinado a grandes rasgos dónde se encontraba —, pero cuando la reunión terminó y todo el mundo se fue, el sentimiento que se impuso fue de miedo y nerviosismo.

En cuanto a mí, mi agitación había ido en aumento en cuanto me había metido en el SUV y había abierto el ordenador portátil. Ahora que sabía el cometido que tenía por delante, que consistía en adentrarme en la red de Al-Tundra para conocer a un correo que afirmaba estar dispuesto a traicionarlo, esa agitación, acompañada de hilos de sudor que me corrían por la espalda, amenazaba con enterrarme.

Consciente de que uno de los fundadores del ISIS planeaba lo que parecía ser un golpe espectacular inminente, los preparativos de mi entrada a pie en Irak se vieron acelerados y fueron mucho más intensos que cualquier misión que hubiera realizado nunca. Durante casi una semana —interrumpida únicamente por breves descansos para comer y dormir—, estuve sometido a un torbellino de *briefings* secretos, reuniones, dudas y sesiones con expertos hasta rozar el agotamiento. Cuando llegó la noche previa a mi partida —estando tan cansado como estaba e intentando no pensar en la posibilidad de que me capturasen muy pronto, ya fueran los iraníes o, peor aún, Al-Tundra y su Ejército—, me obligué a seguir adelante.

Solo tenía treinta y seis años, pero la experiencia me había enseñado que la salvación a menudo residía en los detalles más ínfimos, y yo estaba desesperado por averiguar todo lo posible acerca del líder terrorista. Después de todo, mi vida podía depender de ello.

Mientras se suponía que estaba durmiendo con el objeto de estar preparado para la temprana llamada matutina que recibiría y que marcaría el inicio de mi viaje, crucé el extenso campus de Langley y me dirigí hacia el edificio que albergaba la nueva sede.

Las dos torres solo tenían seis plantas, pero eran como icebergs —solo el diez por ciento asomaba a la superficie—, así que me acerqué a una hilera de ascensores destinados tan solo al amplio laberinto subterráneo y esperé mientras la cámara de reconocimiento facial confirmaba mi identidad. El ascensor descendió doce plantas, las puertas se abrieron y salí a «la Tumba». Lo que en realidad eran los archivos de la CIA, Langley —una de las ocho enormes instalaciones de almacenamiento de datos de la Agencia—, se había ganado el apodo no solo por estar a tanta profundidad bajo tierra, sino también porque sus archivos tenían fama de ser la clave del lugar en que

estaban enterrados infinidad de cuerpos.

La información que contenía la instalación era sumamente difícil de desentrañar, así que agradecí que junto al ascensor me estuviese esperando Clayton Powell, el jefe del archivo. De unos cincuenta años, con una mancha de nacimiento púrpura que le desfiguraba gran parte del rostro —con toda probabilidad Freud podría haber escrito volúmenes enteros sobre el motivo por el que había elegido trabajar tan bajo tierra—, era tanto excelente en su trabajo como una de las personas más decentes que conocía. Extremadamente inteligente, siempre intentando pensar de manera creativa, me estrechó la mano con afecto y me guio por el laberinto. Fuimos hacia una de las habitaciones seguras, similares a celdas, donde nos estarían esperando una silla ergonómica, los archivos relevantes y un ordenador que no permitía acceder a nada que no fuera la red eléctrica.

—¿Qué has descubierto? —pregunté mientras él introducía los códigos de acceso a la celda.

—¿De Al-Tundra? Nada que no se haya mirado con lupa mil veces —contestó, y abrió la puerta.

Tres horas después, mientras hacía un esfuerzo ímprobo para mantenerme despierto, casi había llegado al final de las hileras de archivos digitales, cada uno de los cuales confirmaba exactamente lo que me había dicho Clay: en ellos no había nada de utilidad, no eran más que los datos sin procesar —las amortiguadas llamadas telefónicas interceptadas y los poco fiables relatos que se vendían en callejuelas traseras de El Cairo— sobre los que las agencias de espías occidentales habían construido lo poco que afirmaban saber de él.

Cuando solo me quedaban tres archivos, accedí al más grande; su tamaño era lo único que lo diferenciaba del resto. La imagen que apareció en el acto en la pantalla permitía ver la grabación por satélite de un hombre en las ruinas de un pueblo calcinado, con la calle que tenía detrás sembrada de cadáveres. Llevaba las reglamentarias gafas oscuras del ISIS y su rostro y su cuerpo resultaban indistinguibles gracias a la *kufiya* y a la holgada túnica que vestía. Podría haber sido cualquier combatiente en cualquiera de las zonas en guerra de Irak o Siria.

Salvo por el hecho de que, según las notas de la documentación que acompañaba las imágenes, un informante local muy respetado, que se hallaba a unos cientos de metros del vehículo, oyó a tres yihadistas de rango superior decir a otros combatientes que, de hecho, el hombre era el legendario y misterioso Al-Tundra.

Me senté en el borde de la silla, mirando el vídeo con atención, y después me centré en las notas. Decían que lo había grabado un satélite que apuntaba a la zona más violenta de Siria, y la fecha que señalaba la marca de agua demostraba que la grabación se había

efectuado ocho meses antes de que se lanzara el ataque aéreo que supuestamente había matado al terrorista. Paré la reproducción y lo observé de nuevo segundo tras largo segundo. Si bien la captura de pantalla no poseía ningún valor para identificarlo —Al-Tundra bien podría haber estado jugando a las cartas—, la fatiga que yo sentía desapareció. Una vez más estaba en presencia de Abu Muslim al-Tundra, el hombre salido del invierno más crudo.

Le di al botón de reproducir y en la grabación se vio que se subía a un Toyota todoterreno sin marcas reconocibles y, cuando terminé de leer esa sección de notas, negué con la cabeza en señal de admiración: un analista de la Agencia sumamente avispado había determinado —gracias a los profundos surcos que creaban en la arena los neumáticos del Toyota— que el vehículo llevaba mucho peso adicional en su armazón. Bajo la sucia pintura, contaba con un grueso y profesional blindaje.

El vehículo se alejó y yo miré los últimos párrafos de notas: el satélite le siguió la pista tres horas, antes de que se perdiera en el laberinto de minúsculas callejas y garajes escondidos que salpicaban Mosul, una caótica ciudad de casi dos millones de habitantes. «Bueno, pues esto ha sido todo», me dije: un vislumbre de Al-Tundra, identificado de oídas, y el trabajo de toda esa noche no añadía nada a lo poco que sabía de ese hombre.

Había sido un ejercicio inútil, y aunque me quedaban dos archivos por revisar, sabía que no revestirían más valor que todos los anteriores, así que ni los miré. Me levanté, estiré la dolorida espalda y fui a pulsar un timbre que estaba en la mesa para indicar a Clay que había terminado y podía abrir la puerta.

Me detuve, el gesto tan repentino que la mano se me quedó parada en el aire. Se me había ocurrido una idea, pero no sabía de dónde había salido ni si funcionaría. Pulsé el botón. Sin embargo, no me iba: necesitaba la ayuda de Clay.

13

Clay sonrió a modo de saludo y señaló los archivos digitales.

—Ya te lo he dicho: poco que rascar, ¿verdad?

—Puede —repuse.

Me dirigió una mirada inquisitiva y acto seguido reparó en la imagen de Al-Tundra que tenía en la pantalla.

—Recuerdo haber abierto ese archivo un montón de veces cuando lo estábamos buscando, siglos antes de que lo mataran. —Me observó largo rato—. No está muerto, ¿verdad?

Me sorprendió.

—¿Por qué lo dices? —inquirí, ya que no quería responder, pero tampoco mentir, sobre todo a él.

—Porque eres agente de Zonas de Acceso Restringido, porque esos archivos llevan años criando polvo y en las últimas veinticuatro horas han accedido a ellos siete veces, y, por último, porque si el Pentágono dice que estás muerto, es casi seguro que estés vivo.

Me reí.

—Sí —acabé admitiendo—. Por lo visto está vivo.

Clay no reaccionó al oír la noticia, pero su expresión me dijo que agradecía mi sinceridad.

—Puede que los archivos no sean tan insustanciales —aclaré—. Tal vez podamos encontrar algo buscando a fondo si lo intentamos. Pero tendremos que echarle imaginación.

Clay sonrió.

—Bueno, has venido al lugar adecuado. —Fue hasta un rincón de la celda, cogió otra silla ergonómica y se sentó.

—Me voy mañana —advertí—. No hay tiempo para involucrar a la séptima planta, aunque alguien pensara que la idea sea buena. ¿Recuerdas lo que se decía en el archivo? Siguieron el vehículo de Al-Tundra durante tres horas.

—Lo recuerdo, sí —repuso Clay—. Algo salió mal, ¿no? Algo raro.

—Desde luego —convine—. No podían lanzarle un misil, solo tenían una identificación positiva, así que querían una grabación de su voz: las notas dicen que la NSA utilizó toda la tecnología que tenían. Si eran capaces de conseguir una muestra de Al-Tundra hablando, podrían compararla con la infinidad de material que grababan a diario los satélites. Cuando tuviesen una correspondencia, sabríamos exactamente dónde estaba Al-Tundra y de qué estaba hablando.

—Pero nunca se hicieron con esa grabación, ¿no? —apuntó Clay.

—Según el archivo, en cuanto se subió al coche, se quedó dormido. No dijo ni una palabra en todo el viaje.

Clay y yo sonreímos con amargura.

—Lo recuerdo —afirmó Clay—. En su momento la gente comentó que fue un auténtico descalabro.

—Sin embargo, no lo fue —corregí—. Sí que tenían una huella vocal, pero nadie cayó en la cuenta.

—¿Qué? —preguntó Clay—. Has dicho que estuvo dormido todo el viaje.

—Él sí, pero el vehículo no —contesté—. Después de tres horas de conducción, tenían una huella vocal perfecta del motor del Toyota.

—¿De qué serviría eso? —planteó Clay riendo, desechando la idea —. Debe de haber un millón de Toyotas cuatro por cuatro en el caldero.

—Pero ¿cuántos completamente blindados? —contesté—. ¿Cuatro,

cinco? Tal vez menos. El motor habría estado trabajando duro para mover ese peso de más, emitiendo una nota del todo distinta.

Clay guardaba silencio, mirándome.

—¿Quieres que revisemos las grabaciones de la zona sin prestar atención a las voces? ¿Que intentemos encontrar la correspondencia del sonido de un motor?

—La tecnología es la misma, Clay —aduje—. Al-Tundra fue uno de los fundadores del ISIS y ese era su coche blindado. Tenía que gozar de protección, ese hombre no viajaría en ningún otro vehículo. Si identificamos el sonido del coche, creo que lo oiremos hablando dentro.

14

Deambulaba en silencio por la trastienda de la Tumba, un espacio enorme detrás de las pequeñas salas, caminando entre los ordenadores ante los que estaban cuarenta hombres y mujeres. Llevaban auriculares y estaban escuchando a los ocupantes de un vehículo que —gracias al distintivo tono de su motor— se había identificado como el coche blindado de Al-Tundra.

Clay se había servido de la IA para rastrear montones de grabaciones de satélites espía del caldero anteriores al presunto asesinato de Al-Tundra, y ese sistema tan único nuestro había encontrado un sinfín de ejemplos del vehículo blindado en movimiento. Después era cuestión de escuchar a los hombres que ocupaban el vehículo para intentar determinar —mediante el contenido de la conversación— quién era el líder, cuál de ellos era Al-Tundra.

En un primer momento concebí muchas esperanzas, pero, tras dos horas, la realidad se impuso. Incluso escuchar a los ocupantes resultaba problemático: las voces a menudo sonaban amortiguadas; si el aire acondicionado estaba fuerte, sus palabras con frecuencia eran indistinguibles, y después —cómo no— estaba el sonido de pequeñas armas de fuego y explosiones cuando el vehículo pasaba por distintas zonas en guerra. Peor aún, lo que conseguíamos oír era casi por completo banal: chismes, quejas de la comida, discusiones sobre logística y suministro, la ruta más rápida de Al-Raqa a Mosul. «La banalidad del mal» en estado puro, pensé.

Al cabo, desalentado, fui hasta donde estaba Clay.

—Vamos a dejarlo —decidí—. Así no vamos a llegar a ninguna parte.

Tenía que coger un avión. Clay asintió, pero antes de que pudiera transmitir la orden, un archivero del otro extremo de la habitación lo

llamó.

—Clay —dijo el tipo de pelo largo y veintitantos años con voz monótona—. Creo que es mejor que vengas a escuchar esto.

Clay lo miró un instante y acto seguido me puso una mano en el hombro y empezó a guiarme deprisa hacia el terminal.

—Vamos —me animó—. Puede que te interese prestarle atención.

No sabía de qué me estaba hablando: sin duda no había nada en el tono del chico que indicase que había encontrado algo fuera de lo normal. Al ver la confusión reflejada en mi rostro, Clay sonrió.

—La voz de Darren siempre es como la de un robot —aclaró—. Lleva cinco años con nosotros y esta es la vez que más entusiasmado lo he oído. —Mientras íbamos hacia él, preguntó al joven archivero—: ¿De qué se trata, Darren?

—Cuatro tipos en el blindado —contestó este—. Debía de hacer un buen día: iban con las ventanillas subidas, el aire acondicionado bajo, no se oían disparos, un viaje largo, a juzgar por el tamaño del archivo. Hablan mucho...

«Qué tío tan raro», pensé. Clay y yo nos situamos a su lado. Una mitad de la pantalla de su ordenador la ocupaban gráficos de barras de colores y la otra ofrecía una traducción escrita en inglés, que bajaba deprisa mientras seguía el ritmo de lo que se decía. Empecé a leer, pero Darren me interrumpió.

—Acaban de salir de una aldea donde han quemado viva a una decena de familias en sus casas; nadie dice si intencionada o accidentalmente.

Estaba claro que Darren nunca había lidiado con el ISIS si pensaba que podía haber sido algo accidental.

—¿En qué idioma? —quise saber.

—Árabe del Golfo —contestó igual de inexpresivo que antes.

—Ponlo por los altavoces, por favor.

Darren me miró de reojo. El árabe del Golfo es difícil de dominar, pero yo siempre he tenido un don para los idiomas: cuando era joven comencé con el ruso y poco después pasé a idiomas más complicados: el turco y las dos formas de árabe más populares. Con los años había ido mejorando hasta tener la suficiente fluidez para salir airoso de casi cualquier escrutinio.

Darren se encogió de hombros.

—Usted manda.

Puso el sonido y por primera vez oí las voces. Probablemente animados por haber quemado vivas a las familias en sus casas, estaban empezando a hablar de otras crueldades que habían presenciado. Me acerqué más a la pantalla, mirando el Toyota, y le pedí a Darren que se concentrara en quienquiera que fuese sentado en la parte de atrás, en el lado del acompañante.

—Es el sitio más seguro —aclaré—. El blindaje siempre es más fuerte en la trasera, y cualquiera que pretenda disparar contra ellos apuntará al conductor y a su lado del vehículo.

Darren modificó los controles, incrementando la nitidez. El hombre que ocupaba el asiento seguro comenzó a hablar, invisible tras su ventanilla de cristales tintados. Yo me olvidé del resto del mundo y me centré en su voz. Los otros archiveros empezaron a situarse a nuestro alrededor, pero no les presté ninguna atención: tan solo seguía escuchando la voz, abandonándome a ella hasta tener la sensación de que el hombre me hablaba a mí.

—Sea quien fuere, el árabe del Golfo no es su lengua materna —concluí—, pero lo habla bien, muy bien; lleva mucho tiempo en el caldero. Como se puede ver en la traducción, el conductor les está preguntando a los hombres por sus experiencias, por las peores cosas que han visto...

Dejé la frase a medias cuando escuché una acción secundaria entre los cuatro hombres, intentando imaginar su lenguaje corporal, su comportamiento, todos los aspectos no verbales que dicen tantas cosas. Después me erguí e indiqué a Darren que parase la grabación.

Seguí mirando la imagen congelada del Toyota. Estaba convencido, y exhalé, sin darme cuenta hasta ese momento de que estaba conteniendo la respiración.

—El hombre del asiento seguro es él —afirmé—. La traducción no lo dice, pero basta con escuchar a los otros tres, las pausas, el tono: lo tratan con deferencia. Es su líder, ese es su coche blindado.

Era la primera vez que un agente de inteligencia estadounidense oía la voz del legendario Abu Muslim al-Tundra. Me volví hacia Darren.

—Dale a reproducir —pedí—. Vamos a escuchar lo que dice.

15

—Una vez oí una historia de un adolescente —dijo Al-Tundra, su contribución a los relatos de horror del grupo—. Se crio en una ciudad minera de la frontera, uno de esos sitios en los que, como dijo alguien, las calles eran oscuras por algo más que la noche.

»Era un lugar de inviernos terribles, bosques infinitos y un río enorme. Por si la vida no fuera ya lo bastante dura, el chico y su hermano (cuatro años menor) no tenían madre. Cuando eran pequeños, sus padres se separaron, y la madre se llevó a sus dos hijas de vuelta a Irak, donde había crecido.

»Debió de ser muy duro, pero el padre de los muchachos nunca flaqueó —continuó Al-Tundra—. Se lo dio todo a sus hijos, ejerciendo de madre y de padre en ese entorno brutal, y cuando se hicieron

mayores, ellos no solo lo querían, sino que lo admiraban profundamente.

Al-Tundra hizo una pausa, y tardé un instante en caer en la cuenta de que estaba bebiendo.

—El padre trabajaba bajo tierra, en una de las minas de diamantes más sucias y peligrosas del mundo —contó—. Pero todos los años, a finales de primavera, cuando la nieve se había derretido, subía a sus hijos a su viejo cuatro por cuatro y enganchaba un remolque cargado con una tienda de campaña, armas, herramientas y provisiones suficientes para al menos cuatro meses.

»Conducían durante días por el bosque hasta adentrarse en una zona de pantanos y llanuras interminables. Cuando llegaban a su destino, montaban el campamento y empezaban a buscar mamuts lanudos.

16

—¿Ha dicho «mamuts lanudos»? —preguntó Clay al tiempo que indicaba a Darren que parara la grabación—. ¿Cuánto hace que se extinguieron los mamuts lanudos?

—Cinco mil años, diez mil, no estoy seguro —contesté—. Pero no creo que el padre busque a los animales: busca los esqueletos.

Clay y el resto del grupo dejaron de reírse. Me estaba prohibido hablar de misiones pasadas, así que no les podía revelar cómo lo sabía, pero al ser un espía especializado en Zonas de Acceso Restringido que dominaba el idioma, había estado en Rusia seis o siete veces. Una de ellas, durante un viaje en tren por medio país, oí hablar de un negocio extraño y sumamente lucrativo.

—Los mineros de mamuts lanudos de Siberia son legendarios —alegué. Todo el mundo, incluido Clay, me miró—. Durante más de cinco millones de años, Siberia fue el hogar de grandes manadas de mamuts —proseguí—. Los animales nacían y vivían en esos vastos espacios y, cuando morían, sus cuerpos se hundían en la tierra y los pantanos, donde se descomponían poco a poco, hasta que lo único que quedaba eran los colmillos de marfil, resistentes a la tierra, al agua y al tiempo.

»Los últimos restos estarían allí —aseveré—. Y allí habrían seguido por los siglos de los siglos de no ser por los cazadores furtivos de África. Al cazar elefantes y rinocerontes hasta abocarlos casi a la extinción, acabaron obligando al mundo a actuar y prohibir el comercio de marfil. Los más perjudicados fueron los especialistas de Hong Kong que se ganaban bien la vida tallando intrincadas escenas de la vida rural en un colmillo. Muy preciados en China por su fina factura y por ser símbolos de estatus, con frecuencia se vendían por

más de un millón de dólares.

»Sin colmillos, el antiguo oficio y el negocio entero desaparecieron… hasta que alguien cayó en la cuenta de que el marfil que se recuperaba de los pantanos de Siberia era perfectamente legal. El valor de los colmillos de mamut se disparó, y los hombres que vivían en la frontera no tardaron en aprender que un colmillo se podía vender por el equivalente a cinco años de salario. Si los mineros tenían suerte y daban con lo que llamaban un "cementerio" (un lugar con cuatro o más animales muertos), podían ganar una fortuna en pocos días y escapar de Siberia para siempre.

Me encogí de hombros.

—Los mineros de mamuts son reales. —Hice una señal afirmativa a Darren para que pusiera de nuevo la grabación y volvimos a oír la voz de Al-Tundra.

—Durante su quinto viaje al corazón del bosque (el chico tenía dieciséis años, y su hermano, doce) les tocó la lotería —continuó—. Estaban metidos en barro hasta las axilas, utilizaban un generador y pistolas de agua a presión para agujerear la blanda tierra de la ribera de un riachuelo cuando el niño pequeño vio el primer colmillo.

»Los tres escarbaron y agrandaron la superficie con las manos. El colmillo y su pareja eran enormes, pero eso no era lo mejor: a unos diez metros encontraron otros cuatro animales. El padre y sus dos hijos habían dado con un cementerio.

»Con diez colmillos, eran ricos, y aunque otros mineros tal vez se hubiesen quedado para seguir buscando, el padre no era avaricioso y cada año había visto que más y más hombres y mujeres merodeaban por el lugar. Casi todos ellos, atraídos por el gran incremento del valor de los colmillos, le parecían malhechores, y sabía que había llegado el momento de marcharse.

Oímos que Al-Tundra hacía una nueva pausa para beber.

—Supongo que allí no había agentes de la ley —comentó Clay—. Probablemente fuese como Tombstone antes de que llegase Wyatt Earp.

La gente se rio mientras Al-Tundra retomaba el hilo.

—La familia llevó los colmillos al campamento, poniendo buen cuidado para no pisar donde no debían al aproximarse. Cuando montaron el campamento, el padre adoptó una práctica común entre los mineros: rodeó el claro con cables trampa, cepos dentados de acero para osos y demás.

»Mientras cargaba una escopeta y vigilaba el tesoro, el padre envió a sus hijos a unos quince kilómetros río arriba, hasta donde tenían amarrado un esquife de aluminio de fondo plano que habían llevado consigo. El plan del padre era cargar los colmillos en el esquife, dejar todo lo demás e ir río abajo hasta la población más próxima. ¿Qué le

importaban el vehículo y el equipo? La familia saldría de Siberia para no volver.

»El niño y su hermano se hallaban a mitad del camino del esquife cuando oyeron una explosión débil —relató Al-Tundra. Se detuvo de nuevo, pero esta vez no lo oyeron beber.

Permanecimos en silencio hasta que continuó.

—Los dos chavales estaban acostumbrados a la dinamita, pero ese sonido era distinto y procedía de donde se encontraba su campamento. Los chicos salieron corriendo...

»Cuando llegaron, la tienda de campaña estaba destrozada, los restos de la escopeta descansaban en el suelo y en un rincón del fondo había un montón arrugado de harapos llenos de sangre. Habían robado los colmillos y tardaron un minuto en darse cuenta: el montón de harapos era su padre.

»Todavía respiraba, una pierna se unía a la rodilla por nada salvo cartílago, y la sangre que manaba le empapaba la camisa y el pantalón vaquero. Los niños vieron que se las había arreglado para hacerse un torniquete en la pierna (manteniéndose con vida) antes de perder el conocimiento, pero no pudo hacer nada con la metralla que le perforó el pecho en varios lugares.

»El padre debió de sentir la presencia de sus hijos, porque logró volver en sí. Mientras los dos muchachos lo tendían en lo que quedaba de un colchón, consiguió decir que eran tres hombres y una mujer. Habían esquivado las trampas del campamento disparando un lanzagranadas desde los árboles, la granada dio en el hornillo y él se vio envuelto en la lluvia de metal que rebotó.

»El mayor solo tenía dieciséis años, pero fue capaz de pensar con claridad. Le vendó las heridas a su padre lo mejor que pudo, utilizó el kit de primeros auxilios medio destrozado para inyectarle un antibiótico y aplicó vendas de presión para intentar contener la hemorragia.

»Le dijo a su hermano que le iban a salvar la vida a su padre, que lo sacarían de allí en barca. Sin la carga de los colmillos o las provisiones, calculó que podían llegar a la ciudad más cercana y conseguir ayuda médica en dos días. Pero primero tenía que atravesar el bosque y recuperar el esquife, así que agarró por los hombros a su hermano, le gritó que dejara de llorar y le ordenó que fuera a arrancar el vehículo.

»Cuando se disponía a preparar otra inyección de antibiótico, el niño más pequeño apareció en el otro lado del campamento. Deshecho en llanto de nuevo, informó a su hermano a gritos de que los asesinos no solo se habían llevado los colmillos: también les habían robado todo el diésel que tenían.

»Sin combustible para el esquife o para el cuatro por cuatro, el

mayor supo que estaban atrapados en ese lugar desolado. Su padre no recibiría atención médica.

17

—Se turnaron para abrazarlo —continuó Al-Tundra tras un momento de silencio en el coche—. Lo mantuvieron con vida durante dos días: cuarenta y ocho horas de delirio interrumpido por instantes de lucidez en los que les decía a sus hijos cuánto los quería.

»Fueron los dos días más largos de la vida de los chicos, y cuando finalmente su padre sucumbió, la mayor preocupación del más pequeño era cómo lo enterrarían. Su hermano le pasó un brazo por los hombros y le dijo que el entierro podía esperar: primero tenían algo que hacer.

»Dio el primer paso de inmediato —relató Al-Tundra—. Había pasado gran parte de su vida en el bosque, así que podía seguirle el rastro a una liebre durante kilómetros, interpretar la llamada lejana de un lobo gris y disparar un fusil con una precisión inquietante. Seguir a cuatro saqueadores (una banda de la ciudad, casi con toda certeza) no entrañaba ningún problema.

»Los asesinos habían ido río arriba en esquife, habían aguardado entre los árboles cerca del campamento y después uno de ellos se había acercado sigilosamente y había disparado la granada. Haciendo un esfuerzo para controlar la ira que sentía, pidió a su hermano que lo ayudase a recoger los seis cepos para osos que su padre había colocado alrededor del campamento.

»¿Alguna vez habéis visto una trampa para osos? —preguntó Al-Tundra a sus compañeros—. Pesan más de veinte kilos y tienen dos mandíbulas accionadas por enormes resortes. Cuando un animal pisa un dispositivo disparador, las mandíbulas se cierran y dos hileras de puntiagudos dientes de acero se clavan en la carne y el hueso.

»Con las trampas a bordo, los fusiles de máxima precisión al hombro y el motor del esquife apagado —prosiguió Al-Tundra—, los hermanos bajaron a la deriva por el río hasta que encontraron una zona de barro revuelto y vieron el esquife de los saqueadores oculto en la orilla.

»Esperaron a que cayera la noche y después avanzaron entre los árboles y las matas, siguiendo una senda de hierbajos pisoteados que los llevó hasta tres tiendas de campaña, una fogata y dos Land Rover ruinosos que habían llevado al equipo hasta el bosque.

»Con ayuda de los binoculares del padre, los chicos observaron a los ocupantes: eran cuatro, incluida una mujer de unos cuarenta años, todos ellos vestidos con distintas combinaciones de camiseta, uniforme militar y botas de faena. Bajo un toldo viejo descansaban los diez

colmillos de mamut.

»El cabecilla era un despiadado hombre de unos treinta años, ya descuidado, con papada y barriga —contó Al-Tundra—. Tenía dos puños como dos martillos de fragua y la cara llena de tatuajes carcelarios: un retrato de Stalin, una calavera con dos tibias cruzadas, lágrimas cayéndole de los ojos y un as de picas, la carta de la muerte, en la frente.

»Mientras los muchachos miraban, la banda terminó de comer y se abandonó a un centenario ritual ruso: abrieron botellas de vodka y se pusieron a beber a morro con ganas. Los chicos esperaron a que el alcohol surtiera efecto y acabaran completamente borrachos.

»Tres horas después estaban KO, y los chicos salieron y trabajaron deprisa: colocaron los cepos para osos cerca de las tiendas de campaña, asegurándose de que estuvieran a una buena profundidad.

»Cuando terminaron, se retiraron al perímetro del campamento. La mujer fue la primera en salir, iba a un agujero abierto en la tierra para aliviarse. Tambaleándose y dando traspiés debido al alcohol, ya se había desabrochado el pantalón de camuflaje cuando pisó una de las trampas.

»El dispositivo se cerró, los dientes de acero le destrozaron los huesos del tobillo y la mujer prorrumpió en gritos de agonía. El primero en reaccionar fue el hombre con el que compartía su cama: por lo visto los hombres se turnaban con ella —refirió Al-Tundra, y oímos que sus compañeros musitaban una retahíla de improperios en árabe.

»El compañero de esa noche salió de la tienda de campaña —continuó Al-Tundra—. Miró a su alrededor, confuso, y entonces la vio entre las sombras. Avanzó a trompicones hacia ella, por un camino un poco distinto, y activó otra trampa. Aulló más incluso que la mujer, cayó al suelo e intentó desesperadamente liberar el pie, en vano.

»Los dos saqueadores restantes, que compartían tienda, se asomaron con cautela, ambos armados con sendos fusiles de asalto, y vieron de inmediato a sus dos compañeros atrapados por el tobillo, incapaces de moverse; sus gritos eran lo único que rompía el silencio del bosque.

»Los dos hombres (uno de los cuales era el cabecilla) salieron de la tienda, el cerebro alcoholizado intentando averiguar de dónde habían salido los cepos.

»El que acompañaba al cabecilla (un hombre delgado de unos veinte años, con el pelo lacio y la cara picada) fue hacia delante con cuidado. Un paso…, dos…, levantó el pie para dar el tercero…, lo apoyó con aire vacilante… y desencadenó una de las tres trampas que habían sido colocadas específicamente para atrapar a los ocupantes de esa tienda. Se retorció de dolor, lo que hizo que las púas de acero se hundieran más aún en su pierna, tiró del dispositivo y pidió ayuda a

gritos.

»El zarrapastroso jefe no tenía intención de escuchar sus súplicas. Se dio cuenta de que estaban atacando el campamento y apuntó con el fusil a la línea de árboles y comenzó a retroceder hacia la tienda de campaña.

»Entonces el adolescente, que ya tenía al hombre en el punto de mira, abrió fuego, dándole en la rodilla desde unos cuatrocientos metros de distancia: la bala le destrozó la articulación al atravesarla. El arma que empuñaba el hombre salió volando al caer él al suelo. Ahora no podía andar, solo arrastrarse o ir a la pata coja. El adolescente esperó unos segundos (hasta que su víctima dio media vuelta muerto de dolor) y disparó de nuevo, reventándole la otra rodilla.

»Con los cuatro ladrones incapacitados, los chicos salieron de entre los árboles. Aunque las trampas para osos y las balas habían hecho que los hombres recuperaran la sobriedad, siguieron en estado de shock al ver la edad de los atacantes, a los que se quedaron mirando fijamente sin dar crédito. Se plantearon que quizá por ese mismo motivo podrían engatusarlos, sobornarlos o arengarlos para que los ayudasen, pero no tardaron en desechar la idea.

»El adolescente dio un puntapié al fusil del zarrapastroso para apartarlo y le dijo a su hermano que cogiera al hombre por una de las destrozadas piernas. Acompañado de sus gritos, los chicos lo sacaron a rastras de la tienda y lo llevaron hasta el centro del campamento, a un punto situado bajo las ramas de un árbol.

»Satisfecho, el adolescente rodeó con un brazo los hombros de su hermano y lo condujo hasta un banco cerca del fuego, y allí fue donde se sentaron a esperar que la naturaleza y el olor de la sangre hicieran su trabajo. Estaban esperando a los lobos.

Al-Tundra hizo una pausa, y apenas se oía nada en el coche o en Langley.

—La gente habla de puestas de sol espectaculares o del viento cuando sopla en las dunas del desierto —dijo al cabo—. Pero se equivoca: la naturaleza no es bella, la naturaleza es cruel.

18

—El primero de los lobos apareció una hora más tarde —relató Al-Tundra—, su llegada la anunció un par de ojos amarillos que brillaban en la oscuridad más allá del círculo de luz que arrojaba el fuego.

»Los lobos suelen cazar en manadas de seis, y el adolescente sabía que estaba viendo al macho alfa y que el resto de la manada estaría detrás de él, en las tinieblas. Los prisioneros también vieron los ojos

amarillos y, aunque eran de la ciudad, sabían lo bastante como para ponerse a gritar. La muerte, con sus garras y sus cuarenta y dos dientes, estaba en la casa de Dios.

»El macho alfa dio un paso adelante —narró Al-Tundra—. El animal profirió un sonido gutural, indicando al resto de la manada que se preparara para comer. Con el trabajo hecho, los chicos retrocedieron de espaldas hasta dar con la senda que llevaba al río. Entonces giraron y bajaron por ella, con idea de esperar en el esquife y luego recuperar los colmillos y el combustible cuando los lobos hubiesen terminado con su cometido. Los colmillos eran especialmente valiosos para los hermanos: eran su futuro. Solo habían recorrido unos pasos cuando oyeron el "ladrido de ataque" del macho alfa y después el primer grito angustiado.

»Incluso desde lejos, el sonido se tornó insoportable para el menor de los chicos, que empezó a cantar una canción popular rusa para acallarlo. De poco sirvió: los chillidos y los gritos de las otras víctimas no tardaron en sumarse cuando el resto de la manada atacó.

»Para el hermano menor, esos gritos se debieron de fundir con los de su padre moribundo, por lo que empezó a trabarse con la canción: repetía partes de la letra, incapaz de pasar a la palabra siguiente, y se tensaba para intentar sacarla a la fuerza.

»La larga noche fue dando paso al día, y los gritos (y el canto del pequeño) al final cesaron. Al amanecer, el silencio del bosque había vuelto.

El relato finalizó.

19

Aparté la vista de la pantalla y pugné por mantener bajo control mis pensamientos. ¿Quién le había contado a Al-Tundra una historia tan asombrosa?, me pregunté, y en un momento de lucidez caí...

Esa no era una batallita para entretener a los soldados, era su propia historia: *él* era ese chico de dieciséis años. Me volví y vi que en el rostro de Clay y los demás todavía había una mezcla de espanto y conmoción.

—Era él —les dije.

Se me quedaron mirando un instante.

—¿El que hablaba, quieres decir? —preguntó Clay—. Ya lo has dicho antes.

—No, estaba contando su propia historia. Durante un viaje largo, en un coche blindado con tres combatientes importantes, les estaba contando (sin decírselo) lo que lo convirtió en el hombre que es hoy: duro, cruel, implacable, vengativo. En la tundra, hacía tiempo, vivió el

momento que lo cambió todo.

Varios integrantes del grupo que me rodeaba me miraron con cara de no estar muy convencidos.

—Escuchad las pausas —dije—. ¿Cuántas veces se para a beber? Era su recurso para disimular la emoción cuando hablaba de su padre.

Poco después varios asintieron.

—No, tienes razón —convino Clay—. Cuando me has llamado, me preguntaba qué información ibas a poder sacar de unos archivos tan viejos, pero no creo que estuvieras buscando eso, ¿no es así? Querías formarte una idea, entender algo más allá de la mera información.

—Supongo —repuse.

Él sonrió.

—Bueno, yo diría que lo has conseguido. —Empezó a despachar al personal.

—El niño se hace hombre, ¿no? —observé. Me di la vuelta y miré de nuevo el vehículo que aparecía en la pantalla, pensando en el terrorista que ocupaba el asiento seguro—. Me pregunto si alguien llega a escapar de verdad de la poderosa fuerza gravitatoria de su pasado.

20

Un *jet* privado con un logo y el nombre GreenEnergy Inc. en el fuselaje me estaba esperando fuera de un hangar de alta seguridad, con los motores girando en el crepúsculo.

La noche anterior había vuelto, exhausto, a mi espartana habitación y me había metido en la cama. Ya había decidido no revelar ni a Halcón ni a nadie los resultados de mi investigación nocturna: mi misión consistía en entrar en Irán para reunirme con un correo, y un viaje en coche emprendido varios años antes era una información que carecía de valor para la Agencia.

Al día siguiente, tarde, metí las últimas cosas en una maleta y fui al coche que me llevaría a la base aérea de Andrews, a cuarenta kilómetros. Cincuenta minutos después entré en el hangar de alta seguridad, fui hasta la plataforma y subí al *jet* de GreenEnergy Inc.

Cuando el piloto terminó de realizar las comprobaciones de rigor, en la pantalla que tenía frente a mí se puso en marcha un vídeo de bienvenida en el que se daban a conocer los logros y los vastos intereses comerciales de la empresa. Nada de ello era cierto. Si alguien se hubiese molestado en investigar a GreenEnergy, habría encontrado un registro como empresa privada, una página web sumamente profesional, una oficina central en un caro centro financiero de Delaware y un listado de ejecutivos demasiado cualificados. Lo que un

investigador no habría encontrado era un número de teléfono que funcionase o prueba alguna de que esos ejecutivos existían de verdad.

Al igual que cualquier otra agencia de inteligencia de alto nivel —los rusos, los saudíes, los británicos, los israelíes—, la CIA controlaba una red de decenas, tal vez cientos, de lo que en el oficio se conoce como «organizaciones fachada»: empresas privadas supuestamente legítimas que se utilizan para adquirir armas, comprar tecnología e implantar operaciones encubiertas. GreenEnergy era una de las mayores de estas entidades encubiertas, especializada en transporte extraoficial.

En total controlaba más de sesenta aeronaves, que iban desde *jets* privados G5 —algunos provistos de ganchos de cola que les permitían aterrizar en un portaviones— hasta An-225, los aviones de carga más grandes del mundo. De hecho, Air America, la aerolínea privada de la Agencia tristemente célebre durante la guerra de Vietnam, nunca desapareció: tan solo cambió de nombre y se adaptó a los nuevos tiempos y su conciencia medioambiental. GreenEnergy no habría sabido lo que era un parque eólico ni aunque se hubiese estrellado contra uno.

El vídeo cesó de súbito y las luces de la cabina se encendieron cuando el piloto empezó a rodar hacia la pista. Miré por la ventanilla y vi que el sol se ponía al otro lado del horizonte: era el momento del día que los fotógrafos llaman «la hora mágica» y una tenue luz dorada envuelve el entorno.

Cuando el *jet* viró, la luz y un efecto óptico hicieron que me viese mirando un reflejo perfecto de mí mismo en la ventanilla. Tomado por sorpresa, privado de la posibilidad de poner excusas, fui consciente de la factura que me había pasado el trabajo que desempeñaba. Mido más de uno ochenta, pero ya no lo parecía; acusaba agotamiento, como si la preocupación causada por tantas misiones se me hubiese echado encima y me hubiese apagado. Era más que eso, ni siquiera la barba de varios días que me había dejado para introducirme en el mundo islámico podía disimular los surcos que la inquietud dibujaba en mi frente.

Todo ello, combinado con alguna que otra cana en mi cabello oscuro y una telaraña de arruguitas en las comisuras de los ojos, me recordó lo que una veterana de la Agencia —una mujer con una carrera legendaria que había estado en todas partes y había visto más cosas aún— me dijo en una ocasión: «Da lo mismo lo que ponga en el certificado de nacimiento de un agente —observó—. Ningún espía de Zonas de Acceso Restringido es joven: son todos viejos». Ese día, cuando caía la noche, entendí lo que quería decir.

Sin embargo, mientras seguía mirando mi reflejo, supe que mi compañera sentimental, la mujer con la que vivía, habría reaccionado

de manera distinta. Me habría dicho que lo superara. «¿Que pareces mayor de lo que eres? Vale —habría dicho probablemente—, pero eso no significa que no tengas valor. Mira Stonehenge: también está hecho una ruina y aun así a la gente le gusta.»

21

Se llamaba Rebecca y había crecido cerca de una empresa de transportes a gran escala en Virginia Occidental, a las afueras de una de tantas poblaciones llenas de lo que ella llamaba «la arquitectura de la desesperanza»: tiendas tapiadas, casas desiertas y hectáreas de edificios industriales abandonados.

Ubicado en el corazón del condado del carbón, el aislado lugar debía su existencia a la minería y el acero, pero cuando esas industrias desaparecieron se vino abajo, como casi todos los demás sitios en los Apalaches. Por si el entorno no era lo bastante desalentador, pocas semanas después de que naciese Rebecca, su madre murió —una víctima más de la epidemia de opiáceos— y a la niña la crio su abuela. Puede que fuese una suerte: la anciana era una lectora voraz, una persona que nunca se daba por vencida, y la niña heredó de ella su sed de conocimiento y su espíritu indómito.

Para cuando estuve a bordo del *jet* de GreenEnergy, Rebecca McMaster y yo ya llevábamos seis años de relación. Debo decir que fueron unos años difíciles —muchas peleas, un exceso de secretos de la Agencia y demasiadas misiones extrañas de las que no se podía hablar—, pero de alguna manera conseguimos mantener la llama de la pasión.

Una noche, cuando estábamos en la cama desnudos después de otro episodio de sexo de reconciliación, le pregunté por qué creía que seguíamos juntos.

—Es como lo que dicen de los héroes —repuso sonriendo—. La gloria no es de los caídos, sino de los que caen y después se levantan.

Me reí.

—En ese caso nos deberían dar la Cruz al Mérito o la Medalla de Honor del Congreso. —La miré a la tenue luz de la lámpara y me puse serio un momento—. Quiero darte las gracias —dije.

—¿Por qué? —inquirió ella.

—Por perseverar, por hacer el esfuerzo. La mayoría de la gente se habría dado por vencida hace tiempo.

—Tienes razón —convino—. ¿En qué estaría pensando?

La expresión de su rostro, la sonrisa de su mirada, me recordó al día que nos conocimos: era un viernes por la noche en Nueva York, un bar en el SoHo, un sitio de moda lleno de personas que repartían codazos,

donde todo el mundo hablaba y nadie escuchaba. La casualidad quiso que entrara solo, necesitaba ir al servicio, y a ella la estaba dejando plantada una cita a ciegas. Estaba sentada a una mesa cerca de la puerta de la cocina, era alta e iba bien vestida, y me fijé en ella inmediatamente a pesar de lo abarrotado del lugar.

Entonces tenía veinticinco años y llevaba el largo cabello —con reflejos rubios hechos ese mismo día para la cita que no se presentaría— recogido, lo que le confería un aspecto natural. Tenía el físico atlético de quienes practican actividades al aire libre, pero no sabría decir si era guapa. Lo que sí sé es que, con sus pómulos altos, esa boca tan sensual y unos ojos llenos de vida, estaba hecha para mí.

—¿Te acuerdas de aquella primera noche en el SoHo? —me preguntó—. ¿Del tío que estaba junto a la escalera?

Era atractivo, estaba rodeado de multitud de personas. Según lo que el camarero le contó a Rebecca, tenía una aplicación de *fitness* y cinco millones de seguidores.

—¿Recuerdas lo que dijiste después de que te acercaras, te presentaras y yo te dijese quién era? Dijiste que ser famoso en las redes sociales era como ser rico en el Monopoly. —Se rio con el recuerdo y me miró—. Con ese comentario me ganaste. Estaba pensando: «Puede que por fin haya encontrado a una persona de verdad. Y precisamente en este bar, anda que no hay sitios». —Me pasó los dedos por la mejilla—. Si quieres que te sea sincera —añadió—, me gustó lo que vi cuando me di cuenta de que te habías fijado en mí. Ese algo independiente, reservado. Me dio la sensación de que contigo se podía estar a salvo.

»También me atrajeron otras cosas, y siguen atrayéndome. Tu nariz recta y tu mandíbula marcada, que parece decir que puedes ser decidido e inflexible. —Su dedo índice alcanzó mi frente y me rodeó los ojos—. Y luego están tus ojos: profundos, algo que hace que dé la impresión de que estás alerta, siempre alerta. Da miedo; es como si supieras más de lo que vas a decir nunca. Perfecto para alguien que trabaja en Langley, supongo. Incluso hoy en día a veces me cuesta decir si son grises o verdes. —Me besó los párpados con delicadeza—. Son tu mejor rasgo, ¿sabes? Con diferencia. No lo olvides —apuntó—. Casi hacen que parezcas inteligente.

22

Noté que el *jet* de GreenEnergy entraba en la pista y oí que los motores empezaban a rugir: la puesta de sol había terminado y la noche prácticamente había caído.

El reflejo de mi rostro se fue desvaneciendo hasta que al final lo

único que me devolvía la mirada eran esos ojos de los que Rebecca había hablado con tanto cariño; sin embargo, esa noche no eran grises ni verdes, sino de un marrón que tendía al dorado. Para muchos occidentales, todos los árabes tienen el pelo oscuro y los ojos castaños, pero he visto un montón de ojos azules en misiones que me han llevado desde el Sáhara Occidental hasta Pakistán. Así y todo, iba a entrar en un rincón aislado del mundo en el que mi vida dependería de lo bien que pudiera mimetizarme, y su color original habría llamado la atención, que era lo que yo menos necesitaba.

Años atrás, las lentes de contacto habrían sido la única opción de la Agencia, pero con el tiempo todo el mundo, desde la policía de fronteras rusa hasta los fundamentalistas islámicos, había aprendido que bastaba con arrojar arena a la cara de un sospechoso y esperar. Cuando los granos se introducían entre la lentilla y la pupila, el dolor se volvía insoportable y el hombre o la mujer, por muy buena que fuese su tapadera, tenía que quitarse las lentillas.

Alentada por un caso que sucedió en Colombia —en el que el capo de un cartel de la droga, tras darse cuenta de que un agente llevaba lentillas para cambiar su aspecto, le sacó los ojos al hombre y lo dejó tirado, vivo y lanzando gritos de dolor a la puerta de la embajada de Estados Unidos—, la avanzada división de tecnología de la CIA fue la primera en desarrollar una película de color que se adhería quirúrgicamente al iris. A prueba de arena y visible tan solo con la ayuda de un equipo especializado, implicaba que un agente podía tener el color de ojos que necesitara. En mi caso, un marrón dorado.

Mientras observaba, mis ojos desaparecieron del cristal —la noche al final se había impuesto al día—, y durante un instante, en la oscuridad, a punto de embarcarme en otra misión, pensé en Rebecca cinco días atrás, despertándose y dándose cuenta de que me había vuelto a marchar.

Separarnos siempre se le hacía cuesta arriba, algo que complicaba aún más el hecho de que, cuando empezamos a salir, ella no sabía en lo que se estaba metiendo. Cuando nos conocimos, en Nueva York, me preguntó a qué me dedicaba y le dije que era analista de la industria petrolera e iba a asistir a un congreso internacional en Tromsø, en Noruega.

Era cierto que iba a volar a Noruega, el congreso existía y sin duda me había inscrito como delegado, pero ahí acababa la verdad. Me disponía a realizar una misión en solitario que me llevaría a Rusia, y esos elementos formaban parte de mi «personaje», la elaborada tapadera que estaba utilizando.

Seis meses después, cuando se hizo patente que íbamos en serio, le conté que no era analista y que no tenía nada que ver con el sector energético: trabajaba para la CIA. Ella se me quedó mirando,

conmocionada; tardó bastante en asimilarlo.

—¿Y qué haces allí? —preguntó al cabo—. ¿Matar a gente?

—No te lo puedo decir —contesté.

Rebecca siguió mirándome, la conmoción dando paso a la incredulidad: no solo le había mentido, sino que ahora, para colmo, ni siquiera le explicaba en qué consistía mi trabajo.

—No es por mí —añadí—. Es por la Agencia, por su política: puedo decir que trabajo allí, pero nada más. Nadie puede decir más.

Ella seguía callada: se sentía confundida, los cimientos de su nueva vida se tambaleaban.

—Sé que es duro —afirmé—. Pero son las normas. Si quieres, puedo enseñarte un fragmento de...

Ella negó con la cabeza.

—Puede que sea su política, pero no creo que todo el mundo la siga a rajatabla. Seguro que hay muchas parejas de personas que trabajan en ese mundillo que saben exactamente lo que hacen.

—Quizá tengas razón —admití—. Es posible que haya muchos agentes que compartan información con amantes o cónyuges, pero estoy seguro de que la mayoría de ellos no se mueve en la clandestinidad.

—Y tú te mueves en la clandestinidad, ¿es eso? —preguntó, aprovechando lo que yo le había dicho.

Me di cuenta de que ya había hablado demasiado: si no había cruzado la línea, estaba peligrosamente cerca de hacerlo. Como espía de Zonas de Acceso Restringido, todo era secreto, no había laxitud, no podía haberla.

—Olvida eso —repuse, con más dureza de la que pretendía—. No debería haberlo dicho.

Rebecca me miró, atónita: creo que mi tono inflexible le dijo que había rozado algo muy serio. El resultado fue que, sin querer, la había convencido de que no podía revelar más información sobre mi trabajo. De manera que permanecimos sentados en silencio, juntos pero a kilómetros de distancia, Rebecca mirándose las manos, que ahora eran sendos puños.

En ese momento éramos los únicos ocupantes del vestíbulo de un pequeño hotel en Maine —por sugerencia de Rebecca habíamos ido a ver el follaje otoñal— y lo único que se oía a medida que pasaban los segundos era el crepitar del fuego. Su cara me dijo que intentaba decidir si seguir adelante o retirarse, atrapada entre el corazón y la cabeza.

—Siempre soñé con viajar por la costa para ver la caída de las hojas en otoño... —dijo en voz baja—, con alguien... con alguien a quien estuviese dispuesta a entregar mi corazón.

Clavé la vista en ella: ahora entendía por qué tenía tantas ganas de

que hiciésemos ese viaje. Durante un instante no fui capaz de decir nada.

—Lo siento —me disculpé en voz queda.

Ella negó con la cabeza e intentó sonreír.

—Los sueños pueden ser bastante absurdos, supongo.

—Al contrario —repliqué—. Si quieres vivir algo, primero has de soñarlo.

La voz casi se le quebró.

—Pues soñarlo lo soñé, eso está claro, pero ahora no sé si lo quiero vivir. —Hizo una pausa hasta que pudo controlar sus emociones—. ¿Y tú? ¿Siempre soñaste con trabajar para la CIA? —Sonrió—. ¿O fueron los únicos que te quisieron?

—Probablemente —contesté sonriendo a mi vez—. No, era un oficial subalterno en la Marina. Submarinos. La Agencia vino después. Tenía un don (para los idiomas) que resultó ser valioso, y es lo que necesitaban.

Rebecca me miró con cara de sorpresa: no sabía que yo tenía ese talento natural.

—¿Qué idiomas? —se interesó. La miré con pesar: si sabía los idiomas, sabría los países en los que estaba especializado—. Perdona —se disculpó al caer en la cuenta—. ¿Otra vez las normas?

Asentí; un leño se desplomó en la chimenea, lanzando una lluvia de chispas, y entre nosotros volvió a hacerse el silencio. No creo que ninguno de los dos supiera cómo continuar... o retirarse.

—¿Te apetece tomar algo? —propuso al final.

Nuestros ojos coincidieron y vi que los suyos se suavizaban. Sin decir nada, Rebecca entrelazó mis dedos con los suyos, los apretó, y yo empecé a creer que tal vez hubiésemos superado la peor parte.

Pedí una botella de vino y —por suerte— seguimos hablando, de manera vacilante al principio, pero después con mayor facilidad. Los espías aprenden deprisa que es más importante escuchar que hablar, y me alegró que ella tomara la iniciativa, me contara el trauma que había sufrido dos años antes, cuando su abuela, la única familia que había conocido, murió. Aprendí muchas cosas de ella durante esas pocas horas y eso le dio el tiempo suficiente para adaptarse a una nueva realidad. En lo que respectaba a mi trabajo, Rebecca solo sacó el tema una vez más.

Fue meses después, y como no me mostré más comunicativo entonces que antes, debió de comprender que, por muchas preguntas que me hiciese, el resultado no cambiaría. Y así se habrían quedado las cosas...

Salvo por el hecho de que los secretos son difíciles de guardar, no hay más que preguntar a cualquier espía, y probablemente pocos lugares sean más difíciles para hacerlo que el hogar que se comparte con quien se ama.

Un billete de tren arrugado de un lugar lejano, llamadas telefónicas en plena noche de personas que nunca contestan, vuelos en aviones privados de los que no se puede efectuar un seguimiento y, después, los sudores nocturnos y las heridas —una puñalada cuyos puntos no se dan en un hospital, un hueso roto o músculos desgarrados—, y a Rebecca debió de resultarle evidente que la mía no era la vida de un analista de inteligencia. La clandestinidad, significara lo que significase, a todas luces era algo peligroso.

Pocos meses después de que mantuviésemos aquella conversación en Maine nos fuimos a vivir juntos, nos instalamos en una calle arbolada de Maryland donde las casas estilo rancho estaban apartadas de la carretera y había que desviarse para ver a un vecino. Era perfecto para alguien como yo. Un viernes por la tarde, con las cajas de la mudanza prácticamente sin abrir, llegué a casa temprano de Langley, aparqué en el camino de acceso, cosa que no solía hacer, y en lugar de entrar por el porche trasero lo hice por la puerta principal. Enfilé el pasillo y oí que Rebecca estaba en la cocina. Entré, y justo cuando iba saludarla...

Estaba de espaldas a mí, cocinando. El sol entraba por la gran ventana, bañando su pelo en una luz dorada, y me detuve para mirarla. Ella dio un paso hacia un lado de la encimera y el sol iluminó el vestido blanco que llevaba, volviéndolo casi transparente y permitiéndome entrever su esbelto cuerpo. Estaba pensando en todas las veces que había estado en la cama, abrazándola, con todos mis miedos secretos y un sinfín de recuerdos sombríos, cuando Rebecca se volvió y me vio.

A su rostro asomó una expresión de alarma.

—Me has asustado —dijo.

El cariñoso saludo que tenía en la garganta quedó silenciado. Rebecca tenía los ojos rojos y había estado llorando.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Ella negó con la cabeza, dando a entender que no era nada, pero una semana antes yo había vuelto de un viaje a Siria: la clase de misión que las personas de mi sección describen a veces como «lleva tu propia cuerda para la horca». Salió tan mal como la mayoría nos temíamos, pero me consideré afortunado por lograr cruzar la frontera libanesa con tan solo un tajo en el gemelo y un disparo de una pistola automática en el hombro.

En la pierna me dieron puntos y la bala me la extrajeron en el hospital americano de Beirut, pero ambas heridas seguían vendadas

cuando volví a casa, y el comportamiento de Rebecca —miradas de reojo y noches en vela— me dijo que esas heridas ocupaban sus pensamientos.

—Algo pasa, dime qué es —pedí mientras estábamos en la cocina.

—Prácticamente no te he preguntado nada de tu trabajo desde el día que me contaste a qué te dedicabas —respondió—. Y no he dicho nada de las heridas con las que has aparecido esta semana, solo te pregunté si estabas bien —continuó—. Pero ha sido duro, muy duro…

—Seguro que lo ha sido, lo sé —admití.

—No, no lo sabes —prosiguió con aspereza—. Cometiste un error.

Me quedé mirándola perplejo, no sabía a qué se refería.

—Fuiste a revisión el lunes —aclaró—, y trajiste a casa la radiografía del hombro. Por desgracia, la dejaste en el asiento trasero del coche…, así que le eché un vistazo.

No contesté, respiré hondo —«menudo agente de inteligencia», pensé—, y durante un instante nuestras miradas se encontraron.

—Deberías haberla destruido —dijo.

Tenía razón. Mi única excusa era que el hombro me dolía a lo bestia y estaba desesperado por entrar y tomarme los analgésicos que me habían dado. Ahora sabía exactamente por dónde iban los tiros. Pese a la precariedad en la que creció, pero con el apoyo incondicional de su abuela, Rebecca siempre había sido buena estudiante, y a los catorce años —por impulso, más que por otra cosa— participó en un concurso de redacción en el que se pedía a los alumnos que describieran el valor de estudiar otras culturas. A una chica que vivía en una casa móvil en la región de los Apalaches la cuestión debería haberle parecido irrelevante en el mejor de los casos, pero Rebecca se documentó, aplicó su creciente inteligencia y ganó el primer premio.

Consistía en pasar un año, con todos los gastos pagados, como estudiante de intercambio en Japón, y ese viaje lo cambió todo. Le encantó la cultura, adquirió conocimientos básicos de japonés y —por uno de esos lances del destino— se alojó en la casa de un matrimonio de médicos. Debido a ello, la mayoría de los fines de semana los acompañaba a hacer sus rondas en el Hospital de la Universidad de Tokio —uno de los mejores del mundo—, y esas visitas hicieron que volviese a casa con una idea clara de la carrera que quería estudiar.

Cogió dos trabajos en el instituto, fue a la universidad, consiguió entrar en la facultad de medicina y, con ayuda de cuantiosos préstamos universitarios, ahora estaba en su último año de residencia como médica de urgencias en el MedStar Washington Hospital Center.

Entre otras cosas, eso significaba que sabía interpretar una radiografía. La seguí con la mirada mientras salía de la cocina.

24

Volvió del garaje un minuto después con el gran sobre. Sacó la lámina y la sostuvo a contraluz.

—En mi opinión profesional —empezó, y se volvió para mirarme—, solo hay una cosa capaz de causar esta clase de daño. Por desgracia lo he visto muchas veces: en nuestras urgencias tratamos más traumatismos por arma de fuego que cualquier hospital de la ciudad de Washington. Fue una bala, ¿no?

Asentí: sí, una bala. Rebecca señaló el orificio de entrada en la radiografía y siguió su trayectoria.

—Unos centímetros a la izquierda, un poco más abajo, y estarías muerto —dijo. Había bajado más todavía la voz mientras intentaba dejar a un lado las emociones, pero durante un instante los ojos se le humedecieron.

—Sé que faltó poco —reconocí—. El cirujano que me la extrajo me lo dijo.

Ella reprimió sus sentimientos y negó con la cabeza desesperada.

—Muy bien, no te voy a pedir que desveles ningún secreto —aseveró con frialdad—. Solo quiero que me digas cómo lo sabré.

—Cómo sabrás ¿qué?

—Que no tengo que seguir esperando más, que no volverás a casa. Que has... —No terminó la frase.

Lo hice yo por ella.

—¿Que he desaparecido? —Supongo que ninguno de los dos quería decir «muerto».

Ella asintió.

—Sí, desaparecido —repitió—. Es una buena palabra.

—Tienen tus datos personales, Becca. Ellos te lo comunicarán —repuse—. Me aseguré hace tiempo.

—Es un detalle, gracias —contestó con sarcasmo—. Pero ¿cómo? ¿Con una llamada de teléfono, un mensaje para que acuda a un despacho? ¿Me llevarán a Langley? —Ahora la voz dejaba traslucir su monumental enfado—. Es imposible que esto sea secreto también. Solo quiero saber qué debo esperar.

«No, eso no es verdad —pensé—. Quieres saber a qué tienes que temer, quieres saber cómo es el monstruo.» Miré por la ventana: la noche casi había caído sobre nosotros, y ¿qué importaba si se suponía que era secreto? Ella tenía razón, tenía derecho a saberlo; la organización para la que yo trabajaba le debía al menos eso.

—Vendrá un coche —respondí al fin—. Será normal y corriente a propósito, un cuatro puertas: uno de esos vehículos que se supone han de ser anónimos pero gritan a los cuatro vientos «gobierno». No irá despacio. Sus ocupantes sabrán exactamente cuál es la casa que

buscan —continué—. Habrán llamado al hospital para asegurarse de que no estás trabajando y habrán pasado por delante antes para comprobar que estás en casa.

Los hombros se le hundieron, sorprendida con la vigilancia, la discreta y eficiente organización.

—Un hombre, de unos cuarenta años, saldrá del coche y llamará a la puerta —conté—. Te enseñará un carné con foto de la Agencia para garantizarte que es oficial. El carné será auténtico, pero el nombre será falso: es el procedimiento estándar. Si eres sensata, le pedirás que entre —proseguí, con la mayor objetividad posible—. Probablemente no quieras pasar por todo esto en la puerta. Él te dirá que lo siente mucho, pero que, durante un viaje de negocios en el extranjero, tu pareja murió en un accidente de coche, en un vuelo chárter que se ha estrellado o algo por el estilo.

—Pero no será verdad —apuntó Rebecca.

—Es posible que tenga un recorte de periódico, un vídeo de la televisión alemana, lo que quiera que hayan podido crear o reutilizar de otra grabación. Parecerá muy real, pero no, no será verdad.

—Y eso está bien, ¿no? —preguntó, aunque su tono indicaba con claridad que no lo estaba.

Me encogí de hombros.

—No es malo. La Agencia no puede revelar nada de una operación de inteligencia, para no poner en peligro la misión o la vida de otro; por otra parte, ha de justificar la pérdida de la pareja de una persona. ¿Qué otra cosa puede hacer?

—Vale, conque mienten —recapituló ella tomando aire—. Sigue.

—El hombre se mostrará compasivo, pero su trabajo es asegurarse de que aceptas esa versión de los hechos. Si preguntas si tu pareja estaba trabajando para la CIA, te dirá: «Sí, desde luego». Si quieres saber en qué, te dirá que estaba en Alemania, adonde había ido para reunirse con agentes de ese país, o algo poco comprometedor por el estilo. Si haces más preguntas, él no se explayará.

—Y eso es todo, ¿no? —inquirió—. Si no tiene nada más que decir, ninguna explicación que dar…, ¿qué? ¿Se marcha?

—Habrá más conversación, y él no tendrá prisa, pero sí, básicamente eso será todo —contesté—. Te facilitará un número para que llames si necesitas algo. También te dirá que se pondrá en contacto contigo si llegaran a conocerse más detalles, aunque no cree que vaya a ser así: no fue más que un terrible accidente.

—¿Llamará? —preguntó Rebecca.

—Tendrá que llamar —aseguré—. Habrá que organizar el entierro. Durante esa conversación dirá que, como resultado de las quemaduras sufridas en el accidente, el funeral se tendrá que celebrar con el ataúd cerrado.

Me miró con recelo: que le mencionase tal cosa era extraño.

—¿Por qué diría eso? ¿Quemaduras? ¿Por qué es importante?

—Porque... —empecé—. Escucha: no discutas, no conseguirás que cambien de opinión.

—¿Sobre lo de abrir el ataúd? —inquirió.

—Sí. Lo más probable es que esté vacío, o que contenga el cuerpo de otro.

Me miró fijamente. Eso no se lo esperaba, y le afectó. Hasta ese momento, pese a lo tétrico del tema, había podido con él: las lágrimas habían desaparecido y las profundas líneas de preocupación que arrugaban su frente eran menos pronunciadas. La médica que había en ella le permitía abordar la muerte, pero ahora volvió a asaltarla la realidad de mi trabajo.

—Es una farsa, ¿no? El funeral entero —dijo en voz baja—. ¿Por qué?

—No es una farsa. En la mayoría de los casos en mi sección (y esto es todo lo que te puedo decir) es demasiado peligroso intentar recuperar un cuerpo. Debido a la naturaleza del trabajo en sí.

—¡Por Dios! —exclamó bajando la cabeza y masajeándose la cara—. Tenías razón al decir «desaparecido»: si mueres, habrás desaparecido por completo —musitó.

Me acerqué a ella y la estreché entre mis brazos, con fuerza.

—El ataúd está cerrado —repitió—. Después se limitarán a doblar la bandera y entregármela, ¿es eso?

—Sí —contesté, con su cabeza apoyada en mi hombro.

—Y yo me quedaré sola y tendré que recomponer mi vida como buenamente pueda, ¿no? ¿No hay nada más?

—No —dije en voz queda—. Nada más. —No era toda la verdad: había una cosa más, pero no creí que tuviese sentido mencionarla.

Diez o veinte años después, cuando la misión en la que yo había tomado parte ya no tuviese ningún valor para la Agencia, Rebecca recibiría una carta de la persona que ocupara entonces el despacho principal en la que la invitaría a asistir a una ceremonia pequeña y confidencial en el vestíbulo de la sede original de la CIA.

El espacio impresiona. En una pared —grabada en la piedra— se puede leer una cita del Evangelio de san Juan, el lema extraoficial de la CIA: CONOCERÉIS LA VERDAD, Y LA VERDAD OS HARÁ LIBRES. Frente a ella, en la pared opuesta, hay hileras de pequeñas estrellas, y debajo, en un atril, un libro con el nombre de decenas de agentes del servicio de inteligencia escrito en él. A Rebecca la invitarían a ser testigo de cómo añaden mi nombre y descubren mi estrella. Cada nombre y cada estrella recordaban a un hombre o una mujer que había muerto en acto de servicio: era el muro conmemorativo de la CIA.

La carta del director preguntaría a Becca si, después de todos esos

años, deseaba asistir a la ceremonia. Yo no tenía la menor duda de que, para entonces, ella estaría casada y tendría hijos: siempre había querido hijos, y eso resultó ser una fuente de problemas serios con regularidad entre nosotros, aunque ambos coincidíamos en que mi trabajo no se prestaba a llevar lo que se dice una vida de familia estable.

Sentado en el avión, con los motores ahora chirriando y la iluminada pista dando la impresión de que se extendía hasta la eternidad, confié en que Rebecca sacase el tiempo y encontrase el interés para acudir a la ceremonia. Más que cualquier otra cosa, confié en que me recordase con cariño.

Miré por la ventanilla mientras despegábamos y vi que unas espectaculares nubes de tormenta se aproximaban por el este y venían directas a nosotros. «Capear la tormenta», pensé: es todo cuanto podemos hacer y esperar hacer siempre, capear la tormenta.

25

A través de ondas de calor titilante, el oasis surgía entre un mar de dunas, las palmeras datileras se mecían con el caliente aire y una amplia extensión de agua verde centelleaba con el sol de mediodía.

Igual que las reformas en materia de derechos humanos, igual que una economía nueva para una nueva era —igual que tantas otras cosas de la vida en el Reino de Arabia Saudí—, el oasis era un espejismo. Temblaba y se retorcía en el extremo más lejano del aeropuerto internacional Rey Khalid de Riad, un grupo de cinco terminales que se alzaban en un paisaje lunar, que era como mejor se podía describir.

El Gulfstream de GreenEnergy aterrizó en la pista norte poco después de mediodía, giró brevemente hacia el quimérico oasis y a continuación rodó hasta una sección de alta seguridad del complejo. Miré por la ventanilla y vi una decena de *jets* de pasajeros con las sencillas palabras «Arabia Saudí» en el fuselaje, que los identificaban como parte de la flota personal del rey. El más próximo a nosotros era un Boeing 737 nuevo, y me pregunté si sería el aparato que se había equipado especialmente para acomodar a un centenar de sus preciados halcones de caza.

Tras él se distinguía un imponente Airbus 380, que seguía siendo el avión de pasajeros más grande jamás construido, la escalera sustituida por unas escaleras mecánicas doradas. Según los informes, también tenía una fuente en el vestíbulo y griferías de oro macizo en todos los cuartos de baño. Como dijo Dorothy Parker una vez: «Si quieres saber lo que Dios piensa del dinero, no tienes más que mirar a la gente a la que se lo ha dado».

Giramos y nos detuvimos cerca de la terminal real, no porque yo fuese un invitado de honor, sino porque era la parte más discreta del aeropuerto. De dichas disposiciones se había ocupado Halcón, que, sin revelar ningún detalle de mi misión, había llamado al director del GID, el servicio de inteligencia saudí, y le había pedido que organizara el aterrizaje de un *jet* extraoficial de la CIA y proporcionase transporte a su único pasajero. No fue preciso decir más: ambos hombres sabían que los archivos de rastreo del radar se borrarían y el registro de la torre de control no haría ninguna referencia al Gulfstream. Era un vuelo fantasma efectuado por un avión fantasma: un espejismo más en un país lleno de espejismos.

Cuando los motores se apagaron, miré por la ventanilla. Realeza o no, era un lugar desolado: allí no había nadie, tan solo el viento del desierto que azotaba los enormes hangares y el calor que desprendían unas cuatrocientas hectáreas de abrasador asfalto. El piloto salió de la cabina y negó con la cabeza.

—Según el indicador de delante, el asfalto está a cincuenta y un grados.

—Pero es un calor seco, ¿no?

El hombre se rio mientras yo cogía mis maletas y abrió la puerta para bajar la escalera. Los dos amusgamos los ojos con la claridad, pugnando por ver a alguien, a cualquiera, que estuviese allí para recibirnos.

—Están ganando tiempo para utilizar las cámaras —expliqué—. Después usarán el reconocimiento facial para intentar encontrar una correspondencia. —Volví dentro—. No tiene sentido ponerles las cosas fáciles.

El piloto sonrió y señaló uno de los hangares: un Mercedes gris de tamaño mediano salió de la sombra, condujo despacio por la plataforma y se detuvo junto a la escalera.

Con la cabeza baja, fui al coche: era exactamente la clase de vehículo que utilizaban los hoteles buenos de Riad para llevar e ir a buscar a sus clientes al aeropuerto. El conductor, que fue a cogerme las maletas, también vestía como uno de sus chóferes, salvo que no lo era. Era un miembro del servicio secreto saudí: rondaba la treintena, tenía los labios finos, un rostro frío como el hielo y la mirada inexpresiva, como todos los de su clase.

Sin decir palabra, esperó a que me subiera a la parte de atrás del vehículo, se deslizó en el asiento del conductor y cruzó el asfalto hasta dejar el recinto real y entrar en la autopista de doce carriles que rodeaba el aeropuerto. Pisó el acelerador durante unos veinte kilómetros, sorteó un enlace de tipo trébol y se detuvo en la terminal que gestionaba los vuelos internacionales de Saudia Airlines. El subterfugio ahora se había completado: para cualquiera que estuviese

observando, yo era un huésped de un hotel de postín al que uno de sus conductores estaba llevando al aeropuerto para que cogiese un vuelo. En mi caso, a Karachi, la capital económica de Pakistán.

Uno de los axiomas del mundo del espionaje es no dejar nunca una huella en la arena.

26

Karachi. ¿Qué puedo decir? La limpieza probablemente no sea el punto fuerte de la ciudad. Una de las metrópolis con más polución del mundo, que también se ve aquejada de serias inundaciones. Las tormentas azotan el lugar, la lluvia se mezcla con un sistema de alcantarillado desbordado y un agua contaminada corre por las avenidas y las calles de la ciudad. Año tras año las lluvias llegan y nada cambia: los brotes de enfermedades se incrementan, la población aumenta y distintos grupos terroristas continúan lanzando ataques, sobre todo contra occidentales.

A unos veinticinco kilómetros del caos de la ciudad, en la carretera a Hyderabad y pasando una enorme base aérea de Pakistán, el aeropuerto internacional Jinnah se alza en medio de un paisaje llano y anodino. Cuando mi avión aterrizó, los trámites a mi llegada parecían tan desbordados como el sistema de alcantarillado y, dos horas después, por fin me planté frente a un mostrador de inmigración.

El hombre que había tras él —de unos cincuenta años, impecable con su uniforme negro y gris, los galones de sargento en la manga— me comparó con la fotografía del pasaporte, que introdujo en un lector de datos.

Viajaba con un pasaporte saudí que me había proporcionado el GID, y esperé en silencio mientras el *software* comprobaba mis datos. No habría tenido de qué preocuparme si la CIA se hubiese puesto en contacto con la ISI —Inter-Services Intelligence—, el servicio secreto pakistaní, y les hubiese dicho que iba a entrar en el país. No lo hicimos porque los pakistaníes —supuestamente aliados nuestros— habrían preguntado por el propósito, y con independencia de la historia que les hubiésemos contado, me habrían seguido para intentar esclarecer el verdadero objetivo de mi misión.

Lo cierto era que nadie en el servicio secreto estadounidense se fiaba de los pakistaníes: no solo los habían pillado dando asilo a Osama bin Laden, sino que ese engaño solo venía a sumarse a años de pruebas de que siempre practicaban el doble juego. Langley estaba convencido de que, en lo relativo a la traición, los pakistaníes jugaban en una liga propia. En la séptima planta nadie dudaba que, si su servicio secreto llegase a descubrir cuál era mi verdadero objetivo, informarían al

Ejército de los Puros de mi inminente llegada para sacar algún partido de otro grupo terrorista.

En la cuenta de pérdidas y ganancias de Pakistán, un acuerdo por parte del Ejército de no atacar objetivos en el país bien habría valido la muerte de un espía americano.

Los segundos pasaban despacio. Procuré no parecer nervioso, miraba de reojo el lector de vez en cuando, como haría cualquier persona, y me puse a pensar en lo peor que podía suceder: si el pasaporte o yo despertábamos alguna sospecha, me arrestarían de inmediato y me interrogarían siguiendo lo que en el mundo de la inteligencia se conocían como «protocolos extremos». Según personas que habían pasado por ello, una celda de hormigón helada y una manguera de goma con pesos de plomo eran los métodos preferidos de los pakistaníes.

Por fin el lector empezó a parpadear. El oficial echó un vistazo a la pantalla, sacó el pasaporte del lector y me miró con cara de preocupación. Me habló en árabe del Golfo.

—Le voy a tener que hacer unas preguntas —dijo.

Ni su acento ni su gramática eran perfectos, y me figuré que si utilizaba ese idioma era para averiguar si yo de verdad era saudí.

—Desde luego —contesté. Por suerte, mi árabe era lo bastante bueno para convencer a cualquiera de que era mi lengua materna—. ¿En qué le puedo ayudar?

—La ley exige que sea usted completamente sincero —advirtió mientras señalaba un letrero que explicaba en distintos idiomas las draconianas sanciones que se aplicarían por dar información falsa.

—Por supuesto —repuse, como si mentir fuese lo último que tenía en mente.

Me formuló las preguntas de rigor (lugar de nacimiento, propósito de mi visita, cuánto tiempo me iba a quedar) hasta que, al parecer satisfecho con mis respuestas y mi dominio del idioma, encontró una página en blanco en mi pasaporte, le estampó varios sellos y me devolvió el documento.

—Disfrute de su estancia en Pakistán.

Asentí y cogí mi equipaje de mano. No tenía nada más, así que pasé por la aduana, por delante de agentes uniformados que charlaban entre sí, y me aproximé a las puertas que se abrían al vestíbulo de llegadas.

Se deslizaron y yo, envuelto en oleadas de música discordante, decenas de dialectos distintos y el exótico aroma del té con especias, me abrí paso entre el gentío, torcí a la izquierda y enfilé el cavernoso vestíbulo. Nunca había estado en ese aeropuerto, pero gracias a las horas que había pasado memorizando su plano, sabía exactamente adónde me dirigía.

Dejé atrás a un grupo de hombres vestidos con el tradicional *salwar kameez* —pantalón holgado y camisola larga hasta la rodilla— que estaban a punto de entrar en la sala de oración y después, cincuenta metros más allá, vi un letrero con un símbolo que identificaba los aseos. Era lo que estaba buscando: a continuación habría un espacio amplio lleno de hileras de taquillas que se podían alquilar.

Tal y como me habían informado en Langley, la taquilla diecisiete estaba en un rincón del fondo, un lugar que habían elegido por ser el más aislado. Comprobé que no había nadie, introduje un código que había traído conmigo en la cerradura de combinación y abrí la puerta de acero. Dentro había un sobre que me había dejado el día anterior el jefe de la CIA en Islamabad, la capital pakistaní. Contenía un mapa del aparcamiento norte, el número de una plaza, el tique que tenía que introducir en el parquímetro y un juego de llaves de un coche.

Y así fue como, un martes por la tarde de julio, un espía especializado en Zonas de Acceso Restringido, antiguo oficial subalterno de un submarino de la Armada estadounidense, un hombre que había desaparecido de la flota silenciosa en extrañas circunstancias y al que gracias a los idiomas que hablaba había contratado la CIA, un ciudadano americano nacido en Loxahatchee, Florida, pero que viajaba con pasaporte saudí, llegó, sin previo aviso y sin que nadie lo viera, hasta una taquilla del aeropuerto más grande de Pakistán y estaba a punto de enfrentarse al contaminado aire de Karachi y subirse a una tartana que no había visto antes.

La frontera con Irán se hallaba a ochocientos kilómetros al oeste y, durante diez minutos más, conduciría prudentemente para evitar llamar la atención por una carretera lisa y recta en su mayor parte, que ardía como una sartén bajo el sol de pleno verano, con el objeto de reunirse con un hombre cuyo nombre no conocía, en un lugar que solo había visto en mapas, donde el más mínimo error los mataría a ambos.

«Vamos allá», pensé mientras abría el coche.

27

Sin rebasar el límite de velocidad, conduje por la solitaria carretera de la costa de Makrán, la ruta más rápida hacia la frontera de Irán, que hervía con el calor estival, mientras en mi cabeza escuchaba en bucle una vieja canción de AC/DC: la carretera al infierno, muy apropiada.

Iba al volante de una camioneta Toyota blanca cascada, probablemente el vehículo más habitual —y, por lo tanto, el más difícil de seguir— en el mundo árabe, utilizado por ciudadanos honrados, contrabandistas de droga, contratistas del gobierno,

terroristas y todos los que no eran ninguna de esas cosas.

A mi izquierda tenía el mar de Arabia y, a la derecha, el parque nacional de Hingol, uno de los paisajes más extraordinarios del mundo: formaciones rocosas tan espectaculares como las de Monument Valley se erguían en el desierto, extraños volcanes de lodo burbujeaban en una llanura árida y helechos tropicales salpicaban de verde cañones vírgenes.

Con las ondas de calor titilante a mi alrededor, el mundo perdido de Hingol se desvanecía, y rodeé un puerto remoto llamado Gwadar. Sin apenas ver otro vehículo, cada vez más cerca de la frontera iraní, me detuve unos kilómetros antes en un saliente y contemplé durante un buen rato uno de los países más peligrosos del mundo para alguien como yo, después giré bruscamente a la derecha y bajé dando sacudidas por una carretera llena de baches. Al final se alzaba una localidad poco conocida llamada Mand, un conjunto de casas silentes del color del suelo, muros altos y calles de tierra zigzagueantes.

A las afueras había un almacén de adobe al que le faltaba la mitad del tejado y con decenas de cuatro por cuatro destrozados entre los hierbajos. Era el taller de reparación de automóviles de Mand, y los vehículos herrumbrosos eran su inventario de piezas de repuesto. Mi historia —si alguien hubiese preguntado— era que estaba en Gwadar cuando la suspensión delantera del Toyota se había estropeado y necesitaba que me la cambiaran. La dañada trasera atestiguaba la realidad del problema, y fueron muchas las veces durante el viaje en las que maldije hasta qué punto cuidaban los detalles en Langley.

La suspensión era la ficción; la realidad, que dentro de un pequeño cobertizo que se utilizaba para almacenar bidones de aceite de motor usado, medio oculto en la parte de atrás del edificio, un hombre me estaba esperando. Un pakistaní de unos cuarenta años —un operativo leal de nuestro jefe en Islamabad— había llegado el día anterior, conduciendo un camión cubierto con tres ponis ocultos en la caja, junto con el resto del equipo que yo necesitaba.

Tras aparcar en el extremo más alejado de la propiedad, abordó al dueño y a la única persona que había allí aparte de él —el hijo del hombre— y, después de tomar la obligatoria taza de té, ofreció a los dos hombres medio millón de rupias a cada uno si tenían la necesidad urgente de viajar a Karachi para recoger unas piezas de repuesto. Sugirió que dicha misión tendría que llevarles por lo menos dos días. A lo largo de los años el propietario lo había visto todo: contrabandistas de drogas, terroristas, estafadores, fuerzas de seguridad pakistaníes y —como el hombre que bebía sorbos de té frente a él— un buen número de personas de las que suponía eran agentes secretos. Era un hombre práctico, que no se complicaba la vida con ideologías, y había tratado con todos ellos: su único criterio

era que el dinero fuese suficiente.

—Tres mil cada uno —pidió en urdu.

El agente se encogió de hombros.

—Claro, te ofrezco quinientas mil rupias ¿y tú solo quieres tres mil?

Los hombres se rieron: los tres sabían que el propietario estaba hablando de dólares americanos y tres mil era bastante más de lo que le habían ofrecido. El operativo de la CIA no tenía ninguna información acerca de la misión que tenía que ayudar a organizar, pero sí sabía que no podía permitir que nada la hiciese peligrar. Regateó para guardar las apariencias y después levantó las manos: se rendía.

El propietario y su hijo sonrieron y, cargados de dinero y al volante de la mejor de sus ruinas rodantes, emprendieron su inesperado viaje, con la idea de aprovechar la oportunidad para ir a rezar a la mezquita Tooba, de mármol blanco, en Karachi, una de las más impresionantes del mundo.

Cuando llegué, aparqué donde no se me veía, me dirigí hacia el taller y fui al patio trasero, que estaba lleno de chatarra. Iluminado únicamente por las estrellas, yo casi era invisible, pero en el sepulcral silencio de la noche, el operativo debió de oír que se acercaba la Toyota. No me di cuenta, pero no me estaba esperando —como estaba previsto— en el cobertizo: se hallaba sumido en las profundas sombras que proyectaba el muro del almacén, apuntándome con una Ruger SR40, un arma lo bastante potente para abrirme un agujero del tamaño de un guante de béisbol en el pecho. Para ser sincero, me habría decepcionado si no hubiese estado en posición y listo para disparar. Ese es otro de los principios del mundo de la inteligencia: solo sobreviven los paranoicos.

No habló hasta que pasé por delante de él, para que me fuese imposible desenfundar antes.

—¿Eres el tipo que busca una correa de radiador? —me preguntó, como estaba dispuesto que hiciese para identificarnos.

—Amortiguadores delanteros —repliqué, dando la respuesta correcta, lo cual hizo que el operativo saliera de la oscuridad y me tendiese la mano.

—Bienvenido —dijo, y señaló de inmediato el cobertizo donde se almacenaba el aceite—. Lo he cogido todo y lo he dispuesto dentro. Iré a por los ponis.

Mientras él iba al camión, yo entré en el cobertizo y me puse a examinar lo que había traído: miré bien las prendas de ropa manchadas, comprobé el mecanismo de un viejo AK-47 automático y presté gran atención a las tres sillas de montar. Eran viejas y estaban desgastadas, uno de los armazones de madera estaba claramente roto y mal reparado. Estaba claro que no valían nada para cualquiera al

que pudiera ocurrírsele robarme, pero…

Ocultos en los armazones de madera huecos, cosidos en la almohadilla de cuero y escondidos en el forro de las pesadas alforjas y las mantas de los caballos, había cuatro pasaportes estadounidenses auténticos —para el correo afgano, su mujer y sus dos hijas— y cincuenta mil dólares en sobados *tolahs* pakistaníes: pequeños lingotes de oro con unos bordes redondeados únicos que se habían utilizado como moneda en la zona durante doscientos años.

Imposibles de falsificar y de rastrear y fáciles de esconder, eran —como cabría esperar— muy populares en el narcotráfico, pero era justo por esas cualidades por las que el correo había insistido en que se utilizasen para efectuar nuestras igualmente encubiertas transacciones. Los setenta *tolahs* y los cuatro pasaportes eran una muestra de nuestra buena fe: el mensajero quería que se les garantizase la ciudadanía estadounidense a él y a su familia, y el oro serviría para pagar gastos inmediatos, un adelanto de los veinte millones de dólares que recibiría en una casa segura en América cuando nos hubiese facilitado toda la información que había prometido.

Mientras utilizaba una linterna para examinarlo todo, desde las sillas de montar hasta las etiquetas pakistaníes de la comida envasada, no encontré ningún fallo en las creaciones de los talleres especializados de la CIA: las etiquetas amarilleaban y tenían manchas, cada hilo de las mantas estaba envejecido, las puntadas de la silla de montar estaban desgarradas, en las correas de cuero de las cinchas se veían marcas de sudor y en las hebillas de latón arañazos de años de uso. Era un trabajo excepcional, un testimonio del talento de quienes lo habían realizado, sus esfuerzos supervisados por una mujer que en su día había sido diseñadora de producción en Hollywood: ¿quién mejor para hacer que algo pareciese auténtico que alguien que había recibido dos nominaciones a los Oscar?

Me puse a guardar el equipo cuando oí que el operativo cruzaba el patio para llevar a los ponis hacia el cobertizo. Eran animales viejos y enjutos, el lomo encorvado tras años de duro trabajo, pero con su mirada bondadosa y sus quijadas relajadas a mí me parecían bonitos.

—Lo siento —se disculpó—. No pudimos conseguir nada mejor.

Me levanté y fui hacia ellos. Siempre me han gustado los caballos: desde mucho antes de que se tuviera constancia de ello, lo único que han querido es ser nuestros amigos y, sin embargo, nosotros no hemos hecho gran cosa salvo maltratarlos. El líder del tiro era de un vivo color castaño, cojeaba de una pata delantera y me figuré que tenía artritis en la babilla. También exhibía una impresionante cantidad de cicatrices y cortes, le faltaba parte de una oreja y tenía una calva en una zona amplia de la grupa. Le rasqué el morro y le hablé con

suavidad.

—A ti también se te nota la edad, como a mí. No te preocupes, ya sabes lo que dicen los irlandeses, ¿no? Para un camino difícil hace falta un perro viejo.

El animal me acarició la mano con el hocico e hizo lo que hacen los caballos con los belfos: esbozar una suerte de sonrisa.

—¿Cómo se llama? —pregunté al operativo.

Él me miró de reojo.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —repuso encogiéndose de hombros.

—¿Qué sugieres? —espeté—. ¿Que le diga eso a una patrulla iraní o a un grupo de terroristas que me lo pregunte? ¿Que diga que el nombre del líder de mis animales es un misterio?

—Lo siento —se disculpó abochornado—. No estaba pensando. ¿Le damos uno?

Miré de nuevo los ojos líquidos castaños, la media oreja caída.

—Lo llamaré Sakab.

—¿Qué? —inquirió el operativo.

—Es árabe —aclaré—. Significa «un caballo tan airoso que fluye como el agua».

28

Casi había terminado de examinar a los caballos y el equipo cuando me sonó el teléfono encriptado. Años de experiencia me habían enseñado que, cuando una misión ya ha empezado, nunca eran buenas noticias.

Era Halcón, y fue al grano.

—Esta información no la he compartido con nadie —empezó—. Hace seis horas, Kabul ha informado de la última reunión entre el técnico de aire acondicionado y el correo.

Ciertamente lo que menos necesitaba yo eran más complicaciones.

—Continúe —pedí.

—El mensajero afirma que se acaba de enterar de que el supuesto golpe espectacular se lanzará dentro de veinticuatro semanas —dijo Halcón con una voz desprovista de emoción.

—Acción de Gracias —calculé.

—Muy simbólico —repuso—. El día de más desplazamientos del año…

—Podría ser un intento por parte del correo para presionarnos —aventuré—. Nos proporciona una fecha para que entremos en pánico y aceptemos sus condiciones y cerremos el trato.

—Podría ser —convino Halcón—. ¿Quiere firmar el documento de Buster?

—Acaba de decir que no se lo ha dicho a nadie, ¿no? —contesté.
—No —aseguró.
—¿Por qué? ¿No se fía de ellos? —inquirí.
—Imagine que hay una filtración: ¿un terrorista resucitado, un golpe espectacular previsto para Acción de Gracias, la mayor parte del mundo occidental como posible objetivo y sin saber cómo podría pasar? Ya solo la conmoción que causaría prácticamente podría acabar con nosotros.
Una fecha límite era justo lo que necesitaba.
—Gracias por la buena noticia —dije.

29

Esa noche no había luna, e incluso las estrellas, por lo general lo bastante cerca para poder tocarlas en esas latitudes si uno se encontraba lejos de una ciudad, se veían oscurecidas por unas nubes de tormenta procedentes de Afganistán.

Sakab, a la cabeza, y los otros dos ponis estaban inquietos, asustados por el tiempo que se avecinaba. Asiendo con firmeza la rienda, los guiaba hacia el interior de las escarpadas montañas que se alzaban entre las matas, siguiendo una antigua senda de contrabandistas que un analista con vista de lince de Langley había encontrado en una colección de mapas en papel casi olvidados. Databan de cuando los soviéticos combatían en Afganistán y el largo sendero, apenas utilizado en el curso de las décadas que siguieron, estaba cubierto por la maleza y en algunos puntos casi era intransitable.

Para entonces, Mand ya quedaba a tres horas de distancia. Cuando terminé de recogerlo todo, cené con el operativo y después fui hasta la puerta del cobertizo. Contemplé el vetusto paisaje: la noche había caído y las casas de tejado plano apenas se veían, camufladas por la tierra y la artemisa. El único sonido era el del agua que manaba de fuentes escondidas en patios misteriosos. Estaba impaciente por seguir moviéndome y, puesto que no se veía a nadie ni había ninguna luz, había llegado el momento de partir.

El operativo también lo sabía. Me ayudó a cargar el resto de las provisiones en los ponis y se me quedó mirando mientras yo agarraba la rienda y cogía el AK-47. Comprobé que estaba cargado, me cercioré de que tenía el seguro puesto y me lo colgué del hombro. Era un arma buena, siempre lo había sido, pero ese fusil en particular era muy viejo y estaba baqueteado, no era el que uno elegiría para llevar a un tiroteo. Sin embargo, al igual que todo lo demás en una misión en una Zona de Acceso Restringido —desde el armazón de las sillas hasta mis ojos castaños—, el arma no era lo que parecía.

El agente y yo nos sonreímos, y uno podría haber pensado que me desearía suerte o me diría adiós, pero esas palabras nunca se utilizaban en la clandestinidad: los agentes pensaban que se parecía mucho a tentar al destino. Todo el mundo quería creer que la suerte no desempeñaría ningún papel y que cualquier despedida era únicamente temporal. Al día siguiente o al otro nos reuniríamos de nuevo, levantaríamos una copa en un bar en algún lugar exótico y nos reiríamos de la noche que compartimos una cena en un pueblo desamparado llamado Mand. Cuando la muerte era como un sabueso fiel —siempre rondando cerca—, teníamos que creer que siempre habría un futuro.

Así que, en lugar de decir adiós, se había convertido en una tradición elegir una ciudad, cualquiera que uno amase, y usarla.

—Nos vemos en Estambul —afirmó el operativo en voz baja.

Sonreí.

—En Estambul —repetí, y guie hacia delante a los ponis en medio de una oscuridad tal que en cuestión de minutos el operativo y Mand al completo habían desaparecido.

Ahora me detuve en un tramo del sendero abierto en la ladera de una montaña y levanté la vista hacia donde una parte del despeñadero se había derrumbado años antes, bloqueando el camino con toneladas de piedra. Estaba claro que era imposible pasar por ahí.

Con o sin fecha límite, la única opción era ir a la izquierda, descender hasta el valle por una pronunciada y peligrosa pendiente, dar con la manera de sortear el desprendimiento e intentar retomar el sendero más adelante: en la oscuridad, en un paisaje desconocido y sin ningún punto de referencia o tan siquiera las estrellas para guiarme.

Incluso suponiendo que pudiera bajar la ladera sin acabar herido, era más que probable que me topase con otro obstáculo en el valle o me viese en un cañón sin salida. Lo más sensato era esperar a que amaneciese, pero mucho antes de dejar Langley había deducido que el mayor de los peligros era que alguien me viese: resultaba mucho más seguro viajar de noche y dormir por el día.

En consecuencia, daba la impresión de que ninguna respuesta era buena: podía arriesgarme a perderme en la oscuridad o exponerme a que me viesen de día. Nadie podría haber determinado cuál de las dos opciones tenía más esperanzas de salir bien, salvo por una cosa: el fusil.

30

Cuando se alistan en el ejército, a la mayoría de los reclutas se les inculca que no es el arma lo que lo salva a uno, sino el entrenamiento.

Entiendo la idea, pero apuesto a que quienquiera que acuñase el dicho no se topó nunca con un arma como mi AK-47.

Desde que estableció contacto por primera vez, el correo había impuesto las condiciones de nuestra relación. No podría haber sido de otra manera: era su vida la que estaba en juego y sabíamos que haría lo que fuera necesario para protegerse. Una de sus numerosas condiciones era que sería él quien decidiría dónde y cómo nos reuniríamos.

Como mensajero de terroristas y, con anterioridad a eso, taxista en Kabul, carecía de experiencia en las tretas que constituían la marca de la casa en el mundo de la inteligencia. Y, sin embargo, a todas luces un tipo listo, había deducido exactamente lo que habría hecho un agente en activo bien entrenado: dio cuatro sitios distintos en el que se efectuaría el encuentro. Solo uno de ellos sería el auténtico.

En Langley supusimos que el primero, el que estaba más lejos de la posible base del Ejército y al que más le costaría llegar, se podía descartar: lo había incluido únicamente para completar el grupo. El segundo era el de observación: el correo estaría escondido, vigilando con unos prismáticos, evaluándome y comprobando si me habían seguido. El tercero era el sitio en cuestión: allí sería donde nos reuniríamos. Como sucede con cualquier plan secreto, cualquier incidente inesperado suponía una amenaza constante, de manera que el cuarto lugar era de reserva. No obstante, el hecho de que entendiésemos su plan no cambiaba nada: debíamos seguir sus reglas.

Para evitar cualquier confusión o error, nos proporcionó —en papel de fumar, a través del intermediario— la latitud y la longitud exactas de los cuatro sitios. Las coordenadas de tan solo uno de ellos eran así: 26º18’20.45”N 61º57’26.95”E.

Lo que significaba que, en total, había más de noventa números, letras y símbolos. Si bien habría sido sencillo llevar una lista, sabíamos que entrañaba un riesgo demasiado elevado si me daban el alto y me registraban. Tal vez pudiera haberlos memorizado, pero la pregunta era: ¿resultaba realista esperar que un agente en estado de máxima tensión, que se movía deprisa noche tras noche, retuviese toda esa información correctamente en la cabeza? Solo con cambiar dos números todo podía irse al traste.

Aunque diésemos con la manera de que recordase bien las coordenadas, el plan del afgano presentaba otro problema: ¿cómo iba a encontrar yo los sitios si iba campo a través por ese territorio inhóspito? No eran pueblos ni ciudades, eran lugares remotos: la intersección de dos arroyos de montaña, un pozo seco o una cabaña abandonada.

Pese a todos sus defectos, a la CIA se la conocía por desarrollar nueva tecnología. Esta era la compañía que en su día había creado el

mejor sistema de cifrado del mundo, capaz de hacer que cualquier comunicación resultase imposible de leer. No obstante, en lugar de utilizarlo ellos, montaron lo que aparentemente era una «organización fachada» legítima en Suiza y vendieron el sistema a decenas de gobiernos de todo el mundo. Puesto que lo había diseñado la División de Soporte Técnico de la CIA, el sistema tenía una puerta trasera secreta que durante años permitió a la Agencia descodificar todas las comunicaciones que manejaban esos gobiernos. Se decía que los chinos habían aprendido bien la lección y también habían estado practicando un juego similar durante una década.

Dado el grado de experiencia que tenía la Agencia, idear un método —uno que me permitiese dirigirme con precisión hacia los cuatro puntos de encuentro— no parecía imposible. De hecho, el año anterior, en una misión que seguía siendo clasificada, Soporte Técnico había ayudado a dos agentes a introducirse en secreto en Mongolia yendo por caminos apartados y conduciendo por las montañas del este de Kazajistán. Viajaban en un robusto vehículo con tracción en las seis ruedas, así que eran muchos los sitios en los que se podía ocultar un GPS especial por satélite, pero aun así puso de manifiesto lo que se podía hacer.

El problema con mi misión residía en que yo iría a pie con tres ponis: si lo que se buscaba era una solución tecnológica, ¿cómo se podía miniaturizar o esconder el equipo? La respuesta llegó justo después de medianoche, dos días antes de que me subiera al avión. El teléfono sonó y una voz que no reconocí me pidió que fuese a la sala de reuniones situada bajo la Burbuja.

Cuando llegué, la sala estaba repleta de personal del equipo de Soporte Técnico y de todos cuantos participaban en la planificación de mi misión. Tras abrirme paso entre la gente, vi que en la larga mesa había un AK-47 medio desmontado. Me bastó un vistazo para darme cuenta de que, a pesar de lo estropeado que parecía estar, funcionaba a la perfección, pues cada pieza móvil había sido desarrollada y fabricada especialmente. Era, sin lugar a dudas, un fusil de máxima precisión.

Halcón, en la cabecera de la mesa, hizo una señal afirmativa a uno de sus asistentes del servicio técnico, un tipo grande como un oso, para indicarle que podía empezar. Cuando habló, lo reconocí: era la persona que me había llamado.

—Soy armero —contó—. Bueno, algo más que armero: así es como empecé, pero ahora trabajo sobre todo con tecnología. —Señaló el AK —. Cójalo.

Yo sabía de armas —al ser de Florida, había crecido rodeado de ellas —, y nada más tener el fusil en las manos, supe que era tan bueno como parecía: ligero y bien calibrado.

—¿Qué le parece? —preguntó el armero mientras yo examinaba su obra.

—Muy especial —repuse—. Un puño de hierro en un guante de terciopelo.

El armero se rio e indicó una mira telescópica vieja y arañada afianzada en la parte superior del cañón.

—Eche un vistazo —pidió.

Levanté el arma, apunté muy por encima de todo el mundo y apliqué el ojo a la mira.

—¿Qué ve? —me preguntó.

—El objetivo ampliado —contesté—. El retículo, los datos relativos al alcance y al zoom, lo normal.

—Sin embargo, de normal no tiene nada —repuso el armero—. La lente se encargó exprofeso, la ha hecho el mejor fabricante de lentes del mundo en Alemania. Borramos el nombre para no levantar sospechas, pero no encontrará una mira mejor en ningún sitio.

Asentí mientras bajaba el arma: me pareció que eso estaba muy bien si pensaba disparar a alguien, pero no solucionaba mi problema de cómo orientarme.

—Ahora ponga el dedo aquí —pidió el armero al tiempo que me cogía el índice y lo colocaba en una parte engomada especial del guardamonte—. Dele al menos tres segundos: está leyendo su huella para que no lo pueda abrir otra persona sin querer.

—Vale —contesté, e incluso después de haber contado hasta cinco daba la impresión de que no había pasado nada. La habitación al completo parecía igual de decepcionada.

—Ahora utilice la mira —indicó el armero, que observaba mientras me la acercaba al ojo.

Solté un taco. La función oculta de la mira se había desbloqueado: la lente de cristal ahora era un GPS y un sistema de mapas. El armero sonrió, henchido de orgullo.

—No está mal, ¿eh?

Asentí, muy impresionado. El armero cogió un mando a distancia y en una de las grandes pantallas elevadas apareció lo que se observaba por la mira para que todo el mundo lo viese. La sala prorrumpió en un aplauso espontáneo y yo le devolví el fusil al armero.

—¿Dónde están el *software* y las baterías? —quise saber.

El hombre sacó varias herramientas de pequeño tamaño de una bolsita de piel y dejó el arma en la mesa. Retiró con destreza la culata de madera.

—Escondimos los tornillos y demás por si algún listillo decidía intentar desmontar la culata.

Miré las cavidades que había dejado a la vista, llenas de baterías de litio y placas de circuito. No cabía duda de que era un triunfo del

diseño y la ingeniería.

—No tiene nada que ver con el GPS de un móvil —explicó el armero —. Es como un teléfono vía satélite: recaba los datos de un modo del todo distinto. Será usted totalmente independiente.

Me estaba acordando de esas palabras y dando las gracias por el armero cuando levanté el fusil, puse el dedo en el guardamontes, activé el sistema y apunté con la mira hacia el desprendimiento: me dio en el acto las coordenadas GPS exactas de las rocas y las piedras. Las anoté y, pasara lo que pasase en el valle que se extendía más abajo, nunca estaría perdido. Siempre podría volver al sendero, esperar a que amaneciese y buscar otra ruta.

El siguiente paso consistía en conseguir bajar la vertiginosa pendiente sin herirme o matarme. Pensé que me habría venido bien un poco de luz de luna cuando di un paso adelante con cuidado en el borde y sentí que las piedras y la tierra se desmoronaban en el acto bajo mis pies. Inmediatamente después empecé a caer.

31

Los caballos me salvaron. Los tres eran ponis de montaña, nacidos y criados allí; conseguí agarrarme a la silla de Sakab y, deslizándome a su lado, me las arreglé para ponerme de pie.

Con él delante, el tiro sabía instintivamente cómo mantenerse firme en sitios en los que parecía no haber más que aire bajo nosotros. Varias veces sus pezuñas arrancaron chispas al pedernal de las rocas, y en dos ocasiones los ponis que iban detrás de mí resbalaron y dieron la impresión de ir a precipitarse en caída libre contra las rocas que había cientos de metros más abajo. En ambas ocasiones, en el último momento, encontraron agarre y se retiraron del borde.

Cuando quisimos llegar abajo, el pecho de los animales subía y bajaba violentamente, tenían los costados recubiertos de espuma blanca y yo estaba empapado en sudor. Cualquier reclutador que me estuviese utilizando como agente me habría dicho que tenía que seguir moviéndome: al verme obligado a abandonar el sendero, corría el riesgo de retrasarme, y ahora tenía una fecha límite. Sin embargo, no podía hacer tal cosa: debía dejar que los caballos bebieran y permitir que se recuperasen.

En cuanto les quité los morrales de encima y les di agua, desaté el fusil de la silla de Sakab, abrí el sistema de navegación, tomé una lectura para averiguar en qué dirección teníamos que ir para rodear el desprendimiento y me adentré en la oscuridad aún mayor del valle.

Veinte minutos después, avanzando a duras penas y con Sakab claramente dolorido debido a su artritis, cruzamos el lecho de un río

seco y entramos en un bosque de árboles resecos y retorcidos en pendiente. Nos encontrábamos en un mundo muerto y sin senderos: repleto de troncos fantasmagóricos y unas ramas que se arqueaban en las alturas y convertían el espacio circundante en cañones de vegetación.

Ese bosque no se parecía a ninguno de los lugares en los que había estado, y cuanto más avanzaba, mayor era el silencio. No recuerdo haber tomado la decisión, pero empecé a intentar que los caballos se movieran sin hacer el menor ruido. Yendo hacia las profundidades de lo desconocido y guiándome por la mira del fusil, entramos en una arboleda de retoños que habían muerto hacía tiempo —asesinados en la plenitud de su vida— y los ponis se apiñaron: estaba claro que algo los inquietaba.

En Pakistán había lobos, pero yo sabía que ellos no eran el peligro: los caballos son animales de huida, y habrían salido corriendo en cuanto olieran a uno. No, a esas alturas estaba convencido de que la culpa la tenía ese lugar: presentía que algo infame había pasado allí y que el recuerdo, o las pruebas, nos rodeaban.

Seguí caminando, con los caballos muy juntos, Sakab perseverando a pesar de la articulación, y me vino a la cabeza algo sucedido hacía mucho tiempo. «Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno...»

Como he dicho, no soy cristiano, pero mi madre era creyente y, cuando era pequeño, me llevaba todos los domingos a la iglesia. No he olvidado algunas de las cosas a las que me expuse entonces y probablemente no las olvide nunca. Con el versículo de Salmos 23 en la cabeza, miré de reojo a mi derecha y, en una zona de menos oscuridad, vi surcos alargados en lo que, si uno era generoso, se podía describir como un sembrado. Rodeado de árboles, la tierra se había amontonado a lo largo de los surcos, formando montículos que —en el curso de muchos años de viento y lluvia— se habían aplanado y en algunos lugares casi ni se distinguían. Con todo, aquello parecía algo agrícola, y me sorprendió: ¿quién en su sano juicio habría tratado de crear vida en un sitio así?

Minutos después guie al tiro hacia un amplio claro hecho por el hombre. Había visto lo suficiente del lado oscuro para saber cuál era la finalidad de una fila de gruesas estacas de madera bien clavadas en el suelo y que llegaban a la altura del pecho. Se coloca a hombres y mujeres con las espaldas contra ellas, se les obliga a rodear el poste con las manos y se les atan, haciendo que no puedan escapar ni moverse.

Ya he mencionado que las ejecuciones son sucesos espantosos, con frecuencia envueltos en rituales y ceremonia, pero no en un sitio así, no en un bosque muerto en un paraje inhóspito. Había por lo menos

veinte estacas, y no me cupo la menor duda de que el claro se había organizado para poder matar a multitud de prisioneros inmovilizados con la mayor rapidez y eficiencia posibles.

Mientras miraba las estacas, recordé que estaba cerca de uno de los principales centros de producción de heroína del mundo. Se trata de un negocio que genera tanto dinero que todo era posible: las matanzas diarias en las guerras contra el narcotráfico de Colombia y México lo atestiguaba. Sin embargo, esto estaba demasiado organizado: olía a militares, probablemente una operación del ejército pakistaní o de la Inter-Services Intelligence contra un grupo de insurgentes que hubiese amenazado de alguna manera al gobierno. Tanto en persa como en urdu, uno de los idiomas locales más extendidos por el lugar, la palabra *stan* se traduce *grosso modo* como «tierra» y *pak* significa «paz». Pakistán: tierra de paz. Por lo visto no le llegó el mensaje a todo el mundo.

Recorrí las estacas con la vista y reparé en las marcas que habían dejado las balas donde habían astillado la madera: era evidente que me hallaba en el centro de un campo de muerte.

No era de extrañar que en el bosque no creciese nada. Era como si la propia naturaleza se hubiese rendido. Sin duda los surcos y los montículos que había visto no tenían nada que ver con la agricultura. Eran fosas comunes, y de esas había visto unas cuantas: campos de exterminio nazi en Polonia, árboles con cientos de cuerdas colgando tras el genocidio de Camboya y, en España, las plazas de toros que Franco utilizó para matar a personas en lugar de a animales. Los alemanes eran protestantes; los camboyanos, budistas; los españoles, católicos, y los que mataban en el bosque, casi con absoluta certeza, musulmanes. Si una cosa he aprendido de la vida, es que el mal es un patrón que no discrimina.

Solo hacía unos minutos que había entrado en el claro, pero ya había pasado demasiado tiempo. Sin embargo, no cruzaría por donde se habían llevado a cabo las ejecuciones, no quería pisar esa tierra, y ciertamente los caballos sintieron alivio cuando los obligué a regresar hacia los árboles y dar un amplio rodeo para evitar el claro.

Sakab caminaba con más facilidad y progresamos mucho mejor hasta que, por fin, el terreno empezó a volverse más fácil de salvar, las piedras dieron paso a tramos de matas larguiruchas y los árboles muertos comenzaron a ralear.

Salimos del bosque a una amplia zona de tierra y hierba marchita y vi que las nubes de tormenta que habían llegado desde Afganistán estaban escampando y la luna, desvaída y acuosa, empezaba a asomar tras ellas.

Volví la cabeza y contemplé los despeñaderos que habíamos dejado hacía varias horas, y la débil luz de la luna me confirmó que habíamos

rodeado el desprendimiento. Descolgué el fusil y, utilizando la mira telescópica para examinar la zona hacia el norte, encontré una pendiente suave que nos llevaría de vuelta al sendero. Nada más activar el GPS supe cuál era mi posición exacta, y eso me permitió calcular que, si bien íbamos retrasados, dicho retraso se podía rectificar si aumentaba el ritmo y viajaba deprisa hasta que amaneciese.

Saqué un puñado de terrones de azúcar, les di unos cuantos a cada caballo y pusimos rumbo a la pendiente. Hasta que no llegamos al camino y miré el valle y vi los kilómetros de árboles muertos no me acordé de que, mientras llevábamos a cabo los preparativos en Langley, había visto el bosque marcado en los viejos mapas de papel.

Lo había pasado por alto porque mi ruta tendría que haber discurrido muy por encima, pero ahora sabía que quienquiera que le hubiese dado ese nombre había estado allí. Lo llamaban el «bosque de la Desesperanza».

32

Los cuatro trípodes de acero, de más de diez pisos de altura, se alzaban extraños y amenazadores en el desértico paisaje. Su silueta se recortaba contra el sol naciente, coronando un despeñadero y provistos de enormes antenas de radar, y barrían todo Irán, las aguas del golfo Pérsico y, mucho más allá, el Cuadrante Vacío de Arabia Saudí.

La instalación, rodeada de vallas electrificadas, era el puesto de escucha más avanzado de Pakistán: unos globos de tela resguardaban las antenas del incesante viento y las estructuras de acero sustentaban decenas de paneles que captaban cantidades ingentes de comunicación electrónica. Todo ello estaba flanqueado por edificios bajos que albergaban los sistemas informáticos y unos cuantos barracones para el gran contingente de soldados que protegía el lugar.

Probablemente solo un puñado de personas hubiese visto ese sitio con sus propios ojos, y yo estaba en un bosquecillo y lo observaba desde el otro lado de un cañón profundo. Dentro de nada, en cuanto hubiese un poco más de luz, tendría que dar media vuelta y empezar a buscar mi verdadero objetivo: una senda más pequeña incluso que supuestamente giraba hacia el noreste.

Durante toda la noche había estado guiando a los ponis por el antiguo sendero de los contrabandistas, yendo lo más deprisa posible para recuperar el tiempo que me había robado el rodeo. El plan desarrollado en Langley me exigía estar en los trípodes y el cruce con la senda del noreste al amanecer, y ahora, suponiendo que pudiera encontrarla, avanzaba según lo previsto. Después de que diese con la senda, el siguiente paso consistiría en encontrar un lugar apartado, comer y dar de comer a los caballos, dormir durante el día y estar listo para dirigirme hacia el noreste cuando cayera la noche. El equipo de la Agencia que documentaba y cartografiaba rutas secretas —a quienes apodaban TripAdvisor— me había advertido que acampar cerca de los trípodes sería más seguro que hacerlo en cualquier otro sitio: el puesto de escucha solo era accesible en helicóptero o en un extenuante viaje por tierra, lo cual significaba que la zona estaría prácticamente desierta.

Más aún, la amenaza de elementos hostiles aleatorios que anduvieran por el territorio era escasa: lo último que quería un traficante de drogas, un terrorista o un contrabandista era acercarse lo bastante al puesto de observación para arriesgarse a toparse con una patrulla de soldados armados hasta los dientes.

Sintiéndome relativamente seguro, di la espalda a las estructuras de

acero y me puse a buscar la senda. La encontré al cabo de diez minutos, casi oculta por arbustos y maleza. Parecía intransitable. Mientras ese pensamiento ocupara mi cabeza, sabía que no podría dormir, así que me peleé con las ramas y las matas durante unos cien metros y me alivió descubrir que el paisaje cambiaba: rocas y piedras invadían el sendero y los matojos se retiraban.

Estaba claro que la ruta era transitable y me detuve a echar un vistazo: a menos de diez kilómetros un hito de piedras marcaba la frontera con Irán.

Si la frontera pakistaní era un lugar peligroso sin ninguna duda, Irán lo superaba con creces. Solo había una cosa que me protegería cuando franquease el mojón de piedras, y no era ni el gobierno estadounidense, ni la intervención diplomática, ni pedir clemencia ni apelar a la Cruz Roja, la Convención de Ginebra o las leyes internacionales.

Yo era espía, y lo único que me protegería serían mi fusil y el personaje que estaba representando.

33

Viajaba como un ciudadano de Arabia Saudí oriundo de Tabuk, una pequeña población situada en el norte de ese país muy conocida por sus atardeceres rojo sangre y por ser el lugar en el que el Profeta —la paz sea con Él— se detuvo para beber de las transparentes aguas de un manantial.

Ese era mi hogar, pero el motivo por el que estaba en la zona fronteriza, yendo a pie con tres caballos, tenía que poder explicarse con el resto de mi tapadera: la historia de la que dependería si me daban el alto y me hacían preguntas otros civiles, miembros del Ejército de los Puros o la temida Guardia Revolucionaria iraní.

Reunidos durante horas en el búnker subterráneo de Langley, un grupo de planificadores de la misión, analistas y asistentes y yo habíamos forjado una vida ficticia. Casi al principio, el atributo más importante de nuestra creación —su nacionalidad— se decidió no por gusto, sino por necesidad.

Los idiomas que yo había llegado a dominar con los años no incluían, por desgracia, el urdu ni ninguna de las demás lenguas pakistaníes. Sabía algunas frases, pero eso era todo. Era evidente que mi tapadera tenía que basarse en un idioma que pudiera hablar y, dado que estaría viajando por el mundo islámico, el árabe era la elección obvia. Puesto que podíamos contar con el gobierno de Riad para que nos proporcionara ayuda —sin hacer preguntas—, mi personaje se convirtió inmediatamente en ciudadano del Reino de

Arabia Saudí.

Esas decisiones —acerca del idioma y la nacionalidad— se tomaron en el plazo de una hora, de modo que, a diferencia de la mayoría de las reuniones de la Agencia, se hicieron progresos con gran rapidez, y ya solo por eso tendría que haber imaginado que era demasiado bueno para que durase: Tabuk, mi supuesta ciudad natal, suscitó una polémica que muy pronto subió de tono.

Una población de ochocientas mil personas, la propuesta de los planificadores de partir de esa base dividió la habitación: un grupo estaba seguro de que un lugar relativamente pequeño reduciría las posibilidades de que me tropezase con alguien que hubiese vivido allí; el otro creía que, si bien una ciudad grande aumentaría el riesgo de coincidir con un antiguo residente, en una metrópoli había anonimato y seguridad. Al final las opciones se redujeron a Riad o Tabuk.

La discusión siguió hasta que, en un momento dado, Halcón quiso saber qué pensaba yo. Cuando todo el mundo se volvió para mirarme, le recordé la misión anterior, en la que me habían disparado y me habían llevado al hospital americano en Beirut.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó.

Contesté que el cirujano que me extrajo la bala era excepcional y, cuando fue a visitarme a la sala de recuperación, me informó de que recuperaría alrededor del noventa y cinco por ciento de la movilidad en el brazo.

—Me figuro que vio la decepción escrita en mi cara: yo quería recuperar el cien por cien —expliqué—. El cirujano dijo que quizá hubiese sido posible, pero a lo largo de los años había visto realizar a colegas suyos decenas de operaciones complicadas.

»Me contó que le sorprendió una cosa: la cantidad de veces que los médicos seguían entrando en el quirófano, efectuando pequeños ajustes, intentando mejorar su trabajo, decididos a lograr la perfección. Muchas veces había visto efectuar esos pequeños ajustes y la operación había acabado siendo un desastre. Se encogió de hombros y me dijo: “Lo mejor es enemigo de lo bueno”.

—Muy bien, lo pillo —repuso entre risas Halcón—. Puede que Tabuk no sea lo mejor, pero es bueno.

—Exacto —convine—. Nadie puede predecir con quién me toparé cuando esté allí ni de qué ciudad o de qué pueblo serán. No hay ninguna respuesta correcta, así que dejémoslo en Tabuk. Y ahora que esto está zanjado, ¿podría decirme alguien —miré a los allí presentes— qué hace un saudí que va a pie con tres caballos, armado únicamente con un AK-47, en uno de los lugares más peligrosos del mundo?

Todo el mundo sopesó el problema, pero era una de esas preguntas que pocos de los que se encontraban en la habitación querían responder por miedo de decir algo que pudiera perjudicar su carrera. La CIA estaba llena de ejemplos en ese sentido.

Entonces oí que una mujer, en el extremo más alejado de la sala, decía algo en voz baja. Tan baja que, de hecho, no fui capaz de distinguir lo que dijo.

—¿Le importaría repetirlo? —pedí.

Era joven —al menos en comparación con la treintena de personas que se volvió para mirarla— y delgada, tenía el cabello oscuro corto y llevaba un traje de chaqueta azul marino. Si sus rasgos eran agradables, en ella no había nada memorable salvo sus ojos. Irradiaban una vida y una inteligencia nada habituales hoy en día: a todas luces no se había pasado toda su existencia con la vista clavada en un teléfono.

Se llamaba Madeleine, aunque en aquel momento su apellido se me escapó, y supuse que tendría veintipocos años, pero entonces me acordé de que cuando nos presentaron, varias horas antes, alguien había dicho que después de ir a Harvard la chica había pasado tres años en Europa para mejorar sus idiomas. Solo entonces se incorporó a la Agencia, así que me figuré que tenía algunos años más de los que aparentaba.

Durante nuestro breve encuentro anterior, también en voz baja, me había contado que los últimos ocho meses había estado dirigiendo un equipo que estaba creando un archivo con todos los soldados-terroristas que habían fotografiado nuestros satélites mientras se dirigían hacia la base del Ejército. Debía de haber sido un trabajo agotador: identificarlos e intentar desenmarañar su viaje por el submundo islámico.

Ahora estaba sentada en el otro extremo de la habitación, intentando captar la atención de algunas de las personas más poderosas e impacientes de la inteligencia estadounidense. Trató de hablar de nuevo, pero su voz apenas se oyó más fuerte.

«Tienes treinta segundos —pensé—. Tienes que despertar su interés. Habla alto, que se oiga en toda la habitación...»

No creí que fuera capaz de hacerlo. Sabía que entre los veinte mil empleados de la Agencia había un montón de hombres y mujeres similares —tímidos o torpes, a menudo directamente excéntricos—, sobre todo en documentación y análisis. A veces me preguntaba qué haría la mitad de los inadaptados sociales de América si no existiese la CIA.

—Lo siento —se disculpó la joven al cabo—. Procuraré hablar más

alto. Tengo faringitis.

«Bien hecho», me dije. ¿Faringitis? Era bastante evidente por qué yo no trabajaba de analista. Me miró y alzó la voz:

—Ha preguntado usted qué razón tendría un supuesto saudí como usted para estar en un lugar tan peligroso y yo he dicho que buscar a su hermano.

Halcón y las decenas de hombres y mujeres que había en la sala no le quitaban la vista de encima. Era la empleada con menos antigüedad de entre ellos —si estaba allí solo era por sus conocimientos sobre los reclutas del Ejército de los Puros—, y nadie debía de tener la menor idea de si lo que estaba intentando sugerir valdría para algo.

Yo, desde luego, no la tenía, pero también recordé lo que había visto en sus ojos.

—Bien —dije—. Adelante: ¿por qué estoy a más de tres mil kilómetros de mi casa, buscando a mi hermano?

—Porque su padre tiene cáncer y se está muriendo —contestó la chica—. Le quedan unas semanas, puede que un mes. Su hermano es tres años mayor que usted y en Arabia Saudí el primogénito tiene responsabilidades especiales. Pasará a ser el cabeza de familia. Su madre y sus hermanas solteras responderán ante él. Su padre ha pedido ver a su hijo mayor, para aconsejarlo y abrazarlo por última vez.

La sala seguía en silencio, pero ahora era un silencio que denotaba interés.

—¿Y por qué está en la zona fronteriza el hermano mayor, al que estamos buscando? —preguntó Halcón.

—Porque se unió al Ejército de los Puros —adujo Madeleine—. Y su madre y su padre, en Tabuk, saben que fue a la frontera por ese motivo.

—Muy bien, continúe —pidió Halcón—. Disculpe —se interrumpió —, ¿cómo se llama?

—Madeleine —contestó ella—. Madeleine O’Neill.

—Ahora me acuerdo. Irlandesa —añadió Halcón con seguridad.

—Judía —lo corrigió ella—. Cuando emigró de Polonia, mi bisabuelo llegó a Boston, y creo que se dio cuenta de por dónde iban los tiros.

Todos nos reímos.

—Lo que no pase en América… —observó Halcón—. Siga.

—En mi versión, el hermano mayor siempre había sido devoto, había quien decía que llegaría a imán —relató Madeleine—. Pero al final sirvió a Alá de otra manera. Fue a Siria, se unió al ISIS y combatió desde Mosul hasta Al-Raqa. Todos sabemos que esos fueron kilómetros duros.

«Vaya si fueron duros», pensé. Más de seiscientos, con matanzas en

cada metro del camino. Recordé la guerra civil y la limpieza étnica que llevó a cabo el ISIS, aunque gran parte del horror real no llegaba a las noticias cada noche. Lo que yo había visto eran imágenes clasificadas —la mayoría grabadas por drones—, y no dejaba nada a la imaginación del espectador. Si alguna vez había abrigado dudas sobre la clase de gente con la que estaría tratando, las imágenes que veía en mi cabeza las disipaban enseguida.

—En algún lugar durante esa campaña, el hermano mayor se convirtió en comandante del ISIS —prosiguió Madeleine—. Aunque nadie sabe a ciencia cierta hasta dónde ascendió...

De pronto caí.

—Este hombre, el comandante del que está hablando —apunté—. Es real, ¿no? Está contando la historia de uno de los combatientes sobre los que se ha estado documentando.

—Vaya, qué rápido —dijo ella sonriendo—. Sí, es real, y mejor aún: nació y creció en Arabia Saudí. Estoy uniendo realidad y ficción, con la esperanza de hacerlo lo mejor que podamos. El hombre real era comandante —continuó—. Pero poco después el ISIS comenzó a recibir golpes desde todos los frentes. Los rusos, los turcos, los estadounidenses, los sirios, todos hacían cola para acabar con ellos, y el otrora conocido como «gran califato» se derrumbó en una batalla final en un pequeño lugar llamado Al-Baghuz Fawqani. El desenlace, sin embargo, no tuvo ninguna relevancia. Para entonces la mayoría de los líderes del ISIS había desaparecido.

Halcón levantó una mano para detenerla.

—Y el supuesto hermano era uno de ellos, ¿es eso?

—Sí —corroboró la joven—. Al igual que otros supervivientes, sabía de un grupo que se estaba formando (uno tan fanático como él), así que se dirigió a la zona fronteriza para unirse al Ejército de los Puros.

Halcón asintió.

—Bien —dijo mientras comenzaba a dar vueltas por la habitación—. ¿Por qué la familia en Arabia no llama por teléfono al tipo? Muchos terroristas tienen teléfonos vía satélite: ¿por qué no lo informan de que el padre está muriendo y le piden que vuelva a casa? ¿Por qué enviar al hermano pequeño en su busca?

Madeleine hizo un gesto afirmativo.

—El hermano mayor tenía un teléfono, en efecto, y la familia ha intentado llamarlo muchas veces, sin éxito. Desde Irak hasta la base del Ejército hay casi cinco mil kilómetros. La familia cree que el hijo ha perdido el teléfono o que el aparato ya no funciona. Incluso se han puesto en contacto con otras familias, se han hecho con el número de combatientes que podrían estar en la zona y han intentado hacerle llegar un mensaje, pero no han obtenido ninguna respuesta.

Halcón permanecía en silencio, valorando, pensando; después lo

resumió:

—El padre se muere…, solo le quedan unas semanas de vida…, la familia lo ha intentado todo para ponerse en contacto con el hijo mayor…, llamar por teléfono, enviarle mensajes…, al padre no le queda mucho tiempo. —Miró alrededor de la mesa—. Están desesperados. Alguien tiene que ir a buscarlo, ¿no es así?

—Y lo lógico —añadió Madeleine— es enviar a su hermano pequeño: nuestro agente.

Todo el mundo se volvió hacia mí. Yo negué con la cabeza.

—Hay un problema —objeté. Algo se había estado acumulando en mi mente durante unos minutos, y acababa de estallar—. El hermano al que intento encontrar es una persona real que ha ido a unirse al Ejército. Es una historia real, y esa es la ventaja que tiene, ¿no?

—Sí —corroboró Madeleine.

—Así que le estoy siguiendo la pista a un hombre que tiene un nombre real y estoy en la zona fronteriza. Pongamos que me cruzo con una patrulla del Ejército de los Puros. Les cuento a quién estoy buscando y me dicen que he tenido suerte y me llevan con él. Él dice inmediatamente que no soy su hermano y estoy muerto.

—Eso es un problema —admite Madeleine—. Podría pasar, salvo por una cosa. Su hermano mayor, el tipo real del que estamos hablando, se fue para unirse al Ejército, pero no llegó nunca a su base. Le prometo que no se topará con él.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque su ruta lo llevó por Afganistán. Cuando estaba a menos de quinientos kilómetros de donde opera el Ejército, lo interceptó una patrulla aerotransportada de las fuerzas especiales estadounidenses que sospechó que era un terrorista.

Clavé la vista en ella.

—¿Dónde está ahora? —quise saber.

—La tecnología de reconocimiento facial lo identificó como antiguo comandante del ISIS y lo están interrogando…

—¿Dónde? —insistí.

—En Marruecos —contestó ella—. Está en uno de nuestros centros de detención clandestinos en un lugar llamado Ourika. Nunca se topará con él.

Era un trabajo brillante; en mi opinión, la CIA no había inventado nunca una tapadera mejor y era obra únicamente de Madeleine O’Neill, de veintiocho años, documentalista desconocida, una mujer que llevaba un sencillo traje de chaqueta y se había licenciado *summa cum laude* en Harvard y, a juzgar por la reacción en la sala ese día, estaba destinada a llegar a lo más alto de la inteligencia estadounidense.

De manera que, haciéndome pasar por un súbdito saudí que iba en busca de su hermano, volví por la senda noreste hasta donde había dejado los caballos y miré los trípodes que se alzaban al otro lado del cañón. Curiosamente, a medida que la luz era más intensa, parecían incluso más amenazadores.

Las estructuras de acero —negras y llenas de mugre y óxido— adquirieron un relieve más nítido, y las únicas señales de vida eran una decena de remolinos que azotaban los globos de tela. Ahora resultaban claramente visibles, sin embargo, los cuerpos quemados de pájaros y pequeños animales que se habían acercado demasiado y habían tocado las vallas electrificadas. El conjunto entero —la muerte sin sentido, la soledad, el paisaje lóbrego y desolado— hizo que me invadiese un sentimiento de premonición, y experimenté alivio al llevar a los ponis fuera del alcance de la vista del puesto de escucha y retirarles la carga.

La luz se extendía por el horizonte más deprisa de lo que yo había previsto y me indicaba que tenía que moverme con rapidez: solo disponía de unos minutos. Ahora me encontraba en un mundo distinto y no tenía tiempo suficiente para comer, aunque, al igual que Sakab y los demás caballos, estaba muerto de hambre. Les di de comer y beber y consulté mi reloj: el príncipe heredero de Arabia Saudí me devolvió la mirada. A alguien en Langley se le había ocurrido la genial idea de equiparme con uno de los relojes que gozaban de popularidad en el Reino: en la esfera de oro había grabado un retrato del príncipe, con la barbilla alta y los ojos mirando al futuro con infinita sabiduría. Me quedaban siete minutos.

Llené de agua un recipiente y empecé a realizar con cuidado el ritual que en el islam se conoce como *wudu*: lavarme las manos, la cara, los brazos y los pies con el objeto de prepararme para rezar. Cuando terminé, cogí una alfombra de seda que llevaba un poni y consulté de nuevo el reloj, pero no era la hora lo que estaba comprobando: el modelo que llevaba también incorporaba una brújula *qibla* —por suerte— que apuntaba con precisión hacia la Meca, hacia cuya dirección debía orientarme cuando rezase.

Desenrollé la alfombra y me arrodillé. Como he dicho, no soy una persona religiosa y no estoy seguro de si sabría qué decirle a Dios o Alá aunque él o ella estuviese escuchando. Para mí el universo es infinitamente oscuro y cada uno de nosotros ha de encender su propia vela, pero mis creencias, acertadas o equivocadas, no revestían ninguna importancia aquí. Me iba a adentrar en el corazón del mundo islámico, iba vestido como un saudí y me hacía pasar por saudí y, por tanto, era creyente. Cualquier observador oculto —un explorador del

Ejército de los Puros con prismáticos o un soldado pakistaní en el puesto de escucha que estuviese comprobando las grabaciones de un dron— que viese a un hombre que no estuviese realizando el *wudu* o arrodillándose para el *salat al Fajr*, la oración del alba, a la hora adecuada sabría en el acto que era un fraude.

Por consiguiente, arrodillándome en un rectángulo de seda en medio de la nada, solo y hambriento, bajé la cabeza y, en lugar de rezar, no pude evitar pensar en las corrientes aparentemente inconexas que barrían el mundo y ahora me arrastraban por un sendero que apenas era tal hacia un pequeño hito de piedras.

Cuando calculé que habían pasado ocho minutos, el tiempo suficiente para que un creyente auténtico hubiese terminado las oraciones, me levanté. Por más ganas que tuviese de comer algo y dormir, aún restaba una cosa más por hacer. Saqué el teléfono vía satélite y, tras asegurarme de que no salía el puesto de escucha —lo último que necesitaba era que los soldados pakistaníes se me echaran encima—, me alineé con un grupo de enormes centinelas de piedra que tenía detrás de mí confiando en que fuesen lo bastante espectaculares para convencer a cualquiera que estuviese escondido observando de que solo me estaba haciendo un selfi.

Según el plan diseñado en Langley, la fotografía se transmitiría a una cuenta de correo electrónico saudí falsa abierta a nombre de mi padre, aparentemente para hacerle saber que estaba bien y avanzaba. En realidad, Langley accedería a la cuenta y, a partir de los metadatos que incluía la inocente imagen, podría saber la hora y mi ubicación exacta. De hecho, les estaba informando de que estaba vivo, había amanecido y me encontraba en la intersección del sendero noreste.

Lo que no le estaba diciendo a Langley era que, si bien mis órdenes consistían en subir una fotografía de mi ruta a diario, esta era la primera y única vez que lo iba a hacer. Di con un lugar que no se veía e hice pedazos el teléfono. Cuando estuve satisfecho de que los chips y la placa base estaban completamente destrozados, reuní los trozos y los tiré en una grieta.

Coincidía con la misteriosa cúpula del Ejército de los Puros en que no me fiaba de los teléfonos. Los asistentes de Langley, los planificadores de la misión y los expertos en tecnología me habían asegurado que el que yo estaba utilizando contenía tan solo una lista de nombres falsos, un historial de búsqueda falso y demás información falsa que respaldaba mi tapadera, pero yo era más que consciente de que un dato incorrecto, una fecha errónea o un archivo mal borrado implicarían que la intrincada estructura de mi identidad ficticia se vendría abajo.

No tenía la menor duda de que acabar con el teléfono haría que yo estuviese más seguro, pero también era igualmente cierto que, a partir

de ahora, estaba solo.

36

El primer punto de encuentro que facilitó el correo resultó ser un tinglado ruinoso que estaba a dos noches de viaje en el interior de Irán, situado cerca del cruce de dos senderos invadidos por la vegetación, un lugar tan aislado que me habría sido imposible encontrarlo sin el sistema de mapas.

La construcción, a falta de una palabra mejor, se había levantado de cualquier manera hacía años con madera vieja y lonas, probablemente fuese obra de contrabandistas de drogas que venían de Afganistán y, supuse, la utilizaban para hacer una parada en el largo viaje antes de reunirse con cargueros que pasaban por el golfo Pérsico, el siguiente eslabón de una cadena que terminaba en un sinfín de calles del mundo entero.

Justo antes de que amaneciese vi el sitio, al amparo de un despeñadero y con las lonas ondeando con un viento abrasador. Habían pasado más de dos días desde que dejé los trípodes cuando me desperté nada más caer la noche. Guiando a los caballos, viajamos por la senda noreste sin incidentes, moviéndonos deprisa, apenas sin detenernos y dejando atrás el hito bajo un cielo despejado y un espectacular manto de estrellas. A unos cinco kilómetros coroné una elevación y vi una vasta llanura ante mí. En el firmamento una luna creciente comenzaba a alzarse sobre Irán, y lo consideré un presagio, pero no sabía si bueno o malo.

A lo largo de los días y las noches que siguieron no vi ninguna señal de vida: ni viajeros, ni fuegos nocturnos ni prácticamente vida salvaje a excepción de una mañana, temprano, cuando un halcón peregrino describió indolentes círculos sobre mi cabeza, en busca de presas. Dado el ancestral paisaje y los interminables kilómetros de silencio, habría sido fácil pensar que el halcón, los tres ponis y yo éramos los únicos seres vivos que quedaban sobre la faz de la Tierra.

Vislumbré el tinglado al otro lado de un barranco escabroso, así que maneé los caballos, cogí el AK-47 y repté por la maleza. Durante veinte minutos permanecí agazapado donde terminaba el arbolado, observando y escuchando.

Convencido de que no había nadie al acecho e incapaz de ver a alguien que intentase celebrar un encuentro, rodeé el refugio con el fusil en ristre hasta que, en la trasera de la estructura sin ventanas, hallé varias decenas de huesos blanqueados, esparcidos y pelados por perros salvajes; calculé por encima que eran los restos de al menos cinco hombres. Debían de haberlos matado los disparos de armas

automáticas de gran calibre: la clase de cosa que podría haber utilizado el ejército iraní o carteles de drogas rivales, pensé. Llevaban allí años y dudaba que alguien hubiese visitado el lugar desde entonces.

Me acerqué a la puerta y vi que las arañas habían tejido telas en las bisagras. El metal chirrió cuando abrí, la boca del fusil barrió la habitación, apuntó a hojas que el viento había arrastrado hasta allí, a montones de plástico que en su día envolvía bloques de opio y a las piedras ennegrecidas de un pequeño hogar. Dentro no había nadie.

Volví a por los caballos, le quité un poco de pelo de la cola a Sakab, hice un nudo con él y lo até al pestillo de la puerta, un detalle discreto pero fácil de encontrar si uno sabía lo que estaba buscando. Era una señal acordada: si el correo se había retrasado y llegaba tarde, le decía que yo había estado allí y me dirigía hacia el segundo punto de encuentro.

Di de comer a los caballos, los até a una estaca, entré de nuevo en la casucha y encendí un fuego entre las piedras ennegrecidas. Convencido de que ardería durante un buen rato, salí, saqué el petate de entre las provisiones y escalé el despeñadero. Encontré un lugar oscuro bajo una plataforma rocosa, extendí la manta y, con la espalda contra la pared, me aseguré de que veía perfectamente el tinglado.

Cualquiera que se aproximase vería los ponis atados, repararía en el humo del fuego y concluiría que el viajero estaba dentro. Si se acercaba más y decidía entrar, primero los caballos y después las chirriantes bisagras de la puerta me despertarían, y había elegido ese lugar para dormir en parte porque ofrecía una línea de tiro libre de obstáculos.

Me cercioré de que el seguro del fusil no estaba puesto y me acomodé con la confianza de que dormiría tranquilo. La experiencia me había enseñado algo importante sobre las misiones en Zonas de Acceso Restringido: las pesadillas no llegaban cuando estabas dormido, sino que empezaban cuando te despertabas.

37

Hasta ese momento, durante el largo viaje había abrigado la esperanza, probablemente vana, de que el correo me estaría esperando en el primer punto de encuentro. Sabía que si tenía que embarcarme en la segunda etapa del viaje, el peligro aumentaría de manera exponencial: por el camino me tropezaría con muchas más personas y me estaba adentrando mucho más en Irán.

Veinticuatro horas después de llegar a la casucha, no me quedó más remedio que dirigirme hacia el segundo punto de encuentro. A lo

largo de cuatro días conduje a los ponis por senderos que cada vez eran más anchos y más definidos, y si bien viajar de noche significó que no me crucé con nadie, en tres ocasiones el aire me trajo olor a humo y supe que estaba pasando cerca de pequeños asentamientos o del fuego de campamento de otros viajeros.

Luchando contra el reloj, me había visto obligado a presionar con dureza a los ponis día tras día, de manera que no me sorprendió que, la noche del quinto, la artritis de Sakab empezase a causarle serias molestias y nos frenase considerablemente. Es posible que alguien hubiese dicho que lo sensato sería pasar a otro animal su carga y soltarlo, pero yo sabía lo suficiente de caballos para pronosticar que esa medida no serviría de nada. Son animales gregarios y buscan la seguridad en el grupo: habría venido detrás y, al ser el líder, los otros dos se habrían parado constantemente para esperarlo.

Si era sincero, debía admitir que había otro elemento en juego. Durante el corto espacio de tiempo que habíamos estado juntos, había llegado a admirar su determinación para continuar pese al dolor, y agradecía cómo me miraban sus bondadosos ojos cuando le pedía lo imposible, como que me bajara por la ladera de una montaña. Lo cierto era que estaba encantado con su compañía.

Aligeré su carga todo lo que pude y seguimos, pero cada vez íbamos más retrasados. Para cuando quisimos llegar al comienzo de lo que en los mapas electrónicos de Langley estaba señalado como la meseta de Piedras Blancas, supe que ya deberíamos haberla cruzado. En lugar de hacer tal cosa, me tuve que arrodillar donde empezaba para rezar al amanecer.

Mientras estaba de rodillas decidí atravesar la meseta de día y seguir avanzando. Al bajo ritmo que llevábamos, todavía estábamos a doce horas del segundo punto de encuentro, y deduje que, si dormíamos, corría el riesgo de llegar tarde y no reunirme con el mensajero si estaba allí. El peligro aumentaría al cruzar de día la meseta, pero había estado pensando que, con los caminos tornándose carreteras y más gente transitándolas, tal vez levantara menos sospechas si viajaba de día.

Me puse en pie, arreé a los ponis y no tardé en descubrir que la meseta no se llamaba Piedras Blancas porque sí. Las piedras eran de tamaño y forma aleatorios, lo cual obligaba a los caballos a caminar con cuidado entre ellas, pero lo curioso fue que muy pronto dimos con un tramo liso, cubierto de matojos y arbustos —pero ancho y largo—, en el que habían retirado las piedras hacía décadas, dejándolo completamente despejado.

Eso nos permitió avanzar mucho más deprisa —a Sakab en particular le resultó mucho más fácil—, y hasta que no llegué al otro lado y no vi una torre derribada con una manga de viento hecha

jirones no me di cuenta de por dónde habíamos estado andando: era una pista de aterrizaje improvisada, abandonada hacía años y ahora inutilizable, pero que probablemente hubiesen construido productores de droga en un intento de mover cantidades aún mayores.

Cuando me detuve junto a la torre, miré al otro lado de un despeñadero escarpado salpicado de cuevas que se alzaba a lo lejos. Desde él se dominaba no solo la meseta, sino también el valle por el que me había desplazado para llegar hasta ella. Parecía el lugar perfecto para que se ocultara alguien provisto de unos prismáticos: alguien como un correo que quisiera observarme y comprobar si iba solo y no me seguía nadie.

En la vigilancia existe una regla: si alguien te puede ver, tú puedes ver a ese alguien, y recorrí con la vista las cuevas y los peñascos, con la esperanza de distinguir algún movimiento, por pequeño que fuese, pero allí no había nada. Desde luego no quería quedarme donde estaba, inmóvil, escudriñando las laderas y llamando la atención, así que me quité el fusil de un hombro, lo levanté ligeramente y me lo colgué del otro.

Para casi cualquiera que estuviese observando, habría dado la impresión de que un viajero se colocaba de otra manera el equipo, pero a un observador avezado que estuviese utilizando unos prismáticos le parecería que el fusil se levantaba en una señal de reconocimiento momentáneo.

Al final resultó que no tendría que haberme molestado: el correo no se encontraba allí. Estaba unos cuantos kilómetros más abajo.

38

No me cabe la menor duda de que cometí muchos errores en esa misión —no me cabe la menor duda de que a casi todos los agentes que se encuentran detrás de las líneas enemigas les sucede lo mismo—, pero desde luego sí hice una cosa bien: no solté a Sakab y lo mantuve a mi lado. Me salvó la vida por segunda vez.

Dejé atrás la destrozada manga de viento y, utilizando la función cartográfica del fusil, eché a andar hacia el norte y di con el sendero que estaba buscando. La imagen de la mira me mostró que me llevaría por laderas ligeramente boscosas hasta un accidentado cañón que discurría entre paredes verticales y, unos quince kilómetros más adelante, hasta una carretera que me conduciría al segundo punto de encuentro.

Tras convencerme de que el correo me había visto y se había cerciorado de que no me seguía nadie, cada vez estaba más seguro de que nos reuniríamos en el próximo destino: un grupo de chamizos

desiertos, sin tejado y desmoronándose que —según una imagen satelital— se apiñaban alrededor de un pozo que se había secado hacía décadas.

Durante la fase de planificación, habíamos calculado que me llevaría unas veinticuatro horas interrogar al correo y, cuando hubiese terminado de formular preguntas —y me hubiese convencido de su veracidad—, le daría los pasaportes, el dinero y un número de teléfono de nueve dígitos que había memorizado. Sin más dilación, cada uno se iría por su lado: el mensajero para volver a su casa y disponerlo todo para que su familia y él pudiesen cruzar la frontera y llegar a salvo a Afganistán. A ese respecto, yo no podía hacer nada para ayudarlo: viajar conmigo haría que el peligro aumentase exponencialmente y, de todas formas, él conocía el terreno y los senderos secretos mejor que nadie.

Cuando hubiese cruzado la frontera y estuviera en Afganistán, podría comprarle un teléfono a un contrabandista de drogas o a un funcionario del gobierno con uno de los *tolahs* que le habíamos proporcionado. Marcaría el número de nueve dígitos y, en un plazo de veinte minutos, un helicóptero de las fuerzas especiales —que estaría en espera— recogería a la familia, los llevaría a Kabul y, noventa minutos después, estarían a bordo de un avión rumbo a Estados Unidos y a un interrogatorio exhaustivo en una casa segura de la CIA.

En cuanto a mí, calculé que al cabo de dos días a partir de ahora emprendería el largo camino de vuelta, desandando lo andado hasta los trípodes y después hasta la aldea de Mand, donde a mis caballos y a mí nos estaba esperando el camión. Sin darme cuenta, empecé a arrear más aún a los ponis por el sendero.

El sol iniciaba su descenso hacia el horizonte y yo estaba inmerso en las laderas ligeramente arboladas cuando, por casualidad, la silla del poni que iba detrás se desplazó cuando salvábamos una pendiente pedregosa. Eso lo asustó y, aunque la afiancé, decidí tomarme un minuto para permitir que el pánico disminuyera. Aprovechando el tiempo para comprobar la senda más adelante, avancé, coroné una pequeña elevación, miré más abajo en la larga colina y vi la entrada del cañón —una hendidura abrupta entre dos despeñaderos— ante mí. Me detuve, aún entre los árboles, con el sol a mi espalda y, por lo tanto, sumido en las sombras.

Mientras observaba desde allí el cañón, que se iba oscureciendo por momentos, me asaltó una idea, y lo cierto es que no sé decir por qué. Tal vez no fuese más que una valoración profesional. «Si fuese a tenderle una emboscada a alguien —me dije—, ese sería el lugar perfecto para hacerlo.»

Sin moverme, seguí escudriñando el cañón, procurando ver si allí abajo había algo que hubiese desencadenado ese pensamiento pero

que no hubiese percibido conscientemente. No vi ninguna fuente de preocupación: tan solo el aire que levantaba polvaredas y el sol poniente que bañaba los despeñaderos en una luz rosa rosa y naranja. Así y todo, no podía parar de pensar que algo en las rocas o en algún lugar cercano debía de haberme inquietado. La mayoría de la gente lo llama «intuición», pero yo suelo pensar que es más bien un mensaje, una comunicación sutil de una parte mucho más primigenia del cerebro, que capta señales minúsculas que se le pasan al pensamiento racional: la clase de cosas que posiblemente nos mantuviesen con vida cuando nos alejamos de la seguridad del fuego y nos adentramos en el valle con nada más que nuestros sentidos y un puñado de armas primitivas para protegernos.

Miré los peñascos de nuevo, pero tampoco ahora fui capaz de ver nada tangible —tan solo un sonido extraño y lejano que no supe identificar en el acto—, y me encogí de hombros: supuse que, al igual que al poni unos minutos antes, me había asustado algo que no revestía importancia. Volví, cogí los caballos y los arreé. Cuando llegamos al punto en el que me había parado a escudriñar el cañón, Sakab frenó en seco y, antes incluso de que yo echase una ojeada, supe que no era por la babilla.

Intenté hacerlo avanzar, pero el caballo no se movía. Permanecimos así largo rato, envueltos en las sombras de los árboles, y mientras clavaba la vista en el cañón, le hice una pregunta que carecía de explicación lógica. No sé por qué lo dije ni qué significaba.

—¿Qué oyes? —le pregunté, pensando en el sonido que yo no había podido identificar.

El animal volvió la cabeza y me miró con sus ojos líquidos.

—Oyes disparos, ¿verdad?

Me pregunté si era eso lo que también me había intranquilizado a mí del cañón. No algo real, sino una suerte de eco del futuro que recorría esos kilómetros hasta llegar a mí. En el silencio, observé a Sakab: seguía sin moverse.

—Creo que yo también los he oído —afirmé al cabo, y sonreí—. Disparos procedentes del futuro. No se lo cuentes a nadie, ¿vale?

La parte racional de mi cerebro, la parte que tenía una licenciatura en ciencias, me dijo que lo que yo sabía de la guerra irregular estaba influyendo en mi forma de pensar. Era consciente de que, si de verdad querían tenderme una emboscada, los elementos hostiles estarían tan bien escondidos que los disparos serían lo primero que sabría de su presencia. Suponiendo que me quisieran con vida, apuntarían a los animales y los eliminarían primero para impedir que intentase huir con ellos. Permanecí con los ponis en la penumbra, tratando de pensar, preguntándome si estaría dejando volar la imaginación. Había viajado hasta un lugar que era más antiguo que el tiempo, donde las

estrellas se extendían hasta el infinito y el mal parecía aferrarse a un bosque, un terreno que inquietaba al espíritu occidental y podía evocar con facilidad pensamientos extraños. Y sin embargo…

Si creía de verdad la explicación racional, me dije, debería arrear con fuerza a Sakab hasta que se moviese e ir con él al cañón. En el otro extremo del pequeño valle podría reírme de mí mismo y recorrer a buen ritmo los últimos quince kilómetros para llegar a la carretera que me llevaría hasta el punto de encuentro. Pero si creía en mensajes de una era en la que la humanidad empezó a deambular por el mundo o creía oír disparos que todavía no se habían efectuado, tendría que retroceder durante una hora, ir campo a través y dar un largo rodeo para evitar el cañón. Debía elegir: confiar en la razón o confiar en la intuición.

39

El terreno que teníamos que cubrir para rodear el cañón era mucho más abrupto de lo que había previsto, nos frenaba y, puesto que ahora viajábamos de día, me obligó a acampar de noche en una ladera azotada por el viento.

El resultado fue que no llegué a la carretera que me conduciría al punto de encuentro hasta media tarde del día siguiente, y lo único que cabía esperar era que el correo, que probablemente estuviese más desesperado incluso que yo por reunirse, decidiera correr el riesgo de esperarme allí. La carretera de tierra —cuando llegué hasta ella— era ancha y, por desgracia, estaba muy transitada: lo último que necesitaba era arriesgarme, o perder el tiempo, respondiendo preguntas de personas con las que me tropezara. Sin embargo, la suerte estaba conmigo, y encontré un sendero empinado que era ideal: no solo se hallaba desierto, sino que, cuando lo hube subido para coronar una elevación, descubrí que discurría en paralelo a la carretera de debajo.

La carretera en sí era una de las tres principales de la zona, lo cual no era decir mucho, pero, según los mapas, todas ellas se cruzaban en un pequeño grupo de estructuras que formaban un destartalado bazar. El punto de encuentro se hallaba a poco menos de diez kilómetros, menos de una hora de viaje desde donde me encontraba. Por fin estaba cerca.

Tras la subida inicial, el sendero se volvía llano y, avanzando a más ritmo, vislumbré el bazar antes de lo que esperaba. Alentado por nuestro progreso, intenté incrementar la velocidad y no me detuve ni siquiera cuando me serví de la mira del fusil para echar un vistazo a las construcciones. La parte principal era un grupo de cobertizos de

bloques de hormigón unidos por enormes tiendas de campaña militares. La zona de comercio más popular, como de costumbre, era la sección de armas, y barrí con la mira bazucas, infinidad de fusiles de asalto, armas cortas, lanzagranadas e incluso minas terrestres. Quién las querría, pensé, y entonces caí en la cuenta: cultivadores de adormidera para proteger sus campos.

Junto a las armas, y seguida de cerca en popularidad, se encontraba una zona ocupada por una decena de comerciantes de opio con básculas antiguas, kits químicos utilizados para comprobar la cantidad de agua que contenía el opio en bruto —cuanta menos, mejor— y prensas accionadas por generadores para producir los bloques envueltos en plástico, además de etiquetas en las que constaban una marca comercial y su pureza. Seguí mirando a mi izquierda, hacia una tienda que vendía un poco de todo y, todavía observando a través de la mira, paré en seco. Vi al correo.

Justo antes de que yo saliera de Langley, el hombre nos había proporcionado, a través del intermediario, una fotografía suya para que no existiese la menor duda cuando nos viésemos de que trataba con la persona adecuada. Sabía que no podía llevar la foto encima —habría sido condenarlo a muerte si la descubrían—, así que había pasado algún tiempo memorizando su rostro.

Estaba completamente seguro de que el que tenía en la mira era él. Se encontraba en el centro del cruce, con diferencia la parte más concurrida del lugar, a alrededor de dos metros del suelo, con los pies atados y los brazos extendidos en una cruz de madera maciza: lo habían crucificado.

40

Ya estaba muerto, por suerte; al menos su agonía había terminado. La crucifixión es más que una simple ejecución: es muerte por tortura.

Popularizada por los romanos, la práctica estaba diseñada específicamente para que el dolor se prolongase durante horas —días, a veces—, ya que todo el peso del cuerpo, sustentado tan solo por los clavos, obliga a las manos y los pies a contraerse y paralizarse hasta tornarse en algo más parecido a unas garras. Sin poder mover ninguna extremidad, la víctima pasa por un calvario: se deshidrata poco a poco y sufre de una sed intensa. Mientras tanto, la gravedad obliga lentamente a los órganos internos a bajar hasta que empiezan a aplastar el diafragma. Cuando el movimiento del diafragma se ve limitado, todavía es posible respirar, pero exhalar se vuelve cada vez más difícil, cada bocanada se convierte en un dolor lacerante, que no cesa nunca. Al final respirar es imposible y la víctima muere asfixiada.

Bajé el fusil. Lo que había hecho que comenzase a darle vueltas al asunto era no solo que lo hubiesen matado, sino el método que habían utilizado. Decía con más elocuencia que cualquier letrero que le hubiesen colgado del cuello que el mensajero era un traidor al Ejército de los Puros y también a su religión: no era mejor que un cristiano.

Estaba claro que habían escogido el cruce para asegurarse de que todo el mundo lo viese u oyese hablar de ello, y yo supe que no volveríamos a dar con nadie —ya fuese un soldado del Ejército o un aldeano del lugar— que estuviera dispuesto a desvelar nada de la organización o de sus planes. Si acaso, estaba contemplando una derrota de grandes proporciones del mundo de la inteligencia. Asimismo sospechaba que al correo lo había traicionado alguien —un amigo de confianza, probablemente— y lo primero que habría hecho la cúpula del Ejército sería torturarlo para que les contase todo lo que se disponía a hacer. A todas luces lo habían conseguido, ya que, de lo contrario, seguirían torturándolo. Lo cual significaba que sabían que yo iba a ir, que conocían los puntos de encuentro y que habían estado esperando en el cañón. Disparos del futuro, en efecto.

En cuanto superé la conmoción inicial al verlo, levanté el fusil. No quería observar a través de la mira, pero sabía que tenía que confirmar algo en lo que no estaba seguro de haber reparado con el sobresalto de reconocerlo. Si era cierto, en muchos sentidos sería más espantoso incluso que el hecho de clavar en una cruz a un antiguo taxista de Kabul y abandonarlo para que muriese en agonía.

Fijé en la mira a los vendedores de opio y me fui desplazando incesantemente hacia la izquierda mientras me preparaba para lo que podía encontrarme. Vi un gran gentío —casi todos los hombres vestían el *salwar kameez* y las mujeres de negro por completo, desde velos enteros *hiyab* hasta largas túnicas *abayas*— que pululaba por la intersección, lamentándose o protestando en voz queda.

Un número más reducido de personas se había reunido frente a una loma y suplicaba a tres hombres muy armados que estaban en cuclillas cerca de la parte superior. Desde esa posición el trío veía a la perfección el cruce y estaba claro que eran soldados —hombres del Ejército, sin duda— que se habían apostado allí para asegurarse de que nadie intentaba liberar a la víctima o interfería en la cuidada escena.

Los tres parecían hombres duros: combatientes con el rostro enjuto y la piel curtida, tal vez sirios o iraquíes. Eran de edades muy dispares y llevaban cananas de balas cruzadas en el pecho, sostenían fusiles de asalto y a su lado ardía un fuego con una tetera. Charlaban entre sí, desoyendo las protestas, sin tan siquiera mirar a un hombre que lloraba y estaba prácticamente postrado a sus pies. Dijera lo que estuviese diciendo, fueran cuales fuesen sus súplicas, no tenían ningún

efecto en ellos.

El afligido hombre rondaba la sesentena —tenía una barba gris y, pese a la postura en la que se encontraba, parecía revestido de una insólita dignidad— y, si me hubiesen dicho que era un anciano de la aldea, no me habría sorprendido. Es más, parecía un padre o un abuelo.

Lo dejé y continué avanzando hacia la izquierda y, aunque me estaba moviendo, eso no redujo la impresión cuando lo vi. Tal y como había vislumbrado antes, encadenadas cerca de la base de la cruz, obligadas a sentarse bajo los pies del cadáver, había una mujer y sus dos hijas pequeñas. Estaba seguro de que era su marido y su padre respectivamente el que estaba colgado encima y de que eran sus pasaportes los que yo llevaba escondidos en las sillas.

No tenía forma de saber si las habían obligado a presenciar la crucifixión, pero, en cierto modo, el destino que las aguardaba ahora era peor incluso. En el sofocante calor, no tenían comida delante, tan solo un poco de agua cada una. Ese no era un gesto de bondad por parte de los tres hombres que estaban acuclillados en la colina. Una persona puede sobrevivir mucho tiempo —semanas, a menudo— sin comida, pero en un lugar donde las temperaturas son altas, la sed la suele matar en el plazo de dos días. El agua estaba allí para prolongar su sufrimiento, para retrasar la muerte todo lo posible: los habitantes de la zona circundante tendrían que ver durante días cómo morían de hambre poco a poco la mujer y las dos niñas.

Exhalé, procurando controlar la ira que sentía, y después miré con más atención. La madre, aovillada en posición fetal y con su *abaya*, parecía un charco negro. Todo en ella indicaba que estaba devastada por lo que le había sucedido a su marido y por la inminente muerte de sus dos hijas y de ella misma. Ni siquiera daba la impresión de que estuviese llorando, tan solo se la veía deshecha y agotada. Cerca, sus dos hijas, de unos cuatro y seis años, pedían ayuda. En un primer momento me sorprendió que no estuviesen acurrucadas contra su madre en busca de consuelo, después me di cuenta de que era imposible. Las habían encadenado a las tres de tal modo que ni siquiera podían arrimarse para tocarse o recibir cariño. Se habían asegurado de que murieran solas y sin consuelo alguno.

En cuanto al abuelo: ¿quién no suplicaría a los soldados? Yo sabía, sin embargo, que sus súplicas no servirían de nada. Si, por algún milagro, se mostrasen dispuestos a escuchar, los hombres dirían que la decisión de soltar a la familia no era suya, que ellos no eran más que los carceleros.

Mientras yo miraba, un niño pequeño —de unos ocho años— salió de entre la gente y, sin que sus padres lo viesen, echó a correr hacia las niñas. Tenía fruta y un juguete de madera en la mano, estaba a

punto de dárselos. La gente empezó a chillar y gritar mientras intentaban detenerlo…

En el acto el soldado que estaba al mando, que compartía el té con sus compañeros, se levantó, alzó el fusil y se puso a vociferar. Medía más de uno ochenta, era musculoso y tenía bigote y barba. En algún lugar había perdido un diente de arriba, y el rasgo que más lo distinguía, aparte de la insignia militar que lucía en la camisa, era un incisivo de oro. Seguía gritando al niño, apuntando con el fusil. Considerando el aspecto del hombre y el horripilante retablo, no estaba seguro de que no fuese a disparar, pero, por suerte, un desconocido se destacó de la multitud, cogió al crío y se lo llevó de allí.

Bajé la mira y aparté la vista. Era media tarde, quedaban varias horas de luz y podía avanzar bastante antes de que cayera la noche. Estaba claro que tenía que irme. La misión había concluido —allí no recabaría ninguna información sobre un golpe espectacular inminente—, y las normas de la CIA en una situación así eran claras: debía abortar la misión de inmediato y salir de allí lo antes posible. Me habían enviado en una misión de espionaje, nada más, y las atrocidades que se cometiesen en territorio hostil no eran de mi incumbencia ni de la incumbencia de la Agencia.

Si quería tener alguna esperanza de regresar a Pakistán, todo análisis dictaba que me diese la vuelta en el acto. Con suerte los hombres del Ejército seguirían en el cañón, esperando, pero en cuanto cayesen en la cuenta de que me había retrasado o había tomado un camino menos directo hasta el punto de encuentro, comenzarían a buscarme. Mañana mismo, antes de mediodía, me figuré, enviarían drones, y mi única oportunidad residía en poner la mayor distancia posible entre ellos y yo.

Estaba claro que los minutos podían ser críticos, y lo único que tenía que hacer yo era dejar de pensar en el espantoso retablo que tenía enfrente. Hay cosas que, una vez que se ven, no se pueden olvidar, y esas dos hermanas moribundas, que ni siquiera podían cogerse de la mano…

Me levanté para marcharme y supe que el recuerdo me perseguiría durante el resto de mi vida.

41

Estaba de pie, pero no me movía. En el pequeñísimo intervalo que había entre levantarme y andar, empecé a pensar en volar a casa y ver surgir mi país entre las nubes.

Sin embargo, pese a que el único camino que llevaba a la seguridad

se estrechaba con cada minuto que pasaba, me quedé donde estaba, pensando en Becca y en el hecho de que siempre había querido tener hijos. Una vez, en un momento tranquilo, me dijo que no tener familia sería un motivo para romper. Me figuré que aquello se debía a su propia infancia truncada, pero, fuera cual fuese la razón, me dejó bien claro que pondría fin a nuestra relación si era preciso.

Otra persona, un agente distinto o mejor, tal vez no hubiese comparado nunca el sueño de su pareja con la realidad de las dos niñas hechas un ovillo en la carretera, pero, como he dicho, sabía que su imagen no me abandonaría nunca y que esa realidad ya había dado comienzo.

Durante esos pocos instantes de inactividad, no más que unos segundos, tuve la seguridad de lo que Rebecca esperaría que yo hiciese e —igual de importante— de lo que yo esperaba de mí mismo. Sostenía un AK-47 de gran precisión, con todas sus partes manufacturadas exprofeso, el arma entera calibrada como un francotirador y provista de una de las mejores miras telescópicas del mundo.

Sinceramente, ¿qué más podía pedir?

42

El tiempo era lo de menos: más adelante se volvería crítico, pero ahora no. Mientras regresaba con los ponis, consulté el visionario rostro del príncipe heredero y calculé que quedaban cuarenta minutos para que el sol poniente estuviese justo detrás de mí.

Para variar, mi interés en la puesta de sol no guardaba relación con el *salat al Maghrib*, la oración del ocaso: quería que el disco estuviera detrás de mí para que si la multitud que ocupaba la intersección se volvía y miraba hacia el saliente, se viese cegada por el resplandor que tenía a mi espalda.

Les quité la carga a Sakab y los otros dos caballos, cogí la manta en la que estaban escondidos los cuatro pasaportes estadounidenses y desgarré el forro hasta dar con las bolsas impermeables que los contenían. Eran documentos auténticos sin fotografías ni detalles biográficos —a la espera de ser cumplimentados— y, por lo tanto, serían sumamente valiosos en el mercado negro. También peligrosos, si caían en las manos del Ejército o de algún grupo terrorista. Arranqué las páginas y, sirviéndome de un cuchillo largo con la empuñadura de marfil, los hice pedazos y los enterré en la maleza.

Cogí la más que vieja silla de Sakab y utilicé el mismo cuchillo —puntiagudo y muy afilado— para grabar un mensaje en árabe en el cuero. Escribí que el poni se llamaba Sakab y que él y los otros dos

caballos habían sido mucho más leales y valientes de lo que cabía esperar.

«Nuestro viaje juntos ha terminado. Quienquiera que los encuentre, que los acepte y los considere un regalo de Alá, glorificado y exaltado sea —escribí—. Dejad que pasten en un prado en su retiro, tratadlos con amor y respeto. Alá no exige menos. En las alforjas, las sillas y las mantas hallaréis más que suficiente para pagar todo cuanto necesiten.»

«Cincuenta mil dólares en oro deberían cubrir todos los gastos», pensé con remordimientos.

Me erguí, cargué a los ponis con todo cuanto tenía algún valor y coloqué la silla con el mensaje en el lomo de Sakab. Le acaricié el aterciopelado morro, miré sus ojos bondadosos una vez más y sonreí cuando retrajo los belfos y esbozó otra de sus sonrisas bobaliconas. Después le di media vuelta y una palmada en la grupa. El animal pareció confuso durante un instante y luego, sin la rienda, se dio cuenta de que era libre.

Salió trotando y enfiló el camino —con los otros dos detrás— y, más apesadumbrado de lo que pensaba, me quedé mirándolos hasta que desaparecieron de mi vista. Consulté el reloj: faltaban doce minutos para que se pusiera el sol.

43

Ya había localizado el punto en el que me tumbaría bocabajo: una extensión plana de tierra situada unos tres metros por encima del sendero, un lugar que ofrecía una amplia línea de tiro, donde el sol sería un resplandor cegador detrás de mí y las ramas colgantes de un árbol me envolverían en sombra.

Pocos minutos después de subir hasta allí, había formado un pequeño montículo con piedras y tierra para apoyar el cañón del fusil y ayudar a amortiguar el sonido. Cubrí asimismo el arma con tres pesadas mantas de caballo que me había quedado para tal propósito. Tenía pensado disparar las que se conocen como balas «fantasma»: balas que nadie en la intersección vería u oiría. Lo que significaba que cuando el primer soldado se desplomara, los dos blancos restantes tendrían menos tiempo para reaccionar, y menos aún para ponerse a cubierto.

Nadie, yo el que menos, había dicho nunca que yo fuese el mejor tirador del mundo, pero con tan solo un viento de costado moderado, disparando desde una distancia que era difícil pero se hallaba dentro del alcance de precisión del arma, y utilizando una mira excepcional, supuse que podía hacerlo.

La dificultad residiría en pasar deprisa de un soldado al siguiente, concentrarme y abrir fuego. También me preocupaba la multitud en cuanto el primer tipo —y sobre todo el segundo— cayera. En ese momento se darían cuenta de que estaba pasando algo y me inquietaba que empezaran a moverse y meterse por medio.

Sin duda la gente puede ser impredecible, más aún con un montón de personas ya angustiadas y otras tantas desesperadas por ayudar a la mujer y a sus hijas, pero yo no tenía control alguno sobre sus actos y sabía que me tocaría improvisar. Por consiguiente, me tendí en el suelo con cierto nerviosismo, tanto por mis propias aptitudes como por el gentío. Fui moviéndome hasta que encontré una postura cómoda y ajusté mi improvisado silenciador. Solo entonces apoyé con firmeza el fusil contra el hombro, le quité el seguro y, tras observar por la mira, vi la escena con una resolución perfecta.

Me arrolló una oleada de rabia. La hermana mayor —la de seis años — se las había ingeniado para moverse y mover la cadena de tal forma que, con los brazos y las piernas extendidos en el suelo y la cara contra el suelo, había alargado un brazo y había conseguido rozar la mano tendida de su hermana, a todas luces haciendo lo que podía para consolar a la niña, que estaba hecha un mar de lágrimas.

La madre también había cambiado de postura: estaba sentada, todavía lloraba, pero hacía gestos a sus hijas, intentando desesperadamente lograr que se separaran. Como era comprensible, la menor no hacía caso, se negaba a soltarle la mano a su hermana.

A continuación la mira me dijo cuál era el motivo de alarma de la madre: el hombre del diente de oro había dejado la colina y, con el fusil preparado, se desplazaba entre la multitud. Aterrorizada, la muchedumbre le abrió paso y él avanzó hacia las dos niñas…

La madre empezó a dar gritos, suplicando a las niñas que se soltaran. El abuelo estaba de rodillas frente a la cruz, pidiendo a las niñas a voz en grito que se separaran.

Mientras yo observaba, Diente de Oro dio tres zancadas más, levantó el pie y golpeó con fuerza en la muñeca a la menor, desuniéndolas y obligándolas a retirar las manos. Después cogió la cadena que sujetaba a la hermana mayor y pegó un tirón, arrastrándola hacia atrás por el suelo hasta separarla por completo de su madre y su hermana.

Arrancó del suelo la estaca que anclaba el otro extremo de la cadena, se acercó más a la base de la cruz y la clavó debajo de los pies del padre de la niña: ya nadie le tocaría la mano a nadie. Comprobó su trabajo, se volvió hacia la destrozada familia y les señaló el agua, a todas luces ordenándoles que bebieran: no estaba dispuesto de ninguna manera a permitir que muriesen deprisa.

Observando por la mira, vi que se había vuelto ligeramente hacia mí y estaba completamente quieto mientras esperaba a que las tres

cogieran el agua y bebiesen. El retículo de la mira estaba en el centro de su pecho. No era así como pretendía o imaginaba hacerlo: quería que los tres hombres estuviesen juntos para poder pasar de uno a otro deprisa y abatirlos en cuestión de segundos. Pero qué se le iba a hacer…

Tan solo un roce, un fragmento de tiempo…, cuatro kilos y medio de presión del dedo…, media vida de entrenamiento y experiencia me habían llevado hasta ese lugar y ese momento… y no pude evitar preguntarme si me habría salvado en el cañón por algún motivo…, tal vez el débil sonido de disparos fuese cosa mía…, o tal vez, igual que un silencio extraño que envolviera el mundo, significase algo más. Sin duda así sería para una familia que lo había perdido todo, incluso la esperanza…

Apreté el gatillo.

Erré el tiro al pecho de Diente de Oro. Quizá el viento fuese más fuerte de lo que yo había calculado o hubiese cambiado de dirección ligeramente, quizá mi dedo estuviese demasiado tenso y yo tirara del gatillo en lugar de apretarlo, aunque lo más probable es que no inhalara y contuviese la respiración, pero, al estar tan enfadado, acabase disparando al exhalar; sea cual fuere el motivo, el cañón debió de elevarse un tanto.

Fue lo suficiente para no acertarle ni en el pecho ni tampoco en la garganta, pero sí en la boca. No creo que fuera posible —lo más probable es que fuese mi imaginación una vez más—, pero juro por Dios, o por Alá, que vi como reventaba el diente de oro.

Una fracción de segundo después casi todos los órganos de su cabeza se hicieron pedazos. Como estaba disparando desde un punto considerablemente más elevado que él, la bala le entró por la boca en una trayectoria descendente, segándole la médula y saliéndole por la nuca. Por lo general, una cabeza humana pesa unos cinco kilos y medio, y ahora la de Diente de Oro, desprovista del soporte que le proporcionaba la columna vertebral, salió despedida hacia atrás y acabó medio apoyada en su espalda. Puesto que la cabeza solo seguía unida al resto del cuerpo por jirones de músculo, prácticamente estaba decapitado cuando cayó al suelo.

La multitud, conmocionada, clavó la vista en el cuerpo que se desplomaba. El fusil no había hecho ningún ruido, y en la intersección se hizo el silencio: nadie entendía lo que había pasado. Todo el mundo estaba observando a Diente de Oro, con miedo de lo que pudiese hacer a continuación, cuando de repente se convirtió en un bulto sanguinolento que caía al suelo en silencio.

Di gracias al ver que los otros dos soldados ni siquiera se habían dado cuenta de que su compañero había caído. Alineé el fusil deprisa, aumentando la elevación para ver la loma. Por la mira observé que el

más joven del trío aún dormitaba bajo un improvisado toldo mientras su compañero —de espaldas al cruce, preparando más té— de pronto dejó lo que estaba haciendo y se volvió, supuse que extrañado con el repentino silencio.

Vio que su comandante estaba tendido en el suelo en medio de un charco de sangre y corrió a por su fusil, que había dejado apoyado contra una piedra. Yo tenía que disparar sin dilación: era fundamental que los matara a los dos antes de que pudieran echar mano de un teléfono para llamar al cañón pidiendo ayuda.

Por suerte, el Preparador de Té cometió un error al intentar coger el arma: como si fuese a servirle de ayuda cuando no sabía lo que había sucedido. Con independencia de las atrocidades que pudiese haber llevado a cabo en Siria e Irak, fue un gesto de principiante. Un profesional habría seguido la regla de oro: primero la seguridad, después el arma.

Que no se pusiera a cubierto en el acto me dio la oportunidad de fijarlo en el retículo, pero aun así seguía moviéndose a toda prisa cuando le disparé. Debió de agacharse —o nuevamente apunté mal—, de modo que le acerté más arriba de lo que pretendía y le volé una porción de la parte superior del pecho y la garganta. A juzgar por el torrente de sangre que le manaba del cuello, me figuré que la bala le había seccionado la carótida, con lo que le quedaban unos tres segundos de vida.

Se desplomó, pero yo ya estaba apartando la mira de él para ponerla en el soldado que dormitaba bajo el toldo. Lo localicé deprisa, pero ahora estaba de pie. Ya fuera porque era más experimentado que su compañero o porque estaba mucho más asustado que él, no se preocupó por coger un arma, sino que corrió para ponerse a cubierto.

Cruzó a toda velocidad el pequeño campamento hacia unas peñas, pero, mientras pasaba por delante de sus provisiones, echó mano de una mochila lo bastante grande para contener un teléfono vía satélite, pilas y un cargador. No entré en pánico, lo tenía en el retículo, de plano. Empecé a apretar.

En la mira, justo delante, se interpuso un rostro.

Era el abuelo. Aunque no se había oído ningún disparo, era probable que se hubiese dado cuenta de que alguien estaba abriendo fuego y se había levantado y se disponía a bajar la colina para ir con lo único que le importaba: su hija y sus nietas.

Su rostro apareció agrandado en la mira, directamente entre Dormilón y yo, proporcionando cobertura al terrorista. Mi dedo se detuvo justo a tiempo de evitar volarle la cabeza al anciano.

Tres disparos bastante fáciles habían dado lugar a una crisis. Tenía unos dos segundos para eliminar al terrorista antes de que pudiera utilizar el teléfono. Aparté las mantas y me levanté de un salto para

intentar cambiar el ángulo y poder efectuar un buen disparo.

El abuelo seguía en el punto de mira y el torso de Dormilón ya estaba detrás de una peña, de modo que todo cuanto yo veía ya eran sus piernas y sus pies, que todavía no había recogido. Difícilmente era un blanco, pero no disponía de más que de una fracción de segundo, tenía que disparar. Me erguí, descargué cuatro balas y vi que al menos una de ellas le había acertado en las piernas.

Dormilón gritó y se incorporó para agarrarse la destrozada rodilla derecha e intentar detener la hemorragia. Una parte del torso asomó por un momento por detrás de la peña...

Disparé de nuevo, cuatro balas más, agrupadas, vi que de la peña saltaban lascas y chispas y que al menos una le daba en el pecho al hombre, que se desplomó hacia delante, quedando más al descubierto, y disparé cuatro más, y otras cuatro, y estuve seguro de que al menos tres le habían dado en alguna parte por encima de la cintura.

Dejé de disparar mientras seguía observando por la mira: Dormilón no se movía, y entonces vi salir un largo reguero de sangre del lateral de la peña.

Bajé el fusil, respirando agitadamente, con la boca seca y el sudor corriéndome por la cara. Exhausto, miré la intersección y vi que el abuelo se había abierto paso entre el gentío y estaba arrodillado junto al cuerpo de Diente de Oro.

Le quitó un llavero de la ensangrentada canana, fue hasta su hija y abrió el candado que afianzaba la cadena al tobillo. La levantó con ternura y la abrazó contra su pecho: tal vez él fuese un anciano, tal vez ella fuese una mujer casada y una madre, pero era, y siempre sería, su hija.

Juntos se volvieron y se apresuraron a liberar a la hija menor. La niña se refugió en los brazos de su madre, llorando, mientras el abuelo corría con la otra niña, la que había sido tan valiente, y abrió el candado. La cogió en brazos y la llevó con su madre.

La familia, devuelta a la vida, se abrazó; la escena parecía obra de un gran maestro de la pintura: la mujer de negro, el abuelo de barba gris con la ropa del color de la tierra, las dos niñas aferrándose a su madre, todos ellos formaban un retablo perfecto bajo la imagen de un hombre crucificado; el viento levantaba polvo en el árido paisaje y el sol ya solo era una rayita finísima sobre las colinas.

Seguían sin moverse, lo que hizo que me preocupase. «Corred —les dije para mis adentros—. No tardarán en llegar, alguien se lo dirá. Corred, id a la frontera afgana.»

Me pregunté por qué otros no les decían lo mismo, pero cuando miré a la multitud vi que nadie prestaba atención a la familia, miraban hacia donde estaba yo: cuando me había visto obligado a ponerme de pie, los disparos se habían oído y habían señalado mi

ubicación.

No sabía si en realidad me podían ver —quizá aún hubiese suficiente sol poniente a mi espalda para impedirlo—, pero, si así era, estarían viendo a un desconocido, un viajero a juzgar por su ropa, que se hallaba solo en el saliente, una silueta recortada contra el atardecer, con el cuerpo entrecruzado por las sombras de las ramas y un AK-47 en las manos. Por qué había disparado a los tres soldados debía de ser un misterio para ellos y, muy probablemente, siempre lo fuese.

Un hombre de unos veinte años, alto y atractivo, se destacó de la multitud y fue hacia la cruz. Se agachó, cogió el fusil de Diente de Oro y me miró. Subió el arma por encima del pecho y la levantó en el aire.

Era un saludo, y mantuvo el fusil en alto mientras los hombres aplaudían con las manos por encima de la cabeza. Erguido en solitario en el crepúsculo, mirando abajo, no pude evitar preguntarme si habrían sentido lo mismo de haber sabido que el desconocido del saliente era un exmilitar estadounidense y un espía de lo que les habían dicho que era el Gran Satán.

Quiero pensar que eso no habría cambiado nada, que el abismo de idioma, cultura y política que nos separaba se había salvado, al menos momentáneamente, gracias a un sentimiento de humanidad compartido.

Levanté el fusil por encima de la cabeza a modo de reconocimiento y descubrí que, al menos silueteado, me podían ver: en la intersección se oyeron vítores. El Soldado que sostenía el arma de Diente de Oro la bajó y se produjo un despliegue de actividad: el gentío volvió a los bazares, reunió a sus hijos y encendió la lumbre. Entre ellos vi que el abuelo apremiaba a su hija y a sus nietas para que fuesen hacia donde había varios ponis y se dirigió inmediatamente hacia la carretera más lejana, la que —a la larga— los llevaría a Afganistán.

Tenían que correr si querían salvar la vida. En un par de minutos yo haría otro tanto.

44

Cogí cuatro odres de agua, un morral con comida y los cacharros de cocina con los que me había quedado, me lo eché todo a un hombro y el fusil al otro y empecé a buscar un lugar aislado. Sabía que no podría llevarme la comida —tenía que moverme deprisa y viajar con el menor peso posible— y tal vez pasaran días antes de que pudiera comer de nuevo.

Tenía que hacerlo ahora, y quince minutos después, en una zona de difícil acceso, en medio de la maleza, encontré lo que estaba buscando: un bosquecillo que rodeaba un pequeño claro con un

afloramiento rocoso que ocultaría el resplandor de un fuego en la cada vez más oscura noche.

Actuando con rapidez, preparé la comida —llevar raciones listas para el viaje sin duda me habría delatado—, y justo cuando estaba empezando a devorar un curri con arroz que dejaba mucho que desear, desesperado por ponerme en marcha, oí pisadas, poco más que un fragmento de movimiento, detrás de mí, en la maleza. Seguí comiendo sin que ninguno de mis actos ni mi lenguaje corporal indicasen que había oído algo. Puede que fuese un animal, aunque no lo creía, y mi sospecha se vio confirmada cuando oí un roce de ropa, más cerca todavía. Así era exactamente como combatientes con experiencia, hombres del Ejército, por ejemplo, se acercarían a un objetivo, y yo sabía que habría otros aproximándose desde otras partes...

Dejé el plato de hojalata con la mayor naturalidad posible, hice ademán de coger un odre de agua para beber, sin brusquedad, lo pasé por alto en el último momento y, con un movimiento veloz, cogí el AK-47 con los dedos extendidos, rodé para apartarme de la luz que arrojaba el fuego y meterme en el sotobosque, me detuve cuando estaba bocabajo y ya tenía el fusil apoyado contra el hombro, en modo automático, apuntando hacia donde había oído las pisadas, a punto de apretar el gatillo, cuando...

—Suelta el arma —ordenó una voz, primero en farsi y luego en árabe, por detrás de donde yo estaba tendido en el suelo.

No me equivocaba: la maniobra había estado bien organizada y realizada con profesionalidad. Se habían acercado a mi campamento temporal desde distintas direcciones en la creciente oscuridad, eso estaba claro, pero de lo que no me había percatado había sido de que los pasos y el roce de ropa habían sido una distracción para que no me fijara en el verdadero peligro, algo que estaba justo al otro lado. No había sido mi único error: había supuesto que los terroristas que esperaban para tenderme una emboscada en el cañón tardarían varias horas en llegar al cruce y que yo estaría a salvo durante ese periodo de tiempo; lo que no había previsto, supuse, era que habría otra patrulla del Ejército en la zona o que habrían enviado refuerzos a los soldados que vigilaban la cruz.

No tenía más remedio que obedecer, de manera que dejé el fusil a un lado.

—Rueda tres veces hacia la derecha —dijo la voz de detrás, que continuó en árabe. Se estaba asegurando de que no pudiera coger el arma, y obedecí de nuevo—. Pon las manos en la cabeza y arrodíllate —añadió.

Me puse de rodillas y, ya desarmado y a efectos prácticos inmovilizado, mis captores hicieron exactamente lo que yo esperaba:

empezaron a salir de entre las rocas y los árboles, eran unos diez o doce.

Clavé la vista en ellos, la incredulidad mezclándose con la sorpresa. Incluso con la débil luz que arrojaba el fuego, reconocí a algunos: se hallaban entre la multitud que se había reunido en la crucifixión.

—Puedes coger el fusil —me indicó la voz de detrás. Me volví y vi que era el Soldado, el hombre que se había apoderado del fusil de Diente de Oro. Sonrió—. Después de ver lo que les has hecho a los soldados, no queríamos que nos pegaras un tiro cuando nos acercásemos. Hemos decidido que teníamos que desarmarte primero..., perdona.

—No pasa nada —contesté profundamente aliviado, mientras recuperaba el arma y sin tener la menor idea de lo que querían.

El Soldado, a todas luces su líder y el artífice de la visita, indicó a sus compañeros que apagasen el fuego.

—Las llamas no son el problema —aclaró—. Pero tienen perros, y si el viento sopla en la dirección adecuada, olerán el humo, como hemos hecho nosotros.

«Perros», pensé. Esa era una sorpresa desagradable. Al estar en un país islámico, no me lo había planteado; por motivos concernientes a su religión, los musulmanes devotos no tienen perros como mascotas. Sin embargo, no había ninguna regla —recordé ahora— que prohibiese utilizarlos para otros propósitos. La caza, por ejemplo.

—Gracias —dije señalando el fuego apagado y viendo que otro de los hombres tiraba el curri que había preparado yo y lo cambiaba por una humeante porción de fragante arroz y varios cucharones de lo que me figuré sería estofado de cabra. Era, sin lugar a dudas, la mejor comida que me podían ofrecer y la habían llevado en recipientes especiales desde su campamento próximo al bazar.

Dos de los visitantes —de más edad, tal vez de tribus beduinas y acostumbrados a vivir en el desierto, a juzgar por su aspecto— estaban llenando de agua unos pellejos especiales que eran mucho más ligeros que mis odres de cuero y casi duplicarían la cantidad que yo podía llevar.

—Hemos supuesto que tendrías que abandonar los animales de carga si los tenías: se ven demasiado y son muy fáciles de seguir. Ir a pie es tu única forma de escapar y, por si no lo sabes, la sed y las heridas te matarán muy deprisa en este sitio. Quítate los zapatos.

—¿Qué?

—Quítatelos —repitió, e hizo una señal a un hombre de barba gris para que se acercase. Sostenía varios pares de sandalias idénticas a las que llevaban algunos de los hombres—. Las hace un artesano en el bazar —contó el Soldado—. Son las mejores que encontrarás.

»Están hechas para el terreno escabroso de este sitio, son cómodas e

indestructibles. Con ellas puedes subir por paredes de cañones, y créeme si te digo que lo harás: si quieres tener una oportunidad, deberás ir por donde sus cuatro por cuatro y sus semiorugas no puedan seguirte.

Asentí: eso mismo había pensado yo. Ya sin los zapatos, Barba Gris me estaba probando distintas sandalias, seleccionando el número que mejor me iba y preparado para utilizar un cuchillo largo para adaptarlas. Me volví hacia el Soldado y señalé a los demás hombres.

—¿Todos sabéis quién soy? —pregunté.

—Claro —contestó—. Eres un viajero desconocido, un hombre solitario que iba por su camino y vio la posibilidad de ayudar a unas niñas y a su madre. Por desgracia, no pudimos ver más por culpa del sol, que se estaba poniendo. Después desapareciste. —Sonrió de nuevo.

—¿Lo conocíais, al hombre al que crucificaron?

—En realidad no —repuso—. La gente lo había visto en el bazar, de paso. Siempre estaba viajando, dijeron, pero nadie sabía adónde ni por qué. Estaba vivo, apenas, cuando lo trajeron aquí. Lo habían torturado y lo bajaron a rastras de un camión sobre una manta. Cinco de nosotros, amigos, estábamos aquí con nuestras familias. —Señaló a hombres que se hallaban desplegados alrededor del pequeño claro—. Estábamos comprando provisiones y munición cuando nos gritaron que saliéramos y nos ordenaron cavar un agujero para clavar la cruz. La habían traído consigo, pesaba más aún que los pecados de un ateo —precisó esbozando de nuevo una sonrisita—. Dejaron la cruz y a la víctima a nuestro lado y nos pusimos a cavar…

—Has dicho que todavía estaba vivo —lo interrumpí—. ¿Habló, dijo algo?

—Soltó muchos tacos, a pesar de que estaba muy débil —contó el Soldado—. Dijo que su primo era miembro del Ejército; lo había oído cuando hablaba con su mujer y lo había traicionado.

Eso me impactó: ¿vendido y crucificado por alguien de tu propia familia? A veces el mal que reinaba en el mundo parecía no tener fin.

—No paraba de decir que todo lo que había hecho lo había hecho por su familia —continuó el Soldado—. Desde donde estaba tendido veía a su mujer y a sus hijas, y cada pocos minutos intentaba llamar su atención para decirles que lo sentía.

Ya solo imaginarlo era bastante tortura, así que lo insté a seguir con la historia.

—¿Mencionó una reunión? —inquirí.

—En un momento dado nos miró y dijo que si venía un viajero le dijéramos que todo lo que les había dicho era verdad. Cada palabra.

Pensé durante un instante en la fotografía del papel de fumar, la información sobre un golpe espectacular y la fecha —todas las cosas

que nos hicieron pensar que tal vez fuesen un intento de subir el precio— y tuve claro que un hombre al que habían torturado e iban a crucificar no tendría ningún motivo para mentir.

—Dijo que debía reunirse con alguien al cabo de unas horas —prosiguió el Soldado—, pero seguro que no era verdad: debía de estar delirando, porque no ha venido nadie. No sabemos de quién se podría tratar. —Me miró y enarcó una ceja con ironía.

Sonreí.

—¿Dijo algo de un plan, una hora y un sitio? ¿Una ciudad extranjera, ciudades, tal vez? —Procuré decirlo con voz tranquila y comedida, pero estaba desesperado, intentaba sacar todo cuanto pudiera.

El Soldado negó con la cabeza.

—Estaba a punto de morir, luego empezaron a subirlo en la cruz. Ahora sí que deliraba: dijo que había una ciudad en la India a la que el mal llegó con el viento, un lugar donde la tragedia nunca acababa.

—¿Qué? —inquirí, alerta en el acto—. ¿Una ciudad en *la India*?

—Como he dicho, deliraba —aseguró el Soldado—. Casi todo lo que decía iba destinado a su familia, intentaba despedirse. Ya lo habían subido a la cruz, así que le clavaron las manos y los pies a ella y la levantaron. El resto ya lo viste.

—Qué extraño que dijera eso —comenté, prácticamente hablando solo. Había dado cuenta del estofado de cabra y Barba Gris había terminado de probarme y adaptarme las sandalias—. ¿El mal llegó con el viento?

—Tenemos que irnos —dijo el Soldado mientras indicaba a sus compañeros que cogieran sus armas y sus cosas—. Puesto que no estás aquí, no nos podemos despedir, ¿no es cierto?

Los dos sonreímos.

—Sé que no profesas nuestra fe —continuó, ahora más serio—. Pero deja que te diga de todas formas: *barak Allahu feek*. Que Alá te bendiga.

—*Wa feeka*. A vosotros también —le contesté.

El Soldado se dio la vuelta, hizo una señal al resto y yo los seguí con la mirada en silencio mientras desaparecían en la noche.

De pie en la oscuridad, la realidad se impuso: ahora no había nada, ninguna misión merecedora de ese nombre, tan solo las palabras de un moribundo. ¿Cómo podía una ciudad de la India, un lugar en el que la tragedia no acababa nunca, como él había dicho, ser un objetivo o proporcionar alguna pista sobre un ataque terrorista a Occidente?

Empecé a recoger mis escasas pertenencias, agradecido por la buena comida y los ligeros pellejos de agua, pero sin ninguna otra cosa que pudiera aliviar mi sensación de inminente fatalidad.

En el corazón de uno de los países más hostiles del mundo, supe que me sería imposible volver a la seguridad que ofrecía la frontera pakistaní, un hecho del que había sido consciente desde el momento en que decidí intentar ayudar a la madre y a sus hijas.

Tendría que haber recorrido la enorme distancia a pie, me habría visto obligado a evitar todos los caminos y a atravesar kilómetros de terreno árido sin comida ni agua. Peor aún, en cuanto llegara a oídos del Ejército lo que había sucedido en la intersección —al cabo de una hora más o menos, según mis cálculos—, sabrían quién había sido el responsable y llenarían la zona de patrullas a pie, cuatro por cuatro, drones y ahora además —según acababa de descubrir— perros.

Tras años en los que me habían seguido y perseguido, sabía que si quería sobrevivir, mi única opción realista era pedir ayuda: necesitaba que me sacaran de allí lo antes posible.

Un teléfono habría sido la respuesta, naturalmente: podría haber hecho una llamada encriptada a la Agencia, pero no tenía ningún sentido pensar en eso, me dije; lo hecho, hecho estaba. Puesto que carecía de toda forma de comunicación, a mi entender solo había una esperanza de hacer llegar un mensaje a Langley.

Con esa finalidad me agazapé y consulté el príncipe heredero. Puesto que el reloj estaba diseñado para el mundo musulmán, contaba con un indicador alrededor del borde de la esfera que señalaba la hora de cada una de las cinco oraciones diarias. Me informó de que faltaban once horas para que amaneciese, lo que significaba que yo disponía de doce horas y diecinueve minutos para organizar todo lo que necesitaba si quería enviar un mensaje a Langley: aunque no sufriese ningún contratiempo, iba a andar muy justo.

Me llevé al ojo la mira telescópica, coloqué el dedo en su sitio y activé la función cartográfica. En cuestión de segundos encontré lo que estaba buscando y vi que tenía que poner rumbo casi al sur.

Volvería campo a través a la meseta de Piedras Blancas. Si lograba llegar hasta allí, tal vez tuviese una oportunidad. Doce horas y dieciocho minutos.

46

Empezó siendo una noche mala, la peor de toda la misión, y no tardó en empeorar. Corriendo en la oscuridad, cayendo y tropezando por un terreno inexplorado, procuré ir por arriba, pero infinidad de veces me vi obligado a bajar a cañones y después subir por laderas escarpadas.

En menos de una hora tenía la ropa rasgada y rota como resultado de encontronazos con piedras dentadas y, en una ocasión, tras tener que abrirme paso con el fusil por una extensión de maleza espinosa. Al menos cuatro veces me tiré al suelo, asustado por pájaros a los que confundí con drones con visión nocturna o térmica.

Más tarde, justo antes de que amaneciese, guiándome por los mapas, vi por fin la torre con la manga de viento hecha jirones. Dejé los pellejos de agua en la base, me quité la camisa y, utilizándola a modo de morral, comencé a coger todas las piedras blancas de menor tamaño que pude encontrar.

Durante las interminables horas de preparativos en Langley, no solo había visto la meseta en mapas electrónicos, sino que además había examinado numerosas fotografías tomadas por satélites de casi toda mi ruta, incluido un gran número de instantáneas en alta definición de la zona que rodeaba la meseta. Todas las fotografías eran clasificadas, tenían la marca de agua con el logotipo de la NSA y mostraban con claridad los detalles de su origen y la fecha y la hora en que se habían tomado. Por lo tanto, sabía que el satélite espía del eje afgano Galileo 4 seguía a diario un horario que venía determinado por la salida del sol: pasaba por la meseta y sus inmediaciones exactamente una hora y diecinueve minutos después del amanecer.

En circunstancias normales, tal vez transcurrieran días antes de que alguien mirase esas imágenes, pero yo tenía una ventaja. Al no utilizar el teléfono para subir la fotografía diaria, Langley habría dado por sentado que algo había ido mal, y estaba seguro de que los miles de imágenes que generase el satélite al pasar cada día serían objeto de un minucioso escrutinio y de que intentarían dar conmigo o con mi cadáver de inmediato. Además, si los incidentes del pasado servían de referencia, la séptima planta ya habría avisado a todos nuestros agentes secretos en el país para que estuviesen preparados y trataran de ayudar si fuese necesario.

En primer lugar, sin embargo, tenía que enviar un mensaje, y después —como decían en esa parte del mundo, *insha'Allah*, si Alá quiere— llegaría el rescate. Una y otra vez cogí piedras y las dejé junto a la franja despejada por la que los ponis y yo habíamos cruzado hacía unos días. Cuando el montón fue lo bastante grande, y con el día que empezaba a despuntar, volví a donde estaba la manga de viento, bebí el sorbo de agua que bebía cada hora y me senté para pensar exactamente lo que necesitaba que dijese mi mensaje. Entonces vi el dron.

Era un dispositivo a pilas y silencioso, y no habría sabido que se aproximaba de no ser porque quienquiera que lo estuviese controlando lo hacía volar por el extremo oriental de la vieja pista aérea y el sol saliente se había reflejado en el fuselaje. Como estaba

sentado medio a la sombra bajo la manga de viento, tuve el tiempo suficiente para lanzarme hacia delante cuando se acercó, pegándome a la tierra, agradecido de que tanto la ropa que llevaba como mi espalda al aire estuviesen tan sucias que el efecto era como el de cualquier camuflaje.

Lo vigilé con el rabillo del ojo, confiando en no verlo perder altitud y describir círculos a mi alrededor. Comprobé con alivio que su sombra pasaba al otro lado de la manga de viento y continuaba avanzando. Conté hasta veinte y levanté la cabeza lo necesario para ver que giraba de forma brusca a la izquierda y desaparecía por el otro extremo de la meseta. Eso no significaba, sin embargo, que la amenaza hubiese terminado. A juzgar por la trayectoria recta, la altitud constante y el bandazo, supuse que no era un vuelo de búsqueda aleatoria. Su invisible operador estaba trazando una cuadrícula: tarde o temprano volvería, desde otro ángulo.

Con o sin dron, abrí la función cartográfica y me puse a buscar una carretera donde tal vez uno de nuestros activos iraníes pudiera recogerme y ayudarme a cruzar la frontera a Pakistán o a Afganistán. En cuestión de minutos encontré una carretera secundaria —probablemente poco más que un camino de tierra— a la que podía llegar después de dos o tres días de dura travesía. Con las sofocantes temperaturas, calculé que tenía agua para tres días y nada más.

La carretera secundaria, sin embargo, conectaba dos ciudades de provincias, lo que significaba que proporcionaría acceso a una red de carreteras mayor y más accesible, lo cual permitiría que un equipo de extracción fuese a mi rescate deprisa. Además, el mapa también indicaba la existencia de un pequeño puente a medio camino que serviría de punto de encuentro fácilmente reconocible. Comprobé de nuevo mis cálculos, anoté las coordenadas y corrí hacia el montón de piedras.

Tenía treinta y dos minutos hasta que el Galileo 4 barriese la zona de nuevo.

47

El mensaje tenía que ser simple y lo bastante grande para que llamara la atención de inmediato a los analistas de imágenes y documentalistas que estarían peinando las fotos. Empecé disponiendo las piedras de modo que pusieran S-O-S.

Había elegido la parte más despejada de la vieja pista, seguro de que las blanquísimas piedras resultarían visibles en la reseca hierba. Sin embargo, tardé más de lo que pensaba: colocar las piedras iba consumiendo minutos, al igual que mirar sin parar al extremo más

alejado de la meseta por si se aproximaba el dron.

Casi había terminado lo siguiente —M-U-E-R-T-O— cuando miré maquinalmente al cielo: con el sol iluminando la pista al sesgo, vi que el dron se acercaba deprisa.

Me pegué al suelo, bocabajo, intentando tapar el mensaje todo lo posible con mi cuerpo y levantando la cabeza solo escasos centímetros para seguir el avance del depredador. Se encontraba en el extremo más alejado del terreno, volaba bajo, por mi lado de la densa línea de árboles, escudriñaba el bosque siguiendo la suposición del operador —imaginé— de que cualquiera que estuviese huyendo permanecería siempre a cubierto y no saldría nunca a campo abierto. Me quedé completamente inmóvil, las piedras que había dispuesto hacía unos minutos antes se me clavaban en las costillas y en la entrepierna, haciendo que la necesidad de moverme fuese casi insoportable, y esperé para ver —casi sin respirar— si el dron se volvía hacia mí.

Tendido bocabajo, viendo como sobrevolaba el dron el límite del bosque, a sabiendas de que si me iba a ver e iba a cambiar de dirección lo haría de un momento a otro, no pude evitar pensar en lo que había sucedido en la intersección. No me cabía la menor duda de que habría sido más fácil darles la espalda a las niñas y dirigirme hacia la frontera, así que me figuro que no fue sino lógico, dada la peligrosa situación en que me encontraba, que me preguntase si había sido un error. Con el dron acercándose cada vez más, pensé en la vida que había querido vivir y en los barcos de la Armada cuyo mando siempre había confiado en asumir, hasta que recordé algo que me había dicho mi madre cuando era pequeño. No se me había pasado por la cabeza en veinticinco años, pero supongo que había arraigado en algún lugar y estaba esperando a que llegase el momento adecuado para salir a la luz.

Mi madre no tenía mucha cultura, pero, como ya he dicho, era una mujer devota, y solo había un personaje público al que admiraba sin reservas: Martin Luther King. Apenas era una adolescente cuando oyó hablar al reverendo frente a doscientas cincuenta mil personas en el monumento a Lincoln en Washington, y esa experiencia la marcó: me habló de ese día más veces de las que soy capaz de recordar, y se sabía casi de memoria el famoso discurso de «Tengo un sueño...». Sin embargo, fue de una alocución muy distinta de Martin Luther King de la que me habló un día de un calor abrasador a finales de un verano en Florida, sentados en el porche trasero mientras caía la tarde y contemplábamos las luciérnagas, un niño de diez años y su madre, a gusto en la compañía del otro.

—¿Sabes por qué respetaba tanto al reverendo? —me preguntó en voz queda—. Por una sencilla lección que enseñó: dijo que, si veía que atacaban a un hombre en la calle, la mayoría de la gente se

preguntaría: «¿Qué me pasará si me meto?».

»Pero el reverendo dijo que no era esa la pregunta que había que hacerse —continuó—. La pregunta era esta: “¿Qué le pasará al hombre si no lo hago?”. Quiero que lo recuerdes siempre.

«¿Qué le pasará al hombre si no lo hago?», recordé. No, no me arrepentía de haber ayudado a esas niñas.

El viento empezaba a soplar con más fuerza, hacía que me entrara arenilla en los ojos, pero no podía pestañear ni moverme. El dron estaba paralelo a mí, entraba y salía de las sombras que proyectaban los árboles: si iba a girar hacia mí, tenía que ser ahora.

Siguió hacia delante. Me permití exhalar lentamente. Su reaparición me había costado un tiempo valioso, pero no me moví hasta que estuve seguro de que había desaparecido. Después me levanté y consulté el reloj: nueve minutos para la llegada del satélite. Ahora corriendo, sin tiempo para coger un pellejo de agua y quitarme la arena de los ojos, terminé el mensaje cuando aún faltaban dos minutos. En medio de la vieja pista de aterrizaje, me situé junto a las piedras blancas y el mensaje que componían, me quité deprisa el pañuelo de la cabeza y el resto de la ropa de mi caracterización y me quedé con tan solo un pantalón de algodón. Eché la cabeza hacia atrás y miré al cielo.

Tenía que asegurarme de que, cuando el satélite me fotografiara, en Langley pudieran verme la cara para identificarme, pero sabía que también tomarían muchas otras mediciones corporales a partir de las imágenes. A continuación extraerían una gran cantidad de datos biométricos —altura, ancho del pecho— para cerciorarse de que yo no era un impostor y ellos no caían en alguna trampa.

«Coacción», pensé de pronto, presa del pánico: sabiendo lo paranoica que era la Agencia, me imaginé que les preocuparía que pudiera haber hombres ocultos entre los árboles apuntándome con armas y que yo, desarmado, solo estuviese actuando bajo coacción. Faltaba solo un minuto. Eché a correr con ganas hasta la manga de viento, cogí el fusil —y los pellejos de agua— y volví a donde estaba. Con el pecho al descubierto, mirando al cielo, pensando en que el Galileo 4 cada vez se encontraba más cerca, con el fusil apoyado en la cadera, listo para disparar, sin el seguro y con el cargador puesto, con toda probabilidad pareciendo un extraño profeta o —más posiblemente— un loco, empecé la cuenta atrás.

Llegué a cero. Tal vez hubiese llegado a la hora adecuada, pero no sabía cuánto tiempo estaría en ese punto el satélite y no quería desaprovechar ninguna oportunidad, sobre todo porque no tenía claro que el príncipe fuera tan preciso como afirmaba ser.

Permanecí allí cuatro minutos más, inmóvil y expuesto, imaginando lo que se desencadenaría en Langley al cabo de unos minutos. Sabía

que lo primero sería una llamada encriptada de la NSA para informar, con su habitual sutileza, de que acababan de recibir unas imágenes interesantes. Después se armaría la de San Quintín.

48

Debido a una circunstancia única, fue Madeleine O'Neill la que vio más cosas que nadie esa noche en Langley, y sin duda fue ella la que las refirió con más claridad.

Más tarde me contó que se había quedado a trabajar hasta tarde, sola en su despacho. Puesto que no había más fotografías mías desde que había cruzado la frontera, le habían ordenado que estudiase sus archivos para intentar encontrar una pista sobre alguien a lo largo de mi ruta —aparte del Ejército de los Puros— que pudiera haberme matado o haberme hecho prisionero. Que me hubieran secuestrado para pedir un rescate sin duda era una posibilidad: aparte de la droga, prácticamente era el único sector en crecimiento de toda la zona. Madeleine dijo que, a falta de fotos o de petición de dinero, en la Agencia pensaron que me había pasado algo casi de inmediato y que estaba muerto.

Poco antes de las diez de la noche oyó que la puerta del extremo del pasillo en el que se encontraba su despacho se abría y un hombre salía corriendo. Cuando ella abrió la suya, vio a Buster Glover con un teléfono pegado a la oreja.

—Lo han encontrado. ¡Está vivo! —gritó Buster al jefe de documentación, que estaba en el pasillo, a punto de irse a casa—. A la sala de reuniones, ¡ahora!

El jefe de documentación se quedó mirando al director adjunto y, sin decir palabra, dio media vuelta y abrió la puerta.

Buster vio a Madeleine y se tomó un momento para recuperar el aliento.

—La NSA ha recibido imágenes del satélite hace diez minutos —contó respirando aceleradamente—. Nuestro hombre está de pie en una antigua pista de aterrizaje o algo por el estilo.

Dio media vuelta para marcharse, pero cambió de idea.

—Vaya usted también a la sala de reuniones —pidió—. Halcón no es capaz de dar con sus asistentes ejecutivos y está poniendo el grito en el cielo. Los ha mandado a casa hace una hora, pero no se lo diga. Después de la tapadera que urdió usted, se alegrará de verla.

Por consiguiente, Madeleine se vio actuando de improvisado enlace entre el director, los departamentos de la CIA, varios de los despachos de la Agencia en el extranjero, la NSA y el director de Inteligencia Nacional.

Salió corriendo pasillo abajo y, cuando quiso llegar a la sala de reuniones subterránea, la habitación volvía a ser una sala de guerra donde un buen número de personas ocupaban sus asientos. Entre el caos, vio a Halcón en el extremo más alejado y se quedó un tanto sorprendida. Se había quitado la omnipresente americana y desabrochado el botón de arriba de la camisa, se había aflojado la corbata de Hermès, se había metido en el bolsillo los gemelos de oro y se estaba remangando los dobles puños almidonados hasta el codo.

Margaret, la analista de inteligencia sénior conocida por su cinismo, acababa de entrar también. Dio una calada a su cigarrillo electrónico y clavó la vista en Halcón.

—Pero ¿qué...? —dijo—. Dentro de un minuto lo veo quitándose los mocasines de Gucci y poniéndose botas militares.

A todas luces Halcón estaba pasando a la acción por primera vez en años, y Madeleine lo vio dar orden tras orden, pidiendo ayuda a todas las demás estructuras de poder de Washington. Con su resolución y su sangre fría mientras trabajaba bajo presión, más adelante la joven dijo que vio en él no solo al burócrata inteligente y sumamente refinado, sino también todas las señas de identidad del valeroso joven agente que había pisado a fondo el acelerador en Irán y se había labrado la gran reputación que tenía.

Se volvió y, al ver a Madeleine cerca de la puerta, le indicó que pasara.

—Buster Glover ha dicho que quizá podría ser de ayuda —adujo.

—Seguro que puede —repuso Halcón—. Lo primero que hay que hacer es averiguar qué ha sido de los puñeteros asistentes.

—Los ha mandado usted a casa, pero Buster me ha dicho que no lo mencionase —contestó Madeleine.

Halcón la miró un instante con cara de sorpresa: creo que se había acostumbrado a que no lo tratasen con nada que no fuera deferencia. Acto seguido le dedicó una sonrisa afable.

—Es un hombre muy inteligente, Buster. Haría usted bien en seguir sus consejos en el futuro.

Madeleine se rio, pero el propio Buster avanzaba entre la gente, con el teléfono nuevamente pegado a la oreja. Se detuvo delante de Halcón.

—Las primeras imágenes están llegando —comunicó. Las luces se atenuaron y todo el mundo miró hacia las pantallas IMAX.

Al parecer surgí de la oscuridad con nada menos que 16K de resolución, descamisado en la pista de aterrizaje a medio mundo de distancia, mi imagen repetida en un montón de pantallas alrededor de la habitación.

Margaret lanzó un silbido que provocó risotadas mientras todo el mundo comenzaba a vitorear: yo estaba vivo y me habían encontrado.

Halcón pidió silencio de inmediato, no quería dar nada por sentado.

Se volvió hacia Buster.

—Quiero un análisis biométrico no solo de su cara, también del cuerpo. A pesar de lo que a todas luces cree Margaret, se ha quitado la camisa para que podamos confirmar que es él. Menos mal que usa el cerebro...

La imagen de las pantallas se vio sustituida por otra, con mejor resolución incluso, gracias a la posición del satélite. En ella yo aparecía sujetando el fusil en la cadera con una mano y señalando la mira telescópica con la otra.

—¿Tiene el seguro puesto? —preguntó Halcón a los expertos en imágenes, que se apiñaban en un rincón.

—No —afirmó uno de ellos después de deliberar con su equipo unos instantes.

—¿El cargador está lleno? —quiso saber también Halcón.

—Tiene la recámara abierta y un proyectil dentro. Parece que el cargador está lleno —respondió el experto.

—Bien —dijo Halcón; la sala entera lo estaba observando—. Nos está diciendo que no actúa bajo coacción. Tiene el arma cargada y lista para disparar.

—Pero ¿qué quiere decir con la mira? —inquirió Buster.

—Creo que está diciendo que va a utilizar la función cartográfica..., tal vez que puede dirigirse a alguna parte. —Halcón estaba pensando en voz alta—. Necesita nuestra ayuda..., así que está...

Buster levantó el teléfono, escuchó y dijo:

—Muy bien, adelante. —Estaba hablando con la sala de control, y se volvió hacia Halcón—. En la siguiente tanda de imágenes hay un mensaje...

Antes de que pudiera decir algo más, el mensaje estaba en la pantalla. Todo el mundo clavó la vista en ella, miraba lo que yo había escrito con piedras blancas. Halcón lo parafraseó:

—SOS. El correo ha muerto. Parte de unas coordenadas y las letras SFGG.

Por primera vez pareció preocupado. Se dio la vuelta hacia un puñado de expertos en cartografía que se hallaban sentados a un grupo de mesas con pantallas de ordenador y montones de mapas en papel ante ellos.

—Está intentando fijar un punto de encuentro —dedujo Halcón—. ¿Basta con una parte de las coordenadas? ¿Pueden dar con una ubicación con eso?

—No —replicó el jefe del equipo—. No es más que un punto; necesitamos otra referencia. ¿Facilita algún otro dato?

Halcón negó con la cabeza, fue hacia delante y se plantó frente a la pantalla más cercana, mirando fijamente las piedras blancas.

—¿Qué demonios significa SFGG?

Nadie tenía una respuesta. La euforia que había recorrido la habitación los últimos minutos estaba desapareciendo. Sin la ubicación precisa de un punto de encuentro, la Agencia no podía hacer nada.

—SFGG... —repitió Halcón, la voz poco más que un susurro.

—¿Por qué no nos da las puñeteras coordenadas enteras? —planteó Buster frustrado.

—Porque es listo —aclaró Halcón medio absorto en sus pensamientos, intentando imaginar lo que significaban las letras—. Debía de creer que el Ejército podía llegar en cualquier momento. Pongamos que daba las coordenadas enteras, conseguía escapar y ellos veían el mensaje. No podría utilizar el punto de encuentro. Ellos se adelantarían y lo encontrarían, así que lo ha puesto en clave.

—Y ha pensado que seríamos lo bastante inteligentes para descifrarlo —añadió Margaret.

—Puede que en eso se equivocara —apuntó Halcón mientras seguía mirando con atención la pantalla, como si las propias letras pudieran darle la respuesta.

Todo el mundo hacía lo mismo, las ideas empezaban a tomar forma en treinta cabezas para ser descartadas acto seguido.

—Si no puede utilizar las coordenadas de un mapa —comenzó Halcón—, algo en el paisaje, ¿tal vez algo reconocible? —Miró alrededor de la sala.

—Una montaña, un río... —sugirió Buster—. ¿Topográfico?

Halcón asintió.

—Sí, algo así. —Pero no parecía servir de ayuda. Seguía delante de la pantalla, mirando las letras—. SF —dijo.

—¿San Francisco? —aventuró Buster—. Es una de sus ciudades preferidas. En el ritual de despedida, dijo que me vería allí.

Halcón se volvió para mirarlo.

—Puede que pensara que te acordarías de eso. —Observó de nuevo las letras—. San Francisco... ¡Golden Gate! —exclamó con aire triunfal —. ¡Un puente!

Todos se tomaron un instante para asimilar la información y después Buster se dirigió al equipo de cartógrafos.

—¿Hay algún puente cerca de las coordenadas? —preguntó.

Fue como si la sala se quedase paralizada mientras todos esperaban a que el grupo de las mesas laterales escaneara mapas e introdujese datos en los ordenadores.

—¡Lo tengo! —exclamó el jefe—. Está a dos días de marcha al menos, tal vez tres, campo a través. Es de madera, cruza un cauce seco, mide unos veinte metros de largo...

Lo que quiera que añadiese se perdió cuando en la pantalla apareció

un puente destartalado y la sala prorrumpió en vítores. Halcón se hizo oír por encima del alboroto, dirigiéndose al equipo de cartógrafos y a los planificadores de la misión.

—Sabemos dónde está y adónde se dirige. Necesito cuatro propuestas: ¿cómo lo sacamos de ahí?

El grupo de hombres y mujeres asintió. Halcón, que miraba de nuevo las fotografías de mi persona y del puente, habló con Madeleine y Buster.

—Tres días a pie —dijo en voz baja—. Si no tiene bastante agua, con esas temperaturas… podría suponer un problema.

49

Ocho horas más tarde, cuando ya amanecía, sentado en la sala de reuniones subterránea, pálido debido al cansancio, con la elegante ropa arrugada, Halcón decidió cuál sería el plan.

La propuesta que eligió entre las cuatro que había pedido contenía los dos distintivos de las operaciones de inteligencia de más éxito: era rápida y relativamente sencilla. También daba la impresión, al menos al principio, de haber sido bendecida por la buena suerte, una suerte que era consecuencia directa de la incapacidad de Occidente de contener el programa nuclear iraní. Por catastrófico en potencia que fuera ese fracaso, implicaba que la CIA tenía a más agentes en Irán que en casi cualquier otro país hostil.

Langley se había pasado años creando esas redes, y mientras yo iniciaba mi largo camino para llegar al puente, Halcón contaba con decenas de colaboradores iraníes, agentes dobles, informantes a los que pagaba y un extendido contingente de contratistas de Blackwater de los que se podía servir. Sin ellos no creo que tan siquiera hubiese intentado poner en marcha una misión de rescate, y unos meses después habrían depositado un ataúd vacío en una tumba de Washington.

Tras escuchar a los planificadores explicar sus propuestas y formular una serie de preguntas rápidas, Halcón se paró a pensar un rato.

—Tenemos que preguntarnos: ¿qué es lo que en realidad estamos haciendo aquí? —planteó retóricamente—. Estamos poniendo en marcha Uber: el primer servicio de transporte privado de Irán —continuó—. Recogen a nuestro agente en el puente y cinco horas después lo dejan en la frontera afgana.

»Tres de estas propuestas —dijo mientras señalaba pantallas en la pared— son demasiado complejas: dependen de que una serie de acontecimientos vaya como la seda. Y eso no pasa nunca, por lo menos no en ninguna misión de inteligencia de la que yo tenga

constancia.

»Esta es sencilla —afirmó mientras apuntaba un plan en la pantalla en el que se veía el rostro de dos hombres—. Los dos están en el país y los dos tienen un trabajo en el que difícilmente los echarán en falta durante tres o cuatro días. Uno de ellos es un conductor avezado que se ha visto en multitud de situaciones difíciles y el otro posee conocimientos informáticos y de comunicaciones que lo más probable es que sean muy útiles. Nos quedamos con ellos.

Los hombres que aparecían en la pantalla tenían unos treinta años o más, y si bien los carnés que llevaban demostraban que eran iraníes, en realidad eran ciudadanos extranjeros.

—¿Operativos de Blackwater? —inquirió Margaret.

—Sí —confirmó uno de los planificadores.

Blackwater, creada hacía cuarenta años por dos Navy SEAL, era, y sigue siendo, una compañía en expansión. No es muy conocida entre el gran público porque ha cambiado de nombre y de propietario muchas veces, pero en el mundo del espionaje siempre se hace referencia a ella como Blackwater, un guiño al gran pantano Great Dismal Swamp, en Carolina del Norte, estado donde la compañía construyó su primer centro de entrenamiento.

Creada en un primer momento para proporcionar seguridad experta a diplomáticos y funcionarios estadounidenses en zonas de guerra y lugares similares, su negocio acabó creciendo al firmar un contrato para proporcionar servicios clasificados a la CIA. Varios años después siguió expandiéndose —adentrándose en aguas mucho más oscuras— al montar un negocio de mercenarios en todo el mundo.

Nunca había escasez de miembros: el elevado sueldo que ofrecía Blackwater atraía a todo el mundo, desde veteranos de desconocidas guerras africanas hasta una gran cantidad de exagentes de la CIA, de Delta Force y de Navy SEAL. Un montón de hombres —y un puñado de mujeres— se alistaron desde cualquier lugar donde existiese formación militar o de inteligencia, en representación de más de cuarenta naciones. «¿Sabes lo que es Blackwater? —me dijo Halcón una vez—. La Legión Extranjera Francesa elevada a la enésima potencia.»

Como a muchos otros de la Agencia, no le gustaba la compañía —pensaba que por lo menos la mitad de sus contratistas eran chapuceros—, pero le desagradaba especialmente el hecho de que tanto su Agencia como el gobierno estadounidense invertían enormes cantidades de tiempo y dinero en formación para que después muchos de sus agentes y soldados se marchasen por unos sueldos con los que ellos jamás podrían competir. Con todo, decía mucho de Halcón —y de su determinación a sacarme de allí— que no permitiese que sus sentimientos afectasen a su decisión. Se dirigió a Madeleine:

—Llame a Blackwater y dígales que esos dos ahora son nuestros. Estarán a nuestras órdenes cinco días. Sí, sé cuál será su primera pregunta: dígales que hablaremos de los honorarios más tarde.

Mientras trataba de ponerse en contacto con un alto ejecutivo de Blackwater, Madeleine miraba los archivos, imágenes y demás información clasificada de los dos hombres que aparecían en las pantallas: Halcón estaba reuniendo todos los datos, empezando a planificar la misión de rescate hasta el más mínimo detalle.

La primera fotografía era del hombre que estaría al mando, el que conduciría. Según el nombre que figuraba en su pasaporte y en sus documentos de identidad, era Javid Ghorbani, de cuarenta y cinco años y celador en el hospital militar Baghiyyatollah al-Azam, situado en un barrio de las afueras de Teherán y el lugar al que acudían los oficiales de la Guardia Revolucionaria. En una realidad paralela era James Wilkinson, hijo de un americano y una iraní divorciados, un hombre que se había formado como agente de seguridad en la CIA y entre cuyos cometidos se encontraba la protección de personas vip en viajes. Era un tipo alto y musculoso, con una mirada inexpresiva, buenos reflejos y una personalidad agresiva, que demostró su capacidad cuando conducía un SUV blindado durante un trabajo en Bagdad y no tardó en especializarse como conductor, realizando los cursos de conducción evasiva más duros del mundo.

Acabó dejando la CIA entre acusaciones de violencia doméstica y consumo de alcohol excesivo en bares de Dubái —en sitios con nombres como Club Cyclone y Ratsky, donde las mujeres eran solo ligeramente más caras que los cócteles—, pero con sus conocimientos de farsi y árabe del Golfo, Blackwater se puso en contacto con él de inmediato. Lo formaron en recopilación de información, le proporcionaron una identidad falsa y lo infiltraron en el hospital. No tardó en descubrir la cantidad de información que se podía sacar —y el dinero que se podía ganar— mientras se vaciaban cuñas y se fregaban suelos.

Mientras esperaba a que Blackwater cogiera el teléfono, Madeleine vio en la pantalla que el compañero propuesto para el conductor era Bahman Avesta, de treinta y cinco años, un hombre flaco y sumamente nervioso, cuyos padres habían abandonado Teherán durante la revolución de 1978 en busca de una vida nueva y se habían establecido con su joven familia en Londres.

Buen estudiante, Bahman cursó ingeniería informática en el Imperial College y, al haberse criado en un hogar en el que el farsi era el idioma preferido y el odio a los ayatolás palpable, fue una presa fácil para Blackwater. Le dieron una identidad nueva y lo enviaron a Teherán, donde creó su pequeña tienda de reparación de ordenadores en el bulevar Mirdamad. Valiéndose de esa tapadera, encriptaba y

transmitía la información que recababan Javid y una decena más de personas como él. Si lo pillaban, o descubrían su equipo, habría sido un cuerpo más colgando de una grúa en una plaza pública; Madeleine pensó que no era de extrañar que pareciese nervioso.

Contactó con el ejecutivo de Blackwater, le dijo —sin explicarle el motivo— que la Agencia necesitaba los servicios de los dos contratistas y colgó. Una vez más, miró la imagen de los dos hombres que, al cabo de unas horas, comenzarían una carrera frenética de más de mil quinientos kilómetros desde Teherán para intentar rescatarme.

Lo que no sabía, lo que nadie en Langley sabía, era que mientras Ghorbani se dirigía hacia el viejo puente, en su Toyota no iban dos personas. Iban tres.

50

Cuando estuve seguro de que el satélite había pasado por donde yo me encontraba, dediqué quince minutos a desperdigar las piedras blancas y borrar el mensaje que tan cuidadosamente había construido.

Por peligroso que fuese pasar tiempo desprotegido, no iba a dejar una pista al Ejército: puede que fuesen muchas cosas terribles, pero no eran incompetentes, y yo sabía que lo peor que podía hacer era subestimar su capacidad para descifrar códigos. Si Langley podía hacerlo, ellos también.

Solo cuando hube destruido por completo el mensaje, cogí el fusil y los pellejos de agua y eché a andar hacia los árboles para emprender el largo viaje hasta el deteriorado puente. Se mirara por donde se mirase, el viaje hacia esa primera noche fue malo: caminé, trepé y tropecé kilómetro tras kilómetro, buscando la cobertura que me brindaban los árboles o las sombras profundas, con temperaturas que rozaban los cuarenta grados, un suelo que ardía bajo mis pies, la vegetación desprovista de todo color y un calor que ascendía en ondas titilantes.

A lo largo de todo el día, incluso cuando el sol imprimía su sello con más ferocidad, racioné el agua a dos sorbos cada hora, mientras me concentraba en el camino que tenía por delante y procuraba hacer caso omiso de los espejismos que surgían del monótono paisaje: refrescantes oasis que me llamaban desde la línea del horizonte…, las ruinas de Bagdad que salían de un cañón…, los rascacielos de Manhattan que se atisbaban tras una cresta lejana. Acabaron desapareciendo cuando el sol fue perdiendo fuerza, pero la noche no trajo consigo mucho alivio: mi ritmo era demasiado lento, y lo sabía.

Unas horas después de que cayera la noche —como sucede en cualquier entorno árido—, el frío helador llegó y me arrebujé bien en

la ropa que llevaba, comprobé el GPS cada cuarenta minutos para asegurarme de que mi rumbo seguía siendo correcto y prescindí de beber cada hora para ahorrar agua; solo bebía algún sorbo cuando la sed se volvía insoportable. Aunque continué caminando de noche, en dos ocasiones me noté demasiado cansado para dar un paso más, encontré un lugar en la ladera de una colina para protegerme del viento y dormí unas horas. Después del segundo descanso, mi camino me llevó hasta una cresta y, con la luz de la luna, al volver la cabeza para comprobar lo que había recorrido, vi una extensión de valles y planicies. Tres luces, bastante separadas entre sí, parpadeaban como faros y su forma de danzar me dijo que eran fuegos de campamento que el viento agitaba. Muy probablemente se tratase de algunas de las partidas de búsqueda en vehículos cuatro por cuatro a las que sin duda habían enviado en mi persecución. Todo el mundo sabe que resulta muy difícil calcular distancias de noche, pero me figuré que no estaban a más de dos horas.

Ese fue un aliciente mayor, si es que necesitaba alguno, para que siguiera moviéndome, pero no eran los perseguidores o sus perros los que me preocupaban, sino los drones. Por suerte, justo antes de que amaneciera, entré en una zona de cañones abruptos y follaje más denso que me proporcionó no solo una muy necesitada sombra, sino también mejor protección, y aunque el progreso era extenuante, conseguí permanecer todo el día por delante de los hombres de los Toyotas.

Cuando cayó la noche, sin embargo, comprendí que tenía problemas. Había recorrido los cañones mucho más despacio de lo que pretendía. Con las estrellas empezando a salir, a salvo de cualquier dron y protegido del viento más cortante con el que me había topado hasta ese momento, abrí el GPS y calculé la distancia que había recorrido y la que me quedaba.

La lectura confirmó mis peores temores: una caminata que yo había calculado que me llevaría de dos a tres días, debido al implacable terreno y al debilitante calor, al final requeriría cuatro días, probablemente cinco. Busqué una alternativa —más rápida— para llegar al puente: no la había. Y tampoco podía acelerar, esa opción no era realista. El hambre me provocaba espasmos en el pecho con regularidad y, si bien con eso podía lidiar, el agua era algo muy distinto: gracias a Dios había conservado toda la que tenía, pero, a pesar de mis esfuerzos, estaba claro que antes de mediodía del día siguiente habría terminado el último de los pellejos.

Ya en mal estado, con la boca seca y la lengua hinchada, necesitado de azúcar y con palpitaciones —todos ellos síntomas de deshidratación—, sabía que al cabo de otras veinticuatro horas empezarían las alucinaciones, me sentiría cada vez más desorientado y después,

dando traspiés bajo un sol despiadado, me desplomaría y moriría de sed mucho antes de llegar al puente. No se trataba de un análisis causado por el pánico o el miedo: por desgracia no eran más que matemáticas y biología.

Miré de nuevo el mapa y, que yo supiera, solo había una alternativa: una aldea minúscula que se hallaba en las estribaciones de una maraña de despeñaderos irregulares. Estaba tan lejos de mi ruta prevista que no sabía nada de ella, pero, puesto que era la única fuente de agua hasta la que podía llegar a tiempo, eso carecía de relevancia. Calculé que, a mi reducido ritmo, la aldea se hallaba a seis horas de distancia, lo que aumentaba nada menos que en medio día el viaje al puente.

Consulté el príncipe heredero y estimé que, contando con seis horas de marcha, llegaría a la aldea una hora antes de que amaneciera, lo cual me daría tiempo para acercarme al pozo comunitario, llenar mis pellejos de agua y desaparecer de nuevo en la oscuridad. Estaba claro que no había tiempo que perder, así que salí de debajo del saliente rocoso bajo el que me había refugiado y subí por un despeñadero de pronunciada pendiente, pensando de nuevo en los perros. No en los que me perseguían, sino en los que tal vez me estuviesen esperando...

Según el segundo texto más sagrado del islam, el *hadiz*, un relato de los dichos del profeta Mahoma —la paz sea con Él—, «los ángeles no entran en una casa donde hay un perro». Por consiguiente, los musulmanes no tienen perros como mascotas, pero en el islam —por desgracia, en lo que respectaba a la situación en que me hallaba yo— no se prohíbe que se tengan fuera para guardar una casa o un pueblo. Sabía que el sentido del olfato de un perro es muy superior al de un humano, y una vez había leído que, en determinadas circunstancias, pueden percibir la presencia de una persona desde casi veinte kilómetros. No sabía si era cierto, pero, puesto que un perro guardián suponía el mayor peligro de dar la voz de alarma, no estaba dispuesto a correr el riesgo. Decidí detenerme bastante antes de llegar a la aldea, rodearla si era preciso y asegurarme de que solo me aproximaba a ella a contra viento, con el aire dándome siempre en la cara.

Eso fue exactamente lo que hice, pero al final, cuando faltaba poco para entrar en la desconocida y oscura aldea, los perros guardianes pasaron a ser el menor de mis problemas.

51

Llegué a la aldea una hora más tarde de lo previsto, justo cuando el cielo comenzaba a clarear por el este.

Por consiguiente, corría un peligro mayor aún de que me vieran

cuando, desde la protección que me brindaban unas peñas a varios cientos de metros, atisbé el grupo de construcciones del color de la tierra. Me bajé el fusil del hombro y, arrodillándome en el suelo, observé por la mira.

Situadas en la base de un pequeño despeñadero, azotadas por el polvo y los matojos rodantes que llevaba el viento, las estructuras de adobe se hallaban incrustadas parcialmente en la roca, eran una mezcla entre cuevas y casas. A cualquier otro le podría haber parecido un lugar empobrecido, pero en mis circunstancias dudaba de haber visto un sitio que resultase más tentador.

Pese a mi retraso, me alivió ver que no había movimiento en las calles y estaba seguro de que tenía el tiempo suficiente para entrar y salir sin que nadie me viese si actuaba deprisa. Agachado, desplazándome a toda velocidad entre matas de follaje atrofiado y al amparo de la semioscuridad, dejé atrás los restos de decenas de cuatro por cuatro. Los cementerios de vehículos eran algo habitual en las inmediaciones de los pueblos en toda esa parte del mundo: Toyotas —casi siempre eran Toyotas— que se introducían en el terreno y se mantenían en la carretera con ayuda de soldaduras y alambre hasta que terminaban muriendo.

Inservibles a esas alturas, habían quedado a merced del óxido a las afueras de la aldea, donde servían de depósito de piezas de repuesto para cualquier vecino que las necesitase. Así y todo, había muchos más vehículos de los que parecía justificar el tamaño de la aldea, pero no tenía tiempo para darle más vueltas al asunto: debía seguir moviéndome. Me puse a cubierto entre dos coches y me serví de la mira de nuevo: seguía sin haber señales de vida, pero algo más me llamó la atención. Por primera vez vi una estructura de acero desvencijada y herrumbrosa que descollaba sobre varias de las casas. Construidas a partir de lo que parecían andamios, unas palas de metal giraban veloces en la parte superior: era un molino de viento que extraía agua de un pozo profundo o un acuífero y abastecía a la aldea entera.

Ahora sabía adónde tenía que dirigirme y, confiando en que ninguna de las mujeres de la aldea fuese madrugadora y hubiera salido a llenar cubos para la familia, empecé a avanzar por la poca oscuridad que quedaba, llegué hasta el perímetro del lugar y bajé por una callejuela estrecha entre paredes de adobe. Detrás de una de ellas oí un postigo o una puerta que se abría con fuerza y me detuve, preguntándome si alguien se habría levantado ya y habría salido a la calle.

No apareció nadie y no oí nada más, solo el viento que aullaba por el laberinto de callejuelas. Puede que si no hubiese estado tan cansado hubiera prestado más atención al silencio. Sin embargo, di la vuelta a una esquina y vi, en el centro de una especie de plaza del pueblo, un

gran bebedero de piedra: las aspas metálicas del molino de viento giraban enérgicamente arriba y un agua clara rebosaba por los lados y formaba charcos en el suelo.

Oculto en la sombra de una casa cuyos muros estaban inclinados y los postigos cerrados, me quedé mirando el agua un instante, casi sin dar crédito, y a continuación me bajé los pellejos de los hombros y fui hacia ella, echando un vistazo a mi alrededor constantemente, preocupado de que en cualquier momento una voz me gritara en farsi que me detuviese.

No llegó ninguna voz, tan solo se oía el sonido de mis sandalias golpeando el barro a medida que me acercaba. Casi estaba allí y ahuequé una mano, a punto de meterla en el bebedero... y me quedé helado.

Reparé en el barro y la tierra costrosa pegada alrededor del bebedero. Debería haberme dado cuenta por fuerza al acercarme, pero no fui consciente hasta ese momento: no había huellas de animales en el endurecido suelo. El agua era sumamente escasa en ese entorno, pero allí no había pisadas de ratas, jabalíes o zorros que pudieran haberse acercado en la oscuridad; nada, ni siquiera de cabras y otros animales domésticos. O de gente, ya puestos.

Miré el pueblo despacio: aunque ya hacía rato que había amanecido, seguía sin haber señales de vida. Tan solo el viento y, de nuevo, una puerta o un postigo lejanos que el vendaval sacudía con violencia. No había ropa tendida ni ningún juguete de un niño ante ninguna puerta, ni humo de un fuego...

—¡Soy un viajero! —vociferé en árabe—. ¡Necesito ayuda!

Mi voz rebotó y volvió a rebotar en las paredes de adobe, pero no obtuve respuesta. Era un lugar muerto, y de pronto me di cuenta de que llevaba años muerto.

Me volví hacia el bebedero y reparé en un letrero cubierto de polvo, atornillado en la parte inferior del molino. Metí la mano en el agua y la pasé por él para limpiarlo, pero dejé de hacerlo: sabía lo que diría aunque apenas había empezado. La mano me escocía y, al mirármela, vi las ronchas y las ampollas que comenzaban a aparecer.

Los hilillos de agua que corrían por el letrero volvieron legibles las palabras en farsi y urdu, pero no supe traducirlas. Después el agua dejó al descubierto una cosa más: una gran calavera con dos tibias cruzadas, el símbolo internacional del veneno.

52

Sin agua y todavía —según mis cálculos— a tres días del punto de encuentro, ahora no había ninguna escapatoria clara. Decidido a no

sucumbir al miedo o a la negatividad, pero incapaz de resolver qué hacer, me senté en un banco de piedra en un lateral de la plaza.

Miré por una calle ancha hasta donde el sol saliente inundaba el paisaje y vi que no había señales en los marchitos matorrales de que la tierra hubiese sido amansada alguna vez para la agricultura: ni cercas rotas, ni sembrados cubiertos por la vegetación ni bebederos destrozados. Sentado en el silencio, me pregunté de qué viviría la aldea antes de que el agua se volviera imbebible. Solo se me ocurrió una cosa: el lugar se hallaba sumido en la sombra de montañas que se hallaban recorridas por sendas ocultas utilizadas por contrabandistas y traficantes de opio. El agua habría sido siempre el problema de los traficantes, pero cuanta más llevaran, menos espacio habría para el contrabando. Me figuré que la aldea con su profundo pozo habría sido un regalo del cielo: un sitio donde podían reaprovisionarse de agua antes de emprender la siguiente etapa de su peligroso viaje, una ocupación mucho más lucrativa para la aldea que la agricultura de subsistencia.

Miré las montañas, aún medio en sombras, de aspecto infranqueable. Pensé que para cualquier gobierno sería una labor imposible intentar localizar e interceptar el contrabando: habría sido una batalla tremendamente cara y perdida hasta que, comprendí, encontraron una forma mucho más sencilla de estrangular la ruta: envenenar el pozo.

Por supuesto, debió de ser devastador para las familias de la aldea: pocos minutos después de que los helicópteros dejaran caer toneladas de veneno en el pozo, ellos perdieron su hogar y su sustento. Todo cuanto quedaba como señal de su existencia era una aldea inhabitable y un cementerio de vehículos inservibles. Ahora entendía por qué había tantos: el opio que bajaba por los senderos de las montañas en caballos de carga se pasaría a un vehículo y después se llevaría a la costa. Recordé haber visto que no pocos de los vehículos estaban adaptados para ir campo a través y así evitar más patrullas del gobierno: eran camionetas de seis ruedas con depósitos modificados exprofeso para llevar más combustible y…

Lo que quiera que le estuviese pasando a mi cuerpo, tanto si se estaba colapsando como si no, de pronto carecía de importancia: en mi cabeza había lucidez. Sin apenas darme cuenta, me había levantado y ahora —corriendo, tropezando— llegué a la puerta de la casa más cercana, apliqué el hombro para abrirla y me puse a buscar.

53

Los diez recipientes herméticos que encontré —cubos de acero

abollados, botellas de plástico vacías y baldes de madera recubiertos de piel de cabra— ahora estaban entre los destrozados vehículos.

Había pasado tres horas registrando la aldea y el sol estaba alto en el cielo cuando llegué al cementerio de SUV. Por suerte, hacía mucho menos calor una vez que me deslicé bajo la sombra de un Nissan Patrol, un coche al que le faltaban los neumáticos y las puertas, pero que se ajustaba a los parámetros que me había impuesto: era uno de los vehículos más nuevos y daba la impresión de tener un radiador completamente sellado que habría reducido la posibilidad de que el fluido se evaporase.

Tumbado bocarriba, coloqué un cubo debajo del tapón del depósito, preparado para recoger toda el agua que contuviera. Lo único que tenía que hacer era desenroscar el tapón, y lo intenté dos veces, pero estaba oxidado y no cedía.

Resolví coger una manguera que estaba unida a la parte inferior del radiador y cortarla sirviéndome del cuchillo con el mango de marfil. Salió un hilillo de líquido del color del óxido, que apestaba a refrigerante o anticongelante: el radiador debía de tener alguna grieta y el líquido que contenía en su día se había fugado o se había evaporado. Salí de debajo y pasé al siguiente vehículo —uno de los seis por seis, una monstruosidad modificada a partir de un viejo Land Rover—, al que le faltaba el eje trasero, pero que contaba con depósitos de combustible de gran autonomía soldados a la parte posterior. Nada más mirar bajo el capó vi que iba equipado con un enorme sistema de refrigeración adicional.

Eché mano de varios recipientes, me metí debajo y conseguí desenroscar el tapón. A todas luces mucho más robusto y probablemente mejor construido, el radiador seguía sellado por completo: salieron litros de agua herrumbrosa, mezclada con refrigerante, pero agua al fin y al cabo. La miré y sentí un alivio enorme, noté que la tensión que había experimentado durante horas disminuía un tanto y observé mientras el líquido continuaba llenando un cubo de acero. Cuando casi estaba lleno, lo aparté para poner otro debajo. A pesar de la tremenda sed que tenía, ni siquiera se me podía pasar por la cabeza beber un sorbo, todavía no.

Casi todos los radiadores del mundo contenían mitad y mitad de agua destilada y anticongelante, una mezcla diseñada para impedir que el motor se sobrecalentase incluso en lugares calurosos como Florida. El problema era que el anticongelante —según las advertencias que se podían leer en todos los bidones— contenía etilenglicol, un potente veneno que era letal incluso en pequeñas dosis si se ingería. Habría sido una estupidez arriesgarme a beber cualquier cosa que pudiese contenerlo aunque fuese solo mínimamente. Sin embargo, para hacer frente a ese problema contaba con una ventaja:

aunque había cuestionado su valor muchas veces a lo largo de los años, tenía una licenciatura en ciencias.

Era el resultado de cuatro años que pasé en la Academia Naval de Estados Unidos de Annapolis, donde, con la gran ayuda que me proporcionó poder coger otros idiomas como asignaturas secundarias, acabé siendo el tercero de mi promoción. Después pasé por la Academia de Aspirantes a Oficial y, con un nombramiento en la mano, algún dinero en el bolsillo y un futuro mucho más prometedor que cualquier cosa que pudiese haber imaginado en Loxahatchee, me compré un descapotable viejo y bajé por la costa hacia el sureste de Estados Unidos. Hasta que conocí a Rebecca, siempre pensé que había sido el mejor verano de mi vida.

Mi destino era Charleston, en Carolina del Sur, otra bonita ciudad con una historia sombría: su conjunto de bellas mansiones de antes de la guerra y robles de los que colgaba musgo español no podía ocultar el hecho de que en su día había sido el mayor puerto de esclavos del mundo. Crucé el río Ashley y llegué a la Escuela de Ingeniería Nuclear de la Marina, el siguiente paso para cualquier joven oficial que quisiera hacer carrera en el servicio de submarinos. El estatus de esta escuela técnica era legendario: en general se consideraba la especialización más dura del ejército estadounidense, más exigente incluso que la escuela de pilotos Top Gun.

De modo que, metido debajo de un vehículo inservible bajo el sol del mediodía, supuse que si era capaz de entender la teoría y el funcionamiento del reactor nuclear de un submarino, podía construir un sistema para destilar agua. Herviría el agua contaminada en la cocina comunitaria y utilizaría tubos y mangueras de los coches para dirigir las nubes de vapor a parabrisas de cristal inclinados, donde se formarían gotas de agua. Habiendo dejado atrás el óxido y el anticongelante, las gotas de agua pura formarían hilos que bajarían por la inclinación hasta mis pellejos.

Ese era mi plan cuando salí de debajo del monstruoso vehículo, me deslicé bajo un destrozado Toyota, corté la manguera del radiador y vi como otro chorro de agua sucia se vertía en otro recipiente…

54

Mientras mi improvisado sistema de purificación desprendía vapor, descansé en una cama que construí a la sombra fuera de la cocina, de la que me levantaba solo de vez en cuando para entrar en esa habitación que parecía un horno y rellenar el caldero de hierro con cubos de agua de radiador.

Cuando el sistema empezó a funcionar, me quedé mirando mientras

las primeras gotas efectuaban el lentísimo descenso por el cristal y entraban en uno de los pellejos. Incluso cuando tuve un vaso lleno, bebí sorbos despacio, de lo contrario sobrecargaría mis deshidratados órganos y perdería las pocas sales minerales que me quedaran. A pesar del cuidado con el que procedí, vomité cuatro veces a lo largo de las horas que siguieron mientras mi cuerpo intentaba recobrar la normalidad, pero con la rehidratación vino un hambre voraz. No había nada que pudiera hacer a ese respecto, pero era evidente que había perdido muchísimo peso: los pantalones que llevaba no paraban de escurrírseme por la cadera.

Me los quité junto con el cinturón que llevaba: de cuero envejecido y con una hebilla de plata, un regalo de mi padre, según mi tapadera. Lo extendí y, con la fina punta del cuchillo con mango de marfil, hice dos agujeros más en el cuero para poder apretármelo: no podría comer, pero al menos tampoco tendría que estar subiéndome todo el rato los pantalones. Al ajustar el cinturón, no obstante, me percaté de que la hebilla se estaba soltando y probablemente la hubiese perdido muy pronto. Me senté en la cama, corté una tira estrecha de la camiseta y, mientras esperaba a que se llenasen los pellejos, utilicé el algodón para hacer un apaño.

No puedo decir que el resultado fuese muy elegante, pero sí efectivo, y aunque no fui consciente de ello hasta días después, el sencillo gesto de arreglar el cinturón y la hebilla tendría importantes consecuencias.

55

Durante los tres días que siguieron, guiándome por el AK-47, viajé sobre todo a la luz de las estrellas, pero en cuatro ocasiones, al atardecer o a primera hora de la mañana, me encontré al descubierto a la luz del día, y cada una de esas veces vi drones negros a lo lejos.

Con un zumbido de rotores y una batería de cámaras colgando debajo, eran más grandes y más punteros que todos los que yo había visto antes, y tuve claro que el Ejército estaba desplegando todo su arsenal para intentar dar conmigo. De ahí que me asaltara una enorme sensación de alivio cuando, justo antes de que amaneciese, coroné una elevación y, tras bajar una pendiente pronunciada, vi la carretera que estaba buscando. Tal y como esperaba, era un camino con profundas ondulaciones que sin duda echarían a perder cualquier suspensión, y cada una de sus curvas estaba cubierta de montículos de arena formados por el viento.

Me aparté y volví a la maleza, describiendo un giro hacia el sur, hacia el puente. Al haberme retrasado tanto, estaba seguro de que

cualquier equipo de extracción habría llegado días antes, y también estaba convencido de que no se habrían arriesgado a ir por la carretera más de una vez. Eso significaba que el equipo de la Agencia habría tenido que esconderse en algún sitio y ahora yo tenía que encontrarlo.

De nuevo entre las matas, y aún al amparo de la oscuridad, di con un lugar protegido del cortante viento y abrí la función cartográfica: buscaba algún sitio que estuviera lo bastante cerca para que el equipo de extracción pudiese vigilar la carretera, pero lo bastante oculto para evitar que su vehículo se viese desde el aire o desde tierra. Después de pasar unos minutos sopesando las posibilidades, solo di con una solución: de haber sido yo, me escondería debajo del puente.

Mientras fijaba un rumbo paralelo a la carretera y empezaba a andar entre el matorral bajo, imaginé que el equipo —de dos miembros, ese era el protocolo— escucharía el traqueteo de la madera cada vez que pasara algún vehículo por el puente mientras permanecía sumido en las sombras, pegando un respingo cada vez que oyeran algo en la maleza, a la espera de que apareciese un espía al que no conocían.

Cuarenta minutos después llegué al cauce seco del río a unos trescientos metros más allá del puente y, aunque no lo veía, empecé a moverme sigilosamente bajo la luz gris del alba hacia donde sabía que estaba. Di la vuelta a un recodo y por fin divisé la estructura: tan vieja que lo más probable era que la hubiesen construido para carros con ruedas de piedra. Medía unos veinte metros de longitud, la madera estaba muy combada y en un extremo el caballete parecía a punto de derrumbarse, pero aun así era lo bastante alto para dar cabida al vehículo que estaba debajo.

Sin embargo, la escena que se me ofreció no cuadraba: no cuadraba nada en absoluto.

56

El vehículo era un Toyota cuatro por cuatro y daba la impresión de que estaba siendo objeto de reparaciones al borde de la carretera: el capó estaba levantado, en una lona había herramientas y un gato sostenía en alto la rueda delantera con el neumático al lado, en el suelo.

Tal vez fuese una escena preparada, destinada a convencer a cualquiera que se topase con ella de que el conductor estaba reparando el coche, pero ¿dónde estaba el conductor —o cualquier otro adulto— y quién era la adolescente que estaba sentada al lado del vehículo? Sin duda no formaba parte del equipo de extracción.

Seguía agazapado en la sombra de unos árboles muertos que habían

acabado amontonados en la orilla durante alguna inundación y vi que la chica se arrimaba a un hornillo de gas. Teniendo en cuenta lo flaca que estaba, le eché unos diecisiete años, y ciertamente no estaba dispuesto a acercarme más hasta entender lo que significaba aquello. Ahora, mientras yo observaba, la chica metió las manos en un recipiente con agua y se las pasó por parte de la cabeza: estaba realizando el *wudu* con el objeto de prepararse para la oración del alba. Cuando terminó de lavarse el pelo, levantó la cabeza y dio la impresión de que me miraba...

Retrocedí más en la sombra de los arrancados árboles y solo entonces me di cuenta de que no me miraba a mí, sino a quienquiera que estuviese detrás de mí: alguien que, a juzgar por el sonido, estaba amartillando un arma.

Desplacé ligeramente el peso de mi cuerpo para poder girar y abalanzarme sobre él.

—Ni se te ocurra —ordenó el hombre con aspereza en farsi. Supuse que me había visto desplazar el peso y adivinó lo que yo pretendía hacer.

—No hablo farsi —contesté en árabe—. Soy un viajero, me han robado...

—Claro. Suelta el fusil, muy despacio —respondió, ahora en perfecto árabe.

Me bajé el arma y la dejé caer al suelo.

—Da seis pasos hacia atrás y vuélvete hacia mí —dijo.

Empecé a caminar. Quienquiera que fuese, sabía lo que hacía. Con cada paso me alejaba del fusil y, cuando me diese la vuelta, quedaría detrás, fuera de mi vista y fuera de mi alcance.

Di el último paso y me volví. Eran dos, ambos a más de cinco metros, la distancia —según los manuales— que un hombre que arremeta hacia delante puede cubrir en un segundo y medio. El tiempo suficiente para que quien lo vigile pueda levantar el arma y efectuar dos disparos aunque apunte mal; puesto que la distancia disminuirá deprisa, casi con toda seguridad una de las balas le acertará. Como he dicho, no eran aficionados.

No pensé que el hombre que tenía enfrente, que me apuntaba al corazón con un revólver Smith & Wesson modelo 500, fuese a fallar por muy deprisa que me abalanzara hacia él. De unos cuarenta y cinco años, con un pantalón vaquero viejo y una camiseta manchada, tal vez tuviese un aspecto desaliñado, pero no cabía duda de que era el jefe; un tipo fuerte, ancho de pecho, con los labios finos y la mirada fría. «Un hombre cruel», pensé.

Hizo una señal a su compañero: tendría como poco diez años menos, era flaco y asustadizo, empezaba a quedarse calvo. Empuñaba una Beretta de 9 milímetros, y no paraba de agitarla, lo cual me preocupó

más que su jefe: el tipo estaba tan tenso que podía entrar en pánico en cualquier momento y ponerse a disparar.

Reaccionando al gesto de su jefe, dio un rodeo por detrás de mí y me figuré que estaba cogiendo el AK-47. Era el procedimiento estándar —apoderarse de un arma lo antes posible—, pero entonces hizo algo inesperado. Habló en farsi con su jefe y, aunque yo no podía estar seguro, me pareció que daba una lista de números y una fecha: eran el número de serie y el año de fabricación del fusil —una información grabada en el cañón—; Langley tendría constancia de ello y quizá hubiese facilitado esos datos a alguien.

El del Smith & Wesson ya me estaba hablando.

—¿Qué significan las letras SFGG? —preguntó en árabe, con impaciencia.

Lo miré un instante: tenía que ser por fuerza el equipo de extracción y estaban intentando identificarme, pero ¿quién demonios era la chica?

—¿Qué significan? —repitió, con la voz más alta, más áspera.

—San Francisco Golden Gate —repuse en inglés.

No reaccionó, salvo por el hecho de que también él pasó al inglés.

—¿Estás casado?

Cabeceé.

—Tengo pareja, una mujer.

—¿Nombre?

—Rebecca —respondí.

Langley también sabía eso: Lucas Corrigan, el director de Recursos Humanos, un hombre con los ojos tan verdes y fríos como piedras de río, era un maniático de los datos personales de las personas allegadas.

El jefe, al parecer satisfecho, bajó el Smith & Wesson.

—¿Y te haces llamar «profesional»? —se burló—. La has cagado a base de bien, ¿no te parece? —Le indicó a su compañero que me diese el fusil.

Lo miré; sinceramente, no estaba de humor.

—Por haber llegado tarde, quieres decir, ¿no? —pregunté.

—No —replicó—. Por acercarte a un campamento sin comprobar los alrededores. ¿De verdad pensabas que estaríamos ahí sentados, esperando a que alguien nos liquidara? —Señaló mis pellejos sin esperar a que le contestase—. Lo que quiera que te retrasara no pudo ser tan malo —observó—, tienes mucha agua. O quizá tuvieras suerte y dieses con un pozo.

—Tuve suerte, sí, claro —contesté—. ¿Quién es la chica?

—¿Yo qué coño sé? —espetó mientras echaba a andar hacia el coche. Yo estaba a punto de estallar, pero él siguió hablando justo a tiempo—. La sacamos de un campo de refugiados para afganos que huyeron de su país. No hice más preguntas.

—Entonces ¿por qué está aquí? —quise saber, listo para pegarle un puñetazo si era necesario.

—Para ayudarte a salvar la vida —dijo igual de enfadado—. Puede que también la nuestra. Es una tapadera: nos escondemos tras ella. Si nos tropezamos con una patrulla, eres saudí, ¿estamos? Pero tu mujer es afgana y esta es la hija de su hermana. Viniste a buscarla y, alabado sea Alá, la encontraste en un campo en un lugar llamado Iranshahr. Ahora volvemos a Teherán para que se haga los documentos que necesita para viajar y que podáis regresar al Reino y vivir todos felices y comer perdices.

»Es lo mejor que se nos ocurrió con tan poco tiempo —continuó—. Me llamaron a las tres de la mañana hace cuatro días y me pidieron que viniera aquí a rescatar a un agente que no podría salir del país por su cuenta, un hombre que podría darnos muchos dolores de cabeza a todos. Tendrás hambre, come.

Pues sí, estaba muerto de hambre, pero no me moví.

—Y vosotros, ¿quiénes sois? —inquirí.

—¿En este escenario? —repuso—. Bahman, este de aquí —señaló al tipo nervioso—, y yo somos de aquí y hablamos árabe y farsi, así que nos contratasteis para echar una mano, pero hemos decidido no aceptar el dinero. Porque somos, en plan, *humanitarios*, ¿sabes?

Se rio, pero yo no.

—¿Sois de Blackwater, los dos?

—¿Cómo lo has sabido? —inquirió—. Me puedes llamar Javid Ghorbani: es el nombre que utilizo en este sitio de mierda.

—Y lo de la chica ¿fue idea tuya? —quise saber, mientras la señalaba—. ¿De verdad esperas que una adolescente, una refugiada como ella, sea capaz de ceñirse a esa historia si unos tipos chungos empiezan a interrogarla?

—Lo espero, sí —dijo con serenidad mientras cogía un plato de curri y *naan* que la chica estaba sirviendo del hornillo.

—¡Alá nos ayude! —exclamé, y negué con la cabeza en señal de incredulidad.

—No, he sido yo quien nos ha ayudado —precisó él enfadado de nuevo—. De hecho, estoy completamente seguro de que no dirá nada que nos meta en un lío. Verás, no sé lo que pensaréis los de la Agencia de Blackwater, pero no somos idiotas. No dirá nada que nos meta en un lío porque es sordomuda.

Lo miré un instante y después me volví para observar a la chica: ahora vi que estaba más esquelética aún de lo que había observado en un primer momento. Acuclillada, vestía de negro, ahora tenía el pelo cubierto por un *hiyab* y su rostro estaba demacrado y hundido, ya se debiese al hambre o al trauma. Por desgracia, me había equivocado en cuanto a su edad: me extrañaría que tuviese ni siquiera dieciséis años.

Se volvió y lo que vi me partió el corazón: tenía la mirada más dulce que había visto en mi vida.

—¿Sabe que si algo sale mal la matarán? —le pregunté a Ghorbani.

El mercenario se rio de nuevo, con la boca llena.

—Crees que estoy loco: si le hubiera dicho eso, no habría venido, ¿no te parece?

—Entonces ¿por qué ha venido?

—Le ofrecí un teléfono móvil nuevo. Putos críos, ¿eh? —dijo con sarcasmo, y volvió a reírse. Nunca había conocido a un hombre que se riera tanto por cosas que no tenían gracia—. Por lo visto el suyo se lo robaron —contó—. Y su única forma de comunicarse es tecleando, así que no tenía mucha elección, ¿eh? Le dije que íbamos a recoger a un contrabandista de tabaco (nada serio, lo habíamos hecho mil veces antes) y que necesitábamos a alguien para no levantar sospechas.

—¿Cómo se llama? —pregunté en voz queda, pero él se encogió de hombros: o no lo sabía o no le interesaba—. Escríbelo en tu móvil, ¿quieres? —pedí—. Pregúntale cómo se llama.

Me miró un instante, probablemente intentando dar con algún motivo para no hacerlo, pero debió de darse cuenta de que no valía la pena. Escribió en el móvil y se lo enseñó a la chica.

Ella escribió algo a su vez y Ghorbani me lo pasó. Me sorprendió que lo hiciese: en Afganistán la tradición obliga a las mujeres a no desvelar su nombre a nadie que no pertenezca a su familia más cercana. En público se las conoce únicamente como la hija, la hermana o la madre del varón de más edad de la familia. Sin embargo, el tiempo que había pasado en el campo de refugiados debía de haberla cambiado, porque, cuando le di a traducir, vi que había escrito «Laleh».

Llamé al otro tipo —Bahman, que había empezado a colocar la rueda en el vehículo—, si bien era evidente que el mensaje también iba dirigido a Ghorbani.

—Se llama Laleh, ¿de acuerdo? ¿Todo el mundo lo tiene?

—Que sí, hombre: Laleh —repitió con desdén Ghorbani.

Di media vuelta para coger la comida que la chica estaba poniendo en un plato. Sonreí para darle las gracias y jamás olvidaré la cara de sorpresa que puso: supuse que había que retroceder mucho en el tiempo —casi con toda seguridad hasta la última vez que vio a su padre— para encontrar un momento en que le hubiera sonreído un hombre. Como es natural, apartó la vista en el acto, avergonzada.

Cogí un poco de curri ayudándome del *naan* y no sabría decir si realmente estaba bueno: lo único que sé es que fue lo mejor que había comido nunca. Me dirigí a Ghorbani:

—¿Cuál es el plan? ¿Cómo voy a salir de aquí?

El plan era tan bueno que di por sentado que era cosa de Langley.

—Desde aquí iremos al norte hasta una ciudad pequeña, de alrededor de medio millón de habitantes, llamada Zahedán —explicó Ghorbani, todavía arisco, mientras seguía comiendo—. No podemos conducir deprisa, parecerá que estamos huyendo de algo: hay que dar impresión de normalidad. Por eso, y por el estado de la carretera, tardaremos unas cuatro horas. A las afueras de la ciudad hay una cantera abandonada, lo comprobamos cuando veníamos hacia aquí. Paramos, te damos un móvil y... —Retiró una pesada lona de la trasera del Toyota y dejó a la vista dos motos de *cross* prácticamente nuevas—. Coges una de estas, te deseamos buena suerte y vas a toda pastilla hacia la frontera.

—¿Hacia la frontera pakistaní? —pregunté.

—No —replicó—. Zahedán está en el triángulo, cerca de las fronteras de Afganistán y Pakistán, a unos cincuenta kilómetros de ambas.

—Pero el espacio aéreo afgano es nuestro —aduje.

—Enhorabuena, veo que empiezas a utilizar el coco. Cruzas la frontera, llamas al único número que tienes guardado en el móvil y...

—Sea quien sea, estará esperando la llamada, ¿no? —lo corté.

—Deja que termine, ¿quieres? Son las fuerzas especiales, están preparados desde hace tres días. Diez minutos después un helicóptero despegará al recibir la señal y te recogerá.

Mientras él hablaba, yo había estado examinando las motos.

—Esto va a ser un problema, y gordo —dije al cabo.

—¿Cuál? —inquirió Ghorbani a punto de perder el control.

—¿Alguna vez has cogido una moto de *cross*? Hacen un ruido de mil demonios, sobre todo con el silencio que hay por aquí —contesté—. Cualquiera que me esté buscando, la oirá desde kilómetros de distancia, y con los drones me localizarán en cuestión de minutos. No podré ser más rápido que ellos.

—¿En serio? —dijo—. Eh, Bahman, ¿cómo es que no se nos ha pasado por la cabeza lo del ruido? —Se volvió hacia mí—. Son eléctricas.

—Vale —dije.

Pero de una cosa estaba completamente seguro: el plan no era de Ghorbani. Como he dicho, tenía el sello de una ocurrencia de la Agencia: me imaginé al equipo en la sala de reuniones, en las pantallas IMAX se sucederían mapas, ciudades e imágenes de satélites, alguien intentaría planificar una ruta campo a través y después surgiría la idea de utilizar una moto de *cross* y una voz precisaría que la moto tendría que ser eléctrica por el ruido que hacía, y Halcón

afirmaría que jamás permitiría que un par de tipos de Blackwater compraran unas motos eléctricas en Teherán y dejaran una pista kilométrica para que la PAVA la siguiese. Después alguien ambicioso, que probablemente pensara más en su carrera que en mi bienestar, sugeriría adquirirlas en Estados Unidos y mandarlas en avión por la noche a Kabul, y Halcón recogería el testigo y pediría a Madeleine que se pusiera en contacto con Ahmad Shah Dostum, el más poderoso de los señores de la guerra afganos, y le dijese que necesitaban que su mejor contrabandista realizara un envío a Zahedán lo antes posible. A cambio, la Agencia lo ayudaría con algunos de esos bloques envueltos en plástico que salían constantemente de la provincia de Helmand y entraban en Irán o por el otro lado en Tayikistán, en cualquiera de los dos casos proporcionando el noventa por ciento de la heroína del mundo, y cuando Madeleine colgara e informase de que el señor de la guerra enviaba sus más cordiales saludos a Halcón y aseguraba que siempre era un placer ayudar a la Agencia, en la sala se desplegaría una actividad frenética y veinticuatro horas más tarde las motos estarían desmontadas y a lomos de caballos de carga, camino de la frontera y después de Zahedán o del sitio en el que Ghorbani se fuera a hacer cargo de ellas. Y si el tipo quería que yo creyera que lo de las motos eléctricas era idea suya y que las había sacado de la nada, pues para él la perra gorda: yo me quedaría con las motos, y él que se colgase la medalla si quería.

—¿Cuánto aguanta la batería? —inquirí sin vacilar—. ¿Qué autonomía tiene?

—Por eso hay dos —respondió el mercenario—. Necesitábamos una de ellas por si acaso, por si había algún problema. Lo que es más importante: mientras descansas un poco, aquí Henry Ford —señaló a Bahman— terminará con el Toyota y después le sacará la batería a la moto extra y se la añadirá a la tuya. Con dos baterías podrías llegar a medio camino de Kabul.

Me subí a la trasera del vehículo y empecé a familiarizarme con la moto.

—No necesito descansar: podemos irnos cuando él haya terminado.

—No, no podemos —replicó Ghorbano—. Nadie viaja por una carretera como esta tan temprano. No, queremos que todo parezca normal. Además, más tráfico, menos sospechas. Nos iremos a las diez.

Asentí.

—Tienen drones. He visto por lo menos cuatro a lo largo de estos últimos días.

—Nosotros hemos visto más —puntualizó—. Bahman lo tiene controlado. —Se volvió y dijo a gritos a su compañero—: ¡Eh, Bahman, enséñale tu juguetito!

Bahman se levantó y, tan nervioso como de costumbre, sacó un

maletín rígido del asiento trasero del Toyota y lo abrió. Dentro había lo que parecía un ordenador portátil especialmente modificado, protegido por espuma negra.

—Lo he montado yo —afirmó con orgullo—. Básicamente es un escáner, capta la señal de radio que utiliza el controlador para pilotar el dron. Siguiendo la señal y vinculándola a un sistema global de navegación por satélite, sabré cuándo se acerca uno.

—¿Qué alcance tiene? ¿Desde qué distancia puede captar una señal? —quise saber.

—Unos quince kilómetros —respondió—. A veces más.

—Vale —dije—. Buen trabajo.

Sí que lo era. Pero resultó que ver drones en una pantalla era una cosa y evitarlos en un vehículo en movimiento otra muy distinta.

58

A pesar del estado de la carretera —las ondulaciones, los montículos de arena y las frecuentes riadas—, el Toyota se movía, salvando los recodos en eslalon y derrapando en las curvas. No podía soportar a Ghorbani, pero tenía que reconocerlo: era un gran conductor.

Bahman iba sentado a su lado, con el maletín abierto. Mientras efectuaba modificaciones en el ordenador y leía el mapa —con nubes de polvo que se arremolinaban a nuestro alrededor y el sol un disco implacable en un cielo desvaído—, podría haber sido un copiloto en el rally París-Dakar.

Yo estaba comprobando la recámara del fusil y limpiando el mecanismo de disparo, y entre medias no paraba de mirar la pantalla, pendiente del mapa que se veía en ella, desesperado por asegurarme de que, con la libertad casi a la vista, el circulito negro que indicaba la presencia de un dron no aparecía. «Tres horas más», me dije.

Laleh, sentada a mi lado, acurrucada en su rincón —a todas luces incómoda por estar tan cerca de un hombre al que no conocía—, en un primer momento había mostrado cierto interés mientras yo desmontaba el arma, pero había decidido que las vistas desde la ventanilla eran más impresionantes y se había sentado medio dándome la espalda. Terminé con el fusil y estaba a punto de introducir el cepillo de limpieza en el tubo cuando Ghorbani tomó una ondulación a toda velocidad: pegamos un bote en el asiento, me agarré del asa que había sobre la puerta y, sin las alfombrillas, el cepillo sonó en el suelo cuando se me cayó.

Laleh se apartó de la ventanilla y bajó la vista a los pies para ver qué había causado el ruido. En el preciso instante en que yo lo iba a coger, nuestras miradas coincidieron. Fuimos conscientes de lo mismo

a la vez: ¿cómo podía haber oído que se caía el cepillo si era sorda? Nos mantuvimos la mirada un momento, y yo quizá le habría dicho algo o le habría intentado indicar que su secreto estaba a salvo, pero no tuve ocasión de hacerlo.

—¡Dron! —exclamó Bahman, su voz rezumando miedo sin que pudiera evitarlo.

Dejé de mirar a la chica para centrarme en la pantalla.

—¿Dónde? ¿Deambula o nos sigue? —pregunté.

—Nos sigue —repuso, y señaló el punto negro que cruzaba el mapa hacia nosotros.

—¿A cuánta distancia? —inquirí.

El mercenario se puso a hacer cálculos.

—Mierda, este chisme va a toda leche. —En la esquina de la pantalla apareció una cuenta atrás—. A diez minutos, ahora viene detrás de nosotros por la carretera.

Yo respiraba deprisa, tenía el pulso acelerado, intentaba decidir qué hacer. Nadie más se percató, pero Laleh me miraba, miraba a Bahman y de nuevo a mí, consciente de que algo malo estaba pasando. Por lo visto, su oído era mejor que bueno.

—Tú viniste por esta carretera —dije a Ghorbani—. Voy a tener que bajarme. ¿Cómo lo hago?

—De eso nada —espetó—. Tenemos una tapadera...

—Que podría funcionar con alguien con quien nos topáramos en la carretera, pero no con tíos que controlan así un dron —aduje—. No se sostendrá ni cinco minutos. Nos separarán y desmontarán la historia.

—Tiene razón —convino Bahman, la voz quebrándosele—. Nos pillarán en los detalles.

—Es a mí a quien buscan —les recordé—. Vosotros tenéis carné, papeles en regla, trabajo. Yo no tengo nada. Sin mí tenéis una buena probabilidad de...

Ghorbani miró de soslayo el portátil: el punto se acercaba, deprisa y en línea recta.

—Tenemos siete minutos —advirtió Bahman.

Laleh también lo veía y, aunque tal vez no lo entendiera todo, sabía lo suficiente.

—No sé por qué demonios me metí en esto —se quejó Ghorbani enfadado, mientras lidiaba con el volante, deslizándose, a punto de perder el control de la parte trasera pero logrando encarrilar de nuevo el pesado vehículo.

—¿Por dinero? —apunté.

Pasó por alto el comentario.

—Vale: hay un paso estrecho, lo cubren unos árboles —continuó, pisando el acelerador—. El dron tendrá que elevarse para salvarlos. A ocho *klicks*...

—Cuando me baje, iré campo a través —dije mientras cogía el agua, me aseguraba de que la mira telescópica estaba acoplada debidamente al fusil y envolvía el arma en una manta que había en el asiento. Si perdía la mira o se me estropeaba, sería el fin—. Daré un rodeo amplio —proseguí— y os veré al otro lado del control de carretera o de lo que quiera que monten. Parad a un lado, fingid otro pinchazo y esperad. —Me dirigí a Bahman, que tecleaba algo—. ¿Podemos llegar al paso antes de que nos dé alcance?

—Imposible —afirmó—. No a la velocidad a la que se mueve este chisme. Lo tendremos encima dentro de tres minutos, puede que menos. —Se corrigió—: Dos minutos.

Me pegué contra el suelo: no podía arriesgarme a que viesen que había una cuarta persona en el coche. Bahman, que no perdía de vista el cronómetro de la pantalla, empezó la cuenta atrás de segundos. Yo cogí una lona sucia de debajo del asiento delantero y me la eché encima.

—Setenta segundos —avisó Bahman.

Solo se me veía el rostro. Levanté la vista y me di cuenta de que Laleh me miraba. Asentí como pude, intentando tranquilizarla, esperando que la chica saliera de esta.

—¡¿Cuánto falta para el paso?! —grité a Ghorbani.

El vehículo tomó una curva a toda velocidad, casi derrapando, pegando un volantazo, y después se enderezó y se asentó en la suspensión.

—Seis *klicks* —informó, la boca tan seca que le costó dar forma a las palabras.

—Treinta segundos —anunció Bahman. No se equivocaba: el dron nos daría alcance mucho antes de llegar al paso.

—¡¿Dónde está?! —gritó Ghorbani—. Ha desaparecido, debería estar en el retrovisor…

—No lo sé —admitió Bahman, la voz quebrándosele de nuevo—. Debe de haber ganado altitud. Tengo que resetear…

Lo oí teclear como un loco, cambiar los parámetros de los mapas, y durante un instante se hizo el silencio… Entonces Laleh dio un grito.

Me volví para mirar: más allá de su aterrorizado rostro, al otro lado de la ventanilla, vi el dron. Debía de haber bajado en picado —como un halcón de alta tecnología— y se hallaba suspendido al otro lado del cristal, a la misma velocidad que el vehículo, sus cámaras de pequeños ojos malvados observándola y escaneando el interior del vehículo.

Estaba seguro de que no me podía ver —no a través del cristal salpicado de polvo y con tan solo mis ojos visibles bajo la lona—, pero Laleh, paralizada, lo tenía frente a ella, a medio metro, y daba la impresión de que la miraba, sus cuatro rotores zumbando y desdibujándose, su cuerpo negro hinchado y su cabeza exhibiendo un

despliegue de antenas. «Es como un insecto gigante —pensé—, una mantis religiosa negra enorme.»

Vi que Laleh empezaba a temblar, estaba a punto de llorar, y saqué la mano de debajo de la lona y le agarré el tobillo para tranquilizarla. Después el depredador desapareció, se elevó a toda velocidad.

Laleh se desplomó en el asiento, el cuerpo sacudido por sollozos.

—Ya se ha ido —anuncié.

—No se ha ido, ¡está delante! —exclamó Ghorbani—. ¡No te levantes! Va hacia atrás, está a medio metro del parabrisas, con las cámaras apuntando al interior.

—¡Tira el rastreador, escóndelo! —chillé a Bahman.

—Ya lo he hecho —repuso con voz temblorosa—. Está en el suelo.

—Cuando estemos en el paso, tíralo por la ventana —ordené—. Si lo encuentran, estás muerto.

—Un *klick* —avisó Ghorbani—. ¿Estás listo?

—Sí —contesté, aunque no lo estaba. Conseguí mover el cuerpo lo suficiente para mirar por el espacio que había junto al asiento de Ghorbani y ver el parabrisas. El paso se encontraba justo delante: la carretera, solo lo bastante ancha para que pasara un vehículo, discurría entre dos escarpados despeñaderos. Densos matorrales y árboles habían enraizado en ellos y cubrían el camino, algunos prácticamente rozaban nuestro techo. El dron no tendría más remedio que subir...

—¡Treinta segundos! —gritó Bahman—. Veinte... diez...

El vehículo se vio engullido por la penumbra: estábamos en la sombra del manto de árboles.

—El dron ha desaparecido —me informó Ghorbani: el aparato se había elevado, lo que significaba que estaríamos libres de su vigilancia durante un minuto, quizá menos.

Una ráfaga de viento entró cuando Bahman bajó la ventanilla, y vi que el portátil salía despedido por ella cuando me levanté, cogí el fusil envuelto en su manta, me eché al hombro los pellejos de agua y agarré la manilla de la puerta.

—No puedo frenar, es posible que nos estén cronometrando —dijo Ghorbani—. Me meteré en un banco de arena, puede que así salgas bien parado. Cuatro segundos... tres...

Miré a Laleh: estaba llorando, negaba con la cabeza, atemorizada al ver que me iba. Tal vez pensara que podía protegerla, sin ser consciente de que eso era imposible. Eché un vistazo al indicador de Ghorbani: ochenta kilómetros por hora. Esto no iba a salir bien...

—Dos... uno... —exclamó, y noté que la parte posterior del vehículo se ladeaba cuando nos dimos contra la arena—. ¡Ahora!

Abrí la puerta, lancé el fusil y después me tiré, intentando rodar. La formación dice que hay que bajar la cabeza, caer sobre el hombro y

rodar, pero no tuve tiempo para pensar, menos aún para rodar, antes de estrellarme…

El hombro y el cuello se llevaron la peor parte. Sentí un tirón en la espalda al extender la mano para frenar la caída y golpear el suelo con fuerza con la palma, lo que hizo que saliera por el aire dando vueltas y me golpeara en la cadera al aterrizar la segunda vez, quedándome sin aire en los pulmones antes de dar otra vuelta en el aire y precipitarme contra el suelo. Rodé hasta que finalmente me detuve.

Casi no me lo podía creer: estaba vivo. Probé a respirar y lo conseguí, cogí aire de nuevo. Me senté y miré a mi alrededor: la arena era lo que me había salvado. Sin recibir una gota de lluvia durante años, el implacable viento del norte la había ido apilando en un alto montículo del polvo más fino y suelto.

La polvareda que levantaba el Toyota todavía estaba suspendida en el aire de la mañana, oscureciendo el cielo y proporcionándome unos minutos de margen si el operador del dron decidía regresar. Me levanté como pude, bajé por la carretera medio cojeando, cogí los pellejos de agua, encontré el AK-47 intacto en la manta y comencé a trepar por el más accesible de los despeñaderos.

Era crucial que me pusiera a cubierto lo antes posible y, nada más llegar arriba, giré hacia el norte, permaneciendo paralelo a la carretera, asegurándome de que no la perdía de vista. Tenía que contactar de nuevo con el Toyota en cuanto pudiera y sabía que, cuando lo hubiese hecho, contando con lo que quedaba hasta la cantera y con el esprint en la moto de *cross*, no estaría a más de ciento cuarenta minutos de la libertad.

Ciento cuarenta minutos de buena suerte: esperaba que no fuera mucho pedir.

59

Tras media hora de dura marcha, cruzando un terreno difícil y moviéndome deprisa, me puse a cubierto debajo de unos monolitos que coronaban un risco y utilicé la mira para observar la carretera más adelante, siguiendo un largo tramo de camino polvoriento.

Vi el Toyota. Se hallaba justo en el límite de la imagen, distorsionado por las ondas de calor que subían del suelo. Estaba detenido en un control de carretera, con un montón de camionetas y cuatro por cuatro enfrente y el dron suspendido encima. A dos de las camionetas iban enganchados sendos remolques para caballos, lo cual me inquietó: significaba que había hombres a caballo peinando las quebradas o los desfiladeros a los que el dron y los vehículos no podían acceder. El cerco se estrechaba.

Aparté el ojo de la mira en dos ocasiones, pestañeé y miré de nuevo, pero seguía sin distinguir a Ghorbani, Bahman o Laleh entre los que rodeaban el vehículo. Yo contaba con que les dieran el alto, pero no sabía si los estaban interrogando o si los habían detenido. Cualquier revés ahora —después de haber llegado tan lejos— supondría un golpe tremendo, pero no saber qué estaba pasando hacía que todo fuese aún más difícil.

Era importante que me enterase de si los habían hecho prisioneros: en ese caso, tendría que intentar llegar a la frontera por mi cuenta y el viaje tendría que empezar de inmediato, antes de que el Ejército y sus drones se organizaran. Abrí el sistema cartográfico y fijé un rumbo para dirigirme hacia un risco que estaba más abajo en la carretera y me permitiría ver mejor lo que estaba sucediendo en el control.

Siempre a cubierto, bajé de los monolitos, di con un barranco escabroso que había identificado en el mapa y me llevaría hasta mi punto de observación y me dispuse a avanzar por el antiguo cauce. Veinte minutos después lo seguí cuando describía una curva, adentrándome cada vez más en el inhóspito terreno, y no tardé en percatarme de algo extraño en aquel sitio: apenas se oía nada.

Poco a poco el silencio se volvió más opresivo, el sendero empezó a estrecharse y la única señal de vida era un ave —negra y de gran envergadura, de una especie que no había visto nunca— que planeaba muy alto en el viento. Ese mismo aire comenzó a llegar al barranco, lanzaba suspiros al atravesar las cuevas y las grietas de las laderas.

Más adelante, como piedras enormes que hubiesen chocado, dos peñas prácticamente bloqueaban el camino. Di con una senda que se abría paso entre ellas, entré en un lugar casi escondido...

Y allí estaban, en un pequeño claro, esperando: treinta hombres brutales, terroristas, sin un ápice de duda, supervivientes de uno de los conflictos más mortíferos de la edad moderna, viajeros que habían cruzado medio continente en su determinación de construir un mundo nuevo.

Había recorrido más de ciento cincuenta kilómetros caminando y corriendo, había llegado al límite de mi resistencia, había viajado bajo la luz de las estrellas y había visto cosas que la mayoría de la gente no vería nunca: fuegos de campamento tras líneas enemigas, espejismos tan reales que podía tocarlos, halcones peregrinos en toda su majestuosidad, un hombre crucificado.

Ahora, cuando casi veía mi salvación, a ciento cuarenta minutos en el lado equivocado de la libertad, en una hendidura en la tierra sin nombre, había acabado frente a frente con las personas con las que confiaba en no tropezar nunca. Estaba a punto de ser prisionero del Ejército de los Puros.

Los treinta hombres, probablemente una combinación de dos de las patrullas del Ejército, estaban desplegados alrededor del claro en una formación de emboscada clásica. Cuatro iban a caballo: hombres de aspecto cruel que se hallaban cómodos en la silla, que me apuntaban con fusiles de asalto y llevaban pañuelos largos en la cabeza, gafas oscuras y cartucheras atravesadas en el pecho.

Creo que, en algún momento, todo espía de Zonas de Acceso Restringido imagina cómo será el instante en que lo capturen. Yo no era distinto, pero nunca pensé que fuera a ser así. Nadie hablaba, nadie me daba órdenes y no disparaban como locos. Lo único que se oía era el viento que suspiraba por el barranco y el crepitar de varios *walkie-talkies* encriptados; anticuados, sin duda, pero, como todo terrorista sabía, sumamente difíciles de localizar, rastrear y hackear. Los hombres que los llevaban, junto con diez o doce enemigos más, se hallaban detrás de un grupo de cuatro por cuatro, que utilizaban a modo de escudo, mientras que otro grupo se encontraba apostado entre los despeñaderos, controlando por completo el pequeño claro. Encaramado a un peñasco alto estaba el único hombre que no me apuntaba con un arma. Llevaba unos prismáticos colgados del cuello y me di cuenta de que debía de haber estado observándome durante veinte minutos o más. No era de extrañar que me estuviesen esperando.

En vista de tan adversas circunstancias, me aseguré de que me quedaba completamente quieto, alejando las manos todo lo posible del fusil. Era evidente de que mi vida se había acabado, pero no quería suicidarme por un descuido o un malentendido.

Siempre había pensado que no había nada como el miedo que sentía un espía que se hallaba tras las líneas enemigas: cruzar subrepticiamente una frontera con una luna mortecina o correr por un bosque sembrado de sensores de movimiento, estar de pie en un andén armado tan solo con un abrigo fino y papeles falsos, a la espera de subir a un tren a medianoche que te llevaría a Moscú o a algún otro lugar dejado de la mano de Dios, aovillarte en un asiento con un frío helador, escuchando el rodar de las ruedas de acero, con los nervios destrozados poco a poco al ver a la policía que avanzaba por el vagón e iba mirando las caras, contando con que de un momento a otro un hombre ladraría una orden, te apuntaría con el arma y extendería la mano para pedir el billete y el pasaporte interno, llegar a estaciones de trenes desoladas y escudriñar a esa multitud de distinta nacionalidad de la tuya mientras intentabas identificar entre ellos a los polis de paisano, estar exhausto pero no poder dormir, funcionar a base de adrenalina y de un café lo bastante espeso para pavimentar

una carretera que vendían ancianas que olían a tierra y hablaban con afecto de Stalin o de algún otro asesino, observar en silencio a jóvenes reclutas que iban a la guerra atiborrados de vodka casero y en busca de pelea, y todo ello mientras te adentrabas cada vez más en la oscuridad y sin olvidar nunca que donde terminaba la ciudad, justo donde acababan las farolas, siempre había una zanja con tu nombre escrito en ella.

Yo había conocido todo esto y más, pero justo antes del mediodía de un miércoles de julio, en pleno verano en Irán, aprendí que existía un miedo mucho peor que ese: el de ser consciente de que no había escapatoria y de que la esperanza se había truncado unos metros más atrás. Con todo y con eso, a veces hay que jugar hasta el final incluso con una mala mano, de manera que hablé en árabe, lo bastante alto para que me oyeran todos.

—Soy un viajero —afirmé—. Saudí, y necesito ayuda. Me han robado...

Algunos hombres se rieron. Uno de los Cuatro Jinetes, el que estaba más cerca de mí, volvió la cabeza y le dijo algo a alguien que estaba detrás, hablando en lo que me pareció azerí —uno de un puñado de idiomas muy similares al turco—, y aunque no era un experto, mi turco era lo bastante bueno para estar casi seguro de que utilizó la palabra *coronel*.

La mayoría de los soldados, incluidos lo que estaban en las laderas y el observador de los prismáticos, se volvió para mirar: el jinete que se hallaba al fondo, medio oculto entre las sombras que proyectaba el despeñadero, un hombre al que yo apenas había visto, avanzó. Yo estaba preocupado, buscaba la ocasión de sacar partido de un error momentáneo de los soldados, pero aun así noté que una oleada de respeto arrollaba al contingente: tal vez vistiesen como guerrilleros o combatientes irregulares, pero era como si estuviesen en un desfile, poniéndose firmes. Supuse que quien venía era la Muerte.

Tenía unos cuarenta años y era alto, rozaría el metro noventa, delgado y con mucho músculo, y no cabía la menor duda de que tenía lo que al ejército estadounidense le gusta llamar «presencia de mando». Arrogante e imponente en la silla, con una nariz con personalidad y una barba negra recortada. En ese sentido no se diferenciaba mucho de las decenas de miles de otros combatientes de primera línea que habían decidido librar la guerra en el caldero. Sin embargo, había algo más: me invadió una profunda sensación de que sus rasgos eran en parte eslavos, y me figuré que tenía algún vínculo con alguna de las naciones balcánicas en las que, hacía siglos, el islam había arraigado en los pueblos remotos y las montañas agrestes. Allí los hombres crecían en un entorno duro de verdad y daban al mundo guerreros muy temidos.

Llevaba una camiseta, unos vaqueros desteñidos, botas militares y un pañuelo de algodón enrollado a modo de turbante en la cabeza que le caía por detrás, y tenía un tatuaje en uno de los nervudos antebrazos. Eran caracteres cirílicos y probablemente no le dijesen nada a la mayoría de la gente, pero varios de los idiomas que yo había estudiado utilizaban el mismo alfabeto, y vi que era un listado de fechas y lugares. Me quedé perplejo un instante, pero luego caí: eran batallas en las que había combatido.

Quienquiera que fuese, ese hombre había visto mucha guerra.

61

Mientras lo escudriñaba se detuvo a escasos metros de mí —empuñaba relajadamente una Glock 34 de cañón largo— y me miró desde la silla. Con el AK-47 aún colgado del hombro y los pellejos de agua en una mano, aguanté en medio del opresivo silencio, sosteniéndole la mirada como mejor pude y pensando en Ghorbani y Bahman.

Dudaba que les hubiese ido mejor que a mí, pero confiaba en que los soldados que se arremolinaban alrededor de su coche le hubiesen perdonado la vida a Laleh. La chica era inocente, y si Ghorbani no le hubiese mentido, ella seguiría en un campo de refugiados a ciento cincuenta kilómetros. Ahora ya no podíamos hacer nada, pero nosotros tres éramos agentes secretos y sabíamos los riesgos que estábamos corriendo.

—¿Te han robado en la carretera? —preguntó el hombre de la silla en voz queda y bastante buen inglés, su tono rebosante de falsa preocupación—. Siento oír que has sido víctima de bandidos, deberías haber tenido más cuidado. Es un mundo extraño y aquí las cosas se pueden poner muy feas, como seguro te habrás dado cuenta a estas alturas.

Hice como que no entendía el idioma: ahora ya nada podía salvarme salvo mi tapadera.

—Soy de Tabuk, en el norte de Arabia Saudí —afirmé en árabe.

—Tabuk, ¿eh? Bonitas puestas de sol, tengo entendido —dijo sonriendo, aún en inglés—. Nunca he estado allí, pero algunos compañeros a los que he conocido (saudíes como tú) me han hablado de ellas. Es una pena que esos hombres no estén aquí hoy, podrías haber compartido historias de tu ciudad con ellos. Eso siempre es un placer para extranjeros como nosotros, ¿no?

Me encogí de hombros, dando a entender que el inglés me superaba. El jinete no dejaba de mirarme a la cara y en sus ojos oscuros vi algo que se me había escapado antes: una ira sorda y un odio dirigidos a mí. Daba la impresión de que era... de que era algo profundamente

personal… Yo no conocía a ese hombre, no lo había visto en mi vida, así que desconocía el motivo. ¿Porque sabía que era americano?, me planteé.

—Tabuk es muy especial… —dije en árabe, no tenía más remedio que seguir con la farsa.

—En efecto —convino él—. Allí es donde el Profeta (la paz sea con Él) bebió en su día de un manantial. Me alegra descubrir que la CIA consulta la Wikipedia.

—No hablo inglés —afirmé en árabe—. He venido a buscar a mi hermano…

—¿Ah, sí? Yo también he perdido a un hermano —continuó en inglés—. Por desgracia al mío no lo podré encontrar. Lo mataron, de unos disparos. Puede que dentro de un minuto, en cuanto hayamos aclarado algunas cosas, podamos ayudarte a buscar al tuyo.

Estaba jugando conmigo, pero tenía que seguirle la corriente, confiando en dar con una oportunidad, una mínima oportunidad, que pudiese aprovechar: «Un minuto más para mí, uno menos para mis enemigos», me dije. Extendí las manos como si no entendiese lo que decía, pero él no hizo el menor caso…

—Incluso para la zona fronteriza está siendo un día poco común —dijo—. En el cauce de un arroyo seco dos patrullas de avanzada encuentran a un ciudadano saudí al que han robado y que está buscando a su hermano. Treinta minutos antes nos topamos con dos hombres y una mujer en la carretera que intentan colarnos un cuento chino de su viaje. La mujer es muy joven. —Se encogió de hombros—. Por casualidad no sabrás nada de ella, ¿no?

No dije nada, pero mi miedo aumentó más aún al oír mencionar a Laleh.

—¿No? ¿No la conoces? —me preguntó.

Puesto que se suponía que yo no hablaba inglés, me limité a seguir mirándolo.

—Hace como si fuera muda —continuó—, pero sospecho que si alguien la hiciera gritar lo bastante, tal vez recuperase el habla. Un milagro, se podría decir. ¿Tú qué opinas? ¿Vale la pena que intentemos hacerla gritar?

Nuestros ojos se encontraron y, todavía con la pistola en la mano relajadamente, el hombre se bajó de la silla y caminó hacia delante. Se detuvo a unos metros frente a mí, y me habría gustado erguirme cuan largo era para hacerle frente, pero no pude: no tenía la fuerza necesaria para hacerlo.

—Si encontramos a los bandidos que te robaron, quizá la podamos cambiar por tus pertenencias —sugirió—. Es una idea: estoy seguro de que ellos, o algunos de los bandoleros que andan por la zona, podrían darle un buen uso a una mujer joven, aunque esté flaca.

No era una amenaza huera: en Siria, el ISIS había vendido a miles de mujeres como esclavas sexuales. El silencio entre el terrorista y yo se hizo más profundo aún, ni los soldados ni los cuatro caballos hacían ningún ruido, y vi el pájaro negro de nuevo, el de la gran envergadura; describía círculos sobre nosotros.

—¿Te parece buena idea, saudí? —preguntó con aire más amenazador, más insistente—. ¿La hacemos gritar o la vendemos a los bandidos? ¿Qué prefieres?

No contesté, seguí observando al ave en el despejado cielo. «Ahí arriba no hay religión ni nada que odiar o por lo que morir», pensé.

—Podríamos hacer las dos cosas —aseveró al cabo—. ¿Es lo que estás diciendo, que la hagamos gritar y la vendamos, que hagamos ambas cosas? Sí, estoy de acuerdo.

Así que hasta aquí habíamos llegado, me dije mientras seguía observando al pájaro. La misión ya no importaba; puesta en marcha con tantas expectativas y producto de tanta planificación, yo sabía que había muerto en la cruz junto con el correo. En cuanto a Ghorbani, Bahman y yo, no teníamos escapatoria. Nuestra situación pronto llegaría a su inevitable y mortal conclusión, pero era consciente de que con toda probabilidad esos pocos minutos fuesen la única oportunidad que tendría para defender a Laleh. «Salva lo que puedas», pensé.

—Deja que se vaya —pedí en voz baja en inglés, admitiendo tácitamente la verdad que él ya sabía.

—Vaya, conque hablas inglés —comentó fingiendo sorpresa—. ¿Qué hay de las puestas de sol, del manantial? ¿Es posible que ni siquiera seas de Tabuk?

Pasé por alto las preguntas.

—A la chica la engañaron, la llevaron para que proporcionase una tapadera. Se merece...

—¡No se merece nada! —exclamó él escupiendo las palabras, abandonando la máscara de cortesía—. ¿Qué fue lo que dijisteis en otra guerra: «matadlos a todos, y que Dios se las componga»?

—Vietnam fue hace mucho tiempo —repuse.

—Las cosas no cambian. He visto lo que vosotros y vuestros aliados hacéis en Irak, Siria, el Líbano, Gaza, Irán. —Su voz golpeó cada nombre con la fuerza de un martillazo—. He visto bombardear indiscriminadamente colegios y hospitales. No, la mujer era bastante mayor, sabía lo que estaba haciendo. Nadie colabora con el enemigo. *Nadie*.

—Le ofrecieron un teléfono móvil —aduje—. ¿Te imaginas perder la vida por eso? Lo dice el noble Corán: «Tratad bien a vuestras mujeres y sed amables con ellas».

Se me quedó mirando, creo que sorprendido.

—Y en tu cultura se dice que hasta el diablo puede citar las Escrituras si le conviene —replicó.

—La chica no tenía a nadie, nada en absoluto —alegué—. Es una refugiada, la encontraron hace tres días en un campo.

Él pasó por alto la súplica y dio un paso hacia mí. Traté de buscar algo, lo que fuese, que me permitiese conectar con él.

—Es joven, cometió un error —insistí—. Solo te estoy pidiendo que le perdones la...

Ahora muy cerca de mí, dijo:

—Aquí no tienes nada con lo que puedas negociar. No pedirás nada y no te daré nada, ¿entendido? —De nuevo vi la tremenda ira dirigida hacia mí.

Seguí hablando, intentando defender un caso perdido, pero él me ignoró y empezó a caminar a mi alrededor. Dos pasos, tres y se colocó detrás de mí. No me volví, pero lo sentía a mi espalda. Noté que se acercaba más y me pregunté: ¿sería así como acababa todo? Un disparo con la pistola de cañón largo o un tajo mortal en la nuca.

Me puse recto e imaginé que el terrorista subía el arma y me apuntaba justo detrás de la oreja. Sentí que su mano me rozaba el cuello... e instantes después me quitó el fusil del hombro. Por fin había decidido desarmarme.

Oí que el arma caía ruidosamente al suelo, noté que el hombre se apartaba y tuve que hacer un esfuerzo para no caer de rodillas. Aflojé los dientes y exhalé. Cuando quise recuperar cierta compostura él ya estaba de nuevo frente a mí...

—Hay un pueblo lejos, cerca de la frontera —dijo con voz más serena, al parecer más tranquilo ahora.

Lo miré fijamente, exhausto, con el corazón acelerado y ahora devanándome los sesos. ¿Por qué me contaba esto de pronto? ¿Y quién era este jinete con tanta presencia de mando? Me fijé de nuevo en el tatuaje del antebrazo: más de una decena de países utilizaban el alfabeto cirílico, incluidos Rusia, Chechenia y Uzbekistán, así que no me decía nada...

Sin embargo, no tuve tiempo de darle más vueltas, tenía que prestar atención.

—El pueblo está en medio de la naturaleza, se asienta a orillas del río Lena. ¿Conoces el poderoso Lena?

Negué con la cabeza.

—No, claro —añadió—. Ningún occidental lo conocería. Pensáis que la civilización termina en Budapest. El Lena mide más de cuatro mil kilómetros de longitud, es uno de los diez ríos más largos del mundo —prosiguió—. Es turbulento, una fuerza de la naturaleza que no tiene fin: es fuente de comida, agua, transporte y belleza. Y también de muerte. Cada año cientos de personas se ahogan durante el deshielo

en primavera. Para ti es Siberia: la última gran frontera en un mundo que se ha ido al infierno.

—¿Siberia? —repetí, ahora escuchando con gran atención—. ¿La frontera?

—Sí —afirmó.

—No entiendo… —admití, con ganas de que dijera más.

—¿Por qué te estoy hablando de Siberia? Lo entenderás dentro de un momento —aseguró—. Yo no nací allí: a mi hermano y a mí nos crio mi padre. Era de la antigua Unión Soviética y nos llevó allí porque encontró trabajo en una de las minas de diamantes más sucias y peligrosas del mundo…

Recordé a un hombre sentado en un vehículo blindado en el caldero, contando la historia de su vida a un grupo de combatientes importantes: un hombre que hablaba de la frontera, de un río poderoso y de inviernos terribles, alguien cuyo padre trabajaba en una mina y había criado a sus dos hijos él solo. Entonces supe —lo supe con absoluta certeza— cuál era la identidad del hombre al que tenía enfrente. Estaba cara a cara con Abu Muslim al-Tundra, el líder de Al-Qaeda en Irak, uno de los fundadores del ISIS y el comandante del Ejército de los Puros.

Lo imaginé deslizándose de pequeño por el bosque, aprendiendo a seguir rastros, cazar y sobrevivir. Vi a su hermano pequeño, a su padre y a él en la orilla de un río, llenos de esperanza, buscando mamuts. Y, sobre todo, recordé la manada de lobos.

—Pasé doce años en Pokrovsk —estaba contando, devolviéndome al presente—. Ese era el nombre de la ciudad y, por la gracia de Alá, hizo de mí el hombre que soy hoy.

»Era un lugar remoto en tierra salvaje —continuó—. Nueve mil personas se hallaban atrapadas entre el río y un bosque de alerces que se extendía hasta los confines del mundo, y las viejas casas de madera estaban construidas sobre pilotes para elevarse por encima del permafrost. Cada mañana una densa niebla llegaba del Ártico.

Seguía mirándolo a la cara. Por fin un agente secreto de Occidente podía identificarlo —era muy posible que fuese el terrorista más peligroso del mundo— y yo solo podía pensar en que era una tragedia que no fuese a servir de nada. Con esta preocupación en la cabeza, no vi en qué momento Al-Tundra dejó de empuñar la Glock relajadamente. Más tarde fui consciente de que debió de inclinarla hacia arriba y empezar a apuntarme.

—La palabra *miserable* no hacía justicia al sitio, pero fue allí donde aprendí inglés por mi cuenta —continuó—. Había un anciano, un ruso que había estudiado en Inglaterra: como la mayoría en Pokrovsk, estaba huyendo de algo.

»Tenía una biblioteca: poesía sobre todo, pero también ficción. *Las*

uvas de la ira, *El gran Gatsby*, Salinger, Hemingway. Durante esos diez años mis únicos compañeros fueron esos libros y mi hermano pequeño. Mi hermano era la persona más divertida que he conocido en mi vida, la única persona que hacía que conservase la cordura. Mi padre y él eran las dos únicas personas a las que he querido… —Se interrumpió y me sostuvo la mirada—. Antes me has preguntado por qué hablaba de Siberia —recapituló—. Bien, te lo voy a decir: era mi hermano el que dormía bajo el toldo en el cruce. Fue a él a quien disparaste siete veces y mataste.

Apretó el gatillo de la Glock.

62

Desde apenas metro y medio de distancia, la bala me atravesó el pie izquierdo, hizo que la sangre salpicara la seca tierra y que un dolor lacerante me subiera hasta la entrepierna.

Me tambaleé, sentí que los pellejos de agua se soltaban de mi mano, caí sobre una rodilla primero y después me desplomé en el reseco suelo mientras las náuseas amenazaban con arrollarme. Me vi obligado a morderme con fuerza el labio, notar el sabor a sangre en la boca y hacer lo imposible para no desmayarme: por fin entendí por qué los torturadores experimentados casi siempre utilizaban martillos para aplastarle los huesos de los pies a un prisionero.

—Debías de ser alguien importante en Langley para que te dieran una misión como esta. ¿Valió la pena? —inquirió Al-Tundra mientras veía que me costaba respirar y que intentaba quitarme la sandalia y el calcetín con manos temblorosas.

Hice caso omiso de él, casi ni me di cuenta de que iba detrás de mí para recuperar el AK-47. Conseguí quitarme la sandalia y el calcetín y vi el feo agujero en carne viva, del que manaba sangre y en el que se veían fragmentos de hueso. Palpé tímidamente la planta y confirmé lo que me temía: el orificio de salida era mucho mayor que el de entrada, y entonces supe que apoyarme en ese pie, y sobre todo caminar, me sería casi imposible.

Tratando de desoír las crecientes oleadas de dolor, me maldije: no podría haber impedido que me disparase, pero sabía que allí donde combatía el ISIS no había bridas ni esposas. En consecuencia, habían improvisado y desarrollado la extendida práctica de dispararles a los prisioneros en un pie, seguros de que ningún fugitivo llegaba muy lejos saltando a la pata coja. Tendría que haber previsto lo que haría Al-Tundra, ya que de ese modo al menos quizá pudiera haberme mentalizado.

En vez de eso, ahora estaba sentado en el suelo, procurando —en

medio de una nebulosa difusa de dolor— pensar en los pasos que debía dar para tratarme. Para mí la oscuridad empezaba a caer del cielo de mediodía y debía recuperar la conciencia, obligarme a controlarme; tenía que hacer lo que fuese para dar con la manera de limpiar, comprimir y vendar la herida.

Cuando busqué mis pellejos de agua, vi que Al-Tundra ya había vuelto con su caballo y estaba afianzando mi AK-47 a la silla. Empecé a arrastrarme hacia los pellejos cuando la voz de un hombre —en árabe, ruidosa e inquietantemente melódica— llamó desde uno de los cuatro por cuatro. Volví la cabeza: era una grabación que estaba reproduciendo el equipo de sonido del vehículo de un muecín que recitaba el *adhan,* la llamada musulmana a la oración: el rezo de mediodía estaba a punto de dar comienzo.

Al-Tundra, apresurándose para realizar el *wudu,* sacó de la alforja un rollo desigual de algodón blanco y me lo lanzó.

—Hazte un torniquete en la pierna y venda la herida —ordenó—. Seguro que sabes hacerlo.

Se volvió y fue hacia los vehículos, dejándome para que llegara hasta el vendaje medio gateando, medio arrastrándome por el suelo. Por mucho que agradeciese esa tira de algodón blanco, sabía que el gesto no tenía nada que ver con la misericordia...

Era una mala noticia: quería mantenerme con vida, lo que significaba que a continuación vendría la tortura. No sabía cuáles eran sus intenciones, pero no pude evitar pensar —otra vez— en las trampas para osos y los lobos.

63

El *adhan*, que no ha cambiado desde hace mil cuatrocientos años, dura unos cinco minutos y estaba tocando a su fin para cuando, con las manos aún temblorosas del dolor, conseguí rasgar una tira de tela, atármela a la pierna por encima del tobillo y coger un palo que encontré cerca.

El palo era una parte crucial del protocolo de intervención de campaña: siguiendo lo que me habían enseñado años antes, lo utilicé de palanca para apretar el torniquete hasta lograr comprimir la arteria y detener la hemorragia. Después eché mano de uno de los pellejos y lavé la herida lo mejor que pude antes de usar el resto de la tela para taponarla y vendarla. Dado lo que calculaba que iba a vivir, no sabría explicar por qué me tomé tantas molestias. Como se suele decir, la esperanza es lo último que se pierde.

Tras haber hecho todo lo que podía para tratar la herida, me quedé sentado bajo el abrasador calor, observando a mis captores. Los treinta

se habían reunido en los cuatro por cuatro y estaban utilizando recipientes de agua que había en el portón trasero para realizar el *wudu*. Los hombres habían bajado de los despeñaderos, lo cual habría proporcionado una buena oportunidad para escapar… a cualquiera que pudiese andar. Al-Tundra lo había previsto.

Mientras observaba, lo vi —de perfil— quitarse el pañuelo y la sudada camiseta: tenía la cabeza rapada, el torso más definido incluso de lo que parecía y una herida de bala de hacía tiempo mal cosida que se extendía desde la axila hasta la quinta costilla. A su alrededor otros combatientes curtidos colocaban sus alfombras de oración.

Iba a volverme cuando, sin ser consciente de que yo estaba mirando, el Coronel fue a coger una pequeña toalla y, al hacerlo, acabó dándome la espalda por completo. Me detuve: veía perfectamente el tatuaje que le cubría la espalda. En vivo era mucho más impresionante que incluso la versión ampliada que había generado la NSA. Mientras su dueño se secaba, estirándose y moviéndose, los ojos verdes parecían vivos —danzando— y las alas no paraban de ondularse y doblarse. Era como si fuese a volar de un momento a otro.

Al recorrerlo con la mirada, vi —debajo, en cirílico— lo que parecía el nombre de un regimiento del ejército, pero debido al ángulo no lo pude leer. A su lado, sin embargo, había tres estrellas doradas y dos franjas rojas. Lo que significaba que, cuando era más joven, había sido coronel en una unidad del ejército ruso.

Se volvió y vio que le observaba la espalda.

—¿Sabes lo que es? —me preguntó al tiempo que se pasaba una mano por detrás de la cabeza y le daba unos golpecitos en la cabeza al insecto.

—Una alimaña —dije, infundiendo a mi voz (por suerte) mucha más fuerza de la que yo sentía.

Él se rio.

—No es eso lo que dicen los agricultores. Ellos saben que cuando ven la primera, se acerca una plaga. Incluso tu Biblia la predijo.

—¿Una plaga de langostas? Lo predijo, sí —corroboré—. Pero ¿sabes cómo acaba la historia? Con la ayuda de Dios, la plaga termina y los agricultores siguen con su vida.

Al-Tundra continuó riéndose, le restó importancia a lo que yo acababa de decir y se dio la vuelta para seguir con el *wudu*.

—Pero dime una cosa, Abu Muslim al-Tundra —añadí.

Eso hizo que se parara y se volviera, sorprendido de que yo supiese quién era.

—¿Cuánto os dieron a tu hermano y a ti por los diez colmillos?

Probablemente fuese una estupidez hacer lo que hice, pero me dio el momentáneo placer de ver que me miraba con cara de absoluta estupefacción y se quedaba sin palabras.

Segunda parte

1

En cuanto el Coronel y sus hombres terminaron de hacer el *wudu* y se arrodillaron para rezar la oración de mediodía bajo el cegador sol, repté por el cauce seco, arrastrando el pie herido, y al cabo llegué a la sombra de un árbol que estaba medio muerto.

Con una nube de moscas negras revoloteando alrededor de mi cara, me eché por la cabeza el agua de uno de los pellejos para aliviar el sofocante calor e intenté desarrollar un plan. Una heroicidad, apoderarme de un arma, un tiroteo frenético... aunque consiguiese hacer alguna de esas cosas, ¿para qué? ¿Para lograr retroceder hasta las dos peñas que parecían haber entrechocado y escapar a la pata coja? Lisiado como estaba, mi única oportunidad residía en hacerme con un vehículo.

Miré los Toyotas cuatro por cuatro que estaban desperdigados por el pequeño claro: de los diez que había, cinco tenían suspensión elevada y neumáticos especiales para conducir fuera de pista y estaban equipados con depósitos de combustible adicionales atornillados a la trasera: un equipo más que suficientemente bueno para intentar llegar campo a través a las fronteras afgana o pakistaní. Sin el AK-47 me quedaría sin dispositivo cartográfico, pero estaba seguro de que —dado el terreno inexplorado por el que se movían los vehículos— irían provistos de punteros sistemas de navegación.

No sabía cómo me iba a apoderar de uno de los vehículos, pero en el mundo del espionaje hay un dicho que reza: «La suerte favorece a la mente preparada», y yo sabía que me sería imposible poner en marcha cualquier plan si mi pie herido me daba fiebre. La carne alrededor del tobillo ya estaba caliente al tacto y la infección empezaba a subirme por el gemelo. Sin un tratamiento de antibióticos potentes, solo había una solución...

Me retiré el vendaje y, acompañado por los ruidosos rezos de los hombres, aflojé el torniquete. La sangre se había coagulado alrededor de la herida, pero ahora, al reducirse la presión en la arteria, comenzó a salir de nuevo.

Quité el resto de la venda, extendí el pie y el fuerte olor a sangre atrajo a las moscas. En pocos segundos no solo la herida, sino el pie entero, era una masa negra de insectos que hormigueaba y se movía. Me tumbé e intenté no pensar demasiado en ello. Las moscas pondrían

sus huevos en la herida y, en poco tiempo, los huevos eclosionarían y nacerían las larvas: gusanos, dicho de otra manera. Para sobrevivir, los gusanos blancos comerían la carne dañada y, por una peculiaridad de la naturaleza, las enzimas que produciría su digestión desinfectarían la herida. Miré hacia otro lado, procurando no hacer caso del cosquilleo que sentía en el pie y no pensar en que unos gusanos se me meterían en el cuerpo. Cuando oí que la oración finalizaba, espanté las moscas y me puse a vendarme la herida de nuevo.

Acababa de terminar cuando vi frente a mí a los tres jinetes, los lugartenientes de Al-Tundra. Eran mayores que sus compañeros, su piel tenía la textura y el color del cuero curtido, y estaba claro que eran veteranos de Dios sabía cuántas guerras.

Me obligaron a ir saltando y cojeando hasta el más robusto de los cuatro por cuatro: la camioneta equipada con los depósitos adicionales de mayor tamaño que yo ya había identificado como el mejor vehículo del que intentar apoderarme.

Momentos después de llegar hasta la parte posterior, sin embargo, supe que Al-Tundra y los suyos habían venido bien preparados. El jefe de mi escolta retiró una lona de la caja y dejó al descubierto una gran jaula de malla de acero de gran grosor.

El líder de la escolta descorrió dos grandes cerrojos, abrió la puerta de la jaula y me ordenó en árabe que me metiera dentro. Puesto que no tenía otra alternativa, agaché la cabeza, me metí en la celda móvil y me senté, agradecido al menos de aliviar el peso del pie. El hombre lanzó el cigarrillo con dos dedos, corrió los cerrojos y los afianzó con un candado.

—Mano —ordenó mientras me indicaba que sacara la mano derecha por la malla. Uno de los otros le dio unos grilletes y él me esposó a la estructura de acero, de forma que estaba no solo encerrado en una jaula, sino también prácticamente inmovilizado.

La idea de apoderarme de un vehículo, por infundada que pudiera haber sido, se truncó, y con ella al parecer murió cualquier esperanza de escapar.

2

En muchos sentidos, la enorme cueva era más espectacular que cualquier catedral. La luz del fuego bailoteaba por unas paredes que se alzaban treinta metros desde el suelo de tierra hasta un techo abovedado, sombras oscuras danzaban por antiguas formaciones rocosas y de algún lugar en el corazón de la montaña me llegó el sonido de algo más valioso que cualquier otra cosa en ese territorio

brutal: agua.

La estrecha boca de la caverna, desde la que se disfrutaba de una impresionante vista de desfiladeros escarpados y de una cordillera sin caminos, apenas era lo bastante ancha para que pasaran los vehículos y nada parecía indicar el vasto espacio que se abriera al otro lado.

Mientras miraba desde la jaula, tuve la certeza de que en algún lugar de las profundidades donde no llegaba la luz que arrojaban las dos lumbres que había encendidas, más allá del curso de agua, por pasadizos angostos, dejando atrás colonias de murciélagos, nidos de escorpiones y huesos de animales, había hogares de piedra que databan del amanecer de los tiempos. Las pinturas rupestres más antiguas del mundo se crearon hace cincuenta mil años, y si alguien me hubiese dicho que en algún lugar de las honduras de esa caverna que no aparecía en ningún mapa había obras de arte de una antigüedad similar, no me habría sorprendido.

Los diez vehículos —conmigo a buen recaudo en el que iba detrás— habían tardado en llegar al sitio más de dos horas de dura conducción, en su mayor parte campo a través. Antes de que el convoy se pusiera en marcha, un hombre había cubierto mi jaula con la lona, de manera que, o eso supuse yo, no estuviese a la vista de algún satélite que pudiera pasar por el lugar, asegurándose de que aunque Langley tuviese la suerte de localizar el convoy, no habría ninguna forma de saber lo que había sucedido. Prisionero en la oscuridad y pugnando por respirar con el calor que hacía, zarandeado de lado a lado por el terreno, con la muñeca esposada casi rota cada vez que cruzábamos un barranco, golpeándome la cabeza constantemente contra la malla de acero y sintiendo un tremendo dolor en el pie infestado de gusanos, hubo veces en las que pensé que ese duro trayecto a gran velocidad podía ser mi fin.

Sin embargo, el accidentado paisaje otorgó un beneficio involuntario: ni siquiera la lona pudo aguantarlo. Al cabo de una hora de viaje, cuando la camioneta bajaba por una pronunciada quebrada y con la suspensión resistiendo a duras penas, dos de los cierres que afianzaban la lona se partieron, el aullador viento del desierto se metió por debajo de la pesada tela, la liberó del resto de los anclajes e hizo que saliera volando sobre arbustos del desierto durante kilómetros. Por ese golpe de suerte, no solo la temperatura en la jaula bajó de inmediato, sino que además, cuando la camioneta subía hacia una cresta elevada, me daba la oportunidad de observar la amplia extensión de terreno yermo que acabábamos de cruzar: no vi vehículos ni reveladoras nubes de polvo que indicasen que otro convoy nos estuviese siguiendo.

Me había pillado desprevenido: unos minutos después de que me encerrasen en la jaula y momentos antes de que me echaran la lona

encima, vi que Al-Tundra y los demás jinetes montaban, daban media vuelta y se dirigían hacia el sur. Estaba seguro de que iban al control de carretera donde habían capturado a Laleh y a los dos agentes de Blackwater y contaba con que el convoy que los transportase vendría detrás de nosotros. No había sido así, y el retraso me hizo pensar en Laleh. Era una mujer joven, y tal vez los endurecidos combatientes que la retenían hubieran decidido tratarla como botín de guerra, sobre todo teniendo en cuenta que su líder ya la había condenado a morir.

Con ese pensamiento aún en la cabeza, miré hacia la penumbra, más allá de las dos lumbres: su luz me permitió ver que la cueva servía de base de operaciones avanzada, oculta a los satélites espía e ideal para lanzar las numerosas patrullas que habían enviado para dar conmigo y capturarme. Ahora que habían cumplido con este cometido, el puñado de soldados del Ejército que aguardaban dentro estaba levantando el campamento. A la derecha, en las sombras —el sol que entraba por la boca de la cueva empezaba a perder fuerza y el crepúsculo comenzaba a caer—, vi a un soldado manco que trabajaba frente a decenas de pequeñas luces verdes. Parecía ser el responsable de las comunicaciones y estaba cambiando las pilas a un buen número de *walkie-talkies* de alta calidad y a una hilera de gafas de visión nocturna.

Se volvió y vio que yo lo estaba observando. Sus ojos oscuros me devolvieron la mirada y el hombre se acercó a la jaula y esbozó una sonrisa burlona. Se señaló el muñón del brazo derecho.

—Siria. Dron americano —dijo con rencor en un inglés con mucho acento.

Iba a seguir hablando, pero un *walkie-talkie* que llevaba al cinturón soltó un zumbido cuando alguien estableció contacto a kilómetros de distancia. La conexión era espantosa y ambos hombres se vieron obligados a hablar prácticamente a gritos, en árabe, para entenderse.

Por lo visto el que estaba en el otro extremo —un amigo, al parecer— iba con los vehículos que habían hecho prisioneros a Laleh, Ghorbani y Bahman. Pese a los chasquidos de las interferencias electrónicas, oí que el convoy aún estaba a varias horas de distancia —se había detenido en un pueblo abandonado a unos diez *klicks* más arriba del puente—, y el hombre al que no veía quería asegurarse de que la comida estaría lista cuando llegaran.

—¿Qué va a pasar con los otros tres prisioneros? —oí que preguntaba el manco.

Durante un breve instante, la tormenta electrónica cesó y oí que su amigo se reía.

—Para empezar, ya solo quedan dos —contestó.

3

No oí más. Me incliné hacia delante en la jaula, desesperado por saber quiénes estaban vivos y quién había muerto, cuando una luz cegadora bañó la cueva y me vi ensordecido por un rugido mecánico.

Volví la cabeza y vi a dos soldados junto a un generador diésel: en vista de que la luz natural desaparecía deprisa, lo habían arrancado dándole a una manivela y habían encendido hileras de focos industriales cerca del techo.

El manco, con el *walkie-talkie* pegado a la oreja, no oía nada con el ruido sordo que hacía el aparato, y dio media vuelta y echó a andar hacia la zona mucho más tranquila situada cerca de la boca de la cueva, donde yo no podía oírlo. Me desplomé contra los barrotes de mi jaula, frustrado, temiendo lo que podía estar pasando en un pueblo abandonado en el desierto.

No había nada que pudiera hacer. No había nada que pudiera hacer nadie. Miré la vivamente iluminada caverna, envidiando por un instante a quienes tenían una religión en la que podían hallar consuelo, y bajé la cabeza para intentar dormir. «Ellos hoy, yo mañana», pensé.

4

Estaba agotado, pero no podía dormir. Permanecí sentado durante tres horas, sin moverme apenas, calentándome los sesos, esperando en parte a que llegaran más noticias por un *walkie-talkie* o a que se oyeran los motores del convoy de Al-Tundra al aproximarse.

Me tiraron comida en la jaula, pero no tenía apetito. En mi mundo de dolor, cargando con el recuerdo de cada golpe, sentí que el calor que me había estado subiendo del pie herido de pronto me llegaba a la entrepierna, haciendo que profiriese un grito ahogado de agonía. Ya tenía la frente sudorosa, pero ahora el sudor empezó a chorrearme por la espalda y noté que estaba ardiendo. Acompañado de un agudo dolor de cabeza y una oleada de escalofríos que me hacían tiritar, supe que mi sistema inmunitario —y, con suerte, los gusanos— estaba comenzando a librar la batalla climática para intentar derrotar a la incipiente infección.

La temperatura seguía subiendo, y me vi tentado de agarrar el pellejo de agua que habían atado en un lado de la jaula para echármelo por el torso y refrescarme, pero sabía que era un error: el calor de una temperatura alta era una de las formas que tenía un cuerpo de acabar con un patógeno invasor, y yo necesitaba toda la

ayuda que pudiera obtener. Doblé las rodillas bajo el mentón y me arrebujé bien en la sucia ropa, preparándome para la siguiente ronda de escalofríos. Sentí que la cabeza se me iba y empezaba a deambular por la memoria cuando un sinfín de pensamientos febriles me abrumó...

Vi al correo clavado en la cruz, pero ahora estaba en una colina de Jerusalén. Seis centuriones romanos echaban a suertes quién reclamaría las pertenencias de un carpintero crucificado —el nazareno— mientras, a lo largo de las elevaciones cercanas, banderas de oración budistas de vivos colores ondeaban al viento y yo hacía senderismo por los Himalayas, rumbo a Katmandú. Cuando el sol se estaba poniendo en la terraza de un monasterio espectacular, conocí a una disidente china que había arriesgado la vida para cruzar la frontera y que me dio una cajita de incienso que contenía el nombre de un funcionario chino que amaba el dinero más que a su país. Miré las varillas de incienso de dentro y estaba frente a la estatua de Buda en el templo de Angkor Wat. Un sacerdote con una túnica color azafrán apareció y me dijo que encendiera el incienso. «Un padre nunca muere —dijo—. No mientras sus hijos lo recuerden.» Prendí una cerilla, el humo subió en espiral y me vi cruzando el patio interior de la Academia Naval de Annapolis, en el bolsillo me sonó un teléfono...

Era mi primer año en la academia y caminaba con otros dos guardiamarinas, hablando de deportes y riendo, cuando vi quién llamaba. Mi padre rara vez me llamaba —eso se lo dejaba a mi madre—, y menos a mediodía. Alarmado, indiqué a mis compañeros que se adelantasen y cogí el teléfono. El recuerdo era tan real, la visión tan nítida, que sentí en la espalda el sol de principios de verano en la costa este.

Mi padre siempre se había enorgullecido de ser un hombre fuerte, que no exteriorizaba nunca sus emociones, pero supe de inmediato que estaba a punto de echarse a llorar. Ese mismo día a mi madre le habían diagnosticado un agresivo cáncer de pecho que, según las pruebas, ya tenía metástasis. Los médicos les dijeron que harían todo lo que pudieran, pero que lo más probable era que a mi madre solo le quedaran unos meses.

La noticia me golpeó con fuerza. Sabía que mi madre había perdido peso, pero ni siquiera me había contado que fuera a hacerse pruebas. La catastrófica nueva implicó que, a partir de ese día, siempre que podía conducía durante la noche y volaba de madrugada a Florida. Cuando mi madre empeoró, tal y como habían vaticinado los médicos, el viaje pasó a ser una peregrinación semanal. Todos los viernes por la noche, siempre asegurándome de que llevaba el caro jersey que me había comprado para facilitar mi entrada en el pijerío de la academia,

me instalaba frente a mi padre junto a la cama de mi madre. Allí, envuelto en el peculiar olor a antiséptico y miedo del pabellón de oncología, acabamos —como casi todos los demás que estaban allí— depositando todas nuestras esperanzas en los milagros en lugar de en la medicina. Yo era joven, ni siquiera tenía veinte años, demasiado joven para velar a una moribunda, como me dijo muchas veces mi padre, pero yo siempre había pensado que un hombre que no apoyaba a su familia…, en fin, que no valía para nada.

Cuando la enfermedad llegó a su inevitable conclusión, toda mi preocupación pasó a centrarse en mi padre. Mi madre y él llevaban treinta años casados y yo era consciente de que la soledad le supondría un grave peligro. Aunque siempre intentaba parecer animado cuando hablábamos por teléfono y seguía peleando con su negocio de mantenimiento de piscinas, yo sabía que ya no ponía el alma en ello. Unos meses más tarde lo cerró sin más, se jubiló y se entretuvo inventándose chapuzas en casa para mantenerse ocupado.

La muerte de mi madre, cuando al final sobrevino, fue todo menos una sorpresa, al contrario que la de mi padre. Poco más de un año después de que terminara nuestra vigilia en el hospital, sin que él lo supiera y prácticamente sin síntomas —algo habitual en casi todos los casos—, una sección de la aorta, la arteria más larga, se había ido hinchando hasta triplicar su tamaño normal. Conocido como «aneurisma», reventó cuando mi padre estaba en una gran ferretería comprando lo que necesitaba para otro de los proyectos que lo mantenían ocupado.

Mientras empujaba su carrito por el aparcamiento bajo el sofocante calor de un verano de Florida, cayó al suelo, su tensión se desplomó en el acto y su estómago se llenó de sangre mientras su corazón bombeaba con furia para intentar restablecerla. Luego, el vivo líquido arterial le salió por la boca y se derramó en el negro y abrasador asfalto. En cuestión de segundos era tal la cantidad de sangre que chisporroteaba en el asfalto que un joven negro de unos treinta años —contratista— que estaba cargando baldosines en su camioneta pensó que al tipo de sesenta años y vivos ojos azules debían de haberle disparado. Bendito sea, sin embargo: sin pensar en el peligro al que podía exponerse, corrió a ayudar a mi padre, y fue él quien llamó a emergencias y les pidió que enviasen una ambulancia inmediatamente. Por desgracia, el tráfico de media tarde empezaba a ser denso y en la interestatal había grandes atascos. Puede que si la operadora hubiese enviado un helicóptero las cosas hubieran sido distintas, pero, como no fue así, mi padre murió —aún tendido en el asfalto al rojo— dos minutos después de que llegaran los paramédicos.

Durante la larga espera de la ambulancia, el contratista, que tenía la complexión de un peso semipesado, un pendiente de oro y el tatuaje

de un guerrero maorí alrededor de un bíceps, no se movió del lado de mi padre, le agarró la mano e intentó reconfortarlo cuando se aproximaba el final.

Cuando por fin lo recibí, su certificado de defunción decía que mi padre había muerto de lo que los médicos denominaban un «AAA», un aneurisma de aorta abdominal. Sí, era cierto que mi padre había muerto debido a una dolencia cardiaca, pero no creo que la causa fuese el aneurisma: el corazón se le había roto un año antes, cuando murió mi madre.

Muchos meses después, cuando localicé al contratista para darle las gracias por todo lo que había hecho, le pregunté por qué —pese a creer que cabía la posibilidad de que le disparasen a él— había corrido a ayudar a mi padre. Él se me quedó mirando con cara de sorpresa.

—¿Y qué esperabas que hiciera, dejarlo allí? —repuso.

—Algunas personas lo habrían hecho —contesté—. ¿Eres cristiano, Dave?

Se rio.

—En cierto modo, supongo —contestó—. Pero espero de corazón que no acabes nunca en mi iglesia: se llama Narcóticos Anónimos.

Sonreí, contemplé el sol poniente y le pregunté una cosa que llevaba rondándome la cabeza algún tiempo.

—¿Dijo algo? —quise saber—. Antes de morir, me refiero.

—Estuvo en estado de shock la mayor parte del tiempo —contó Dave ahora serio—. Después, justo al final, una sola palabra.

—*¿Ayuda?* —aventuré.

Dave negó con la cabeza.

—No, creo que se dio cuenta de que para eso era demasiado tarde: sabía que estaba en el umbral —aseveró—. Antes de cruzarlo pronunció la única palabra que al parecer lo era todo para él. —Hizo una pausa y me miró a los ojos—. Dijo tu nombre: Ridley.

Y ese pensamiento aún me acompañaba, danzaba en mi cabeza y resonaba en las paredes rocosas vivamente iluminadas de una cueva en algún lugar de Irán. Eché un vistazo a mi alrededor, como si viese la caverna por primera vez, incapaz de determinar si estaba despierto o dormido, y después me miré la ropa: estaba empapada en sudor y fui consciente de que la fiebre había bajado.

Habría seguido allí, sin moverme, durante horas, pero en el mundo exterior oí un ruido de motores. Volví la cabeza hacia la boca de la cueva: vi no solo que la noche había caído, sino también que el convoy de Al-Tundra se las estaba arreglando para entrar en la caverna.

Me puse de rodillas y me eché hacia delante, agarrándome a la malla, desesperado por ver cuál de los prisioneros seguía vivo, si es

que alguno seguía vivo.

5

Los vehículos se detuvieron en un lateral de la caverna, y aunque la distancia a los focos era grande, había suficiente luz para que su silueta se distinguiese con claridad.

Mirando a través de la malla, vi que los soldados, encabezados por Al-Tundra, dibujaban sombras achaparradas en las paredes rocosas cuando fueron bajando de los cuatro por cuatro y se dirigieron hacia las mesas con comida dispuestas al fondo. Estaban animados, pero eso solo hacía que mi cometido fuese más amargo: buscaba entre la multitud en movimiento y barría con los ojos los vehículos para ver si allí estaban Ghorbani, Bahman o Laleh.

Dando por sentado que los habían matado a los tres, estaba a punto de dejar de mirar cuando vi que se abría la puerta trasera del SUV que se encontraba atrás del todo. Un soldado salió y, momentos después, sacó a Bahman. El tipo flaco, nervioso en el mejor de los casos, tenía unos grilletes en los tobillos y parecía exhausto, más bien devastado. La oleada de alivio que me invadió —por lo menos uno de ellos había sobrevivido— se esfumó en el tiempo que el soldado tardó en dar dos pasos: llevaba a Bahman hacia las mesas con comida, y yo era perfectamente consciente de lo que eso significaba: no le darían de comer si no hubiese hablado. Estaba claro que les había dicho todo lo que querían saber sobre su red y las fuentes secretas con las que trabajaba en Teherán.

Miré otra vez hacia el SUV, justo a tiempo de ver que otro soldado sacaba a un segundo prisionero del vehículo. Pero no era Ghorbani, y durante un instante apenas reconocí a Laleh. No llevaba velo, le habían afeitado la cabeza y las cejas, pero estaba *viva*.

Me permití respirar de nuevo y vi que la chica miraba alrededor de la vasta cueva, confusa y aterrorizada, y después reparaba en mí. Hizo una señal afirmativa, de alivio: me habían hecho prisionero, sí, pero al menos ella no estaba sola por ahora.

Probablemente pensando que era más fácil vigilar a dos prisioneros teniéndolos cerca, el soldado tiró de la cadena de los grilletes de la chica y la llevó hasta la jaula. Le dediqué una media sonrisa, pero no dije nada: no sabía si Al-Tundra había expresado sus sospechas de que la chica tal vez oyese y hablase, pero, si no lo había hecho, sin duda no sería yo quien desvelase la verdad. El hombre le ató la muñeca a la jaula con una brida, comprobó que estaba apretada y se fue a comer. Mientras esperábamos a que se hubiese alejado lo bastante para que no nos pudiera oír, le di a Laleh la comida que me habían tirado a mí

antes, y por su forma de abalanzarse sobre ella quedó claro que estaba muerta de hambre. Encorvada, se llenaba la boca de *naan*, lo que me permitió ver la sangre coagulada en multitud de sitios de la cabeza y el cuello, allí donde le habían hecho cortes al afeitarla.

En Occidente era tradición afeitarle la cabeza a una mujer para humillarla públicamente: había oído que en Francia, al término de la Segunda Guerra Mundial, a miles de mujeres que colaboraron con los nazis las raparon delante de una multitud que vitoreaba. En la mayoría de los países de Oriente Medio y Asia Meridional, ese gesto desempeña una función similar, pero, según mi experiencia, también hace algo mucho peor: en el islam es *haram* que una mujer se afeite la cabeza o las cejas. Y eso era lo que le habían hecho a Laleh: los hombres se lo habían hecho no solo para humillarla y avergonzarla por haber colaborado con nosotros, sino también para dar a entender que ya no se encontraba en estado de gracia con su religión. Era una mujer marginada, y hay quienes creen que con los marginados se puede hacer lo que uno quiera.

Laleh debió de notar que le estaba mirando la cabeza. Alzó la vista y vi que tenía lágrimas en los ojos: el cabello de una mujer es algo preciado en muchas culturas. Ahora que estaba seguro de que no nos podían oír, le señalé la cabeza y dije en árabe:

—Mola —afirmé risueño—. Mola mucho.

Ella no dijo nada, y, preocupado de haber traducido mal el coloquial verbo, le pregunté en árabe:

—¿Entiendes?

La chica asintió.

—Quieres decir «moderno» —dijo en inglés.

La miré con cara de sorpresa.

—Mi padre daba clases de inglés en Kabul —aclaró en voz baja—. Mi hermana y yo éramos sus mejores alumnas. La mayor parte del tiempo, las únicas.

Permanecí un instante en silencio, pensando en cómo sería su vida antes y en la situación en que se encontraba ahora.

—Gracias por la comida —dijo limpiándose las lágrimas y mirándome.

Asentí a modo de respuesta.

—Y Bahman ha hablado, ¿no? —pregunté mientras ajustaba la brida que le ataba la muñeca para darle un poco más de libertad.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió.

—Le están dando de comer. Siento preguntarte esto —continué en voz queda—, pero ¿qué ha sido de Ghorbani?

Ella me miró unos instantes.

—No creo que lo quieras saber.

6

—Han salido como de la nada —contó la chica, que refería lo que pasó después de que yo me tirara del coche—. En menos de un minuto nos ha rodeado una decena de vehículos.

—He visto que os habían parado —confirmé—. Os estaba observando desde la carretera.

—He pensado que tal vez lo estuvieras haciendo —afirmó ella.

—Os han rodeado, y ¿después?

—Han sacado a Ghorbani y a Bahman —continuó—. Han dicho que uno de sus drones nos había visto acampando debajo del puente el día anterior y que sabían a quién estábamos esperando. Les han puesto un arma en la cabeza y les han preguntado dónde estabas, pero no han tenido tiempo de responder. Han llegado cuatro hombres a caballo y han dicho que te habían capturado; o bueno, eso ha sido lo que ha dicho su líder, el que estaba al mando.

—Sí, él ha sido quien me ha disparado —expliqué—. Para Occidente es un terrorista llamado Al-Tundra, pero creo que algunos de los hombres lo llaman «Coronel».

—Sí, coronel Kazinsky —dijo ella como si tal cosa—. Roman Kazinsky.

Me quedé mirándola atónito. Una refugiada delgaducha, una chica a la que habían engañado para hacerla salir de un campo lleno de personas desesperadas, había conseguido lo que las agencias de inteligencia más punteras y poderosas del mundo —sirviéndose de sus miles de agentes encubiertos y analistas— no habían podido lograr nunca: había puesto un nombre del mundo real a Abu Muslim al-Tundra.

—¿Cómo? —dije al cabo.

—Su nombre —contestó ella—. Coronel Roman Kazinsky.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté.

Se encogió de hombros: no sabía por qué podía ser importante su identidad, pero por primera vez su rostro se relajó un tanto. De ser otras, menos angustiosas, las circunstancias, quizá habría sonreído.

—Cuando la gente piensa que no hablas ni oyes, no tiene mucho cuidado con lo que dice —afirmó—. He oído una conversación entre dos de los hombres.

Una vez más fui consciente de la ironía de la situación: ahora sabía cuál era el verdadero nombre del comandante del Ejército, y si bien desconocía cuál era ese golpe espectacular que estaban planeando, ese dato en sí ya era un enorme salto adelante. Pero sin forma alguna de transmitirlo, encerrado en una jaula dentro de una caverna escondida en una agreste región de Irán, la información no tardaría en caer al vacío para no volver a oírse.

—Así que Roman Kazinsky llega —recapitulé—. ¿Y luego?

—Ha mirado los papeles de Ghorbani y Bahman —siguió contando ella—. Y se ha reído. Después les ha preguntado qué hacían en realidad en Teherán. Cada uno ha contado su historia. Luego le han dicho que les habían pagado para ayudar a un hombre a encontrar a la hermana de su mujer, pero, como tú les habías dicho, nadie se lo ha creído. Ha seguido preguntándoles por la CIA y por algo o alguien llamado Blackwater.

No le aclaré lo de Blackwater, carecía de importancia.

—Pero se han atenido a la historia, ¿no?

La chica asintió.

—Kazinsky ha preguntado muchas veces a qué se dedicaban de verdad. Cómo se comunicaban, quiénes eran sus contactos. No paraba de preguntar lo mismo, no sé por qué.

—Sabía que formaban parte de una red de inteligencia —expliqué —. Quería información que pudiera intercambiar con la PAVA, la policía secreta iraní; a cambio, él recibiría protección, armas, dinero, lo que quiera que necesitase su organización. Esos dos hombres eran un regalo de Alá.

Laleh me miró fijamente.

—Entonces ¿es verdad... lo que han dicho de ti? ¿Eres espía?

Durante un instante no dije nada y después sonreí.

—Sí, pero es un secreto: no se lo cuentes a nadie.

Esta vez sí sonrió.

—Ghorbani y Bahman no han hablado aún —seguí, devolviéndola a la narrativa—. Y el Coronel, ¿no los ha golpeado ni les ha hecho daño?

—Todavía no, no en el control de carretera —contestó ella.

—¿Dónde? —inquirí mientras me invadía una sensación de fatalidad.

—Ha ordenado a sus hombres que fuesen por el cauce, hacia arriba desde donde estaba el puente —refirió, su voz más baja a medida que la asaltaba el recuerdo—. Nos hemos detenido en las ruinas de un pueblo, un sitio que prácticamente se había llevado una riada. Solo quedaba en pie un puñado de casas y la cocina.

»El Coronel ha sacado de la alforja una especie de mochila quirúrgica o dental; de esas que tienen una cruz verde, ¿sabes?, y después de que sus hombres taparan los coches con lonas de camuflaje, ha ordenado a todo el mundo que fuera a la cocina. Por los satélites, supongo.

»Dentro estaba oscuro y hacía muchísimo calor —continuó—. Todos los hombres han formado un círculo y él ha obligado a Ghorbani y a Bahman a arrodillarse en el suelo en el centro.

»Les ha hecho más preguntas (bueno, en realidad las mismas, pero

más veces) y ellos han repetido que habían ido hasta allí para ganar dinero. Se ha centrado en Ghorbani, se ha reído de él, luego ha empezado a amenazarlo. Yo no lo entendía: incluso yo veía que Bahman estaba más aterrorizado. ¿Por qué no concentrarse en él?

—Porque el Coronel es un experto —repuse en voz queda—. Tenías razón, Bahman era el más vulnerable, pero Kazinsky estaba jugando al ajedrez: estaba sacrificando a Ghorbani para aterrorizar más aún a Bahman y hacerlo hablar. ¿Se han cebado con Ghorbani?

—Mucho —corroboró la chica—. El Coronel ha ordenado a sus hombres que pasaran una cuerda por una viga que discurría a lo largo de la habitación. Ghorbani ha forcejeado, pero ellos tenían picanas. He pensado que iban a ahorcarlo, pero lo han colgado por los pies. Cuando lo tenían bocabajo, han tirado de las cuerdas hasta que su cara ha quedado casi a la misma altura que la de Kazinsky.

—¿Tú dónde estabas?

—Sentada contra una pared del fondo, con las piernas encadenadas. Yo les daba lo mismo, por lo menos en ese momento —dijo con tono sombrío—. Pero a Bahman lo han llevado delante, más cerca aún, y lo han obligado a mirar. Kazinsky ha abierto la mochila y ha sacado una bolsita de herramientas.

El corazón se me encogió. Sabía lo que se avecinaba.

—¿Qué clase de herramientas?

—Un bisturí, tenazas, fórceps, cinta aislante… —enumeró, pero no sabía cómo se decían en inglés algunas de ellas, así que las describió en árabe.

—Alicates —la ayudé—. Y abrebocas dentales. Se colocan en la parte posterior, entre los dientes de arriba y los de abajo, se abren con tornillos y el paciente no puede cerrar la boca. Entonces el dentista (o el torturador) puede hacer lo que quiera en la boca abierta de la víctima. Me imagino que Ghorbani ha intentado defenderse…

—No podía. Tenía los brazos atados, pero se ha resistido: se ha negado a abrir la boca —contó la chica—. Kazinsky ha hecho que uno de sus hombres le pusiera una pinza en la nariz y lo ha obligado a abrirla para respirar. Cuando lo ha hecho, el Coronel le ha partido dos dientes al colocarle el abrebocas. Ahí ha sido cuando Ghorbani ha empezado a gritar de verdad…

Laleh siguió hablando, pero mis pensamientos se adelantaron a ella y a su voz. Ya no la necesitaba: imaginé lo que hizo Kazinsky en todo su horror medieval.

7

Cuando terminó, se quedó callada, su silencio y sus lágrimas un

elocuente testimonio del salvajismo que había presenciado. Al cabo de una eternidad le pregunté qué pasó después de que le arrancaran la lengua a Ghorbani.

—Lo han dejado colgando —dijo—. Entonces he sabido por qué lo habían atado bocabajo: si hubiese estado con la cabeza hacia arriba, se habría ahogado con toda la sangre.

»Kazinsky se ha vuelto hacia sus hombres —prosiguió la chica—, ha señalado a Bahman y les ha ordenado que lo colgaran. Bahman se ha puesto a dar gritos, pero supongo que había aprendido la lección. Ha empezado a suplicar a Kazinsky que le preguntara todo lo que quisiera...

—Y me imagino que Bahman lo ha soltado todo —deduje. Casi veía las grúas en una plaza de Teherán cuando apresaran a su red. Sin embargo, no lo podía culpar: me pregunté si alguna persona en el mundo podría haber aguantado esa violencia psicológica—. ¿Está vivo Ghorbani?

—Seguía colgando —contestó Laleh—, pero de pronto ha hecho un ruido (el estertor de la muerte, supongo) y ha muerto. Pero no creo que fuera por la pérdida de sangre. ¿Un ataque al corazón?

—Probablemente —convine—. ¿Y tú? —pregunté con la mayor delicadeza posible—. ¿Te...?

—Querían hacerlo —afirmó—. No todos ellos, aunque la mayoría. Pero Kazinsky les ha ordenado que se pusieran al volante; ha dicho que quizá pudieran hacerlo más tarde. —Señaló la cueva y yo entendí por qué parecía tan aterrorizada cuando la sacaron del SUV—. ¿Aquí? —preguntó en voz baja—. ¿Crees que será aquí?

—No —negué—. Están recogiendo: esta noche no hay luna y supongo que dentro de una hora, cuando la oscuridad sea absoluta, nos iremos. Por el momento estás a salvo.

—¿Adónde vamos? —quiso saber.

—Ni idea —admití.

Al observarla (sus dedos empezaron a palpar otra vez su cabeza afeitada, la vergüenza asaltándola de nuevo), se me ocurrió algo. Desaté el pañuelo que había llevado en el cuello durante semanas, lo empapé en agua del pellejo que estaba en un lateral de la jaula y lo escurrí para quitarle el polvo y el sudor.

—Para tu cabeza —sugerí, y se lo ofrecí.

Ella me miró agradecida y le indiqué que se echara hacia delante para que entre los dos, cada uno utilizando la mano que tenía libre, pudiéramos atarlo.

—Esto *sí* que es moderno —aseguré.

Laleh sonrió, pero vi que una nueva expresión de nerviosismo asomaba a su rostro.

—Van a venir a por ti, ¿no?

—¿Quiénes? —pregunté confuso—. ¿Kazinsky? Ya me tiene.

—No, los tuyos —precisó—. El ejército americano: vendrá a rescatar a su espía. Me voy a quedar sola con ellos, ¿no? —Señaló a los hombres de la cueva.

Negué con la cabeza.

—No, nadie te va a abandonar —aseguré con suavidad—. Pero tampoco vendrán a por mí. Mi única oportunidad eran Bahman y Ghorbani. Se supone que no estoy en el país: Washington negará incluso que trabajo para ellos, dirán que no soy americano. Que hablen con los británicos o los canadienses. Algo por el estilo. No habrá rescate.

Ella se vino abajo.

—Entonces ¿todo ha terminado? ¿Para los dos?

—No hasta que hayamos muerto —aseveré, sonando más esperanzado de lo que me sentía—. Pensaba que quizá podría robar un vehículo, pero ha sido antes de esto. —Hice un gesto a la jaula—. Aunque pudiera hacer algo ahora, son demasiados. Pero sigo dándole vueltas. Siempre hay una manera.

No logré aplacar su miedo. «Una chica sensata», me dije.

—Pero, si lo consigo —añadí—, si ni que sea una sola vez algo en esta misión me sale bien, no te dejaré: te prometo que te llevaré conmigo.

Ella me miró como si quisiera confiar en mí pero no estuviese segura de si podía hacerlo.

—La gente dice que no se puede creer nada de lo que dicen los americanos —afirmó al cabo.

—La mujer con la que vivo dice que soy guapo —repuse sonriendo —. ¿Lo ves? La gente dice chorradas todo el tiempo. Te doy mi palabra, Laleh.

—*Insha'Allah* —dijo. Si Alá quiere. Y, tímidamente, me tocó la mano a través de la malla.

8

Cuando Kazinsky y sus hombres terminaron de recoger lo que les quedaba, a punto de salir rumbo a lo desconocido, a más de diez mil kilómetros de distancia otro equipo también estaba echando el cierre y apagando las luces.

En la improvisada sala de guerra de Langley, la sala de reuniones donde se había planificado la operación para intentar rescatarme, equipos de técnicos retiraban las hileras de ordenadores y guardaban las pantallas de alta definición. Solo quedaban allí dos personas, que aguardaban desesperadamente a que el equipo de extracción de

Blackwater les confirmase que habían recogido al agente que estaba huyendo y ya se había subido a la moto eléctrica. Para esas dos personas, Halcón y Madeleine, esa confirmación no llegaría nunca.

Sé lo que sucedió en Langley porque, unos meses después, Madeleine me contó con todo detalle cómo se vio obligada la Agencia a asumir el fracaso de la operación y la pérdida de sus agentes.

—El satélite te vio en la pista de aterrizaje —contó—. Desciframos el mensaje de SFGG y supimos que irías campo a través para intentar llegar al puente. Dos días después recibimos un mensaje encriptado de Ghorbani a través de la tienda de ordenadores de Bahman. Decía que el mejor contrabandista de Dostum había llegado con las motos eléctricas, que ahora estaban en la trasera de un Toyota, y que Bahman y él se dirigían al punto de encuentro.

»Halcón informó al equipo entero de lo que se avecinaba exactamente: tres días de incesante nerviosismo, de comprobar el paradero de los hombres de Blackwater en el Toyota, conseguir que los helicópteros estuviesen donde debían, escuchar todas las conversaciones por radio de la zona y, sobre todo, escanear todas las imágenes del satélite por si había algún otro mensaje tuyo. Dijo que nadie podía salir del edificio, que buscáramos un rincón en algún sitio para dormir y que nos dividiríamos en dos grupos para que todos pudiésemos comer y descansar. Solo un puñado de personas en la habitación había vivido la experiencia, dijo, pero estaríamos operativos las veinticuatro horas, en turnos de doce horas.

Madeleine me sonrió mientras me refería los acontecimientos.

—Salvo Halcón, naturalmente, que hizo los dos turnos, descansaba unas horas en el sofá de su despacho cuando podía, hacía rondas en la sala de reuniones, se ocupaba de una línea abierta con la NSA, hablaba con los planificadores de la ruta y confiaba en que el satélite pudiese captar una imagen tuya mientras te dirigías hacia el puente. —Su sonrisa se desvaneció—. Pero no hubo ninguna imagen y el satélite no mostró huellas o pistas que pudieras haber dejado...

—No buscaban donde debían —repliqué—. Tuve que desviarme para encontrar agua.

—Eso no lo sabíamos —repuso ella—. Solo sabíamos que los satélites veían drones por todas partes y una comunicación pakistaní hackeada nos dijo que el Ejército de los Puros estaba persiguiendo a un fugitivo muy valioso. Luego no llegaste a la hora establecida al punto de encuentro. De pronto te retrasabas (un día, después dos) y eso disparó una gran alarma.

—¿Qué hizo Halcón? —quise saber.

—¿Qué podíamos hacer salvo no perder la fe? Luego un mensaje en código, una transmisión digital enviada a través de un servidor en Kazajistán para evitar a los pakistaníes, llegó a una dirección secreta

de la NSA. Procedía del ordenador de Bahman y nos decía que habías llegado. Como podrás imaginarte, la sala enloqueció.

»La noticia se difundió deprisa y el equipo que estaba descansando vino. Halcón nos informó de que cinco horas después de que el Toyota dejara el puente podíamos contar con recibir el mensaje que todos estábamos esperando: que habías cruzado la frontera y estabas en Afganistán.

—Ojalá... —repuse, acordándome de cómo derrapaba Ghorbani en las curvas e imaginando cómo luego colgaba bocabajo y gritaba cuando Kazinsky le puso los alicates en la lengua...

—¿Te encuentras bien? —inquirió Madeleine un momento después.

—Solo pensaba en lo cerca de la frontera que estábamos, en lo distinto que podría haber sido todo —contesté.

—Lo sé —aseguró ella—. Esa noche no oímos nada más, así que pensamos que todo iba según lo previsto.

»Esperábamos oír de un momento a otro que las fuerzas especiales habían recibido la llamada, tú habías cruzado la frontera y ellos estaban a punto de subirte a bordo —continuó—. Pero la llamada no llegó, y veinte minutos después Halcón ordenó a los helicópteros que despegaran para ver si te podían localizar.

»No pasó nada, así que seguimos esperando —relató—. Dos horas, cuatro, cinco. Entonces Buster se arrodilló junto a Halcón y le dijo que debíamos abandonar. Halcón asintió y los asesores volvieron a la séptima planta y todos los analistas de imágenes y los artífices de la misión salieron arrastrando los pies, derrotados. Solo nos quedamos allí Halcón y yo.

—Manteniendo una luz en la ventana —dije.

—Sí —me contestó—. A más de diez mil kilómetros, las fuerzas especiales estaban haciendo lo mismo en sus helicópteros. Una hora después establecieron contacto y solicitaron permiso para volver a la base. Yo pensé que era evidente, normal que quisieran volver, pero Halcón se negó, dijo que tal vez hubieras dejado la moto y estuvieras cruzando a pie.

»Para entonces llevabas seis horas de retraso, habrías ido muy despacio —dijo—. No me lo tragaba, y creo que Halcón tampoco, así que, educadamente al principio y después no tanto, le dije que se fuera a casa a descansar. —Se encogió de hombros—. Pero ni se lo planteó, siguió sentado frente a la hilera de teléfonos con prioridad.

»Los teléfonos no sonaron y nosotros no nos movimos; lo único que podíamos hacer era esperar.

La noche había caído cuando Madeleine me miró, absorta en el recuerdo un instante.

—¿Cómo acabó la cosa? —quise saber.

—Estaba agotada —admitió—. Al final le dije a Halcón que tenía que irme a casa a dormir un poco, así que me marché. Pero he visto las cámaras de seguridad de la sala: Halcón se pasó allí la noche entera, prácticamente a oscuras.

»Parecía un hombre hundido, y recuerdo que pensé que era comprensible. La operación había fracasado, el correo había muerto, los dos agentes de Blackwater habían desaparecido y era evidente que a ti te habían capturado o, lo más probable, asesinado.

»Justo antes de que amaneciera —continuó—, Halcón se levantó, apagó las luces y cerró la puerta. Supongo que había acabado aceptándolo. Era jueves. Vino al trabajo ese mismo día, más tarde, pero nadie lo vio. Estuvo en su despacho, solo.

—No me extraña —dije en voz queda—. En lo que a él respectaba, y también a la Agencia, era un fiasco, todo había terminado. La operación LANGOSTA había concluido y el golpe espectacular seguía en marcha.

10

Debían de ser las nueve de la noche aproximadamente cuando el Coronel ordenó salir de la cueva al convoy en una oscuridad absoluta. Los conductores llevaban cascos equipados con gafas de visión nocturna —parecían alienígenas en un paisaje marciano—, así que no necesitaban los faros, lo cual hacía que les resultase mucho más fácil evitar los satélites espía.

Antes, mientras los motores inundaban la caverna de gas de escape azul, uno de los soldados, obedeciendo una orden de Kazinsky, comprobó los cerrojos de mi jaula y a continuación cortó la brida que ataba a Laleh a la malla, llevó a la chica hasta la parte de atrás del vehículo y la metió dentro de malas maneras. Después se subió él, la agarró por la muñeca y la esposó al asa que hay sobre la puerta.

Pese a estar completamente inmovilizada, Laleh se las arregló para torcer la cabeza y mirarme por la luna trasera: creo que la ayudaba saber que estábamos juntos. No hubo nada que indicara —ni por parte de Kazinsky ni de los soldados— adónde nos dirigíamos, y mucho menos qué pensaban hacernos. Fuera lo que fuese, no contaba con que acabara deprisa o sin dolor.

La única pista la proporcionó el Coronel cuando, listo para partir, gritó a los soldados para hacerse oír con los motores:

—¡Son doce horas campo a través! —Habló primero en árabe y

después en farsi—. Pararemos únicamente para rezar y repostar con los bidones que llevamos. Que nadie llegue tarde: el tiempo y la marea no esperan a nadie. —A continuación se volvió hacia mí y, pasando al inglés, me preguntó—: ¿Sabes quién escribió eso?

No contesté, pensando que era una extraña elección de palabras. ¿Por qué había dicho *marea*? ¿Íbamos a subir a un barco? Si era así, un barco ¿adónde? Kazinsky estaba esperando a que le respondiera, así que dejé a un lado mis conjeturas.

—Ni idea —confesé.

—Geoffrey Chaucer, uno de los grandes escritores ingleses. Puede que ahí fuera el territorio sea salvaje, pero míranos: nosotros, dos hombres cultos, podemos hablar de poesía.

—Claro —contesté—. Y solo los hombres cultos les arrancan la lengua a otros.

Una mirada intrigada asomó a su rostro y yo fui consciente de inmediato del error que había cometido: la ira había nublado mi juicio.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó.

Yo no respondí.

—Entiendo —dijo mientras miraba de reojo a Laleh, que nos observaba por la luna trasera—. Como sospechaba, nuestra refugiada no es tan sordomuda como afirma. A los hombres les gustará: todos se han llevado un chasco cuando han pensado que no la oirían gritar. Dicen que el silencio de una mujer de alguna manera reduce el placer. —Me miró—. Tú eras un viajero saudí, el correo se hacía pasar por un fiel servidor nuestro, dos trabajadores en Teherán resultaron ser agentes de Blackwater y ahora tenemos a una muda que puede hablar. Cuántos secretos. Estoy impaciente por saber cuál será la siguiente sorpresa.

Yo continuaba sin decir nada.

—¿Alguna idea? —inquirió.

—¿Mi huida? —repuse.

Él se rio.

—Y lo siguiente en lo que pensarás será en cómo me matarás.

No dije nada, y el Coronel dio unas palmaditas en la jaula.

—Lo siento, pero te vas a llevar un chasco en ambas cosas.

11

No había luna, tan solo el frío intenso del desierto y una cinta de estrellas en un cielo aterciopelado, cuando dejamos la cueva y nos dirigimos hacia el suroeste, ciñéndonos al misterioso plan de Kazinsky.

Zarandeado en la jaula, mientras hacía todo lo posible para no

darme con la cabeza contra el techo de acero cada vez que salvábamos una zanja, supe que —a pesar de lo que le había dicho al Coronel— escapar era imposible. Puede que un aficionado no hubiese apretado lo suficiente las esposas y que el cierre mirara hacia donde no debía, pero aunque me dislocara el pulgar o me rompiese la muñeca para zafarme del grillete y después consiguiese abrir los candados de la jaula y me tirase desde el coche, el pie destrozado podría conmigo. Al igual que antes, mi única esperanza parecía ser que me incautara de un vehículo.

Cinco horas más tarde íbamos por un desfiladero agreste, atravesando charcos escondidos, hasta que el camino se estrechó hasta quedarse en nada. El convoy giró bruscamente a la izquierda y, con los motores chirriando, salió a la superficie, y yo vi que el cielo comenzaba a clarear por el este. Muy pronto Kazinsky se detendría para rezar la oración del alba y yo estaba seguro de que el soldado que iba con nosotros no sacaría a Laleh para el rezo.

Supe que esa probablemente fuese mi única oportunidad. Con la cabeza dándole vueltas a cada aspecto de la incipiente idea, los acontecimientos empezaron a sucederse deprisa. Mientras nos abríamos paso por un paisaje de enormes peñas, el borde del ardiente disco solar apareció y Kazinsky frenó el convoy, en busca de un lugar donde poder llevar a cabo el ritual. Fui consciente de que si me rompía el pulgar o la muñeca para librarme del grillete, la lesión —unida a mi pie herido— me incapacitaría de tal modo que me resultaría físicamente imposible efectuar otro intento: si iba a huir y llevarme a Laleh conmigo, el momento era ahora.

De pronto salí volando: el conductor había pegado un frenazo y, al ponerme de rodillas, vi que estábamos en un claro y que los vehículos que iban delante ya se habían detenido. Reculé hasta donde tenía la muñeca esposada a la jaula y, a pesar del cansancio y de las secuelas de la fiebre, me sentí más vivo que en cualquier otro momento desde que me habían capturado. Tal vez pudiera hacerlo, tal vez pudiera lograr escapar, tal vez le pudiera dar una sorpresa a un terrorista que creía haberlo visto todo.

Me preparé, dejé de pensar en el tremendo dolor que se avecinaba y me tranquilicé: me había entrenado para esto. Con la mano que tenía libre, haciendo toda la fuerza que pude, apreté la palma de la mano apresada justo por debajo del grillete: sentí que los huesos y articulaciones que tenía bajo la carne empezaban a comprimirse, que la compleja estructura se volvía lo más pequeña y estrecha posible. Conteniendo la respiración y notando el dolor que me subía por el antebrazo, comencé a escurrir la aplastada palma por la pulsera de metal.

El acero de las esposas me cortó la carne y, al mirar, vi que la sangre

empezaba a correrme alrededor de la muñeca y el pulgar, pero imaginar el dolor que Kazinsky pensaba infligirme contribuyó, y mucho, a que me concentrase, y me estrujé la palma más todavía, empequeñeciéndola, tiré con más fuerza, sintiendo que el metal se me hundía más…

La camioneta se detuvo por completo y, sin dejar de presionar la mano, vi que la calandra que protegía el radiador estaba a escasos centímetros —casi lo tocaba— del lateral de un robusto vehículo de reabastecimiento. Por suerte sus ocupantes estaban comenzando a realizar el *wudu* y nadie me prestaba atención. Salvo Laleh, que miraba por la luna trasera y se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Le hice una señal afirmativa a modo de confirmación y bajé la vista, me mordí el labio y tiré de mi mano aprisionada con toda la fuerza que pude, confiando en que pudiese desgarrarla y escurrirla por el grillete, que tal vez este estuviese mal ajustado y flojo, pero aguantaba.

Con la sangre corriéndome por la mano, me preparé para probar con la segunda opción: me agarré el pulgar y me dispuse a dislocarlo. El *adhan* ya había comenzado y tenía que darme prisa: si con dislocarme el pulgar no bastaba, debía asegurarme de que quedaba tiempo suficiente para romperme la muñeca. Apreté los dientes, me cogí el pulgar con la mano libre, apoyé el pie contra un lateral de la jaula y empecé a retorcerlo y doblarlo, a separar la articulación…

Oí un motor a mi espalda y, preocupado de que alguien me viese, me volví hacia el ruido: un Land Rover modificado —un vehículo que viajaba al final del grupo— estaba llegando al claro. Con las prisas por sumarse a la oración, venía directo hacia mí, y el conductor frenó en el último minuto y se detuvo derrapando a menos de medio metro del portón trasero de la camioneta.

Lo miré sin dar crédito y después levanté la cabeza y vi la cara que ponía Laleh: había comprendido lo que significaba. Con el vehículo de reabastecimiento atravesado delante de nosotros y el Land Rover parado detrás, estábamos encerrados. La única forma era mover uno de los dos vehículos, cosa que era imposible a tiempo o sin que nos viesen.

Derrotado, dejé caer la sangrante mano. Tenía pocas dudas de que todo estaba perdido y, sin embargo, si lo hubiese pensado todo un poco más a fondo, me habría dado cuenta de que ese no era necesariamente el caso. A juzgar por la dirección que llevábamos y por la referencia de Kazinsky a la marea, yo había resuelto varias horas antes que debíamos de estar dirigiéndonos hacia el golfo Pérsico.

Puede que casi no pudiera andar, que correr fuese imposible, pero podía nadar: si había un lugar en el que alguien en mi estado tal vez

tuviese una oportunidad, ese sitio era el océano.

12

Nuestra cárcel sobre ruedas coronó una colina y con la luz de primera hora de la mañana vi una playa increíble: sobre una bahía con forma de media luna se desplazaban nubecillas blancas, las dunas dominaban el desierto y las aguas turquesas del golfo lamían la fina arena blanca.

Según mis cálculos, estábamos a unos cuarenta *klicks* al sur del remoto puerto iraní de Bandar Lengeh, y si bien el largo tramo de desierta arena podría haber sido cualquiera del millar de playas en zonas desoladas de Australia o Sudáfrica, yo sabía que a trescientos kilómetros al otro lado del agua se hallaban las brutales monarquías de Catar, Baréin y Arabia Saudí.

Vi que la marea estaba alta, el agua engullía la arena. Mar adentro, en el golfo, el viento empezaba a arreciar, ondulaba la superficie del agua y comenzaba a empujar cabrillas hacia el sur por el angosto estrecho de Ormuz, probablemente la vía marítima de mayor importancia estratégica del mundo, el lugar en el que —como placas tectónicas— las potencias navales occidentales y la Armada iraní chocaban a diario.

Sin embargo, no era un viento cualquiera el que prometía sembrar el caos entre las varias decenas de superpetroleros y buques de guerra que sorteaban el cuello de botella de treinta y tres kilómetros de ancho. Cuando el sol salió, prácticamente tuve la certeza —por la dirección y el calor abrasador— de que ese viento cada vez más fuerte era el que las gentes del golfo llaman *shamal*. Antiguo como el desierto mismo, el *shamal* sopla varias veces al año desde Siria, atraviesa Irak, pasa por Kuwait y baja por el golfo, y es un viento del noroeste malo para todo el que se cruza en su camino, en particular para Laleh y para mí.

Aunque todavía era temprano, el sol y el impetuoso viento ya estaban convirtiendo la playa en un horno y, al recorrerla con la mirada, me sorprendió ver que allí no había ningún barco, ningún embarcadero ni ninguna señal de nada que me indujese a pensar que en nuestro futuro había un viaje por mar. Solo varias horas después, cuando la marea empezó a bajar y el agua se retiraba deprisa, vi surgir del mar las ruinas de un viejo muelle y comencé a entender la importancia que revestía la marea. La estructura de madera debía de haber quedado destrozada durante una tormenta hacía décadas y lo único que permanecía en pie eran unos cuantos postes verticales bastante gruesos que parecían una hilera de dientes rotos.

Para entonces la playa ya no estaba vacía. Cientos, puede que incluso miles, de soldados del Ejército —hombres profusamente armados, temibles— habían dejado su base principal, dondequiera que se encontrase, y habían llegado a la playa. Entre los que salían de los cuatro por cuatro, con cananas y fusiles de asalto al hombro, vi a tres provistos de cámaras de vídeo de alta definición y un micrófono direccional. Cómo no: ajusticiar a un espía de la CIA y transmitir públicamente la ejecución tendría un gran valor propagandístico para el Ejército.

Eso era justo lo que otro grupo terrorista le había hecho a un hombre llamado Daniel Pearl unos años antes. Era un periodista —corresponsal jefe de *The Wall Street Journal*— al que secuestraron a la puerta del Metropole Hotel en Karachi y decapitaron nueve días después. Estoy seguro de que Pearl era un hombre mejor y más valiente que yo —sin duda mucho más inocente—, pero en la jerarquía de estas cosas un agente de la CIA capturado lo superaría con creces.

Laleh también había visto al equipo de cámaras. Sola en el vehículo —los soldados nos habían lanzado un pellejo de agua a cada uno y se habían marchado para unirse a sus compañeros junto a la lumbre—, había conseguido, con ayuda de los dientes y de la mano que tenía libre, abrir una ventanilla corredera en el centro de la luna trasera.

—¿Qué van a grabar? —me preguntó por ella.

—Mi ejecución —contesté.

La chica se paró a pensar un instante.

—¿La mía también? —inquirió, su voz poco más que un susurro.

No tenía sentido darle falsas esperanzas: no tardaría en averiguar la verdad.

—Ese es su plan, creo —afirmé mientras observaba a cuatro miembros del Ejército provistos de taladros y cinturones de herramientas que se habían metido en el agua y estaban trabajando en dos de los viejos postes de madera.

—¿Por qué? ¿Para qué lo graban? —quiso saber.

—Para captar a gente —respondí encogiéndome de hombros—. Soy un trofeo. Causa impacto: le enseñan al mundo y a otros grupos terroristas que harían mal en no tenerlos en cuenta. Dentro de unas horas lo subirán a YouTube. Bloquearán el vídeo, desde luego, pero lo único que se conseguirá con eso será generar más publicidad. Mañana estará en todas las redes sociales y en la *dark web*.

Laleh hizo un esfuerzo para contener las lágrimas.

—Eso significa que mis padres lo verán.

—¿Dónde están? —pregunté.

—Mi madre en Kabul, con mi hermana —me dijo—. Como mi padre daba clases de inglés y quería que sus dos hijas trabajaran y tuvieran

un futuro, sabíamos que estaba en peligro. Los talibanes se habían apoderado de la ciudad y mis padres decidieron que él tenía que marcharse. Justo antes de medianoche se subió a un autobús a Kandahar y de ahí fue en tren a Irán. Al día siguiente estuve preocupada por él todo el tiempo: es mayor y tiene diabetes. —Se detuvo, tenía un nudo en la garganta—. Lo quiero tanto...

Su voz se fue apagando, y me volví para mirarla. Se mordía el labio, intentando no llorar.

—Esa noche decidí ir tras él —continuó poco después.

—¿Se lo dijiste a tu madre? —inquirí.

Laleh negó con la cabeza.

—No me lo habría permitido.

—¿Qué sucedió? —me interesé.

—Le dejé una nota, cogí el autobús y crucé a Irán a pie —contó—. Al día siguiente me detuvo una patrulla de la frontera. Eran hombres devotos y estaba a salvo en sus manos, pero me llevaron al campo de refugiados de Iranshahr...

—Y ahí es donde te encontraron Ghorbani y Bahman, ¿no? —concluí.

Ella asintió.

—En el campo me habían robado el móvil y no tenía otra manera de hacerme con uno. Quería llamar a mi madre para decirle que estaba bien y, claro, estaba desesperada por saber qué había sido de mi padre.

»Sabía que si se encontraba bien, iría a buscarme y yo podría ayudarlo, cuidarlo. Todo habría salido bien —aseveró—. Pero necesitaba un teléfono móvil. Esos hombres me dijeron que no pasaría nada malo: tú llevabas tabaco de Afganistán y querías venderlo en Teherán, solo eras un contrabandista.

—Lo sé —repuse. Sentía que Ghorbani hubiera muerto, pero era difícil compadecerse de él: sería el único responsable de que los padres y la hermana de Laleh pusieran las noticias al día siguiente y vieran su cara justo antes de que la ejecutasen.

—¿Cómo lo harán? —preguntó en voz baja.

Sabía por qué lo preguntaba. Era como Rebecca, tenía el mismo valor sereno: quería saber de qué tener miedo, tenía que saber cómo era el monstruo. Negué con la cabeza; el método no importaba y, de todas formas, tenía cosas más acuciantes en la mente.

—¿Sabes nadar? —le pregunté.

—Sí —aseguró—. No muy bien, no es un deporte popular en Afganistán. —Trató de sonreír, y yo sonreí a mi vez—. ¿Por qué necesito nadar? —preguntó—. ¿Podemos...?

—Existe una posibilidad —dije—. Pueden salir mal cien cosas, pero, escucha, no hace falta que nades bien. He estado observando la bahía

y hay una corriente fuerte que baja hasta la restinga meridional y después sale al golfo: nos arrastrará.

Miró al agua, intentando ver lo que yo quería decir.

—Vale, si tú lo dices...

—No sé qué pasará cuando estemos expuestos al *shamal* —admití—. Pero antes de que lleguemos hasta allí, tendrás que aguantar la respiración. Me refiero a mucho tiempo. —Lo dije con dureza, para que se le quedara grabada la importancia de lo que le estaba diciendo —. Por muy asustada que estés, deberás mantener la calma: no forcejear ni gritar. Con eso solo conseguirás acelerar el ritmo cardiaco y consumir más oxígeno. ¿Entendido?

Laleh hizo un gesto afirmativo.

—Ellos esperarán que sacudamos los brazos y las piernas y parezcamos aterrorizados —proseguí—. Lo quieren para el vídeo, pero, sintamos lo que sintamos, no podemos hacer eso. Cada segundo cuenta. Normalmente una persona puede aguantar la respiración dos minutos, pero creo que tendrán que ser tres, tal vez más.

Laleh empezó a decirme que lo entendía, pero sus ojos se centraron en algo que estaba detrás de mí y vi miedo en ellos. Volví la cabeza: los soldados que viajaban con nosotros, cada uno con una sartén con comida en la mano, habían dado la vuelta a un vehículo y se aproximaban. El que iba delante me miró y supongo que se dio cuenta de que habíamos abierto la ventanilla de la luneta trasera.

Soltando tacos en árabe, se acercó dando zancadas, abrió con fuerza la puerta de atrás de la camioneta, apartó a Laleh de malas maneras y cerró la ventanilla. Ya no podríamos comunicarnos más: puede que le hubiese dicho lo suficiente, pero no lo sabía con seguridad.

13

El sol de media tarde iniciaba su descenso hacia el horizonte, convirtiendo el agua turquesa en rosa, cuando Kazinsky llegó a la camioneta acompañado de un hombre vestido por completo de blanco, incluidos el pañuelo y la capucha que le cubría el rostro.

Iba rodeado por media docena de guardaespaldas y no era joven: por debajo de la capucha asomaban mechones de una barba gris y los ojos oscuros que me miraban por los dos agujeros que habían abierto en la tela eran los de un hombre que había visto mucha vida y probablemente más muerte. En la remota y desierta playa, con cientos de sus hombres vestidos como beduinos alineados en las dunas que se alzaban tras él, parecía una visión, un profeta, alguien salido de otro lugar y de otra época. Supe que era el Emir.

Aunque tal vez no fuese obvio, su ropa —como la de Kazinsky— era

una elocuente concesión a la modernidad. El auge de los satélites espía en combinación con los grandes avances en reconocimiento facial e identificación biométrica implicaban que los ataques selectivos con drones suponían una enorme amenaza. Por consiguiente, el anonimato era el bien más codiciado en el submundo terrorista: era cuestión de vida o muerte para sus líderes, y el hombre que tenía enfrente no estaba dispuesto a correr ningún riesgo. La capucha y la ropa holgada implicaban que, por el momento, no se vería expuesto a ningún análisis de reconocimiento facial o biométrico.

Dio un paso más y me miró a través de la malla de acero, escudriñándome como a un animal de laboratorio. Sin hacerle el menor caso, me dirigí a Kazinsky:

—Vaya, conque también voy a conocer al Emir.

Decidido a no mostrar ninguna sorpresa esta vez, Kazinsky se limitó a asentir.

El Emir había llegado a la playa hacía una hora, viajaba en un convoy de cinco todoterrenos, todos ellos haciéndose pasar —según los logos embarrados de las puertas— por parte de una organización conservacionista llamada Central Asian Wildlife Survey. El de mayor tamaño de los vehículos de la presunta organización era el más extraordinario, un cruce entre un SUV de lujo y un camión que yo solo había visto antes en los ricos estados petroleros de Arabia Saudí y Catar. Fabricado por la división AMG de Mercedes, se trataba de un biturbo de seis ruedas construido sobre un chasis militar y capaz de cruzar incluso el terreno más abrupto. Eran tremendamente caros —de ahí que no se viesen fuera de los estados del golfo—, y como este llevaba matrículas pakistaníes, supuse que se lo había proporcionado un donante rico o, lo más probable, la PIA, la Agencia de Inteligencia Pakistaní. Siempre resultaba útil, pensé, contar con aliados dignos de confianza en la lucha contra el terrorismo internacional.

El Emir seguía estudiándome a través de la malla, pero, en lugar de mirarlo a él, yo no perdía de vista al equipo de grabación que se estaba acercando, centrándose en el atemorizado rostro de Laleh. Aunque la chica se agachó e intentó esconderse de la cámara, uno de los hombres metió la mano por la ventanilla, la cogió del cuello y la obligó a mirar a la cámara. Imaginé a sus padres y su hermana teniendo que ver eso. Cuando se sintió satisfecho, el cámara hizo una panorámica y pasó a grabar mi cara y la firme mirada del Emir. Mientras grababa, el hombre de blanco, en el momento justo, se volvió hacia Kazinsky y habló en farsi a través de la máscara.

—Haga cumplir la sentencia —ordenó.

Tras aprobar la ejecución, se volvió y, acompañado de sus guardaespaldas, fue hacia un grupo de sombrillas y un sillón —el mismo que yo había visto en la fotografía que logró pasar el correo—

que habían instalado para él en la cima de una de las dunas.

—Quitadles las esposas y sacadlos —dijo Kazinsky en árabe a unos cuantos soldados.

Mientras sacaban a Laleh a rastras por la puerta trasera del vehículo, a mí me liberaron la desgarrada y sangrante mano del grillete de acero. Uno de los jinetes abrió los cerrojos de la puerta de la jaula y yo salí; tenía las piernas tan agarrotadas que nada más apoyar mi peso en ellas cedieron y me caí. Me agarré al portón trasero de la camioneta, apreté los dientes para soportar el dolor que sentí a medida que la circulación iba volviendo y me levanté.

Kazinsky se dirigió a los soldados de nuevo.

—Preparadlos para los postes.

Vi que Laleh miraba el destrozado muelle: la marea había bajado hacía varias horas y aunque el agua ya estaba subiendo a buen ritmo por la playa, los dientes rotos seguían a la vista. Kazinsky, mientras tanto, se estaba quitando los pañuelos de la cabeza y el cuello y la camiseta para meterse en el agua con nosotros.

Una vez más le vi la langosta tatuada en la espalda, las tres estrellas doradas y las dos franjas rojas que correspondían a un coronel, y —ahora claramente, en alfabeto cirílico— el nombre de la unidad en la que había servido. Era la 3.ª brigada Spetsnaz, un comando de fuerzas especiales cargado de brutalidad y de historia rusa: fueron los primeros en entrar en Berlín durante la Segunda Guerra Mundial, intervinieron en dos campañas en Afganistán y combatieron —entre otros escenarios bélicos— en Kosovo, Chechenia, Ucrania y, como soldados sin distintivos, en la sucia e interminable guerra de Siria.

Seguía contemplando sus tatuajes cuando se volvió hacia sus hombres y nos señaló a Laleh y a mí.

—Bien, quitadles la ropa —ordenó.

Entré en pánico: era lo único que no había previsto en mis planes. Los soldados sonrieron y miraron a Laleh, desnudándola ya mentalmente. La chica intentó retroceder, pero ya había otros hombres avanzando por detrás, más que encantados de echar una mano.

No tenía tiempo para preocuparme por su modestia: estaba desesperado. Debía conservar la ropa a toda costa...

14

—No, Coronel —pedí a Kazinsky—. No nos humilles. Sobre todo a la chica, es una adolescente. Quítale la vida, pero deja que conserve la dignidad, déjanos vestidos.

Me miró como si me hubiese vuelto loco.

—¿Has visto las cámaras? —preguntó—. ¿Sabes por qué están aquí?

—Para YouTube —contesté.

—Para ayudar a reclutar gente, sí, y ¿sabes qué queremos? Hombres jóvenes. Podríamos subir a internet sermones largos; es lo que quieren los hombres devotos. O podemos ponerle música rap, desnudar a la chica y llevarla al poste. ¿Tú qué crees que tendrá más visualizaciones?

Lo estaba mirando, pero casi no lo escuchaba, intentaba pensar en argumentos que me permitieran seguir vestido. Dio media vuelta para marcharse.

—Hacedlo —ordenó a los soldados—. Desnudadlos, ¡ahora!

Mientras avanzaban hacia Laleh y hacia mí, el cerebro me iba a toda velocidad, dispuesto a agarrarme a cualquier cosa, y de pronto —por una razón que no entendí— me vino a la cabeza la 3.ª brigada Spetsnaz y la hilera de tatuajes del antebrazo de Kazinsky con los lugares en los que había combatido. Había visto el nombre de Alepo, la ciudad de Siria, y una fecha... y me pregunté por qué se me había quedado grabado en la memoria ese enfrentamiento. Era una batalla de sobra conocida, famosa por un motivo en particular, caí en la cuenta, y me acordé, aparentemente sin saber por qué, de una caja que en su día había contenido té de manzana. Supe lo que tenía que hacer.

—Coronel —dije en voz alta en ruso.

Kazinsky, que se alejaba de mí y caminaba hacia el agua, se detuvo a mitad de zancada. Se volvió...

—Permiso para hablar con el oficial al mando del primer regimiento de la 3.ª brigada de soldados Spetsnaz, ¡señor! —Mi ruso rozaba la perfección, y me estaba dirigiendo a él como enseñaban a hacer a todos los soldados.

Clavó la vista en mí.

—¿Ahora hablas ruso? Contigo, si no es una cosa, es otra.

Los soldados, los cámaras y Laleh: todo el mundo estaba tan sorprendido como Kazinsky debido al idioma que yo estaba utilizando.

—¿Qué quiere, soldado? —preguntó en ruso, como el oficial que había sido en su día, e indicó a sus hombres que dejaran de intentar quitarnos la ropa.

—Yo estuve en Alepo, en el norte de Siria, el siete de mayo —contesté.

Por segunda vez en pocos segundos estaba sorprendido.

—Miente. De eso hace años, ¿qué estaba haciendo allí? —quiso saber.

—Combatiendo, señor. Antes de entrar en la Agencia estaba en los marines —mentí—. Tenía una habilidad que el regimiento 75 de los Rangers necesitaba cuando entraron en la ciudad. El idioma local era

el árabe, nuestros aliados eran kurdos que hablaban turco y sabíamos que los Spetsnaz rusos se encontraban al otro lado. Yo hablaba con fluidez los tres idiomas, así que el Pentágono pensó que podía ser útil. —Me encogí de hombros como si tuviese todo el sentido del mundo.

Nada de aquello era verdad (aparte de saber los idiomas), nunca había estado en Alepo y serví en submarinos nucleares; prácticamente no podía estar más lejos de los marines. Si hubiese un plan mejor, lo habría utilizado, de eso no tenía la menor duda.

Sin embargo, contaba con una ventaja: el combate del 7 de mayo en Alepo, en el que Kazinsky luchó y que había inmortalizado en su antebrazo, era muy conocido en los círculos de la inteligencia estadounidense. Mientras el regimiento 75 de los Rangers y los Spetsnaz sin distintivos libraban durante tres días una mortífera batalla alrededor del castillo medieval que se alzaba en el centro de la ciudad, yo estaba trabajando en Langley, era un joven agente de inteligencia. Poco después de que terminara el combate, mi conocimiento de los idiomas hizo que me llamaran para que ayudase a traducir numerosos informes de todos los bandos.

—¿Combatió allí? —inquirió en ruso Kazinsky.

—Cerca del muro norte de la ciudadela —volví a mentir.

—Miente —repitió, pero lo dijo sin convicción, y supuse que me estaba poniendo a prueba.

—Si usted lo dice, señor… —repuse, y me encogí de hombros como si me diera lo mismo.

—Continúe —ordenó.

—Éramos seis, formábamos parte de una unidad de infantería ligera —referí, recordando un informe detallado que había leído—. Justo después de que amaneciera el primer día vimos a unos veinticinco hombres de la 3.ª brigada Spetsnaz que guiaban a un grupo de soldados sirios por un camino que subía hasta la ciudadela que nadie había previsto. Queríamos retirarnos, pero la única manera de hacerlo era en campo abierto, así que nos enfrentamos a ellos —proseguí—. Apenas se podía intuir lo que se avecinaba, pero logramos retrasarlos para que pudiera formarse una línea defensiva. A cuatro de nosotros nos hirieron en cuestión de media hora, y si estuvo usted allí, sabrá que cada hora era igual en cientos de enfrentamientos en toda la ciudad.

Kazinsky me miró fijamente, inseguro, y me preguntó:

—¿Qué pasó cuando terminó la batalla?

—¿Después de que los ataques aéreos obligaran a los sirios y los Spetsnaz a retirarse? —planteé—. Salimos y recuperamos a nuestros muertos y enterramos a los suyos.

—¿Por qué enterraron a los nuestros? —quiso saber.

—A modo de homenaje. Por respeto. Eran soldados valientes, todos

nosotros habíamos visto actos heroicos. Pensamos que sus caídos merecían algo más que los perros salvajes. —Lo que estaba diciendo (de enterrar al enemigo) era verdad: había sucedido así, se mencionaba en todos los informes.

—¿Y qué hicieron cuando los enterraron? —preguntó Kazinsky, todavía tanteando.

—Cogimos todo lo que pudimos de los cuerpos —respondí—: joyas, chapas de identificación, fotos, diarios, cualquier cosa que pudiera significar algo para sus seres queridos.

—¿Y luego?

—Lo metimos todo en una caja, le dimos una bandera blanca a un sirio al que habíamos capturado y lo mandamos a sus líneas para que se la entregase a ustedes —conté.

Kazinsky me miró con atención un instante.

—¿Qué clase de caja era? —fue su astuta pregunta.

Había habido un sinfín de informes de esos días terribles —varios en diarios militares con profusión de detalles—, pero estaba seguro de que ninguno de ellos mencionaba que se hubiesen devuelto objetos personales y la clase de caja en que se habían entregado. Solo alguien que hubiese combatido allí —en alguno de los bandos— lo sabría. Alabado fuese cualquier dios que existiera, pensé, por permitir que se describiese al menos en uno de los informes de testigos oculares que leí.

—Un sargento mayor encontró una caja de cartón en una vieja despensa en la ciudadela —aseveré—. En su día contenía té de manzana turco (en la tapa había un manzanar pintado), y eso fue lo que utilizamos.

Kazinsky no dijo nada. Acto seguido se volvió hacia los soldados.

—Dejad vestido al americano —ordenó—. Que muera como el soldado que fue un día.

—¿Y la chica? —insistí.

—En ropa interior —concedió—. Y ahora lleváoslos de aquí.

15

Escoltados por Kazinsky y los soldados, con el equipo de filmación desplazándose a nuestro alrededor y grabándonos —Laleh en bragas y sujetador, tapándose con las manos para intentar conservar el pudor—, nos hicieron avanzar a empujones hacia los bajos y después hasta los postes.

Para cuando quisimos llegar a los dientes rotos, el agua nos cubría hasta la cintura, la marea estaba subiendo deprisa y noté que la corriente que me tiraba de los gemelos era mucho más fuerte de lo

que había previsto. Esa, al menos, era una buena noticia: significaba que, si conseguíamos escapar, nos llevaría playa abajo y alrededor de la restinga rápidamente.

En tres ocasiones mientras nos obligaban a avanzar por el agua Laleh me miró, suplicando en silencio alguna explicación de lo que iba a pasar. Yo no contesté, no le proporcioné ningún consuelo: tenía miedo de que Kazinsky o alguno de los soldados se diera cuenta de que no tenía ninguna intención de desaparecer dócilmente. Con los dientes apretados y la mirada al frente, me esforcé mucho en hacer que creyesen que era todo un ejemplo de estoicismo.

Solo una vez, cuando Kazinsky se adelantó un poco para comprobar los collarines de acero especiales que sus hombres habían afianzado a dos de los postes —y con el equipo de cámaras siguiendo sus pasos—, tuve ocasión de decirle algo, en voz muy baja: «No lo olvides: cuando el agua te llegue al pecho, no grites. Necesitarás cada segundo de oxígeno que puedas reservar».

Laleh asintió, y vi que la tranquilizó un tanto saber que seguía habiendo un plan, pero ese fue el último contacto que tuvimos: los soldados empezaron a arrearnos con las armas, obligándonos a ir más deprisa hacia los postes, cerrando filas a nuestro alrededor.

Miré más allá de los hombres que tenía frente a mí y vi con claridad la versión de una cámara de gas de Kazinsky: dos postes mugrientos contiguos, cada uno con un collarín metálico. Los collarines eran de acero endurecido, y los hombres los habían atornillado tan a fondo en la madera que eran imposibles de mover. Constaban de dos partes que se unían atrás mediante una bisagra, y en menos de un minuto a Laleh y a mí nos obligarían a situarnos con la espalda contra un poste —de cara a la playa y a las cámaras— mientras nos ponían el collarín en el cuello y lo cerraban con candado delante. Tendríamos los pies en la arena, pero lo bonito —si es que esa era la palabra adecuada— de los collarines era que, si bien no podíamos escapar, nuestros pies y nuestros brazos serían completamente libres. Podíamos gritar, retorcernos, sacudirnos, mover los brazos o las piernas mientras la marea se encargaba de que el agua siguiera subiendo más y más hasta que, al fin, nuestra nariz quedara sumergida.

Una ejecución calculada al milímetro, nos ahogaríamos a cámara lenta frente al Emir y los hombres de las dunas y el proceso se grabaría en alta definición para una audiencia internacional. Eso es entretenimiento, supongo.

Mientras íbamos por el agua, los dos tropezamos por lo menos una vez en la fuerte corriente antes de llegar a los postes. Los soldados nos dieron la vuelta inmediatamente y nos empujaron hasta pegarnos la espalda a la madera con violencia.

El propio Kazinsky hizo los honores, mirándonos a los ojos mientras

nos ponía el collarín de acero —primero a Laleh y luego a mí— y lo afianzaba haciendo girar la llave en un anticuado y recio candado de hierro.

Me miró una última vez.

—Buenas noches, América, y todos los barcos del mar —dijo aludiendo al famoso saludo radiofónico, antes de unirse a los soldados y dejarnos a merced del agua que seguía subiendo y nos daría muerte.

16

Ráfagas de disparos hendieron la tarde, haciendo que una bandada de gaviotas levantara el vuelo y que colonias de ratas salieran de sus madrigueras y se escabulleran por los matorrales y las dunas.

Con el agua subiéndonos por el pecho, el collarín de metal clavándosenos en el cuello y la corriente tirando de nuestras piernas, Laleh y yo vimos que los cientos de hombres cuya silueta se dibujaba a lo largo de las dunas bajaban las armas, se acercaban al Emir y se sentaban para vernos morir.

Los tres cámaras habían dejado los postes tras ellos y grababan a Kazinsky y los soldados mientras volvían a la orilla. Con la playa bañada en la luz dorada del sol poniente, los salvajes soldados de las dunas como un ejército beduino salido del desierto, el encapuchado Emir sentado debajo de la sombrilla como si fuese un soberano medieval y la langosta negra de la espalda de Kazinsky ondulándose y amenazando con levantar el vuelo, no me cupo la menor duda de que todo ello daría lugar a miles de nuevas captaciones. Con independencia de lo que uno pudiera pensar de su ideología o sus métodos, la puesta en escena era impresionante.

Necesitaba hablar con Laleh para explicarle cuál era nuestra única posibilidad de escapar, pero aunque ni el equipo de filmación ni nadie más podía oírnos, intuí que el micrófono direccional era lo bastante sensible para captar sonido a gran distancia, y todavía no estaba dispuesto a correr el riesgo.

Laleh, que se abrazaba el cuerpo que le temblaba de miedo como para protegerse, intentó hablar, pero negué con la cabeza como buenamente pude para que guardara silencio. De manera que, de pie allí, con la espalda rígida contra el poste, cada uno era presa de su propio terror mientras pugnábamos por guardar la calma y controlar la respiración, con los brazos a los lados, pendientes de un agua cada vez más cerca de los hombros, mirando a los hombres que se extendían por las dunas.

Cuando el equipo de grabación y su micro estuvieron lo bastante lejos en la playa, por fin me volví para hablar con Laleh. Preocupado

de que los hombres de la playa me viesen hablando en lugar de gritando y sacaran la conclusión de que tramaba algo, bajé la cabeza, uní las manos ante mi cara en un gesto cristiano de oración y hablé en voz queda.

Mis palabras se vieron ahogadas por el clamor que se oyó en las dunas: el espía sabía que estaba a punto de morir, el espía estaba aterrorizado, el espía intentaba hacer las paces con Dios. Los observé con la mirada baja y, al otro lado de la incesante marea, vi que Kazinsky sonreía desde la playa. Entre multitud volvió a hacerse el silencio y yo continué con mi oración.

—Solo tenemos unos minutos —le dije a Laleh—. Tú solo escucha, no me mires, sigue con la vista al frente.

»Contamos con un golpe de suerte —proseguí—. Estás ligeramente más elevada que yo, lo que significa que tendrás la nariz fuera del agua y podrás respirar unos segundos más que yo. Podría suponer la diferencia entre la vida y la muerte.

»Cuando llegue el momento —continué, con las manos aún unidas ante la cara— y el agua te cubra la boca, coge todo el aire que puedas por la nariz. Llénate los pulmones, pero no lo aguantes: exhala una pequeña cantidad poco a poco. De esa forma controlarás el pánico.

Laleh no se pudo contener, y no se lo puedo reprochar: el miedo debía de ser paralizador.

—¿Tú dónde estarás? —quiso saber, la voz quebrándosele.

—Cuando el agua te cubra la nariz, yo estaré debajo de ti —contesté.

No tenía ninguna certeza de que fuera verdad, pero ¿qué otra cosa podía decir? La idea de que yo pudiera escapar y la liberase, el alivio, fue casi demasiado para ella, que empezó a volver la cabeza para mirarme.

—No mires hacia aquí —espeté con aspereza—. Ahora escucha —seguí—. Cuando te haya llegado casi a los ojos, levanta los brazos y sacúdelos. Intenta impulsarte hacia arriba: no hagas caso de lo que yo esté haciendo bajo el agua y haz como si te estuvieses ahogando.

»Con los brazos en alto, aprieta las manos y déjalas caer, sin fuerza. Tienes que hacer que crean que has muerto. Tendrás la cabeza debajo del agua, no te podrán ver, así que se lo creerán si lo haces bien.

Laleh asintió y yo miré el agua: ya me llegaba por los hombros y una ola irregular empujada por un *shamal* que arreciaba golpeó el collarín de acero y me dio en la cara. A través del agua pulverizada, mientras notaba la sal en mis resecos labios, eché un vistazo a la playa: algunos beduinos habían levantado el fusil y estaban utilizando la mira telescópica para escudriñar mi rostro, el Emir se había echado hacia delante en su cómodo sillón, expectante, y de los fuegos subía humo. Kazinsky era el único que estaba completamente inmóvil,

apoyado con una rodilla en la playa, alejado, con los ojos clavados en mí en el crepúsculo, esperando a que la marea —y la muerte— me engullese de una vez por todas.

El agua me cubrió los hombros y supe que el momento se acercaba. Por debajo del agua levanté primero un pie y después el otro y me libré de las sandalias. Bajé las manos, oí silbidos y abucheos de los beduinos y —con las manos ocultas bajo el agua— me desabroché el cinturón y lo saqué del pantalón. Puesto que me quedaba muy grande, me cayó hasta los tobillos y me lo quité.

Asiendo firmemente el cinturón de cuero con una mano, utilicé la otra para dar con la hebilla de plata y comprobé que el cosido que había hecho en la aldea envenenada aguantaba. Satisfecho, moví el hebijón hasta tenerlo entre el pulgar y el índice y miré al agua. Al cabo de unos segundos taparía el pesado candado de hierro y yo podría empezar.

17

Con el cinturón en una mano y el hebijón en la otra, fui viendo como el agua cubría el collarín de metal, engullía el candado y me daba bajo la barbilla.

Vi que los beduinos e incluso el Emir se levantaban: el agua estaba cerca de mi boca y mi nariz: casi había llegado el momento final. Se pensaban que me derrumbaría y empezaría a gritar con desesperación. Sin embargo, lo que hice fue mirar al frente e intentar dar la impresión de ser inquebrantable. Desafiante hasta el final.

Bajo el agua, en cambio, mis dedos trabajaban con frenesí. Habían pasado años —durante el entrenamiento básico— desde que me habían enseñado a abrir candados, y desde luego las técnicas no incluían tratar de hacerlo debajo del agua.

Noté que el hebijón entraba en el orificio y ejercí presión, doblándolo con el objeto de darle la forma necesaria para que funcionase mejor de ganzúa. Mientras seguía mirando al frente, intentando respirar con la mayor profundidad y regularidad posible, notando que el agua me pasaba de la barbilla y empezaba a darme en los labios, vi que Kazinsky se levantaba y se acercaba al agua, sus ojos firmes, clavados en mí. No sabía si se estaba preparando para el momento en que el agua me tragase o si había visto algo que lo hacía sospechar. A pesar de mis esfuerzos, me di cuenta de que el corazón se me aceleraba y hablé a Laleh en voz baja, sin apenas mover la boca.

—Me preocupa Kazinsky —dije—. Distráelo. Ponte a tirar del collarín. Grita, patalea: dale algo que haga que deje de mirarme a mí.

—¿De terror? —repuso con la respiración entrecortada—. No estaré

actuando.

En otras circunstancias me habría reído. Laleh empezó a gritar con desesperación, a tirarse del collarín, a intentar agarrarse del poste por encima de la cabeza para elevarse unos centímetros, pero la viscosa madera impedía que sus dedos se sujetaran, y se le resbalaron las manos.

Kazinsky apenas le prestó atención. Se acercó más al agua, mirándome.

Yo seguí a lo mío: con la ganzúa doblada dentro del orificio, fui tanteando mientras daba gracias a la Divina Providencia por que el candado fuese antiguo y el mecanismo relativamente simple. El agua me llegó a la boca y calculé que podía coger aire dos veces antes de que me cubriese la nariz. Ahora aquello era una carrera entre mi habilidad para abrir un candado y la fuerza gravitacional de la luna. Mientras Laleh continuaba gritando y tirando del collarín, sin rendirse, mi mirada seguía inalterada, y vi que Kazinsky daba un paso más hacia el bajo, al parecer preocupado por mi inesperado estoicismo.

Procuré hacer caso omiso de él, obligándome a concentrarme, y por fin noté que el hebijón se introducía en parte del mecanismo. Sin una llave de tensión —una de las herramientas clásicas para abrir cerraduras—, tenía que improvisar, intentando guiar el hebijón por el mecanismo.

Me negué a mirar a Laleh, pero a juzgar por el pánico que percibía en su voz, ya no estaba actuando: el pavor era auténtico, y supuse que el agua ya le llegaba a la boca.

Levanté la cabeza lo justo para sacar la mía del agua.

—¡Para! —le dije—. Ya es suficiente. Tienes que volver a respirar con regularidad, no dejes que el pánico se apodere de ti. Ya falta poco.

—Vale —contestó, y no oí más. Solo tuve tiempo de inspirar hondo una vez antes de que el agua me tapara la nariz. Imposible coger aire de nuevo.

«Dos minutos, tres como mucho», me dije. Después sería libre o estaría muerto. Noté que la corriente me rodeaba el rostro: ahora estaba debajo del agua, atrapado por el cuello. Con tan solo los ojos aún por encima de la superficie, vi que los beduinos comenzaban a disparar las armas para celebrar mi inminente muerte y Kazinsky se daba la vuelta y gritaba algo hacia las dunas. Pero no estaba celebrando nada: les indicaba algo a los hombres.

Aún moviendo el hebijón, miré a Laleh: no me equivocaba, el agua le estaba cubriendo la boca y en menos de un minuto le taparía la nariz. Yo empezaba a intentar darle aliento con la mirada cuando la ganzúa encontró un canal y se deslizó en el mecanismo.

Tenía que centrarme; los siguientes segundos serían cruciales.

Ejerciendo una presión sostenida, retorcí el hebijón una vez, intentando hacer que girase, y me topé con una resistencia absoluta. Mientras exhalaba un poco del preciado aire que conservaba, a sabiendas de que muy pronto me quedaría sin nada y con los pulmones ya empezando a dolerme, giré el metal hacia el otro lado.

Noté más resistencia y luego, de pronto, ninguna. Lo hice girar con más fuerza y un segundo después el hebijón devenido en ganzúa abrió el mecanismo. Noté que el candado cedía. Si no hubiese estado bajo el agua y ahogándome, habría lanzado un grito de alivio.

Tras asegurarme de sujetar bien la hebilla y el cinturón, saqué el candado del pasador que mantenía unidas las dos mitades del collarín y este cayó de mi cuello. Era libre.

Pero no me podía mover: tenía que quedarme donde estaba, intentando contener la respiración desesperadamente, de lo contrario Kazinsky, o cualquiera que me estuviese observando por una mira telescópica, se daría cuenta de que el collarín ya no me retenía y todo estaría perdido. Solo cuando el agua me cubriese la cabeza por completo y desapareciera de la vista de todos podría sumergirme, situarme bajo Laleh, arriesgarme a coger aire si era preciso, y empezar a tratar de liberarla.

Con el agua lamiéndome los ojos, eché un vistazo a la playa y vi lo que había estado pidiendo Kazinsky: un soldado le llevó unos prismáticos, con los que el Coronel me apuntó directamente. Nos miramos: Kazinsky intentando averiguar si había algo raro y yo sin más remedio que aguantar la respiración y esperar. Procuré no pensar en el acuciante dolor que sentía en el pecho o en lo que le estaba pasando a Laleh. Detrás de mí el sol, que ya casi se había hundido en el golfo, oscurecía las aguas circundantes, alargaba las sombras en las dunas y hacía que la playa pareciese más bella aún. Era la hora mágica... y acto seguido desapareció. El agua inundó mis ojos y dejé de ver. Calculé que tardaría unos diez segundos en cubrirme la cabeza, y empecé a contar. Al llegar a ocho me di cuenta de que estaba bajo el agua. Me agarré al poste, mientras los pulmones me ardían y tenía la sensación de que me explotarían, y bajé todo lo que pude sin soltarme, dejando atrás el letal collarín.

A esas alturas el agua ya le cubriría la nariz a Laleh y me aterrorizaba que la chica no hubiese podido dosificar el oxígeno y ya se hubiese ahogado. Medio gateando, medio nadando por el arenoso fondo, me moví lo más deprisa que pude para llegar hasta ella, y entonces vi el poste que la sujetaba. Me aproximé a él por el lado orientado al mar, distinguí la silueta borrosa de su cuerpo, me abalancé hacia ella y le agarré el tobillo.

Durante un instante no obtuve respuesta, y me arrolló una oleada de pánico cuando empecé a pensar que la había perdido. Después noté

una patadita: estaba viva.

Subí por el poste, decidido a no correr el riesgo de asomarme a la superficie, y vi que Laleh estaba completamente sumergida, sus ojos me miraban muy abiertos, aterrorizados: era evidente que empezaba a quedarse sin oxígeno y sin vida.

No tenía elección: manteniendo el voluminoso poste entre mi persona y los hombres de la playa, sirviéndome de él para intentar disimular mi presencia, emergí y tomé una gran bocanada de aire por la boca y la nariz, llenando los pulmones.

No sabía si Kazinsky o alguien en la playa me había visto, pero me hundí de nuevo lo más deprisa que pude. Con una pequeña brazada me hallaba otra vez junto a Laleh, que tenía la cabeza ladeada y la boca laxa: casi sin vida ya.

Acerqué su cabeza a la mía de forma que su rostro grisáceo quedara contra el mío, nuestra nariz tocándose, y apliqué mi boca a la suya. Le insuflé aire y mantuve mis labios contra los suyos por si los abría, para que no empezase a tragar agua. Sus ojos se encendieron de pronto, en cuanto el oxígeno le llegó al torrente sanguíneo, y me miró.

Dicen que el primer beso nunca se olvida... Bien, puedo garantizar que una joven afgana, bajo el agua, en la costa del golfo Pérsico en Irán, probablemente no olvidaría nunca el suyo. Emergí de nuevo, cogí aire y le volví a hacer el boca a boca, permaneciendo con ella hasta estar seguro de que el pánico había pasado, sus pulmones estaban llenos y podía aguantar la respiración. Solo entonces eché mano de la hebilla y me puse a abrir su candado.

De cara al orificio, pudiendo ver lo que hacía —aunque fuese a través del agua—, la operación debería haber sido más fácil, pero el candado estaba en peor estado y más oxidado que el mío, y a mi improvisada llave le costaba mucho más abrirse paso por él. Como no quería retorcerla a la fuerza —si partía el hebijón, adiós muy buenas —, me forcé a ir despacio y en tres ocasiones me vi obligado a subir a la superficie para coger aire para los dos.

La segunda de esas veces, en la creciente oscuridad, vi que Kazinsky se había adentrado en el agua y ya no miraba los postes, que para entonces ya estaban hundidos prácticamente enteros. Se agachó y empezó a sacar algo del agua.

Yo no sabía qué podía ser, al menos no hasta que subí a la superficie la siguiente vez. Con los ojos justo por encima de la línea del agua, medio ocultos detrás del poste, vi que levantaba algo y lo movía para enseñárselo a los cientos de hombres de las dunas. Acto seguido comenzó a dar órdenes a voz en grito. La marea había llevado hasta él mi pantalón.

Esa prenda debió de confirmar sus sospechas: yo había insistido en mantener la ropa por algún motivo. Comenzó a avanzar en el agua, en

busca de alguna señal de Laleh o mía.

Cogí todo el aire que pude, me sumergí de nuevo, «besé» a Laleh y volví con mi frenética tarea. Irónicamente, que Kazinsky entrara en acción fue el acicate que necesitaba: no quedaba tiempo para ser cauto, y decidí girar el hebijón a la izquierda otra vez, ahora forzándolo mucho más. Tras una resistencia momentánea, noté que se deslizaba por el mecanismo. Seguí girando con fuerza, confiando desesperadamente en que el metal no se partiese, sentí que el óxido cedía y noté que el hebijón lograba su cometido: el candado se abrió.

Como no quería arriesgarme a coger aire de nuevo, apreté los dientes para combatir el feroz dolor que sentía en el pecho, quité el candado, abrí el collarín de acero y liberé a Laleh.

Se desplomó en mis brazos y la sostuve, asegurándome de que siguiésemos debajo del agua los dos, y aunque nuestros pulmones estaban al límite, dejé que la corriente, que era más fuerte que nunca, empezara a llevarnos playa abajo.

Lo único que teníamos que hacer era sobrevivir los siguientes minutos; si lo hacíamos, estaba seguro de que en esa oscuridad cada vez mayor podríamos emerger tanto como necesitáramos hasta que hubiésemos pasado la restinga y saliéramos al golfo. De no ser porque…

Laleh, entre mis brazos, comenzó a aporrearme el hombro, obligándome a mirarla: no podía aguantar más sin aire y señalaba la superficie. No tenía elección: subimos juntos, asomamos la cabeza, cogimos aire… y nos vimos bañados en luz.

Había subestimado a Kazinsky: en cuanto cogió los pantalones y concluyó que habíamos conseguido escapar, debió de ser consciente de que la creciente oscuridad sería nuestra mejor aliada y su mayor problema. Debió de gritar a los hombres de las dunas la orden de que corriesen en busca de los vehículos aparcados en la cima y encendieran los faros. La mayoría de las camionetas llevaban focos montados en las barras antivuelco y ahora los estaban manipulando para que la luz fuese más intensa aún.

Inundaba la bahía, se extendía hasta la oscuridad del golfo y se concentraba entre los postes de ejecución y la restinga. Kazinsky, con sus prismáticos, se movía rápidamente por la playa en los bajos, se dirigía hacia la restinga, a todas luces consciente de la dirección de la corriente. En las dunas los soldados ya apuntaban con los fusiles de asalto.

No hizo falta que le dijera nada a Laleh: entendió lo que estaba pasando y se zambulló igual de deprisa que yo. Cogidos por el antebrazo, con miedo de que pudiéramos soltarnos en la oscuridad, nos abandonamos a la corriente, dejando que nos arrastrara y nos llevara hacia aguas más profundas para asegurarnos de salvar la

restinga.

Solo cuando nuestros pulmones no podían más, sacamos la cabeza de nuevo para respirar. Esta vez, sin embargo, Kazinsky había adivinado por dónde podíamos emerger y había concentrado la luz en esa zona. Oímos un clamor en las dunas cuando vieron nuestra cabeza, seguido del fogonazo de numerosos fusiles de asalto. Nos sumergimos nuevamente, batiendo las piernas con fuerza...

La próxima vez que saliéramos a la superficie, los soldados tendrían una idea más acertada del alcance y serían mucho más disciplinados. Aunque no lo fuesen, un tiro afortunado de unas armas capaces de disparar seiscientas balas por minuto en automático acabaría con nosotros. Aguantamos todo lo que pudimos y salimos a la letal luz, manteniendo la mayor parte del cuerpo en el agua, asomando únicamente la nariz, cogiendo aire en cantidad y deprisa, con la esperanza de que las olas que levantaba el viento nos ocultaran. No fue así.

Sin embargo, la buena suerte quiso que la corriente fuese más rápida ahora, y estábamos más abajo de lo que los tiradores o Kazinsky habían previsto, de manera que el Coronel —que aún corría por la playa— quedó atrás y los hombres que disparaban desde las dunas se vieron obligados a modificar la puntería.

Así y todo, una lluvia de balas salpicó la zona que quedaba entre nosotros y la playa, al menos una veintena de ellas cayó lo bastante cerca para oír el chisporroteo del metal caliente al entrar en contacto con el agua. Tres balas cayeron justo delante, haciendo que los dos nos estremeciéramos, pero el agua nos salvó: es ochocientas veces más densa que el aire, y una bala de alta velocidad resulta inofensiva en cuanto se hunde un metro. Aun así, recibir un impacto en la cabeza habría sido mortal, y Laleh y yo volvimos a las profundidades marinas. Durante los breves instantes en que permanecimos en la superficie, logré ver la restinga y calculé que una subida más bastaría para llevarnos al otro lado, al golfo y fuera de peligro.

Pero subestimé la velocidad de la corriente, y cuando emergimos estábamos en la mismísima punta de la restinga, a unos cuarenta metros de la tierra, y nos arrastraba deprisa. Debido a la geografía de la bahía, los vehículos y sus luces no habían podido seguirnos el ritmo. No obstante, una amplia escalera de luz plateada, sumamente bella, seguía envolviéndonos. Una luna llena, inmensa en el despejado aire del desierto, se hallaba suspendida en el horizonte. Su luz nos permitió ver que Kazinsky estaba solo, desarmado, en la arena, buscándonos en el agua.

Debió de vernos, porque de pronto fue hacia delante, incapaz de llegar hasta nosotros o causarnos daño, y mientras que Laleh se zambulló, yo me quedé donde estaba un momento, moviendo las

piernas para hacer frente a la corriente, de cara a él.

Y así fue como el misterioso Abu Muslim al-Tundra —un muchacho que había crecido y aprendido inglés en la inhóspita Siberia, había sido oficial en la brigada de élite Spetsnaz, había combatido en el caldero de Alepo, se había adentrado en el desierto y había abrazado una forma brutal del islam, al que habían dado por muerto entre las ruinas de una casa segura en Irak, que había resucitado en secreto, había asumido el mando de las operaciones militares en el temido Ejército de los Puros y al que ahora habíamos identificado como Roman Kazinsky, su verdadero nombre— y yo nos encontramos en una lengua de tierra sin nombre en Irán, en algún lugar al sur de Bandar Lengeh, en el golfo Pérsico, sosteniéndonos la mirada a través de treinta metros de agua iluminada por la luna.

¿Durante cuánto tiempo? ¿Diez, doce segundos? ¿Más? No sabría decirlo, solo sé que pareció una eternidad, y después, incapaz de seguir luchando más contra la corriente, levanté la mano en un irónico gesto de despedida y me vi arrastrado hacia las aguas del golfo y las fauces del *shamal*.

Incluso entonces tuve la aplastante sensación de que volveríamos a vernos muy pronto.

18

—Le daría mucho miedo el *shamal*, ¿no? —me preguntó mi interlocutor, con voz serena y una actitud de lo más profesional—. ¿Tenía alguna idea de cómo podía sobrevivir a ese viento?

—Ninguna —admití—. Eso le dije a Laleh cuando estábamos en el agua y me preguntó eso mismo. Le contesté que daba igual, cualquier cosa tenía que ser mejor por fuerza que la playa. —Sonreí—. «Cuando no tienes nada, no tienes nada que perder.»

—¿Y qué dijo ella al oír eso? —quiso saber el hombre.

—«Bob Dylan» —respondí riendo—. Sabía mucho de música occidental, la escuchaba en casa, ilegalmente.

Estaba sentado en el despacho de Lucas Corrigan, el director de Recursos Humanos de la CIA: el hombre cuyos ojos eran tan verdes y fríos como piedras de río. Mis informes, los personales y los clínicos, estaban sobre la mesa, delante de él, y la cuestión de si era apto para volver al servicio activo flotaba en el aire entre ambos. Cualquier agente que hubiese estado en rehabilitación tanto como lo había estado yo debía someterse a una evaluación por parte de Recursos Humanos y, dada la experiencia que yo tenía con Lucas Corrigan en el pasado, sabía que no iba a ser fácil. Aunque después cambié de opinión, en ese momento aún suscribía la popular opinión de que en

el mundo solo había dos clases de personas: las que no soportaban a Corrigan y las que no lo habían conocido aún.

Rondaba la sesentena y era una figura espectral: alto y delgado, con la cabeza afeitada, la tez pálida y un rostro dominado por los grandes ojos verdes. Era licenciado en medicina y había cambiado de disciplina —se hizo con un puñado de títulos de posgrado en psicología—, y su relación con la CIA venía de lejos: su padre era jefe del despacho de Saigón en el 75 cuando la ciudad cayó en manos de los norvietnamitas. Durante las últimas horas de la guerra, su padre, entre las explosiones y las balas trazadoras, se negó a abandonar la embajada hasta el último momento. Mientras los helicópteros evacuaban a los diplomáticos estadounidenses desde las azoteas y los carros de combate norvietnamitas echaban abajo los muros del recinto, el jefe de la CIA —rodeado de montones de cajas de acero— permanecía solo en un patio, echando millones de dólares en billetes a un incinerador para evitar que la enorme caja B de la CIA cayera en manos del enemigo.

A nadie le sorprendió mucho que su hijo encontrara un hogar en la Agencia ni que, dado su excelente expediente académico, ascendiera hasta ocupar el actual cargo ejecutivo.

—Supongo que fue una ironía —continuó—. Al final fue el *shamal* lo que lo salvó, ¿no es así?

Su voz no dejaba traslucir muchas emociones, y el comentario fue bastante natural, pero el papel que el viento, o cualquier otra cosa, había desempeñado en mi supervivencia no era el propósito de esa reunión. Nada más lejos. El trabajo de Corrigan consistía en ver a través de la gente: ahondar en el subtexto de su estado físico para intentar evaluar el mental y el emocional.

Como director del departamento, el más cualificado y con más experiencia de sus cientos de empleados, siempre se ocupaba de los casos más difíciles, los relacionados con los espías, los hombres y las mujeres cuyos recursos eran la evasión y el engaño.

—Sí, fueron el viento y la chica —repuse con tono inexpresivo.

Había oído hablar de agentes duchos que habían acudido a una reunión para que los declarasen aptos para el servicio y se habían dado cuenta demasiado tarde de que jugaban a las damas y él al ajedrez. Tenía que andarme con mucho cuidado; debido a la naturaleza única del trabajo que se desempeñaba en la Agencia, sabía que mi empleo estaba en la cuerda floja…

Un informe adverso, o incluso un área de preocupación, me dejaría en el banquillo durante meses y al final tendría que pasar por otra evaluación. Si esa iba mal, casi con toda seguridad acabaría en un trabajo de oficina en documentación, lo cual significaría el final de mi carrera. Lo último que necesitaba la Agencia era a alguien

impredecible en la frontera de donde fuese.

Mientras lo veía hojear los informes —como si quisiera acordarse de Laleh, aunque yo estaba seguro de que conocía más que de sobra su contenido—, supe cómo iba a ser la jugada: repasaría conmigo todo lo sucedido, haría que se lo describiese y se lo explicara, durante todo el tiempo estaría pendiente de mi reacción, tantearía cualquier fachada de la que yo pudiera valerme, buscaría cualquier señal de estrés o evasión en la que él pudiese ahondar.

—¿Bailamos? —le pregunté.

—¿Bailar? —repitió.

—Solo es una forma de hablar —aclaré—. ¿Quiere empezar?

Me miró con dureza.

—Sí, empecemos. Ha dicho que la chica lo ayudó a salvarse, ¿no?

Hice un gesto afirmativo.

—La fiebre que me dio el pie herido remitió en la cueva, pero me había debilitado. Los incidentes de la playa también me habían pasado factura y, después de medianoche, mientras intentaba permanecer a flote, me di cuenta de que comenzaba a perder el conocimiento. Eso era mortal, naturalmente, pero Laleh, que nadaba mejor de lo que me había dicho, consiguió pasarme un brazo por el cuello y me mantuvo a flote. Me había vuelto a desmayar cuando ella lo vio, en una subida del oleaje.

—¿El esquife de pesca? —inquirió Corrigan mientras abría una foto en la pantalla del ordenador.

—Estaba medio hundido —conté—. Supongo que el viento lo había soltado de un amarre en algún lugar más al norte y lo había llevado golfo abajo. Laleh tuvo el sentido común de no dejarme solo mientras trataba de nadar hacia él: no me habría vuelto a encontrar en la oscuridad. Lo que hizo fue arrastrarme hasta que estuvo lo bastante cerca para agarrarse a un lateral.

—¿Cuánto tiempo estuvo inconsciente? —preguntó Corrigan.

—No lo sé. Al volver en mí la vi aferrada a la barca y sosteniéndome. Cuando me pude sujetar, ella subió a bordo. Como en todas las embarcaciones pequeñas, había un cubo para achicar, y ella se puso a intentar sacar agua. Pero la madera debía de estar rota y Laleh no hacía ningún progreso, así que al final nos limitamos a agarrarnos al borde para utilizar el esquife como un elemento de flotación. Sin embargo, Laleh no dejó de pensar en ningún momento: cogió la cuerda del cubo, me la pasó por los hombros y la ató a una ménsula de popa...

Corrigan me interrumpió.

—¿Para impedir que se lo llevara la corriente en mitad de la noche?

—Exacto. Y, en efecto, volví a desmayarme, pero estuve a salvo gracias a ella. —Me detuve un instante, pensando en Laleh y en lo que

había hecho—. Tal vez antes le salvara la vida yo, pero me devolvió el favor con creces —aseguré—. Sin ella no lo habría conseguido.

—Supongo que no —convino él sin emoción alguna, tan solo constatando un hecho—. Y ahora, hoy, ¿revive a menudo esa noche? —inquirió—. ¿Revive esos sentimientos?

Me figuré que era una trampa: negarlo solo le diría que estaba mintiendo.

—Lo que pasó fue fuerte —contesté—. Claro que pienso en ello, es lógico. Pero no creo que a nadie le parezca raro.

Corrigan guardó silencio y después asintió; por lo visto, coincidía conmigo.

—Después ¿qué? Estaba atado a la barca y había perdido el conocimiento.

—Justo antes de que amaneciera, Laleh comenzó a zarandearme y volví en mí. Intentaba decirme que había una vela en el horizonte. El viento había cesado y el mar estaba más en calma. Miré y, con la luz gris y los bancos de nubes bajas, no era capaz de ver nada donde me señalaba y empecé a apartar la vista.

»Entonces las nubes se despejaron y vi la parte superior de una vela enorme, fantasmagórica. Laleh gritó de nuevo, yo me quedé mirando al lugar un rato y después nos abrazamos. La vela no era ningún barco: era un edificio de más de trescientos metros —un exclusivo hotel de cincuenta plantas, el Burj Al Arab— cuya forma es la de una vela desplegada que infla el viento del desierto.

»“Irán está en el otro lado del golfo”, le dije. “Frente a nosotros tenemos Dubái. Estamos a salvo.”

Corrigan no reaccionó. Sacó una fotografía de los informes y me la pasó.

—¿Conoce a este hombre?

19

La foto era un árabe de mediana edad, de rostro franco y simple, que vestía el uniforme de los empleados de mantenimiento.

—No —contesté.

—Se llama Mustafa Aksoy —contó Corrigan—. Es un ciudadano turco cuyo trabajo consistía en limpiar la arena del club de playa del Burj Al Arab al amanecer. Fue él quien lo encontró tendido en la marca que deja la marea. Perdía el conocimiento y lo recuperaba y Laleh estaba poco mejor, no quería o no podía hablar. ¿No recuerda nada de esto?

Negué con la cabeza.

—Bien, Aksoy fue corriendo al club —siguió Corrigan— y avisó a la

seguridad del hotel. Llegaron dos minutos después, vieron la maltrecha barca con matrícula iraní en la popa, lo miraron a usted y, al ver el estado en que se encontraba, llamaron a la policía, que ordenó que lo llevaran al hospital, donde lo instalaron en una habitación bajo vigilancia y acabó conectado a monitores y goteros.

—De eso sí me acuerdo. Es cuando volví en mí —afirmé—. Me encontraba mal físicamente y empezaron a hacerme un montón de pruebas. Las cosas se descontrolaron casi de inmediato. Como tenía los ojos muy inflamados debido al agua contaminada del golfo, les preocupaba que pudiera sufrir daños permanentes, y llamaron a un oftalmólogo.

»El médico me examinó y le dijo a la policía que era algo que no había visto nunca: llevaba unas lentillas especiales, adheridas quirúrgicamente, para cambiarme el color de los ojos. Si añadimos a eso la herida de bala y una barca con matrícula iraní..., en fin, decir que la policía se asustó es quedarse corto. El oficial superior salió al pasillo y comenzó a hacer llamadas telefónicas. Veinte minutos después llegaron miembros del departamento de Seguridad Nacional, la agencia de inteligencia de EAU.

—Tienen mala fama —comentó Corrigan—. De brutalidad. ¿Cómo reaccionó usted?

—De ninguna manera: no entré en pánico, si es a lo que se refiere. Tenía un plan. Hasta entonces apenas había dicho nada, y lo poco que había dicho había sido solo en árabe, pero pasé al inglés y eso los pilló por sorpresa. Les dije que era ciudadano americano y que quería ver a mi embajador inmediatamente, cosa que, como es natural, no me permitieron hacer.

—Normal, ¿no le parece? —apuntó Corrigan—. Eran una agencia de espías. No llamarían a nadie hasta que supieran exactamente lo que tenían y si podían utilizarlo como moneda de cambio para su propio beneficio.

—Eso es lo que pensé (aunque digan que son nuestros aliados, no son mucho mejores que los pakistaníes), pero lo de llamar al embajador los puso sobre aviso y me hizo ganar un poco de tiempo mientras transmitían el mensaje por la cadena de mando.

—Pues tuvo suerte —señaló Corrigan mientras pasaba páginas de los informes para enseñarme una fotografía de un hombre de unos sesenta años que lucía un impecable uniforme marrón claro—. Este tipo ahora es teniente coronel, pero en su día fue un informante secundario de la CIA, trabajaba en el departamento de comunicaciones de la policía de Dubái. Solía escuchar un montón de cosas y pasaba chismes sobre diplomáticos borrachos, situaciones comprometedoras, visitas secretas de funcionarios iraníes; ya sabe, pequeñeces a cambio de un dinero extra.

»Bien, desapareció hace unos siete años: probablemente le preocupase que lo pillaran y pensó que el dinero no valía la pena. Por lo visto fue ascendiendo en el departamento hasta llegar al grado actual y, mientras usted intentaba evitar que lo interrogasen, dio la casualidad de que ese día él estaba a cargo de las comunicaciones policiales.

»Oyó que la barca era iraní, que a usted le habían disparado y comprendió que los ojos falsos casi con toda seguridad lo identificaban como agente secreto. También sabía que estaba usted exigiendo ver al embajador de Estados Unidos, lo que significaba que era espía americano.

»Por lo visto ese tipo se parecía un poco a mí —continuó Corrigan, y durante un instante pensé que iba a sonreír. Lo miré, pero, por suerte, reprimió la necesidad y la Tierra siguió girando—. Detestaba tirar cosas. Logró encontrar un teléfono móvil encriptado que había escondido en el garaje (uno que no había utilizado durante esos siete años), lo encendió y le puso una tarjeta SIM de prepago.

»Introdujo una serie de dígitos, sin saber si el número al que estaba llamando seguía operativo, y permaneció a la escucha mientras sonaba. No se oyó nada al otro lado, pero eso no lo sorprendió, y transmitió un mensaje que duró una fracción de segundo. Era un texto, dos palabras que tenía instrucciones de enviar hacía años si sucedía algo importante. Le habían dicho que alguien se pondría en contacto con él, pero no sabía si en el otro extremo había alguien.

—«Fénix renace» —dije—. Oí que esas fueron las palabras que envió.

—En efecto —confirmó Corrigan—. El número de teléfono que lo recibió era un contacto de prepago inactivo hacía tiempo, pero la NSA siempre los conserva, nunca los retira. Los especialistas en Fort Meade hurgaron en los archivos y encontraron que tanto el teléfono como el código eran genuinos: reaparecido desde hacía mucho tiempo, un activo de la CIA llamaba pidiendo establecer contacto urgentemente. Nadie lo sabía, pero quizá estuviera pasando algo gordo.

»Entonces el jefe de la CIA de EAU, que se encontraba en la embajada estadounidense, llamó al teniente coronel al teléfono encriptado. El poli de Dubái le contó que un hombre, casi con toda seguridad un espía americano, estaba en una habitación fuertemente vigilada de la novena planta del hospital Rashid y exigía ver a su embajador, pero por el momento sus únicas visitas habían sido cuatro peces gordos de Seguridad Nacional.

»Veinte minutos más tarde, después de que el jefe de la CIA le prometiese diez mil dólares al policía si la información era buena, el embajador entró en el hospital sin previo aviso.

Sonreí.

—Se hizo el caos a la puerta de mi habitación —comenté—. Se negaban a dejar entrar al embajador, Seguridad Nacional llamaba para pedir refuerzos y los polis estaban completamente desconcertados. Solo transigieron cuando el embajador amenazó con llamar al jeque que gobierna Dubái.

»Así que el embajador entró (no tenía ni la menor idea de quién era yo), me dijo quién era y me presentó a un hombre que lo acompañaba en calidad de agregado militar de la embajada. Yo no lo conocía, pero estaba seguro de que era el jefe de la CIA en Emiratos.

»El embajador ordenó salir a todo el mundo —continué—, pero los médicos, la policía y Seguridad Nacional se negaron, y desde luego yo no iba a decir nada mientras estuvieran delante. Llamé al "agregado militar", le pedí que se acercase todo lo posible y le dije muy bajo, para que nadie pudiera oírlo: "Dígale a Langley que el hombre de Tabuk está vivo".

»El hombre asintió, probablemente me siguiera la corriente; como es natural, no tenía forma de saber si aquello era importante o no. Puede que yo solo fuese un fantasma o un charlatán más. Le dijo al embajador que iba al coche a hacer una llamada segura.

»Me eché y solo me incorporé cuando oí pies que corrían por el pasillo. El jefe de la CIA había vuelto, y no se anduvo con rodeos. Dijo a los polis y a Seguridad Nacional que el secretario de Estado de Estados Unidos estaba hablando por teléfono con el jeque en ese preciso instante, que se retiraran y salieran de la habitación inmediatamente.

»Todos lo miraron sorprendidos. Cuando se marcharon, el jefe de la CIA nos dijo al embajador y a mí que una ambulancia aérea del ejército procedente de la enorme base secreta americana en Arabia Saudí estaba en camino y me evacuaría a Estados Unidos. Al cabo de diez minutos saldríamos hacia el aeropuerto.

—Pero usted no estaba dispuesto a marcharse, ¿no es así? —preguntó Corrigan. Tal vez me equivocara, pero su tono parecía haber cambiado: dejaba traslucir cierto respeto.

—No tan pronto —confirmé—. Les dije al embajador y al jefe de la CIA: «Hay una chica. No sé cómo se encuentra ni adónde la han llevado. También es un activo de la Agencia y viene con nosotros, ¿de acuerdo?».

»Ninguno de los dos hombres hizo preguntas —proseguí—. Ni de dónde salía la chica, ni quién era y ni por qué Langley no había preguntado por ella.

—No era cierto, ¿no? —preguntó, sin encono, Corrigan—. No era un activo de la Agencia, ¿no?

—Para mí lo era —afirmé.

—No podía dejarla allí, ¿era eso? No después de lo que había hecho

en el golfo.

—Sí, eso..., pero también sabía que Seguridad Nacional querría algo, y que le darían a la chica a Irán a cambio. Cuando acabaran con ella, probablemente se la devolvieran al Ejército de los Puros.

—No se me había ocurrido —admitió Corrigan—. El informe del jefe de la CIA mencionaba que estaba a punto de ir a por ella cuando uno de los médicos intervino. Dijo que estaba en la séptima planta, en el pabellón de mujeres.

20

Puede que estuviera en el despacho de Corrigan, pero podría haber estado de nuevo en el hospital: recordaba perfectamente el sonido de voces hablando en árabe que se aproximaban a mi habitación.

El embajador y el espía se volvieron hacia la puerta, uno de los médicos abrió y oí a una chica que decía a dos celadoras que no necesitaba la silla de ruedas.

Laleh entró y la vi: bañada y alimentada, vestida con una casaca larga blanca de hospital y pantalones blancos holgados, la cabeza vendada como si fuera un pañuelo apretado que ocultaba el hecho de que la hubiesen rapado. La última vez que habíamos estado juntos yo me encontraba tendido en la playa, medio muerto, y ahora me cogió la mano, inclinó la cabeza y musitó algo en árabe que no oí bien pero me pareció una oración de gracias por verme vivo y consciente.

Durante un rato hicimos caso omiso de los médicos y de todos los demás y nos miramos: nadie más sabía lo que habíamos pasado allí, y eso había forjado un vínculo irrompible entre nosotros. Vi que los dos hombres nos observaban perplejos o conmocionados. El jefe de la CIA fue el primero en recuperarse.

—¿Es su hija? —preguntó con vacilación.

—¿Tan mayor parezco? —inquirí, mi voz todavía un graznido.

Ambos asintieron, y no bromeaban.

Indiqué a Laleh que se diera la vuelta.

—Laleh —dije—. Me gustaría presentarte al embajador de Estados Unidos en Emiratos Árabes Unidos y... —Me detuve justo a tiempo de evitar desvelar la tapadera del espía—. Y un alto funcionario de la embajada.

Ella los miró tímidamente —no llevaba velo—, pues no estaba acostumbrada a que dieran su nombre a desconocidos.

—Señor, ¿le importaría que Laleh utilizara su teléfono unos minutos? —pregunté al embajador.

El diplomático se mostró confundido un instante y acto seguido se metió la mano en el bolsillo.

—Naturalmente que no —repuso.

Laleh me miraba con fijeza, sin dar crédito.

—Adelante —la animé—. Haz esa llamada. La chica lleva mucho esperando.

Luchando para controlar sus emociones, Laleh cogió el teléfono y marcó un número, esperó a que lo cogieran y a continuación empezó a hablar con voz queda, entrecortada, en árabe.

Me volví hacia los médicos y los dos funcionarios:

—Está llamando a su madre, en Kabul —aclaré—. Laleh lleva bastante tiempo desaparecida, y ahora le está diciendo que está viva y a salvo.

En ese momento vi que Laleh intentaba formular la pregunta que tanto llevaba ocupando sus pensamientos. Miré al resto.

—Su padre se vio obligado a huir de Kabul y cruzar la frontera a Irán. Como todos sabemos, es un territorio peligroso, así que está tratando de averiguar si la familia ha recibido alguna noticia.

Laleh guardaba silencio mientras escuchaba a su madre y vi que no pudo contener más las lágrimas. Sus hombros subían y bajaban y ella intentaba coger aliento. Seguía escuchando —y llorando— y luego trató de hablar, pero las emociones eran tales que le costó dos intentos.

—Mi padre está a salvo —anunció al cabo en inglés.

La habitación aplaudió. Laleh, aún al teléfono, intentó sonreír a través de las lágrimas de alivio.

—Le robaron —contó—, pero consiguió llegar a Teherán y trabaja de traductor. Lleva meses intentando dar conmigo, temiéndose lo peor. Mi madre dice que lo llamará para darle la noticia en cuanto me cuelgue a mí.

Me volví hacia el embajador.

—Laleh me salvó la vida... y salvó la misión —le dije—. No puede regresar a Kabul, es demasiado peligroso. Aquí no se puede quedar y en Irán la buscan por colaboracionista. Por eso me gustaría que se encargase usted...

—Comprendo —afirmó, y se volvió hacia el jefe de la CIA—. Rich, según lo que le han dicho a usted por teléfono, ¿le supondría un problema que ayudásemos a esta joven?

—En absoluto —contestó Rich, y me sonrió—. La organización se ha mostrado... —Buscó cuidadosamente las palabras—. En fin, estaban bastante abrumados cuando les he transmitido el mensaje de que el hombre de Tabuk estaba vivo.

El embajador se volvió y vio que Laleh había terminado de hablar e iba a devolverle el teléfono.

—Laleh, ¿no? Laleh, puedo emitir una autorización de urgencia —contó—. Si quieres, dentro de diez minutos puedes subirte a un avión

rumbo a América.

La chica parecía confundida: era lo último que esperaba. La idea de América tenía importantes connotaciones culturales, religiosas e históricas para una mujer joven afgana. Demasiadas guerras y demasiado odio por ambas partes, demasiadas promesas rotas. Creo que necesitaba alguna garantía y, mientras seguía mirando al embajador, me señaló en la cama.

—¿Viajaría con...? —Se detuvo al caer en la cuenta de algo—. No sé cómo te llamas —admitió abochornada, sin entender que los espías no tienen nombres, o al menos ninguno del que uno se pueda fiar.

Sonreí: no le quería decir que los dos funcionarios tampoco sabían cómo llamarme.

—Sadiqaa —dije.

Laleh sonrió a su vez y los médicos se rieron. El jefe de la CIA se volvió hacia el embajador y tradujo:

—Significa «mi amigo» en árabe.

21

Corrigan apartó la silla, y el chirrido me devolvió al presente. Me di cuenta de que estaba asomado a la ventana de cristal blindado de su despacho, viendo como empezaba a caer la noche.

—Entonces ¿vinieron los dos a América en el mismo avión? —quiso saber.

—Sí, durante el vuelo yo empeoré —conté—. Por el golfo pasan veinte superpetroleros al día, y vierten la basura al mar: una vez alguien dijo que ese golfo era «un caldo concentrado de hepatitis». La herida de bala o los cortes de la muñeca fueron la puerta de entrada para las bacterias. La infección se fue instalando poco a poco y acabó sintiéndose como en casa...

—Y no tardó en tener usted manchas de piel descolorida —apuntó Corrigan—. Dificultad respiratoria y pensamiento confuso, ¿no? ¿Sepsis? —preguntó.

—Ese fue el diagnóstico —confirmé—. Por suerte en el avión había buenos médicos y servicios, pero cuando aterrizamos en Andrews me encontraba bastante mal.

—De eso estoy seguro —dijo Corrigan—. La sepsis ocasiona daños rápidamente. Se puede pasar de no tener síntomas a morir en cuarenta y ocho horas.

—De Andrews me trasladaron al hospital sin pérdida de tiempo y pasé varios días en la UCI —continué—. Después tres meses de rehabilitación, y aquí estoy ahora. Como les dije a los de fuera, listo para volver a la carga.

Corrigan asintió.

—Sí, sin duda lo parece. —Hizo una pausa y miró largamente—. Sin embargo, el hospital al que lo llevaron no era el que estaba previsto, ¿no es así? ¿Por qué ha intentado evitar hablar del tema?

—No lo he evitado —repliqué—. Es solo que no pensé que fuese importante.

—Ah, error mío —reconoció Corrigan con ecuanimidad—. Creo que en un principio lo iban a llevar al Walter Reed Army Medical Center, un hospital excelente, se mire por donde se mire...

—Sí —convine—, y como usted sabe, al ser militar, también habría proporcionado la mejor seguridad a un agente de inteligencia.

Corrigan hizo un gesto afirmativo.

—Pero el día que llegaron Laleh y usted, Washington se vio afectado por fuertes tormentas eléctricas, ¿me equivoco?

—Era un caos. Cuando aterrizamos había inundaciones generalizadas, cierres de carreteras, apagones y por lo visto un sinfín de accidentes y daños y demás desastres —respondí—. No lo supe hasta después, pero al parecer la zona que rodea al Walter Reed cerca de Bethesda fue la que más se vio afectada y, debido a ello, el hospital estaba funcionando con generadores y estaba haciendo frente a una gran cantidad de admisiones en urgencias.

»Cuando dejó de llover, el hospital contaba con recibir un aluvión de hospitalizaciones y los administradores cruzaban los dedos para que el suministro de energía de emergencia aguantase. Todavía nos encontrábamos a varias horas del espacio aéreo estadounidense (yo estaba dormido o inconsciente) cuando Langley decidió cambiar de planes y mandarme a un hospital mucho más grande, a media hora al sur, en una zona menos perjudicada por la lluvia y los apagones.

»Dado el estado en que me hallaba fue un cambio sin importancia y, mientras yo seguía pensando que íbamos al Walter Reed, a Laleh y a mí nos trasladaron a un helicóptero para realizar la última etapa del viaje.

Recuerdo que Laleh iba en el helicóptero mirándolo todo con los ojos como platos, más que un poco atemorizada. En cuanto a mí..., iba tendido bocarriba, viendo como giraba y se distorsionaba el interior del aparato, y la tormenta que azotaba la capital me llevó al pasado, hasta que me vi contemplando un halcón peregrino suspendido sobre el desierto iraní. Sentí que el helicóptero —o el ave— cabeceaba y daba bandazos mientras luchábamos contra los vientos y avanzábamos entre la lluvia y las continuas turbulencias. El piloto consiguió aterrizar en el helipuerto del hospital, pero el aterrizaje fue tan violento que hizo gritar a Laleh.

Recuerdo que un equipo con ponchos impermeables nos estaba esperando. Bajaron de inmediato del helicóptero las dos camillas, las

cubrieron con sendas burbujas de plástico duro para protegernos de la torrencial lluvia y perdí de vista a Laleh mientras me llevaban deprisa por un vasto espacio de hormigón y a través de unas puertas batientes.

En un momento dado me colocaron una máscara de oxígeno transparente en la boca y, ya respirando mejor, miré al otro lado de la burbuja y vi una masa de personas que aguardaban en una gran sala de espera. Los dos celadores que iban delante guiando la camilla comenzaron a gritar que era una emergencia y que todo el mundo se apartara, y el gentío se movió, y entonces vi un grupo de cuatro personas trajeadas que se abría paso entre la multitud para intentar acercarse a mí. No estaba seguro de si eran reales o no, y acto seguido franqueamos otras puertas batientes y dejamos atrás la sala de espera.

Nos adentrábamos más en el hospital, en un espacio blanco y vivamente iluminado, pero no estaba mucho más tranquilo. Una enfermera de admisiones hablaba por encima del tremendo ruido.

—¿Es él? ¿El tipo por el que ha llamado la NSA?

Al parecer nadie lo sabía, y la enfermera habló de nuevo, subiendo más la voz mientras caminaba junto a la camilla, que se movía deprisa.

—Necesito un nombre.

Uno de los celadores que iban en la parte posterior de la camilla, un tipo corpulento que era quien más empujaba, echó mano de un portapapeles que iba afianzado al soporte de un gotero, consultó los datos del paciente y contestó:

—Sadiqaa Khan. ¿Es ese?

—Es él —confirmó la enfermera aliviada.

Yo pensé que quién demonios era Sadiqaa Khan. Qué nombre tan raro. Como he dicho, es evidente que no pensaba con claridad.

—Box tres —indicó la enfermera, y ahora los cuatro celadores casi iban corriendo. Atravesamos una cortina de rieles blanca y me vi saliendo despedido de un cuatro por cuatro, golpeándome el hombro contra un montículo de arena, sabiendo inmediatamente que me había hecho daño.

Por suerte, cuando paré después de rodar por la carretera —no muy lejos de un puente destartalado en algún lugar de ese páramo—, tres médicos con bata blanca y varios enfermeros se inclinaron sobre mí, el nerviosismo llenaba de arrugas sus rostros, y empezaron a dar órdenes a gritos. Me pregunté cómo habían entrado en Irán y por qué hablaban inglés. Los miré a través de la burbuja de plástico duro, aún salpicada de agua, y durante un instante creí ver a Rebecca que me miraba.

No lo pude evitar, las lágrimas comenzaron a brotar: la echaba tanto de menos, había habido tantos momentos duros, que solo quería abrazarla. Pronto, me dije, pronto estaría en casa. Puede que ya lo

estuviese, puede que ya no estuviera en Irán…

Quería tocar algo firme para averiguar qué era real, así que saqué los dedos de la burbuja y una mano de mujer los agarró. Imaginé que era Rebecca, que miraba a través de la burbuja mis ojos marrones; mi respiración era rasposa con la máscara de oxígeno.

—No pasa nada, señor Khan —me tranquilizó la mujer—. Está usted muy enfermo, tiene una infección grave. No sé si habla inglés, pero vamos a hacer todo lo que podamos y pronto se pondrá bien. —La mujer incluso sonaba como Rebecca, y noté que ahora lloraba a lágrima viva.

—No pasa nada —insistió—. Está todo bien.

Quienquiera que fuese, pensé, era una buena persona.

—Quiten la burbuja —pidió alguien.

El plástico se deslizó, los médicos y los enfermeros seguían mirándome, la mujer que hablaba como Rebecca extendió una mano y me retiró la máscara de oxígeno, yo extendí la mía: quería tocarle la cara…

La mujer se quedó de piedra, me miró fijamente y retrocedió alarmada. La reacción fue tan inesperada, tan poco médica, que me incorporé, volviendo de golpe a la realidad durante un instante. Observé a la mujer, que se había llevado las manos a la cara y me devolvía la mirada. Era Rebecca. Giré la cabeza para ver el lugar.

—¿Dónde demonios estoy? —quise saber.

Un enfermero veterano, un tipo de constitución delgada que era todo energía, contestó:

—En urgencias, señor Khan.

El otro médico y los enfermeros intentaban hacer que me tendiese, nadie sabía lo que estaba pasando, sobre todo en lo que respectaba a Rebecca, que parecía a punto de desmayarse.

—En urgencias ¿dónde? —exigí, con una voz que incluso yo oí débil y muy lejana.

—En el MedStar Washington Hospital Center —contestó el enfermero menudo.

Me quedé sin habla. En ese hospital Rebecca había hecho su residencia y ahora trabajaba en urgencias. Miré de nuevo: sí, era Rebecca. Intenté bajar las piernas de la camilla, desesperado por ir con ella, pero varios pares de manos me lo impidieron. Una enfermera jefe de urgencias estaba junto a Rebecca, sujetándola por los hombros, tratando de ocuparse de ella.

—¿Qué pasa, Rebecca? Dime, ¿qué te pasa? —inquirió la enfermera.

—Es… es mi pareja. El hombre con el que vivo… —respondió Rebecca mientras me señalaba.

—Joder —dijo la enfermera—. ¿Se puede saber qué te pasa? Tú no vives con ningún Sadiqaa Khan.

—No se llama así —replicó Rebecca, que se zafó de la enfermera y vino a mi lado.

No dejé que los médicos me tumbaran: a través de la fiebre y la sepsis, era incapaz de dejar de mirarla.

Rebecca alargó un brazo, me cogió la mano y, con la otra, me tocó el rostro con cariño; quería saber si era real. Rompió a llorar, destrozada.

—Estás hecho un desastre —consiguió susurrar angustiada—. Te han herido, te han dejado fatal. —Después reparó en algo—. ¿Qué te han hecho en los ojos?

El otro médico que había estado a mi alrededor y que, como caí en la cuenta ahora, probablemente fuese el médico jefe de urgencias —un hombre de unos cincuenta años con la cabeza rapada— echó mano de una bandeja de instrumental y cogió un oftalmoscopio. Me miró el ojo derecho.

—No lo sé con seguridad —dijo a Rebecca intentando tranquilizarla —. Creo que no le pasa nada en los ojos, pero le han adherido una lente protésica, tal vez para cambiarle el color.

Rebecca asintió, aliviada y en cierto modo no sorprendida. Todos los demás lo estaban. ¿Una lente protésica para cambiar el color de los ojos? El médico jefe no tenía tiempo para preocuparse por ese detalle. Dejó el instrumento, ordenó a dos enfermeros que comprobaran mis constantes vitales, ajustó los goteros conectados a las vías de mis brazos, me retiró los vendajes de la muñeca y el pie que me habían puesto en Dubái, examinó las heridas, cogió el informe médico que me había acompañado desde el hospital Rashid y comenzó a dar otra serie de órdenes.

Rebecca me puso las manos en los hombros para tenderme. Dejé que lo hiciese, pero no quería soltarle la mano. Oí que uno de los celadores de detrás —el corpulento que empujaba la camilla con brío— hablaba con los compañeros que tenía más cerca, perplejo.

—¿Por qué iba nadie a cambiarse el color de los ojos quirúrgicamente?

—Joder, pues porque es un espía o algo así, Rain Man —contestó el menudo—. Por eso han llamado antes los de seguridad nacional, por eso ha ingresado con un nombre falso y por eso hay cuatro tipos con traje en la sala de espera.

Una decena de ojos nos miraron a Rebecca y a mí: la pareja de la joven médica era un espía, un hombre que —a juzgar por sus heridas y por el secretismo— a todas luces acababa de volver de…, en fin, nadie sabía de dónde. Rebecca no se dio cuenta: se había hecho con mi informe médico de Dubái y lo leía con atención para tratar de averiguar en qué estado me encontraba y qué otras lesiones tenía.

—Deprisa todo el mundo —ordenó el médico jefe, poniendo fin a las

especulaciones—. Hay muchos más pacientes. Que alguien llame a la UCI y suba allí ahora mismo al señor Khan o comoquiera que se llame.

La actividad se desplegó en la habitación, empujaron la camilla hacia el ascensor y Rebecca siguió cogiéndome de la mano, negándose a soltarme.

22

La unidad de cuidados intensivos era otro mundo: un lugar apartado de luz tenue y pisadas suaves, de colores apagados y conversaciones susurradas, todo lo cual enmascaraba la agitación subyacente.

Abajo, en urgencias, los médicos, incluida Rebecca, se habían dado cuenta de que mi estado había empeorado en el vuelo y muy pronto sufriría lo que clínicamente se diagnosticaba como sepsis severa si no se trataba de inmediato. Era evidente que yo presentaba todos los síntomas: dificultad respiratoria, confusión mental, arritmia cardiaca y agotamiento.

El peligro era que podía pasar a la siguiente fase de infección en cualquier momento, una emergencia médica sumamente grave. Mientras los celadores me metían en un box, oí que el médico responsable hablaba con Rebecca, que caminaba deprisa a mi lado, aún cogiéndome de la mano. Decía algo de una cifra superior al cincuenta por ciento. En mi confusión tardé un instante en caer: más de la mitad de los casos de shock séptico era mortal.

—¿Cuál es su recuento de plaquetas? —preguntó el médico.

—Hemos hecho análisis de sangre en cuanto ha llegado —repuso Rebecca—. No hemos visto los resultados, abajo hay un auténtico caos.

El médico se dirigió a una enfermera de la UCI y dijo que necesitaba los resultados inmediatamente. Cuando la enfermera se fue, Rebecca metió la mano por debajo de la bata del hospital y apoyó la palma en mi desnudo pecho. Era una de las cosas más conmovedoras que había hecho nunca, pensé, hasta que —en un momento de lucidez— comprendí que el gesto no tenía nada que ver con el afecto: estaba comprobando cuál era el grado de mi arritmia.

También se percató de cómo tiritaba y, asustada, se volvió hacia el médico.

—Los escalofríos han empeorado, y la respiración también.

El médico asintió.

—Aumentaré la solución intravenosa y le cambiaré la medicación para la tensión arterial. —La miró, su tono y su rostro suavizándose—. Me lo han dicho abajo: es tu pareja. La sepsis no es una enfermedad misteriosa, Rebecca: recibió un buen tratamiento en Dubái y en el

avión. Lo han pillado a tiempo, sabemos lo que hay que hacer y está en uno de los mejores hospitales del país. No nos dejará, salvo para pasar a planta y después a rehabilitación.

Miré a Rebecca, que todavía tenía la mano en mi pecho. Su determinación de ser profesional, sin embargo, disimulaba la preocupación que yo veía en su rostro, e intentó sonreír, agradecida por esas palabras tranquilizadoras.

—Lo siento, pero aquí no nos eres de ninguna ayuda —continuó el médico—. Podrás hacer mucho bien abajo, en urgencias. Te llamaré en cuanto se produzca algún cambio.

Rebecca asintió, lo entendía. Otra enfermera ya estaba introduciendo un sedante en la vía y noté que empezaba a apagarme. Rebecca se inclinó sobre mí y sentí sus labios en los míos, y durante un instante me pregunté si no sería otro sueño febril.

—Que Dios te proteja —musitó al borde de las lágrimas. Entonces supe que tenía que ser un sueño, porque Rebecca no creía en Dios.

23

No la vi marcharse —me desplomé de costado cuando el sedante entró en mi torrente sanguíneo—, pero sí noté que yo empezaba a flotar, y caí en la cuenta de que, de alguna manera, milagrosamente, me habían trasladado a otro hospital.

Ahora estaba de pie, subiendo en un ascensor que me llevó hasta un pabellón blanco en el que, a diferencia de en la unidad de cuidados intensivos, todas las batallas médicas se habían perdido. Enfilé un pasillo desierto, abrí la puerta de una de las habitaciones y mi madre, frágil en la cama, volvía la cabeza para mirarme cuando me senté donde siempre, al otro lado de mi padre: estaba revisitando un pasado que no me iba a abandonar nunca. Por fin, por suerte, la oscuridad inducida por los fármacos me envolvió, y lo último que tuve en la mente fue que era un niño, seguro de nuevo en los brazos de mis padres.

Rebecca, por otra parte, se encontraba en el mundo real. Después me contó que, cuando salió de la UCI, dio la vuelta a una esquina y vio a los cuatro trajeados, tres hombres y una mujer joven, sentados en una pequeña sala de espera con las paredes de cristal. Al otro lado de las ventanas la tormenta empeoraba: truenos y nubarrones, acompañados de relámpagos difusos, se aproximaban por el aparcamiento y, aunque la tarde acababa de empezar, sumían la sala en la penumbra.

Rebecca no había visto nunca a ninguno de los cuatro visitantes, pero la actitud autoritaria y la ropa elegante del de más edad le

dijeron que era una de esas personas que se codeaban con los poderosos de Washington.

Con su ropa quirúrgica, ella tan solo se permitió echarles un vistazo con la escasa luz antes de seguir andando para regresar a urgencias.

—Disculpe, doctora —dijo alguien tras ella, y cuando se volvió vio que el hombre elegante había salido de la sala de espera. Sus colegas también estaban en la puerta, parecían nerviosos.

Rebecca se detuvo y, desde el pasillo, contestó:

—¿Sí?

—Creo que ha sido usted quien se ha ocupado de la admisión del señor Khan en urgencias —observó el hombre—. Nos han dicho que lo han subido aquí, y nos preguntábamos cómo están las cosas.

—¿Y ustedes son…? —inquirió Rebecca mientras caminaba hacia él.

—Amigos suyos —respondió el hombre bien vestido.

—Ya —dijo ella—. Si no le importa que se lo pregunte… ¿Siempre van de traje, sobre todo cuando hay una alerta meteorológica, a visitar a un amigo en el hospital?

—En realidad somos más bien compañeros de trabajo —precisó el hombre sonriendo, encantador.

Rebecca estaba a medio camino de él cuando la tormenta descargó: la oscuridad aumentó debido a los nubarrones y los sensores del pasillo reaccionaron como si hubiese caído la noche. Se encendieron unas luces en el techo. Por primera vez Rebecca vio bien al hombre y se regañó en el acto. Si no hubiese estado tan preocupada con lo que estarían haciendo en la UCI, lo habría reconocido por las fotografías de las noticias y se habría dado cuenta de que era Halcón Rourke.

En ese momento, me contó, no podía estar más enfadada —con él y con la Agencia—, pero se controló.

—Compañeros de trabajo —repitió, y señaló los oscuros trajes—. ¿De dónde? ¿Del Bank of America?

El bien vestido la miró, sin saber si reírse o sentirse ofendido, pero no dijo nada.

—Es curioso que mencione el trabajo —continuó Rebecca—. Los demás médicos y yo estábamos hablando precisamente de eso. Es posible que no lo sepa, pero el señor Khan tiene una herida fea en la muñeca.

—¿De veras? —inquirió sorprendido Halcón.

—Sí, se indica en un informe que hemos recibido del equipo que lo trató en Dubái. Uno de los médicos de allí dijo que parecía habérsela causado un brazalete metálico, casi como si hubiese intentado quitarse unas esposas. —Miró al grupo—. Lo sé, es raro, pero también tiene un pulgar parcialmente dislocado, lo cual parece apoyar esa idea. ¿Se les ocurre de qué podría tratarse?

Los cuatro negaron con la cabeza.

—¿No? Y luego está la herida de bala en el pie…

Los visitantes no dijeron nada; ¿una herida de bala?

—Le dispararon hace unos días —aclaró Rebecca—, y alguien (el señor Khan, suponemos) intentó frenar la infección con larvas. Es un tratamiento que gozaba de popularidad hace mil años, y la idea era buena. Pero en la actualidad no lo vemos mucho. Para ser exactos, no lo vemos nunca, sobre todo porque la gente a la que disparan va al hospital y, si sobrevive, la infección se trata con antibióticos.

Según la propia Rebecca, acto seguido se encogió de hombros y mantuvo su tono aparentemente razonable.

—Después de mirarle el pie, el equipo del avión realizó un examen físico completo. Es el procedimiento estándar. Aparte de sepsis y de daño solar generalizado, como si hubiese estado mucho tiempo en un entorno muy hostil, esas dos cosas (la muñeca y el pie) son sus heridas principales.

—Nada bueno, supongo —respondió Halcón—, pero podría ser peor.

Los otros y él parecieron aliviados, pero antes de que pudiesen formular más preguntas, Rebecca se corrigió…

—Tendría que haber dicho «heridas principales *actuales*». Repararon en una cicatriz fea en el muslo que, en su opinión, era de una herida de arma blanca. La suturaron hace años, y aunque quizá no fuese obra de un aficionado, de un cirujano plástico tampoco, eso seguro. —Hizo una pausa, sonriendo.

Ni Halcón ni el resto sonrieron: sabían que esa herida era de la misión en Libia.

—Sin embargo, la cicatriz larga en el hombro era algo completamente distinto —continuó Rebecca—. Dubái indicó que era un trabajo muy profesional; tenía que serlo, dijeron: se trataba de una herida muy grave. A juzgar por la radiografía del informe, me ha parecido la herida de entrada de una bala de calibre medio. En caso de que se lo pregunten: aquí tenemos mucha experiencia con esas heridas. Por desgracia, casi todos los hospitales de Washington son expertos mundiales en heridas por arma de fuego.

»Es muy probable que la bala se hiciera añicos al dar en una costilla. La mayor parte se quedó dentro y fue preciso extraerla, pero una parte creó un orificio de salida en la espalda —contó—. Todavía se pueden ver las marcas de las grapas con las que cerraron la herida. Dubái identificó las grapas que se utilizaron, y no se encuentran disponibles en Estados Unidos. Curiosamente, su uso se circunscribe sobre todo a Oriente Medio. En mi opinión, si la trayectoria de la bala se hubiese desviado dos centímetros a la izquierda y un poco más abajo, su señor Sadiqaa Khan habría muerto.

»De manera que tenemos una herida de arma blanca y una de bala —recapituló—. Una cosida por un auxiliar de veterinario y la otra

tratada por un buen cirujano de Siria, el Líbano, Israel quizá... —Dejó la frase en puntos suspensivos, pero nadie de su público dijo nada—. Todo ello hace que me pregunte una cosa —prosiguió—: ¿Dónde coño trabajan ustedes? ¿En correos?

Halcón abandonó el tono agradable.

—Gracias, doctora —dijo—. Creo que podemos dar por zanjado ahora mismo cualquier debate sobre el pasado o el trabajo del señor Khan. Lo único que quiero saber es cuál es el pronóstico.

Conque así se las gastaban los poderosos, pensó Rebecca, pero estaba demasiado enfadada para que Halcón pudiera intimidarla.

—Por supuesto —respondió con serenidad—. Le diré lo que opino.

—Por favor —contestó Halcón aparentemente aliviado.

—Yo diría que las personas como ustedes —los amonestó, de pronto descargando toda la ira que sentía por las heridas que yo había sufrido, pasadas y presentes— envían a hombres y mujeres jóvenes a algún lugar sombrío del que regresan *así*. —Señaló el pasillo hacia la UCI—. Eso si regresan, claro.

Halcón y los otros tres la miraban fijamente, no estaban acostumbrados a semejante vehemencia.

—Al igual que él, están heridos, destrozados —continuó—. Debatiéndose entre la vida y la muerte. Les han disparado, apuñalado (torturado, incluso, qué sé yo), y no solo una vez. Las heridas que acumulan le dicen a cualquiera que tenga dos dedos de frente que los mandan ahí fuera una y otra vez.

Uno de los hombres que estaban más atrás —un tipo que rondaba la cincuentena, con la frente ancha y una expresión de preocupación permanente— fue a objetar, pero Halcón lo detuvo.

—Déjalo, Buster, no pasa nada —dijo al director adjunto de la CIA.

Rebecca casi no lo oyó.

—Lo disfrazan de patriotismo —prosiguió—. Se dicen a ustedes mismos y dicen a los demás que todo es por el bien del país y olvidan oportunamente la pérdida, la angustia, la devastación que viene luego.

»No piensan en ningún momento en los hombres y las mujeres que esperan en casa, sin saber nada, viviendo con miedo cada minuto, confiando en que no baje nunca por la calle un coche sin distintivos, temiendo oír una llamada a la puerta cuando un hombre al que no conocen, y al que no volverán a ver nunca, les dé la peor noticia imaginable y después les envíe la invitación a un funeral en Arlington, donde es muy posible que bajen a la tumba un ataúd vacío.

Los cuatro visitantes estaban conmocionados: ¿quién demonios era esa doctora? ¿Cómo sabía esas cosas? Rebecca no rehuyó su mirada, respiraba agitada y entrecortadamente.

—Bien, pues permítanme que les diga que es posible que haya personas que amen a ese hombre —continuó—, cuyas vidas no

volverían a ser las mismas si no hubiese vuelto del agujero al que lo enviaron. De hecho, todavía no ha vuelto, todavía cabe la posibilidad de que muera ahí dentro. —Los miró a uno por uno—. ¿Lo entienden? Eso es lo que opino. Confío en que haya sido de utilidad. —Giró sobre sus talones y se alejó.

Segundos después Halcón la llamó.

—¿Doctora? —Ella siguió andando—. Doctora —repitió alzando la voz—. ¿Cómo se llama?

Ella aflojó el paso y se volvió.

—Rebecca… Rebecca Khan, señor Rourke —repuso—. Soy la pareja de Sadiqaa, aunque cuando estamos en la cama normalmente lo llamo de otra manera.

Se dio la vuelta de nuevo y se fue. Nadie de la CIA dijo ni mu, se quedaron mirando hasta que Rebecca se convirtió en una pequeña figura que desapareció en las entrañas del hospital.

—Vaya —comentó al final Halcón, y sonrió, o eso me dijo después Madeleine—. Una mujer de armas tomar. Hacía mucho que no me hablaban así.

24

—Así que llegó a Andrews, pensaba que iba al Walter Reed, pero al final ingresó en el MedStar —resumió Corrigan mientras me miraba atentamente desde detrás de su mesa—. ¿Por qué no lo ha querido relatar? —preguntó.

Yo hice una pausa, intentando ordenar mis pensamientos, pero él no esperó.

—¿Le preocupaba que la actitud de su pareja con la Agencia supusiera un problema? Es evidente que no es muy fan de su trabajo.

Lo miré con cara de sorpresa.

—En parte —reconocí—. Sinceramente, no estaba seguro de que se lo hubiesen contado.

—Comprendo —dijo—. Como sabe, en el hospital había cuatro personas de la Agencia. Halcón, Buster, Madeleine… y la cuarta era yo.

—¡Joder! —exclamé, y cogí aire—. Pero estaba en lo cierto —continué—. No se lo contaron, lo presenció.

Corrigan se puso de pie, estiró las largas piernas y fue hasta una cafetera encendida en un hornillo en un rincón.

—Acaba de decir «en parte». Creo que también prefería evitar tener que tratar conmigo el reencuentro con Rebecca; de eso tampoco quería hablar, ¿no es cierto?

—No especialmente —contesté.

Levantó la cafetera y me miró, consultándome con el gesto si quería una taza. Esa era una novedad —Lucas Corrigan tratando de ser un buen anfitrión—, y me pregunté si sería el intento torpe y huraño de un hombre de ser amistoso, o al menos cordial. Cogido por sorpresa, rehusé el café.

—¿Por qué? —quiso saber.

—Era algo muy personal, entre ella y yo: me parecía que debía seguir siéndolo. Las emociones estaban a flor de piel —aduje—. Lo siguen estando, y lo más probable es que lo estén siempre.

—¿Tan difícil fue el reencuentro?

—Pues sí —admití—. Ver a Rebecca, poder tocarla. Fueron muchas las ocasiones en que pensé que no volvería a casa. A lo largo de las últimas semanas me obligué a despedirme de ella mil veces. Me sentía abrumado.

—¿Demasiadas emociones para una persona? —apuntó Corrigan—. ¿Le pasa incluso cuando está aquí sentado y tiene que recordar esos minutos?

—Pues sí —reconocí—. Fue un momento único, duro de recordar. Emocionalmente.

—¿Cree que...? A ver cómo lo digo..., ¿que haberse venido abajo en urgencias daña su imagen?

—Supongo que sí —repuse—. Todos sabemos lo que dice Halcón: las emociones son el peor enemigo del espía.

—Halcón, ya —dijo Corrigan mientras cogía el café y volvía a su mesa—. Todo un experto en relaciones humanas. —De nuevo, casi sonrió—. Aun así, su primera reacción en el hospital fue darle a usted el tiempo y el espacio necesarios para recuperarse y procesarlo todo. Ese era el ser humano hablando. El jefe de espías tenía que ir a verlo a usted inmediatamente.

»Seguíamos en la sala de estar, los cuatro —prosiguió Corrigan—. Rebecca acababa de marcharse a urgencias y nosotros no sabíamos lo que le había pasado, pero ella había dicho que le habían disparado en un pie y (según Madeleine) ese era un movimiento clásico del ISIS. Si se sumaba a la herida de las esposas, era evidente que el Ejército de los Puros lo había hecho prisionero.

»Halcón supuso que era más que probable que hubiese visto usted al Emir y al tipo de la langosta tatuada, pero, aunque no fuese así, tendría información importante de todas formas. Sabíamos por su mensaje de rescate que el correo había muerto. La prioridad era que diese usted parte de todo lo sucedido. Pero tenía que hacerse deprisa, antes de que el Ejército tuviese la oportunidad de trasladarse o escapar de los satélites.

Corrigan parecía compungido.

—Halcón dijo que, por desgracia, la información era la prioridad; su

recuperación, algo secundario. Le dije que era un gran jefe de espías, pero que daba lo mismo lo que *él* quisiera, el médico a cargo de la UCI jamás le permitiría que lo interrogasen. Halcón respondió que lo haría en cuanto recibiera la llamada.

«¿Una llamada telefónica? —pensé—. ¿Qué llamada?»

—Sí, yo me sentí igual de confuso que usted —señaló Corrigan—. Después Halcón se dirigió a Madeleine y le pidió que llamara al jefe de gabinete del presidente.

—¿El jefe de gabinete de la Casa Blanca llamó a mi médico? —pregunté conmocionado.

—No —corrigió Corrigan—. Fue el mismísimo presidente el que llamó. Minutos después el médico estaba en la sala de espera repartiendo batas y guantes a los otros tres. Por lo visto, no era necesario que Recursos Humanos estuviese presente...

—Una lástima —apunté con una sonrisilla—. Seguro que usted habría salvaguardado mi bienestar.

—No sea ridículo —replicó—. Sé cómo se medra aquí. —Esta vez sí sonrió. Contrariamente a todas mis expectativas, Lucas y yo nos reímos, disfrutando del burdo cinismo.

»El médico nos dijo que debía dar usted parte de inmediato: su equipo y él ya habían empezado a administrarle fármacos para revertir el efecto de los sedantes —añadió Corrigan—. Así que, cuando todos estuvieron vestidos, dejó que Halcón y los demás entraran en la UCI.

25

Conectado a vías, tendido en la cama de la UCI, a solas en una habitación de aislamiento, sentí que daba bandazos entre una realidad tortuosa, distorsionada, y un sueño extraño, inducido por los fármacos.

Estaba completamente confuso cuando la puerta se abrió y tres personas vestidas de cirujanos entraron. Sin embargo, el disfraz no me engañó: estaba lo bastante cuerdo para saber que su presencia en la habitación se debía a los fármacos. Halcón Rourke no era médico.

Sonriendo bajo su gorro de plástico, se acercó a la cama y me dio un puñetazo de broma con una mano enguantada.

—Hubo muchos momentos en que pensé que no veríamos este día —comentó con suavidad—. Bienvenido a casa.

Sabía que no era real, pero eso no significaba que no resultara reconfortante.

—Gracias —contesté, y mi voz sonó como si saliese de un lugar lejano—. Pero me sorprende: su bata parece de *prêt-à-porter*. Pensé que

si fuese un médico, Halcón, al menos su ropa estaría hecha a medida.

Él se rio, igual que los falsos Buster y Madeleine, que estaban detrás de él, todo el mundo encantado de verme de tan buen humor.

Pensé que aquello no era tan malo. A pesar de lo agotado que estaba, empecé a entusiasmarme con el ejercicio. Le señalé el cuello.

—La corbata no sé si me convence, Halcón.

Él se la miró.

—¿Qué tiene de malo?

—Es un poco chillona —opiné. Que yo supiera, nadie había cuestionado el gusto de Halcón y se lo había dicho a la cara, y lo estaba disfrutando; apunté mentalmente hacerme con el nombre de los fármacos.

Halcón empezaba a escrutarme de manera inquisitiva, pero daba lo mismo, nada era real.

—Es usted la única persona a la que conozco que hace sentir a todos los demás como si fuesen tercermundistas —continué—. Solo estoy sugiriendo que la corbata lo deja en mal lugar.

Buster, Madeleine y él se miraron.

—Usted no lo entiende —repuso Halcón—. Yo tengo gusto; la mayoría de la gente también, solo que no necesariamente bueno.

Pensé que estaba bien traído, y me reí.

Entretanto, Buster al parecer había entendido algo y, al mirar a Madeleine, empezó a reír y negar con la cabeza. Halcón me observaba con atención y comenzó a asentir, como si también él hubiese entendido algo muy profundo. Yo no sabía lo que era, pero no me preocupó.

—Y, Buster, ¿por qué no utiliza un cinturón en lugar de una cuerda? —apunté.

—La cuerda solo la uso los viernes informales —afirmó.

De pronto me sentía agotado por completo y me desplomé, esperando que la versión fantasiosa de la realidad diera paso de una vez por todas al sueño inducido por los fármacos. Solo que no ocurrió. Halcón y los otros dos falsos médicos seguían obstinadamente junto a mi cama.

—Estoy cansado —admití—. Ha estado bien, pero ahora váyanse. Vuelvan más tarde disfrazados de Elvis, ¿eh? —No se movían—. Vamos, vuelvan al éter —los animé.

Continué mirándolos. La fatiga empezó a desaparecer igual de deprisa que había llegado, pero frente a mí la situación aún era la misma: mis tres colegas seguían ahí, de visita en una habitación de la UCI, vestidos con su ropa contra infecciones, volviéndose cada vez más reales poco a poco. Todos nos mirábamos.

—Mierda —solté.

—Creo que lo de la cuerda ha estado un poco fuera de lugar —se

quejó Buster.
—Lo siento —me disculpé.
—Bien, ahora ha vuelto —observó Halcón—. ¿Se siente capaz?
—¿De qué?
—De dar parte —respondió mientras se sacaba el teléfono encriptado y activaba la función de grabación. Por lo visto la propuesta no era negociable.
Los otros dos siguieron su ejemplo y, con tres teléfonos a punto de grabar cada palabra, estábamos listos para empezar. Con o sin fármacos, me dije, tenía que estar en guardia: había aspectos de la misión que debía evitar tocar a toda costa. Al menos estar exhausto, medicado y en la UCI era una ventaja: significaba que tenía todos los motivos para no extenderme, lo cual me permitiría esquivar áreas en las que, sin lugar a dudas, era mejor no ahondar.
—El mensaje que escribió en la pista de aterrizaje decía que el correo había muerto —comenzó Halcón.
—Sí —confirmé—. No estaba en el primer punto de encuentro, y yo llegaba con retraso al segundo…
—¿Por qué? —quiso saber Halcón.
—No fui por el cañón que formaba parte de la ruta propuesta —contesté—. Cuando llegué allí, parecía mucho más peligroso que en las fotos del satélite. Me pareció que era el lugar perfecto para tender una emboscada. —No mencioné la intuición ni la renuencia de Sakab a avanzar. Cualquier alusión a disparos del futuro y seguro que me encerraban.
—Bien, así que dio un rodeo —dedujo Halcón—. ¿Y luego?
Describí el cruce, el bazar de armas, el calor y el polvo. Referí que vi al correo.
—Había una gran cruz de madera en el centro del cruce —dije—. Lo habían crucificado.
—¿Crucificado? —repitió Halcón. Buster y él habían sido testigos de una buena cantidad de sucesos horrendos, pero este los conmocionó incluso a ellos.
—Primero lo torturaron —continué—. No lo sé con seguridad, pero por la mancha de sangre que vi, creo que es posible que le cortaran los genitales. —Mi voz dejó traslucir mis sentimientos: estaba cansado, eso sin duda, pero el cansancio también era emocional.
—Me figuro que lo crucificaron por la repercusión —opinó Halcón—. ¿Había muchas personas?
—Unos cientos, puede que más.
—¿La familia, las personas a las que iban destinados los pasaportes estadounidenses? —quiso saber—. ¿Alguna señal de ellos?
—No tenía forma de saber quiénes eran —mentí.
Como he dicho antes: cualquier desviación de la misión, o el

involucramiento en otros sucesos, constituía una infracción de todas las normas de la CIA. Yo había hecho lo que había considerado mejor y había conseguido volver a casa. ¿Qué importancia tenía? Aquello formaba parte del pasado. Solo tenía que dejarlo allí.

—Cuando supe que el correo estaba muerto, quemé los pasaportes y me deshice del oro —continué—. Acababa de terminar y lo estaba recogiendo todo cuando oí que donde había acampado había alguien. —Por suerte, ahora pisaba un terreno narrativo más firme.

»Cogí el fusil, rodé por el suelo y estaba a punto de disparar cuando lo vi: era un hombre al que reconocí, estaba entre la multitud enfrente de la cruz.

—¿Cómo lo encontró a usted? —preguntó Halcón enseguida.

—Los caballos: algo los había asustado antes y dos de ellos no paraban de relinchar —contesté, inventando sobre la marcha: no podía decir que me habían visto disparar. Habría preferido olvidar lo de la visita a mi improvisado campamento, pero, profesionalmente, no podía pasar por alto las últimas palabras del moribundo. Aunque no las entendía, puede que fuesen una información valiosa, y no cabía duda: debía informar sobre ellas.

»El hombre era un buen amigo del correo —improvisé—. Fue uno de los cinco hombres a los que obligaron a excavar una base para la cruz, y, mientras lo hacía, el correo (que estaba tendido cerca, apenas con vida) dijo que si llegaba un viajero le dijese que todo lo que había dicho era verdad. Cada palabra.

—¿Está seguro? —me interrumpió Halcón—. ¿Eso fue exactamente lo que dijo?

Asentí: al menos esa parte era verdad.

—Le pregunté si el moribundo había mencionado una hora, el nombre de una ciudad (ciudades, tal vez), algo concreto.

—¿Y bien? —inquirió Halcón echándose hacia delante, intentando dar con alguna manera de hacer algún progreso.

—En realidad no —contesté, e hice una pausa para recuperar el aliento. Me encontraba mal. Intenté sentarme más recto para respirar mejor y después continué como buenamente pude—: El visitante dijo que cuando lo subieron a la cruz, justo antes de que lo clavaran a ella, el correo empezó a desvariar. Dijo que había una ciudad en la India a la que el mal había llegado con el viento, un lugar donde la tragedia nunca acababa.

—¿Qué? —Halcón se extrañó—. ¿Una ciudad en la India? ¿No en Indiana?

—No, en la India —aseguré—. Según el hombre, esas fueron sus palabras exactas. Pero, como he dicho, a esas alturas el correo deliraba, hablaba sobre todo de su familia.

—Aun así —opinó Halcón volviendo la cabeza hacia otro lado,

pensando—. Seguro que significa algo…, no creo que un hombre en su situación…, es evidente que pensaba que era importante. «El mal llegó con el viento…, un lugar donde la tragedia nunca acababa» —repitió incapaz de entenderlo—. ¿Qué pasó después de que hablara usted con el visitante?

—Hui —afirmé, aliviado por dejar atrás todo lo sucedido en la intersección—. Di por sentado que solo lo crucificaron cuando estuvieron seguros de que lo había desvelado todo sobre nuestros planes de reunirnos. —Me encogí de hombros—. Supe que ya me estarían buscando.

—¿Y lo capturaron? —preguntó Halcón—. Madeleine dice que así lo indican las heridas.

—Sí, tuve el placer de conocerlos —aseveré.

—¿A quiénes? —La pregunta la formuló Buster, pero estoy seguro de que era la que todos tenían en mente.

—Sobre todo a nuestro objetivo de la langosta tatuada —repuse.

—¿Al-Tundra? —dijo Halcón, casi sin dar crédito—. ¿Habló con Al-Tundra?

—Su verdadero nombre es Roman Kazinsky —aseguré, y los tres se me quedaron mirando sorprendidos, ahora completamente pasmados —. Coronel Roman Kazinsky. Pero no me den las gracias —seguí—. Dénselas a la chica que traje conmigo.

Nadie era capaz de hablar, ni siquiera Halcón: el implacable jefe de espías, el hombre que siempre se mantenía firme, el exagente que siempre formulaba la siguiente pregunta, se había quedado como el propio Al-Tundra: atónito.

—Kazinsky sirvió en la 3.ª brigada Spetsnaz rusa —continué, con la voz flaqueándome—. Es un soldado condecorado, un veterano de numerosas batallas, incluido el famoso combate de Alepo. Creció en un pueblo a orillas del río Lena. ¿Conocen el Lena?

Todos negaron con la cabeza.

—¿Se puede saber qué les pasa? —inquirí—. ¿Es que creen que la civilización termina en Budapest?

No sabían de qué estaba hablando. Me reí.

—Es lo que me dijo Kazinsky cuando me preguntó eso mismo. —Fui consciente de que la voz empezaba a fallarme y cada vez me costaba más respirar; probablemente recordar a Kazinsky tampoco ayudara—. El pueblo a orillas del Lena se llamaba Pokrovsk.

Halcón seguía mirándome con cara de asombro. Su agente, de cuya muerte había estado convencido, al parecer había convertido una misión fallida en un éxito.

—El padre, que era de la antigua Unión Soviética, crio a sus hijos allí —continué. Me detuve, y creo que pensaron que ya había acabado, pero no…, no del todo—. Todo esto lo averigüé poco antes

de que Kazinsky colgara a Ghorbani por los tobillos y le arrancara la lengua.

Se hizo un silencio largo, durante el cual pude recobrar algunas fuerzas.

—¿La base? —preguntó Halcón al cabo—. ¿Vio la base?

—No —negué débilmente—. Solo vi... Había una cueva, una especie de campamento de avanzada, lo abandonaron en cuanto me capturaron.

—¿Alguna otra persona? —quiso saber Halcón—. ¿Nombre, descripción, estructura..., cúpula?

Negué con la cabeza: nada.

—¿El Emir? —inquirió Buster, también insistiendo.

—Lo vi. Un misterio: tapado de la cabeza a los pies —contesté, ahora mi voz era tan débil que tuvieron que acercarse—. No daremos con él a base de reconocimiento facial.

Vi la decepción en sus rostros.

—¿Cómo los encontramos a tiempo? —planteó Halcón, enfadado con la situación—. ¿Dónde buscamos...?

—Que busquen... —Mi voz se iba apagando—. Que busquen... —repetí, probando de nuevo—. Un AMG... de seis ruedas, matrículas pakistaníes.

—Continúe —pidió Buster. Al igual que Halcón, se había echado hacia delante, asegurándose de que me oía.

—Central Asian Wildlife Survey... —añadí—. Localicen el vehículo... y encontrarán al Emir..., él los llevará hasta la base. —Miré a Halcón—. Creo que no tengo nada más.

—Duerma —aconsejó—. Un trabajo brillante. —Me empujó un hombro con suavidad, obligándome a tenderme—. Absolutamente brillante.

Puede que el trabajo fuese bueno..., puede que él tuviera razón. Pero, aun así, acabó costándome el empleo.

26

«Largo y arduo es el camino que conduce del infierno a la luz», eso dijo el poeta ciego John Milton hace trescientos cincuenta años. Bien podría estar describiendo la desesperada búsqueda que emprendió la Agencia de Kazinsky, el Emir y la base del Ejército.

En cuanto mis tres visitantes se fueron de la UCI y volvieron a la sala de espera, Halcón ya estaba al teléfono presionando para dar con el AMG. Tres horas después la NSA ya había hackeado los datos de ventas de la central de Mercedes, en Stuttgart, y había descubierto que, con menos de un centenar de seis por seis vendidos, solo había

un candidato que podía estar deambulando por las zonas fronterizas con cierta lógica: uno que había adquirido una empresa fantasma relacionada con un adinerado empresario pakistaní establecido en Islamabad del que se sospechaba desde hacía tiempo que ayudaba a financiar organizaciones terroristas.

El hackeo en profundidad que efectuó la NSA a continuación proporcionó la fecha exacta en la que se entregó el vehículo al financiero, y esa información, unida a la capacidad de la Agencia para hacer uso de una cantidad ingente de inteligencia artificial, les permitió centrar el objetivo en millones de imágenes pasadas de satélites espía y en infinidad de kilómetros de grabaciones archivadas. Menos de veinticuatro horas después de que yo le hablase a Halcón del viaje del Emir, la CIA ya había encontrado imágenes de satélites —captadas hacía dos años— que mostraban el flamante seis por seis cuando salía de un concesionario Mercedes en Islamabad, cruzaba la frontera pakistaní y se entregaba a cuatro misteriosos hombres en un almacén a las afueras de Shiraz, una ciudad situada en el suroeste de Irán.

—No cabe la menor duda de que ese es el vehículo —dijo Halcón a Buster, Madeleine y los demás analistas y asistentes que se habían reunido en el despacho de Halcón para revisar las imágenes—. Quiero ver cada fotograma o fotografía que haya del vehículo entre la entrega en Shiraz y ahora. De los dos años. Sabemos que cometieron la estupidez de colocarle el logo de la Central Asian Wildlife Survey, y eso debería ser de ayuda. Buster, emplea los recursos que necesites.

Con cincuenta analistas y documentalistas adicionales a los que llamaron para que acudieran, el equipo, enormemente ampliado, trabajó las veinticuatro horas y consiguió ubicar el vehículo en numerosos lugares —solo en el primer pase contaban con varios cientos de avistamientos—, y tres días después Buster se reunió con Halcón y los asesores de la séptima planta. Justo cuando la noche empezaba a caer, se levantó y, en una gran pantalla de vídeo, fue pasando de una imagen del vehículo a la siguiente hasta que, al fin, el grupo vio la última secuencia de la gran cantidad de instantáneas e imágenes de vídeo de que disponía.

—Este es el último sitio en el que podemos localizarlo —informó.

Halcón y los demás vieron que en la pantalla aparecía una imagen en 8K de un paisaje abrupto y deshabitado. En el centro se distinguía un cañón agujereado con un complejo de cuevas: algunas de las entradas grandes como puertas de un hangar, otras tan bajas que habría que agacharse para entrar.

Los asistentes clavaron la vista en ese mundo oculto: árboles verdes festoneaban un cauce seco, bajo las ramas se dibujaban densas sombras, y en una extensión de tierra y hierba se veían huellas de

gacelas. La abertura de la cueva de mayor tamaño formaba un arco casi perfecto, esculpido por el viento a lo largo de milenios. En ningún lugar de ese paisaje que no tenía fin había señal alguna del hombre o de sus obras. Las recónditas cuevas, en toda su grandeza, parecían recordar tiempos mucho más primigenios...

—¿Cómo se llama este sitio? —preguntó Halcón.

—De ninguna manera. No tiene nombre —contestó Buster—. Es un lugar aislado, muy poco conocido.

—¿Ni siquiera se menciona en un escenario bélico iraní o en mapas secretos? —quiso saber Halcón.

—No —afirmó Buster—. Un equipo empezó a llamarlo Tora Bora Oeste y así se quedó.

—¿Tora Bora Oeste? —repitió Halcón.

En pastún, *tora bora* significa «cueva negra», así que el nombre era ideal para el paisaje que Halcón y los demás estaban observando: los valles y los desfiladeros circundantes parecían encontrarse siempre en sombra. Pero, sobre todo, el nombre hacía referencia a las cuevas de Tora Bora, a cientos de kilómetros al este en Afganistán, en su día el baluarte de Osama bin Laden y Al-Qaeda.

—Volvimos a revisar los datos de satélites de órbita baja de la NSA —continuó Buster, que presentó en la pantalla numerosos datos y gráficos: imágenes de cámaras termográficas, capturas de pantalla, detección de movimiento—. Hasta no hace mucho las cuevas apenas habían recibido una visita desde finales de un año hasta el siguiente. Un puñado de cazadores, un par de contrabandistas. —A continuación señaló una nueva pila de datos—. ¿Y ahora? Una gran afluencia de personas, que aumenta cada día con la llegada de más combatientes.

Halcón no dijo nada, y los demás tampoco, pero ahora todos ellos estaban convencidos —aunque a nuestro infiltrado lo habían clavado a una cruz, un agente aterrorizado de Blackwater había vendido a su red para intentar salvar el pellejo, a un conductor lo habían colgado por los pies y le habían arrancado la lengua, habían dejado a una joven inmovilizada en el agua para que se ahogara y un espía que se suponía muerto había acabado en una playa vivo— de que la Agencia había conseguido lo imposible: había logrado localizar la base del Ejército de los Puros.

27

Halcón entró en el vestíbulo del ala oeste de la Casa Blanca, bajó una planta en ascensor, dejó sus dispositivos electrónicos en un armario forrado de plomo en recepción y accedió a la sala de crisis, la zona más segura de todo el edificio.

Habían pasado setenta y dos horas desde que había visto por primera vez las cuevas de Tora Bora Oeste, y durante ese tiempo había insistido en que se comprobara y se volviera a comprobar cada fotograma, cada pila de datos y cada conjetura: a las personas que lo estarían escuchando no se las conocía por su generosidad de espíritu o su permisividad con los errores.

Seis de ellas estaban esperando en la sala, cuatro hombres y dos mujeres, todos los cuales ocupaban cargos en las esferas más altas del gobierno estadounidense. Halcón apenas había franqueado la puerta insonorizada, hecho un gesto afirmativo con la cabeza a modo de saludo y se disponía a hablar del tiempo, cosa que detestaba, cuando la puerta que tenía a su espalda se abrió de nuevo.

Todo el mundo se levantó. Clifford Montgomery era un hombre alto e imponente por aquel entonces, cuando rozaba la setentena, y no el hombre frágil y menguado por el cáncer de colon que acabaría con su vida unos años más tarde, el primer presidente que moriría mientras ocupaba el cargo —sin contar a aquellos a los que habían asesinado— en casi cien años. Aunque Halcón no comulgaba con su política —no podían diferir más en numerosas cuestiones—, sin duda admiraba su ética del trabajo y su inteligencia, su honestidad y su franqueza. Su sentido del humor tampoco estaba mal.

—Bien, Halcón —empezó el presidente—. ¿Qué noticias del frente presenta *Vogue Homme*?

Varios de los presentes sonrieron, los dos que no soportaban al jefe de espías rieron disimuladamente con desdén, y Halcón se carcajeó.

—El puño doble causará sensación este invierno, señor presidente. Aparte de eso, el Ejército de los Puros supone una amenaza mayor con cada día que pasa.

Hizo una señal a un empleado del Consejo de Seguridad Nacional que ocupaba una cabina de control al fondo, las luces bajaron y se encendieron seis grandes pantallas de vídeo en las que apareció el complejo de cuevas en alta definición. Con el satélite reprogramado para que se concentrase en el lugar, las imágenes eran mucho más amplias, captaban una gran cantidad de personas, armas y vehículos en movimiento, munición y búnkeres de almacenamiento de explosivos embutidos en la ladera de una colina, combatientes disparando balas de alta velocidad en un sofisticado campo de tiro y, en la trasera de un camión, lo que parecía ser una mina lapa —un explosivo— que, si se colocaba en el casco de una embarcación, podía hundir casi cualquier buque. Estaba claro que el cañón ya no era un lugar ancestral donde se practicaba la cazaba, sino un sitio peligroso y violento, inevitablemente una parte del tiempo en que nos había tocado vivir.

—La localizamos hace unos días —contó Halcón—. Es la base del

Ejército de los Puros, ahora conocida como Tora Bora Oeste.

Nadie en la mesa pudo disimular su reacción.

—Qué rapidez —afirmó el presidente impresionado, para disgusto de varios.

—Es una lástima que no hiciésemos lo mismo con Al-Qaeda: deberíamos haber dado con ellos antes y borrarlos del mapa desde un principio —opinó el secretario de Defensa. Jose Pereira era un hombre tan corpulento que en su día alguien lo había descrito como un peligro para la navegación.

—Como ya saben, creemos que el Ejército se encuentra en la última fase de planificación de un golpe espectacular, cuyos detalles desconocemos —explicó Halcón haciendo caso omiso de él—. La pregunta siempre ha sido: ¿tienen la capacidad para hacerlo? Son varios los motivos que ahora nos inclinan a pensar que sí...

Le hizo un gesto al empleado de la cabina de control y en la pantalla se vio a un hombre con gafas de mediana edad. Vestía un elegante y caro traje occidental, tenía una poblada mata de cabello oscuro, la tez cetrina, la nariz aguileña y la expresión altiva que suele acompañar a quienes poseen una gran riqueza. Y poder. Cuando el técnico de la cabina cambió las imágenes de la pantalla, los que se hallaban reunidos a la mesa lo vieron en Davos, posando con los directores de tres bancos internacionales, en un palacio en Arabia Saudí sonriendo junto al príncipe heredero, en el palco que tenía el propietario en la Royal Ascot...

—Sé quién es —aseveró sorprendido el presidente Montgomery—. Lo conocí en una conferencia sobre el cambio climático en Abu Dabi o algún otro sitio. Una cena multitudinaria, recuerdo. ¿Cómo se llama?

—Yusuf Faheez —contestó Halcón—. El tercer hombre más rico de Pakistán, muy cercano al primer ministro y a sus servicios de inteligencia. Hay quien dice que custodia en secreto más de mil millones de dólares de los seis miembros más poderosos del partido político en el poder.

—Fue deportista de élite, o algo por el estilo, cuando era joven —observó el presidente—. Recuerdo que los ingleses lo querían.

—Era jugador de críquet —confirmó Halcón—. En Pakistán es un héroe nacional.

—Entonces ¿por qué es relevante? —inquirió Pereira.

Halcón hizo una nueva señal a la cabina de control.

—Compró un vehículo caro y se lo dio al líder del Ejército. —En las pantallas se empezaron a ver las imágenes de un satélite espía del flamante seis por seis de Mercedes cuando salía de Islamabad y cuando se entregaba en el almacén de Irán—. Hemos investigado sus opacos informes financieros: estamos convencidos de que ha estado financiando al Ejército. Si no lo ha hecho ya, es casi seguro que sea el

principal financiero del golpe espectacular. Para un hombre tan rico como él no supondrá nada. Los ataques del 11-S costaron a Al-Qaeda menos de medio millón de dólares, mientras que la guerra contra el terrorismo ha costado más de diez billones de dólares a Estados Unidos. ¿Qué es un millón o dos para Faheez? —El sobrio análisis se recibió con un silencio que finalmente rompió Halcón—: Yusuf Faheez les da los fondos. Este hombre les proporciona la capacidad...

La imagen del Mercedes AMG desapareció y se vio sustituida por la fotografía que había pasado el correo de los hombres que jugaban a las cartas en un pueblo durante una celebración.

—¿Qué tiene ese hombre en la espalda? —preguntó el presidente mientras miraba con atención la fotografía ampliada.

—Una langosta —aclaró Halcón—. Están viendo la única fotografía que existe de Abu Muslim al-Tundra.

—¿Al-Tundra? ¿Por qué nos lo enseña? —preguntó Pereira.

—Se tomó en Irán, hace alrededor de un mes —respondió Halcón.

—Y una mierda —exclamó Pereira con aspereza—. Es imposible: Al-Tundra está muerto.

—No. Está vivito y coleando —aseguró Halcón.

—Se equivoca —replicó Pereira—. Usted sabe lo que pasó: murió en un bombardeo en una casa en Irak.

—El Pentágono *dijo* que murió en un bombardeo. No había ninguna prueba de criminalística.

—Claro, y usted sabe que es él porque un satélite o lo que fuera tomó una fotografía de la espalda de un tipo, ¿no? —arguyó Pereira jactándose, con más humos incluso.

—No, porque hace unos días uno de nuestros agentes habló con él en Irán —contestó Halcón sin alterarse, dejando tiempo para que reaccionaran, estupefactos—. Así es: habló con él y descubrió que su verdadero nombre es Roman Kazinsky.

Hizo una señal a la cabina de control y en las pantallas aparecieron fotografías e información de un expediente militar, todo en ruso. En el centro se veía una imagen de Kazinsky cuando era mucho más joven: cabeza rapada, menos curtido, pero con mejor planta incluso, su mirada tan llamativa y cruel como siempre.

—La NSA hackeó archivos militares rusos y se hizo con una copia de su expediente —aclaró Halcón—. La fotografía se tomó el día que lo ascendieron a coronel en la Spetsnaz, las fuerzas especiales rusas, uno de los más jóvenes en ostentar ese cargo.

No solo Al-Tundra había resucitado, sino que por fin Estados Unidos podía asignarle un nombre y un rostro. Imágenes de Kazinsky —con distintos uniformes, en numerosos combates remotos— siguieron sucediéndose en las pantallas, pero Halcón les dio la espalda y se dirigió a la sala.

—El líder nominal del Ejército de los Puros es un hombre al que se conoce como el Emir: debido a su devoción a la versión más rigurosa del islam y a sus conocimientos del Corán, confiere peso al grupo en el plano religioso. Sin embargo, la experiencia nos demuestra que el líder militar de un grupo terrorista siempre es el más peligroso…

—Y el comandante del Ejército —añadió en voz baja el presidente— es Al-Tundra, al que ahora se ha identificado como Roman Kazinsky.

—Sí —convino Halcón—. Uno de los fundadores del ISIS, un soldado muy preparado y probablemente el líder militar más formidable con el que hemos tenido la desgracia de tropezar. Al-Qaeda incluido.

—¿Y está usted seguro de esto? —preguntó el presidente—. ¿Está seguro de que Al-Tundra no ha muerto?

—Absolutamente —confirmó Halcón.

—Ha dicho que un agente habló con él —recapituló el presidente—. ¿Confía en este espía?

—Por completo —afirmó Halcón.

—¿Cómo consiguió hacerlo? ¿Qué le pasó después de dar con Kazinsky?

—Eso no lo puedo desvelar, señor presidente.

A modo de respuesta, Montgomery asintió, lo entendía: sabía que no era porque Halcón no confiase en él, sino porque el director de la CIA no creía que algunos de los presentes en la sala no fuesen a chismorrear o filtrar información. Al fin y al cabo, aquello era Washington.

El presidente miró hacia otro lado mientras procesaba lo que acababa de escuchar, e intentaba calibrar su veracidad; es muy posible que pensara en el Ejército de los Puros y en golpes espectaculares anteriores. Cuando era mucho más joven, Montgomery se hallaba a menos de cinco kilómetros de Wall Street el 11-S.

Halcón, que lo observaba, recordó lo que le había dicho el presidente en una ocasión sobre cómo era ocupar el despacho oval: «Es escalar a diario un muro de preocupaciones. Lo único que distingue un día del siguiente es la altura del muro».

Más tarde Halcón me contó que, por la cara que puso el presidente, durante esos pocos minutos el muro era tremendamente alto.

—Bien, conque tienen los fondos —dijo al cabo, volviéndose hacia Halcón y el resto— y tienen el liderazgo militar. ¿Qué sabemos del plan?

Halcón hizo una señal al técnico de la cabina de control y en la pantalla apareció un mapa de la India.

—Esta es la única pista que tenemos.

—¿La India? —preguntó Pereira con desdén.

Halcón ni se dignó a responder. En silencio, todos los que se

encontraban en esa habitación sin ventanas miraron el mapa mientras comenzaban a verse unos puntitos rojos: decenas al principio, que rápidamente pasaron a ser cientos, después miles, hasta que casi todo el país se vio cubierto de ellos.

—¿Qué son? —quiso saber el jefe del Estado Mayor Conjunto, profesional cercano a Pereira, además de amigo personal.

—Ciudades, o al menos lugares que podrían encajar con la descripción —explicó Halcón—. Veintiséis mil. Y uno de ellos es un lugar al que «el mal llegó con el viento, un lugar donde la tragedia nunca acababa».

—¿Eso es todo? ¿Esa es la pista? ¿Poesía? —preguntó Pereira—. ¿Un lugar donde la tragedia nunca acababa? He estado en la India y, si quiere que le diga lo que pienso, así es todo el puñetero país.

Halcón se limitó a encogerse de hombros: ¿qué otra cosa podía hacer?

—Sí, esa es la pista. Teníamos una fuente infiltrada en el Ejército. Lo descubrieron y lo crucificaron…

—¿Metafóricamente, entiendo? —repuso el presidente.

—No, literalmente —contestó Halcón—. Lo de la ciudad en la India fue de las últimas cosas que dijo. Puede que estuviera delirando, pero también cabe la posibilidad de que intentara decirnos algo.

—Una ciudad… y hay ¿veintiséis mil? —planteó el jefe del Estado Mayor Conjunto—. No es que sea de gran ayuda.

—No es de ninguna ayuda —coincidió el jefe de espías—. Salvo por el hecho de que el expediente militar de Kazinsky proporcionó un dato más. Usted sabe mejor que nadie, general, que la interminable guerra civil de Siria fue una de las más sucias que se han librado.

—Sin duda —afirmó el jefe del Estado Mayor Conjunto.

—Todos estuvimos allí, tomando partido: nosotros, los rusos, los kurdos, milicias, jefes tribales, mercenarios. Los únicos sensatos fueron los chinos, que se mantuvieron al margen —observó Halcón—. Se utilizaron armas químicas en todas partes: cloro, gas mostaza, sarín, cualquier cosa que matara y mutilara. Todas prohibidas, desde luego, pero ¿cuándo ha parado eso a alguien salvo a nosotros y los británicos? En una etapa, al comienzo, se libró un combate feroz con los rusos en los alrededores de Kafr Zita, una población de unos treinta mil habitantes. Los rusos, a los que superaban en número, lo estaban pasando mal, pero cerca había una planta química descuidada cuya actividad principal era convertir cloro líquido en gas.

»El comandante ruso —prosiguió Halcón— calculó la dirección del viento, esperó hasta que sopló hacia el sur y envió a un equipo a la planta para volar los enormes tanques de almacenamiento de acero. Por medio de temporizadores, hicieron pedazos los tanques, el gas cloro se liberó en una enorme nube y el viento se encargó del resto.

»No fue solo que el gas matara indiscriminadamente, se produjo otro efecto igual de importante: como el cloro se puede oler antes de que sea letal, siembra el pánico mientras la gente huye. Y eso fue lo que sucedió: aldeanos, soldados enemigos, habitantes de la ciudad e incluso los animales salieron corriendo para no morir. El resultado fue que los rusos consiguieron alzarse con la victoria en lo que parecía una derrota casi segura.

Halcón hizo una pausa y nadie, ni el secretario de Defensa, ni el jefe del Estado Mayor Conjunto, ni la secretaria de Estado —una mujer entrada en años, doctora en ingeniería y una de las mentes más brillantes en la Administración Pública— dijo nada; imaginaban el escenario bélico, las letales nubes de gas que se aproximaban y el pánico mientras la ciudad se iba quedando vacía.

—Por supuesto, el comandante ruso vio de primera mano los devastadores efectos que tenía un burdo ataque con armas químicas —continuó Halcón—. Su nombre era Roman Kazinsky.

28

Durante el opresivo silencio que se hizo a continuación, Halcón clavó la vista en las pantallas, iluminado únicamente por los puntitos rojos.

—Les puedo dar otro ejemplo de desastre debido a una planta química: en este caso no fue la guerra, sino uno de los peores accidentes industriales del mundo.

»La víspera de Navidad, a unos kilómetros de una ciudad grande, un enorme tanque de acero que contenía un gas letal utilizado para fabricar pesticidas empezó a sobrecalentarse. Debido a la falta de mantenimiento de distintas medidas de seguridad, la temperatura aumentó exponencialmente hasta que una serie de válvulas se abrieron y el tanque escupió a la atmósfera casi cincuenta toneladas de gas tóxico.

»En menos de dos horas, más de medio millón de personas que vivían en las inmediaciones se vio expuesto a al menos parte del agente tóxico.

Todos miraban a Halcón: quinientas mil personas, ¿podía ser verdad?

—Los que salieron corriendo (al realizar un ejercicio intenso y respirar deprisa) inhalaron más gas que quienes intentaron huir en coche —siguió contando Halcón—. El gas era más pesado que el aire, de manera que bajó, y la mayor concentración se hallaba a ras del suelo, lo que significó que los niños, al ser de menor estatura, inhalaron más que los adultos. Decir que ese día vivir y morir fue aleatorio sería quedarse corto.

Los detalles parecían inequívocamente ciertos, e incluso los escépticos se contuvieron. Halcón siguió:

—El sistema sanitario de la región al completo se colapsó esa noche. En el plazo de setenta y dos horas todos los árboles de la zona perdieron las hojas, y los campos y los valles se vieron llenos de ganado y animales domésticos muertos, hinchados. El número de víctimas no se ha determinado: incluso hoy, casi cincuenta años después, la gente sigue muriendo debido a sus efectos. Todo el mundo coincide, sin embargo, en que ascendió a decenas de miles...

—Halcón, ¿dónde sucedió esto? —preguntó en voz queda la secretaria de Estado.

—En la India —contestó él mientras se volvía hacia el mapa.

—Bhopal —añadió el presidente, al caer en la cuenta—. La planta de Union Carbide. Acababan de nombrar secretario de Comercio a mi padre. Yo estaba en mi primer año de universidad y recuerdo oír decir a mi padre que Union Carbide, una empresa americana, era la peor cara del capitalismo que había visto en su vida.

Halcón señaló el mapa.

—En efecto, señor: Bhopal —corroboró, y los puntitos rojos empezaron a desaparecer hasta que solo quedó uno, muy cerca del centro del enorme país—. Conocida como «la ciudad de los lagos», con una población de más de un millón y medio de personas, está rodeada de un parque nacional increíble, hogar de tigres y leopardos. Eso fue lo que Union Carbide estuvo a punto de destruir.

»Es posible que nuestra fuente, el hombre al que crucificaron, hubiese oído hablar del desastre de Bhopal, o puede que delirase, pero una cosa es segura: no se puede encontrar un ejemplo mejor de una ciudad a la que "el mal llegó con el viento". —Halcón miró al secretario de Defensa—. ¿Era poesía o era una pista? —fue su pregunta retórica—. Personalmente creo que lo último, sobre todo por esto.

El mapa de la India desapareció de las pantallas y dio paso a fotografías de satélite con un gran grado de detalle de zonas concretas de Tora Bora Oeste. Halcón cogió un puntero electrónico y señaló varios cráteres grandes y vehículos destruidos por bombas.

—En un cañón adyacente hemos identificado lo que creemos que es el resultado de explosivos improvisados de alto rendimiento, lo cual significa que el Ejército cuenta con un fabricante de bombas, y las pruebas que tenemos apuntan a un hombre escurridizo al que llaman «el Somalí»: lo entrenó Al-Shabab, el grupo terrorista yihadista de Yemen, y después se convirtió en el principal fabricante de bombas para el ISIS. En general se considera que es el mejor en su campo.

Halcón pasó a señalar con el puntero un pequeño convoy de vehículos que entraba en un búnker de almacenamiento de explosivos.

—En la caja del primer camión hay una mina lapa rudimentaria. Que sea rudimentaria, sin embargo, no significa que no vaya a surtir el efecto deseado.

—Las minas lapa se utilizan contra embarcaciones —interrumpió el jefe del Estado Mayor—. ¿Estamos hablando ahora de buques cisterna?

—Tiene usted razón en cuanto al uso, general, pero no, no se trata de buques cisterna —precisó Halcón—. Como saben, una mina lapa se acopla al casco de un barco y puede hundir cualquier embarcación. Están especialmente diseñadas porque la mayoría de los buques grandes tiene doble casco: el explosivo ha de destruir una gruesa sección de metal, atravesar una cámara de aire y penetrar otra capa de metal. Aparte de los barcos, hay otro tipo de contenedor con casco doble...

—Los tanques de almacenamiento de sustancias químicas y gases —terminó por él la frase la secretaria de Estado, y su voz reflejó el creciente nerviosismo que sentía.

—Y la cosa se pone peor —continuó Halcón—. Nuestra vigilancia y nuestra experiencia nos dicen que al fabricante de bombas no le interesa diseñar una mina lapa de última generación. Está fabricando un dispositivo que se puede montar con materiales que se encuentran fácilmente en todo el mundo.

»Diseña y prueba el arma en Tora Bora Oeste y después utiliza una aplicación encriptada para enviar instrucciones a individuos o células terroristas que estén operando en cualquier parte: un depósito en Queens, un taller de reparación de automóviles en Van Nuys o un garaje situado a unos kilómetros de aquí. Esos «agentes dobles» irregulares compran una olla a presión y todo cuanto necesitan para construir el dispositivo. Y eso solo la gente de aquí. También están Berlín, París, Londres, ya conoce la lista.

—Seguro que hay un objetivo principal, ¿no? —preguntó el presidente; el muro que estaba escalando era más alto con cada minuto que pasaba—. ¿Algo a la vista?

—Objetivos, en plural —puntualizó Halcón—. Están hablando de un golpe espectacular: creemos que serán ataques múltiples, coordinados. Como el del 11-S. Esos objetivos están a nuestro alrededor. Se utilizan más de un centenar de agentes químicos sumamente peligrosos en las fábricas de este país, y están almacenados en alguna parte; no, mejor dicho, están almacenados en todas partes.

En pantalla apareció una fórmula química seguida de un gráfico que mostraba su estructura molecular.

—El cianuro de hidrógeno —empezó— es uno de los compuestos químicos más utilizados, presente en la minería y en la fabricación de un buen número de cosas, como plásticos, pesticidas, hierro y acero.

Solo en Estados Unidos se producen unas *quinientas mil toneladas* cada año.

Los puntitos rojos reaparecieron, pero esta vez se encontraban en un mapa de América y se multiplicaban deprisa.

—Estos son lugares en los que se almacena este compuesto químico —siguió Halcón—. Como pueden ver, se trata de instalaciones (en muchos casos varias) situadas a las afueras de la mayoría de las ciudades importantes: Nueva York, Los Ángeles, Chicago, Nueva Orleans. Y eso solo un compuesto: hay otros cien. Si los mostrara en la pantalla, el mapa tendría peor aspecto que el de las ciudades de la India.

El presidente miraba con atención mientras el número de instalaciones de almacenamiento del compuesto químico seguía aumentando.

—Sé que es solo un ejemplo, pero el cianuro de hidrógeno ¿es tan malo como parece?

—Hoy en día ya no se oye hablar mucho de él —repuso Halcón—, pero hubo un tiempo en que era de sobra conocido. Un fabricante alemán lo comercializó con la marca Zyklon B: fue lo que los nazis utilizaron en las cámaras de gas de Auschwitz. Así que sí, señor presidente, se podría decir que es muy malo.

29

—¿Ciudades enteras convertidas en cámaras de gas, millones de muertos y un sinfín de Bhopales (o algo peor aún) surgiendo de la noche a la mañana? ¿Pánico por doquier y niños muriendo primero porque son más pequeños? —planteó el presidente mientras miraba a los allí reunidos—. Bill Clinton pensó que Bin Laden era un fanático aislado, un loco que vivía en una cueva —continuó—. No repetiremos ese error con Kazinsky. Cojamos a este toro por los cuernos: ¿qué hacemos?

El secretario de Defensa se irguió en la silla: había estado esperando ese momento y su corpachón pareció alargarse.

—No tenemos elección: la CIA ha localizado su base. Acabemos con ellos.

—¿Cómo? —preguntó el presidente.

—Lancemos una campaña de bombardeos sobre Tora Bora Oeste. Media docena de MOAB arrasará hasta las cuevas más profundas —respondió el secretario de Defensa.

A la MOAB se la conocía como la «madre de todas las bombas», era un proyectil de poco más de nueve metros de longitud que explotaba en el aire y, aparte de los dispositivos nucleares, era el arma más poderosa del arsenal estadounidense.

—Es una buena estrategia —terció la anciana secretaria de Estado. Había nacido en el seno de una familia adinerada del sur y su voz era como cristal tallado—. Si quiere que empiece la Tercera Guerra Mundial. Por si Jose no se ha dado cuenta —continuó—, Tora Bora Oeste está en Irán, país que posee el octavo ejército más numeroso del mundo. Puede alzar en armas a un millón de personas entrenadas (casi el mismo número que Rusia), y una tercera parte de ellas son de la Guardia Revolucionaria, el cuerpo de élite. Esto no es Irak o Granada, señor presidente, esta sería una guerra real con multitud de bajas.

—No habrá ninguna guerra —replicó el secretario de Defensa—. Armarán mucho ruido, pero no devolverán el golpe. Los atacamos con bombas y misiles y todo habrá terminado en setenta y dos horas.

—Las bombas del Pentágono funcionaron bien con la casa de Al-Tundra en Irak —apuntó Halcón—. No sé por qué alguien podría pensar que no vayan a ser efectivas ahora.

El secretario de Defensa se volvió para mirarlo.

—¿Sabe lo que le pasa a este país, Halcón? Se nos da estupendamente ocuparnos de desastres, pero nunca escuchamos las advertencias. Lea el puñetero informe del 11-S. Actuamos hoy, ni ayer

habría sido demasiado pronto...

La secretaria de Estado empezó a replicar, pero el presidente levantó la mano, haciendo que se detuviera a mitad de frase.

—¿Halcón? —preguntó.

—Un ataque quirúrgico, como los israelíes —opinó el jefe de espías —. Un golpe selectivo dirigido contra la cúpula: es lo único que funcionará sin volar todo Oriente Medio. También es la única forma de que sepamos con total seguridad que hemos eliminado a Kazinsky, al Emir y a todo el que esté cerca de la cúspide de la pirámide. Que el Ejército se quede en su cueva: una serpiente sin cabeza no supone ninguna amenaza para nadie...

—Muy bien. Pero ¿cómo lo haría? —inquirió el presidente.

—Sabemos dónde se encuentra la base: es inaccesible salvo en cuatro por cuatro —refirió Halcón—. Identificamos a la cúpula y, cuando los veamos en movimiento, lanzamos misiles a los vehículos.

—¿Les lanzamos misiles desde el otro lado de la frontera? Es ridículo —terció el secretario de Defensa—. No podremos atravesar el escudo antimisiles iraní. Primero tendríamos que anular el sistema entero, y es de los mejores del mundo. Acabarán con su media docena de misiles en cuanto aparezcan en la frontera. No funcionará, de ninguna manera.

—Jose tiene razón —convino el jefe del Estado Mayor Conjunto—. Su sistema antimisiles se lo facilitaron los rusos para evitar precisamente esto: cualquier ataque americano.

—Nada lo puede burlar —continuó el secretario de Defensa—. El Ejército de los Puros está a salvo tras el escudo iraní. Por eso debemos lanzar una campaña de bombas: destruimos sus defensas antiaéreas y después borramos del mapa las cuevas.

Halcón negó con la cabeza.

—Hay un modo de sortear las defensas antiaéreas iraníes —aseguró —. Podemos eliminar a la cúpula del Ejército con un ataque selectivo con misiles y evitar el riesgo de que estalle una gran guerra. Sería un ataque quirúrgico y nadie podría descubrir cómo se hizo. —Los fue mirando a todos—. Sabemos de lo que estamos hablando, ¿no?

Solo había otras siete personas en el mundo que estaban al tanto de uno de los secretos mejor guardados de América. Todas ellas se encontraban en la sala de crisis ese día y ninguna dijo nada: eran perfectamente conscientes, como supe más adelante, de que un jueves por la tarde en Washington se hallaban cara a cara con la historia...

Sin lugar a dudas, aprobar la propuesta Halcón cambiaría para siempre la naturaleza de los conflictos armados.

El silencio se prolongó hasta que Halcón acabó rompiéndolo.

—No lo podemos hacer sin su autorización —le dijo al presidente.

—Lo sé —contestó Montgomery mirando hacia otro lado, absorto en sus pensamientos. Después se volvió hacia ellos—. Así que depende de mí. Conque esto es todo: Julio César ha llegado al Rubicón.

Halcón intentó sonreír.

—Pero ¿lo cruzará? —preguntó, haciendo todo lo posible por disimular el pesimismo que sentía: a la secretaria de Estado y a él los superaban en número los que respaldaban al secretario de Defensa y el jefe del Estado Mayor Conjunto, y siempre había pensado que Montgomery era un político consumado, no se lo conocía por asumir riesgos. Una campaña de bombardeo convencional, con todo su reclamo televisivo diario, probablemente le resultara atractiva.

Miró a Halcón.

—Julio César dice que se lo quiere pensar. —Se levantó y se dirigió hacia la puerta.

31

Pesimista con el resultado que anticipaba, desesperanzado con la idea de que el país se arriesgara a librar otra guerra que no podría ganar, Halcón abandonó la sala de crisis, recuperó sus dispositivos electrónicos, salió del ala oeste y —como me contó después— se topó con uno de los mayores espectáculos que había visto nunca: en Virginia ese año se habían declarado incendios forestales, y el humo que se llevaba el viento hizo que un sol enorme de un rojo sangre, que lanzaba al cielo serpentinas púrpura, avanzase hacia el horizonte al empezar a ponerse.

Por una carambola de condiciones atmosféricas poco comunes y sincronización, la ciudad estaba oscura en los bordes, pero los grandes monumentos de Washington se hallaban bañados en una luz intensa. Halcón se quedó donde estaba unos minutos: aquello le recordó que en un mundo lleno de promesas rotas y sueños perdidos, de secretos oscuros y cinismo desmoralizador, todavía había cosas por las que valía la pena luchar. Sus símbolos estaban a su alrededor, luminosos como faros.

Echó a andar a buen paso: tenía trabajo que hacer. Si bien le preocupaba profundamente que el presidente decidiera iniciar un conflicto de nivel DEFCON 1 con Irán, sabía que la rueda de la fortuna podía girar a su favor. Si lo hacía, debía ser capaz de identificar al Emir y a Roman Kazinsky con absoluta seguridad. Que él supiese, solo había un americano que los había visto.

Halcón llegó a su SUV negro, que esperaba en una de las mejores

plazas de aparcamiento del lugar.

—Todo un espectáculo de luz, ¿eh? —comentó Will, el chófer de Halcón, que además hacía las veces de primer guardaespaldas, cuando el director se acomodó en el asiento seguro de la parte posterior.

—Ya lo creo —convino Halcón—. Probablemente se parezca al cielo que se vio después del Krakatoa.

El conductor miró a Halcón por el espejo retrovisor.

—¿Qué es eso, director?

—Un volcán de Indonesia entró en erupción a finales del siglo XIX —aclaró Halcón—. Fue uno de los ruidos naturales más fuertes de la historia del mundo: lo oyeron personas que vivían a más de seis mil kilómetros de distancia. La ceniza que lanzó alcanzó una altura de más de noventa kilómetros y hubo nubes de humo y fragmentos de roca que dieron la vuelta a la Tierra. La cuestión es que, durante varios meses después, en Londres se vieron escalofriantes atardeceres de color púrpura y verde, como hoy.

Will sonrió.

—¿Cree que es un presagio?

—Espero que no —contestó su jefe.

—¿A Langley? —le preguntó Will mientras se dirigía hacia la salida de la Casa Blanca.

—No —repuso Halcón—. Al hospital MedStar Washington. Lo más deprisa que pueda.

32

Tuve suerte: la decisión que tomaron los médicos en Dubái de empezar de inmediato un tratamiento de antibióticos potentes por vía intravenosa, seguido del buen hacer del equipo que iba a bordo del avión medicalizado, logró que las peores consecuencias de la sepsis no llegaran a presentarse.

Yo era joven y estaba en forma, o eso me dijo el médico jefe de la UCI, no tenía enfermedades subyacentes y —afortunadamente— no encontraron nada que indicase que mis órganos habían sufrido daños. Por consiguiente, me pasaron de la UCI a planta, a una habitación privada situada varios pisos más abajo. Debido al trabajo encubierto que realizaba y a la determinación por parte de la Agencia de que no me viese expuesto al escrutinio de otros enfermos, acabé siendo el único paciente en una zona reservada a personas que padecían enfermedades infecciosas graves. El anterior ocupante de mi habitación había muerto de ébola, así que no es que hubiese muchas visitas sociales. Si, pese a ello, una visita, un paciente o un miembro no autorizado del personal conseguía franquear las tres barreras de

seguridad, se topaban con dos marines armados apostados delante de mi habitación.

Fue a uno de ellos, por lo visto, a quien Halcón mandó en busca de una silla de ruedas. Yo no sabía que iba a venir: solo vi que se abría la puerta y, pensando que sería la cena, levanté la cabeza y lo vi a él. Se sentó junto a la cama y me preguntó cómo me encontraba. Entonces supe que se avecinaba algo: mi jefe recibía frecuentes actualizaciones de mi estado por teléfono, así que esa no era más que una frase de relleno.

—¿Qué ha sucedido? —quise saber.

—Hemos localizado la base del Ejército.

Reaccioné con sorpresa: todo había sido más rápido de lo que podría haberme imaginado.

—¿El Mercedes? —inquirí.

—Nos llevó hasta una serie de cuevas —contó Halcón—. Llevamos días vigilándolas con satélites, y también hemos revisado imágenes grabadas. Hemos visto a cientos de personas en esas cavernas (miles, probablemente), pero tenemos un problema. —Hizo una pausa—. Ha de ser un ataque quirúrgico, y eso significa que necesito una identificación positiva. Usted es el único que los ha visto: a Kazinsky, al Emir y a los tres lugartenientes a los que mencionó. Lo necesito en Langley para que los identifique.

—No sé si podré ser de ayuda —repliqué negando con la cabeza de mala gana—. Muchos de ellos iban encapuchados o embozados. Como ya le dije, ni siquiera llegué a verle la cara al Emir...

Asintió.

—Una vez conocí a una estrella de cine —contó, sin motivo aparente—. Un tipo escocés, conducía un Aston Martin en las pelis: había hecho de espía unos años antes y fue a Langley a hacer una visita de relaciones públicas o algo por el estilo. Estaba esperando en la sala de reuniones y vi que le habían hecho un buen trabajo en la cara, el cuello y el dorso de las manos: aparentaba diez o quince años menos de los que tenía.

»Entonces se levantó y fue hacia mí para estrecharme la mano: y caminaba como un anciano. Ninguna cirugía plástica en el mundo podía esconder lo que realmente era. Si le estoy contando esto es porque nuestro cuerpo revela más cosas que nuestro rostro. Usted siempre ha estado prestando atención a los detalles, porque su vida podía depender de ello. Quizá no sea consciente, pero puede ayudar.

Ni siquiera sabía si estaba lo bastante fuerte físicamente.

—Ha dicho que iba a ser quirúrgico. ¿Cómo? —pregunté, para ganar tiempo y tratar de evaluar la situación.

—Esperamos hasta que salgan de la cueva en vehículos y les lanzamos misiles en movimiento.

—Les lanzamos misiles ¿dónde? —pregunté perplejo—. ¿Se disponen a entrar en Afganistán? ¿Dejarán atrás el escudo antimisiles iraní? Joder, tendrían que estar locos.

Halcón me miró atentamente.

—Se los quiero lanzar en Irán.

No habían sido muchas las ocasiones durante el desempeño de mi trabajo en el servicio secreto en las que me había quedado sin habla. Ese momento, mientras estaba tendido en una cama en un pabellón de enfermedades infecciosas en Washington y escuchaba el plan del director de la CIA, fue una de ellas.

—¿Y cómo hará que los misiles atraviesen el escudo iraní? —planteé.

Halcón me miró, nuestros ojos coincidieron, y supe, pese a lo misterioso que era el plan, que no tenía sentido formular más preguntas: él era el jefe de espías consumado y no me iba a contestar.

—Sé que no se ha recuperado y sé que es injusto, pero necesito que venga conmigo ahora. Serán unos días: tenemos una *suite* medicalizada en el edificio de la sede original y puedo disponer que tenga todo cuanto necesite. Si hace falta, nos llevaremos a los médicos de aquí. ¿Qué me dice?

—Me canso…, con respaldo médico puede que sea posible —contesté—. Pero mañana empiezo la rehabilitación. Se trata del pie, y llevará tiempo: todavía no puedo apoyar peso en él.

—Pues ya he pedido una silla de ruedas —apuntó risueño.

—Bien…, pero hay una cosa más —dije.

—Le preocupa Rebecca, ¿no? —aventuró.

Asentí.

—Lo comprendo… Ahora que la he conocido, a mí también me preocuparía —repuso con cara de remordimiento.

Nos reímos.

—¿Cuánto le puedo contar? —quise saber.

—Explíquele que va a ver fotografías, dígale que es una cuestión de importancia nacional. Dígale que, si pudiera, traería las fotos y las imágenes aquí, pero el riesgo que entraña para la seguridad es demasiado elevado; sintiéndolo mucho, Mahoma ha de ir a la montaña. —Después hizo una pausa—. No, mejor aún: dígale que puede ir a Langley. Le demostraré que no está usted operativo, que se encuentra a salvo. —Sonrió—. Que esté segura de que esta vez no habrá un ataúd vacío en Arlington.

Lo miré fijamente, sin saber lo que iba a hacer Halcón, pero —por primera vez— fui consciente de hasta qué punto ese plan me necesitaba. Antes de que pudiera decir algo más, uno de los tres teléfonos móviles que llevaba le sonó…

Era el rojo, el que no apagaba nunca, el que se utilizaba solo para

emergencias o mensajes de la máxima prioridad.

33

Para cuando Halcón terminó de hablar, ya estábamos en la parte de atrás de su SUV con la mampara insonorizada que nos separaba del conductor levantada, unas muletas a mi lado y la silla de ruedas en el maletero, camino de Langley.

—¿Recuerda los trípodes pakistaníes frente a los que acampó la noche previa a entrar en Irán? —me preguntó Halcón—. La llamada me ha informado de que el puesto de escucha ha interceptado una llamada telefónica que utilizaba el sistema de encriptación más potente que se puede encontrar.

Will, el chófer, salió del hospital y puso las luces azules intermitentes del vehículo.

—La llamada se originó en una villa propiedad de un multimillonario pakistaní llamado Yusuf Faheez que tiene un gran historial de financiaciones a organizaciones terroristas. Fue el hombre que compró el AMG para el Emir —refirió Halcón—. El receptor de la llamada se encontraba en Irán, pero Faheez contacta constantemente con terroristas y radicales. Dada su cercanía al gobierno, las llamadas carecían de interés para el servicio de inteligencia pakistaní y nunca se molestaron en señalarlas para desencriptarlas.

—Entonces ¿cómo ha llegado hasta nosotros? —pregunté.

—Por el Mercedes, teníamos al tipo en el punto de mira. Aun así, los pakistaníes no nos habrían facilitado la grabación de la llamada, pero Estados Unidos proporcionó el equipo que se utiliza en los trípodes...

—Y la NSA dispuso que se le incorporase una puerta trasera —adiviné.

—Sí —confirmó Halcón—. Lo que captaron los pakistaníes se descargó automáticamente en las instalaciones de la NSA en Fort Meade, en Maryland. Utilizando *software* de geolocalización, a uno de sus analistas le llevó menos de un minuto averiguar que el receptor de la llamada se encontraba en la base del Ejército.

—La descodificación ha empezado, y me figuro que la séptima planta está empezando ahora a leer la conversación ya descodificada, ¿me equivoco? —dije—. Por eso vamos con las luces azules puestas.

34

Halcón fue directo a la amplia zona de seguridad que se abría debajo

de la Burbuja. Como un tonto —o como el típico machito, como habría dicho Rebecca—, había dejado que mi orgullo me venciese y había rechazado la silla de ruedas cuando el SUV aparcó.

Mientras renqueaba con las muletas no tardé en darme cuenta de que había sobrestimado, y mucho, mi estado físico, y prácticamente estaba agotado cuando salvamos los escáneres de cuerpo e iris y las cámaras biométricas y entramos en la sala de reuniones en la que —parecía que hacía tanto tiempo— había visto por primera vez la fotografía de la espalda de Kazinsky y el tatuaje de la langosta.

El ruido blanco no había cambiado, ni tampoco la puerta de acero gris, pero cuando esta se deslizó, vi que todo lo demás se había transformado. Tabiques divisorios situados a ambos extremos del ya de por sí amplio espacio se habían activado y habían desaparecido en el suelo, dejando a la vista asientos escalonados, como los de un estadio, una gran consola de mando, infinidad de pantallas de ordenador y casi el triple de analistas y especialistas en puestos de trabajo. Era evidente que la sala de reuniones ahora era la central de mando de una de las operaciones más ambiciosas de todos los tiempos de la Agencia: buscar, identificar y destruir la pirámide de mando del Ejército de los Puros.

Halcón me indicó que fuese hacia la consola central y, mientras avanzaba hacia ella cojeando, el zumbido de las conversaciones cesó. En silencio, me detuve apoyado en las muletas y vi que todo el mundo se volvía para mirarme. Reconocí a muchas personas e hice un gesto con la cabeza a modo de saludo, confundido con el motivo de lo que parecía un silencio conmocionado.

Entonces caí en la cuenta: les sorprendía mi aspecto, ver cómo estaba resultaba perturbador. Solo habían pasado unas semanas desde que un agente joven y en forma, muy bien entrenado, se había sentado en esa misma sala con muchos de ellos. Ahora había regresado y, aunque prácticamente ninguno de ellos sabía lo que había ocurrido, al verme debían de haber comprendido que nada había salido conforme a los elaborados planes que habíamos desarrollado.

Había perdido casi una cuarta parte de mi peso, y los vaqueros y la camiseta que Rebecca me había llevado de casa unos días antes solo contribuían a acentuarlo, pues me quedaban tan grandes que parecía que colgaban de un esqueleto. A mi espectral apariencia se sumaba que tenía la cara chupada y demacrada, la piel tirante, los pómulos marcados y los ojos hundidos y ojerosos. Las heridas eran más evidentes incluso: me habían rapado la cabeza para limpiar y dar puntos en varios cortes, llevaba la mano vendada, una férula en la muñeca dislocada, el pie vendado también y protegido por una bota ortopédica, y la fatiga hacía que respirase acelerada y trabajosamente.

Para todos los que estaban en la sala, lo más probable era que fuese

la primera vez que veían las consecuencias de las misiones que organizaban. Como le había dicho Rebecca a Halcón, mientras que los problemas que abordaba la Agencia eran en apariencia intelectuales, el sacrificio era humano, y tal vez quienes ocupaban las mesas lo vieran ahora. El silencio que acompañó mi llegada se podría haber prolongado durante minutos de no ser porque Halcón me guio hasta la consola, ocupó su silla y se puso manos a la obra de inmediato.

—¿Por dónde vamos, Buster? —preguntó al director adjunto, que estaba sentado a una mesa que teníamos enfrente.

—Estamos descodificando la llamada, pero no hay forma de saber la identidad exacta de los dos hombres que están hablando —contó Buster—. Podría tratarse del propio Emir y sin duda el otro es el financiero o uno de sus asistentes. Aunque está descodificada, lo que dicen no se entiende, mezclan distintos idiomas, pero creo que intentan organizar una reunión...

—¿Una reunión? —repitió el jefe de espías, más alerta incluso—. ¿Qué más tienes?

—No gran cosa, por el momento —contestó Buster—. Se ha mencionado al principio de la conversación. Ahora mismo están debatiendo los detalles, los últimos pagos de algo —contó Buster—. Yo diría que si nos van a atacar, será pronto.

—Bien, primero la reunión —decidió Halcón—. ¿No han dicho nada más al respecto?

El director adjunto negó con la cabeza.

—No que nosotros hayamos oído: la traducción de los distintos idiomas está llevando su tiempo.

—Sea lo que sea, no se celebrará en Afganistán ni en Pakistán —aseguró Halcón—. Es demasiado peligroso. Permanecerán detrás del escudo antimisiles iraní...

Margaret, la mujer que exhibía su cigarrillo electrónico y su cinismo como si fuesen una medalla de honor, interrumpió apremiante:

—Tienes razón, Halcón —afirmó—. No será en ninguno de esos dos países. —Miraba la pantalla de su ordenador: una mitad permitía ver la transcripción de la conversación (descodificada), pero en punyabí, farsi y varios dialectos desconocidos; la otra, la traducción al inglés—. Voy más adelantada, me están llegando las primeras traducciones. Será en Casablanca —afirmó.

—Y una mierda, no irán a Marruecos —espetó Buster.

—Yo solo estoy diciendo lo que pone la transcripción —apuntó Margaret.

—¿Casablanca? —repitió Halcón perplejo—. Por lo menos sería mucho más fácil atacarlos: Marruecos es musulmán, pero el gobierno cooperaría con nosotros.

Buster, que miraba su pantalla, también había empezado a

adelantarse.

—No, podéis olvidaros de Casablanca. Del lado del financiero dicen que tienen veinticuatro horas en coche desde Islamabad para llegar a la reunión.

Halcón se dirigió a la sala:

—El mapa de Irán, ahora: ¿hasta dónde se puede llegar desde Islamabad en veinticuatro horas?

—Mil setecientos o mil ochocientos *klicks* —informó un analista sentado en la penumbra al fondo de la sección del estadio, un experto en la geografía de la región—. Las carreteras son escasas, ese sería el límite aunque condujesen a gran velocidad.

—Quiero un cono que muestre mil ochocientos *klicks* desde Islamabad —ordenó Halcón.

Antes de que uno de los técnicos pudiese mostrar el gráfico en las pantallas...

—¡Halcón! —Era Margaret de nuevo. El director se volvió hacia ella —. Quienquiera que esté en Tora Bora Oeste dice que las multitudes ofrecen la mayor seguridad y anonimato. Le está indicando al financiero que la ubicación está muy urbanizada...

—Bien —contestó el jefe—, estamos buscando una ciudad densamente poblada de Irán, a no más de mil ochocientos *klicks* de Islamabad...

—Zahedán —dije alzando la voz todo lo posible—. Conozco esa parte del mundo —añadí—. Era donde iba a cruzar la frontera en moto. No hay ningún otro lugar en esa zona que se pueda llamar «urbanizado».

El cono apareció en las pantallas y Zahedán era el punto de mayor tamaño con diferencia.

—Atención todo el mundo —pidió el jefe de espías—. Tenemos una teoría: se va a celebrar una reunión en Zahedán.

—Población: setecientos mil habitantes —agregó el experto en geografía mientras desplegaba una serie de imágenes en las pantallas.

A juzgar por el caótico tráfico, la pequeña ciudad sin duda estaba urbanizada. Además, las abarrotadas calles se hallaban festoneadas de tiendecitas, de los balcones colgaba ropa tendida, en el centro había un gran zoco con centenares de puestitos, grandes sombrillas cubrían barriles de especias y sacos de hortalizas, hileras de vendedores de comida ambulantes llenaban las aceras y mujeres con velo sorteaban a hombres que empujaban carretillas cargadas de fruta.

—Casablanca —dije a todo el que me podía oír—. ¿La casa blanca?

Halcón volvió la cabeza y me sonrió.

—Es lo que yo estaba pensando. —Se dirigió a la sala en general—: Hasta que tengamos algo más definitivo, estamos buscando una casa blanca en Zahedán. Ya, lo sé, casi todas las casas en Irán son blancas.

La gente sonrió y cada uno encendió su ordenador portátil.

—En equipos de tres —continuó Halcón—, dividan la ciudad en secciones, abran las imágenes por satélite y vayan calle por calle, casa por casa. Una casa o un edificio blancos. Podemos acotar la búsqueda: ha de ser un lugar seguro y probablemente cuente con un terreno lo bastante grande para que quepa un grupo de vehículos. Una calle sin salida y sin tráfico también estaría en mi lista si fuese yo quien lo estuviera organizando.

Varios de los analistas más jóvenes —casi con toda seguridad los más ambiciosos— ya se habían puesto a buscar, y Halcón acababa de volver a su asiento y había comenzado a hacer zoom para examinar las imágenes cuando una voz lo llamó.

—¿Director?

Nos volvimos. Era un muchacho joven; Dylan Watson, según la identificación que llevaba colgando del cuello.

—Hay una posibilidad en veintinueve grados, treinta minutos...

Siguió facilitando las coordenadas y la imagen de Zahedán en la pantalla empezó a ampliarse más y más hasta destacar un edificio muy blanco que se hallaba en una matriz de calles de tierra estrechas, poco más anchas que callejones.

—Está en una calle sin salida —precisó.

—¿Una mezquita? —planteó Halcón mientras miraba la construcción—. No habría mucha privacidad para una reunión crucial, sobre todo si se está planeando algo tan gordo como un golpe espectacular.

—Tiene una casa y hay una zona amplia rodeada de un muro en la parte trasera en la que podrían aparcar unas cuantas decenas de vehículos —añadió con nerviosismo Dylan, que, aunque no estaba acostumbrado a ser el centro de atención, siguió adelante—. La casa probablemente sea la del imán: comparte un patio con la mezquita. Ofrece bastante privacidad, director.

Halcón se acercó hasta una gran pantalla mientras un técnico hacía zoom en el grupo de edificios. La casa en sí era un antiguo hogar árabe tradicional: una construcción baja, con el tejado plano y, como siempre, sin ventanas que dieran a la calle. Todo estaba volcado hacia el interior y se abría a una serie de patios frondosos e íntimos, mientras que todas las puertas —sobre todo las que permitían acceder a la calle o las que comunicaban las zonas de invitados con la parte destinada a la familia— estaban retranqueadas para que no hubiese ninguna línea de visión y, por lo tanto, ningún riesgo de que los desconocidos pudiesen ver a las mujeres del hogar sin velo.

—El imán se llama Mohammad Jannati —informó Madeleine, que estaba consultando una base de datos en su portátil, desde su sitio, hacia la mitad superior del anfiteatro—. Un hombre interesante, ronda

los cuarenta años, no viaja mucho: es un posible terrorista que figura en casi todas las listas de vigilancia del mundo.

—Siempre está predicando la yihad y aboga por atacar al Gran Satán —agregó Halcón, con una voz que destilaba cierto hastío—. A lo largo de los últimos años he visto hacer referencia a él numerosas veces: neutralizas a alguien que incita al odio y aparecen tres más como Jannati para ocupar su lugar. Es el cuento de nunca acabar.

Miró con más atención la casa sin ventanas, concentrándose en el patio privado, que quedaba prácticamente oculto por un par de frondosas palmeras datileras. Aunque apenas se veía, en él había una fuente de la que manaba agua sin parar y que haría que fuese poco menos que imposible escuchar cualquier conversación.

—Es un buen sitio para hablar de manera encubierta —comentó, casi para sí mismo. Se volvió hacia la sala—. Muy bien, se lo compro, señor...

—Watson —contestó Dylan con nerviosismo.

—Bien hecho, señor Watson —aplaudió el jefe de espías—. De acuerdo, tenemos una posible ubicación para celebrar la reunión, pero quiero que todo el mundo siga buscando. Quiero estar seguro de que no hay otras posibilidades.

Cuando los hombres y mujeres de los puestos se centraron de nuevo en sus pantallas, Buster dijo en medio del silencio:

—Creo que podríamos tener una fecha —informó—. Cinco días.

Todo el mundo lo miró con desconcierto, ya que no sabían cómo había llegado a esa conclusión.

—¿Cómo? —inquirió Halcón.

—Volved arriba —pidió Buster—. Casi al principio del todo de la transcripción. —Me había estado preguntando por qué estaba tan callado, y ahora lo sabía: en lugar de buscar una casa blanca, había estado intentando desentrañar el que sabía que sería el siguiente problema: la fecha—. En un primer momento he pensado que era una conversación desenfadada —dijo. La transcripción y la traducción aparecieron en las pantallas y el director adjunto se sirvió del cursor del portátil para destacar una frase—. Ahí —indicó—. El tipo de Tora Bora Oeste se ríe, pregunta si el financiero estará lo bastante en forma para una reunión. El financiero se ríe a su vez y contesta que habrá tenido tres días para recuperarse.

—Recuperarse ¿de qué? —quise saber.

—De eso precisamente es de lo que me acabo de dar cuenta —repuso—. Casi estamos en Eid al-Fitr. Para quienes no lo sepan, es un festival que marca el fin del ramadán, el mes más sagrado para el islam. Da la casualidad de que puede caer en cualquier mes. Calcular la fecha es muy complicado. El plato fuerte del Eid es un banquete, un gran acontecimiento en el mundo musulmán. Supongo que el

financiero está diciendo que habrá tenido tres días para recuperarse del festín…

Halcón habló con premura a todo el mundo:

—Bien, ¿cuándo es la festividad?

—El miércoles —apuntó alguien.

—Tres días para recuperarse después… Estamos hablando del sábado —dijo Halcón. Miró alrededor de la sala—. Hasta que se demuestre lo contrario, se celebrará una reunión el sábado en una casa blanca contigua a una mezquita en Zahedán. —Hizo una pausa, y quedó patente que él no tenía la menor duda de que sería así—. Enhorabuena a todo el mundo.

La sala prorrumpió en un aplauso. Halcón se volvió, miró los asientos hasta que dio con Madeleine y alzó la voz para hacerse oír por encima de las palmadas.

—Llame a la Casa Blanca; a la nuestra, me refiero —agregó risueño—. Dígale al jefe del Estado Mayor que tengo que hablar con el presidente.

Todo el mundo sabía por qué llamaba el jefe de espías. El director comunicaría al presidente que tenían un lugar y una fecha para una reunión y que ahora era posible acabar con la cúpula del Ejército de los Puros. Dada la magnitud de la amenaza, y la urgencia, eran pocos los que abrigaban dudas de lo que decidiría el comandante en jefe.

—Será una guerra, una guerra mayúscula —dijo Margaret, entristecida, a Buster, expresando lo que sin duda debían de pensar varias personas—. No podremos atacar Zahedán sin neutralizar las defensas antiaéreas iraníes, y los ayatolás no tragarán. Si hacemos eso, daremos a los terroristas lo que quieren. Nos habrán arrastrado a otra guerra que no podremos ganar, como Afganistán. No es necesario que los fundamentalistas ganen, lo único que tienen que hacer es esperar hasta que estemos exhaustos y nos rindamos. Cuando se hayan perdido miles de vidas, haremos lo que hacemos siempre: proclamarnos victoriosos y volver a casa sin haber conseguido nada.

Que Margaret fuese cínica no quería decir que no tuviese razón, y yo era una de las pocas personas en esa habitación que sabía por qué su tristeza era tan profunda: había perdido a su hermano en Irak, otra guerra que no pudimos ganar. Era una analista excepcional —muy inteligente y tremendamente intuitiva—, pero puede que no tuviese toda la información. Quizá una guerra a gran escala no fuese inevitable, pensé, recordando lo que había dicho Halcón de lanzar un ataque quirúrgico contra la cúpula del Ejército y su negativa a desvelar cómo se podía atravesar el escudo antimisiles.

Me daba la impresión de que era una solución muy distinta la que se estaba planificando para los hombres que al cabo de muy poco acudirían a una reunión secreta en una casa blanca de Zahedán, pero

no tuve tiempo de pensar en ello.

Tras consultar el reloj, Halcón había cogido el teléfono y estaba hablando con alguien que, supuse yo, sería uno de sus asistentes ejecutivos.

—Llame a mi chófer —decía—. Pídale que traiga la silla de ruedas a la Burbuja.

Sin dar ninguna explicación, se levantó y me guio hasta la puerta gris.

35

Estaba en la silla de ruedas, a solas en el despacho de Halcón, viendo como se alzaba la luna sobre el bosque circundante, cuando oí que se abría la puerta que tenía a mi espalda. El propio director me había sacado de la Burbuja en la silla de ruedas, me había llevado a la séptima planta y se había marchado casi en el acto, aduciendo que tenía que hablar con una visita.

Me volví y vi que había regresado; la visita lo acompañaba y me sonreía. Vestida a la moda, pero de manera sutil, estaba elegante y muy atractiva, al menos para mí.

—Creo que se conocen —bromeó, risueño, Halcón.

—Claro —contestó Rebecca—. ¿Cómo se encuentra, Sadiqaa?

—Estaría mucho mejor si hubiese recibido cuidados médicos en condiciones —contesté.

Ella me besó en la mejilla.

Halcón se situó detrás de su mesa y habló con Becca.

—Como sin duda sabrá, esto es muy importante; desde luego no sacaría a nadie del hospital si no lo fuese. Por desgracia, solo tenemos a una persona capaz de identificar a un pequeño grupo de individuos.

Le dio la vuelta a la pantalla de su ordenador para que Rebecca pudiera verla.

—Quería que viniese usted aquí para que pudiera comprobar que no hay ningún peligro. —Introdujo un comando en el teclado…

Una fotografía fija de la sala de reuniones de alta seguridad apareció en la pantalla, en ella se nos veía a Halcón y a mí sentados ante la consola de mando, rodeados de las grandes pantallas de alta definición y la grada como de estadio.

—¿Qué es esto? —dijo sorprendida—. ¿La sala de control de una misión para el lanzamiento de una nave espacial a la Luna?

—Algo parecido —contestó Halcón—. Solo que un poco más complejo, desde mi punto de vista. —Sonrió de nuevo—. Como puede ver, aquí es donde estamos trabajando…

Iba a continuar, pero le sonó el manos libres.

—Tiene una llamada del presidente —anunció una voz en el antedespacho—. Treinta segundos y estará al aparato.

Halcón nos miró con cara de disculpa.

—Lo siento —dijo, y fue hasta una puerta por la que se accedía a una zona pequeña, más privada aún, probablemente la más segura del lugar.

—Impresionante —observó Rebecca—. El presidente llama a tu jefe justo cuando llego yo.

—Sí, lo hemos hecho para presumir delante de ti.

—Eso pensaba —repuso.

Se dio la vuelta y miró la fotografía de la sala de reuniones, que seguía en la pantalla de Halcón. Al fondo se veían información e imágenes destinadas a la sala entera en las pantallas elevadas. Estaban borrosas, pero no del todo...

Rebecca señaló la fotografía del Emir, Kazinsky y los demás jugadores de cartas de la boda.

—¿Terroristas? —inquirió.

—Sí —reconocí—. Y de la peor calaña.

—¿Dónde es esto? —se interesó al mismo tiempo que señalaba otra imagen poco definida de un paisaje increíblemente árido e inhóspito.

Negué con la cabeza: eso no se lo podía decir.

—Pero tú estuviste ahí, en ese entorno, ¿no? —preguntó.

—Cerca —admití.

—¿A pie?

—La mayor parte del tiempo.

Miró de nuevo el árido lugar, casi con incredulidad.

—Joder, ¿cómo pudiste sobrevivir?

—Con gran dificultad —afirmé sonriendo—. Ya viste el resultado.

—¿Cuánto te llevará? —preguntó—. Me refiero a identificar a esas personas, ¿o también es información clasificada?

—Unos días —calculé—. Si veo que es demasiado y me noto mal, tenemos una *suite* completamente medicalizada a unos cientos de metros.

—Lo sé: Halcón se ha ocupado de que la viera nada más llegar. Un hombre llamado Lucas Corrigan me ha enseñado el sitio. Por su forma de hablar, es muy posible que fuese un buen médico antes de dedicarse a la psicología. Me ha sorprendido encontrarlo trabajando aquí, parecía un tipo muy legal.

La miré con cara de asombro.

—Debes de ser la única persona que ha dicho eso jamás.

—¿En serio? —replicó—. Puede que eso explique muchas cosas de la inteligencia estadounidense.

—Tal vez tengas razón —convine y, por detrás de ella, vi que Halcón salía de la habitación segura.

Rebecca se volvió y vimos que venía hacia nosotros con cara de preocupación.

Levantó la vista y se encogió de hombros.

—Cuesta creerlo: un político acaba de hacer lo correcto. —Fue hasta su mesa e hizo clic en el manos libres—. Llame al secretario de Defensa —pidió—. Si no está, déjele un mensaje. Dígale que Julio César acaba de cruzar el Rubicón.

36

Los misiles que era posible que pudieran burlar las defensas antiaéreas iraníes —probablemente el armamento más secreto y avanzado del mundo, unas armas cuyo objetivo ahora era impedir un ataque devastador a Occidente— se cargaron, diez horas después de que el presidente tomara la decisión, en un avión de transporte Globemaster III de la Fuerza Aérea estadounidense en Troy, Alabama.

Los misiles en sí no tenían nada de especial —al menos no aún—, pero el avión era distinto: habían cubierto con pintura las letras y los números de la matrícula, el plan de vuelo no se había cumplimentado y toda la tripulación vestía el uniforme de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, pero en realidad eran empleados de la CIA que contaban con el máximo nivel de autorización. Ni siquiera eso significaba que supieran lo que estaba ocurriendo.

Ya en el aire, la ruta que siguió el Globemaster fue tan tortuosa que cualquiera que estuviese efectuando un seguimiento no habría tardado en darse cuenta de que no era normal. Sin embargo, no habrían podido seguir su trayectoria: los transpondedores que transmitían información en tiempo real del vuelo a tierra se apagaron en cuanto el aparato salió del espacio aéreo estadounidense. La otra pista para la tripulación —y cualquier otro observador— de que allí estaba pasando algo muy extraño residía en el hecho de que el enorme avión, capaz de transportar hasta setenta y siete toneladas de carga, solo llevaba a bordo cuatro misiles de poco más de un metro ochenta de largo. Junto con las cajas de transporte en las que iban, pesaban poco más de cuatrocientos kilos.

Las armas, conocidas como «misiles Hellfire», se habían desarrollado hacía más de cincuenta años y, debido a su éxito en el campo de batalla, se produjeron decenas de miles de ellos. De su manufactura se encargaba una fábrica de Lockheed Martin ubicada en la pequeña ciudad de Troy, desde donde normalmente se cargaban en camiones de dieciocho ruedas y después en aviones que los llevaban hasta distintas guerras de todo el mundo. No sería así esa noche. Efectuarían un recorrido de dieciséis mil quinientos kilómetros hasta uno de los

lugares más pacíficos del planeta: una base militar conjunta británica y americana situada en medio del océano Índico.

El pequeño atolón, nada más que una mancha en el vasto mar, se llamaba Diego García y, sin duda, era uno de los lugares más remotos del mundo. No solo albergaba una gran base militar estadounidense y una prisión secreta de la CIA, cuya existencia se negaba, también era —si los rumores no mentían— el lugar donde se desarrollaban y probaban las armas más avanzadas y experimentales del país.

Si ya de por sí la isla era inaccesible, además de contar con patrullas de la Armada que recorrían constantemente su litoral rocoso y sus playas de arena, había una zona dentro de sus confines cuyo control era más férreo aún, cuyo acceso estaba prohibido a casi todas las personas que se hallaban destinadas allí. Debido a ello, nadie sabía a ciencia cierta lo que sucedía al otro lado del muro de hormigón rematado por concertinas y las tres torres de vigilancia que protegían la sección norte de la isla, que en total tenía noventa y seis kilómetros de longitud. La zona prohibida de Diego García era uno de los lugares más secretos y seguros del mundo.

Un lunes, justo después de que el día despuntara —con otra tormenta tropical que barrió la isla e inclinó las palmeras que bordeaban los kilómetros de playas vírgenes—, el Globemaster voló bajo sobre el estrecho anillo de tierra con su espectacular laguna interior y aterrizó en una de las dos pistas construidas para resistir los bombarderos más pesados de la Fuerza Aérea de Estados Unidos. En la plataforma de asfalto, las cuatro cajas de transporte metálicas que contenían los misiles se cargaron en los camiones de un pequeño convoy que se puso en marcha bordeando el atolón. Se dirigían al norte, con la laguna a un lado y el océano al otro, y en realidad circulaban por el punto más elevado de una vasta cordillera submarina; el agua que los rodeaba era tan transparente que los conductores veían rayas y bancos de peces tropicales desde la cabina de los camiones.

El convoy dejó atrás una plantación de cocos abandonada, cuya mansión colonial británica se hallaba en estado de ruina desde hacía años, y se aproximó a las puertas de la apartada y prohibida área del extremo norte. Tras franquear el puesto de control y la verja de acero, los camiones bordearon un enorme edificio de hormigón protegido por un rompeolas y un arrecife artificial. El tejado y las paredes contaban con un intrincado camuflaje y el edificio en sí se adentraba en el agua. No vi la estructura hasta algún tiempo después, pero gracias a la ocupación a la que me había dedicado antes de entrar en el mundo del espionaje, supe exactamente lo que era: una base de submarinos.

Para la mayoría de la gente que pisara el aislado atolón, el misterio habría sido este: ¿por qué la base submarina —una mole sin ventanas,

con muros de seis metros de grosor y forrados de plomo— se había construido en ese lugar? Los modernos submarinos nucleares pueden dar vueltas alrededor del mundo a su antojo —son capaces de operar durante casi cuarenta años sin necesidad de emerger para cargar combustible, agua u oxígeno—, así que ¿por qué posicionar un único submarino tan lejos de cualquier zona de conflicto? Casi todo el mundo habría pensado que la base no parecía obedecer a ningún fin práctico. Naturalmente, no era así.

Más allá de la base, casi oculto por una serie de aguaceros, el convoy se acercó a un grupo de edificios similares a bloques. Los más alejados, a los que ni siquiera identificaban letras o números pintados en un lateral, estaban rodeados por tramos de afloramientos rocosos, una playa de arena blanca y varios palmerales.

Los misiles en sus cajas se descargaron, se introdujeron por una enorme puerta hidráulica cuando los pistones la abrieron, se colocaron en una cinta transportadora y se trasladaron hasta un compartimento estanco con paredes de cristal para desinfectarlos y retirarles el polvo. A continuación se perdieron de vista cuando pasaron por una gruesa persiana de acero inoxidable...

Al otro lado de la persiana se abría un espacio cavernoso, esterilizado y de un blanco radiante. Con enormes generadores, climatizadores y unidades de refrigeración que funcionaban sin descanso muy por debajo del suelo, la temperatura en la sala se mantenía siempre a veintitrés grados centígrados y la humedad exactamente al cuarenta y uno por ciento. El aire, a presión positiva, impedía que entrasen polvo u otros contaminantes y la docena de hombres y mujeres que trabajaban en bancos de metal llevaban monos antiestáticos sin costuras de DuPont y capuchas provistas de un visor de cristal. La sala estéril que desbancaba a todas las salas estériles.

Después de sacar los cuatro misiles de sus cajas de transporte, se acoplaron a brazos robóticos, quedaron suspendidos en el aire —haciendo que diese la impresión de que flotaban— y se vieron bañados en una luz de alta intensidad. Los técnicos que empezaron a trabajar en ellos los reconocieron como la ultimísima generación de Hellfires, unas armas que se habían beneficiado enormemente de los increíbles avances realizados en tecnología de baterías y reducción de peso. Hasta no hacía mucho, el misil —lanzado desde drones o desde helicópteros de ataque Apache— tenía un alcance de unos diez kilómetros, pero la versión que estaba flotando en el aire en Diego García podía, de acuerdo con sus especificaciones secretas, acertar a un objetivo situado a más de cuatrocientos kilómetros de distancia. Sin embargo, los hombres y mujeres de los bancos de trabajo sabían que un incremento del alcance de un arma era evolución; en cambio, los revestimientos especiales y tremendamente complejos que estaban

incorporando a los misiles —diseñados y fabricados en la isla— eran una auténtica revolución.

Unos sirviéndose de dispositivos manuales para controlar los brazos robóticos y otros de instrumentos por control remoto, los miembros del equipo retiraron con destreza la carcasa exterior negra de cada misil y dejaron al descubierto las cinco secciones distintas que contenían la cabeza explosiva, el sistema de guiado y el sistema de propulsión. A continuación comenzaron a reemplazar el exterior con algo extraordinario: un revestimiento hecho con millones, es posible que miles de millones, de deslumbrantes teselas blancas, cada una de ellas poco más grande que la cabeza de un alfiler.

La luz de alta intensidad hacía que las teselas lanzaran destellos y brillaran como una miríada de diamantes, dando al misil un aire totalmente futurista y extrañamente siniestro. Eso era por fuera; por dentro, cada una de la infinidad de teselas iba conectada por un hilo de fibra óptica —de una fracción del grosor de un cabello— a un dispositivo de control que se había incorporado a la parte posterior del largo tubo. Los hilos de fibra óptica eran tan finos, compactos y numerosos que hacían que el interior del revestimiento pareciese recubierto de telaraña.

Aunque el trabajo del equipo era difícil, contaban con una ventaja: ninguno de los misiles tenía ojiva. El armamento constaba de un dispositivo que se conocía coloquialmente como la «bomba sushi», que era un descendiente directo, y una versión mucho más avanzada, de la «bomba ninja». La peculiaridad de estas dos bombas era que no explotaban: habían sido diseñadas para matar a los ocupantes de vehículos en movimiento sin detonar, para no mutilar o herir a personas inocentes. Su forma de hacerlo la indicaba a la perfección su nombre: el sushi requiere un corte muy fino con un cuchillo muy afilado.

De una siniestra y retorcida manera, la bomba sushi era un invento brillante, y la historia atestiguaba que la víctima a la que iba dirigida no escaparía nunca: la bomba ninja, que ni de lejos era tan sofisticada ni tan letal como su retoño, se había utilizado al menos doce veces y había eliminado a dieciocho destacados terroristas en cinco países sin fallar jamás ni herir a nadie que estuviese fuera del vehículo.

En silencio, concentrados, terminaron de equipar el último de los cuatro brillantes cilindros y utilizaron los brazos robóticos para depositar las armas en sus cajas de transporte. Veinticuatro horas después de que llegaran a Diego García, los misiles especialmente adaptados volvieron a cargarse en el Globemaster y recibieron una serie de documentos que ocultaban que hubiesen estado en el atolón. A continuación, como infinidad de Hellfires antes, se transportaron a la base aérea de Bagram: el centro de todas las nuevas operaciones

estadounidenses en Afganistán y un lugar no demasiado lejos de una casa blanca en Zahedán.

Si todo salía conforme al plan, la vida de Kazinsky y del Emir prácticamente había terminado.

37

A una altitud de más de diez mil metros sobre Pakistán, otro elemento de la que probablemente fuese la operación más secreta llevada a cabo jamás por la inteligencia estadounidense se dirigía a su destino. Tres personas, que hasta ese momento no se conocían entre sí y procedían de entornos muy dispares —las tres jóvenes, pero muy cualificadas—, se hallaban a bordo de un *jet* G5 que había efectuado el largo viaje desde Estados Unidos y, tras cruzar el mar de Arabia, no tardaría en aterrizar en Bagram.

Unido, el trío se conocía como una «célula de ataque», y los dos hombres y la mujer eran pilotos de élite de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, aunque ninguno de ellos había ocupado nunca una cabina de mando. Su habilidad consistía en sentarse delante de un panel de pantallas de ordenador y utilizar un teclado y un *joystick*: su trabajo consistiría en pilotar en remoto los cuatro misiles inteligentes blancos y brillantes hasta sus objetivos.

Sentados en la oscuridad de la gran altitud a la que se encontraban y en silencio, dos de ellos dormían y el tercero tenía un portátil abierto delante y revisaba las especificaciones básicas de un arma que no había visto antes. Parecía un misil Hellfire —una de las iteraciones de largo alcance de la nueva generación—, pero su peso, su diseño interior y, sobre todo, su circunferencia eran muy distintos. Era como si le hubiesen incorporado un revestimiento completamente nuevo.

Al igual que sus compañeros, estaba bien preparado para ahondar en esa clase de datos. Los tres habían estudiado ingeniería o ciencia en importantes universidades y además habían realizado numerosos cursos de aviación avanzada. Hubo un tiempo, no hacía mucho, en que probablemente hubiesen sido los mejores de su clase en la escuela de vuelo de Top Gun, pero en la actualidad los pilotos de caza eran igual de útiles en las guerras modernas que la infantería con mosquetes. Los tres jóvenes pilotos que iban a cumplir una misión de la que —por el momento— no sabían nada habían crecido rodeados de videojuegos y de lenguajes de programación, un lugar donde la línea que separaba una pantalla de la realidad casi dejaba de existir. Sin que nadie se diera cuenta, Silicon Valley los había preparado en secreto para que en el futuro fuesen combatientes digitales en un mundo digital.

El joven cuya atención estaba centrada en el portátil era Connor Bryant, un surfista de veinticuatro años de Huntington Beach, en el sur de California, el menor de cuatro hermanos y alguien que nunca había sido un alumno excepcional en ninguno de los tres institutos a los que había ido. Sin embargo, tenía la suerte de poseer una extraordinaria coordinación ojo-mano y una capacidad increíble para procesar instantáneamente enormes cantidades de información visual. Todo ello hacía que pareciese haber nacido para pilotar drones —y ahora misiles—, sobre todo en situaciones de combate extremas; lo más importante era su capacidad para permanecer tranquilo y no dejarse llevar por el pánico durante todo el proceso. Una investigación realizada por la Fuerza Aérea había demostrado que los fallos que cometían los pilotos nunca se achacaban a su destreza, sino siempre al estrés. A ese respecto, Connor jugaba en otra liga.

Según me dijo más adelante Halcón, puede que fuesen las drogas: mientras que ninguno de los tres pilotos sabía nada de Halcón Rourke, él lo sabía todo de ellos y, dada la naturaleza tan secreta de la misión, habría sido negligente por su parte no haberlos investigado.

Sabía que le habría sorprendido más que Connor —que creció en una playa de moda de California, en una época en que el uso de marihuana medicinal se había disparado y las leyes que prohibían su consumo se estaban liberalizando deprisa— no hubiese pasado mucho tiempo relajándose y fumando hierba. El muchacho no bebía —gracias a Dios, a juicio de Halcón, porque muchos de los pilotos iban camino del alcoholismo—, pero colocarse le seguía gustando igual. No cuando estaba trabajando, eso sí —jamás habría puesto en peligro ninguna misión, ni su carrera, por ello—, y Halcón era lo bastante realista para saber que el mundo estaba cambiando a tal velocidad que su destreza era mucho más importante que lo que hacía en privado.

Con el amanecer inundando el cielo oriental mientras el G5 se aproximaba a la frontera entre Pakistán y Afganistán, era probable que el joven piloto de drones mirara por la ventanilla y viese la vasta extensión de desierto. Aunque no lo sabía, muy pronto pilotaría un misil por un paisaje similar e intentaría, en el más absoluto de los secretos, violar el espacio aéreo de Irán, una hazaña que ninguna nación había conseguido desde hacía más de cincuenta años.

En más de un sentido, era un nuevo amanecer.

38

En cuanto Halcón comunicó al secretario de Defensa que se había cruzado el Rubicón y la operación se había puesto en marcha, el ambiente en Langley se volvió muy sombrío muy deprisa.

Mientras los pilotos y sus misiles avanzaban en su largo camino a Afganistán, hasta los optimistas en la sala de reuniones —a cuya cabeza se hallaba Buster— no tardaron en darse cuenta de que, si bien se habían descubierto la fecha y el lugar donde se celebraría la reunión, estaba claro que el cometido era mucho más complejo que lanzar unos misiles a unos coches en una ciudad remota. ¿Y si el convoy estaba compuesto por más de diez coches? ¿O de veinte? Como había dicho Halcón, el ataque tenía que ser quirúrgico: ahora Langley debía identificar a los líderes del Ejército —los objetivos principales— y averiguar en qué vehículos viajaban.

Además, teníamos que conocer esa información con anticipación, porque los helicópteros Apache que lanzarían los misiles necesitaban tres horas para acercarse a la frontera iraní, las armas en sí —una vez que se lanzaran— tardarían cuarenta minutos en cruzar la frontera y llegar a Zahedán y, mientras tanto, había que efectuar un seguimiento segundo a segundo de los vehículos en los que iban el Emir, Kazinsky y otros miembros de la cúpula para calcular exactamente cuándo estarían juntos en la estrecha calle camino de la reunión. Todos esos hilos dispares y volátiles debían unirse: el avance de los vehículos y de los helicópteros y el lanzamiento de las cuatro bombas sushi tendrían que estar coordinados a la perfección.

—Lo primero —dijo Halcón a la sala—: si queremos localizar a los líderes, debemos identificarlos. —Me miró—. Contamos con una ventaja: por lo menos tenemos a alguien que los ha visto.

«Hasta cierto punto», pensé.

A continuación Halcón y Buster ordenaron que subieran miles de horas de imágenes de Tora Bora Oeste, tanto pasadas como recientes, captadas por el satélite y que la Agencia había recopilado. El complejo de cuevas era el lugar en que los terroristas estaban reunidos y —esa era la opinión— nos proporcionaría la mejor oportunidad para identificar a los líderes del Ejército mientras se movían fuera.

Al empezar a mirar, comencé a hacer memoria, intentando visualizar cada momento que había pasado con el Ejército, confiando en encontrar algún detalle que se me hubiese pasado por alto. El proceso resultaba inquietante, pero lo peor era el cansancio debido a las lesiones que tenía: me vi obligado a hacer un esfuerzo continuo para permanecer alerta y presente mientras ocupaba la silla ante la consola de mando.

Después de dividir las imágenes y repartirlas entre numerosos equipos de tres personas, Buster distribuyó descripciones físicas del Emir, Kazinsky y los otros tres líderes que yo había facilitado: altura, peso, tatuajes y cualquier otra cosa que pudiera diferenciarlos. Los equipos se disponían a efectuar la primera criba, para descartar a todo el que a todas luces no reuniera nuestros criterios generales, cuando

me senté muy recto, completamente alerta. Mi memoria me había llevado hasta el puesto de avanzada, donde estaba esperando para ver si habían matado a Laleh, y me puse a pensar en el hombre de los *walkie-talkies*. De pronto caí en la cuenta de que un grupo de hombres acomodados en cierto número de vehículos que fuesen a asistir a una reunión crucial en Zahedán sin teléfonos móviles necesitarían a alguien que se ocupara de las comunicaciones. De ahí pasé al momento en que a Laleh y a mí nos encajonaron dos vehículos cuando nos dirigíamos hacia la playa y yo vi el rostro del hombre que conducía el vehículo de reabastecimiento. Me volví en el asiento y miré una pantalla cercana en la que se mostraba la distancia que había entre la base del Ejército y Zahedán y supe en el acto que la distancia era demasiado grande: tendrían que repostar por el camino.

—Hemos cometido un error —informé a Halcón—. Solo hemos estado pensando en los líderes, pero el personal de apoyo es crucial. Los acompañarán: conductores, un hombre manco que se ocupa de las comunicaciones, un tipo bajo y con sobrepeso (un tapón, vaya) que es el responsable de reabastecer los vehículos y probablemente de toda la logística.

Halcón se maldijo.

—¿Cómo no se me ha ocurrido? Cualquier otra persona de la que se acuerde: añada su descripción a la lista.

Cuatro horas después era evidente que no recordaría a nadie más. Me habían hecho llegar muchas posibles coincidencias para que las identificara, pero, como había advertido antes a Halcón, la mayoría de los candidatos iban encapuchados y embozados, las túnicas holgadas y los largos pañuelos hacían que resultase difícil incluso definir la forma de los cuerpos. Una hora más tarde, todavía sin ningún atisbo de éxito, sospeché que un grupo que renegaba de los teléfonos móviles también se mostraría más que cauto con los satélites espía: me daba la impresión de que siempre que estaban fuera, su anonimato era deliberado. Llamé a Halcón.

—¿Se encuentra bien? —preguntó mientras se aproximaba—. Tiene muy mal aspecto.

—Los dos lo tenemos —afirmé al reparar en el tono grisáceo de su tez, la ropa arrugada y el profundo cansancio que dominaba cada uno de sus pasos.

—No está funcionando, ¿no? —apuntó al tiempo que señalaba la imagen de varios terroristas en las pantallas.

—No, nada —admití—. Son disciplinados, saben lo buenos que son los satélites; los líderes en particular no correrán ningún riesgo. He visto a tres hombres distintos, vestidos de manera muy similar, fuera a la vez..., cualquiera de ellos podría ser Kazinsky. Pero escuche...

—¿Es una idea? —preguntó Halcón—. Eso espero, porque a mí no

me queda ninguna.

—Si usted pensara que pueden estar vigilándolo pero tuviese que asistir a una reunión crucial, ¿qué haría? —planteé.

Halcón se tomó su tiempo para pensar, le dio vueltas en la cabeza a la pregunta, hizo lo que siempre se le había dado mejor: utilizar el pensamiento lateral.

—Sacaría todos los vehículos —respondió al cabo—. Llenaría la zona, montaría el mayor juego de trile que haya visto el mundo. Pondría en movimiento cientos de vehículos, pero no daría indicación alguna de en cuál de ellos viajan los cinco o seis líderes.

—Yo haría exactamente lo mismo —coincidí risueño—. Por la mañana temprano utilizaría todos los vehículos que pudiera encontrar y saturaría la vigilancia. Nos sorprendería y haría que fuese imposible seguirlos a todos. En grupos de dos, tres, doce, haría que se dirigieran a todos los puntos cardinales, que retrocediesen sobre sus pasos, se dieran la vuelta, se separaran y nos endosaran una misión imposible.

—Tenemos una ventaja —señaló Halcón—. Algo de lo que no son conscientes: sabemos cuál es su destino.

—Es cierto —convine—. Los vehículos importantes se reunirán antes de efectuar la última etapa a la casa blanca, y si seguimos a todo el mundo, los veremos hacerlo…

Halcón se volvió para dirigirse a la sala.

—Olviden lo de intentar identificar a la cúpula —ordenó—. La mañana de la reunión tratarán de confundirnos: cientos de vehículos saldrán de la base. Pero estaremos preparados, seguiremos a cada uno de ellos hasta que, al final, los que transporten a los líderes se reunirán para ir a la mezquita. Va a ser agotador para todo el mundo. Descansen, váyanse a casa ahora. Hasta entonces no podrán hacer nada.

Mientras todos se iban, él me miró. Ni siquiera un hombre que a lo largo de toda su vida profesional se había acostumbrado a disimular sus emociones era capaz de ocultar su preocupación.

—Usted también —dijo.

—Dormiré en el avión —decidí.

—¿En el avión? —repitió, como si no supiese a qué me refería—. ¿Por qué? ¿Piensa ir a alguna parte?

—No tengo elección, ¿no le parece? —contesté—. Cuando los vehículos salgan del punto de encuentro y se dirijan hacia la mezquita, todo sucederá muy deprisa. Sabemos cómo son estas cosas: sería la primera vez que no reina el caos. Los vehículos principales probablemente lleguen tarde, puede que sean diez o más, no lo sabemos, el trayecto a la casa blanca podría ser veloz: es posible que nuestro margen sea muy pequeño y se cierre deprisa. Los helicópteros de lanzamiento tendrán que deshacerse de cualquier peso adicional y

reabastecerse y puede que haya que recortar el tiempo que necesiten sus misteriosos misiles: y usted tendrá que coordinarlo todo y yo tendré que identificar a quien pueda a toda velocidad. No habrá tiempo para enviar mensajes a través de medio mundo y correr el riesgo de causar confusión: tendremos que estar en la sala, junto a la célula de ataque.

—Ya, he supuesto hace horas que iría a Kabul —reconoció—. Pero ¿se encuentra usted con fuerzas?

—¿Yo? —repuse—. Nunca he estado más en forma.

Dado el clima de tensión que reinaba, a los dos nos vino bien poder reírnos de algo.

—¿Y Rebecca? —planteó Halcón.

—Eso va a ser complicado —admití, y pensé en cómo reaccionaría al decirle que tenía que ir a Afganistán cuando, según ella, ni siquiera debería haber salido del hospital.

—No es preciso que se lo diga —sugirió Halcón—. Puede hablar con ella unas cuantas veces al día, decirle que está confinado por seguridad, que sigue aquí, en Langley.

Lo sopesé. Sí, ciertamente podía hacer eso. No me hacía gracia, pero no se iba a enterar.

39

En pleno turno de noche, dos hombres y tres mujeres —todos ellos trabajadores sénior— conducían *scooters* eléctricas por un enorme almacén de suministros en la base aérea de Bagram, comprobaban el inventario e identificaban artículos para las carretillas elevadoras.

Antes, cuando había dado comienzo su turno, el equipo había recibido la lista de tareas de esa noche y el quinto artículo que figuraba en ella les indicaba que descargasen cuatro misiles Hellfire que —según la documentación que tenían en su poder— habían llegado hacía doce horas de Alabama, comprobasen que no habían sufrido ningún daño y los trasladaran al hangar de alta seguridad contiguo.

El cometido le fue asignado al miembro con menos antigüedad del grupo, una joven de Colorado que acababa de recibir su insignia en su primer periodo de servicio en el extranjero, que —rodeada de altísimos anaqueles de equipamiento militar— levantó las cajas con la carretilla y las llevó hasta una gran mesa de trabajo. A continuación se dispuso a revisarlas en solitario, desatornilló las pesadas cajas de transporte de madera, acopló un brazo robótico a un misil… y se puso a gritar.

Los otros cuatro miembros del equipo, desperdigados por el

gigantesco edificio, reaccionaron: nada interrumpía nunca la monotonía nocturna hasta el descanso de las tres, ni siquiera los ataques con misiles y fuego de mortero que sufría la base con regularidad. Estos se limitaban al amanecer y a última hora de la tarde, pero de pronto la joven los llamaba para que fueran deprisa.

El primero que llegó fue el jefe del equipo. Alto y larguirucho, dio la vuelta a una esquina, pasó por alto el embalaje desechado y clavó la vista casi sin dar crédito en un resplandeciente misil blanco que estaba parcialmente fuera de la caja y suspendido de un brazo robótico.

—Pero ¿qué...? —dijo mientras se acercaba, sin dejar de mirar el arma, que resplandecía bajo los focos de halogenuros metálicos del almacén. Nunca había visto nada igual.

Los otros tres miembros del equipo, que llegaron instantes después, se situaron a su lado y tuvieron la misma reacción.

—¿Qué es esto?

—Según la caja, un Hellfire reglamentario de última generación —respondió la joven de Colorado—. No sé vosotros, pero yo he visto un montón y esto de reglamentario no tiene nada.

—¿De dónde ha salido? —quiso saber el jefe.

La mujer señaló su tableta y el lector de código de barras.

—Según el manifiesto de producción, el número de la guía de embarque y los datos de seguimiento, directamente de Lockheed Martin, en Alabama.

El jefe del equipo se acercó para verlo mejor. Por alguna razón que no supo explicar, la brillante arma le dio escalofríos.

—Comprueba los detalles técnicos y el formulario de pedido —le indicó.

—Ya lo he hecho —contestó ella señalando de nuevo la tableta—. Dice que es un pedido especial para el 425.º Grupo Expedicionario (sean quienes sean), con camuflaje para una misión específica.

—¿Ah, sí? —repuso.

Había estado en zonas de combate lo suficiente para haber visto esa clase de camuflaje en varias ocasiones, y sabía que por lo general se utilizaba en helicópteros. Se trataba de una pintura especialmente diseñada, una compleja serie de colores que imitarían con exactitud el terreno sobre el que volarían los helicópteros y minimizarían la posibilidad de que los detectaran. Debido a ello, exigía una investigación intensiva y era muy caro. El Equipo 6 de los SEAL, por ejemplo, que voló a Pakistán para matar a Osama bin Laden, lo utilizó en sus helicópteros.

No había ningún motivo por el que no se pudiera usar en un misil, pero el hombre negó con la cabeza.

—No tiene sentido. La gente puede poner las chorradas que le dé la gana en un formulario. ¿Camuflaje específico blanco en un misil? Yo

diría que es un infundio…

—Que es ¿qué? —preguntó otro miembro del equipo, que estaba más atrás. Era un gigantón simpático de veintidós años de Chicago, que se había unido al ejército para tener estudios pero hasta el momento nadie había decidido por dónde empezar.

—Decía que es un infundio, que en el ejército es sinónimo de *patraña* —explicó el jefe mientras daba la vuelta al arma y pasaba la mano por las pequeñísimas teselas de cerámica.

—No sabes si es una patraña —opinó una mujer musculosa, el miembro de más edad del grupo, una persona dura que tenía por costumbre discutir con todo el mundo—. Puede que lo vayan a usar en la nieve.

—Claro —replicó el jefe, que dio un paso, pulsó un interruptor y apagó las luces del techo.

En la penumbra, tras unas puertas enormes como las de los graneros, el mundo que se abría al otro lado del enorme espacio de pronto se volvió visible: carretillas elevadoras atravesaban una plataforma, hileras de reactores y helicópteros se hallaban fuera de naves de mantenimiento, y equipos de repostaje y técnicos en armamento preparaban activamente dos AH-74 Apache, los helicópteros de ataque más avanzados del mundo. Si el equipo del almacén hubiese mirado con más atención, se habría percatado de que los dos helicópteros carecían de distintivos, los habían desmantelado por completo para reducir su peso y ahora los estaban equipando con depósitos de combustible de gran autonomía.

El jefe del equipo señaló, más allá de los helicópteros y las hileras de aparatos, hacia donde una luna llena iluminaba un anillo de montañas coronadas de nieve.

—Estamos a finales de verano —observó—. Esa es la única nieve que queda en Afganistán: en las cumbres altas. Da lo mismo de qué cordillera se trate (el Hindú Kush, la Koh-i-Baba, la Safed Koh), son todas iguales, los peores y más aislados lugares del mundo. Pasan días, semanas, y no ves a otro tío: con suerte, tan solo unas cuantas construcciones en ruinas. —Apuntó de nuevo al misil—. Envían un misil equipado con una ojiva especial, una que no explota. Un Hellfire normal mata en un radio de unos veinte metros, pero este pequeñín no, este es una bomba sushi: no hará daño a nadie que se encuentre fuera del vehículo. Se diseñó para lugares concurridos, así que ¿por qué la iban a usar en nieve, en una montaña en la que no podrías encontrar a un civil aunque quisieras? No, este no es un camuflaje especial para nieve, ya os lo digo yo.

—Entonces ¿qué? —quiso saber la joven—. Los Hellfires como este tienen un alcance de cuatrocientos *klicks*, puede que no sean para Afganistán.

—¿Para dónde, entonces? —inquirió la dura—. ¿Pakistán, Irán?

El jefe negó con la cabeza.

—En Pakistán no hacen falta misiles. Los de operaciones especiales y los SEAL entran y salen; a Bin Laden no le lanzaron un misil, ¿no? E Irán no es —razonó—. Nadie es tan tonto, ni siquiera el Pentágono. Dudo que vayan a empezar a lanzar misiles a Irán. Vamos, ni de coña.

40

—¿Sabéis qué es lo más frustrante de estar aquí? —preguntó Connor Bryant, el surfista del sur de California, una hora después de que la célula de ataque llegase a Kabul.

Estaban juntos —según supe más tarde— en la desierta cantina de lo que en su día había sido el cuartel general del primer destacamento especial de Estados Unidos que entró en Afganistán hacía treinta años, que ahora, tras verse desbancado por instalaciones mucho más grandes, se había reconvertido en el centro de mando de uno de los ataques militares más extraordinarios jamás lanzados.

—¿Que la comida es una mierda? —apuntó Mila, la joven que había crecido junto al golfo de México en Florida, como demostraban el pelo aclarado por el sol y el bronceado, mientras echaba una ojeada a la desolada habitación.

—Sí, eso también —afirmó Connor mientras veía a los otros dos beber Coronas; se estaban conociendo—. No, me refería a que estamos solo a unos cientos de *klicks* de una pequeña ciudad llamada Balj, pero, por el tema de la seguridad, es poco probable que lleguemos a ver la mezquita de las Nueve Cúpulas.

Spencer Wilson, el tercer miembro del equipo, un timorato oficial de carrera del este, bajó la cerveza y lo miró con cara de sorpresa.

—¿La mezquita de qué? —preguntó.

—De las Nueve Cúpulas: es el edificio islámico más antiguo de Afganistán —continuó Connor—. Tiene una vibra muy extraña, dice la gente, como mística.

—Me sorprende —comentó Spencer—. Sé que acabamos de conocernos, pero te miro y jamás me habría imaginado que te interesaran esas cosas.

—Ya, bueno, mucha gente me subestima —repuso alegremente Connor—. Me flipa todo ese rollo cultural. —Bajó la voz, captando su atención, haciendo que se inclinaran, con aire de complicidad—. Da la casualidad de que Balj también produce la mejor hierba del mundo. A ver, si queréis ir de compras en el país (no me refiero a grabados en madera de camellos ni a alfombras tejidas a mano o mierdas de esas), Balj es el sitio al que hay que ir.

Mila se rio.
—En cuanto pueda, hablaré con uno de los pilotos de helicópteros y le contaré que me interesan las mezquitas —añadió Connor—. A ver si hay forma de que nos lleven: pasamos una hora allí, como máximo, hacemos unas compras rápidas y nos abrimos. ¿Qué me dices, Spence, te apuntas?
—Solo para que no haya ninguna confusión —replicó Spencer clavando la vista en él—: Tengo tolerancia cero con las drogas recreativas.
—Interesante —observó Connor de buenas maneras—. Muy interesante. Por curiosidad: ¿alguna vez habéis oído hablar de alguien que haya muerto porque no se le ponía dura?
Mila estuvo a punto de escupir la cerveza. «Ahí le has dado, Connor», debió de pensar.
—¿Erecciones? ¿De qué estás hablando? —le preguntó Spencer.
—Viagra. Si no es una droga recreativa, dime tú qué es —respondió Connor—. Desde luego un medicamento vital no.
Spencer lo miró, pero no fue capaz de encontrar un argumento para replicar. Connor esbozó su sonrisa de surfista y se encogió de hombros.
—El mundo está cambiando, Spence. Muchos quieren echar un polvo y otros tantos se quieren colocar.
Mila sonrió.
—Bueno, yo quiero hacer las dos cosas —intervino para distender la situación, pero también miró a Connor.
Spencer los observó a ambos, e incluso siendo tan mojigato como era él, no pudo evitar reconocer una invitación cuando la veía.
Antes de que Spencer tuviese tiempo de darle más vueltas al tema de las drogas o del sexo, la puerta se abrió y, al volverse, vieron entrar a uno de los cuatro oficiales de alto rango que habían conocido al llegar. El comandante general de operaciones especiales, que se presentó a ellos como su oficial de enlace, era un hombre musculoso y fuerte, con el pelo rapado y un caminar arrogante. Eso significaba que era poco lo que lo distinguía de otros cientos de oficiales sénior, ni siquiera las placas que lo identificaban: no las llevaba. La célula de ataque se había percatado antes, pero ninguno había dicho nada —los galones y las insignias bastaban—, y ahora, con él en la puerta, se pusieron de pie de un salto.
—Descansen —dijo el oficial—. Van a venir dos personas más: ahora mismo están a una hora de distancia. En cuanto aterricen dará comienzo el *briefing*. ¿Entendido?
—Sí, señor —respondieron los pilotos al unísono.
Esperaron a que se marchase y siguieron con su cerveza y su comida.

—Más jefazos, supongo —observó Mila—. Como si nos hicieran falta. ¿Alguna vez habíais visto a tantos?

—No pasa nada porque vengan unos cuantos militronchos más —opinó Connor—. Es cuando aparece la CIA cuando se sabe que va a ser una cagada.

41

«Otro día, otra misión», me dije mientras miraba por la ventanilla de otro *jet* de GreenEnergy y vi las montañas del Hindú Kush —sombrías y siniestras— en el horizonte. No pude evitar pensar en el paisaje empapado en sangre que tenía más abajo, y recordé lo que escribió una vez alguien famoso: «Afganistán es un cementerio de imperios».

Los británicos, los soviéticos y Estados Unidos habían probado suerte para apoderarse de la puerta a la India y, a través de ella, del resto de Asia Meridional, y todos ellos se habían marchado derrotados y mermados. Pensar en tanta vida y tantos esfuerzos desperdiciados no contribuyó precisamente a animarme.

Doce horas antes, pese a la sugerencia de Halcón, había llamado a Rebecca justo antes de salir de Langley y le había dicho que tenía que irme, y el resultado fue una conversación más difícil aún de lo que me esperaba. Se olió, cómo no, que Halcón y yo habíamos planeado ese vuelo desde el principio, y me costó convencerla de lo contrario: después de todo, la organización para la que trabajaba era famosa por sus subterfugios y sus tretas. Mi negativa a desvelarle cuál era mi destino no hizo sino aumentar su preocupación por el riesgo que podía entrañar para mi salud.

—Me estoy perdiendo algo: ¿tú no acabas de salir de la UCI? —dijo, y su tono indicaba con claridad que estaba haciendo un esfuerzo supremo para no perder los estribos—. Todavía estás muy débil, apenas puedes andar, ni siquiera has empezado la rehabilitación y vas a volar a algún sitio que dudo mucho que sean las Maldivas. Cuando ingresaste en el MedStar, pasamos una cosa por alto: deberíamos haber comprobado tu salud mental.

—Es mi trabajo, Becca, ya lo sabes. ¿Crees que iría a alguna parte sin apoyo médico?

—Ponlos al teléfono, a los médicos —exigió escéptica.

Por suerte, Halcón había dispuesto que nos acompañasen una médica y dos enfermeros, y puse a la médica en manos libres. De doctora a doctora, la mujer puso al día a Rebecca de mi estado y le dio a conocer su plan para los tres días siguientes. La reacción de Rebecca me dijo que se sentía aliviada al saber que sería un viaje corto, y cuando la doctora le confirmó que mi cansancio y mis heridas

implicaban que me sería imposible salir de la habitación en la que estaría, fui consciente de que —de manera involuntaria— había convencido a Rebecca de que no correría ningún peligro.

Es posible que la doctora no ganara por completo la batalla, pero al menos se declaró un armisticio, y Rebecca pidió hablar conmigo en privado, me dio una lista de cosas que tenía que vigilar de mi salud y —por último, en voz queda— me dijo que me quería. Así y todo, el cansancio me había mermado las fuerzas para cuando quise subir al avión, y justo cuando empecé a abandonarme al sueño, me desperté de nuevo, con el corazón acelerado y una sensación de muerte inminente. Si bien ya me había sucedido varias veces desde que había vuelto, no le había hablado a nadie de esos ataques de pánico. «Se pasará», me decía.

Así que, en lugar de descansar, me senté y me puse a pensar en el hombre que estaba en el vórtice de todo, alguien que sabía lo que realmente significaba Bhopal, el terrorista al que íbamos a intentar matar. Y tal vez no le habría dicho nada a Halcón sobre el Coronel o sobre mis dudas, pero el piloto nos informó de que faltaban cincuenta minutos para que aterrizásemos y el director, que había estado durmiendo unas filas más adelante, pasó por donde yo estaba cuando fue a darse una ducha.

—¿Ha conseguido dormir? —se interesó.

—No mucho —admití.

Supongo que mi tono de voz lo alertó y me miró durante el tiempo suficiente para darme a entender que sabía que algo me preocupaba.

—No va a estar allí, Halcón —afirmé—. Kazinsky no formará parte del convoy.

—Se equivoca —replicó él.

—Lo veo en la playa —confesé—. Es una de las cosas que más recuerdo: esa gran presencia de mando. Pero en la restinga vi lo que sentía ese hombre cuando le dije adiós. Lo *sabía*, Halcón: sabía que si un espía americano conseguía volver a casa, estaban acabados. Solo tenía que pensar en lo que yo había visto y lo que él me había contado; cierto, confiaba en que el *shamal* me ahogase, pero no podía estar seguro de que fuese a ser así y nunca sabría la verdad. Tenía que ponerse en lo peor. Había sido coronel en la Spetsnaz, sabía de estrategia y conocía el peligro: era consciente de que en cuanto desapareciese en el golfo, yo sería una amenaza para él, y que era muy probable que el Ejército fuese aniquilado.

—No —negó Halcón—. El Ejército está a tan solo semanas de dar un golpe espectacular. No saldrán corriendo, no ahora. ¿Acaso huiría Bin Laden, o Al-Zawahiri, huiría alguno de ellos? Está dando usted más crédito a Kazinsky del que merece. Es como los demás, tan solo otro comandante terrorista. Hemos visto montones de ellos, ¿no es así?

—No como él —objeté, pensando en la primera vez que lo vi, cabalgando hacia mí como Lawrence de Arabia—. No como él. Fui prisionero suyo el tiempo suficiente, lo conozco.

—No lo conoce, Ridley —espetó Halcón con aspereza—. Nunca conocemos a ninguno. No es posible. Ya no tenemos nada en común: somos un grupo de tribus distintas a las que las circunstancias han obligado a habitar la misma cueva. Eso es lo que le ha sucedido al mundo: todo está dividido. «Todo se desmorona; el centro cede.»

Vi la preocupación que reflejaba su rostro.

—Dios nos guarde, ¿poesía ahora, Halcón? —pregunté risueño—. ¿Yeats?

Sonrió a su vez.

—Pensé que podía colar el verso. «El segundo advenimiento», uno de los mejores poemas. «La anarquía se abate sobre el mundo…, se anega el ritual de la inocencia —citó—. Los mejores no tienen convicción, y los peores rebosan de febril intensidad.» Esos somos nosotros —continuó; la sonrisa había desaparecido—. Nuestros gobiernos no tienen convicción. —Señaló las imágenes en alta definición de la base del Ejército, que yo tenía abiertas en mi portátil—. Y los terroristas rebosan de febril intensidad. —Me sostuvo la mirada—. Kazinsky tiene la misma impaciencia febril —aseguró—. Estará en el convoy. Ya lo verá: encontraremos su cadáver entre los restos del coche.

—Es posible —contesté—. *Insha'Allah*. —Si Alá quiere.

42

Bagram era una de esas pistas de aterrizaje en las que solo un tonto habría desoído las instrucciones del piloto y no se habría abrochado el cinturón.

Ubicada en una meseta a una gran altitud, siempre había sido un lugar espantoso para aterrizar, y las aeronaves militares que yacían siniestradas junto a las pistas daban fe de sus violentas tormentas de nieve en invierno y sus abrasadores vientos en verano.

Con una fuerte tormenta de arena que oscurecía el horizonte, el Gulfstream se aproximó volando bajo sobre las montañas circundantes, se enfrentó a las traicioneras corrientes descendentes y golpeó la pista con tal fuerza que la médica y uno de los enfermeros gritaron de la impresión. Era un día de verano achicharrante, y cuando miré por la ventanilla, los hangares y las interminables hileras de edificios apenas se veían a través de las ondas de calor titilante.

Aparte de un puñado de personas, nadie estaba al tanto de que Halcón y yo nos encontrábamos en el país, y ningún oficial de alto

rango o jefe de despacho de la CIA acudió a recibirnos. Con tan inquietante decorado de polvo rojo y montañas coronadas de nieve a contraluz, echamos a andar —mis muletas nos frenaban considerablemente— por el ardiente asfalto hacia un SUV que conducía un soldado de infantería al que habían ordenado recoger a dos contratistas civiles que llegarían en un *jet* privado.

Yo solo había estado en esa base una vez —en una de las primeras misiones de mi carrera, para ayudar en el interrogatorio de varios terroristas a los que retenían en una prisión secreta oculta en su rincón más remoto—, y desde esa visita de hacía una década, la enorme base había estado cerrada y la habían reabierto media docena de veces. Dependiendo de quién estuviese en la Casa Blanca y de lo que considerasen que era lo mejor desde el punto de vista estratégico para América, el ejército estadounidense se reducía, se incrementaba, se minimizaba, se maximizaba, se retiraba por completo y se volvía a desplegar con regularidad. Cuando Halcón y yo nos acomodamos en la parte de atrás del SUV, la base estaba siendo objeto de otra enorme ampliación.

Se mirara por donde se mirase, el nuestro era un vehículo extraño, diseñado para la supervivencia más que otra cosa. Incluso después de años de guerra, la base seguía siendo objeto de ataques de misiles y fuego de mortero, lo único que cambiaba era la identidad de los insurgentes que blandían las armas —un año era la Alianza del Norte o los talibanes y, una década después, una Al-Qaeda renacida, el ISIS-K o los rebeldes pastún—, y el SUV, como casi todos los demás vehículos, tenía que contar con una fuerte protección. Sin embargo, Bagram formaba parte de un despliegue sumamente caro, por lo visto el presupuesto era ajustado y no había dinero para que transportes como el SUV pudiesen contar con un blindaje profesional de fábrica. En vez de eso, lo habían forrado con gruesas planchas de chatarra herrumbrosa afianzadas con tornillos y remaches. Conocido como «blindaje improvisado», el remiendo metálico hacía que el SUV pareciese algo salido de una de esas películas postapocalípticas.

Sentados en la parte de atrás del vehículo, fuimos hacia lo que la gente de la base llamaba «el centro». Era poco lo que había cambiado con los años: seguía siendo la única base en una zona de guerra en la que uno se topaba con atascos. El lugar era una ciudad próspera. En la calle principal había franquicias de comida rápida abarrotadas —las habituales—, cadenas de cafeterías con colas que llegaban hasta la mitad de la polvorienta calle, tiendas regentadas por personas del lugar, que se conocían como *haji* y hacían el agosto vendiendo desde gafas de sol hasta pipas de agua bajo mano, e hileras de puestos que vendían algunos de los mejores platos de comida callejera india del mundo. Sin duda, la base de Bagram era una de las poblaciones más

animadas y exóticas que había visto nunca y, desde luego, la única sobre la que caía fuego de artillería con regularidad.

Cuando llegamos al final de la calle, enfilamos una carretera larga y desierta que conducía hasta un puesto de control fuertemente armado empotrado en un alto muro.

Rematado por cámaras y sensores de movimiento, el muro rodeaba las instalaciones más sensibles de la base y, cinco minutos después, con nuestra identidad comprobada por varios métodos distintos, el SUV se detuvo enfrente del centro de mando desde el que se efectuaría el ataque con misiles. La tormenta de arena persistía en el horizonte, y por suerte se alejaba de la meseta, pero aun así conseguía bañarlo todo en una extraña penumbra casi nocturna. Halcón me cogió del brazo para ayudarme y fui cojeando hacia una puerta guardada por dos marines.

Bajamos en ascensor tres plantas, caminamos por un pasillo vivamente iluminado y entramos en una habitación repleta de monitores, ordenadores, numerosas transmisiones por satélite y complejos datos de GPS. Contra una pared había tres puestos de trabajo, cada uno de los cuales contenía más tecnología aún: más pantallas de ordenador, un teclado y un *joystick* profesional que no habría desentonado en la cabina del caza más avanzado.

Las sillas que había frente a ellos, de cara al comandante general que hacía las veces de oficial de enlace y a otros cuatro generales, las ocupaban los tres pilotos de misiles, que esperaban a que diera comienzo la sesión informativa.

43

Mientras el equipo del almacén manejaba carretillas elevadoras para cargar los misiles desembalados y llevarlos al hangar de alta seguridad y los helicópteros Apache sin distintivos eran objeto de comprobaciones y más comprobaciones, los tres pilotos permanecían en absoluto silencio. El *briefing* había terminado, pero ninguno de ellos se movía del sitio: seguían en las sillas ergonómicas, mirando fijamente la enorme pantalla interactiva que tenían enfrente. Estaban callados, estupefactos.

El motivo no era que les hubiesen enseñado los brillantes revestimientos blancos de los misiles: no tenían el más mínimo conocimiento de ellos; ni tampoco el hecho de que estarían pilotando armamento de nueva generación en lugar de los drones que habían estado manejando durante varios años. Se sentían más que cómodos con su capacidad a ese respecto.

Lo que explicaba su silencio se hallaba en la pantalla: por primera

vez habían visto cuál sería el destino de los misiles que estarían pilotando. Aunque acababan de conocerse, dada su experiencia los tres sabían exactamente lo que pensaban los otros: les estaban pidiendo que hiciesen lo imposible.

Yo estaba igual de perplejo que ellos: no sabía cómo iban a burlar los misiles las defensas antiaéreas iraníes y liquidar el convoy, y aunque había dirigido una mirada inquisitiva a Halcón varias veces durante la sesión, este había evitado deliberadamente dar una respuesta.

—Será el surfista, será él el que empezará a hacer preguntas —aseveró Halcón en voz baja—. Es un chaval listo.

Instantes después Connor se levantó y pidió permiso para hablar al oficial de enlace. Con la debida deferencia a un comandante general, aunque no llevase ninguna placa identificativa, dijo que durante el vuelo a Kabul había leído un montón de informes sobre vuelos de drones en el norte de Afganistán.

—Esas misiones se extendían desde la frontera pakistaní hasta las fronteras con Tayikistán, Uzbekistán y Turkmenistán —observó en voz baja—. Muchos de esos vuelos se acercaron a la frontera de Irán.

»Cada vez que lo hicieron, las defensas antiaéreas iraníes los detectaron y los siguieron hasta que se alejaron —continuó—. Los iraníes no fallaron ni una sola vez, a lo largo de los cinco últimos años, por muy bajo y veloz que volaran los pilotos o por muy buenos que fuesen.

—Tiene usted razón —convino el comandante general—. Irán posee un sistema de vigilancia y defensa de vanguardia que le proporcionaron los rusos. Es capaz de detectar cualquier cosa que esté a más de ciento cincuenta kilómetros de este lado de la frontera, así que sí, es muy bueno. Continúe...

—Y aunque al sistema iraní se le escapara —siguió Connor—, o aunque los hombres y mujeres que lo controlan se estuviesen echando una siestecita, los pakistaníes cuentan con cuatro trípodes en un puesto de escucha de avanzada que rastrea toda la región. Fue Estados Unidos quien le suministró ese sistema y, según los informes, no se le pasa nada por alto. Yo no soy ningún experto, pero supongo que avisarían a los iraníes de cualquier incursión para ganárselos.

El comandante general se rio.

—Ya lo creo que lo harían —afirmó.

—Sinceramente, señor, lo haremos lo mejor que podamos —aseguró el surfista antes de mirar a Spencer y Mila, que hicieron un gesto afirmativo—, pero no veo la manera de hacer que un misil atraviese una pared electrónica.

—Comprendo —contestó el general, más razonable de lo que esperaban los tres pilotos—. Pero ¿qué hay de los vehículos? —Pulsó

un botón en un mando a distancia y en la pantalla interactiva aparecieron imágenes por satélite de varios vehículos en movimiento: camionetas Toyota (cómo no), Nissan Patrol, Land Rover modificados y otros cuatro por cuatro—. ¿Podrían acertar a alguno de ellos? —le preguntó—. Sin margen de error. ¿Con absoluta certeza?

Connor, Mila y Spencer asintieron: habían hecho justo eso cientos de veces, ya fuese en la vida real, en el simulador o en simulacros.

Tal vez el comandante general estuviese satisfecho, pero Halcón no lo estaba, y cogió su propio mando a distancia.

—¿Incluso aquí, en Zahedán? —inquirió.

Mientras las imágenes cambiaban en la pantalla, me eché hacia delante y conseguí oír lo que Connor farfulló a sus compañeros.

—Lo que os decía: con los de traje llegan los problemas.

No supe si Halcón lo oyó, pero dos de los generales sí: ambos tuvieron que contenerse para no echarse a reír.

En la pantalla se vieron imágenes de la extendida ciudad: hasta entonces Zahedán no era más que un nombre y un punto en un mapa. Después de ver imagen tras imagen, Connor contestó:

—No creo que suponga ningún problema. Hemos estado en sitios peores.

Halcón afirmó con la cabeza y mostró un vídeo CGI creado exprofeso de varios vehículos que zigzagueaban por las abarrotadas calles de la ciudad y luego subían por la ladera de una colina repleta de callejuelas estrechas, casas antiguas del color de la tierra y una mezquita de un blanco reluciente.

—¿Y si los vehículos van a gran velocidad por callejuelas estrechas y atestadas de gente? —quiso saber Halcón—. ¿Están seguros de que pueden hacerlo con absoluta precisión?

Los tres pilotos asintieron.

—¿Sin bajas civiles y, sobre todo, sin causar daños a la mezquita? —insistió el jefe de espías.

—Sí —aseguró Connor—. Utilizando bombas sushi, para eso nos han entrenado.

—Muy bien —dijo Halcón, y pulsó el mando y apagó la pantalla—. Dejen que los de traje se ocupen de lo de atravesar las defensas antiaéreas y ustedes encárguense de los objetivos.

44

—Empieza el baile —observó Halcón, y aunque su voz sonaba serena, ni siquiera alguien tan experto en el arte del disimulo como él pudo ocultar cierto nerviosismo. Habíamos salido de la sala de reuniones y caminábamos despacio hacia el hangar de alta seguridad contiguo al

almacén de suministros.

Pese al entorno árido y azotado por el viento, el amplio espacio estaba impecable y, si bien en él tenían cabida cincuenta helicópteros, ahora solo lo ocupaban los dos Apaches sin distintivos. Los habían metido dentro para mantenerlos en secreto y ahora varios técnicos especialistas estaban retirando sobrecubiertas de plástico de los cuatro misiles, preparados para acoplarlos a los lanzadores de riel, situados en los bajos de los helicópteros.

Clavé la vista en los misiles: blancos y austeros y relucientes mientras sus miles de millones de minúsculas teselas actuaban como las facetas de un sinfín de diamantes bajo la luz de alta intensidad. Y aunque no los había visto antes, ni eso ni nada parecido, en ese momento supe que estaba a las puertas de algo, que en cierto modo aquel era un punto de inflexión.

Miré a Halcón: su rostro era inescrutable, y hoy por hoy sigo sin saber si era la primera vez que los veía o no. No cabía duda, sin embargo, de que comprendía las implicaciones.

—Bienvenido al futuro —dijo—. Hace mil doscientos años vivió un alquimista chino —continuó sin dejar de mirar las armas. Yo no sabía adónde quería llegar, pero estaba más que dispuesto a dejar que prosiguiese—. El alquimista estaba intentando dar con el mítico elixir de la vida, así que combinó tres elementos para crear lo que él creía que era un compuesto medicinal extraordinario. Y en cierto modo no se equivocaba: era extraordinario, solo que no medicinal. —Sonrió, pero en el gesto no había humor, sino más bien tristeza, pensé—. Lo que el alquimista hizo, de manera puramente accidental, fue inventar el primer explosivo químico. En cuestión de unas pocas décadas, los arcos y las flechas cayeron en desuso, las cachiporras y las lanzas se olvidaron, todo ello se vio sustituido por bombas o proyectiles que se disparaban desde algún tipo de tubo. El compuesto que creó era la pólvora, y las guerras nunca serían las mismas. Para la humanidad tampoco había vuelta atrás: de la noche a la mañana, el mundo era un lugar distinto. —Señaló los misiles—. Ahora mismo usted y yo estamos en la versión del siglo XXI del laboratorio del alquimista. Recuérdelo bien.

Las puertas de acero automatizadas que se abrían desde el hangar de alta seguridad a la plataforma de hormigón empezaron a deslizarse, y a través de la enorme abertura vi que la tormenta de arena se había disipado por completo y el sol brillaba sobre el anillo de montañas circundantes: el festival de Eid al-Fitr había finalizado hacía tres días, era el sábado en que —*insha'Allah*— un grupo de vehículos se congregaría en una mezquita blanca para asistir a una reunión a la que desearían no haber ido.

—¿Adónde volarán los Apaches? —inquirí.

—Subirán hasta casi dos mil metros, pondrán rumbo al suroeste y enfilarán la Nacional uno —contestó Halcón—. Seguirán el asfalto y sobrevolarán Kandahar, el bastión de los talibanes, y doce minutos después verán el río Arghandab. Lo seguirán durante siete minutos hasta llegar a una ciudad llamada Garmsir. Traducido, el nombre significa «ciudad caliente», que básicamente le dice a uno todo lo que hay que saber. A cuarenta *klicks* al sur, en el desierto, aterrizarán junto a tres camiones cisterna con tracción a las cuatro ruedas que ya estarán allí, repostarán y se mantendrán a la espera.

—¿Es todo lo que se pueden acercar a la frontera sin que las defensas antiaéreas iraníes los detecten?

—Exacto —confirmó él—. Los helicópteros estarán en Afganistán, pero a unos quince kilómetros en el lado seguro del cono de vigilancia de Irán. Cuando reciban mi orden, despegarán en vertical, lanzarán los misiles... —se encogió de hombros— y a partir de ese momento será la célula de ataque la que se encargará de guiarlos hasta Zahedán y alcanzar el objetivo.

—Ha omitido la parte más interesante —observé—. La de cuando atraviesan el escudo electrónico iraní.

—¿Ah, sí? —repuso—. No sé por qué. —Sonrió—. Vaya, ahí llegan.

Señaló las puertas automatizadas y vi dos *jeeps* blindados que venían hacia nosotros. En circunstancias normales, decenas de vehículos habrían estado entrando y saliendo de la plataforma, pero esa mañana toda la zona estaba desierta: eso obedecía a la orden de Halcón de que solo estuviera presente el personal imprescindible. De manera que el director y yo fuimos dos de las únicas personas que vieron bajarse de los todoterrenos a las tres mujeres y el hombre con mono de vuelo y casco.

Todos ellos se detuvieron en la plataforma y miraron a su alrededor: había quedado un día radiante, con un cielo tan claro que casi era cristalino, toda una sorpresa, dada la fuerte tormenta de arena. Era como si las incesantes oleadas de remolinos de arena hubiesen limpiado el país. Ojalá.

Halcón y yo vimos que entraban en el hangar.

—Son todos veteranos de Irak, Siria, Kuwait, Yemen, de todas las guerras que han arrasado la mitad de Oriente Medio —contó—. Si le dijese que saben lo que hacen, me quedaría corto.

Asentí. Con el sol iluminándolos por detrás, su rostro sumido en la sombra y medio oculto por gafas oscuras, pero el uniforme y el casco perfectamente dibujados, eran como una aparición.

Estaban a punto de subirse a los Apaches cuando un zumbido de motores y un traqueteo metálico hizo que levantáramos la vista: el techo entero se estaba retrayendo, dejando que la luz lo inundase. Eso significaba que, con tan solo el cielo azul encima, los helicópteros

podrían despegar con el mayor de los secretos, dejarían el piso de hormigón, accionarían los controles, ascenderían en vertical y se alejarían a toda velocidad antes de que cualquiera que estuviese fuera pudiese reparar en la carga que llevaban.

Con los helicópteros, los misiles y los camiones cisterna en su lugar, Halcón me invitó a cruzar el hangar, franquear las puertas automatizadas y salir a la plataforma de hormigón: desde allí podríamos observar las aeronaves hasta que viraran al suroeste. Mientras esperábamos en silencio, vi que Halcón contemplaba, más allá del borde de la meseta y de un valle accidentado, las imponentes montañas y el desierto que se extendía tras ellas. En una ocasión me había comentado lo mucho que le gustaban los lugares inhóspitos, el desierto en particular. Sin que se diera cuenta, seguí mirando su rostro y vi la añoranza...

—¿Su infancia? —pregunté en voz queda.

—¿Cómo? —contestó volviéndose para mirarme.

—¿Dónde creció, en Nuevo México? ¿Al oeste de Nevada? —dije—. ¿Por eso le encanta el desierto? Ninguno de sus biógrafos menciona en ningún momento a sus padres o el lugar en el que se crio.

—¿Cree que es una casualidad? —apuntó con una sonrisa—. Hace años me di cuenta de que en algunos círculos no se vería con buenos ojos. No, supongo que me sucedió como a Lawrence de Arabia: crecí muy lejos de lo que acabé amando. Él era galés. Yo nací en un pequeño apeadero en los pantanos de Luisiana, una parte de América en la que el principal entretenimiento era tocar el banjo y en la que todavía se podía conocer a hombres que habían trabajado encadenados.

Debió de ver la cara de sorpresa que puse y se rio.

—Era hijo único —siguió contando—. Y nunca conocí a mi padre. Cuando tenía unos cuatro años, mi madre se fue en busca de las luces de alguna ciudad y me criaron unos tíos mayores. No tenían hijos y lo hicieron lo mejor que supieron, pero el amor siempre brilló por su ausencia.

Lo miré de reojo y vi que contemplaba de nuevo las montañas y el desierto: algo inalcanzable, supuse. Me pregunté por qué me estaba contando todo eso; tal vez supiese que el viejo mundo estaba muriendo y se sintiera feliz hablando de su pasado, tal vez sencillamente nadie le hubiese preguntado nunca.

—Crecí y descubrí que era ambicioso; Dios, muy ambicioso —relató—. Y quería viajar, pero ¿qué esperanzas tenía de hacerlo donde estaba? No supe nada de mi madre durante doce años, pero entonces pasó algo extraño: apareció. En realidad llegó una carta de un abogado de Nueva Orleans en la que se me comunicaba que había muerto. Yo apenas la conocía, así que no sabía qué sentir. Tan solo

pesar por lo que podría haber sido, supongo. Tenía treinta y cinco años, cáncer de útero, pero por lo visto se había vuelto a casar, con un hombre adinerado mucho mayor que murió antes que ella.

»No dejó testamento, y como único descendiente suyo descubrí que era el propietario de una gran casa recubierta de musgo español en Nueva Orleans y tres bares cerca de Bourbon Street. Lo vendí todo, cuidé de mis tíos y supe que empezaría a vestir mejor. —Se rio—. Después viajaría y acabaría yendo a alguna universidad de la Ivy League.

—Yale —recordé.

—Yale —me confirmó—. ¿Acaso hay algo más elitista que eso? Así que ahí tiene: como casi todos los buenos espías, me creé a mí mismo. Igual que usted, me inventé una historia y la llamé «mi vida»: usted entró en la Marina, vive con una médica y se mueve con facilidad por los restaurantes y bares de moda de Georgetown, pero su padre limpiaba piscinas en Florida y su madre hacía de costurera cuando podía. Buster se presenta tan desaliñado para que la gente lo subestime. Sabe lo que son las cosas: su padre era jefe de sastrería en Brooks Brothers. Ve a una mujer joven vestida con trajes formales, pero hasta que fue a la universidad, Madeleine O’Neill, la irlandesa que es judía, compartía una habitación con cuatro hermanos. Lucas Corrigan no quiere ser un niño aterrorizado en el caos que reinaba en Vietnam, así que se convirtió en un hombre controlador, cerrado emocionalmente, muy preparado. —Halcón se encogió de hombros—. Por eso los que trabajamos en el mundo del espionaje podemos adoptar otros personajes con tanta facilidad: estamos acostumbrados a llevar la ropa de otros.

El ruido de unos potentes motores hizo que nos volviésemos: los pilotos estaban en los Apaches y los rotores giraban mientras empezaban a calentar. «Cinco minutos», pensé, y, si Halcón no se equivocaba, el futuro llegaría.

—¿Y los lugares inhóspitos, el desierto?

—Como decía, siempre quise viajar —contestó, y sus ojos volvieron a las montañas y al paisaje que se abría tras ellas—. Todavía era un adolescente, pero tenía el dinero, así que deambulé por el mundo, siempre inquieto, en busca de algo. En cierto modo supongo que nací trotamundos, y acabé en Egipto, visité uno de los grandes monumentos de la Antigüedad: el templo de Dendera, en el sur, a orillas del Nilo.

»Iba solo, conducía un viejo Land Rover, y me aproximé a él por el norte. El día tocaba a su fin y el lugar no parecía tener nada de extraordinario. Estaba a punto de abandonarlo cuando caminé hacia un muro de bloques de hormigón alto, relativamente moderno, que protegía el monumento. No había nadie, abrí una puerta, la

franqueé… y atravesé un agujero de gusano: estaba en otro planeta. —Sonrió al recordarlo—. Yo era un niño salido de los pantanos, de un pequeño pueblo del que nadie ha oído hablar nunca, y no había visto nada igual. Dejé atrás el lago sagrado y entré en el templo de Hathor, vi los relieves de Cleopatra en las paredes y contemplé los colores pastel de la infinidad de jeroglíficos. Ese sitio tenía dos mil años de antigüedad, lo construyeron los faraones para que durara para toda la eternidad. —Señaló los *jets* y los aviones de transporte de la pista—. Para que luego hablen de la civilización occidental.

»Empezaba a oscurecer —continuó—. Fui hasta la parte de atrás del templo y allí, a orillas del Nilo, había una tribu de beduinos con sus tiendas, su lumbre y sus camellos. Era una imagen increíblemente atemporal.

»A la mañana siguiente cambié todos mis planes y decidí seguir bajando, me dirigí hacia la frontera de Sudán con la vaga idea de visitar Jartum. A medida que pasaba el día, la carretera por la que iba se apartaba del río y el paisaje se volvía cada vez más despoblado. A media tarde paré a un lado y subí un peñasco escarpado para ver dónde estaba.

»Miré hacia el oeste —dijo— y vi un océano de dunas onduladas que se extendía ante mí. No había pisadas ni vegetación en ninguna parte, tan solo el sol poniente que bañaba las dunas en todos los tonos rojos y anaranjados posibles. El viento, que peinaba la arena de las crestas, hacía que diese la impresión de que el desierto se hallaba en constante movimiento. El único sonido era el gemido del viento. Fue entonces cuando me di cuenta de que me hallaba en los confines del Sáhara. —Hizo una pausa mientras recordaba ese primer atisbo—. Me quedé allí siglos, hasta mucho después de que cayera la noche…, en cierto modo sentía que encajaba en ese lugar riguroso y desolado, y no sé por qué.

Su voz se apagó un instante y acto seguido continuó.

—Supongo que por eso siempre me he sentido como en casa en el trabajo. ¿Hay algo más riguroso o moralmente más desolado que el mundo del espionaje?

No era una pregunta que necesitara respuesta, pero, de todas formas, no habría podido contestar. El sonido de los motores en el hangar se estaba volviendo un rugido ensordecedor. Vi que las aspas de los rotores principales de los Apaches se desdibujaban hasta tornarse invisibles mientras los dos aparatos se elevaban y desaparecían por el techo. Halcón y yo, todavía en la plataforma, los vimos salir por encima del edificio y ascender a tal velocidad que la luz del sol rebotó en los cuatro misiles blancos durante no más de un segundo antes de que los helicópteros viraran con brusquedad y describieran el giro.

—Será mejor que nos vayamos —sugirió Halcón—. Si estamos en lo

cierto con el juego de trile, medio Ejército debería estar en movimiento a estas alturas.

—¿Y si no estamos en lo cierto? —inquirí—. ¿Iremos al desierto?

El jefe de espías se rio.

—¿Por qué no? Al menos yo estaré encantado.

45

En el centro de mando Connor, Mila y Spencer miraban mientras Halcón y yo tomábamos asiento frente a una pared llena de pantallas. La docena de monitores, a los que llegaba una transmisión por satélite en tiempo real, mostraba distintos ángulos de la base del Ejército en Tora Bora Oeste.

Ni la célula de ataque, ni el oficial de enlace ni los otros cuatro mandamases del ejército —que se hallaban en la parte de atrás de la sala— tenían la menor idea de qué confiábamos en ver Halcón y yo ni del motivo de nuestro nerviosismo. En las pantallas no se veía señal alguna de movimiento masivo en la base: unos cuantos soldados del Ejército, con el rostro y el cuerpo bien tapados, se movían entre varios búnkeres y cuevas, tres hombres en el campo de tiro disparaban con poca finalidad y menos destreza y un grupo de mecánicos trabajaba en un puñado de vehículos a la sombra de una lona de gran tamaño. En diversas ocasiones llegaron o salieron vehículos —ya fuese en solitario o en pareja—, pero, sin duda, no eran nada excepcional. A todos los efectos era un día normal en el desierto.

Yo no paraba de mirar el reloj digital que había en una esquina de la pared de monitores y de ver cómo se sucedían los minutos. Halcón no comprobaba la hora —quizá no quería hacerlo—, pero, como lo conocía bastante bien, le miré la mano izquierda: la cerraba y la abría, como hacía siempre en momentos de máximo estrés. Estoy seguro de que pensaba lo mismo que yo: ¿y si nos habíamos equivocado de medio a medio? ¿Llamaría al presidente y le diría que se preparase para aguantar un ataque devastador que no sabíamos cómo detener?

—¿Qué estamos buscando exactamente? —dijo Connor, que me observaba mientras yo continuaba mirando el reloj de soslayo, a todas luces aburrido y preguntándose cuánto duraría esa vigilia muda.

—Vehículos —contestó en voz baja Halcón, que seguía sin perder de vista los monitores—. Muchos, señor Bryant, quizá varios cientos.

—¿Por qué iban a salir de repente tantos vehículos de la cueva? —preguntó el surfista.

Halcón se volvió hacia el joven piloto y estaba a punto de responder cuando le agarré el brazo y señalé la pantalla: cuatro vehículos estaban saliendo por la abertura arqueada de la caverna de mayor

tamaño.

Ambos clavamos la vista en ella, confiando contra todo pronóstico en que detrás fueran más, conscientes de que cuatro vehículos no eran nada. Podía haber un sinfín de explicaciones para que saliesen.

—Vamos... —musité—. Vamos.

En el reloj digital los minutos seguían pasando y la esperanza empezaba a desvanecerse cuando en el arco se vio una nube de polvo: salieron tres vehículos. Apenas habían franqueado la entrada cuando siguieron dos más; después otros cinco emergieron de un búnker de municiones.

—Allá vamos —dijo Halcón mientras se volvía un torbellino de actividad: se quitó la cazadora *bomber*, amplió unas imágenes en la pantalla y pulsó un botón del mando a distancia.

Bajo la atenta mirada de la célula de ataque y los mandamases, una imagen de gran tamaño de la sala de guerra de Langley apareció en la parte superior de la pared. Oí un grito ahogado y comentarios entre dientes detrás de mí: dudaba que alguno de ellos hubiese visto una sala de guerra por dentro en el cuartel general de la CIA, y menos a esa escala.

—¿Los ves, Buster? —inquirió Halcón cuando el director adjunto de la Agencia entró en la pantalla.

—Los tengo —contestó Buster, más desaliñado aún que de costumbre: se había pasado la noche entera controlando las cuevas.

—¿A cuántos vehículos puedes seguir? —le preguntó Halcón.

—A tantos como nos puedan lanzar —afirmó Buster—. Aunque más de cuatrocientos podría suponer un problema.

¿Cuatrocientos?, me dije, sorprendido con la magnitud, y miré con atención cuando Buster se hizo a un lado y dejó que la cámara hiciese una panorámica y captara el espacio entero. Era mucho más amplio que cuando yo había estado frente a la consola de mando unos días antes: habían desaparecido más paredes y más puestos de trabajo abarrotaban los asientos del estadio. La miríada de pantallas que colgaba ahora de guías en el techo permitía ver las mismas imágenes que teníamos nosotros en nuestra pared de monitores de Bagram: muchos más vehículos estaban saliendo del complejo de cuevas e iban en distintas direcciones por el desierto.

—¿Ves cuántos están saliendo ahora? —inquirió Buster—. Van a por todas, ¿eh? Pero aquí no los estamos siguiendo únicamente con el personal: nos estamos ayudando de satélites y bases de vigilancia satelital de Pine Gap, Australia; el telescopio gigante de los Andes; la base de Misawa, en Japón; Menwith Hill, en el Reino Unido y unos cuantos sitios más. —En el mapa se encendieron luces con forma de faro, que señalaban las instalaciones secretas que acababa de enumerar—. Tenemos ojos en todo el sur de Irán, controlamos no solo

las imágenes, sino también las comunicaciones y todo lo que se nos pasa por la cabeza.

—Buen trabajo, Buster —lo alabó Halcón—. Ahora todo depende del Ejército, ya no podemos hacer nada más. Esperaremos hasta que los vehículos de los líderes se dirijan al punto de encuentro.

—Eso o descubrimos que nos la han jugado —opinó Buster—. Que nos la han jugado por completo: no hay reunión y la cúpula está en su cueva riéndose. —Sonreía, pero eso no quería decir que no hablara en serio.

—Moscú tal vez —replicó Halcón—. Moscú podría gastárselas así, pero estos tipos no, hoy no.

Tres horas más tarde —con los mandamases y la célula de ataque medio dormidos en sus asientos y yo poco mejor en el mío— Buster apareció en la pantalla de Langley, y fue su voz la que me despertó.

—Tenemos dos vehículos procedentes de direcciones muy distintas, ambos se dirigen hacia Zahedán.

Me espabilé en el acto. Halcón ya estaba mirando dos pantallas distintas, en cada una de las cuales se veía un cuatro por cuatro que Buster había marcado como sospechoso.

—Suponiendo que no sean un señuelo (pongamos que son los auténticos), ¿podemos predecir un punto de encuentro, Buster?

—En realidad no. Están trabajando en ello, efectuando cálculos —contestó él—. Podría tratarse del aeropuerto, dicen, pero nadie está seguro. ¿Te preocupa?

—¿El aeropuerto? No, no van a coger ningún avión, ni siquiera a Casablanca —replicó su jefe risueño—. Pero el aparcamiento sería un lugar ideal para ellos: mucho tráfico, gente entrando y saliendo, confusión. ¿Cuántos vehículos salieron de las cuevas?

—Doscientos setenta y cuatro.

—Joder, ¿tantos? Aparte de esos dos, ¿qué más candidatos tenemos que podrían ser los que buscamos? —se interesó Halcón.

—Hemos descartado a la mayoría —contó Buster—. Creemos que hay otras veintitrés posibilidades válidas.

—Veinticinco vehículos —dijo Halcón, y la preocupación y los nervios volvieron a hacerse patentes en su rostro—. No se andan con chiquitas. Como decidan enviar a diez por la calle que sube a la mezquita, vamos a tener un problema, y de los gordos. Cuatro misiles significa que tenemos que saber exactamente qué coches son el objetivo. —Se volvió para mirarme.

—Ya, lo sé, Halcón —afirmé—. Necesitamos saber quién va en qué vehículo. —Hablé directamente con Buster—. Ponga en directo los veinticinco vehículos, ¿quiere? Si las ventanillas están bajadas o los cristales no están tintados, quizá pueda identificar a alguien. Podemos empezar ya mismo.

Mientras esperaba a que las pantallas se encendieran, me di cuenta de que las células de ataque, los mandamases del ejército y el oficial de enlace me observaban. Debían de preguntarse cómo iba a poder identificar a alguno. ¿Quién demonios era yo?

Halcón también se percató de que todos me miraban —recostado en la silla, con el cuerpo maltrecho, la piel gris debido a la fatiga y la médica y los enfermeros esperando a la puerta— y se volvió hacia ellos.

—Solo diré esto una vez —aseveró—. El hombre cuyo nombre no sabrán nunca es una de las personas más valientes con las que he trabajado en mi vida. Harían bien en olvidar que le han visto la cara. ¿Me he expresado con claridad?

Nadie dijo nada. Yo me tragué el bochorno que sentí y continué escrutando las imágenes que se sucedían en la pantalla: mostraban a los veinticinco vehículos atravesando áreas muy distintas del yermo paisaje. Con la enorme ayuda que suponía una tecnología satelital clasificada que permitía ver los vehículos no solo desde arriba, sino también parcialmente de lado, no tardé en encontrar a los pocos —cuatro en total— que tenían las ventanillas bajadas o cristales no tintados. Aunque examiné lo mejor que pude a sus ocupantes, no tardé en concluir, como cabía esperar de semejante descuido, que ninguno de ellos formaba parte del grupo de los líderes.

Pasé a ocuparme de los candidatos más problemáticos, los vehículos cuyos cristales estaban tan tintados que eran casi negros, y ya llevaba cinco cuando me detuve. Me centré en la ventanilla posterior del lado del pasajero, el asiento seguro de un maltrecho Nissan Patrol, un vehículo tan anodino como todos los demás.

—¿Qué sucede? —quiso saber Halcón.

Señalé un listado de información técnica secundaria recabada por los satélites y por estaciones terrestres de satélites de todo el mundo que se desplegaba en un lateral de la pantalla junto a cada vehículo: velocidad, dirección de la marcha, tipo de motor y muchos otros valores.

—Hay una huella térmica en el asiento de atrás —comenté.

—Claro, porque ahí hay alguien sentado —adujo Halcón—. Está midiendo la temperatura corporal.

—No, es demasiado intensa. Se concentra en un punto —puntualicé —. La persona está fumando.

—Bueno, es Irán. Las investigaciones van con años de retraso, todo el mundo fuma.

—Ya, pero ¿qué hacen muchos fumadores cuando terminan? Tiran...

No pude acabar la frase. Al caer en lo que yo iba a decir, Halcón ya estaba en la línea directa con Buster en Langley.

—Vehículo catorce en la retícula. Nissan verde. Acércate a la

ventanilla trasera del pasajero y quédate ahí.

En cuestión de segundos Buster debió de transmitir la información a la NSA y alguien efectuó el ajuste de inmediato. Desde más de seiscientos kilómetros en el espacio, la ventanilla cobró cercanía y mayor nitidez.

No pasó nada. El vehículo continuó rodando por el accidentado terreno y yo empecé a desesperarme. «Menuda suerte la nuestra», pensé. Habíamos dado con un terrorista con conciencia ecológica que estaba utilizando el cenicero. A continuación el cristal tintado comenzó a bajar. La sala entera se echó hacia delante.

La ventanilla siguió bajando y vimos que había un hombre, sin embozo para poder fumar: era anciano y vi su rostro de perfil mientras daba una última calada al cigarrillo.

Después se volvió para lanzar la colilla por la ventanilla y lo vi con claridad.

—Es él —aseguré a Halcón—. Es el Emir. Ese pelo gris, la mirada penetrante, la forma de levantar la mano. Es él.

Halcón, a cuyo rostro afloró una sonrisa de alivio, estaba de nuevo con Buster.

—Positiva para el catorce, el Nissan verde. Es el Emir.

Buster debía de tener el micro abierto, porque Halcón y yo —y todos los que estaban en el búnker— oímos los vítores de la sala de guerra en Langley.

—Sigue al Nissan —dijo Halcón a Buster—. No te preocupes por el resto, el Emir nos acaba de invitar a una reunión. —Acto seguido se volvió hacia la célula de ataque—. Prepárense.

46

En cuanto la imagen por satélite del aparcamiento al aire libre del aeropuerto internacional de Zahedán apareció en nuestras pantallas, se hizo patente que era el lugar perfecto para un encuentro clandestino.

El viejo y destartalado complejo era un importante intercambiador regional, con conexiones a un buen número de ciudades iraníes y, por consiguiente, lo bastante grande para estar tremendamente concurrido pero demasiado pequeño para contar con algo que se pareciese a un plan de gestión del tráfico. El aparcamiento y las carreteras eran un caos de coches, autobuses y gente por todas partes.

Los satélites, las estaciones terrestres, centenares de personas en Langley y todos los que nos encontrábamos en el búnker de Bagram lo estábamos viendo desde las alturas y no tuvimos ningún problema para seguir al Nissan verde mientras serpenteaba y giraba entre

decenas de camionetas y vehículos cuatro por cuatro. Eso nos dijo, inequívocamente, que el aparcamiento era el punto de reunión. Vimos que el Nissan se subía a la acera para evitar la larga cola que esperaba para sacar un tique en el parquímetro y entraba en el aparcamiento pasando por encima de un tramo de alambrada caída. ¿Quién iba a discutir con hombres que tal vez contestasen con kalashnikovs?

Me incliné hacia delante en la silla, vi que el Nissan se dirigía hacia un rincón del aparcamiento y se detenía bajo una amplia extensión de velas de lona cuya finalidad era proteger los coches y a los transeúntes del abrasador calor. Pese a que dudaba que se encontrase allí, no podía quitarme de la cabeza a Kazinsky y me pregunté —más bien confiaba en que fuera así— si habría viajado con el Emir y de un momento a otro se bajaría del Nissan para estirar las piernas. Nadie se bajó; de hecho no pasó nada y un minuto se convirtió en diez y después en treinta.

Miré de reojo a Halcón, que —igual de perplejo— abrió el micro para hablar con Buster.

—¿Tienes algo...?

—Ni idea de lo que está haciendo —repuso el director adjunto con sequedad. Estaba claro que la tensión era patente en Langley—. Un momento —dijo con mayor brusquedad aún, y a continuación con gran alivio—: Tres vehículos candidatos acaban de tomar una carretera de acceso al aeropuerto.

Noté que los hombros se me relajaban y la tensión cedía. Entonces Buster añadió:

—Dos candidatos más, desde otra dirección pero no mucho más atrás.

—Seis vehículos, incluido el Nissan; no cuatro, maldita sea —espetó Halcón.

—Está pasando algo —lo interrumpió Buster—. Rincón norte, cerca del hangar...

Halcón, el resto del búnker y yo miramos inmediatamente la pantalla de la pared de monitores a la que se refería Buster.

—Inteligente —comentó Halcón con amargura en cuanto vio los ocho vehículos estacionados que de pronto salieron de sus respectivos sitios en el aparcamiento y se dirigieron hacia el Nissan—. Tienen vehículos ahí —continuó—, que habrán ido llevando a lo largo de los últimos días. Todo el mundo preparado, los objetivos van a empezar a cambiar de coche. Ahora tenemos catorce vehículos en total. Dios nos asista si van todos a la mezquita.

Yo había llegado a la misma conclusión y, profundamente concentrado, vi cómo se desarrollaba un ballet de intrincada coreografía: los ocho vehículos que se aproximaron aparcaron cerca del Nissan, los cinco cuatro por cuatro candidatos llegaron, se

sumaron al caos que reinaba bajo la vela de lona, comenzaron a abrirse puertas de vehículos hasta que, de pronto, se alzaron llamas y un humo negro desde una camioneta aparcada a cuarenta metros de distancia.

Con los ojos recorriendo distintas pantallas, Halcón abrió su micro y habló con la sala de guerra de Langley, era una orden para todo el mundo:

—Maniobra de distracción —advirtió en voz alta—. Todos atentos a lo que hay que estar...

Eso era lo que estaba haciendo yo: intentar impedir que me confundiese. Vi, medio oscurecido por el humo, que uno de los ocho vehículos que se aproximaban —un Toyota Land Cruiser prácticamente nuevo y mucho más limpio— se detenía en un hueco libre justo al lado del baqueteado Nissan. Mientras mujeres y niños, asustados por la camioneta que estaba ardiendo, corrían por el asfalto y algunos hombres se apresuraban para tratar de apagar el fuego, el Emir —su rostro completamente oculto de nuevo— se bajó del Nissan y dio dos pasos; entonces una mano invisible abrió la puerta del Land Cruiser y se metió en el vehículo en menos de tres segundos, la puerta cerrándose nada más subir.

Del Nissan no bajó nadie más: estaba claro que él era el único pasajero. Centré la atención en los otros vehículos, con la esperanza de ver a Kazinsky. Inmediatamente vi a dos hombres que, a pesar de tener la cabeza cubierta y de vestir una túnica, estuve seguro de que formaban parte del grupo de líderes que había visto a caballo. Después reconocí al manco y al tipo del repostaje e identifiqué a otro al que creía haber visto junto al Emir en su silla en la playa. Todos ellos formaban parte de una piña de hombres que cambiaban de vehículo. Cuando se lo comuniqué a Halcón, este transmitió la información a Langley y, minutos después, unas dianas rojas se superpusieron en cada uno de los vehículos a los que se habían subido.

Sin embargo, de Kazinsky no había ni rastro. En cuestión de dos minutos, quizá menos, el baile en el aparcamiento había terminado, para entonces el fuego en la trasera de la camioneta seguía aumentando y el Land Cruiser que llevaba al Emir se disponía a marcharse. Otros vehículos fueron detrás, y Halcón y yo vimos que, en lugar de a la salida, se dirigían a la alambrada derribada por donde había entrado el Nissan verde.

—Cinco vehículos, incluido el Land Cruiser —informó el jefe de espías—. ¿Ve algún otro?

—No —contesté—. En el aparcamiento sigue habiendo nueve.

Él hizo un gesto afirmativo.

—Así que tenemos a cinco para el último tramo. No es perfecto —se lamentó—, pero podría ser peor. —Preocupado, se volvió hacia la

célula de ataque—. ¿Pueden acertar a los dos primeros vehículos y a los dos últimos casi simultáneamente?

Connor se paró a pensar.

—No me hace mucha gracia, pero podríamos conseguirlo. ¿Por qué?

—Cada misil cuenta con depósitos de reserva de combustible muy inflamable —respondió Halcón—. Los depósitos están programados para prenderse ciento veinte segundos después de que el arma impacte contra el objetivo…

—¿Para prenderse? ¿Combustible líquido? —preguntó Connor sorprendido—. Creía que los misiles eran eléctricos.

—Y lo son —corroboró Halcón—. El combustible se ocupará de destruir el misil cuando alcance su objetivo, para que la tecnología no caiga en manos indebidas. En una calle estrecha, embutido entre cuatro vehículos en llamas…, puede que baste para acabar con el vehículo que va en medio.

Connor miró a los otros dos pilotos, pidiendo su opinión sin necesidad de emplear palabras: ¿podían eliminar cuatro vehículos casi simultáneamente, desencadenando una tormenta de fuego? Mila y Spencer se encogieron de hombros.

—Dar en el blanco ya será bastante difícil, no es algo que haríamos por elección propia —objetó Mila—. Pero supongo que eso es lo que no tenemos: elección.

—Hoy no —convino Halcón—. No en estas circunstancias. —Miró con expresión sombría los vehículos, que se subieron a la acera y pasaron a la carretera—. Espero que no tengamos la mala suerte de que Kazinsky vaya en el vehículo del medio y se libre —me dijo.

—O de que ni siquiera esté —opiné—. Cuando cambiaban de vehículo no he visto ni rastro de él.

—No lo hemos visto de la mayoría de los ocupantes —precisó Halcón—. Créame, salió de Tora Bora Oeste hace días, irá en uno de esos vehículos. Es lo que habría hecho usted, ¿no?

—No, yo no estaría ahí —repliqué sonriendo pero sin bromear.

—Claro que estará —insistió Halcón—. Para él no hay misiles que valgan. Se creen a salvo tras el escudo de defensa.

—Es posible. Pero hay bombas, artefactos explosivos improvisados, el Mossad… En una ocasión los israelíes utilizaron un arma por control remoto que se activaba con un teléfono móvil para tender una emboscada a un coche lleno de iraníes de alto rango a las afueras de Teherán. Usted mismo entró en Irán para destruir centrifugadoras nucleares…

—Ya, y salió bien —aseveró—. Kazinsky irá en uno de esos vehículos. Si es tan inteligente como dice usted, en el segundo empezando por detrás, el más seguro de cualquier convoy.

Miré la camioneta RAM gris plata con doble cabina que me

señalaba: un vehículo grande y en buen estado, con un armazón fuerte y equipado con neumáticos todoterreno y suspensión elevada. Tal vez Halcón tuviera razón, tal vez Kazinsky estuviese allí, pero el corazón me decía que no era así.

—¿Cuánto tardarán en llegar a la mezquita desde donde están ahora? —pregunté.

—Lo acabamos de calcular teniendo en cuenta el tráfico —contestó Buster desde Langley—. Treinta y siete minutos, más o menos.

—¿Cuánto tardarán los helicópteros en despegar, lanzar los misiles y tenerlos en la calle? —le pregunté a Halcón.

—Treinta y cinco minutos —respondió Connor Bryant de inmediato, mientras miraba los mapas de la pared de monitores y efectuaba cálculos en su portátil.

—Tiene razón —confirmó Halcón—. Así que tenemos dos minutos de margen; ya ve, por si las cosas no eran ya lo bastante complicadas.

47

Casi no había viento, así que el humo de una fogata subía recto hasta que desaparecía en un cielo tan desprovisto de color que era más blanco que azul. Así era el calor que hacía a finales del verano en el desierto al sur de Garmsir, uno de los lugares con las temperaturas más altas del planeta, la tarde en que cuatro misiles estaban a punto de ser lanzados desde Afganistán para que entrasen en Irán.

El fuego lo habían encendido en un barranco de paredes pronunciadas tres hombres vestidos de beduinos que, debido a lo que se dedicaban, siempre intentaban evitar los espacios abiertos. Eran contrabandistas —drogas, oro, cualquier mercancía del estilo— y habían recorrido sesenta *klicks* por el barranco cuando el eje trasero de uno de sus tres cuatro por cuatro se dio por vencido. Con el vehículo elevado por medio de gatos, las ruedas retiradas y un eje de repuesto listo para ser utilizado, habían encendido el fuego para preparar té y descansar durante la parte más calurosa del día. Estaban sentados en piedras, con la taza en la mano, cuando un huracán de polvo y arena, acompañado del sonido de potentes motores, barrió la parte superior del barranco.

Los hombres, temiendo la inminente llegada de su más temido adversario —aviones del ejército afgano—, echaron mano de sus fusiles de asalto y sus lanzagranadas. Estaban dispuestos a luchar, no porque tuviesen miedo de que los fueran a detener: décadas dedicándose al contrabando les habían enseñado que el ejército afgano les robaría el contrabando y después los ejecutaría para evitar cualquier complicación indeseada.

Mientras los hombres se ponían a cubierto, confiando en atrapar a los atacantes en un devastador fuego cruzado, la tormenta de polvo y arena continuaba y los motores no daban muestra de ir a perder fuerza. Con el pánico remitiendo, el mayor y más experimentado de los contrabandistas —un hombre de cuarenta y tantos años, con un parche en un ojo y una cicatriz profunda desde la sien hasta el cuello— trepó por la pronunciada pendiente del barranco y, una vez arriba, se escondió entre un grupo de escarpadas peñas y oteó un tramo de abrasador desierto y matas marchitas...

Por algún motivo que no pudo entender, dos helicópteros Apache sin distintivos habían aterrizado junto a tres camiones cisterna igualmente anónimos. El hombre no sabía qué estaban haciendo los helicópteros en uno de los entornos más hostiles del planeta ni adónde se dirigían: sin duda a Irán no, todo el mundo sabía que eso era imposible. Volvió la cabeza al oír un ruido a su espalda y vio que sus dos compañeros, envalentonados al ver que no le habían disparado, habían ido detrás.

Se pusieron a cubierto a su lado, vieron los anónimos aparatos y, justo cuando el más joven estaba a punto de acribillar a preguntas al jefe, el sonido de los motores cobró intensidad. Los helicópteros habían repostado deprisa y se estaban elevando. Protegiéndose mínimamente los ojos de la arenilla y el resplandor, los tres hombres vieron como tomaban más altura, giraban un poco, atrapaban el sol en los patines y hacían que rebotase en cuatro misiles acoplados en la parte de abajo. Las armas eran tan brillantes con sus millones de teselas diamantinas, tan diferentes de todo cuanto habían visto los tres hombres hasta ese momento —y habían visto todas las armas habidas y por haber durante infinidad de décadas de guerra—, que se levantaron para intentar verlas mejor.

Sin embargo, los helicópteros se estaban elevando a tal velocidad y viraron con tanta brusquedad para llegar al punto de lanzamiento preestablecido que los misiles se perdieron en las sombras hasta que los aparatos en sí prácticamente dejaron de distinguirse contra el desvaído cielo.

Los tres hombres empezaron a charlar animados, sin sospechar que los estaban observando con atención. Nuestra transmisión por satélite se había iniciado para seguir el repostaje de los helicópteros, pero había captado sin querer a los intrusos. Si en un primer momento su presencia había sido motivo de alarma entre los mandamases del ejército y yo mismo, Halcón le restó importancia.

—¿Qué más da? ¿Qué es lo que han visto? Dos helicópteros sin distintivos y unos misiles poco corrientes. Son contrabandistas, por el amor de Dios. ¿Qué van a hacer? ¿Redactar un puñetero informe?

Todos los demás siguieron observando a los helicópteros, que subían

más y más, acercándose al punto en que sus pilotos pulsarían el disparador, enviarían una descarga eléctrica a los lanzadores de riel y arrojarían los cuatro misiles entre columnas de humo blanco.

Sin apartar los ojos de la pantalla, Halcón me habló, pero con la voz lo bastante alta para que el resto también lo oyese.

—Hace unos cincuenta años que Jimmy Carter lanzó la operación Garra de Águila y desplegó tropas estadounidenses para rescatar a decenas de americanos a los que mantenían como rehenes en la embajada en Teherán. Cincuenta años..., esa fue la última vez que las fuerzas americanas intentaron entrar en el espacio aéreo iraní.

—Y la misión fue un completo desastre —observé—. Esperemos que nuestro resultado sea mejor.

48

Las imágenes por satélite de Zahedán mostraban que el convoy había dejado el caótico tráfico que había cerca del aparcamiento, había pasado por delante del feo batiburrillo de edificios industriales que al parecer rodea a todos los aeropuertos del mundo y se había incorporado a una carretera de dos carriles que llevaba directamente a la ciudad.

Con cada minuto que pasaba el tráfico era cada vez menos denso de lo que habíamos previsto y los cinco vehículos, con el Land Cruiser del Emir a la cabeza, dejaron atrás a toda velocidad unos cuantos establecimientos de comida rápida. La situación estaba empeorando lo bastante deprisa para que el rostro de Buster apareciese en una de las pantallas que conectaban Bagram con la sala de guerra de Langley.

—Avanzan mucho más rápido de lo que esperábamos...

—¿Con qué adelanto van? —lo interrumpió Halcón.

—Tres minutos —repuso Buster.

—Y están a apenas una cuarta parte del camino hasta la mezquita —calculó Halcón nervioso y frustrado—. A este ritmo, llegarán con doce minutos de adelanto y no podremos tener los misiles en la calle a tiempo. La cúpula estará en la casa...

—O en la mezquita —señalé—. Fuera de nuestro alcance.

—Mierda —espetó Halcón mientras cerraba y abría la mano izquierda más deprisa de lo que yo lo había visto hacer nunca—. ¿Cómo los frenamos?

Nadie decía nada, pero, según mi experiencia, en toda misión de éxito siempre hay un golpe de suerte o alguna buena idea. No sé lo que fue ese día, pero sugerí:

—¿Semáforos?

Halcón me miró un segundo y acto seguido abrió el micro para

hablar directamente con Buster.

—¿Cuántos semáforos hay entre el convoy y la casa blanca?

El director adjunto solo tardó un segundo en contestar.

—Tres.

—Habla ahora mismo con la NSA —ordenó Halcón—. Diles que hackeen la red de Zahedán y se hagan con el control de todos los semáforos de la ciudad. No tenemos tiempo para ser quisquillosos.

—¿Que los pongan todos en rojo? —consultó Buster.

—No —tercié—. Los conductores se frustrarán y se saltarán los cruces. Que los pongan verdes: los accidentes los frenarán más.

—Pues en verde —confirmó Halcón a Buster—. Ahora.

—Los helicópteros están en posición —informó Connor a Halcón mientras señalaba una imagen por satélite de los dos helicópteros con asombroso detalle. A su lado un círculo verde parpadeaba, indicando que se hallaban a la altitud correcta y en las coordenadas de GPS adecuadas.

La célula de ataque se volvió hacia sus respectivas pantallas y controles, preparándose: cuando Halcón diera la orden de disparar, los pilotos de los helicópteros lanzarían los misiles y Connor, Mila y Spencer se pondrían a pilotarlos de inmediato.

—Desde el momento en que los helicópteros efectúen el lanzamiento, tendrán tres minutos hasta llegar al cono de vigilancia iraní —les comunicó Halcón—. Pilotos, ¿están listos?

—¡Sí, señor! —exclamaron los tres al unísono.

Halcón cogió un micro conectado a los helicópteros.

—Abran fuego —ordenó.

49

El Land Cruiser —con su convoy detrás en fila— adelantó a un autobús por el carril lento y, muy por delante del tiempo previsto, se dirigió a gran velocidad hacia un cruce importante.

El semáforo estaba en verde y varios coches que iban delante del convoy aceleraron para cruzar antes de que la luz cambiase. La luz continuó en verde, los coches —seguidos por el Land Cruiser y su convoy— entraron en la intersección... y todos consiguieron cruzar sin incidentes. Los semáforos de Zahedán aún funcionaban con normalidad.

Un kilómetro y medio más adelante el convoy —con al menos una docena de vehículos delante— se aproximó a un cruce mayor aún. Una berlina Mercedes gris muy abollada vio que el semáforo estaba en verde, aceleró para pasar, adelantando a los vehículos que la rodeaban, entró en la intersección... y una furgoneta Ford blanca que

también había pisado el acelerador al ver la luz verde la embistió por el lado derecho. Los hackers de la NSA habían hecho su trabajo.

El Mercedes, el vehículo más ligero de los dos colisionados, giró como una peonza, se dio de refilón contra una ranchera, golpeó de frente una furgoneta y se detuvo. Tres vehículos que iban pegados a él ni siquiera pudieron frenar.

Intentaron dar un volantazo, pero eso solo consiguió aumentar el caos, pues se dieron contra coches que también habían cruzado desde el otro lado, con tanta fuerza que dos guardabarros y un capó salieron volando. El capó se estampó contra el parabrisas de una camioneta, su conductor agachó instintivamente la cabeza y perdió el control en el acto, lo que hizo que se interpusiera en el camino de...

Un camión cisterna de agua, que asimismo pegó un volantazo y un frenazo. Los dos vehículos chocaron, el camión cisterna sufrió una rotura y el agua inundó la calle. Los dos vehículos se detuvieron chirriando, bloqueando el cruce.

El conductor del Land Cruiser del Emir pisó el freno, derrapó hacia la acera, llevándose por delante varias *scooters* aparcadas, y consiguió por poco no entrar en la bloqueada intersección. Los otros cuatro vehículos del convoy fueron detrás, avanzando poco a poco para esquivar al gentío que empezaba a congregarse.

Pendientes de las pantallas, Halcón y yo vimos que el convoy seguía por la acera, sorteando despacio los estorbos y los vehículos siniestrados, hasta que llegaron al otro lado de la intersección y se dispusieron a enfilar la despejada carretera que tenían delante.

La pantalla que mostraba la hora de llegada estimada del Land Cruiser a la calle que conducía a la casa blanca indicó que el truco de los semáforos había funcionado: volvíamos a ir según lo previsto.

50

Connor miró de soslayo un sinfín de datos y a continuación un reloj digital que había en una de las dos pantallas que tenía delante.

—Cuarenta segundos para llegar al cono de defensas antiaéreas —informó, sin apartar los ojos de las pantallas.

Él tenía la responsabilidad de pilotar dos misiles, y verlo mover los dos *joysticks*, introducir comandos en los teclados y resaltar información y coordinadas con su *trackpad* me recordó a un concierto de música clásica al que me llevó Rebecca durante uno de sus periódicos intentos de «civilizarme». En él tocaba un pianista virtuoso, y vi en Connor esa misma combinación de control absoluto y completa libertad, la sensación de que podía no solo caminar por la cuerda floja, sino hacerlo durante kilómetros y kilómetros. En comparación

con él, Mila y Spencer —por buenos que fueran— parecían acercarse mucho más al borde del pánico o el desastre.

—El momento de la verdad —dijo en voz baja el surfista, probablemente para que solo lo oyese Mila—. Los iraníes nos detectarán primero, los trípodes pakistaníes instantes después. Faltan diez segundos para que nos vean. —Alzó la voz, dirigiéndose a toda la sala—. Nueve segundos.

Los mandamases del ejército se acercaron más a la pared de monitores y, aunque estaban detrás de mí, sentí su aprensión. Cambié ligeramente de postura y solo entonces fui consciente de lo tenso que estaba. Miré de reojo la mano izquierda de Halcón, esperando a ver que se cerraba y se abría deprisa, pero tenía las dos manos en los bolsillos. Yo no tenía forma de saber si eso indicaba un nuevo nivel de nerviosismo, no visto hasta el momento.

—Siete segundos —hizo saber Connor.

Miré una de las pantallas de la pared y vi los cuatro misiles, blancos y bellos bajo la luz del sol, que viajaban deprisa, a punto de golpear un cono de líneas rojas, pulsantes, generado por ordenador.

—Cuatro segundos.

La célula de ataque, actuando al unísono, efectuó un ajuste y los cuatro misiles enderezaron el rumbo, listos para estrellarse de frente contra el cono. Los pilotos se sentaron más rectos en las sillas ergonómicas, como si se prepararan para que los sistemas de vigilancia iraní y pakistaní los detectaran.

—Un segundo —anunció Connor con voz inexpresiva.

Las cuatro armas golpearon las líneas rojas pulsantes.

—¡Ahora! —exclamó el surfista.

No pasó nada. Los misiles continuaron en línea recta y a la misma altura. No se oyó nada, no saltó ninguna alerta en ninguno de los puestos de la célula de ataque. Connor y los otros dos siguieron pilotando las armas, pero miraban sus pantallas fijamente, más que sorprendidos.

—¿Qué les pasa a los iraníes? —inquirió Connor después de comprobar sus datos—. ¿Están dormidos?

He de admitir que yo también estaba sorprendido, pero al menos sabía algo más que ellos. A nadie más en la sala se le había advertido de nada. Los misiles se estaban adentrando más y más en el cono de vigilancia y, sin embargo, nada lo señalaba.

—¿Dónde cojones están los pakistaníes? —exclamó Connor un tanto asustado, buscando una respuesta. Al cabo se rindió—. Tienen algún mecanismo de sigilo..., seguro..., los misiles... tienen algo que los hace sigilosos a saco. —Miró a Halcón confiando en que le confirmara algo o, mejor aún, le diese una explicación.

El director no dijo nada, siguió observando los misiles y su veloz

progreso. Connor no apartaba la vista de él.

—Limítese a pilotar, señor Bryant. Tiene que concentrarse.

Connor se volvió hacia su pantalla y su profesionalidad terminó imponiéndose a su desconcierto.

—Hemos atravesado el cono de vigilancia —informó cuando los misiles salieron por el otro extremo de las líneas rojas pulsantes—. Cruzando la frontera… *ahora.* ¡Estamos en Irán!

Era la primera vez que un piloto americano había podido decir algo así desde hacía más de cincuenta años. Los mandamases del ejército aplaudieron y oímos unos vítores amortiguados provenientes de Langley. La única persona que no mostró reacción alguna fue Halcón. No creo que abrigara ninguna duda en ningún momento de que, si bien la misión siempre podía fracasar, los misiles —al menos— no lo harían.

Los mandamases se adelantaron para felicitarlo, pero no llegaron muy lejos. Connor estaba mirando sus datos y el GPS…

—Cuarenta kilómetros para el objetivo.

51

Una niña de cinco años se rio cuando se impulsó, suspendida durante un instante en el aire, movió las manos alegremente y bajó de nuevo.

Saltaba en una maltrecha cama elástica en un solar vacío, rodeada de padres y de otros niños que esperaban su turno en un improvisado parque infantil en una calle estrecha. En un extremo de la calle, más allá de casas pegadas en las que varias mujeres con velo estaban tendiendo ropa en los balcones, se alzaba la mezquita blanca. Todas las casas se habían construido mucho antes de que los garajes fueran una necesidad, y los coches se aparcaban de cualquier modo en ambos lados de la calle, obligando a los peatones a salir a la carretera.

Entre un nutrido grupo de ellos había un hombre en una silla de ruedas de madera. Luciendo una gorra de béisbol con el logotipo del Manchester City, un club de fútbol inglés, el hombre subía por la pendiente y apenas rompió el ritmo cuando saludó a los niños de la cama elástica.

Mientras lo observaba en la pantalla de monitores, pensé en el precio que exigía pagar la devoción: cinco veces al día el hombre subía y bajaba la trabajosa calle con su silla para rezar. Y no era el único: otros grupos de hombres, y algunas mujeres, también subían la colina camino de la mezquita. Dejaron atrás a unos adolescentes que jugaban al fútbol en la calle, a hombres que tomaban té en un cafetucho y a ancianas con *abayas* negras que llevaban la compra a casa. Si el ataque podía realizarse sin que hubiera víctimas civiles,

sería un milagro.

Paré de mirar al hombre de la silla de ruedas y me centré en la parte inferior de la calle, donde un camión de reparto conducía despacio, buscando aparcamiento. Encontró un hueco, estacionó y...

Dejó a la vista al Land Cruiser blanco, que entraba en la calle detrás de él.

52

A medida que se aproximaba, vi que los otros cuatro vehículos lo seguían de cerca y, aunque miré con atención las ventanillas tintadas de la penúltima camioneta —la RAM gris plata con la doble cabina—, era imposible saber cuántos pasajeros iban dentro, y menos aún si Kazinsky era uno de ellos.

—¿Los ven? ¿Ven los cinco vehículos? —preguntó Halcón a la célula de ataque.

—Los tengo —contestó Connor—. Los semáforos han cumplido con su cometido: van ochenta segundos por detrás de lo previsto. Estamos preparados. —Miró a Mila y a Spencer para que lo confirmaran, y asintieron: había llegado el momento de que empezaran a pilotar de verdad.

Eché un vistazo a la pared de monitores y el satélite me permitió ver que los cuatro misiles, que volaban bajo sobre Zahedán, se estaban separando para acercarse a la calle desde distintos ángulos.

—Confirmando el plan de ataque —oí que decía Connor—. Cincuenta y cuatro segundos y elimino de frente al Land Cruiser. Eso detendrá al convoy. ¿Spence?

—Alcanzo al último Toyota y atrapo al resto entre los dos coches siniestrados —dijo.

Mila miraba fijamente la pantalla mientras efectuaba pequeños ajustes con el *joystick*.

—Elimino al segundo. Cuarenta segundos.

—Volaré la camioneta RAM con el segundo misil lo antes posible —dijo Connor—. Treinta segundos. Con un poco de suerte el vehículo que va en medio se quemará. ¿De acuerdo? Vamos allá.

Se hizo un silencio absoluto mientras los tres pilotos se concentraban. Yo consulté el reloj digital: veintinueve segundos. Miré de reojo a Halcón: estaba absorto, toda su atención en la pared de monitores y las cuatro pantallas, en cada una de las cuales se veía uno de los misiles.

Me centré en la pantalla que permitía ver el primer misil de Connor, el que —si todo iba bien al cabo de veintisiete segundos— aniquilaría el Land Cruiser del Emir y a todos sus ocupantes. El reluciente misil

blanco sobrevoló varias azoteas e iba directo a la calle.

El Land Cruiser subía por la carretera, frenando para que pasaran los transeúntes, pero hacia la mezquita. Parecía inevitable: el misil le iba a acertar en el centro del parabrisas. Veintidós segundos.

De pronto el rostro de la niña que saltaba en la cama elástica apareció en la pantalla: estaba dando otro bote. Connor efectuó un ajuste rápido con el *joystick* y el misil de casi dos metros, de un blanco resplandeciente, que se desplazaba a mil doscientos kilómetros por hora, esquivó por completo la cama elástica y siguió su rumbo.

Yo miraba fijamente la pantalla, como Connor y el resto. Acababa de pasar algo extraordinario...

Nadie en el solar reaccionó: ni la pequeña, ni los padres, ni los demás niños. Era como si no hubiesen visto nada, como si el misil ni siquiera estuviese allí. Desde luego iba a gran velocidad, pero aun así: un borrón, un destello, una estela blanca..., sin duda algo debería haber llamado su atención, deberían haber visto algo. Era como si... como si...

Los tres pilotos, yo mismo y todos los demás salvo Halcón soltamos algo parecido:

—¿Qué coj...?

—Silencio —ordenó Halcón.

Spencer, a todas luces dominando su sorpresa, pilotaba su misil colina arriba, por el medio de la carretera, a poco más de un metro del suelo, con el objetivo de acertar por detrás al Toyota que cerraba la comitiva. Pasó por delante de los hombres que bebían té en el cafetucho, evitó a los futbolistas y al hombre de la silla de ruedas. Una vez más nada..., ninguna reacción, nada a la vista.

Al igual que los niños y los padres del solar, nadie en la calle mostró miedo o pánico, nadie apuntó con un dedo o gritó.

—No los ven —afirmó Connor poniendo voz a mis pensamientos. Era la única explicación—. Nadie los ve —insistió, repitiéndose, su voz dejando traslucir su profundo estupor—. Son indetectables, son invis...

—¡Siga volando! —espetó Halcón.

Connor obedeció; sus ojos se centraron únicamente en el primero de los misiles que pilotaba, observando mientras el arma se precipitaba, de frente, hacia el Land Cruiser.

—Tres segundos —informó—. Dos. Uno.

Aunque estábamos a cientos de kilómetros de distancia, sentí que todos los que nos encontrábamos en la sala nos preparábamos para el impacto.

—¡Ahora! —exclamó Connor.

El misil impactó, el parabrisas se hizo añicos y la ojiva cumplió con su cometido. Era la bomba sushi...

53

Yo sabía exactamente cómo funcionaba una bomba sushi: había visto una demostración justo antes de que se emplease una en Yemen contra un brutal señor de la guerra al que había ayudado a encontrar.

Igual que el Emir, él también se hallaba en su momento más vulnerable cuando viajaba en un vehículo blindado, pero el problema residía en que rara vez salía de Adén, una ciudad portuaria densamente poblada de un millón de habitantes, un lugar en el que cualquier explosión mataría sin duda a numerosos transeúntes.

Invitado a acudir al Aberdeen Test Center, el centro de pruebas del ejército estadounidense, en Maryland, vi como la bomba circular atravesaba el cristal y el acero endurecido de un vehículo ocupado por cuatro maniquíes para pruebas de choque. Momentos después, una vez dentro del coche, decenas de cuchillas alargadas, similares a guadañas —hechas de acero templado y afiladas al máximo— se desplegaron de la bola que giraba.

En la simulación gráfica del ejército estadounidense, las cuchillas —de más de medio metro cada una—, zumbando y rotando a una velocidad vertiginosa, le cortaron el cuello al conductor en el acto, lo decapitaron, destrozaron los asientos de piel y los reposacabezas e hicieron lo mismo con el hombre que iba sentado a su lado.

La bola de cuchillas, tras reducir de forma drástica la velocidad, continuó moviéndose por el vehículo, pasó a la siguiente parte de la cabina y se ocupó de los dos pasajeros que iban detrás. Una cuchilla le rebanó el cuero cabelludo a uno de los hombres antes de que las demás hojas —todavía zumbando— destrozaran el resto de su cuerpo, los asientos y al hombre del asiento contiguo.

En el búnker de Bagram, muy lejos de Maryland, lo vi en la vida real. Durante una fracción de segundo, en una imagen que captó el satélite a través del parabrisas destrozado, la pared de pantallas permitió ver al Emir —sin embozo— gritando en el asiento seguro. La imagen desapareció en una profusa lluvia de sangre cuando las cuchillas los descuartizaron a él, al conductor y a los demás ocupantes.

El Land Cruiser, ahora con un hombre muerto al volante, se detuvo de pronto y el vehículo que lo seguía de cerca se empotró contra él.

Cerrando el convoy, el conductor del Toyota, al comprender que delante había pasado algo, pisó el freno, y el vehículo paró con un chirriar de neumáticos, lo que proporcionó involuntariamente a Spencer un blanco fijo. El piloto movió deprisa el *joystick*, ajustó la puntería y en la pared de monitores vimos que su misil traspasaba la luna trasera del Toyota.

En medio de una lluvia de cristal, el arma se introdujo en la cabina,

las cuchillas entraron en acción y los cuatro hombres inidentificables que la ocupaban tal vez tuvieran tiempo de gritar antes de que sus vísceras tapizaran la cara interior de los cristales tintados del vehículo, ocultando la carnicería a la mirada curiosa del satélite.

Eché un vistazo a los monitores que mostraban la calle y vi que los hombres del cafetucho observaban el Toyota con perplejidad mientras varios futbolistas —confundidos, intrigados— se acercaban al convoy detenido. Entonces vieron la masacre que se había producido en el interior de los dos vehículos y empezaron a gritar justo cuando las mujeres de los balcones se inclinaban hacia delante para intentar averiguar lo que estaba pasando. Sin embargo, nadie corría ni chillaba despavorido: la calle entera sabía que estaba pasando algo, pero nadie podía explicar qué era. Aparte de unos parabrisas hechos añicos, nadie había visto ni oído nada.

En medio de la confusión, el misil que pilotaba Mila golpeó el vehículo que había chocado contra el Land Cruiser, acabando con sus tres ocupantes en una milésima de segundo. Cuatro de los futbolistas recibieron un aluvión de cristales y estaban lo bastante cerca para que la sangre les salpicase. No necesitaron más: dieron media vuelta y salieron corriendo, les faltó poco para derribar al hombre de la silla de ruedas. Este, que se había dado cuenta de que la muerte había llegado de ninguna parte, empezó a gesticular para indicar a los niños del solar que se mantuvieran apartados.

Mila, una vez cumplido su cometido, empapada en sudor debido a la tremenda presión, echó una ojeada a los restos de los tres vehículos destrozados antes de centrarse en las imágenes de la multitud que se agolpaba en la calle.

—¿Se puede saber qué les pasa? —preguntó—. Los misiles miden casi dos metros, ¿cómo es que no los ven?

—Es que no se ven —respondió Spencer, que también había terminado, mientras sacudía las manos para liberar tensión.

—¿Cómo que no? Si están ahí mismo, en las pantallas... —replicó Mila al tiempo que señalaba el cuarto misil, que pilotaba Connor: el arma descendió del despejado cielo azul y empezó a precipitarse a toda velocidad por el centro de la carretera.

—A ver, está claro que en las pantallas hay algo: estamos viendo una imagen generada por ordenador, un avatar, la *representación electrónica* de un misil, llámalo como quieras. Una cosa es segura: en el radar iraní y en esa calle, esas puñeteras armas son invisibles.

Mila lo miró fijamente. ¿Qué clase de arma era? Se volvió hacia Halcón y puso cara de ir a formularle una pregunta, pero se quedó callada al ver que el director seguía concentrado en la pantalla que permitía ver el segundo misil de Connor.

Mila se volvió para mirar también, y vio que el chico con el que se

había acostado la noche anterior era un piloto de primera: la estrecha calle se estaba llenando de confusos civiles, y para acertar a la RAM gris plata tenía que subir…

Contaba con una ventaja. Aunque era el penúltimo del convoy, los grandes neumáticos y la suspensión elevada hacían que la RAM se viera perfectamente. Me eché hacia delante, observando con atención: si Kazinsky iba en el convoy, casi con toda certeza la RAM era su transporte.

El misil de Connor, tras ganar altitud, se acercaba deprisa al vehículo. Dio la impresión de que el tiempo se comprimía cuando se abalanzó hacia la calle, esquivó el gentío de confundidos transeúntes, se situó al nivel del ensangrentado y destrozado Toyota por detrás, subió un poco más y le pasó por encima rozando.

Se estrelló contra la RAM y esta vez la mitad de la gente que estaba en la calle chilló. Cuando la luna trasera desapareció en una explosión de cristal, vi fugazmente la silueta de tres hombres que se encontraban en el vehículo antes de que las cuchillas se desplegaran y despedazasen al que iba sentado en el asiento seguro de la parte trasera. ¿Era Kazinsky? Casi con toda certeza habría sido ese el sitio que habría ocupado, pero intentar ver a través de los cristales y la sangre era imposible. No sabía si era él o no.

Me quedé mirando la aniquilada RAM y no sentí nada, nada en absoluto —desde luego éxito no—, tan solo agotamiento, y en ese extraño estado mental oí que Mila decía en voz baja a Connor:

—«Sigilosos a saco»… ¿Es eso lo que son?

—Creo que es mucho más —le contestó el surfista, exhausto, mientras cogía una botella de agua y se echaba el líquido por la cara. Estaba a punto de decir algo más, pero no tuvo ocasión…

El Land Cruiser se incendió cuando los tres depósitos de combustible —especialmente diseñado para arder a una temperatura mucho más elevada que la gasolina o el combustible de aviación— se prendieron y enseguida el interior del vehículo fue pasto de las candentes llamas. Las ventanillas de cristal y la luna trasera reventaron debido al calor, haciendo que las llamas se elevaran hacia el cielo. Mientras en la calle todo el mundo corría a situarse a una distancia segura, los depósitos de los otros tres vehículos también explotaron. El calor que despedían los cuatro vehículos que ardían era tan intenso que hasta las mujeres de los balcones se vieron obligadas a retirarse, y los hombres del Nissan Patrol que iba en el centro del convoy —el único que no había sufrido el ataque de un misil—, hasta el momento en estado de shock e incapaces de hacer nada, intentaban abrir las puertas.

Sin embargo, el suyo también había sido golpeado fuertemente por detrás durante el caos inicial del ataque y, aunque ninguno de sus cuatro ocupantes se había dado cuenta hasta entonces, su armazón y

sus paneles estaban retorcidos, doblados. Las puertas habían quedado muy deformadas o el mecanismo de cierre automático se había activado. Sea como fuere, los hombres intentaban abrir las puertas mientras las llamas se colaban en el interior por delante y por detrás, licuando deprisa su pintura azul, pero no lo conseguían.

Mientras los hombres pedían ayuda a gritos, las llamas dieron con el cárter bajo el motor e hicieron que la parte delantera del vehículo se convirtiera en una masa de llamas rojas y humo negro, que obligó a la multitud a retroceder más todavía. Nadie iba a salir de allí con vida.

Halcón se levantó —con aire cansado—, se puso la *bomber* y me miró.

—Bhopal: ¿sabe lo que significa esa palabra ahora? —planteó—. Nada: una ciudad en la India de la que nadie ha oído hablar. —Miró a la célula de ataque—. Gracias, pilotos —dijo—. Nada de esto ha pasado. Ya hablaremos de ello detalladamente en la reunión de esta noche. Vayan a descansar. —A continuación se dirigió hacia el oficial de enlace—. General, hágase con todo el material: notas, planes de la misión, vídeo. Un incinerador móvil de tres niveles estará aquí dentro de veinte minutos.

Echó a andar hacia la puerta y los pilotos comenzaron a coger sus cazadoras y sus botellas de agua; yo me quedé mirando la RAM en llamas y me pregunté quiénes serían sus ocupantes.

54

Lo encontré muy por detrás del centro de mando, una figura solitaria en la escarpadura, con las manos metidas en los bolsillos, mirando las montañas que se erguían más allá de las llanas y áridas planicies. Con el sol bajo en el cielo y ninguna señal de asentamiento humano, resultaba fácil imaginar que uno estaba en el desierto. En Egipto, quizá.

Se volvió al oír que me aproximaba. Caminaba despacio, las muletas complicaban más aún el desigual terreno.

—No debería estar aquí fuera —advirtió—. ¿Lo sabe la médica?

—No —contesté cuando me detuve a su lado—. Probablemente me esté buscando ahora mismo —aduje risueño. Señalé el paisaje desierto que se extendía ante nuestros ojos—. Qué tranquilidad, ¿no? Supongo que es un buen sitio para pensar.

Halcón no contestó.

—Lo de ahí dentro ha sido bastante abrumador.

Tampoco dijo nada.

—Solo eran símbolos en la pantalla —continué—. Nada más que una representación gráfica de los misiles.

—¿Eso cree? —replicó Halcón con fingida inocencia mientras giraba la cabeza para mirarme.

—Eso creo, sí: todos hemos visto que los misiles resultaban invisibles a todos los que estaban mirando. En la calle no ha habido una sola persona que los viese.

El jefe de espías asintió.

—Sí, tiene razón; estoy convencido de que todos nosotros hemos presenciado exactamente lo mismo. Le diré lo que he visto yo: a unos terroristas que planeaban lanzar un ataque espectacular contra Occidente, a unos hombres que iban camino de una reunión, un golpe militar bien ejecutado y un mundo que hoy es más seguro de lo que lo era ayer.

—Yo también he visto eso —convine—. Uno de los pilotos también ha dicho que eran sigilosos, sigilosos a saco.

Halcón se paró a pensar y negó con la cabeza.

—No, eso no les hace justicia. Un avión sigiloso seguirá dejando una marca: el radar podrá dar con ella. Con eso nunca podría atravesar el escudo de defensa antimisiles iraní. Esto se llama «tecnología de invisibilidad», y se desarrolla desde hace décadas. —Hizo una pausa —. Cambiará el arte de la guerra (y el mundo) para siempre.

Pensé que había terminado, pero siguió:

—Imagine un escenario bélico con cuatrocientos carros de combate en sus puestos. No tienen camuflaje, no están escondidos, están atacando, pero el enemigo no los ve. No sabe que están ahí porque resultan invisibles. El enemigo solo sabe de su existencia cuando los proyectiles caen sobre él.

—¿Cómo funciona? —pregunté.

—La base científica, según me han dicho, es bastante simple: si vemos un objeto es solo porque refleja la luz: métase en una habitación llena de muebles y oscurézcala por completo. Los muebles seguirán estando allí, pero no los podremos ver porque no reflejan ninguna luz.

»La tecnología de invisibilidad —prosiguió— es la idea (la ciencia) de que la luz rodee un objeto. Si sobre él no incide ninguna luz, no se puede reflejar, y da la impresión de que el objeto no está ahí. Es invisible.

—¿Las teselas? —supuse.

—Sí —me confirmó—. Manipulan y doblan la luz: usted ha visto que conformaban todo el revestimiento del misil, todas ellas controladas desde un compartimento especial situado detrás de la ojiva.

—¿Y esta ha sido la primera vez que se ha utilizado?

—La primera vez —afirmó Halcón.

—¿Qué piensa hacerse con ella? ¿Se están equipando otras armas con ella?

Halcón sonrió.
—Sabe que no puedo decir nada al respecto.
Asentí, lo entendía.
—Sin embargo, hay una cosa de la que sí tenemos que hablar…
—Va a tener que darse prisa —repuso mientras miraba detrás de mí—. Ya llega su transporte.
Volví la cabeza y vi un *jeep* con la médica y uno de los enfermeros. Levantaba una nube de polvo e iba directo hacia nosotros.

55

El convoy de tres SUV, todos con su blindaje improvisado, se detuvo cerca del *jet* de GreenEnergy y los dos enfermeros me ayudaron a salir del último vehículo y a subir la escalerilla.
Íbamos a llevar a casa a la célula de ataque, y los tres chicos —junto con Halcón y la médica— se habían adelantado y ya estaban en sus asientos cuando yo avanzaba por el pasillo.
Los enfermeros pretendían llevarme hacia una fila desocupada, pero se lo impedí y señalé a Halcón, que estaba sentado solo delante.
—Me sentaré con el director —dije.
Halcón me miró con cara interrogante.
—Se trata de Kazinsky —aduje.
—¿Qué hay que decir de ese hombre? —repuso Halcón—. Está muerto.
—No lo está, Halcón: no iba en el convoy.
—¿Como usted ha predicho? Por hacer un momento de Sigmund, ¿no cree usted que la necesidad de tener razón podría estar nublándole el juicio en este asunto?
—No lo creo, no —repliqué.
—Que no le viéramos la cara cuando los misiles les han acertado no significa que no estuviese en uno de los vehículos —prosiguió Halcón—. ¿Cuántos hombres había en ellos: doce, catorce? Dudo que pudiera distinguir ningún rostro en concreto.
—No se trata de verlo. Si estuviese allí y hubiera muerto, creo que yo lo habría… —Dejé la frase sin terminar.
—¿Presentido? —inquirió Halcón risueño—. ¿Una perturbación en la Fuerza, algo por el estilo?
No contesté: tenía razón, sonaba ridículo.
—Está usted cansado, han sido unos días infernales. Peores para usted: está herido, estaba agotado antes incluso de que empezáramos. Lo verá todo de otra manera cuando estemos en casa y comience la rehabilitación.
Permanecí en silencio, pensando, y después hablé en voz queda.

—¿Recuerda cuando le di el parte en la UCI? —pregunté—. Le dije que tomé un camino distinto para evitar ir por el cañón.

Él me miró.

—Lo recuerdo, sí. ¿Qué me quiere decir con eso? Dijo que pensó que era el lugar perfecto para una emboscada, así que cambió de ruta. Fue la clase de cosa que haría cualquier buen agente.

—Oí disparos —confesé.

—Siendo así, no es de extrañar que evitara ir por allí —contestó con una sonrisa—. Yo habría hecho lo mismo.

—No, esto fue como una premonición. Oí disparos del futuro. No eran reales —admití.

Halcón me miraba fijamente, se dio cuenta de que yo hablaba en serio y su sonrisa se desvaneció.

—¿Del futuro? ¿Disparos?

Asentí.

—Esto empieza a asustarme —dijo.

—A mí también —convine—. No sé lo que fue. ¿Intuición? Un pequeño y extraño salto en el tiempo. Sea lo que fuere, lo oí y supe que no tenía que tomar ese camino.

—¿Porque oyó esos disparos? Joder —soltó, y volvió la cabeza, miró por el avión y comenzó a llamar a alguien.

—No —negué enérgicamente—. No necesito un médico.

—Sí que lo necesita —replicó él—. Debería haberlo dejado en casa: el estrés, la fatiga... Estaba usted herido. Ha sido excesivo. Lo siento...

—No —insistí—. Dígale a la doctora que vuelva a su sitio.

Nos miramos —dos hombres tozudos— y creo que supo que yo no me iba a apear del burro. Al cabo, Halcón levantó la mano de nuevo para indicar a la médica que volviera a su asiento.

—No me equivocaba —continué—. Los soldados del Ejército estaban esperando en el cañón. Ese instinto, o lo que quiera que fuese, me salvó, era cien por cien cierto, y esa es la misma sensación que tengo ahora, Halcón: Kazinsky no ha muerto. Está vivito y coleando.

Él seguía mirándome con fijeza, entre preocupado e inquieto.

—Sabía que era un riesgo traerlo, pero no tenía elección. Olvidaremos que hemos mantenido esta conversación, ¿de acuerdo? No diremos nada a nadie. En cuanto lleguemos a casa, volverá al hospital, hablará con Rebecca. Podemos solucionar esta mierda.

Negué con la cabeza: no estaba mal de la olla, al menos no en mi opinión. Claro que los locos nunca creen estarlo, ¿no?

—Escuche —dijo con firmeza pero intentando calmarme—. Ahora mismo los iraníes estarán en el lugar donde se ha producido el ataque. Tratarán de identificar a las víctimas y se pondrán en contacto con los rusos, ya sea para pedirles registros dentales o ADN o para informarlos de la muerte de Kazinsky. La NSA hackeará la comunicación y eso

demostrará que ese hombre ha muerto. Ahora quiero que vuelva atrás, que se siente y duerma un poco.

—Llevará meses obtener las pruebas de ADN y que Irán se ponga en contacto con los rusos —repliqué—. ¿Y quién dice que los mensajes serán veraces? Puede que los rusos o los iraníes quieran que pensemos que ha muerto. La información podría ser completamente falsa...

—¡Por el amor de Dios, Ridley! —explotó sin levantar la voz—. ¿Qué más podemos hacer? Quiero que vaya a hablar con la doctora en privado. Ahora. Es una orden.

Nos miramos y acto seguido él se volvió y empezó a colocar debidamente sus almohadas. Yo no tenía alternativa, me había ordenado que me fuese, así que me levanté y estaba a punto de enfilar el pasillo cuando me vino a la memoria mi visita a la Tumba.

—Que analicen su huella vocal —propuse.

—¿Qué? —repuso Halcón, frustrado, casi no escuchaba ya.

—Ha preguntado qué más podemos hacer. Analizar su huella vocal. Hoy —sugerí.

—Escuche, váyase a dormir, por el amor de Dios.

—No —insistí arriesgándome a cabrearlo más aún—. Buster ha dicho que las estaciones terrestres y los satélites estaban captando datos de los vehículos. Todos los integrantes del convoy estarían hablando al salir del aeropuerto, lo que significa que esas conversaciones se grabaron. ¿Qué ha dicho usted, que había una docena de hombres aproximadamente? Los escuchamos, comparamos sus voces con la de Kazinsky y, si obtenemos una correspondencia, sabremos que estaba allí y que ha muerto. —Halcón clavó la vista en mí—. Si no..., hablaré con los médicos para que intenten arreglarme —prometí.

—No sea ridículo —contestó debatiéndose entre la ira y la lástima —. ¿Cómo conseguimos una correspondencia? ¿Con qué comparamos las voces? Nunca hemos logrado captar a Kazinsky hablando ni siquiera unos segundos. ¿Cómo vamos a analizar su huella sin tener un original?

—Sí que hay una grabación suya —repliqué—. Tenemos un original con el que podemos compararla...

—¿Qué grabación? ¿Qué vamos a tener? —porfió Halcón, si bien con menos convicción.

—La noche antes de que yo saliera de Langley para ir a reunirme con el correo —aclaré—. No tuve ocasión de decírselo a usted. Bajé a la Tumba y oí a Kazinsky.

—¿Cómo? —inquirió con sequedad.

—No intenté dar con su huella de voz, lo que hice fue dar con la de su vehículo blindado.

Halcón me miró un instante: después de todo, quizá no estuviese tan

loco.

—¿Buscó la huella de voz del vehículo y lo siguió por el caldero? ¿Y oyó a Kazinsky en un momento dado?

—Exacto —corroboré.

—¿Por qué no se me informó? —inquirió con frialdad.

—La grabación era de hace años —contesté—. Carecía de valor para la Agencia.

—Soy yo quien toma esas decisiones, no usted —espetó—. Cuénteme lo que decía Kazinsky.

Cogí aire.

—¿Qué sabe usted de los mineros de mamuts?

—¿Se refiere a minería a gran escala? ¿Hierro, carbón, a cielo abierto, esa clase de cosas?

—No, de mamuts *lanudos* —precisé.

—¿Elefantes? —inquirió clavando la vista en mí: era evidente que mi locura volvía a cobrar fuerza.

56

Clay Powell, el jefe del archivo, había subido de su guarida subterránea y, provisto de lectores digitales que contenían una gran cantidad de grabaciones de vídeo y audio, nos estaba esperando en la sala de reuniones contigua al despacho de Halcón.

El director y yo habíamos estado hablando durante el largo vuelo y, debido a ello, nuestro estado de ánimo era sombrío —pese al aparente éxito del ataque en Zahedán— cuando saludamos a Buster.

Halcón lo había llamado desde el avión y le había mencionado la posibilidad de analizar la huella de voz de Kazinsky, y el director adjunto había organizado el resto. Cuando nos sentamos, el panel de madera de un extremo de la habitación se deslizó y dejó a la vista una pantalla de vídeo de alta definición del tamaño de la pared, las luces se atenuaron y nos vimos de nuevo en la estrecha calle de Zahedán.

Clay, con un mando a distancia en la mano, actuaba de maestro de ceremonias.

—A partir de las grabaciones de audio que efectuaron los satélites, identificamos dieciséis voces distintas en los cinco vehículos —informó—. Los hombres estaban animados, hablaban nerviosamente de un golpe espectacular, aunque era evidente que los individuos a los que identificamos como conductores y guardaespaldas no sabían de qué se trataba. Aun así, analizamos la voz de todo el mundo para ser rigurosos.

La imagen en la pantalla cambió y dio paso a la escena de varios años antes: el coche blindado de Kazinsky conducía hacia el ocaso

mientras el árido paisaje que lo rodeaba se tornaba una explosión de tonos rojos y anaranjados.

—Esto es lo que tomamos como referencia —explicó Clay—. Era Kazinsky hablando de un ataque perpetrado por lobos. A continuación comparamos las dieciséis voces que iban en el convoy con esta voz...

—¿Y...? —quiso saber Halcón.

—No hay correspondencia —negó Clay—. Kazinsky no formaba parte del convoy que se dirigía a la mezquita y el misil no lo eliminó.

Halcón cogió aire con fuerza: estaba demasiado cansado para intentar disimular su decepción. Yo no dije nada. En casos así, no supone ninguna alegría que se demuestre que uno tiene razón.

—Cabe otra posibilidad —mencionó al cabo Halcón—. Puede que estuviese dormido o que no hablara...

Rompí mi voto de silencio.

—¿Cómo? ¿Sufre de una especie de narcolepsia, Halcón? ¿Cada vez que se sube a un vehículo se queda frito? Si queremos silenciarlo, no hace falta que le lancemos un misil: le mandamos un taxi y listo.

El director tuvo la amabilidad de sonreír.

—Muy bien, estoy de acuerdo —concedió—. No es muy probable...

—Es imposible, director —terció Clay.

—¿Por qué? —inquirió Halcón, sorprendido con la certeza de Clay.

—Al no encontrar ninguna correspondencia en el convoy, comprobé el resto de los vehículos que salieron de Tora Bora Oeste esa mañana: tal vez el de Kazinsky se hubiese averiado o hubiese habido algún cambio de planes.

—Doscientos setenta y cuatro vehículos —nos recordó Buster.

—Fue un gran rastreo, un montón de horas extra, director —contó Clay con una sonrisa—. Puse a trabajar en ello a cuarenta personas, pero cinco horas más tarde habíamos escuchado cientos de voces y no llegábamos a ninguna parte, así que, como comprenderá usted, estaba a punto de abandonar el barco. Entonces tuvimos suerte: un vehículo comenzó a llamar la atención. En él no se oía ninguna voz, nada en absoluto, y caí en la cuenta: el conductor iba solo. De doscientos setenta y pico vehículos, era el único que hacía tal cosa. Casi todos los demás tenían por lo menos dos pasajeros, así que empezamos a centrarnos en nuestro llanero solitario...

Clay le dio al mando a distancia y en la pantalla aparecieron las imágenes de una camioneta Toyota profusamente modificada con depósitos de combustible de gran autonomía y bidones de agua adicionales soldados en la parte posterior. Iba levantando una gran nube de polvo mientras avanzaba a toda velocidad por el desierto paisaje. Aunque estaba muy cansado, intenté mirar con atención al conductor, pero en las dos o tres ocasiones en las que lo vislumbré a través del cristal tintado solo logré ver que llevaba una *kufiya* y gafas

oscuras. Podría haber sido cualquiera.

—Si no tenía a nadie con quien hablar, ¿cómo esperaba poder obtener su huella de voz? —planteó Halcón.

—Ni idea —reconoció Clay—. Pero el hecho de que no llevara ningún pasajero resultaba tan extraño que continuamos indagando, abrimos las imágenes del vehículo y seguimos su ruta. Luego la cosa se volvió más curiosa aún. Al cabo de cuatro o cinco horas y a varios cientos de kilómetros de la base, mientras el resto de los vehículos empezaba a dar media vuelta para regresar a casa, nuestro tipo siguió adelante. Se detuvo dos horas después.

—¿Dónde? —pregunté.

—En medio de la nada —respondió Clay, y accionó de nuevo el mando—. En uno de los búnkeres de almacenamiento de provisiones y combustible de gran autonomía del Ejército.

Imágenes del satélite del Toyota deteniéndose en una cueva artificial —construida en la ladera de una colina, sumida en la sombra y protegida por una gruesa puerta de acero— empezaron a aparecer en la pantalla. El conductor no se bajó, no hizo nada —se quedó en el coche—, mientras a su alrededor el silencio del vasto y desolado entorno se veía interrumpido únicamente por el zumbido del aire acondicionado del vehículo.

—Estuvo sentado allí treinta y dos minutos —informó Buster—. Después cogió una llamada de un teléfono vía satélite. En total habló doce segundos: lo suficiente para que pudiésemos pasar el *software* y comparar la voz del conductor con la de Kazinsky.

Ni Halcón ni yo dijimos nada, permanecimos a la espera del veredicto.

—Siento decir que era él —afirmó Clay—. Kazinsky estaba a varios cientos de kilómetros del convoy de Zahedán.

Halcón seguía mirando la pantalla, probablemente pensando en que era la segunda vez que Estados Unidos no lograba matar al llamado Al-Tundra. Después se volvió hacia mí.

—Tenía usted razón —admitió—. Le debo una disculpa. Debería haber escuchado a mi agente.

Me encogí de hombros. Era una victoria huera.

—¿Cuándo se efectuó esa llamada vía satélite? —quise saber.

—Ocho minutos después de que se produjese el ataque —contestó Buster.

—Tenía a un observador en Zahedán —razonó Halcón, enfadado consigo mismo por no haberlo anticipado—. Cómo no. Después de que escapara usted, se figuró que la cúpula del Ejército estaría en el punto de mira (justo como me dijo usted), así que apostó a alguien, a un hombre cualquiera, para que lo informase si se producía un ataque. Fue ese hombre quien lo llamó.

Asentí: estaba seguro de que era así.

—¿Qué hizo Kazinsky tras recibir la llamada? —le pregunté a Clay.

—Se bajó, abrió la puerta de acero, llenó de combustible el Toyota, rellenó todos los depósitos adicionales (fuera a donde fuese, el viaje era largo) y salió del barranco como alma que lleva el diablo.

—¿Hacia el norte? —dije mientras miraba las imágenes que había puesto Clay, en las que se veía a Kazinsky subiéndose al Toyota, sin tan siquiera molestarse en cerrar el búnker: el Ejército ya no necesitaría los suministros, que se los quedaran los contrabandistas y los perros salvajes.

—Condujo hacia el norte durante un tiempo —confirmó Clay—. Después desapareció: los satélites espía habían acabado con él y los demás vehículos, todo se concentraba en lo que estaba sucediendo en la calle de Zahedán. No sabemos adónde fue.

—A Teherán —aposté—. Está a casi dos mil *klicks*, y por motivos de seguridad intentaría evitar las carreteras, por eso necesitaba tanto combustible.

—¿A Teherán? —Los tres me miraron mientras se preguntaban por qué estaba tan seguro.

—Es una ciudad de diez millones de habitantes —añadí—. Un sitio donde resulta fácil desaparecer. Quemará sus documentos, irá a Nowshahr, que es el puerto más cercano, y sobornará al capitán de un carguero para que lo lleve al otro lado del mar Caspio. Ya sabemos qué hay al otro lado...

—Rusia —apuntó Buster.

—Se va a casa —afirmé—. El lugar más seguro que conoce: un sitio en el que nos cuesta entrar y en el que es prácticamente imposible operar. Se reagrupará y recaudará todo el dinero que pueda. Tendrá un plan: Bhopal o algo peor. Químico o biológico, si el pasado nos sirve de ejemplo. Después resurgirá y lo encontraremos en el caldero. Nadie está a salvo ni lo estará nunca...

—Las personas cambian —aseveró Halcón—. Se cansan. Kazinsky es un soldado, y puede que haya decidido que ya ha cumplido con su deber y se retire. Está en la *ródina*, a salvo en la madre patria, puede que quiera desaparecer sin que nadie se entere.

—No, ahora sí que tiene algo que demostrar: no solo a él mismo y a Dios, sino a nosotros. Lo hemos derrotado, Halcón. No se va a dar por vencido. Ni hoy ni nunca.

Permanecimos en silencio —no teníamos ninguna forma de saber lo que haría Kazinsky, solo el tiempo lo diría—, y en la penumbra de esa tarde de domingo, lo imaginé en la cubierta de un viejo carguero mientras cruzaba el mar Caspio. Después, como salido de ninguna parte —como disparos del futuro—, oí un aullido lejano.

En la vasta maquinaria del mundo de la inteligencia de Estados

Unidos, solo había un espía especializado en Zonas de Acceso Restringido que hablara el idioma de la *ródina*, estuviese más que familiarizado con sus peligros y hubiese visto a Kazinsky en carne y hueso.

Entonces supe que iría a Rusia; ya oía a los lobos llamándome.

Tercera parte

1

Fuera cual fuese el plan que tenía Kazinsky cuando abandonó la zona fronteriza es un misterio y siempre lo será. Sin embargo, una cosa era segura: el camino que tomó seguía siendo devastador en potencia.

Cuando Clay demostró que el Coronel aún estaba vivo, Halcón me indicó que pasara a su despacho y se dejó caer pesadamente en su silla. Es posible que hubiese evitado un golpe espectacular mortífero, pero para él no tenía mucho valor: en último término, nuestro elaborado intento de matar a Kazinsky había fracasado. Era evidente que el terrorista había sido más listo que nosotros y no tenía sentido fustigarse. Es mejor encender una vela que maldecir la oscuridad.

—Tres o cuatro meses, calculan los médicos —dije.

—¿Para qué? —preguntó.

—De rehabilitación —contesté—. Podemos aprovechar ese tiempo para localizarlo, y después iré a Rusia y terminaré con este asunto.

—Nadie va a ir a Rusia —objetó con cansancio, Halcón, mientras levantaba la mano para contener mis protestas—. Le seguimos la pista, lo ponemos en la lista de vigilancia, hacemos todo lo que sea necesario para asegurarnos de que no vuelve a aparecer, pero, hasta que veamos algo que demuestre lo contrario, ese hombre está acabado...

—¡No! —exclamé enfadado—. ¿Cree que Kazinsky se ha dado por vencido? ¿Que no intentará asolar medio mundo en cuanto se le presente la oportunidad? Puede que Bhopal solo sea el nombre de una ciudad, pero es mucho más que eso: es un ideal, una misión, un deseo.

—Tal vez tenga usted razón, tal vez lo intente —convino el director —. Eso es lo que *quiere* hacer, pero ¿dónde están los medios? El Ejército está desmoronado y él se ha quitado de en medio. Usted dirá «no por mucho tiempo», pero no podemos perseguir a todo el que esté *pensando* en causarnos daños. La lista sería interminable. No, nos concentramos en grupos que tienen un plan, no en hombres que abrigan un deseo.

Negué con la cabeza; mi opinión era completamente distinta, pero no tenía mucho sentido intentar hacer que cambiase de idea, no cuando el fracaso era nuestro compañero y nos embargaba la desesperanza.

—Como he dicho —añadió Halcón tratando de zanjar el tema—, lo

vigilaremos. Y ahora mismo, la prioridad es que usted vaya a rehabilitación. ¿Ya ha llamado a su compañera?

—Todavía no —repuse.

—Pues llámela, dígale que va camino de Saratoga.

2

Me encontraba en el vestíbulo de una impresionante mansión victoriana —toda torrecillas y bóvedas—, esperando a que un coche de alquiler entrase en la propiedad por la imponente verja adornada con águilas doradas y recorriese el largo camino de acceso, dejara atrás el lago ornamental y se detuviese ante una puerta principal tan grande que podría caber por ella el Hindenburg.

Había ido a la que supuestamente era la mejor clínica de rehabilitación del país en helicóptero: tras salir de Langley, volamos bajo por el valle del Hudson, con el espectacular follaje a nuestros pies, y seguimos el río, plateado a la luz de la luna. Después el helicóptero viró con brusquedad, cruzó el lago Saratoga y aterrizó en lo que en su día había sido el campo de críquet de la que, se podía decir, era la mansión del siglo XIX más maravillosa de América.

Construida por uno de los mayores «barones ladrones» de la época, era un lugar extraordinario, con infinidad de graneros, casas de invitados apartadas, cuartos para el servicio y un pabellón para el baño, todo ello entre hectáreas de cuidados jardines. ¿Qué es lo que se dice? ¿Que detrás de toda gran fortuna hay un gran delito? Aunque la placa que se podía ver junto a la puerta principal no lo mencionaba, lo cierto era que la mansión la había financiado uno de los mayores fraudes bursátiles de la historia del país. Por desgracia, eso significó que varias generaciones después, cuando el dinero se agotó, la casa —tremendamente cara de mantener— no tardó en caer en el abandono y todo apuntaba a que sería pasto de la bola de demolición. Si se salvó fue gracias a la intervención de la Clínica Mayo, que invirtió otra fortuna y convirtió las ciento cincuenta hectáreas en un centro de rehabilitación de primer orden.

Por eso, un domingo por la tarde estaba en una silla de ruedas en un vestíbulo revestido de una caoba cubana, bajo una espectacular araña de luz y delante de una chimenea eléctrica monumental con leños decorativos, esperando a Rebecca. Había hablado con ella nada más salir del despacho de Halcón y se las había arreglado para volar inmediatamente a Albany y alquilar un coche para venir a verme.

Justo después de las nueve de la noche, unos faros no se dirigieron, para variar, hacia los edificios modernos que se hallaban desperdigados entre los árboles, sino que continuaron avanzando

hacia la casa. Me levanté y fui cojeando a la puerta.

Rebecca ya se había apeado del coche para cuando yo quise bajar la escalera de piedra, y me alegré tanto de verla que no me percaté de que no estaba sola. Solo después de besarnos levanté la cabeza y vi que alguien se había desmontado del asiento del pasajero y se hallaba de pie junto al coche. Rebecca sonrió.

—Adivina a quién he encontrado —dijo.

Era Laleh.

La chica echó a andar tímidamente, sin saber qué hacer o cómo reaccionar conmigo. Sin duda las circunstancias eran extrañas: la última vez que nos habíamos visto había sido en el vuelo de Dubái. Nos miramos y después, a todas luces aprendiendo muy deprisa las costumbres occidentales, me tendió la mano para que se la estrechara.

Sin embargo, yo di un paso adelante y Laleh hizo otro tanto y, medio tropezando, nos fundimos en un abrazo. Noté que su menudo cuerpo se estremecía, estaba sollozando.

Le retiré los brazos, me aparté y la miré: las ojeras habían desaparecido, y el descanso y la buena comida habían suavizado su extrema delgadez. Ahora parecía lo que era, una chica joven, atractiva, llena de vida, y aunque el pelo no le había crecido mucho, una gorra de béisbol le cubría una cabeza casi rapada y un pantalón vaquero estilo *boyfriend* le proporcionaba una imagen inequívocamente moderna de la que, estoy seguro, ella no era consciente.

Sonreí con dulzura e hice un gesto que abarcaba la mansión.

—¿Qué te parece nuestra casita de campo? —le pregunté.

Su cara me dijo que durante un instante se le pasó por la cabeza que yo podía hablar en serio.

—No le hagas caso —aconsejó Rebecca—. Es tonto.

Laleh se rio.

—Mi madre dice lo mismo de mi padre.

—Dentro hay una chimenea —informé—. Y un carrito con té y café.

Laleh subió la escalera y, tras echar un vistazo y quedarse pasmada con la majestuosidad del lugar, se vio engullida por las enormes puertas.

—Uno de los enfermeros me contó que contigo había venido una chica —aclaró Rebecca—. Cuando estuviste estable fui en su busca y después le pregunté a Norma si podía echar una mano. Laleh se ha instalado en su casa. —Norma, una amiga de Rebecca, también era médica residente y la hija de una de las familias más ricas de Washington—. Tienen un apartamento de invitados encima del garaje, y Norma y yo nos la hemos llevado a hacer rondas de noche: Laleh ha decidido que quiere ser médica. —Rebecca se rio—. ¿Te recuerda a alguien? —Hizo una pausa—. Me contó lo que pasó en la playa.

—No debería haberlo hecho —repliqué.
—¿Era secreto? —inquirió Rebecca.
—Naturalmente —confirmé.
—¿Qué vas a hacer? ¿Arrestarme?
—Puede —repuse, y le cogí la mano—. Tendré que hacerme con unas esposas.
—Promesas y más promesas. Pero bueno, no me preocupa. Llamaré a mi amiguete Halcón.
Solté una risotada.
—Ah, ya, se me había olvidado lo bien que os lleváis. —Me puse serio—. ¿Te contó Laleh que la metieron en un campo de refugiados y que cruzó ella sola la frontera de Irán para buscar a su padre?
—Sí —contestó Rebecca.
—¿Y te contó que en el golfo me salvó la vida?
—No, eso no —negó Rebecca atónita.

3

—¿Siempre habrá alguien que te ayude, alguien como Laleh? —me preguntó Rebecca después de que le contara cómo llegamos a Dubái. Habíamos salido de la casa para dar un paseo, encontramos un banco y ahora estábamos contemplando el lago.
—¿Alguien que me salve la vida? Estoy seguro de que no. Con suerte, no me hará falta.
—Quizá tengas razón, pero ¿qué hay del futuro? ¿Cuánto tiempo vamos a vivir así? ¿Cuánto tendré que esperar hasta que ese coche baje por nuestra calle? —preguntó, ahora más triste que enfadada.
—Dos años más, es todo lo que necesito. Estaré por lo menos tres meses en rehabilitación: en el MedStar me dijeron que tendré que poder correr treinta kilómetros al día antes de que tan siquiera se planteen si declararme apto. Siendo así, me quedan veinte meses de servicio activo.
—¿Y después qué? —me preguntó—. ¿Otros veinte meses? ¿Y otros veinte?
—No —afirmé—. Dentro de dos años Buster cogerá la jubilación anticipada. Dice que me recomendará para el puesto y estoy seguro de que Halcón aceptará. —Le volví el rostro para que me mirase—. Director adjunto, y podré utilizar mi experiencia para dirigir a otros agentes en activo. Pero ni siquiera me tendrán en cuenta para el puesto si ahora pido que me transfieran a otro sitio. Es una inversión, veinte meses. Después sentaremos cabeza y tendremos familia.
—¿Veinte meses? —repitió ella—. No es tanto tiempo.
—No lo es —convine animado.

—¿Y cuánto se tarda en matar a alguien, aunque sea a alguien tan entrenado como lo estás tú? ¿Un segundo? Seamos generosos y digamos que dos. ¿Cuántos dos segundos hay en veinte meses?

¿Qué podía decir yo a eso?

—Hasta ahora has tenido suerte —continuó—. Pero ¿sabes lo que pasa con la suerte? Que se acaba. —Me sostuvo la mirada y noté que su corazón latía con furia tras el chaquetón—. Quieres veinte meses: muy bien, los tendrás. Pero a cambio me darás algo.

—¿Qué? —inquirí.

—Intentaremos tener una familia ahora —repuso.

Me cogió por sorpresa, y tardé un segundo en contestar.

—¿Estás dispuesta a hacer eso? ¿A correr el riesgo de tener que criar a un hijo sola? —planteé.

Ella se encogió de hombros.

—Tampoco es tanto riesgo. Cuando cojas en brazos a un niño, creo que cambiarás de opinión: que el ADN sea una cadena es por algo.

4

Halcón llamaba con regularidad y, aunque se interesaba por mi salud, nuestras conversaciones no tardaron en dejar patente que era un hombre de palabra: estaba empleando todos los recursos que podía de la Agencia para intentar dar con Kazinsky.

Era un ejercicio infructuoso: prácticamente no teníamos nada con lo que seguir adelante —mi creencia de que el Coronel se había dirigido hacia el norte y había vuelto a casa no era más que una conjetura— y cuando, seis semanas más tarde, tres equipos de la Agencia no habían encontrado ni rastro de él, Halcón decidió sacar a Clay Powell de la Tumba y asignarles el cometido a Madeleine O’Neill y a él. La decisión me tranquilizó: Kazinsky había desaparecido, sí, pero esto me decía que a Halcón le preocupaba mucho más el Coronel de lo que había dicho.

Diez días después de que asumieran dicho cometido, un sábado por la mañana recibí un mensaje de Clay en el que me decía que Madeleine y él venían a verme. Traté de ponerme en contacto con ellos, pero ya estaban de camino, de manera que los recibí a la puerta de la mansión sin saber cuál era el motivo de su visita. Habían llegado en un *jet* de la Agencia con dos escoltas y no tardó en ser evidente que ya habían hecho al menos una cosa inusual: el maratón de cine para pacientes y personal que solía celebrarse los sábados en el antiguo salón de baile de la mansión se había cancelado.

Conmigo cojeando —todavía no me habían permitido ni siquiera intentar empezar a correr— fuimos hacia lo que ahora era el cine

mientras Clay me decía que Halcón había propuesto que Madeleine y él viniesen a Saratoga a ponerme al día. Yo sabía que en la Agencia nadie era tan considerado, pero, más allá de eso, no me dio ninguna explicación.

Cuando los escoltas comprobaron las habitaciones cercanas para ver si en ellas había civiles y ocuparon sus posiciones para impedir que nadie entrase, nos sentamos y permanecimos a la espera mientras Clay empezaba a proyectar imágenes y vídeos en la pantalla de cine desde su ordenador portátil. La primera era de un puerto en el Caspio rodeado de montañas: se trataba de Nowshahr, el puerto iraní donde yo había sugerido que Kazinsky se habría subido a un carguero que lo llevaría al norte.

—Con ayuda de las imágenes de su cara cuando estaba repostando en el búnker, los primeros equipos revisaron todas las cámaras de seguridad del muelle que pudieron encontrar, en busca de una correspondencia —contó Clay—. Al no conseguir nada, probaron suerte con el puerto de Bandar-e Anzali, al oeste. De ahí tampoco salió nada, pero eso no quería decir que Kazinsky no hubiese encontrado un barco: tan solo que el equipo no había logrado identificarlo en las imágenes.

—Así que probaron a hacerlo a la inversa —explicó Madeleine—. Elaboraron una lista de todos los barcos que habían zarpado de los dos puertos en los diez días siguientes al ataque a Zahedán. Después comprobaron las rutas y probaron a ver si localizaban a Kazinsky desembarcando en alguno de los tres puertos rusos del Caspio.

—¿Y tampoco nada? —pregunté.

Los dos negaron con la cabeza.

—Así que los analistas y los agentes empezaron a pensar que tal vez no se hubiese subido a un barco y que necesitaban ampliar la búsqueda —continuó Madeleine—. Una labor que ya era formidable pasó a suponer más trabajo aún, hasta que Halcón acabó perdiendo la paciencia y entramos en escena nosotros.

—Volvimos al punto de partida —dijo Clay—. Nos pusimos a buscar de nuevo en el puerto de Nowshahr...

—Y cuando llevábamos diez días sin ningún resultado, Clay tuvo uno de sus momentos de lucidez —lo interrumpió Madeleine—. Planteó: ¿y si Kazinsky se subió a un barco que zarpó de Nowshahr pero no llegó a su destino? Pongamos que pasó algo y el barco tuvo que hacer una parada no prevista y él desembarcó. Eso no estaría en las imágenes ni en los datos que habíamos revisado...

—¿Una avería, algo por el estilo? —apunté mientras me echaba hacia delante.

—Sí, es posible —repuso Clay—. O incluso esto.

Proyectó una imagen de un satélite meteorológico en la que un

frente tormentoso barría Irán y el vasto mar Caspio. Era un espectáculo increíble: el Caspio es el lago más grande del mundo y la tormenta lo cubría casi por completo. Aparte de su tamaño, el Caspio también es único en otro sentido: si se viaja al norte, Europa queda en la orilla izquierda y Asia en la derecha; literalmente se navega entre dos continentes.

—Desde hacía días soplaban fuertes vendavales —dijo Clay—. Este azotó dos días después de que se lanzara el ataque sobre Zahedán: el tiempo suficiente para que Kazinsky llegara en coche, subiera a bordo de un barco sin que nadie lo viese y estuviera en aguas abiertas.

—Los partes meteorológicos advertían que el viento había estado soplando con fuerza desde el sur todo el día —siguió Madeleine, y a continuación abrió el maletín que llevaba y sacó unos papeles—. Luego, cuando cayó la noche, la cosa se puso fea de verdad. Con cada hora que pasaba las olas eran más altas y la depresión barométrica mayor. A medianoche ya era una tormenta de campeonato.

—Según los registros marítimos, hubo un barco que corrió un gran peligro —contó Clay. Subió una imagen de un viejo carguero con vetas de óxido en el casco y humo negro saliendo por la chimenea—. Se trataba del *Caspian Legend*.

—No es el barco en el que me gustaría estar en medio de una tormenta —señalé.

—Se construyó en el 74, y debería haber ido al desguace hace años —informó Clay—. El capitán opinaba lo mismo que tú, y así lo dice en su informe: a su juicio, la embarcación apenas se hallaba en condiciones de navegar cuando hacía buen tiempo.

Madeleine sacó otro documento, escrito a mano en ruso, y me lo dio. Leí por encima el informe del capitán y me dijo lo bastante para ser consciente de la pesadilla que tuvo que vivirse a bordo: cada vieja plancha de acero estremeciéndose y gimiendo con la arremetida de los elementos, el agua entrando como una pared negra cada vez que se hundía la proa, la herrumbrosa cubierta pugnando por emerger de la tromba y la sirena de niebla sonando por ningún motivo aparente salvo mostrarse desafiante ante el terror.

Según su informe, el *Legend* había salido de Teherán con una pesada carga de piezas de equipos de minería usadas y se dirigía al puerto ruso de Majachkalá cuando —a las 3.14— parte de la carga se soltó y se desplazó en la bodega. Eso habría hecho que casi cualquier otra embarcación se fuera a pique, pero, si se leía entre líneas, era evidente que el carguero estaba en manos de un lobo de mar. A juzgar por la impresión poco favorable que daba en la fotografía que se adjuntaba, uno jamás habría dicho que fue su destreza la que salvó su barco.

Cuando la tormenta alcanzó su clímax —con los doce miembros de la tripulación acobardados en el tambucho, plenamente conscientes de

que lanzar los botes salvavidas sería imposible, y menos aún sobrevivir en ellos—, el timonel vio unas luces de edificios lejanas en la costa europea.

«¡Bakú!», gritó al capitán, y señaló. La tenue luz la irradiaban las pantallas led que recubrían las Flame Towers —un trío de extraños rascacielos puntiagudos— y le dio a la tripulación la oportunidad de identificar exactamente dónde estaban.

Bakú, la capital de Azerbaiyán, se encuentra en el extremo de una península y, guiados por sus luces, el capitán y timonel se las arreglaron para navegar hacia ellas, dar la vuelta a la punta y entrar renqueando en el puerto de la ciudad.

Dejé a un lado el documento y miré a Clay y Madeleine.

—Bien —habló Clay—. Teníamos un barco que salió de Teherán y se dirigía hacia un puerto ruso, pero tuvo que hacer una escala imprevista en Bakú. A menos que se mirara en los registros detallados, nadie lo habría sabido.

Asentí.

—Pero ¿Kazinsky iba a bordo? —pregunté—. ¿Desembarcó en Bakú?

5

—No según la lista de tripulantes o el manifiesto de carga —contestó Clay.

—Pero Kazinsky no estaría en ninguno de esos dos documentos, ¿no os parece? —apunté—. Es ilegal o supone una infracción de la ley de navegación marítima llevar a bordo a un pasajero clandestino.

—Naturalmente..., pero a cambio de la cantidad adecuada de dinero, podría darse el caso —adujo, risueño, Clay—. Así que miramos con lupa todas las imágenes que pudimos encontrar del puerto desde el momento en que el *Legend* llegó a Bakú hasta que zarpó. —En la pantalla apareció un vídeo granulado, de mala calidad, del muelle, los almacenes y el barco—. Pero no sirvió de nada: la tormenta había destrozado la mayor parte de las cámaras de vigilancia del puerto y el lugar estaba sumido en el caos.

—¿No hay ni rastro de él? —quise saber.

Los dos negaron con la cabeza.

—Después Madeleine me preguntó cuánto pensaba yo que habría tenido que pagar Kazinsky al capitán del barco para que lo llevase —contó Clay.

—Era hablar por hablar, pero me dio que pensar —prosiguió Madeleine—. Los tipos como Kazinsky son terroristas, no van por ahí con la cartera llena de fajos de billetes, ni tienen tarjetas de crédito y

cuentas bancarias. ¿Cómo pagó por el viaje? Con qué realizó la transacción, me refiero.

—Con *tolahs* —aseveré, al caer en la cuenta.

—Exacto —corroboró ella—. Tienen un valor elevado, son fáciles de transportar y de esconder: Kazinsky no tendría billetes, pero probablemente sí una bolsa llena de *tolahs*.

—Ya veo adónde queréis llegar —dije—. En Bakú hay una calle, estrecha y con edificios de piedra a ambos lados, cerca de la ciudad amurallada, ¿no?

Madeleine y Clay se miraron sorprendidos. No se lo dije, pero no habría sido capaz de llegar a esa conclusión de no ser porque, muchos años antes, en los inicios de mi carrera, había estado en Bakú.

Por aquel entonces no eran muchos los occidentales que habían estado allí. Era una ciudad de dos millones y medio de habitantes, lejana y poco visitada. Limitaba con Rusia al norte y en ella se alzaban un puñado de rascacielos y numerosos bloques de pisos corrientes. Hubo un tiempo, sin embargo, hace cien años, en que era la ciudad más rica del mundo, hogar de los Rothschild y otras insignes familias europeas adineradas. Con mansiones extraordinarias, carreras de camellos con monos adiestrados como jinetes, fumaderos de opio y hombres y mujeres desesperados que vendían joyas —y otras muchas cosas— en las calles que rodeaban el casino, probablemente también fuese la más exótica.

Yo pasé en ella, solo, cinco días desquiciantes pero memorables. Fui por trabajo, haciéndome pasar por técnico de plataforma petrolífera, pero mi verdadero objetivo era reunirme con una experta en comunicaciones de mediana edad en unas instalaciones navales rusas cercanas, una mujer de mirada triste —o eso parecía en las fotos— que estaba dispuesta a intercambiar un montón de valiosos códigos a cambio del dinero suficiente para alimentar una ludopatía que se había vuelto insostenible.

La última noche de mi misión, después de esperar un mensaje cifrado suyo que no llegó nunca, fui consciente de que o la mujer había ganado un dineral en las mesas de juego o el FSB, el sucesor del KGB, la había desenmascarado. Incapaz de dormir por si se trataba de esto último y mi propia vida corría peligro, fui al paseo marítimo para esperar hasta que saliera mi vuelo la mañana siguiente. Fue allí, pasada la medianoche, cuando en la orilla rompían olas largas y se avecinaba una tormenta eléctrica —un gran espectáculo de relámpagos sin lluvia—, donde vi algo extraordinario, casi imposible de creer para un joven que había salido de Florida no hacía tanto.

Hace alrededor de ciento cuarenta años Bakú fue el centro del primer y mayor boom mundial del petróleo, la fuente de su riqueza en un primer momento. Un combustible recién inventado llamado

«queroseno» de pronto sustituía al aceite de ballena para iluminar hogares y negocios, y en ningún lugar del planeta había más petróleo —la materia prima de la que se obtenía el queroseno— que en Azerbaiyán. Los magnates del petróleo de nuevo cuño y las interminables caravanas de buscadores de petróleo que llegaban por tierra desde Turquía y Oriente Medio casi ni tenían que abrir un pozo: en Bakú el petróleo literalmente manaba de la tierra.

En lo que pareció poco más que un abrir y cerrar los ojos, los grandes empresarios del momento confluyeron en la ciudad amurallada y festonearon las calles de lujosas mansiones, la mitad de las cuales parecían palacetes franceses al estilo de Bagdad, con fachadas de piedra caliza, cúpulas de cristal y numerosos minaretes. La palabra *moderación* por lo visto no formaba parte del vocabulario de nadie, menos aún de los padres fundadores. Estos solo construyeron un gran edificio público, pero no fue un hospital ni una universidad: fue una réplica exacta del casino de Montecarlo, de estilo Beaux Arts. Ante todo, parecía encarnar el espíritu de los tiempos.

Después, en el apogeo de su esplendor, la muerte llegó al Bakú de antaño. El petróleo era una materia prima demasiado preciada para que su vecino del norte la pasara por alto. En 1920, poco después de que diera comienzo la Revolución rusa, el Ejército Rojo avanzó hacia la muralla de la ciudad y los Rothschild y los de su clase huyeron. Bakú entró discretamente en coma, pero, incluso así, se conservaban algunos vestigios de lo que había sido la vida en la ciudad: de vez en cuando uno podía tropezarse con mansiones opulentas con jardines descuidados y, en algún que otro sitio, el petróleo seguía manando de la tierra.

Casi siempre brotaba desde fisuras en el fondo marino, y había veces en las que —al parecer— uno podía estar en la ventosa orilla y ver que el petróleo se extendía en la superficie del agua. Aunque no era habitual, en algunas ocasiones se incendiaba. Esa noche yo lo vi.

Un rayo bifurcado cayó en el agua y prendió el petróleo, haciendo que cerca de la orilla el mar se alzara en llamas. Mientras las olas llegaban, otras personas se acercaron a mirar, y permanecimos en silencio. Por ahora personalmente nunca he visto nada que me maravillase tanto y me hiciese sentir un miedo tan primitivo como el mar de fuego de Bakú.

De modo que no era de extrañar que no hubiese olvidado la ciudad, y quizá por eso me acordaba, incluso después de una década o más, de una calle sinuosa con varios callejones sin salida donde hombres avispados —cambistas—, instalados en el interior de antiguos edificios de piedra, me llamaban por señas para que entrase.

—Estamos hablando de «la calle del oro», ¿no? —pregunté a Madeleine y Clay.

Ellos se rieron.

—Bingo —confirmó Madeleine—. Cuarenta tiendas (puede que más) donde se puede comprar y vender oro sin que nadie haga muchas preguntas. Si Kazinsky estuvo en Bakú, ahí es adonde iría para cambiar al menos algunos *tolahs* por rublos rusos. A ver, el capitán habría aceptado *tolahs*, pero con un lingote de oro no se puede comprar un sándwich, ¿no?

Clay subió imágenes de la calle, que era exactamente como yo la recordaba.

—Debido al valor de los artículos con los que se comercia en ese sitio, hay cámaras vigilando día y noche —aclaró Clay.

Empezó a poner la grabación de una de las cámaras, un plano general de la calle, y allí —entre grupos diseminados de transeúntes— vi a Kazinsky. La *kufiya*, las gafas de sol y la ropa cubierta de polvo habían desaparecido y habían sido reemplazados por un capote azul marino, unos vaqueros y botas de faena. Con la barba recortada y los tatuajes militares tapados, podría haber sido uno de los cientos de marineros que pasaban por el puerto.

—Sabemos por el código de tiempo de la cámara —continuó Clay— que Kazinsky estaba en la calle después de que el *Legend* zarpase para reanudar su viaje al norte. Así que se quedó en Bakú.

—¿Y ahora? —pregunté.

—Ni idea. Después de que dejara al comerciante de oro lo perdimos —respondió Clay—. Intentamos dar con su huella de voz, pero en el área metropolitana de Bakú hay casi tres millones de habitantes, y no llegamos a ninguna parte. De manera que limitamos la búsqueda a las oraciones del viernes en las mezquitas más fundamentalistas. Conseguimos captarlo (unas pocas frases), pero no lo pudimos rastrear. Ha desaparecido de nuevo.

Solté un taco en voz baja.

—Ese fue el motivo de que Halcón sugiriese que viniéramos a verte —apuntó Madeleine, que por fin explicaba la razón de su visita—. Pensó que tal vez a ti se te ocurriese algo...

En un principio Kazinsky se dirigía hacia el puerto de Majachkalá, pero ¿por qué?, me pregunté. Había otros puertos rusos mucho más al norte. Había comprado un billete a Majachkalá, pero probablemente fuese porque el *Legend* era el único barco que le daría pasaje. Había acabado en Bakú por accidente.

—Kazinsky estaba muy al sur en el país más grande del mundo —dije—. A dos mil *klicks* de Moscú y a cinco mil de Siberia; podría haber ido a cualquier parte.

Madeleine y Clay asintieron: se habían topado con el mismo muro.

—Habéis dicho que os hicisteis con una grabación de su voz en una mezquita. ¿Qué decía? —pregunté.

—Kazinsky estaba hablando con el imán —contestó Madeleine—. Le contaba que se encontraba en el mar cuando estalló la tormenta. En su punto más virulento, el barco estuvo muy cerca de ser aniquilado, pero el Coronel dijo que estaba seguro de que Alá (*subhanahu wa ta'ala*, glorificado y exaltado sea) lo protegía. Dijo que no tenía la menor duda de que él se había salvado por algún motivo.

Me senté más recto.

—¿Y le dio alguna idea de cuál podía ser ese motivo?

—Es posible —opinó Clay—, pero era una mezquita grande, sonó la llamada a la oración y el resto de la conversación la perdimos entre todas las voces.

Como había dicho Rebecca, la suerte se acaba. Aparte de eso, sin ninguna idea, no podía serles de ninguna ayuda: estaba en rehabilitación y lo único que podía hacer era empezar a correr.

6

Fueron unos cuantos pasos dolorosos en el gimnasio al principio, después por los jardines de la mansión cuando fui cobrando fuerzas — los árboles del valle del Hudson una explosión mayor aún de tonos dorados y cobrizos a medida que pasaban las semanas— y por último por las calles que había alrededor de nuestra casa.

Esperaba a que Rebecca se fuera a trabajar —tenía el turno de noche en el MedStar— y muy tarde, mientras el mundo dormía, corría por las carreteras desiertas, llevando mis piernas al límite, desarrollando masa muscular, obligándome a superar la rigidez y el dolor recurrente que sentía en el pie. Corría con rabia y determinación, pero nunca estaba solo: corría con mis recuerdos.

Semana tras semana incrementaba un poco más la distancia, y me acercaba al objetivo de treinta kilómetros cuando una noche, tarde, los árboles que me rodeaban de pronto se iluminaron por detrás. Volví la cabeza y vi un coche —algo poco habitual en esa ruta tan tarde— que avanzaba despacio hacia mí. Llevaba puestas las luces largas, que resultaban demasiado cegadoras para que yo pudiera identificar algo en el vehículo.

El hombre es un animal de costumbres, supongo, así que me aparté y me sumí en las sombras, manteniendo varios árboles de tronco grueso entre mi persona y el vehículo, mientras maldecía por haber sido lo bastante ingenuo y estúpido para no llevar encima una pistola.

El coche bajó la velocidad, pero seguía acercándose, y solo cuando los faros habían pasado prácticamente del todo y dejó de cegarme su resplandor reconocí el coche y vi quién iba al volante: Rebecca. Salí de las sombras y la miré, entre aliviado y exasperado, mientras ella

bajaba la ventanilla del pasajero.

—Perdona, no quería asustarte —se disculpó.

—Creía que estabas trabajando —dije con una profunda sensación de alivio.

—Se equivocaron, me habían doblado un turno. He salido temprano, así que he ido a casa, y, al ver que no estabas, se me ha ocurrido venir a buscarte. —Echó una ojeada a una oscuridad que lo envolvía todo—. Cuando sales a correr, ¿adónde te vas? —inquirió.

—Depende —contesté—. Normalmente hago diez kilómetros más por esta carretera y después, cuando...

—No me refería a eso —precisó—. Me refería a tu cabeza.

Nos miramos en la penumbra.

—¿Por qué no subes? —propuso. Me subí al coche y ella arrancó—. ¿Se repite lo mismo todas las noches?

—¿Los pensamientos? En gran medida —admití.

—¿Vuelves allí, a la playa? ¿A sitios por el estilo?

No dije nada. Rebecca giró a la izquierda, enfiló un camino estrecho y supe que iba hacia una apartada reserva natural con grandes lagunas y sauces de ramas colgantes. Justo cuando nos detuvimos, una bandada de gansos salvajes que se dirigía al sur para pasar el invierno se posó ante nosotros bajo la viva luz de la luna. Eran magníficos y, por pura casualidad, verlos bastó para suavizar el tenso silencio que se había hecho entre nosotros. Rebecca alargó el brazo y me cogió la mano.

—Te he preguntado si vuelves a la playa.

—A otros sitios. A un cañón, sobre todo. Oigo cosas, Rebecca —admití, todavía mirando a los gansos—. No sé por qué, pero a veces presiento cosas sobre lo que está por venir. —Volví la cabeza y vi que me miraba con escepticismo. Esbocé un amago de sonrisa—. Ya, lo sé..., pero me salvó la vida.

—¿Fue cuando estabas con Laleh? —me preguntó.

—No, antes —contesté—. Iba a reunirme con un hombre y la ruta me llevaba por el cañón, pero tuve la premonición de que unos hombres abrían fuego. Fui por un camino distinto y más tarde supe que iban a tenderme una emboscada, a mí específicamente. No eran imaginaciones mías: yo lo sabía, Rebecca.

Ella clavó la vista en mí.

—¿Encontraste después al hombre con el que te ibas a reunir? ¿Te contó él lo de la emboscada?

—No, me enteré de otra manera. Cuando estaba cerca del punto de encuentro, vi que al hombre lo habían crucificado. A su familia la habían encadenado cerca, y me pregunté si me había salvado para poder ayudar a su mujer y dos hijas.

—¿Y lo hiciste? —me preguntó Rebecca—. ¿Las ayudaste?

—No sé con seguridad lo que fue de ellas después, pero les di una oportunidad —afirmé—. La distancia era grande, pero tenía un fusil de francotirador, y en ocasiones pienso que tal vez eso también formara parte de un gran designio. Disparé a los tres soldados que las vigilaban.

—¿Los mataste? —quiso saber.

—Sí. Uno de ellos debió de ser un crío bastante especial: cuando tenía doce años, su hermano y él cuidaron a su padre durante días mientras agonizaba en el bosque. Después lo sacaron de allí y lo enterraron en condiciones. —Hice una pausa—. Le disparé media docena de veces, tuve que hacerlo, pero en ocasiones me pregunto: ¿cuánto mal ha de hacer alguien como yo para que el bien pueda prevalecer?

—Bastante, por lo visto —contestó Becca con frialdad. Noté que su mano se tensaba en la mía—. Y ahora, ¿qué? ¿Todavía oyes cosas?

—A veces oigo lobos —reconocí—. Me dicen que voy a ir a Rusia.

—¿Qué más?

—Ruinas. He estado viendo ruinas. No con detalle; solo una ciudad, creo. Hay un letrero grande en un edificio destrozado. «Be...» y muchas letras que faltan. Luego «Good...» y más espacios. *Be Good*, «¿Sed buenos?», pero a su alrededor ronda la muerte —repuse.

—¿La tuya? —inquirió Rebecca, y cogió aire, claramente temiendo que así fuera.

—No —me limité a decir, y seguí mirando la oscura noche—. La tuya.

7

Al cabo me volví hacia ella y nos miramos a los ojos, pero en su rostro —a diferencia de en el mío, estoy seguro— no vi miedo. Solo tristeza y una gran preocupación por mí.

—¿Crees que podrías estar sufriendo (y ahora hablo como médica) algún tipo de trastorno por estrés postraumático? —dijo con suavidad.

Yo esbocé una leve sonrisa: no cabía la menor duda de que como médica tenía mano. Negué con la cabeza.

—No. —Después me paré a pensarlo—. Claro que no creo que nadie que sufra de estrés postraumático sea consciente de ello, ¿no?

—No es lo frecuente, no —me confirmó, tratando de sonreír a su vez —. Pero tú serías el candidato perfecto. —Se encogió de hombros—. Y solo estoy juzgando por lo que sé. Estoy segura de que hay más.

—Mucho más... y puede que tengas razón —admití—. Pero lo único que sé es que oí cosas, pero no con los oídos, y gracias a eso no morí. ¿Qué dirías que es eso, Becca, una enfermedad o una bendición?

—Creo que estás herido, Ridley —replicó evitando la pregunta—. Es todo lo que digo. Profundamente herido.

—Puede que sea algo bueno —aseveré—. Ya sabes lo que dicen: por una grieta entra la luz.

8

Permanecimos sentados juntos, la mayor parte del tiempo en silencio, hasta que el amanecer iluminó las lagunas. Le había pasado un brazo por los hombros, ambos pensábamos, estoy seguro —de maneras completamente distintas—, en el peligro que amenazaba a la persona a la que queríamos más que a nada en el mundo. No era una exageración: los dos habíamos perdido a nuestros padres y no había más familia en nuestra vida, solo nos teníamos el uno al otro.

—¿Nos vamos a casa? —propuso.

—Te veo allí.

—¿Vas a ir corriendo? —inquirió mientras negaba con la cabeza y sonreía.

Asentí: no sabía explicar el motivo, pero algo me decía que tenía que estar en forma si quería tener una oportunidad de salvarla.

Rebecca se alejó en el coche y yo empecé a correr dando grandes zancadas, cogiendo ritmo, golpeando el asfalto con más fuerza y comenzando a pensar, como siempre, en Kazinsky: el odio palpable, el deseo desesperado de vengarse en persona por haber matado a su hermano, la crueldad a sangre fría, la presencia de mando, la gran experiencia militar y la creencia profunda de que era el elegido de Alá. Toda esa electricidad y ningún enchufe, era lo que me decía una y otra vez. Dios nos asistiera cuando Kazinsky encontrase la toma de corriente.

Corrí más deprisa todavía y, una vez más, lo imaginé en la cubierta del *Caspian Legend*, viendo como se acercaban los nubarrones, sintiendo como arreciaba el viento, y me pregunté: ¿se arrepentía de no haber tenido más elección que servirse del soborno para subirse a un barco que apenas estaba en condiciones de navegar?

Bajé el ritmo de repente cuando se me ocurrió algo y me quedé parado en mitad de la carretera. Claro que Kazinsky tenía elección. No se había visto obligado a comprar un billete para subirse al *Caspian Legend*. No tenía ningún motivo para pensar que lo estábamos buscando: dieciséis hombres habían muerto en el ataque con misiles y él podía haber sido uno de ellos. Lo único que había demostrado lo contrario había sido su huella de voz, y él no sabía que podíamos analizarla. No, debía de pensar que estaba a salvo en el puerto. Que él supiera, nadie lo perseguía: podría haber esperado días para subirse a

un barco, semanas si era preciso, pero decidió ir en el *Legend*. Lo que significaba que *quería* ir a Majachkalá. No había nada aleatorio en esa elección.

«¿Por qué Majachkalá?», me pregunté mientras empezaba a correr de nuevo, energizado otra vez, al mismo tiempo que trazaba mentalmente el mapa del Cáucaso septentrional. Como si estuviese mirando Google Maps, seguí retirándome de la ciudad, ampliando el campo de visión. Entonces lo vi. Puede que en Majachkalá no hubiese nada para él, pero sí lo había a doscientos *klicks*.

Esprinté, bajé por calles peatonales, salí a otra carretera secundaria y atravesé un parque infantil. El atajo me llevó hasta una carretera más ancha, donde vi las luces traseras rojas de un coche que estaba esperando ante un *stop*. Cogí ritmo y aporreé el maletero cuando acababa de arrancar.

Rebecca, sobresaltada, miró por el espejo retrovisor y, al ver que era yo, se detuvo.

—¿Has decidido que quieres pasar la mañana en la cama con tu pareja?

—Langley —dije sudando profusamente, casi sin poder respirar.

—Cómo no —afirmó ella negando con la cabeza exasperada.

9

Solo estaba trabajando el personal del turno de noche, así que a Clay, a Madeleine y a mí no nos costó encontrar unas mesas en un rincón tranquilo de la Tumba para montar nuestra base de operaciones.

Había llamado a Clay desde el coche de Rebecca para decirle que creía que Kazinsky se dirigía a Grozni —la capital de Chechenia— cuando la tormenta azotó al *Legend*, obligándolo a atracar en Bakú. Clay sugirió en el acto que nos reuniéramos los tres en la Tumba y —puesto que el idioma que más se hablaba en Chechenia era el ruso—, llamó a Darren, el archivero de pelo largo y voz de robot, que también hablaba ese idioma con fluidez.

En la pantalla de nuestros ordenadores ya estábamos viendo imágenes de un paisaje urbano bombardeado cuando el muchacho se quitó la mochila y el casco de ciclista que llevaba.

—¿Qué es eso? —inquirió con su habitual voz monótona.

—El corazón de las tinieblas…, incluso para Rusia —contesté—. Grozni.

—La capital de Chechenia —dijo el chico, como si leyese la lista de la compra—. ¿Ha estado allí?

Sonreí y negué con la cabeza.

—Eso no te lo puedo decir.

—Entiendo —contestó, e indicó una escena apocalíptica en una de las pantallas, de los edificios salía humo—. De vacaciones, supongo.

Me volví y me quedé mirándolo, sorprendido: no podía decirlo en serio.

—Era broma —afirmó con rostro inexpresivo.

—Ya. —Lo miré de nuevo, empezaba a caerme bien—. No se lo digas a nadie, pero fui en una misión de inteligencia hace mucho tiempo —conté mientras Darren se sentaba—. Aunque está en Rusia, es una ciudad islámica —continué, para ponerlo al corriente—. Tiene unas cuantas mezquitas radicales, y muchos de los tipos duros de la Spetsnaz eran chechenos. El hombre al que estamos buscando es el tipo al que oísteis contar lo de los lobos en el vehículo blindado. Apuesto a que conoce a alguien en esa ciudad.

—¿Estuviste allí cuando pasó esto? —preguntó Madeleine mientras señalaba la carnicería que se veía en las pantallas.

—No, eso fue antes de que yo empezara a trabajar —repliqué—. Justo después de que se derrumbara la Unión Soviética. Los rusos (los antiguos gobernantes de la provincia) comenzaron a pelearse con grupos de separatistas chechenos enardecidos, los señores de la guerra chechenos se peleaban entre sí y los fundamentalistas islámicos se peleaban con todo el mundo. Al final se firmaron acuerdos de paz, se incumplieron promesas y estalló otra guerra: los mismos actores, pero con alianzas distintas y mejores armas. Sin embargo, los únicos que salieron ganando fueron los enterradores: de una población de poco más de un millón doscientos mil habitantes, murieron nada menos que trescientas mil personas. —Señalé los montones de escombros y algún que otro armazón de un edificio abandonado—. Según Naciones Unidas fue la metrópoli más devastada del mundo. Podría haber sido perfectamente Stalingrado en la Segunda Guerra Mundial.

»Cuando yo fui, ya habían reconstruido la ciudad, lo cual hizo que la experiencia fuese un tanto extraña. No había historia, ni un solo edificio o casa. Su pasado solo existía en el corazón y la cabeza de sus habitantes.

No se lo podía decir, pero estuve en Grozni cuando iba camino de Bakú para reunirme con la espía ludópata que tenía los códigos navales y pasé varios días deambulando por los kilómetros de edificios de viviendas y el puñado de rascacielos anodinos. Por suerte, eso significaba que conocía bastante su geografía y su trazado.

—Bien, ¿cómo llegó Kazinsky a Grozni desde Bakú? —planteé.

—Hay vuelos —apuntó Darren, que se había adelantado y estaba subiendo datos a su pantalla.

—Probablemente destruyese sus papeles —aventuré—. No podría haberse subido a un avión. Y aunque pudiese, sabría que las listas de pasajeros son muy fáciles de hackear: no se habría arriesgado.

—No tiene sentido que coja otro barco a Majachkalá —añadió Madeleine, que miraba un mapa electrónico—. El puerto está a tres horas en coche de Grozni, así que pudo perfectamente…

—Haber ido por carretera desde Bakú —concluyó Clay.

Asentí.

—Hacer autostop y pagar a algún camionero para que hiciera la vista gorda con un polizón en el tráiler. ¿Cómo son las conexiones por carretera? —pregunté, pero Darren ya estaba señalándolas en el mapa electrónico.

—Grozni está a seiscientos *klicks* de Bakú, unas ocho o nueve horas —respondió Clay—. La carretera de la costa, la E119, es la única opción realista.

—No veo en qué ayuda esto —admitió Madeleine—. Si estamos en lo cierto, lo único que sabemos es que Kazinsky estuvo en una carretera larga. ¿Y…?

—Gasolineras —apunté—. Con esa distancia y ocho horas en carretera el camionero tendría que parar para echar gasolina y comer.

—¿Intentamos encontrar las grabaciones de las cámaras de todas las gasolineras? No va a ser fácil —aseguró Clay.

—Tenemos una ventaja —aduje—. ¿Cuántas gasolineras hay en la carretera?

—Diez —respondió Darren antes de que al resto le diese tiempo de terminar de contarlas en el mapa.

—Podría ser peor —observé.

Aunque habían transcurrido varios años, estaba seguro de que una cosa no había cambiado: a medida que se abría paso hacia el norte, la E119 pasaba por delante de cuatro grandes bases militares rusas cuyo cometido consistía en proteger la frontera meridional del país. Lo que significaba que la zona era importante desde el punto de vista estratégico, lo cual a su vez tenía otra consecuencia…

—No me preguntéis cómo lo sé —les dije—, pero hay satélites espía estadounidenses vigilando constantemente la carretera, y, por tanto, de forma indirecta, esas diez gasolineras.

10

La tarea de revisar millones de metros de imágenes de diez estaciones de servicio se vio muy facilitada al saber exactamente el día que Kazinsky había estado en la calle del oro.

Dado cómo había acabado en Bakú, no tenía ningún motivo para retrasar su salida, así que nos centramos en ese día y en los tres siguientes. Clay subió de inmediato las imágenes, nos las dividimos entre los cuatro y empezamos a cribar la infinidad de escenas de la

carretera y los altos en el camino.

Habíamos hecho un descanso para comer y tomar café —pero nada más— cuando Madeleine se puso con las grabaciones de la séptima gasolinera. Hacia la mitad —los ojos vidriándosele al ver otro camión de largo recorrido y otra furgoneta de reparto de la costa—, un camión blanco de dieciocho ruedas entró en el aparcamiento, en el tráiler destacaba un grupo de pingüinos sentados en un iceberg. Aparte de eso no había nada que lo distinguiese de los cientos de camiones grandes que habíamos visto.

Madeleine vio que el camionero se bajaba de la cabina e iba al aseo. Momentos después, cuando estaba a punto de dejar de mirar, la puerta del pasajero se abrió, un hombre se bajó y una alarma estridente hizo añicos la calma de la sala. La inteligencia artificial que Clay y Darren habían instalado para que nos ayudase en la búsqueda —o al menos su *software* de reconocimiento facial— había encontrado una posible correspondencia, y todos rodeamos la mesa de Madeleine.

Solo se veía una pequeñísima parte del rostro del hombre. Ninguna persona le habría prestado atención, y cabía la posibilidad que la inteligencia artificial se hubiese equivocado. Los cuatro miramos fijamente la oreja y la mandíbula, con la esperanza de que se viese más. Pasó un segundo, después otro, hasta que el hombre se volvió para ver un grupo de establecimientos de comida rápida y miró hacia nuestra dirección...

Contra todo pronóstico, habíamos encontrado a Kazinsky.

Sin salir de la sombra que proyectaba el gran camión, examinó los sitios de comida, los surtidores y la estación: todos ellos tenían cámaras en el tejado, que abarcaban las inmediaciones salvo las plazas de aparcamiento, y el terrorista —tan listo como siempre— debió de decidir no acercarse y correr el riesgo de que lo grabasen. Sin abandonar la sombra del camión, caminó arriba y abajo.

Es curioso cómo la historia depende de la cosa más nimia: Saloth Sar, un joven camboyano que estudiaba en París, estaba cruzando la calle una tarde cuando un vehículo descontrolado que iba a gran velocidad le rozó el muslo. En su día, esto sucedió en 1950, los transeúntes dijeron que dos centímetros más y habría muerto. El joven sobrevivió, regresó a Camboya, adoptó el *nom de guerre* Pol Pot y más de dos millones de camboyanos murieron. Dos centímetros que cambiaron el futuro, eso fue todo.

En Bakú era más que probable que Kazinsky hubiese planeado ir en el tráiler de un gran camión y, de haberlo hecho, no habría salido a estirar las piernas, el satélite no habría captado su imagen y nosotros lo habríamos perdido. Sin embargo, el vehículo en el que viajaba no le dio la opción de permanecer oculto: los pingüinos eran el logo de una empresa que vendía pescado congelado, y Kazinsky tuvo que viajar

delante porque el tráiler era un congelador móvil. Veinte minutos en su interior lo habrían matado.

Una vez más, faltó muy poco para que el resultado fuese otro.

11

En cuanto Clay y Darren lo reprogramaron, al *software* no le costó nada seguir el camión blanco. Tampoco es que hubiese montones de pingüinos en la carretera.

Alrededor de la mesa de Madeleine, vimos en las imágenes que el vehículo salía de la séptima estación de servicio, atravesaba una zona cada vez más industrializada al sur de Grozni y aparcaba a un lado de la carretera frente a una estación de trenes.

—No te subas a un puñetero tren —pedí.

Kazinsky se bajó de la cabina, cruzó la carretera corriendo —esquivando el tráfico— y fue hasta una parada de taxis que había junto a la estación. Al que haya visto cómo conduce la gente en Rusia y en las repúblicas de su alrededor, no le sorprenderá saber que al último modelo de taxi le faltaban los dos guardabarros y tenía una gran abolladura en la puerta del conductor. Una vez más, esto hizo que resultase fácil seguirlo.

El taxi se incorporó al tráfico y se dirigió hacia el centro de la ciudad, iba por una carretera amplia que en su día se conocía como Lenin Prospekt. Dejó atrás la espléndida mezquita de la ciudad —una de las mayores de Europa, construida donde tiempo atrás se alzaba el palacio presidencial, que habían bombardeado— y diez minutos después llegó a la arteria principal del centro. Su nombre decía más que cualquier libro de historia de quién había acabado ganando tras décadas de conflicto en Chechenia. Se llamaba Vladimir Putin Prospekt.

Por último, vimos que el taxi entraba en una zona repleta de bloques de viviendas, cada edificio tan insulso y mal construido como el de al lado. Aunque las imágenes por satélite eran buenas, no nos permitieron ver a qué timbre —de entre las decenas que había— llamó Kazinsky ni quién le abrió, de manera que no pudimos identificar quién era su contacto o su amigo.

Madeleine pidió ayuda a la NSA y pasamos horas buscando en imágenes hackeadas de tres cámaras de seguridad que cubrían las distintas entradas del bloque. Por supuesto, la vigilancia masiva es algo terrible... hasta que es más de medianoche y uno está intentando dar con el hombre más peligroso del mundo.

Dando gracias por la ausencia de privacidad, vimos que Kazinsky salía del bloque de viviendas tres días después de llegar. Lo que hizo o

de lo que habló exactamente durante ese tiempo nunca lo sabremos, pero por la mañana temprano salió con un hombre que parecía esculpido en granito. Calvo y con la cabeza con forma de bala, tendría unos cuarenta años, la espalda ancha, mucho músculo en los brazos y una poblada barba negra.

Madeleine abrió su portátil de inmediato para acceder a su base de datos, pero, aunque la tecnología de reconocimiento facial no encontró ninguna correspondencia con ningún excombatiente del ISIS, un aspecto de su vida era evidente: en un abultado bíceps, apenas visible bajo la ceñida camiseta, vi que tenía un tatuaje de la Parca, salvo que en lugar de una guadaña, al hombro llevaba un fusil de asalto ruso. Ese tatuaje era casi obligatorio entre los Spetsnaz.

Vimos que los dos hombres se subían a un viejo Lada y, con el compañero al volante, salieron de la ciudad. Entraron en una zona densamente boscosa y seguimos el asfalto unos treinta kilómetros. Todo ello gracias a un satélite cuyo objetivo era una fábrica de productos químicos cercana, muy vinculada al ejército ruso, que en teoría producía cloro industrial pero también, muy posiblemente, algo bastante más siniestro. En un club de carretera abandonado que se alzaba frente a una gran intersección, cuyo terreno cubierto por la maleza todavía estaba repleto de viejos casquillos, giraron a la izquierda y siguieron una valla electrificada que separaba el bosque de una amplia explanada desprovista por completo de vegetación. Era un aeródromo militar.

El coche frenó y fue hacia la entrada, una verja de acero dominada por un fortín de hormigón que vigilaba una docena de soldados rusos. Mirábamos con atención las imágenes, sin tener la menor idea de lo que estaba haciendo Kazinsky.

—¿Conoces ese sitio? —me preguntó Clay.

—No —admití—. Pero es del ejército, y el que nos ocupa es uno de los terroristas más buscados del mundo. No es una buena combinación. —Detuve la grabación—. Llama a Halcón. Tiene que ver esto.

12

El director llegó a los veinte minutos, tan impecable como siempre, aunque aún faltaba para que amaneciese. Los cuatro llevábamos casi veinticuatro horas revisando grabaciones y el esfuerzo empezaba a dejarse sentir.

—Parecen agotados —nos dijo mientras se aproximaba, antes de detenerse y dirigirme una mirada de reojo cargada de implicaciones —. ¿Se puede saber qué demonios está haciendo usted aquí? ¿No se

supone que está en rehabilitación?

—Técnicamente sí, pero es posible que opine que esto vale la pena.

—¿Por qué? ¿Qué tienen?

—No estamos seguros, pero es interesante.

Se paró frente a la pantalla, saludó con la cabeza a Clay y Madeleine y miró a Darren. Me ocupé de las presentaciones y resultó que casi valió la pena estar despierto toda la noche para vivir el intercambio que se dio a continuación.

—Darren James, este es Halcón Rourke, director de la CIA —dije.

—Hola, señor Rourke —contestó Darren con su habitual voz monótona—. He visto su fotografía en el periódico, señor. Es un honor conocerlo. —Le tendió la mano.

Halcón se la estrechó mientras miraba con recelo a Darren. Probablemente nunca hubiera oído a nadie hablar como él.

—No tiene por qué estar nervioso: solo estamos intentando desentrañar un misterio.

—Ah, no, lo de Darren no son nervios —aclaró Clay—. Siempre es así.

Dio la impresión de que era la primera vez que Halcón coincidía con uno de los empleados más raros de la Agencia.

—Darren habla ruso —añadí.

—Interesante —observó Halcón—. ¿Dónde lo estudió, Darren? ¿En Yale, Harvard?

—En el sótano de mi casa —contestó el chico—. Con Google Translate.

—No sabía que se podía hacer eso —afirmó impasible el jefe de espías.

—No es difícil —explicó Darren—. Se introducen frases, se lee la traducción y luego, *online*, se escucha cómo se pronuncian. Al principio fue lento, pero puedo ser muy concienzudo. Estoy en el espectro. Tengo autismo, señor Rourke.

—¿En serio? —inquirió Halcón.

—Y bastante, según algunos.

—Bueno, ¿qué sabrán ellos? —planteó Halcón—. A la mayoría le gusta ver a gente zurrándose en jaulas; ¿vamos a hacerles caso?

Darren negó con la cabeza.

—Darren encontró el vehículo blindado que condujo a la identificación de la huella vocal de Kazinsky —contó Clay.

—Un trabajo excelente —lo alabó Halcón—. Me alegro mucho de que esté con nosotros.

—Gracias, director —contestó Darren—. Se lo diré a mi padre: dice que es usted una de las peores personas de América.

Procuré no reírme.

—En fin, nunca se sabe. Es posible que su padre tenga razón —

aseveró el director de la CIA, y decidió que había llegado el momento de continuar—. Ha dicho usted que han encontrado algo interesante.

Le di a reproducir y vimos que el Lada entraba en el recinto y, escoltado por un vehículo militar, se adentraba en la base. Fue hasta un aparcamiento contiguo a un hangar aislado y encontró un hueco entre decenas de coches más o menos igual de hechos polvo. Una larga fila de hombres vestidos con ropa de civil y —algo poco común en Chechenia y el ejército ruso— algunas mujeres avanzaban despacio hacia una puerta. Kazinsky dejó a su compañero atrás, se bajó del coche y se unió a la fila.

—¿Qué demonios es este sitio? —quiso saber Halcón.

—Un aeródromo militar a las afueras de Grozni —dije.

—Por Dios... —exclamó Halcón mientras señalaba la cola—. ¿Qué están haciendo?

—No estamos seguros. ¿Acreditación? —sugirió Madeleine—. ¿Reclutamiento, tal vez? —Miró otra pantalla y subió un mapa de vigilancia de la zona de la Agencia—. La base de datos no nos ayuda mucho —comentó—. El hangar figura como abandonado.

Apunté a algo que se veía en la pantalla.

—La mujer, la cuarta empezando por delante —dije—. Está leyendo un papel. Y algunos de los otros también lo tienen. Haz zoom, Clay.

El documento apareció más y más ampliado en la pantalla, borroso al principio, pero nítido a continuación. Se atisbaba un título en la parte superior, unas pocas palabras en alfabeto cirílico.

—Pone «Reglamento especial de...» —tradujimos al unísono Darren y yo—. Creo que es el nombre de un sitio —continué—. Una ciudad, tal vez. Empieza por B. No veo.

—¿Qué hay del resto que tiene el mismo papel? —sugirió Halcón, y se volvió hacia Madeleine—. Llame a la NSA y mire a ver si nos pueden decir cómo termina la frase. Si son capaces de dar con una langosta como por arte de magia, deberían poder hacer esto.

—Reglamento especial —repetí mientras miraba a la mujer—. Algo restringido... un lugar que no se puede visitar o en el que no se puede vivir sin un permiso especial, quizá. ¿Un ZATO?

—Podría ser —convino el director pensando. Vio que Madeleine, que estaba al teléfono con la NSA, nos miraba. Estaba especializada en Oriente Medio, no en Rusia—. Un acrónimo ruso —aclaró Halcón—. Es una ciudad cerrada en la que los extranjeros tienen prohibida la entrada y en la que los viajes, la residencia y las comunicaciones están controlados con mano de hierro. En algunas de ellas ni siquiera se puede tener un teléfono móvil.

—Hay cuarenta ZATO —añadió Darren con su voz monótona, sin necesidad de consultar la pantalla o unas notas—. Leí cosas sobre esos sitios cuando estudiaba con Google. Es muy interesante. Solo hay una

ciudad que empieza por la letra B. Igual que Severomorsk, donde tiene su base la Flota del Norte, o el Vector, el laboratorio de armas biológicas de Siberia, es de Clase Uno: la más segura.

Los demás lo mirábamos con cara de sorpresa.

—Y bien —dijo pacientemente Halcón—, ¿cuál es el ZATO que empieza por B?

—Baikonur —contestó.

Halcón y yo nos miramos.

—¿El cosmódromo de Baikonur? —inquirí—. Si Madeleine está en lo cierto y el hangar es un centro de acreditación, ¿por qué demonios va allí Kazinsky?

—No tengo ni idea —reconoció Halcón—, pero en Baikonur pasan cosas extrañas, y al ser un ZATO, es casi imposible averiguar exactamente qué... —Se encogió de hombros, como para restarle importancia, pero yo lo conocía mejor que la mayoría: bajé la vista y me percaté de que abría y cerraba la mano. El jefe de espías sabía lo suficiente para estar preocupado.

13

—¿Qué clase de cosas? —quise saber.

—No estamos seguros: investigación, armas biológicas, guerra química, muchas relacionadas con el espacio —contó Halcón—. Es la instalación espacial más grande y con más historia del mundo. La nave que llevó a Yuri Gagarin al espacio (el primer ser humano que salió de la atmósfera terrestre) se lanzó desde Baikonur. Una única órbita, tan solo cien minutos, pero marcó el inicio de la carrera espacial.

»Como ellos tenían a Gagarin —continuó—, nosotros pusimos a Armstrong en la Luna y enviamos al *Voyager* más allá de Neptuno. Ahora, al parecer para investigar los orígenes del universo, los rusos están utilizando naves pilotadas por control remoto para traer muestras de todos los asteroides que puedan encontrar.

—¿Es que no estamos haciendo eso mismo nosotros? —apunté.

—Lo está haciendo todo el mundo (los europeos, los chinos), pero no en tal medida. A los rusos les interesa mucho la minería espacial.

—Qué guay —opinó Darren.

Halcón sonrió.

—Guay, sí: y el que salga airoso, guiará al mundo hasta la última frontera. Será como una fiebre del oro...

—¿Superará a Bakú? —inquirí.

—Hará que Bakú parezca una minucia: superará a Klondike, superará a Silicon Valley, superará incluso a la IA. Superará todo cuanto se conoce en la historia. Pero hay algo mucho más importante

que el dinero. Mire las tierras raras: hay diecisiete, se utilizan en toda clase de cosas, desde teléfonos móviles hasta bombarderos furtivos. Hoy en día no se puede comprar un coche, un ordenador o un dispositivo electrónico que no las tenga. China controla más del noventa por ciento de su minería y su procesamiento. Aparte de Pekín, ¿quién cree que es buena idea?

»Salimos a ver la Luna —continuó—. Colocamos una bandera y no volvimos, pero nuestro vecino más cercano tiene una gran concentración de esos minerales, y es solo un cuerpo celeste. Hay millones que tienen oro, magnesio, níquel y todos los demás elementos de la tabla periódica. Y eso le interesa al Kremlin.

—¿Y por eso la sola mención de Baikonur hace que se ponga usted nervioso? —le pregunté.

—¿Nervioso? —repuso el director de la CIA negando con la cabeza—. ¿Yo?

Le miré la mano cerrada. Él siguió mis ojos y se rio.

—¿Qué es lo que yo decía siempre? Que por la forma de moverse de un hombre se pueden averiguar muchas cosas.

Sonreí mientras Clay y los demás nos observaban con cara de desconcierto.

—Baikonur es un lugar misterioso y Kazinsky probablemente sea el hombre más peligroso del mundo —adujo Halcón—. Siempre me pone nervioso lo que no entiendo. —Señaló la pantalla del ordenador en la que se veía a Kazinsky haciendo cola a la puerta del hangar—. Dígame, ¿qué rayos está haciendo ahí?

Mientras todos clavábamos la vista en el Coronel, Darren subió imágenes de Baikonur en otra pantalla. Con independencia de la estación del año, parecía un mundo postapocalíptico: tormentas de polvo que asolaban un paisaje llano y árido, ventiscas de nieve que cubrían los huesos secos de animales mientras el tono sepia de antiguas prisiones, multitud de ratas e hileras de tumbas solitarias surgían a través de un viento aullador.

—Baikonur se encuentra en la estepa, el erial que se extiende hasta Asia Central —informó Halcón—. Se fundó hace cien años como campo de prisioneros, formaba parte del sistema gulag de Stalin, y ahora es una ciudad de cien mil personas. Ha visto mucha muerte: primero la prisión, después las víctimas de los inicios de la ingeniería espacial y luego con el programa espacial. Todavía ostenta el récord del peor accidente acaecido durante el lanzamiento de un cohete. Tal vez lo que dicen sea cierto, que el mal puede arraigar en un sitio. Baikonur encierra muchos misterios, pero una cosa es segura: cuenta con varias mezquitas radicales. No me gusta. Esa combinación no me gusta ni un pelo.

—A mí tampoco —coincidí—. En Rusia hay un dicho: «Se comparte

todo cuanto se tiene en abundancia».

—Y sabemos cuál es la riqueza de Kazinsky —añadió Halcón—. ¡Maldita sea! ¿Por qué no acabamos con él en Irán? ¿Cuánta ventaja nos saca?

—La suficiente —contestó Clay—. Las imágenes del centro de reclutamiento son de hace un par de meses.

Halcón hizo un gesto afirmativo y después, a todas luces pensando en el futuro, miró a Darren.

—¿Qué grado de autorización tiene?

—No muy alto, no como las personas que están aquí —contestó Darren—. Pero puede confiar en mí, señor Rourke.

—Pues sí —afirmó sonriendo el director—. En su padre..., no tanto.

—No, en él desde luego que no —confirmó Darren.

—Muy bien, está dentro —decidió Halcón—. Son un equipo. Tienen cinco días. Confiaremos en que todo salga bien, pero nos pondremos en lo peor; es posible que tengamos que ir a por él. Ocúpense de la parte histórica: quiero todo lo que exista sobre Baikonur.

Las cosas avanzaban deprisa, y exhalé un suspiro de alivio: tal y como había previsto, todo apuntaba a que iba a ir a Rusia. Me volví hacia Clay, tomando el mando.

—En primer lugar, necesitamos una zona de trabajo privada...

—¿Qué está haciendo usted? —inquirió Halcón.

—Organizarnos —aseveré.

—No, de eso nada. Usted se pondrá en forma de nuevo, eso es lo que tiene que hacer.

—Lo que tengo que hacer está aquí: Baikonur —objeté.

—Ni siquiera sabemos si Kazinsky está ya allí, y, si lo está, por qué. Sea lo que fuere, estoy prácticamente seguro de que es solo un alto en el camino. Párese a pensarlo: es posible que ya haya estado allí y se haya marchado. Si quiere ser de ayuda, termine la puñetera rehabilitación.

14

Alcancé el objetivo que me habían marcado, correr treinta kilómetros, todas las noches durante los cuatro días que siguieron y, debido a ello, me sentí lo bastante seguro para presentarme en el Walter Reed un día de entre semana temprano para que me examinase un panel de médicos cuya intención, como no tardó en ser patente, era enviarme directamente al desguace en lugar de autorizar mi regreso al servicio activo.

Me sometieron a tal cantidad de pruebas físicas y médicas que empecé a pensar que, después de todo, lo que me había pasado en Irán

no era tan malo. Así y todo, a media tarde conseguí completar la prueba de agilidad de Illinois y los médicos acabaron rindiéndose y me declararon apto; al menos físicamente.

Al día siguiente estaba sentado en el amplio despacho de Lucas Corrigan, mirando por el cristal blindado de diez centímetros los jardines que rodean lo que se conoce como el «edificio de la sede original», mientras él leía los informes médicos.

—Vaya, impresionante —comentó sonriéndome.

Pensé que la cosa iba a ir bien. Nos miramos unos instantes, pero el hombre era tenaz.

—Bien, hábleme de los ataques de pánico —pidió.

Tardé un momento en responder.

—¿Qué ataques de pánico? —dije tratando de parecer más seguro de lo que me sentía.

Corrigan no se lo tragó.

—Después de lo que vivió, si no sufriese crisis de ansiedad le tomaría el pulso para asegurarme de que no está muerto —aseveró con ecuanimidad.

Seguimos mirándonos. Era lo de siempre: si estás en un hoyo, lo mejor es dejar de cavar. No dije nada.

—Sabe de lo que le estoy hablando —me reprendió de buenas maneras—. La ansiedad, los sudores nocturnos, el corazón acelerado y el hormigueo en las manos. Cuando nos hayamos ocupado de esto, quiero que me hable de la sensación de no tener el control, del miedo a la muerte (ya sea la suya o la de alguien a quien ama), de no querer cerrar los ojos porque sabe adónde lo llevarán los sueños. ¿Quiere que siga?

¿Qué podía decir? Era de una precisión inquietante. Sobre todo lo de temer la muerte de un ser querido. «Rebecca en la ciudad en ruinas», pensé. Después miré a Corrigan y me llamó la atención algo de su descripción: su relato era demasiado bueno, demasiado vívido, tanto que era imposible que saliese de un libro de texto.

—Usted lo ha vivido en primera persona, ¿verdad? —le pregunté.

Me miró fijamente.

—¿Irán, Pakistán, el golfo Pérsico? —Se rio—. No, no estoy loco: ni me he acercado a esos sitios.

—No me refiero a los sitios, sino a estar tras las líneas enemigas, en un lugar similar —puntualicé.

Vi que su frente se llenaba de arrugas en señal de concentración.

—Enhorabuena —dijo en voz queda—. Sí, está usted en lo cierto: los dos sabemos lo que se siente.

—Yo tenía siete años —contó—. Vivía en lo que por aquel entonces era Saigón. Puede que haya oído usted que mi padre era el jefe del despacho de Vietnam durante los últimos años de la guerra.

—Sí, está en boca de la gente —reconocí—. Sobre todo lo de los cinco millones de dólares americanos en billetes que se convirtieron en humo.

Corrigan se encogió de hombros.

—La guerra no iba bien, pero a finales del 74 Saigón, aparentemente, no corría peligro, así que mi madre, que quería que fuésemos una familia a toda costa, hizo una maleta para ella y para mí, cerró con llave nuestra casa en una zona residencial de Washington y se instaló en el recinto de la embajada de la que en su día había sido la ciudad más elegante de Asia.

»En abril del año siguiente el número de refugiados iba en aumento, pero nadie lo habría dicho: los bulevares en los que estaban las tiendas de moda se hallaban abarrotados, los clubes de chicas florecían y los analistas en Langley decían que estaríamos a salvo durante al menos nueve meses más. Lo cual no resultó lo que se dice preciso. —Sonrió.

»Cinco días después los norvietnamitas lanzaron una gran ofensiva y, antes de que nos diéramos cuenta, cien mil soldados enemigos habían rodeado Saigón. A los nuestros les entró el pánico en el acto y pusieron en marcha un plan para evacuar a un gran número de americanos y survietnamitas leales en aviones que salían del aeropuerto de Tan Son Nhat. Y todo fue bien hasta que la artillería atacó el aeropuerto. Unas horas después lo abandonaron por completo cuando un piloto survietnamita que volaba en un bombardero cargado hasta arriba desertó en pleno vuelo y destruyó la única pista que aún se hallaba en funcionamiento.

»De manera que solo había una opción —prosiguió Corrigan—. Los generales iniciaron la mayor evacuación en helicópteros de la historia. Estábamos en abril, pero la radio de las Fuerzas Armadas empezó a poner *White Christmas*, de Bing Crosby, y yo estaba entusiasmado. Pensé que Papá Noel iba a venir antes de tiempo…, hasta que mi madre me aclaró que era una señal preestablecida para que todos los ciudadanos estadounidenses se dirigiesen al punto de evacuación más cercano.

»Uno de los lugares era la embajada de Estados Unidos, pero como el Vietcong estaba entrando en la ciudad y comenzaban a tomarse medidas de represalia, al recinto también se estaban dirigiendo miles de survietnamitas. En cuestión de horas aquello era el caos: helicópteros de Air America que despegaban y aterrizaban en azoteas, americanos que intentaban entrar en la embajada, padres vietnamitas con hijos pequeños que trepaban los muros de casi cinco metros, diez

mil personas apiñadas que se aglomeraban fuera, en la calle, una multitud que a los marines les costaba mantener a raya: era una locura.

»Mientras tanto, en el jardín de la embajada, los agentes de la CIA quemaban archivos y listas de informantes. Los documentos de carácter más confidencial se enviaban al incinerador industrial... —refirió—, del que se encargaba mi padre y donde quemó los cinco millones de dólares.

Corrigan hizo una pausa y yo vi que había palidecido: había partes de la historia que todavía lo llevaban de vuelta a ese lugar.

—Mi padre... —dijo en voz baja—. En cualquier caso, la noche cayó —continuó—. El tiempo contribuyó a aumentar la sensación de fatalidad (todos esos chaparrones tropicales y esos truenos ensordecedores) cuando mi madre me sacó de nuestra casa al otro lado del recinto. No recuerdo sentir miedo, eso vino después: yo estaba con mi madre y todo parecía una aventura. Nos acompañaba una buena amiga, la esposa de un diplomático estadounidense (una mujer de más de sesenta años que no gozaba de buena salud y estaba agotada), que llevaba una maletita en la que guardaba sus posesiones más preciadas.

»Ante la verja de la embajada, los marines apuntaban con sus armas a la multitud para intentar contenerla, mientras que en el interior miles de personas corrían en desbandada para llegar al aparcamiento al aire libre. El centro estaba rodeado por vehículos de la embajada que tenían los faros encendidos para convertir el espacio en un helipuerto. En él se encontraba un helicóptero de transporte militar Sea Stallion. Incluso con el sonido del motor, todo el mundo oía otros dos helicópteros que daban vueltas en el cielo. Entre las personas que ocupaban las calles se extendió el rumor de que eran los últimos aparatos que saldrían, lo cual provocó un desenfreno aún mayor para escalar los muros y llegar al aparcamiento. Resultó que el rumor no era cierto, pero la noche no ayudaba.

»Mi madre (que seguía llevándome en brazos) y la mujer del diplomático consiguieron llegar al aparcamiento. Mi madre se dirigió hacia el centro, abriéndose paso entre la multitud y dando codazos los últimos metros. Gracias a Dios uno de los marines la reconoció y apartó a la gente con la carabina para abrir un pasillo que llevaba hasta la plataforma improvisada. Mi madre sintió un profundo alivio: lo habíamos conseguido.

»Solo entonces se dio cuenta de que, en medio de aquel caos, la mujer del diplomático, su mejor amiga en el país, no había podido seguirle el ritmo.

16

Lucas buscó algo en el último cajón de su mesa, sacó una fotografía enmarcada y desvaída y me la dio. Vi a un niño con el pelo rubio alborotado y ojos verdes que estaba cerca de lo que probablemente fuese el río Saigón e iba cogido de la mano de una mujer atractiva y de porte atlético —su madre—, que le pasaba el otro brazo por el hombro a una mujer mucho mayor y de aspecto frágil.

—¿Su amiga? —pregunté. Tal y como estaba, no era de extrañar que se hubiese quedado atrás.

—Mi madre la buscó entre la gente detrás de nosotros, pero no fue capaz de verla —continuó Corrigan—. A nuestro alrededor, los que estaban siendo evacuados (que enseñaban el pasaporte o el visado a los marines) corrían por el aparcamiento hacia el enorme helicóptero. Junto a las puertas un tipo con mono que parecía colocado (un oficial responsable de carga) realizaba extraños movimientos de baile y los hacía subir a bordo.

»No cabía la menor duda de cómo abordaría la situación mi madre, que al fin y al cabo era hija de un general de la Marina. Se volvió, y recuerdo que me dejó en el suelo y se agachó para mirarme a la cara: “Corre, Lucas —me dijo—. ¿Lo entiendes? Corre al helicóptero. Mamá tiene que ir por la señora Lawford. Iré dentro de dos minutos”. Debí de asentir, pero fue la primera vez que recuerdo haber sentido miedo. Mi madre me dio la vuelta y más tarde me dijo que vio como me unía al enjambre de personas que cruzaban el aparcamiento. Convencida de que yo iba hacia el helicóptero, volvió a sumergirse en la marea humana que tenía detrás, decidida a encontrar a Kathy Lawford y regresar conmigo lo antes posible.

Corrigan se encogió de hombros.

—Lo que no sabía era que yo me asusté más aún, me volví cuando había cruzado medio aparcamiento e intenté ir con ella. Lo más probable es que ninguno de los adultos, desesperados por subir a bordo, se diese cuenta.

»Volví con el joven marine que nos había despejado el camino, pero no me vio, estaba enzarzado en una discusión con un vietnamita agresivo. En cualquier caso, lo dejé atrás, me zambullí en la multitud y empecé a llamar a mi madre. No se me ocurrió que con todo el ruido que había era imposible que me oyese. Me adentraba cada vez más en el caos y pasé por delante de tres marines que, apuntándolos con las armas, estaban obligando a dos oficiales superiores del ejército survietnamita a abrir las maletas que arrastraban hacia el improvisado helipuerto. Incluso el gentío enmudeció cuando volcaron las maletas y cayeron numerosos lingotes de oro.

»Ahí fue más o menos cuando me eché a llorar. Más adelante supe

que mi madre encontró a Kathy en algún lugar del aparcamiento, sentada en un muro derribado, con su maletita junto a ella. Tenía un puño pegado al corazón, y mi madre se maldijo: sabía que Kathy sufría de angina de pecho, pero con el pánico que reinaba ni se le pasó por la cabeza. No era de extrañar que la pobre mujer no pudiese seguir el ritmo.

»Mi madre la ayudó a levantarse y le dijo que tenían que moverse lo más deprisa posible. Kathy cogió su maleta y estuvo a punto de caerse al suelo del dolor que sentía en el pecho.

»Mi madre dijo que advirtió con delicadeza a Kathy que tendrían que dejar la maleta, sin ella podrían ir más rápido —prosiguió Corrigan—. Kathy accedió, pero mi madre vio que los ojos se le llenaban de lágrimas y, aunque lo intentó, la mujer no fue capaz de desprenderse de ella. Entonces mi madre cayó en la cuenta de lo que llevaba dentro.

Corrigan me miró y negó con la cabeza.

—Casi sesenta mil jóvenes americanos murieron en Vietnam —contó —. Uno de ellos, al que mataron durante el sitio de Khe Sanh, era el hijo de Kathy, el único que tenía. En el periodo que medió entre que lo llamaron a filas y su muerte, escribía a su madre dos veces por semana: las cartas y un álbum de fotos eran todo lo que le quedaba de él, e iban en la maleta.

Lucas y yo nos miramos y pensé en la señora de la fotografía: tratando de huir en mitad de una batalla campal, con helicópteros que daban vueltas sobre sus cabezas, bajo la lluvia y los incesantes sonidos de disparos. Una auténtica pesadilla, y lo único que ella quería era no separarse de una maleta.

—¿Qué sucedió? —quise saber.

—Mi madre decidió llevarle la maleta. Enfadada con la guerra, enfadada con la pérdida de vidas, enfadada con hombres como mi padre, que seguían pensando que había gloria en ella, cogió por el codo a Kathy y consiguió llegar hasta donde estaban los marines. Sosteniendo los dos pasaportes estadounidenses en alto, les permitieron pasar y vieron que el oficial de carga empezaba a cerrar las puertas del Sea Stallion, preparándose para despegar.

»Mi madre instó a avanzar a Kathy y ambas consiguieron subir a bordo en el último momento. Las puertas se cerraron y, en la oscuridad, mi madre dejó la maleta a los pies de Kathy y se volvió para buscarme.

»El Sea Stallion podía dar cabida a cuarenta soldados con pertrechos de combate, pero nadie sabía cuántos evacuados (la mayoría de los cuales solo llevaba la ropa que tenía puesta y dos de ellos sin sus lingotes de oro) había en el helicóptero. A bordo había un centenar (quizá más) que se dirigía hacia un portaviones estadounidense que

esperaba frente a la costa vietnamita. Dada la aglomeración, no fue extraño que mi madre no me pudiera ver.

»Moviéndose a duras penas entre la multitud, empezó a llamarme, pero el piloto arrancó con fuerza y, cuando los patines se despegaron del suelo, los evacuados prorrumpieron en vítores y acallaron cualquier otro sonido.

»Mi madre siguió llamándome, pero no obtuvo ninguna respuesta, y las conversaciones entre los evacuados, casi todas en vietnamita, enmudecieron cuando la gente se dio cuenta de que algo iba mal. Mi madre suplicó que buscaran a su hijo, pero, naturalmente, yo no estaba allí.

»La única respuesta fue un murmullo: "no está con nosotros". Mi madre se vio obligada a asumir lo que había sucedido: yo no había subido a bordo.

»Vio al oficial de carga y se encaró con él. "¿Volver? —le dijo el hombre—. Negativo, señora. El chico tendrá que subirse al siguiente aparato." "Tiene siete años, idiota —replicó ella, y le señaló los auriculares—. Dígale al piloto que tiene que dar media vuelta."

»El oficial de carga le contestó: "No puede, en la plataforma hay un helicóptero y no se va a poner a dar vueltas. Dice que se va a poner en contacto con personal de tierra para decirles que busquen al niño".

Corrigan se encogió nuevamente de hombros, con resignación.

—Mi madre sabía que aunque el piloto pudiera ponerse en contacto con alguien que estuviese en el aparcamiento, ¿quién se pondría a buscarme? ¿Se preocuparían lo más mínimo, con la embajada en llamas y los norvietnamitas a las puertas?

17

Vi que Corrigan se inclinaba de nuevo hacia el cajón e imaginé lo que tuvo que ser para un niño verse solo, perdido tras las líneas enemigas.

Me dio una carpeta que amarilleaba y vi que era un informe de la CIA, que probablemente recuperase él mismo hacía años de la Tumba. Refería los últimos momentos que se vivieron antes de que cayera la embajada. No podía estar seguro, pero intuí que lo había escrito el que por aquel entonces era el jefe del despacho, Walter Corrigan, el padre del hombre que tenía sentado frente a mí. Empecé a leer.

Decía que el humo de los fuegos que ardían en el jardín de la embajada subía por el lateral del edificio de seis plantas y recorría la azotea. Allí estaba el helipuerto privado del embajador, y el documento decía que un helicóptero Huey azul y gris plata —un Bell Iroquois— de Air America, la predecesora de GreenEnergy Inc., se encontraba en la plataforma con los rotores encendidos, preparado

para escapar deprisa.

El piloto era un joven de veintiocho años poco ortodoxo llamado Pete Wrigley —distintivo de llamada Eagle 420— que tenía toda su atención centrada en la puerta de la azotea. Vio que se abría de golpe y por ella emergían el jefe de la CIA y los cinco agentes que quedaban. Dos de ellos se situaron inmediatamente detrás de las ametralladoras de calibre cincuenta montadas en las puertas, les quitaron el seguro y el helicóptero despegó y cruzó enseguida el recinto de la embajada.

Los siete hombres que iban a bordo vieron a la multitud que se agolpaba en el aparcamiento para intentar subirse a bordo de otro sobrecargado Sea Stallion, y al otro lado del muro perimetral la situación era mucho peor: la masa humana era ingente, alguien había encontrado un camión de la basura y lo estaba utilizando para abrir un boquete en la pared, y los marines, con las carabinas en ristre, formaban un círculo defensivo alrededor del helicóptero.

Walt Corrigan, en el asiento del copiloto, miraba por el parabrisas: en su día había visto el río Irawadi desbordado y kilómetros de jungla convertidos en un paisaje lunar debido al Agente Naranja, pero eso no era nada en comparación con una ciudad que agonizaba.

—¡Dios santo! —exclamó.

—Supongo que el Vietcong lo habrá oído —dijo Wrigley.

—Que habrá oído ¿qué? —preguntó Walter.

—Que despegarán dos helicópteros más y después solo americanos.

—¿Quién lo dice? —preguntó, sorprendido, Walter.

—Kissinger. Hace veinte minutos. Para los survietnamitas es ahora o nunca.

—¿Es que no dijimos que no los abandonaríamos nunca? —planteó Walter con amargura.

Wrigley se rio.

—¿Usted se creyó esa mierda?

—Pues sí, en su día —admitió Walter—. Pensé que por eso luchábamos.

—Supongo que ya no somos niños —apuntó Wrigley—. ¿Qué es lo que dice la Biblia? «Ahora vemos por un espejo de modo confuso; entonces veremos cara a cara.» Vemos la verdad, ¿no es eso lo que significa?

Walter volvió la cabeza para mirarlo: hacía cuatro años que conocía a Peter Wrigley y nunca lo había tomado por alguien que pudiera citar la Biblia.

El joven piloto señaló una ancha cinta de oscuridad más abajo. Era el río Saigón con lo que parecían cientos de luciérnagas en la superficie.

—Sampanes con sus faroles —aclaró—. Salen al mar para intentar encontrar a la Séptima Flota. Sampanes en un océano en medio de la

tormenta. Dios los asista...

De pronto levantó un dedo para pedir que todos guardasen silencio: le estaba entrando un mensaje por los auriculares. Palideció.

—Recibido —dijo, y cortó la comunicación—. ¡Agárrense! —advirtió a los artilleros de la puerta, y tras ejecutar una increíble maniobra de combate, se dirigió de nuevo hacia la ciudad.

—¿Qué demonios está haciendo? —gritó Walt sin aliento.

—Regresar.

—¿Regresar? ¿Por qué?

—Alguien se ha quedado atrás, un niño —explicó Wrigley.

—Mierda —espetó Walt, y luego, un segundo después, una enorme bola de fuego anaranjada iluminó el horizonte cuando el polvorín de Long Binh saltó por los aires.

—Sabe que Saigón está acabada, que podríamos morir allí, ¿verdad? —preguntó Walt.

—Lo sé —aseguró el piloto.

—¿Se puede saber de quién es el crío?

—Suyo —contestó Wrigley mientras aceleraba al máximo.

18

—Era bajito para mi edad —contó Corrigan cuando dejé el informe de la Agencia—. Con la cantidad de gente que trataba de llegar a los helicópteros, no tardé en verme atrapado en un patio cerca del aparcamiento, mientras intentaba con todas mis fuerzas no llorar. Había llamado a mi madre tantas veces que me había quedado ronco y me había dado por vencido. Para entonces se me había roto el polo y eso hizo que me llevara un buen disgusto: la prenda era nueva y mi padre siempre se enfadaba si no cuidaba las cosas. —Sonrió.

»La gente seguía llegando en oleadas, me empujaba al pasar, pero me las arreglé para refugiarme junto a un frangipani que crecía en un rincón del patio. Miré el gentío y probé a llamar de nuevo a mi madre. La gente no me hacía el menor caso, pero yo sabía que ella acudiría. En mi corta experiencia de siete años, estaba seguro de que eso era lo que hacían siempre las madres.

»Habría continuado llamándola, pero muy cerca (al otro lado del muro, justo detrás de mí) se produjeron varias explosiones y, un segundo más tarde, oí gritar de dolor a la gente. Años después, cuando leí los informes, me enteré de que dos hombres en *scooters* habían avanzado entre la multitud que aguardaba ante la verja y habían lanzado granadas de mano. Nadie supo nunca si atacaban a los survietnamitas que pensaban que colaboraban con Estados Unidos o si querían abrirse paso para llegar al recinto.

»La lluvia caía con más fuerza, estaba empapado, y para protegerme mínimamente cogí una bandera americana que alguien había dejado caer y me la eché por los hombros. En el aire, Wrigley le dijo a mi padre que mi madre había dicho que creía que yo estaría en el aparcamiento o cerca, buscándola.

»Wrigley encendió el reflector del helicóptero y bañó el aparcamiento en una luz blanca. La gente se asustó, trató de retroceder, y casi de inmediato un oficial del cuerpo de marines en tierra se comunicó con el helicóptero y dijo a gritos a Wrigley que apagara la puñetera luz: “Lo que menos falta me hace es que por culpa de un idiota en un helicóptero nos llueva fuego enemigo”, advirtió.

»Wrigley mintió descaradamente: “Negativo, comandante. Extracción prioritaria: orden directa del almirante de la Séptima Flota. Hable con él”.

»Mi padre apenas escuchaba, intentaba localizarme entre la multitud. No lo consiguió, y se dio cuenta de que con el creciente aluvión de personas, un Sea Stallion en la plataforma y edificios alrededor del aparcamiento, el Huey (cuyo rotor tenía un diámetro de quince metros) iba a tener un problema. Le dijo a Wrigley a gritos: “¡No podrá aterrizar. Vaya a la azotea. Nosotros nos bajaremos e iremos en su busca!”.

»Wrigley le dijo a mi padre que siguiera buscando: “Primero encuéntrelo, deje que yo me ocupe del resto”. Descendió más, mantuvo el aparato en movimiento por el aparcamiento y se acercó a un pequeño patio. Entonces, en una noche que parecía estar maldita en todos los sentidos, se produjo un golpe de suerte…

»El aire descendente generado por las palas del rotor del helicóptero que bajaba azotó el patio hasta llegar al frangipani, arrancando las hojas y las flores de las ramas. Mi padre, que escudriñaba la multitud, miró a través del follaje que volaba…

»Entre las ramas desnudas, en el rincón del fondo, acurrucado debajo del árbol, por fin me vio. “¡Lo tengo!”, exclamó mientras me señalaba.

»Wrigley gritó a los agentes que estaban en la parte de atrás: “¡Artilleros, preparados. Pongan el seguro!”. Lo último que quería era que disparasen a alguien. “Ahora apunten a la gente.”

»Permaneció suspendido sobre el patio y habló por el micro de los auriculares. Los altavoces de los patines dejaron oír su voz en inglés y vietnamita: “¡Apártense! Es una orden. ¡Apártense o abriremos fuego!”.

»Al ver que las armas los apuntaban, la gente salió corriendo. La guerra había sido algo tan demencial durante tanto tiempo que nadie dudaba de lo que eran capaces los americanos en un helicóptero sin distintivos.

»Mi padre dijo en voz baja: “Dios nos ayude”, al darse cuenta de que Wrigley iba a aterrizar en el patio, en el angosto espacio que quedaba entre los edificios.

»El gentío echó a correr con más ganas aún hacia las salidas: les aterrorizaba que el rotor principal del helicóptero pudiese rozar las paredes y les cayesen encima casi cinco mil kilos de metal, motor y combustible.

»En la cabina, Wrigley se centró en el espacio que quedaba entre las paredes mientras trataba de tomar en consideración el viento y la lluvia que barrían las azoteas, desoía los gritos de los que estaban en tierra y decidía cuál era el mejor momento para actuar.

»Redujo la potencia y guio el helicóptero entre los edificios. Mi padre, que miraba los extremos del rotor, creía que no tenían nada que hacer, pero entonces apartó la vista de ellos y vio que yo me había levantado y observaba (como todo el mundo) el helicóptero que descendía en el patio.

»Mi padre tenía miedo de que, como el helicóptero carecía de distintivos, yo pensase que no era americano y saliera corriendo. “Quédate donde estás, Lucas. No te muevas”, pidió.

»Sin previo aviso, el helicóptero dio una sacudida cuando una fuerte ráfaga de viento que los meteorólogos llaman “vórtice de racha” llegó desde la azotea de uno de los edificios y golpeó el aparato, pero Wrigley se hizo con los controles a la velocidad del rayo y logró que el helicóptero volviese hacia el centro del hueco. “Caray —decía siempre mi padre—, ese muchacho sí que sabía pilotar.”

»Wrigley cogió aire; el peligro inmediato había pasado. “Es imposible, el tiempo está empeorando”, anunció a todo el mundo. Después le dijo a mi padre: “¿Alguna vez se ha descolgado?”.

»Mi padre comprendió en el acto que era nuestra única esperanza. “Una”, contestó.

»El piloto se rio. “Bien, no es como si no tuviese experiencia.” Mi padre pasó al cuerpo del aparato cuando Wrigley accionó un interruptor. Una grúa salió del lateral del helicóptero.

»Yo miraba desde abajo y aquello parecía surrealista: un helicóptero suspendido en el aire, con torres de nubarrones que descollaban sobre él, una lluvia que golpeaba con fuerza los edificios, el cono del reflector que iluminaba un frangipani y, descendiendo por la fachada de la embajada en llamas, un tipo con un chaleco antibalas sujeto a un gancho al que bajaban hasta el suelo.

»Con la lluvia y la cegadora luz del reflector no reconocí a mi padre. No supe quién era ese hombre hasta que empezó a gritar: “¡Corre, Lucas, corre!”.

»Entonces le vi la cara. “¡Papá!”, exclamé, y crucé el patio a la carrera, atravesé el haz de luz y me refugié en sus brazos extendidos.

Noté que me abrazaba, con tanta fuerza que dio la impresión de que no me iba a soltar nunca.

»Aseguró el arnés y dijo “¡Listo!” a los hombres que estaban arriba. El cable se tensó y el cabrestante comenzó a izarnos.

»Los que estaban abajo nos miraban a mi padre y a mí (yo aún envuelto en la bandera) mientras subíamos hacia el helicóptero. Cuando el aparato empezó a ganar altitud, nos metieron dentro de un tirón.

»Wrigley apagó las luces y mi padre se inclinó hacia delante y le puso la mano en el hombro al piloto. “Gracias”, dijo en voz queda, incapaz de añadir nada más por miedo a que se le quebrara la voz.

»El piloto negó con la cabeza. “Usted pídale a su hijo que se acuerde de mí. Dígale que Pete Wrigley hizo al menos algo decente en esta asquerosa guerra.”

»Alabeó bruscamente hacia el río. Había más luciérnagas que nunca, y las seguimos hacia la Séptima Flota, donde mi madre (en la cubierta del *USS Blue Ridge*) montaba la guardia. Al amanecer, un marinero le comunicó que un helicóptero acababa de indicar que a bordo iban su marido y su hijo. Mientras contemplaba el mar de la China Meridional, vio que el helicóptero aparecía en el horizonte y, minutos después, aterrizaba en la cubierta.

Corrigan se encogió de hombros, su relato había concluido, y yo lo miré con cara de asombro.

—Era todo un hombre, su padre —comenté tras una larga pausa—. Todos sabemos lo que habría ocurrido si los norvietnamitas hubiesen capturado al jefe de la CIA en Saigón.

Él asintió sin decir nada.

—Pero así son los padres, ¿no? —añadí—. Es como me dijo Rebecca: si el ADN forma una cadena será por algo.

Corrigan me miró.

—Es una mujer inteligente. Probablemente demasiado para nosotros —opinó.

Me alivió ver que empezaba a sonreír, y yo esbocé una sonrisa a mi vez.

—Una historia asombrosa —aseguré—. Supongo que el otro héroe fue el piloto: en su caso no había lazos de sangre por medio, lo hizo porque era un buen tipo.

—Sí, era un gran hombre. Dos semanas después de esa noche en Saigón, mi madre, mi padre y yo estábamos en casa, en Washington, cuando a mi padre lo informaron de que Pete había volado al delta del Mekong en lo que sería su última misión con Air America, para sacar de allí a un oficial de inteligencia survietnamita y a su familia, que se habían estado escondiendo en una de las aldeas flotantes.

»He mirado los informes, y no se sabía si se trató de una filtración y

ni tan siquiera si el oficial seguía con vida, pero poco después de que cayera la noche, cuando el helicóptero aterrizó en una antigua plantación de cocos, le acertaron cuatro lanzagranadas en una emboscada bien tendida.

Corrigan hizo una pausa.

—Peter Michael Wrigley —contó—, veintiocho años, hijo de un pastor de Possum Trot, Alabama, un joven que una vez dijo que le gustaban más los perros que las personas, murió siendo un soldado secreto en un país que amaba, cuando iba a rescatar a un hombre que tal vez ya hubiese muerto, en una misión que no existió nunca. —Negó con la cabeza entristecido—. Así es el mundo del espionaje, ¿no?

19

Seguí mirando a Corrigan, sin saber qué decir.

—Parece que la historia le ha sorprendido. ¿No se lo esperaba? —inquirió entre risas—. No olvide que esto es la CIA, está llena de secretos.

Sonreí sin apartar los ojos de su rostro: no pude evitar pensar que, desprovisto de su coraza, parecía uno de los hombres más solitarios que había conocido en mi vida. Indicó mis informes médicos.

—Sí, como sospechaba usted, sé lo que es el pánico. Así que, dígame: ¿con qué frecuencia sufre los ataques?

Después de lo que acababa de contarme, comprendí que no tenía sentido eludir el tema.

—Una vez a la semana, a veces menos.

—Con todo lo que pasó, contaba con que fuesen más. Debería considerarse afortunado. El problema es que, teniendo en cuenta a lo que se dedica, los ataques de pánico suponen un riesgo. Para usted.

—¿Y para otras personas? —planteé—. ¿Quiere decir con eso que le preocupa que pueda perder la cabeza?

—Otros más fuertes que nosotros la han perdido —advirtió—. Siempre hay detonantes, y se cree que la psicoterapia es la mejor manera de controlarlos y tratarlos. Pero eso no va a pasar con alguien que ha jurado no desvelar secretos, ¿me equivoco? No veo a un espía asistiendo a terapia de grupo. Podría prescribirle inhibidores selectivos de la recaptación de serotonina, pero dudo que se los vaya a tomar.

Negué con la cabeza; no, no quería hacer eso.

—Con lo que solo queda una cosa: en cuanto los episodios de pánico, las sensaciones físicas (el ritmo cardiaco acelerado y todo lo demás) se vuelven más familiares, por lo general son menos amenazadores y los ataques disminuyen. Dicho de otro modo, la

familiaridad hace que se atenúen. En el caso de alguien resiliente, con tiempo y descanso...

—¿Cómo que con tiempo? —pregunté alarmado—. De eso no tengo mucho, Lucas, me encuentro en medio de..., me refiero a que estamos buscando a un hombre que es de los más peligrosos...

—Sé lo que están haciendo, Halcón me puso al tanto —contestó—. Pero usted y yo hemos hablado de los síntomas: sabemos que tiene un trastorno de pánico. Vale, no es grave... de momento. Pero las directrices de la Agencia son claras, no puedo permitir que vuelva al servicio activo.

—No —dije dispuesto a poner objeciones, pero él se adelantó.

—¿Qué quiere que haga, que pase por alto el diagnóstico? ¿Que me olvide de las directrices? Yo jamás le pediría a un agente de inteligencia que no fuese profesional, así que no esperará usted que no lo sea yo, ¿de acuerdo?

Me pasé una mano por el pelo, pero supe que no había nada que hacer: ese hombre no cambiaría de opinión.

—¿Cuánto tiempo?

—La práctica adecuada dice que deberíamos reevaluar su caso dentro de seis meses. Tratándose de usted, lo puedo dejar en tres.

¿Tres meses en el banquillo? Empecé a poner peros en voz alta, a punto de perder el control, pero comprendí algo: Lucas estaba intentando ayudarme.

—Lo siento —me disculpé—. No es culpa suya, agradezco lo que está haciendo. Es admirable...

Él sonrió.

—Gracias. Me parece que usted podría ser la excepción.

—La excepción ¿a qué?

—Ya sabe lo que dicen —continuó—, que en el mundo solo hay dos clases de personas: las que no soportan a Corrigan y las que no lo conocen aún...

—¿Quién lo dice? —pregunté—. Es la primera vez que lo oigo.

—Le agradezco la mentira —contestó riendo.

Yo también me reí.

—Le asignarán un trabajo ligero —explicó—. Lo pondrán a trabajar en algo del pasado, lo más probable.

—¿Puedo asistir a las reuniones? —quise saber—. ¿Eso cuenta como trabajo ligero?

20

Ya llegaba diez minutos tarde cuando me despedí a toda prisa de Corrigan y salí pitando de la sede original para ir a la Burbuja. Saqué

el móvil mientras corría.

Tal y como esperaba, Rebecca —deseosa de conocer el resultado de la reunión— lo cogió de inmediato. Ni siquiera se molestó en disimular lo contenta que estaba cuando le dije que estaría fuera del servicio activo por lo menos los tres meses siguientes.

—¿No dije yo que era un buen médico? Ojalá encuentre motivos para ampliar el plazo.

—¿Por qué no lo llamas y se lo sugieres? —repuse—. Por cierto, gracias por el apoyo.

—De nada —contestó, pero después su tono cambió, se volvió serio —. ¿Te encuentras bien?

—Más o menos —admití también serio—. Tampoco es que tuviese elección, Corrigan me ha acorralado: sabe más de vivir tras las líneas enemigas de lo que yo pensaba.

—¿Le has contado lo de los lobos?

—No.

—Pues deberías haberlo hecho —opinó Becca—. ¿Los sigues oyendo?

—Ya no tanto —mentí, preocupado de que, al ser médica, se sintiese obligada a informar a Corrigan o a Halcón—. Bueno, no puedo seguir hablando, tengo que dejar el teléfono.

Eso, al menos, era verdad. Había llegado a la entrada de la Burbuja y el tipo uniformado que estaba tras la mesa de seguridad ya tenía la mano extendida…

21

Como llegaba tarde, entré en la sala de reuniones y fui al fondo haciendo el menor ruido posible y —en una oscuridad casi absoluta— me vi cara a cara con Kazinsky.

En las pantallas estilo IMAX había imágenes suyas y reconocí de inmediato cuál era su procedencia. «Menos mal que existe la calle del oro», pensé. Por primera vez, mientras Kazinsky bajaba por la estrecha calle, habíamos captado una imagen nítida de su rostro. Ampliada extraordinariamente por la NSA, al menos nos proporcionaba una oportunidad razonable de seguir intentando dar con él.

Me senté en la última fila, sin que nadie me viese y apartado de todo el mundo, y dejé que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad. Halcón había dado cinco días a Madeleine, Clay y Darren para que reunieran todo lo que pudiesen encontrar de Baikonur y su oscura historia en la Tumba. Y ese era el resultado.

Pero vi que, en mi ausencia, las dimensiones del informe habían aumentado considerablemente. Buster estaba allí, al igual que dos

miembros del panel de expertos de la séptima planta, Margaret se hallaba sentada en un lateral —con ganas de escaparse a darle una calada a su cigarrillo electrónico, estaba seguro—, y reconocí a dos personas de la élite de la sección de Rusia. Junto con varios documentalistas y un experto en imágenes de satélite, en total había unas veinte personas, y la presencia de un grupo tan heterogéneo me reveló algo muy importante: lo mucho que Kazinsky inquietaba a Halcón.

«Un maestro de espías que se precie de serlo nunca revela sus intenciones, nunca deja traslucir sus miedos o sus mayores preocupaciones», pensé. A nadie, nunca.

En ese momento, frente a las pantallas, estaba a punto de soltar una bomba a al menos algunos de los presentes.

—Este es el hombre al que tenemos que encontrar —decía mientras señalaba al marinero con el capote azul marino—. A la mayoría de ustedes, que no están al tanto de los últimos avances, probablemente les parezca otro rostro anónimo entre una multitud.

»Sin embargo, poseen un gran volumen de información sobre él. Es uno de los fundadores del ISIS, durante años el terrorista más buscado del mundo: este, por fin, es el misterioso Abu Muslim al-Tundra.

Casi todos los que estaban en la sala se sorprendieron. Por fin, después de tantos años, la Agencia había conseguido ponerle una cara al nombre.

—Las imágenes se tomaron hace unos meses en Bakú —contó Halcón.

La sorpresa dio paso a la incredulidad. Hacía unos meses, ¿cómo era posible? Ese hombre estaba muerto, ¿no? La sala se llenó de un creciente murmullo de conversaciones...

Halcón lo acalló:

—No, está vivo y coleando, me temo. Buster les está enviando los códigos para acceder a un archivo. Verán que el nombre que figura en él es Roman Kazinsky.

Se produjo un despliegue de actividad cuando varias decenas de ordenadores portátiles se abrieron.

—Atención, por favor —continuó Halcón, y su tono dejó claro que era una orden—. Quiero saber dónde está Kazinsky, con quién se ha reunido, cuáles son sus planes.

En las pantallas se vio a Kazinsky y su compañero conduciendo por Grozni, dejando atrás el club de carretera abandonado y aproximándose a la garita del centinela.

—Aquí es donde lo vimos por última vez —informó el director—. Hace dos meses, en un aeródromo de Chechenia, donde entró en un hangar supuestamente abandonado.

»Siete horas después, un convoy de diez autobuses salió de ese

edificio y viajó hasta el gran complejo situado en el centro de la base. Que nosotros sepamos, Kazinsky permaneció oculto en un cuartel cinco días...

»Hasta que un número de autobuses aún mayor salió del cuartel y llevó a varios cientos de hombres y al menos una veintena de mujeres hasta la plataforma contigua a la pista de aterrizaje.

Las pantallas permitieron ver a los autobuses, que se detenían junto a tres aviones de transporte militar Ilyushin Il-76, rechonchas ballenas voladoras de cuatro motores, cada una de las cuales podía llevar a ciento cuarenta personas y —algo extraordinario— aterrizar en pistas de tierra. Podían volar y aterrizar casi en cualquier parte.

—Debido al poco tiempo que permanecieron en el asfalto, no hemos sido capaces de localizar a Kazinsky entre los pasajeros —se lamentó Halcón—, pero creemos que recibió su acreditación en el cuartel y después se hallaba entre los que subieron a bordo de los Ilyushin. Como la mayoría de los aviones rusos, esos aparatos son chatarra: cada año dos de ellos por término medio se estrellan.

»Por desgracia, esta vez no fue así: nos habría facilitado mucho nuestro cometido. Los transpondedores de los aviones se apagaron en pleno vuelo para ocultar la ruta, pero, como algunos de ustedes saben, contamos con tecnología secreta capaz de salvar ese obstáculo. Este es el sitio al que creemos que se dirigió Kazinsky...

Varias imágenes de un territorio vasto y llano dominaron la sala. El paisaje lunar solo se veía atenuado por pequeñas zonas de marismas y otro elemento: extendiéndose hacia el horizonte se veía el casco de numerosos cargueros, barcos de pesca y petroleros. Rebaños de camellos, azotados por remolinos de polvo, deambulaban entre las embarcaciones como buitres posados en la herrumbrosa superestructura. Parecía un enorme cementerio de barcos medio oxidados, abandonados en mitad de la nada.

—Este es el mar de Aral: un testimonio espectacular de un tremendo desastre ecológico —explicó Halcón—. Ubicado entre Uzbekistán y Kazajistán, era el cuarto lago más grande del mundo hasta que el plan de irrigación de la antigua Unión Soviética acabó con él.

Miré sin dar crédito las imágenes del lago: según Halcón, en su día estaba salpicado con más de un millar de bonitas islas, en las que se reproducía una gran diversidad de vida salvaje, y no pude evitar acordarme de un verso del poema «Ozymandias»: «Contemplad mis obras, oh, poderosos, y desesperad».

—Uno de los dos ríos que desembocaban en él era el Sir Daria —prosiguió Halcón—. En sus orillas, en 1955, los soviéticos empezaron a construir esto...

Apareció una nueva imagen: un enorme complejo industrial —al igual que los barcos que acabábamos de ver— abandonado en el vasto

territorio desecado.

—Bienvenidos al cosmódromo de Baikonur —dijo el director de la CIA.

Me senté en el borde de la silla y miré con más atención. De alguna manera, sabía que iba a ir allí. A pesar de lo que le había dicho a Rebecca, en mi cabeza los lobos aullaban con más fuerza.

—¿Baikonur? —repitió una voz que reconocí, la de un veterano de sesenta años de la sección de Rusia. Tenía fama de ser un hombre difícil, pero todo el que había tratado con él (incluido yo) coincidía en que era un experto en su campo—. ¿Es un ZATO?

—Sí —confirmó Halcón.

—¿Y quiere que encontremos al exdifunto Al-Tundra en un ZATO? —inquirió, con incredulidad, el veterano.

—¿No ha estado prestando atención, Antonio? —contestó el director —. En ningún momento he dicho que fuera a ser fácil.

22

Apenas oí la conversación entre Halcón y Antonio: estaba concentrado en las imágenes del cosmódromo que, gracias al satélite, se veían en las pantallas. A prácticamente todo el mundo le parecería un complejo industrial enorme y contaminado más, pero yo lo veía de otra manera...

Por otras misiones, sabía cuál era el código de color que la Agencia utilizaba para identificar los edificios más confidenciales de Rusia y su probable función: las instalaciones de investigación secreta, los búnkeres de desarrollo de armamento, los laboratorios biológicos escondidos y las fábricas de armas químicas. Baikonur contaba con más construcciones señaladas como sospechosas que cualquier otro lugar que yo hubiera visto, a excepción del Vector, el infame centro de Siberia que tenía muestras de virus, el de la viruela entre otros.

Miré la profusión de marcadores rojos y amarillos diseminados por veinte plataformas de lanzamiento, una refinería de gas propelente descomunal, una central eléctrica, quinientos kilómetros de vías férreas, doce de las estructuras de mayor tamaño del planeta —edificios de ensamblaje de cohetes y transbordadores espaciales— y una ciudad de cien mil personas venida a menos. Todo estaba cubierto por una neblina del color de la tierra: una combinación mortífera de humo y toxinas que escupían las distintas instalaciones. Pensé que deberían haberse quedado a merced de las ratas y los lobos.

Halcón dirigió la atención de todo el mundo a tres pistas para fines militares —cada una de ellas medía cinco kilómetros de longitud, el doble de largas que las pistas comerciales, y se había construido para

los aviones de carga de gran tonelaje que transportaban piezas para cohetes y naves espaciales—, sin embargo, yo me sorprendí mirando los kilómetros de matorrales y las olas de calor titilante que los rodeaban. Me vino algo a la memoria: me recordaba a alguna parte, pero no caía. Después el archivo mental se abrió: «Paradise Ranch», me dije.

El rancho era una pequeña parte del Nevada Testing Site —el centro donde Estados Unidos llevaba a cabo numerosas pruebas nucleares—, y yo había ido hasta allí para que se me informase de una misión que me llevaría hasta Amán, Jordania, y que terminó abortándose momentos antes de que me subiera al avión. Aun así, pasé tres días en Nevada.

Baikonur tenía el mismo paisaje desolado, daba la misma sensación de ser un complejo enorme que se hallaba abandonado en un territorio inhóspito. El rancho también se hallaba junto a una masa de agua —el lago Groom—, y las similitudes no acababan aquí. Paradise Ranch también era un lugar secreto, cuya entrada asimismo estaba estrictamente prohibida a no ser que se estuviese en posesión de un montón de autorizaciones. Popularmente se lo conocía por otro nombre: «Área 51».

Todo en el rancho era ajeno a la vida cotidiana. En su día pensé que dentro de ese enorme perímetro podía pasar cualquier cosa y nadie lo sabría: ni siquiera encontrarían el cadáver. Y eso era en mi país. Traté de imaginarme a un espía ruso que intentara acceder al Área 51 y empecé a ser consciente de la magnitud del cometido que tenía por delante. Entrar en el cosmódromo parecía imposible, pero, en un rincón apartado de mi cabeza, comencé a planificar una misión que ni siquiera existía aún.

Miré la pantalla y me fijé de nuevo en las tres enormes pistas… justo cuando gigantescas columnas de luz iluminaron el desolado paisaje. Captadas cuando caía la noche, su luz subía desde las pistas de aterrizaje, hendía el cielo y desaparecía en el firmamento. Eran bellas y extrañamente siniestras al mismo tiempo.

—¿Qué demonios es eso? —pregunté desde la oscuridad en el fondo de la sala.

Halcón tardó un momento en verme.

—Ah, otra vez usted —dijo de buenas maneras—. Utilizan aeronaves no tripuladas (como cohetes de carga) para recoger materiales del espacio —continuó—. Las columnas ayudan al control de tierra a guiarlas en el aterrizaje. Los rusos dicen que un elemento de la luz ayuda a desinfectar la aeronave (similar a la radiación ultravioleta), pero es probable que sea mentira. Este es uno de los cohetes de carga…

Las imágenes mostraron un vehículo que era como una versión

lúgubre del transbordador espacial —un exterior negro mate, sin ventanas, de diseño poderosamente brutalista— acoplado a un cohete en la plataforma de lanzamiento. Como todo lo demás en Baikonur, parecía deteriorado y en mal estado.

—Todo está robotizado —contó el director—. La nave aterriza en un blanco (un asteroide), un equipo mecanizado recoge el material y la nave regresa. Los vehículos se reforman deprisa y se reutilizan, prácticamente son de usar y tirar, y menos mal que es así. Esto fue lo que pasó hace unos meses...

Una llama apareció de pronto en un cuadro eléctrico de la torre de lanzamiento del cohete. Casi de manera instantánea la llama se convirtió en una nube de fuego y humo cuando una fuga de gas se prendió, se extendió a los depósitos de combustible y todo el conjunto —cohete de carga, cohete, torre de lanzamiento, grúas y vehículos de apoyo— se vio envuelto en una enorme explosión.

Todo el mundo en la sala se echó hacia atrás mientras, en la pantalla, hombres y mujeres que estaban cerca de la plataforma corrían para salvar la vida. No pudieron dejar atrás las llamas, y vimos como los engullía el fuego.

—Combustible de cohetes: no hay nada capaz de sobrevivir a él —añadió Halcón en voz baja—. Los rusos dijeron que, como la aeronave no estaba tripulada, no hubo víctimas, lo cual era cierto... si no se cuenta a los veintiséis técnicos y trabajadores que estaban en la plataforma y murieron abrasados.

»Sin embargo, la medalla de oro a los desastres acaecidos en Baikonur nos la llevamos nosotros. —Halcón detuvo la grabación en la inmensa bola de fuego y se volvió para mirarnos—. Estratégicamente hablando, tenemos un grave problema —aseguró.

23

—Durante meses (años) —continuó Halcón—, la Agencia ha estado advirtiendo en sesiones secretas del Congreso y durante reuniones privadas de que los rusos (líderes mundiales en ingeniería espacial desde tiempos de Gagarin) van muy por delante de nosotros en lo que respecta a la planificación para descubrir, explotar y recuperar minerales del espacio. ¿Han hecho caso los políticos? ¿Hacen caso alguna vez? —Se oyó un murmullo de conformidad, pero Halcón no se detuvo—. Ahora nos hemos enterado de que, hace cuatro días, esta astronave regresó y trajo consigo uno de los yacimientos más ricos de minerales de tierras raras jamás encontrados.

Halcón señaló un cohete de carga negro que descendía por las columnas de luz y estaba a punto de aterrizar en una de las pistas.

—Como saben, China controla todo el suministro de tierras raras en nuestro planeta. Ahora el Kremlin, cuando se vuelquen en ello, será cien por cien independiente. ¿Y dónde estamos nosotros?

—A la deriva estratégicamente —opinó la leyenda de la sección de Rusia, Antonio Silva—. Que, como todos los que estamos aquí sabemos, es sinónimo de «en la mierda».

—Antonio tiene razón… —empezó Halcón, pero se le adelantó una mujer elegante y atlética de unos cincuenta años.

Era una documentalista cuyo principal cometido consistía en recopilar información de los mayores futurólogos del mundo. Por tanto, fue una de las pocas personas que predijeron que los drones cambiarían la cara de la guerra y Rusia invadiría Ucrania cuatro años antes de que el primer carro de combate cruzara la frontera.

—No se trata solo de las tierras raras —dijo con una voz salida directamente del delta del Misisipi—, sino de todos los metales preciosos habidos y por haber. Eso es lo que SpaceX, Boeing, Galactic y sus competidores quieren conseguir en realidad: pretenden ser la primera explotación minera comercial en dar con la veta madre.

—¿Y qué es lo que queremos conseguir nosotros? —planteó Antonio en medio del silencio que se hizo—. Antes era el mayor sueño de la humanidad, ¿no es cierto? Explorar el universo, ir con valentía a donde ningún hombre ha ido antes, como diría el capitán Kirk. Ahora el espacio solo es una oportunidad estratégica y empresarial. Llevar turistas al espacio no es nada en comparación. Joder, sé que estoy mayor, pero ¿alguna vez se preguntan ustedes qué ha sido de nosotros?

24

Nadie dijo nada, pero durante un momento fue como si la sala se quedase sin aire, como si lo hubiese absorbido una sensación de resignación y derrota. Antonio Silva tenía razón: tantos sueños habían quedado en nada…

Después las luces de la pantalla de pronto se volvieron más intensas aún, obligando a todo el mundo a mirar: aparte de las columnas, ahora potentes focos iluminaban una pista a ambos lados del asfalto.

El cohete de carga negro con su histórica carga se aproximó y aterrizó en la pista, levantando nubes de humo de las ruedas mientras rodaba antes de detenerse junto a una grúa torre. Decenas de hombres y mujeres vestidos con mono, figuras fantasmagóricas contra la resplandeciente luz, rodearon la aeronave y afianzaron cables de acero que colgaban de la grúa a unas abrazaderas situadas en el lateral del cohete de carga. Solo entonces se hizo patente que la parte posterior

del cohete era una cápsula desacoplable que contenía el material que se había extraído de algún asteroide lejano. La grúa la izó con un cabrestante y la depositó en un gran camión transportador, cuyos neumáticos de baja presión empequeñecían al personal de tierra que revoloteaba a su alrededor para asegurarlo.

—Ese es solo el personal que se ocupa de los aterrizajes —puntualizó Halcón—. El proyecto está en mantillas. ¿A cuántas más personas necesitarán cuando lo amplíen: equipos de apoyo, responsables de repostaje, mecánicos, obreros en la planta de procesamiento, conductores y cargadores, todo el sistema con tres turnos de trabajo al día, siete días a la semana? A miles de personas. Puede que ese sea el motivo de que hayan reclutado a Kazinsky y a todos los demás.

Las imágenes de la pantalla cambiaron y pasaron a mostrar a Kazinsky a la cola en la base aérea de Grozni, y fui consciente de que sería el candidato perfecto para el trabajo: había crecido cerca de la mina de diamantes más sucia del mundo, había trabajado en condiciones espantosas cuando era un adolescente que ejercía de minero de mamuts en busca de marfil en Siberia, había pasado la mayor parte de su vida adulta en el caldero —un lugar mucho más severo que cualquier otro de la estepa—, había sido uno de los duros combatientes de la Spetsnaz y había demostrado sus dotes de mando; todo ello significaba que no le habría costado nada pasar los controles de seguridad. Como es natural, lo habrían cogido.

—¿Compensa? —inquirió la mujer del delta—. En el informe que acabamos de recibir pone que es posible que haya ido a Baikonur a recaudar dinero para fundar una nueva organización terrorista. ¿Lo es?

—Sí, es posible, Alice —contestó Halcón—. Si no ofrecen salarios altos y bonificaciones, ¿cómo atraen los rusos a la gente para que vaya a una ciudad cerrada en el fin del mundo donde las temperaturas superan los cuarenta grados en verano y llegan a menos cuarenta en invierno? Con las tierras raras se gana tanto que el dinero no sería un inconveniente. Con multitud de hombres radicalizados dispuestos a apoyar una causa y varias mezquitas muy ricas..., en fin, ya se ve adónde conduce todo esto. Abu al-Zarqawi estableció Al-Qaeda en Irak con un capital inicial de doscientos cincuenta mil dólares que salieron del bolsillo de Bin Laden. Ese siempre ha sido el problema: el terrorismo es guerra tirada de precio.

—Cuando el material aterriza, ¿qué pasa con él? —quise saber.

—La cápsula se lleva a la planta de procesamiento —contó el director—, pero el material no se saca hasta que se encuentra en un entorno supuestamente sellado por completo. Todo está robotizado (se mantiene aislado tras vidrio templado) para evitar cualquier

contaminación del entorno terrestre.

Subió imágenes nuevas a las pantallas. Yo había visto cómo era el infierno en la Tierra en muchas formas distintas a lo largo de mi carrera, pero nunca nada como la planta de procesamiento de minerales del espacio del cosmódromo.

En un viejo edificio industrial reconvertido, el oscuro interior estaba dominado por una docena de altos hornos que escupían ráfagas de humo y llamas al rojo vivo y proyectaban sombras torcidas en las altas paredes de ladrillo. Cintas transportadoras cerradas entrecruzaban el enorme espacio y llevaban montones de rocas y mena hasta gigantescas máquinas que pulverizaban la materia prima. Casi se podía oler el aire, fétido y denso de polvo, sentir el insoportable calor y oír las ensordecedoras máquinas.

Por toda la estructura —un caos de andamios, tuberías y maquinaria — fluía un torrente de metal fundido que prometía una muerte agónica a cualquiera que se cayese desde el laberinto de desvencijadas pasarelas que recorría la parte superior. Parecía el río Estigia, el mítico límite entre la Tierra y el inframundo.

Sin duda el sinfín de hombres que trabajaban duramente entre las nubes de humo —desnudos hasta la cintura, cuya silueta se recortaba contra grandes lluvias de chispas y que respiraban el tóxico aire— parecían los habitantes de otro reino.

—Como se podrán imaginar, el salario mensual que reciben por trabajar en semejante entorno es altísimo —afirmó Halcón—, pero el dinero de verdad llega si el equipo cumple los objetivos de producción mensual: las bonificaciones, para ser Rusia, son fuera de lo común. Por eso son muchos los que quieren entrar a trabajar en la instalación, pero solo eligen a los hombres más duros. No es sexismo, pero aquí no hay ninguna mujer…

—Porque son demasiado listas —apuntó Margaret—. Y no es sexismo, claro. —El comentario hizo que en la sala se oyeran risas, incluida la de Halcón.

—La planta se construyó hace setenta años —siguió—. Se utilizaba para forjar el acero que se empleaba en el incipiente programa espacial de los soviéticos, pero incluso entonces debía de parecer una vuelta a los días más oscuros de la Revolución Industrial: las letales acerías de Baltimore y Detroit. Ahora se ha reconvertido y se le ha sumado esto…

Señaló la pantalla cuando cobró nitidez la imagen de una sección lejana de la planta, que surgió entre chispas y detritos que salían volando. La cámara se acercó lo bastante para que pudiésemos ver a través de paredes de cristal un entorno sellado, completamente blanco: la cápsula que contenía la carga del cohete había pasado por un compartimento estanco y ahora, en el interior de la enorme

cámara, las escotillas se abrieron de forma automática y unas palas robotizadas descargaron la mena procedente del espacio y la colocaron en una cinta transportadora de acero inoxidable.

La cinta introdujo la materia prima en una serie de baños desinfectantes y bajo luces de alta intensidad cuyo propósito era destruir cualquier organismo foráneo. Como precaución añadida, claramente en caso de cualquier emergencia medioambiental repentina, a lo largo del techo de acero había grandes toberas industriales, listas para inundar la cámara sellada con un gas esterilizador o espray antiséptico. Ya limpia, la cinta transportadora llevaba la mena hasta una trituradora. Una vez pulverizada, salía a otro compartimento estanco y por último a la planta para su posterior procesamiento.

Casi todo el mundo en la sala miraba la enorme cámara de aislamiento acristalada, pero yo estaba fijándome en otra cosa completamente distinta...

25

Cuando la reunión finalizó, esperé hasta que en la sala solo quedó Halcón. Bajé para ir a su encuentro.

—¿Me podría decir cómo lo ha hecho? —pregunté en voz queda.

—¿Cómo he hecho el qué? —repuso al mismo tiempo que se daba la vuelta.

—Meter a un activo en Baikonur.

—¿Eso he hecho? —apuntó con aire inocente.

—El mar de Aral, las pistas de aterrizaje, las plataformas de lanzamiento... todo eso lo entiendo —aseguré—. Las imágenes las captaron satélites o aviones espía que vuelan en el límite del espacio. Pero ¿las del interior de la planta de procesamiento? No había otra forma de hacerlo: alguien con una cámara ha entrado en ese puñetero sitio.

Nos miramos, y Halcón no dijo nada, pero tampoco negó nada.

—¿Cómo demonios lo ha hecho? —pregunté—. Uno no puede ir paseándose por una instalación en un ZATO con una cámara en la mano.

—Un casco de minero —desveló al cabo el director de la CIA esbozando una sonrisilla—. Ya sabe, de esos que llevan la linterna delante. —Se señaló la frente—. Este tenía alguna cosa más: oculta en la linterna había una cámara 4K con un pequeño giroscopio para estabilizar la imagen. Allá adonde fuera la persona, grababa.

Negué con la cabeza con expresión de admiración.

—Pero ¿cómo consiguió introducir a un activo en Baikonur?

—No fui yo —contestó—. Fue cosa de mi predecesora. Era una mujer brillante: veía el futuro y actuaba en consecuencia.

Yo no la había conocido, eso había sido antes de que yo entrase a trabajar en la Agencia, pero todo el mundo decía eso de ella. Halcón era el subdirector y se hablaba de que había habido algo entre ellos, pero no creo que nadie supiera la verdad. Tal vez los rumores siguieran circulando —incluso hoy, tantos años después—, porque en las escasas ocasiones en que Halcón hablaba de ella, siempre lo hacía con un respeto que rayaba en la veneración y también en la tristeza. Pocos meses antes de su cuadragésimo séptimo cumpleaños le diagnosticaron un agresivo cáncer de pecho. Falleció a los seis meses.

Su muerte le abrió la puerta a Halcón, y allí estaba, todavía trabajando con estrategias que había establecido ella.

—Hace quince o veinte años —continuó el jefe de espías—, ella se dio cuenta de que los recién resurgidos rusos invertirían dinero en su programa espacial. Encontrar una fuente de información pasó a ser su máxima prioridad, y eso la llevó hasta un hombre que trabajaba en el cosmódromo y cuya mujer no había podido unirse a él: padecía una enfermedad crónica que requería cuidados médicos constantes y caros. —Se encogió de hombros—. Lo de siempre: no todo el mundo es un traidor, pero todo el mundo tiene un punto débil.

»Pasó a ser nuestro activo, y cuando murió de forma inesperada, su mujer lo sobrevivió. Como no tenía ningún medio de sustento, otro miembro de la familia, que ejercía la medicina, asumió el papel.

»Al principio eran cosas básicas: pasar informes escritos en micropuntos escondidos en regalos de Navidad y de cumpleaños. Sumamente ineficaces, pero no sabíamos hacerlo mejor. Con el tiempo todo cambió, y si me puedo atribuir algún mérito, el casco de minero fue idea mía, aunque el activo tardó dos años en hacerse con él, cuando visitaba a un familiar inválido en un hospital del mar Negro.

—¿Quién es el activo? —le pregunté.

Halcón me miró con una expresión cercana a la lástima.

—Sabe perfectamente que no se lo puedo decir.

—Pero ¿ahora el activo está buscando a Kazinsky? —inquirí.

—No —negó el director.

—¡Hay que joderse, Halcón! —exclamé subiendo la voz.

—¡Escúcheme! —gritó a su vez—. El activo tiene los movimientos muy limitados, todo el mundo los tiene en un puñetero ZATO, joder. Fue pura casualidad que una visita a la planta de procesamiento coincidiese con la llegada del cohete de carga. Tuvimos suerte, puede darse con un canto en los dientes.

—Perdone.

Halcón hizo un gesto afirmativo, aceptando mi disculpa.

—En cualquier caso, no sé muy bien qué está haciendo usted aquí.

He hablado con Lucas Corrigan justo antes de llegar y ha dicho que ahora mismo no estaba usted en activo, sino haciendo trabajo ligero.

—Es verdad —confirmé—. Aunque no sé muy bien lo que significa eso de «trabajo ligero».

—Seguro que le encuentro algo que encaje en esa descripción.

26

Habían transcurrido dos semanas desde que había visto a Corrigan —dos semanas que me había pasado tomándomelo con calma en el despacho, intentando adaptarme a las horas de inactividad— cuando un sonido del ordenador me indicó que acababa de recibir un mensaje de máxima prioridad.

Con la chaqueta en la mano, estaba a punto de salir del despacho para intentar adelantarme a las masas en el Starbucks más concurrido del mundo. Introduje la contraseña y vi que el mensaje era de Halcón. Cuando abrí el primero de los archivos adjuntos, dio la impresión de que un silencio extraño engullía el mundo. Hay quien habría dicho que era el universo, que señalaba el momento en que los planetas se alineaban, pero, como ya he mencionado antes, yo no era una de esas personas.

No presté atención al silencio, vi el nombre en clave «Mago» en la primera página y me di cuenta de que eso era a lo que se refería Halcón cuando había dicho que buscaría algo en lo que pudiese trabajar un espía incapacitado. Tenía intención de echar solo un vistazo, pero acabé sacando una silla y leyendo los archivos de arriba abajo hasta que cayó la noche. Cuando terminé, llamé a Clay a la Tumba y le pedí todo el material sin procesar en el que estaban basados los archivos. Para entonces ya había decidido que sería mi manera de volver al ruedo. Incluso las preocupaciones de Lucas Corrigan por mis ataques de pánico tendrían mucho menos peso con Halcón si se podía resolver un caso tan complicado como la traición del Mago en Teherán.

También le pedí a Clay un favor. Necesitaba que hiciera la vista gorda para que pudiese llevármelo todo a casa y trabajar en ello durante el fin de semana con el objeto de estar preparado para la reunión que tenía con Halcón el lunes temprano. Tal y como esperaba, Clay —que era un buen hombre— me dejó salir con los archivos y, en casa, en una habitación convertida en despacho, trabajé hasta bien entrada la noche, tomando abundantes notas. Dormí unas horas, me levanté antes de que amaneciese y continué, dejando informes en papel tirados por el suelo y numerosos archivos abiertos en mis tres pantallas. No era lo que nadie llamaría una «operación de inteligencia

importante», así que, para variar, no cerré la puerta con llave.

Con los auriculares puestos, estaba escuchando el interrogatorio al que fue sometido el conductor del mototaxi que ayudó al Mago a salir volando del Espinas Hotel, y solo cuando me quité los cascos me di cuenta de que Rebecca estaba en la puerta, esperando a que terminara. Acababa de llegar del trabajo: sudada, con el pelo recogido y exhausta. Sonreí mientras ella esquivaba los papeles del suelo para darme un beso.

—Son las cinco de la mañana —observó—. Yo no duermo porque a los jóvenes médicos residentes no se nos permite, al parecer es una norma. Pero tú lo haces por voluntad propia, y eso es de estar bastante loco. Hablo como médica. —Sonrió y vio una fotografía del Mago en una de las pantallas.

Era un hombre alto y delgado, que rozaba la cincuentena cuando se tomó la foto, atractivo, con el pelo oscuro y ondulado y la piel bronceada, pero cuya vida disoluta empezaba a hacerse notar: las mejillas comenzaban a hundírsele y los ojos a acusar demasiadas trasnochadas bebiendo en Dubái.

—¿Otro de los malos? —preguntó.

—Sí, era uno de nuestros activos más leales hasta que descubrimos que jugaba a dos bandas. Naturalmente, como nos lo hizo a nosotros, es un traidor; si fuese ruso y se lo hiciera a ellos, diríamos que era un héroe. Un lío. Alguien que en su día tuvo el actual puesto de Halcón dijo que el mundo del espionaje era una «jungla de espejos».

—¿Qué fue de él? —quiso saber Rebecca, que señalaba al hombre de la pantalla.

—Desapareció. La Agencia lleva años intentando dar con él. La teoría es que tal vez yo pueda descubrir algo, porque sé esconderme. Aparte de eso, necesitan darme algo que hacer. —Sonreí.

—¿Y vas bien?

—La verdad es que no. Se empieza por la familia o el amante, las cosas que a la gente más le cuesta dejar atrás, pero nuestro hombre trabajó veinticinco años en el mundillo, así que conoce nuestro *modus operandi*. Mucho antes de que decidiera ir por libre, seguro que diseñó algún sistema de comunicación con su mujer o su amante que no somos capaces de descubrir. Probablemente mensajes cifrados en un tablón de anuncios de la *dark web*, algo parecido a un método que empleamos en Afganistán.

—¿Y los amigos? —sugirió Rebecca—. No todo el mundo puede utilizar un tablón de anuncios secreto.

—Casi todos sus amigos han muerto. —Abrí una serie de fotos de las diez personas que colgaban de grúas en Teherán—. Nuestro traidor y cuatro de sus amigos más cercanos formaban parte de una red de inteligencia en Teherán —conté—. Esto es lo que pasó después de que

revelara sus nombres a los iraníes.

—¿Vendió a sus amigos? —preguntó, estupefacta, Rebecca—. ¿Qué clase de persona hace eso?

—Solo cuatro eran amigos —precisé—. Los otros seis a los que ejecutaron solo eran compañeros de trabajo, así que supongo que prescindibles. ¿Qué clase de persona hace eso? Una a la que le encanta el dinero.

—Eso se entiende —apuntó—. Tiene gustos caros.

La miré. Era un comentario extraño, dada la pequeña cantidad de imágenes, vídeos y documentos que podía ver.

—¿Por qué lo dices?

Rebecca cogió un recorte de periódico en el que el Mago estaba en un puente sobre el río Spree en Berlín veinte años antes. Era una noche de invierno y el artículo decía que una mujer se había tirado a las frías aguas y habría muerto de no ser por un motorista que pasaba por allí y paró, se lanzó al río y la llevó hasta la orilla. Creo haberlo mencionado antes: el Mago era un hombre valiente.

El artículo iba acompañado de una fotografía de la escena y de otra instantánea en la que el hombre, fumando, miraba a la cámara.

—Conduce una Mercedes —respondió—. El abrigo que se quitó antes de tirarse al agua no es de *prêt-à-porter*, y luego está el cigarrillo —añadió Rebecca.

—¿Qué? —inquirí.

—El cigarrillo —repitió—. Fíjate: siempre pensamos que los cigarrillos son blancos, pero no creo que este lo sea. Puede que se deba a la sombra, pero los hay que son negros y tienen el filtro dorado. Sobranie Black Russian: poco comunes... y muy caros.

—¿Y tú, cómo sabes todo esto? —fue mi siguiente pregunta.

—Gozan de popularidad entre algunos grupos adinerados de la élite japonesa —aclaró—. Cuando acompañaba a hacer sus rondas a la familia con la que vivía, había un paciente en el hospital que era un consejero honorario (un *saiko komon*) de la Yakuza. Se los hacían llegar todos los días.

Me quedé mirándola mientras mi cerebro se disparaba y empecé a buscar en los archivos hasta que encontré una fotografía sacada de las cámaras de vigilancia de la noche en la que el Mago nos traicionó. Estaba sentado a la mesa del bistró del Espinas Hotel, con el chubasquero colgado de una silla y el cenicero con el recibo arrugado de la tarjeta de crédito y las colillas de dos cigarros.

—Un hotel bueno. ¿Ves como le gusta el lujo? —insistió Rebecca.

—No, mira las colillas que hay en el cenicero —dije.

Rebecca tardó unos segundos.

—Es difícil. Están completamente aplastadas. Puede... puede que sea el mismo tabaco.

Cogí un informe con las líneas muy apretadas, escrito varios años antes.

—El informe dice que son cigarritos: puritos pequeños y finos, probablemente cubanos.

—Podría ser —respondió ella mientras examinaba la fotografía con más atención—. Supongo que un purito también es muy oscuro, pero mira: ese trocito de ahí podría ser dorado. Si lo es, apuesto a que son Sobranie.

Yo ya estaba medio absorto en mis pensamientos.

—Cabe la posibilidad de que algún documentalista se equivocara o hiciera conjeturas. Los archivos demuestran que la Agencia lo comprobó todo (el ADN de las colillas, la marca del impermeable, hasta el último detalle del recibo de la tarjeta de crédito), pero puede que nadie cuestionara que fuesen cigarritos.

Rebecca sonrió, satisfecha con su aportación.

—Bueno, pues con esto y un bizcocho... —dijo—. Me voy a la cama. Si Langley necesita más ayuda, ya sabes dónde encontrarme.

—Eso significaría que lleva más de veinte años fumando los mismos cigarros —continué, hablando solo—. ¿Qué probabilidad hay de que haya cambiado de marca a estas alturas?

Mientras Rebecca iba hacia la puerta, yo cogí el teléfono y marqué un número.

27

Era sábado por la mañana y todavía temprano, y supe en el acto que había despertado a Madeleine. Me sorprendió, y lo cierto es que no sé por qué, ser consciente por una voz apagada de fondo de que estaba en la cama con alguien.

Me pidió que esperase un momento, oí que se ponía algo de ropa y después la voz sonó con más claridad: era una mujer, se ofrecía a preparar café para las dos.

—Es algo nuevo, nuestra primera noche juntas, así que no has podido elegir mejor momento —contó Madeleine cuando entró en mi despacho una hora más tarde, se quitó la chaqueta y dejó en la mesa el desayuno que había traído para ambos: dos cafés y una bolsa de *bagels*.

Abrió su ordenador portátil y me enseñó una imagen ampliada de las colillas en el cenicero.

—Es de la NSA, de hace veinte minutos —informó—. Se ve que en una de ellas hay un fragmento dorado. Es algo insignificante... a menos que tu «fuente confidencial» esté en lo cierto y sean Sobranie Black Russian. Doy por sentado que la fuente está en lo cierto, así que

les he dicho a mis amigos de la NSA que necesito que me ayuden a localizar a un terrorista. Les he pedido que intenten acceder a la información relativa a la distribución y las ventas de Japan Tobacco...

—¿La marca es de Japan Tobacco? —inquirí.

—Básicamente. ¿Qué sabes de Sobranie?

Negué con la cabeza, y ella continuó.

—En un momento dado eran los proveedores de casi todas las cabezas coronadas de Europa. Los Black Russian (los mejores) se siguen fabricando en Ucrania, y el filtro dorado exhibe el escudo imperial de los zares.

—¿De los zares? Vaya, qué sofisticado —comenté—. Menos mal que son especiales: si se pudieran comprar en una gasolinera, no tendríamos nada que hacer. Esperemos que nuestros colegas de la NSA nos puedan ayudar: lo que necesitamos es una lista de los distribuidores y las tiendas que los venden.

—Lo sé —convino Madeleine—. Pero Londres, París, Tokio o Nueva York (ciudades como esas) no nos servirán de mucho. Tendrán miles de clientes.

—No creo que sea ahí donde se esconde el Mago —aventuré—. Estamos buscando algo fuera de lo normal: a alguien que vive en el *outback* australiano y recibe diez cartones en un pedido especial.

—Suponiendo que podamos encontrar algo así, ¿para cuándo lo necesitamos?

—Para antes de las seis de la mañana del lunes —contesté.

No se lo dije, pero quería impresionar a Halcón.

28

Llegué al despacho de Halcón unos minutos antes y, como no había nadie, me quedé esperando en el antedespacho, mirando las fotografías y los galardones que colgaban de lo que él llamaba su «pared de la vergüenza».

En las fotos se veía a un hombre joven con uniforme militar en Oriente Medio y Sudamérica, posando en el despacho oval con tres presidentes, de pie junto a los jefes de Estado de países que iban de Nueva Zelanda a Suecia, visitando un escenario bélico en los Balcanes y en distintas mansiones con profusión de dorado con la mitad de los peores tiranos del mundo.

Oí que se abría la puerta detrás de mí y señalé un puñado de zonas de guerra.

—Afganistán, Siria, 11-S, Irak, la guerra contra el terrorismo, Ucrania —enumeré—. ¿Terminará alguna vez?

Halcón se situó a mi lado.

—Es como dijo Lenin: «Hay décadas en las que no pasa nada y semanas en las que pasan décadas». —Se rio—. A mí me tocó lo último. ¿Ha leído los archivos?

—Sí —afirmé mientras él abría la puerta de su despacho. Nos sentamos a su pequeña mesa de reuniones.

—Necesitamos elaborar un listado de ideas que al menos podamos estudiar —apuntó—. Cualquier cosa que se nos ocurra. No tengo muchas esperanzas, se ha mirado todo con lupa…

Abrí mi maletín y dejé en la mesa hojas de datos.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Una lista de distribuidores y puntos de venta de Japan Tobacco.

—¿Los puritos? —repuso.

—Sí, pero son cigarrillos. Muy exclusivos: las cabezas coronadas de Europa y la Yakuza tienen más cosas en común de las que pensábamos. A ambos les gustan los Sobranie Black Russian.

Halcón me miró con cara de asombro.

—¿Y esto es lo que el Mago estaba fumando en el hotel? ¿Cómo lo sabe?

—Por un fragmento dorado en una de las colillas. Lleva veinte años fumando esto —conté—. ¿Recuerda la foto en el puente de Berlín? Los mismos cigarrillos.

—Y usted cree que allí donde se haya escondido seguirá fumándolos, ¿es eso? —me preguntó el director de la CIA.

—No lo sé, pero ¿por qué dejarlo ahora? —inquirí a mi vez—. Hay dos sitios relativamente remotos a los que se envían los cigarrillos. Esta es la isla de San Cristóbal, en el Caribe. —Extendí unas fotografías en las que se veían montañas escarpadas, playas bordeadas de palmeras y bonitos resorts—. Hay muchas casas caras, en la exclusiva vinatería se venden cada año alrededor de mil cajetillas de Black Russian —conté—. Es posible que los fume un residente o dos, pero San Cristóbal también goza de popularidad entre los oligarcas con sus yates de lujo. Probablemente les encanten unos cigarrillos que tienen el escudo de los zares.

—¿En serio? ¿Llevan el escudo real? —preguntó Halcón mientras pasaba fotografías de media flota de enormes barcos anclados en los puertos deportivos y los puertos de la isla—. ¿Y el otro sitio?

Le enseñé imágenes por satélite de una cadena de pequeñas islas.

—Casi ni aparecen en el mapa. Se encuentran a medio camino entre Grecia y Turquía, justo donde el Egeo se une al Mediterráneo.

»Unas están deshabitadas, en otras hay pueblecitos de pescadores y grandes propiedades de personas que valoran su privacidad por encima de todo.

Le mostré instantáneas tomadas unos años antes por el FBI de diversas fincas con caballerizas, varias piscinas, playa privada y una

con un zoo en el que había una manada de leones.

—Una de las islas de menor tamaño es propiedad de una «familia siciliana», ya sabe a lo que me refiero.

—¿Y ahí hay tiendas?

—En algunas de las islas de más tamaño —aseveré—. Sobre todo de cosas básicas, y hay unos cuantos chiringuitos de playa. El lugar más interesante es una especie de comercio que vende toda clase de artículos: se creó para abastecer a los yates que recorren las islas griegas y turcas en primavera y verano.

Saqué fotos de la tienda y se las pasé por la mesa. Se veía una estructura similar a un cobertizo de barcos en el extremo de un embarcadero. Pintada de blanco y azul, casi parecía flotar en la centelleante agua.

—El tipo que la lleva tiene un buen negocio: los barcos que navegan por la zona le hacen llegar sus pedidos de vino y comida, lo que quiera que necesiten, con bastante antelación; él lo importa todo del continente, lo mete en cajas bonitas y les cobra bastante más de lo que vale. —Hice una pausa—. Cada tres meses recibe cien cajetillas de Black Russian del distribuidor en Estambul.

Halcón miró con más atención las fotografías de la tienda.

—Cien cajetillas: una al día para alguien que lleva veinte años fumando. O tal vez el propietario las pida para los barcos de vacaciones. Seguro que hay muchos ricos que pasan por allí.

—Podría no ser nada, quizá tenga usted razón —admití—. Pero también hay una posibilidad.

—No, es más que eso. Es la mejor pista que tenemos. Enviaré a alguien para que eche un vistazo.

—No —espeté.

—¿No? —repitió.

—Envíeme a mí.

Me sostuvo la mirada un instante.

—¿Qué es lo que se me escapa? ¿Es que no está usted castigado? —No supe si lo decía en serio o si estaba jugando conmigo—. Claro —continuó—, es posible que haya un agente que piense que, si hace un gran trabajo, tal vez me convenza de revocar la orden de Lucas y volverlo a poner en la lista del servicio activo. —Estaba jugando.

—¿Usted cree que alguien intentaría hacer una cosa así? —inquirí.

—Sé que cuesta imaginarlo —afirmó.

—Pero ya que lo menciona... —apunté—. Unos sudores nocturnos no significan gran cosa. Se podría decir que son la respuesta de una persona racional a haber sido prisionero en Irán.

—Muy gracioso —repuso Halcón—. No difiere mucho de lo que Lucas dijo en privado. —Cogió las instantáneas en las que se veía la pequeña cadena de islas y las ojeó de nuevo—. Ni siquiera sabemos si

está ahí, ¿no? Muy bien, irá usted, pero lo primero que hará será efectuar un reconocimiento de la zona. A ver qué saca en claro. Si lo localiza, llamará para pedir refuerzos. Ese hombre es peligroso: tengo a diez personas colgando de grúas que lo demuestran.

29

Debido a la naturaleza de mi trabajo, he vivido intensamente y he estado en muchos lugares extraordinarios, pero nunca había visto nada parecido a ese comercio que se alzaba en el fin del mundo.

Un embarcadero que se hallaba a merced de los elementos, del color de la madera de deriva, salía de una playa pequeña y desierta, su medialuna de arena dorada protegida por acantilados de un blanco puro. Coronando uno de ellos, con sus aspas de telas desgarradas dando vueltas lentamente con el viento, había un molino de viento turco con el tejado de paja. Todo ello lo enmarcaban, extendiéndose hasta el horizonte, las centelleantes aguas color turquesa del mar Egeo y aguamarina del Mediterráneo. En la punta del embarcadero, pintado de azul claro y de un blanco brillante, como si flotase entre el agua y el cielo, se erguía el viejo cobertizo devenido en tienda. La estructura contaba con toldos y pérgolas en tres de sus lados, y una bandera de oración tibetana en una alta asta ondeaba con la brisa, bendiciendo en silencio el paisaje circundante.

La vi por primera vez desde la proa de un destartalado ferri entre islas al que me había subido en Esmirna, en Turquía: las vetas de óxido en las cubiertas y el ruido sordo que metía abajo un viejo motor diésel me hicieron dudar que fuésemos a salir del puerto. El cascarón estaba tan mal diseñado que fue una de las pocas veces que presté atención cuando un marinero de cubierta, un tipo que debería llevar jubilado bastante tiempo, nos indicó dónde estaban los chalecos y los botes salvavidas.

A bordo solo íbamos cinco: cuatro universitarios americanos que estaban viajando por Europa de mochileros y tenían intención de quedarse en un pequeño hostal en una de las playas escondidas de la miríada de islas y yo. Estaban empeñados en trabar conversación, pero, por suerte, mi dominio del turco —supuestamente el único idioma que hablaba— consiguió ponérselo tan difícil que no tardaron en admitir su derrota y se retiraron a los bancos de popa a fumarse un porro. Para los tres marineros de cubierta, yo era un empresario de Estambul que iba a gestionar una serie de trámites tras el fallecimiento de mi padre, unos años antes. Entre la barrera que suponía el idioma y mi dolor, me las arreglé para viajar en silencio, sin lugar a dudas la mejor opción para un agente secreto que no tenía

una tapadera como tal.

Vi que los marineros de cubierta preparaban las amarras, sentí el viento en la cara cuando cambió de dirección al dar la vuelta a un istmo alargado cubierto de pinos y ante mí aparecieron el embarcadero y el comercio. Abrí la mochila que llevaba, hice a un lado las dos armas y los peines con munición adicional y saqué unos prismáticos pequeños, la clase de cosa que podría llevar perfectamente cualquier viajero bien organizado.

De la bandera de oración pasé a las mesas del café y de ahí al propietario, que estaba en el embarcadero, listo para ayudar a amarrar el ferri. El cincuentón parecía ligeramente distinto de las fotos que nos había proporcionado la Administración de Control de Drogas: bajito y musculoso, con el pelo oscuro peinado hacia atrás con fijador y los ojos más oscuros aún. Según dicha Administración, había cumplido condena por apuñalar a un traficante de drogas rival casi hasta matarlo en Estambul y ahora complementaba el suministro de *foie-gras* y otros productos *gourmet* con un negocio más lucrativo: la cocaína y el éxtasis. Por lo visto la demanda entre los adinerados propietarios de los yates era lo bastante grande para justificar el interés de la Administración antidrogas, pero todos los intentos de procesarlo habían fracasado con la policía turca: al parecer muchos de los propietarios tenían muy buenos contactos.

Con la mochila al hombro y vestido con ropa desenfadada, bajé del ferri y después, cuando el transbordador partió hacia su siguiente destino, entré en la tienda. Su propietario, Yusuf Kaplan —más conocido como «Tigre» de cuando regentaba fumaderos de crack en Estambul—, sonrió desde detrás del mostrador y me preguntó si quería un café y adónde me dirigía.

—Un café sería estupendo —contesté en turco—. Y un paquete de tabaco.

—Marlboro, Benson & Hedges, Chesterfield, usted dirá —enumeró.

—Sobranie Black Russian —pedí pasando al inglés.

Me miró atentamente.

—De esos no tenemos —aseguró, su mirada de pronto vigilante. Yo estaba frente a él, lo único que se interponía entre nosotros era el mostrador de roble.

—¿De veras? —quise saber.

—Sí —replicó, y supe que estaba en el lugar adecuado. De lo contrario, ¿por qué iba a mentir? Antes de salir de Langley, había supuesto que si el Mago estaba en las islas, pagaría al propietario de la tienda un anticipo para que lo avisara si alguien empezaba a hacer preguntas difíciles.

—Creo que se equivoca —aseveré—. ¿Podría comprobarlo?

Vi que su mano desaparecía debajo del mostrador. Me pregunté si

tendría un cuchillo o un arma.

—No sé quién es usted —dijo—, pero le he dicho que no tengo ese tabaco. Y ahora le voy a dar un consejo: coja su mochila y lárguese de aquí.

—Qué raro —observé—. ¿Acaso su distribuidor en Estambul no le envía cien paquetes cada tres meses?

Su mano derecha reapareció deprisa. Empuñaba una pistola. Sin embargo, el hombre ya estaba gritando: yo había alargado el brazo y lo había cogido por el pelo mientras le golpeaba con fuerza el antebrazo con la mano izquierda, haciendo que el arma saliese volando. Le retorcí el pelo y él chilló más, y acto seguido le estrellé la cabeza contra el mostrador.

Había sangre por todas partes y, aunque no era estrictamente necesario, le estampé la cara de nuevo contra el mostrador y le espachurré más aún la nariz. Debo admitir que es un pequeño prejuicio que tengo: nunca me han gustado los camellos.

Las lágrimas le manaban de los vidriosos ojos y le levanté la cabeza para que pudiera mirarme.

—¿Quién eres? —preguntó.

—No la clase de persona con la que te quieres topar, Tigre. ¿Cómo llego hasta el fumador?

No dijo nada, ya fuese por la impresión o por reticencia. Le tiré con más fuerza del pelo y supo que estaba a punto de visitar el mostrador otra vez.

—¿Cómo se realiza la entrega? —repetí.

30

Vi que el pequeño buque de carga se aproximaba al embarcadero al amanecer la mañana siguiente. Era viejo y robusto y, aunque debía de haber hecho frente a condiciones meteorológicas adversas a lo largo de los años, tenía el casco bien pintado y las partes metálicas bruñidas y relucientes con el sol.

Según lo que había dicho Yusuf Kaplan entre los dientes rotos, el patrón —un egipcio, marino de cuarta generación de Alejandría— se ganaba la vida llevando suministros a los pueblos y las villas que estaban desperdigados entre las islas.

El propio Kaplan estaba esposado, una muñeca y un tobillo, a sólidos pasadores —un útil legado del pasado del cobertizo de barcos — afianzados en el suelo de la zona del bar. Era imposible que escapase, o que se pusiera en contacto con alguien, ya puestos: le había destrozado los tres teléfonos móviles que había encontrado y le había puesto una mordaza de bola que había llevado conmigo para tal

efecto. Lo último que necesitaba era que se pusiese a gritar para llamar la atención de cualquier visitante.

Resultó que, de esto último, solo se dieron tres casos —miembros de la tripulación de yates grandes que pasaban por allí camino de Esmirna o Bodrum—, y cada una de esas veces se fueron al leer el letrero que había dejado en la puerta en turco e inglés: CERRADO POR URGENCIA MÉDICA. Ahora que se aproximaba el pequeño carguero, retiré el letrero y esperé a que se abriese la puerta.

El capitán era un hombre bajo y delgado, de unos sesenta años, que todavía estaba en forma gracias al duro trabajo físico que realizaba y tenía una vitalidad en la mirada propia de alguien mucho más joven. Llamó al entrar, echó un vistazo, vio a Kaplan esposado al suelo con la nariz aplastada y sanguinolenta y después reparó en mí, que lo apuntaba con una Sig Sauer de 9 milímetros.

Me señaló.

—Veo que la gerencia es nueva.

Me reí: era evidente que se comportaba con elegancia bajo presión y me cayó bien en el acto.

—¿En qué le puedo ayudar? —le pregunté.

—Esperaba poder llenar el depósito —contestó.

—Hoy tenemos una promoción especial —afirmé—: Una oferta de lanzamiento: combustible gratis.

—Vaya, me empieza a gustar la nueva gerencia. —Hizo una pausa —. ¿Qué tengo que hacer?

—Le proporciona cigarrillos Sobranie a un hombre. Lléveme hasta él.

Miró la pistola y después el rostro ensangrentado de Kaplan.

—Sin problemas —afirmó con serenidad.

31

El patrón entrecerró los ojos para protegerse del feroz sol y señaló la isla. Yo levanté los prismáticos, me estabilicé para no dar tumbos con el vaivén de las largas olas y seguí la dirección que marcaba su brazo extendido.

Vi los restos de un barco viejo encallado en un arrecife con la mitad de los lados de acero ahuecados y la hélice al descubierto dando vueltas con las olas que rompían. El capitán vio lo que miraba.

—Son malas aguas —aseguró—. Un marino tiene que saber lo que se hace cuando viene aquí.

—Puede que no solo un marino —repliqué mientras seguía mirando por los prismáticos más allá del pecio, hasta las cuevas ocultas y peligrosas playas esculpidas por fuertes corrientes.

—¿Ve la villa? —preguntó el capitán, que de vez en cuando daba órdenes a gritos a sus dos indiferentes marineros de cubierta—. Busque la buganvilla roja.

Encontré el toque de color y me concentré al máximo: daba la impresión de que la gran casa —que debía de gozar de unas vistas espectaculares— estaba camuflada. Pegada a la ladera de una colina, con un follaje que la rodeaba y cubría el tejado, ni siquiera alguien provisto de unos binoculares potentes sería capaz de verla a menos que supiese exactamente dónde buscar.

—¿Cómo accede a ella? —le pregunté.

—Hay un cobertizo de barcos y un sendero que atraviesa el pinar al otro lado del promontorio.

—¿Y le deja el propano, el tabaco, la comida y las demás cosas en el cobertizo?

—Sí —confirmó el patrón—. Hay un intercomunicador, llamo y le digo que ya tiene lo que ha pedido.

—¿Cuánto tarda en recogerlo?

—Depende —contestó el hombre—. Unas veces lo recoge ese mismo día y otras tarda tres o cuatro.

Era fundamental que me acercase lo bastante para que pudiera identificarlo, porque era posible —no probable, pero sí posible— que, debido a alguna espantosa coincidencia, el hombre que vivía en esa isla no fuese el Mago, sino algún otro fugitivo o ermitaño al que gustaba el tabaco caro. Antes de dejar Langley me planteé bajarme fotos suyas de los archivos para enseñárselas a Yusuf Kaplan y otros de su calaña, pero caí en la cuenta de que el trabajo por el que había pagado el Mago en Gstaad o Villars le habría cambiado la apariencia de tal modo que cualquier imagen anterior suya habría servido de poco. Por mi parte, había coincidido con él varias veces en una vida distinta y estaba bastante seguro —si me podía acercar lo suficiente para observarlo— de que sabría reconocerlo a través de los cambios estéticos. El problema era que no tenía ni las provisiones ni los recursos para esperar hasta que bajase al cobertizo si tardaba cuatro días.

No me quedaba más remedio que aproximarme a la villa.

—¿Está solo? —inquirí.

—Sí, siempre.

—¿Qué hace? ¿Cómo pasa el tiempo?

—Viaja unas cuantas veces al año. Lo recojo, lo llevo al comercio y ahí coge el ferri hasta el continente —contestó el capitán.

—¿Tiene idea de adónde va?

—No, no es lo que se dice hablador, pero supongo que eso usted ya lo sabe. —Me miró, intentaba abrir la conversación, pero le sostuve la mirada hasta que él la desvió—. Claro que usted tampoco lo es.

Fue a tomar el timón cuando el carguero dio la vuelta al promontorio, y unos minutos después vi el cobertizo de barcos en el rincón de una cala, una pequeña estructura de madera que apenas resultaba visible con las sombras que arrojaban los árboles y los acantilados. Dudaba que cualquier barco que pasara por allí hubiese reparado en él desde hacía años.

—¿Es usted uno de esos marinos que saben lo que se hace? —le pregunté al patrón al ver una cortina de agua que se alzó un poco más adelante cuando una ola golpeó un afloramiento rocoso que se hallaba sumergido.

—Eso espero —contestó con ironía—. ¿Y usted? ¿Está listo? —Señaló a los dos sudaneses que estaban bajando de un pescante un pequeño esquife de aluminio con un motor fueraborda.

Metí la mano en el bolsillo de la chaqueta, saqué un grueso fajo de dólares y se lo lancé.

—Ahí van cinco mil —dije—. Y le daré otros cinco si sigue usted aquí cuando vuelva.

El hombre miró el dinero. Diez mil dólares probablemente fuese más de lo que ganaba en un par de años.

—¿Cuánto tardará? —quiso saber.

—Si no he vuelto cuando caiga la noche, váyase. Significará que no voy a venir —dije, y me puse la mochila a hombros, amartillé la Sig Sauer y comprobé el peine de munición.

Sí, estaba listo.

32

El silencio absoluto era lo más sorprendente. Fui por el agua desde donde me dejó el esquife hasta la playa, vi como volvían los sudaneses a la nave nodriza y entré en el cobertizo por una puerta que no estaba cerrada con llave.

Dentro hacía fresco, el agua se elevaba bajo los tablones de madera del suelo y dos rieles largos atravesaban unas puertas correderas. Eso permitía a una zódiac inflable de goma que estaba allí salir casi inmediatamente. Puede que la embarcación solo fuese de uso recreativo, o quizá sirviese para que escapara deprisa un agente en busca y captura.

A lo largo de una de las paredes de madera había una mesa, una hilera de estantes y numerosas carpetas y facturas. La luz entraba por una ventana alargada en voladizo y me imaginé lo agradable que sería trabajar con la ventana abierta, sintiendo la brisa marina y con toda la estructura a la sombra del sol más inclemente. Había una hamaca colgada entre dos postes y, cerca de la mesa, una papelera grande

llena de facturas y carpetas a la espera de ser destruidas. Eso solo se hace con material confidencial, y anoté mentalmente cogerlo todo cuando me fuese.

Me quité la mochila —no quería que me estorbara— y abrí la nevera. Había distintas cervezas artesanales y, con el calor que hacía ya, me sentí muy tentado de coger una. Sin embargo, me decidí por una botella de agua grande.

Y menos mal que lo hice. El sendero que llevaba hasta la villa era mucho más empinado de lo que daba la impresión al principio y, para variar, agradecí la batería de pruebas a las que me habían sometido para demostrar que estaba en forma. Corrí para minimizar el tiempo que estaría en lo que tenía que presuponer era territorio hostil, pero me tuve que parar dos veces para beber y descansar los gemelos. La última me volví para ver por dónde había ido e hice una pausa: las vistas eran extraordinarias. A través de las esbeltas ramas de una arboleda de cipreses vi una vasta extensión de resplandeciente agua azul y dos gaviotas —la única señal de vida— que rozaban las olas. Permanecí unos instantes en medio del abrumador silencio, contemplándolo todo: habría sido difícil imaginar una escena más distinta de una plaza en Teherán y diez cuerpos colgando de grúas.

Con eso en mente, me centré en la tarea que tenía entre manos y continué subiendo por el camino, manteniéndome más pegado aún a las sombras cuando la villa apareció ante mis ojos. Me detuve para mirar con los prismáticos: no había señales de vida. Los jardines y el terreno estaban muy descuidados, habían vuelto a la naturaleza hacía tiempo, mientras que la casa en sí era prácticamente inaccesible gracias al acantilado que se alzaba detrás y a una serie de muros altos e imposibles de escalar. Se hallaban recubiertos de enredaderas o de espinosa buganvilla, y los pequeños trozos de enlucido y ladrillo que todavía se veían se estaban desmoronando y presentaban daños causados por el agua. Un observador cualquiera —o un analista de imágenes satelitales— que no supiese de la existencia del comercio y del cobertizo de barcos habría dicho que esa no era más que una casa abandonada en una isla remota.

Sin embargo, desde el privilegiado lugar en el que me encontraba —ligeramente por encima de la casa y ayudado por los prismáticos— había algo en ella..., algo difícil de describir..., casi como si la casa fuese una versión demasiado perfecta del estado de abandono, como si fuese una puesta en escena.

Seguí avanzando, di la vuelta a la villa, con cautela, por si había sensores de movimiento o de presión ocultos en el suelo, pero no había ninguna forma sencilla de entrar: solo una sólida puerta en el sótano. Pero era mi única opción, mejor que arriesgarme a clavarme las espinas de la buganvilla —la segunda mejor opción, a mi juicio—,

así que me aproximé despacio y me metí la Sig entre el pantalón, en los riñones, con el objeto de tener las dos manos libres para utilizar las ganzúas y la llave de tensión que me saqué del bolsillo.

Era una cerradura buena y en perfecto estado, que no pegaba nada en una casa abandonada y resultaba muy difícil de forzar. Al cabo noté que el mecanismo cedía y abrí la puerta. Daba a una pequeña área de almacenamiento: en la penumbra se distinguían a duras penas barriles de productos químicos, una serie de tubos de aluminio, media docena de compresores en un rincón que funcionaban casi sin hacer ruido y —al fondo— una escalera con una puerta en la parte superior. Cerré la que quedaba a mi espalda y, tras decidir no usar linterna, crucé la habitación completamente a oscuras y subí por la escalera.

Con la Sig en la mano, estuve un buen rato aguzando el oído y después, despacio y sin hacer ruido, abrí la puerta.

33

Lo que encontré fue extraordinario, bello incluso. Una piscina cubierta titilaba en la penumbra, las paredes de un amarillo claro estaban suavemente iluminadas y llegaban hasta un techo abovedado en el que refulgían pequeñas estrellas. De la boca de una cabeza de Medusa de mármol, medio sumergida en la piscina, salía agua mientras sonaba música clásica por altavoces ocultos. Cerré un instante los ojos, podría haber estado perfectamente en unas termas romanas o en la famosa Cisterna Basílica de Estambul.

Di la vuelta a la piscina despacio hasta llegar a unas puertas de cristal que se abrían a un recibidor del que arrancaba una escalera sinuosa. Franqueé las puertas y subí por la escalera, menos preocupado por que alguien pudiera dar la voz de alarma que por que lo último que oyera fuese el amartillar de una pistola y, acto seguido, un disparo.

Mientras avanzaba con cuidado, deslizándome —cada sombra era una amenaza—, el resto de la villa se iba desplegando a mi alrededor. Era más extraordinaria incluso que la piscina. Amplios pasillos llevaban a suntuosas salas de estar, una biblioteca con las paredes revestidas de madera se abría a una vasta terraza, y dejé atrás varios patios escondidos llenos de macetas de terracota, toldos blancos y exuberantes helechos. Fuentes y surtidores antiguos burbujeaban en los rincones y un estanque de peces koi dominaba un jardín cercado: no era de extrañar que hubiese tantos compresores en el sótano.

De algún lugar de la casa me llegó la voz de un hombre —suave, tan solo un fragmento de sonido—, pero con la Sig en alto y preparada seguí su dirección y entré en un comedor de estilo familiar. En el

extremo más alejado se veía una cocina grande y a un hombre delante de un fogón de gas —las llamas vivas, el fuego alto—, salteando gambas en una sartén mientras canturreaba en italiano.

Era más alto que el Mago y el nacimiento del pelo muy distinto, al igual que la nariz y las mejillas, pero podía deberse a unos implantes en las espinillas y a la cirugía. Lo observé desde las sombras: cogió una botella de plástico, echó aceite a la sartén y, tras extender el brazo por delante de un pequeño extintor, añadió sal de un cuenco. Algo en él —el ladear de la cabeza, la costumbre de pasarse la mano por el pelo cuando daba un paso— me hizo pensar que lo había encontrado.

Sin embargo, seguí observando, quería asegurarme, y entonces vi que dudaba durante una décima de segundo. Estaba mirando la campana de acero inoxidable, y caí en la cuenta: había visto mi reflejo en el reluciente metal. No se asustó, como habría hecho cualquier persona normal, y eso dijo mucho sobre su identidad. A continuación, cuando habló, todas mis dudas se disiparon. Resulta extraño que la gente pueda gastarse una fortuna para cambiar su aspecto pero no preste ninguna atención a su voz. Lo había oído en persona y había escuchado numerosas grabaciones suyas, así que con las primeras palabras que pronunció, después de tantos años y tantos esfuerzos, supe que la Agencia por fin había encontrado a su hombre.

—Me preguntaba cuándo vendría alguien —observó con tristeza, sin volverse. Se encogió de hombros y esbozó una especie de sonrisa, dando a entender que todo había terminado, al parecer resignándose a su suerte—. Siempre viene alguien, ¿no es así?

No me daba ninguna lástima, pensaba en su traición.

Se volvió hacia mí, su mano izquierda fue a apagar el fuego; yo me fijé en lo cambiados que tenía los rasgos y, durante un instante, su mano derecha dejó de verse. De pronto lo supe, no estaba resignado a su suerte en absoluto...

Su mano izquierda subió el fuego, las llamas se elevaron; la derecha arrastró la botella de aceite hasta el quemador, el plástico se derritió en el acto. El aceite entró en contacto con las llamas y avivó el fuego, el extractor de la campana lo aspiró, yo retiré el seguro de la Sig y apunté, pero él ya se había lanzado en plancha, completamente extendido, había cogido el extintor mientras caía al suelo y rodó como nos habían enseñado...

Disparé a través de las nubes de humo negro y llamas, pero me las estaba viendo con lo que los expertos llaman el «efecto sorpresa» —impresionado con el aluvión de acontecimientos repentinos e inesperados—, y los tres disparos, que parecieron ensordecedores en medio del silencio, fallaron por un par de centímetros o más.

Ajusté la puntería mientras contaba con recibir una rociada de espuma química del extintor y verme cegado de un momento a otro,

pero lo que hizo no fue eso, sino lanzarlo. No a mí, sino a las furibundas llamas del fogón. Nunca había pensado que un extintor pudiese ser un arma letal, y desde luego nunca se había mencionado en ninguna de las sesiones de entrenamiento sobre artefactos explosivos improvisados a las que había asistido.

El Mago debió de inventar sobre la marcha, al darse cuenta de que, en las condiciones adecuadas, un contenedor a presión podía ser una bomba eficaz, y ese día las condiciones no podían ser más perfectas. Como supe después, a 175 grados centígrados la presión en un extintor de incendios se vuelve incontenible. Una cocina de gas —y la que había en la villa formaba parte de una alarma de grado cuatro— puede alcanzar casi *dos mil* grados centígrados.

El Mago seguía rodando por el suelo, pegándose a las resistentes encimeras para protegerse, cuando las leyes de la física y la química se impusieron. El extintor explotó, lanzando una lluvia de fragmentos metálicos directamente hacia mí. El polvo químico que contenía se evaporó y se convirtió en nubes blancas en movimiento que engulleron la cocina y proporcionaron cobertura al Mago mientras yo me apartaba. Fue un ardid brillante.

Me pegué al suelo cuando la ráfaga pasó por encima, y acto seguido noté un dolor abrasador en la parte posterior del hombro izquierdo y percibí el hedor de la carne al quemarse: un pedazo de metal al rojo vivo acababa de darme en el blando tejido. Para cuando quise ponerme de pie y me disponía a disparar de nuevo, el atroz dolor había pasado y supe que la cosa pintaba mal: cuando hay quemaduras, lo que uno quiere es que el dolor demuestre que los nervios siguen intactos. No tenía más remedio que pasarlo por alto e intentar ver a través del fuego, el humo y el vapor. Del Mago no había ni rastro y, consciente de que lo más probable sería que a esas alturas ya se hubiese hecho con un arma, volqué una mesa de roble y me parapeté tras ella. Disparé tres rondas de tres balas a la base de las encimeras de la cocina, pero no obtuve ninguna reacción, así que extraje el cargador e introduje otro mientras podía.

Con el arma completamente cargada, me agaché y entré zigzagueando en la cocina, listo para disparar si veía cualquier movimiento. No fue así, y cuando el oscuro humo y el vapor ralearon, vi oscilar una puerta que se abría al jardín cercado.

La crucé a toda velocidad y distinguí la sombra de alguien en el otro extremo del estanque de peces koi. Tras una espaldera de rosales trepadores había una rampa de tierra que llevaba hasta la parte superior del muro, y el Mago ya estaba subiendo por ella. Aunque sabía que no tenía mucho que hacer, efectué dos disparos, confiando en que, aunque no le diese, el propio efecto sorpresa tal vez lo hiciera caer. No fue así.

Cuando quise encaramarme al muro, pegar un amplio salto y cogerme de la rama baja de un ciprés para balancearme hasta llegar al suelo, el Mago había desaparecido. Ciertamente sabía hacer magia. Pero yo contaba con una ventaja: estaba seguro de que, mientras corría para huir, sopesaría las opciones que tenía. Sabía que, ahora que habíamos descubierto su identidad y su ubicación, yo llamaría para pedir apoyo y, en cuestión de horas, cuando los helicópteros aterrizaran, su isla ya no sería un refugio sino una cárcel y a él le darían caza. Tenía que salir de la isla deprisa e ir a otro escondite o a una barca que tuviese preparada. Su única opción era la zódiac con su gran motor fueraborda y su depósito de combustible de gran autonomía. Giré sobre mis talones y eché a correr...

Me lancé pinar abajo para intentar llegar al camino, el descenso era mucho más complicado que la subida a la villa. Cada raíz o piedra escondida amenazaba con hacerme caer de bruces. Más por suerte que por habilidad, conseguí mantenerme de pie, pasé a toda velocidad por el punto en el que me había detenido a admirar las vistas, di la vuelta a un recodo y vi que las grandes puertas correderas del cobertizo ya estaban abiertas.

Aceleré, confiando en poder acercarme lo suficiente para disparar cuando la zódiac saliera. El sendero describía una curva cerrada, pero fui campo a través, ganando así unos segundos preciosos, y cada vez más seguro de conseguirlo, retomé el sendero, zigzagueé, perdí de vista el cobertizo y, al salvar un recodo, vi que no lo había logrado.

El Mago me sacaba mucha más delantera de la que yo pensaba y la zódiac ya estaba en los rieles, saliendo del cobertizo y entrando en el agua. Vi que se encontraba en la popa, arrancando el motor, y, si bien lo veía, no podría detenerlo: se hallaba fuera del alcance de la pistola.

Mientras seguía corriendo, me percaté de que por la ventana del cobertizo salían volutas de humo y me pregunté si el Mago le habría prendido fuego al edificio: si era así y mi mochila se quemaba, todo estaría perdido. Cuando quise entrar en el cobertizo, empapado en sudor y con un hilillo de sangre corriéndome por la espalda debido a la quemadura, la zódiac avanzaba por las traicioneras aguas, hacia mar abierto.

Yo solo tenía dos minutos a lo sumo, pero al menos el cobertizo no estaba ardiendo. El Mago había prendido fuego a los papeles de la papelera, para tratar de destruir cualquier cosa importante antes de marcharse.

El intento no le salió muy bien, la papelera solo humeaba, y mientras echaba mano de la mochila decidí, por si teníamos que seguirle la pista más adelante, extinguir el fuego y salvar lo que pudiera. Levanté el pie y me detuve un segundo antes de dejarlo caer. Algo no cuadraba: ese hombre era demasiado cuidadoso para dejar

pistas en una papelera, y me aparté. Resultaba instintivo apagar un fuego a pisotones, y quizá él contara con eso. Miré la base de la papelera y esbocé una sonrisa sombría: joder, ese hombre era una buena pieza.

Me volví, saqué la segunda arma de la mochila, la que creí que no me haría falta, y corrí hacia las puertas correderas. El arma era un MCX Rattler, el subfusil más compacto del mundo. Medía poco más de cuarenta centímetros, pero podía disparar un cartucho de calibre trescientos Blackout —mayor que el cartucho estándar de la OTAN— y, por consiguiente, podía hacer el mismo daño que muchas armas mucho más grandes.

Desplegué la culata, me apoyé en un poste de madera y vi que la zódiac salvaba el último tramo de mar picado y avanzaba a toda velocidad contra una fuerte corriente. La embarcación daba sacudidas y serpenteaba violentamente y, agachado en la popa, el Mago intentaba sujetarse y guiar el vehículo. Iba a ser un disparo difícil, incluso sin las cortinas de agua que levantaba el fueraborda.

No había tiempo para sutilezas, sopesé mis posibilidades y disparé al grueso caucho de la zódiac para desinflarla. Al oír el primer disparo, el Mago se tiró de cabeza hacia el centro de la embarcación: si no para estar completamente fuera de peligro, al menos sí fuera de mi vista. Esas embarcaciones eran como rinocerontes, y los cuatro primeros disparos al parecer no le hicieron nada. Disparé dos veces más y vi que la segunda bala abría un gran orificio en el caucho cerca de la popa y acto seguido se alzaba una lengua de fuego. El proyectil, con una velocidad de salida de seiscientos metros por segundo —y al rojo vivo— debió de atravesar la cámara inflable y dar en el depósito de combustible.

Instantes después, la combinación de un contenedor casi sellado, gasolina, oxígeno y fuego causó lo que los expertos llaman una «reacción autosostenida» —una explosión, en otras palabras— que partió la zódiac en dos y generó una enorme bola de fuego.

Escudriñé los fragmentos de caucho y metal que salieron despedidos al cielo en busca del cuerpo del Mago, casi convencido de que lo vería dando volteretas a diez metros en el aire —nada podría sobrevivir a la explosión, eso seguro—, pero no vi ni rastro de él ni tampoco ninguna parte de su cuerpo.

Nada en el torbellino de espuma o alrededor, en el agua, así que tenía bastante claro que debía de haberlo matado la explosión o se había ahogado. Di media vuelta y entré en el cobertizo. Había dado con el Mago, lo había acorralado y había destrozado su único medio de escape. Ya no podía hacer nada más.

En el cobertizo vi la papelera humeante y cogí un plomo de pesca que estaba junto a la puerta. Me retiré, lo lancé a la papelera y el

plomo hizo exactamente lo que habría hecho un pisotón: activar la mina antipersona que había debajo. Estampó la papelera contra el techo y llenó de escombros la habitación. Me figuré que el Mago habría preparado el artilugio años antes y lo habría dejado listo por si acaso. Como he dicho, ese hombre era una pieza.

Sintiéndome afortunado por seguir vivo, me volví para ver la llameante zódiac, me saqué un teléfono encriptado del bolsillo y llamé a Halcón.

34

Entré en su despacho rebosante de optimismo —estaba prácticamente seguro de que el Mago había muerto y, por tanto, yo había resuelto uno de los casos sin resolver más intrincados de la Agencia—, pero salí veinte minutos después medio hundido.

En la isla volví al carguero y le di al capitán los cinco mil dólares más con la condición de que me llevara a Esmirna, en Turquía, donde había un aeropuerto grande, desde el cual me subí a un *jet* de GreenEnergy que me llevó a Washington.

A bordo iba media docena de muchachos exaltados —del regimiento Raider de los marines— que habían entrado en Bielorrusia, cerca de la frontera rusa, para sabotear un pequeño centro de investigación biológica. Con el avión aún en la plataforma, ellos ya estaban haciendo un buen uso del bar.

—¿CIA? —preguntó uno de ellos, un tipo arrogante, cuando me vieron pasar.

—¿Yo? —respondí entre risas—. No, tripulación de vuelo, traslado.

—¿Azafata? —inquirió el mismo tipo.

Sus compañeros se rieron mientras yo me sentaba, pero por lo menos me ahorré la necesidad de pasarme todo el viaje escuchando sus batallitas.

Solo cuando aterrizamos en Andrews y una enfermera subió a bordo para examinar la herida que tenía en el hombro, decidieron prestarme más atención. Su curiosidad se vio espoleada más incluso cuando el piloto les ordenó que permanecieran en sus asientos mientras yo desembarcaba.

Un SUV negro me estaba esperando y, en cuanto abrió la puerta, un escolta señaló a los exaltados muchachos, que miraban por las ventanillas.

—¿Compañeros suyos?

—No, el circo se fue de la ciudad, pero los payasos se quedaron —contesté.

El hombre se rio y, treinta minutos después, Halcón me estrechaba la mano y me llevaba hasta una silla frente a su mesa. Me pareció extraño: siempre nos sentábamos en los sofás, y había una formalidad en sus maneras que no había visto antes ni me esperaba ahora.

—Como ya le dije por teléfono, parece que la operación fue un éxito. Enhorabuena —me felicitó, pero sin mucha emoción.

—¿Registraron la isla? —quise saber.

—Cinco minutos después de que usted llamara, tenía a seis equipos de diez personas yendo hacia allí en helicóptero.

—¿Y…? —pregunté.

—Ni rastro de él. Tampoco pudimos encontrar su cadáver, pero no me sorprende: las corrientes y las mareas podrían haberlo arrastrado a cualquier sitio. Creemos que después de que azote la siguiente gran tormenta acabará en alguna playa.

Asentí, pero tenía mis dudas. Pensé en la trampa que ese hombre había puesto en la papelera y en hasta qué punto debía de haberlo planeado todo. Alguien capaz de hacer eso era capaz de cualquier cosa. Al fin y al cabo, era el Mago.

Halcón vio mi expresión de escepticismo.

—Se preocupa usted demasiado —afirmó—. Enhorabuena.

Asentí y le di las gracias con una sonrisa.

—Supongo que deberíamos hablar de su futuro —apuntó, de nuevo curiosamente formal.

—Estaría bien —contesté perplejo.

Cogió una carpeta de papel manila que estaba en la mesa.

—Hace dos días sucedió una cosa extraña en Afganistán —comentó.

—¿Qué pasó? —pregunté. No había nada inquietante en ello: en Afganistán siempre estaban ocurriendo cosas raras, pero no sabía por qué me lo estaba contando Halcón ni qué había en la carpeta. Supuse que empezaría a hablarme de una nueva misión.

—Una persona se presentó en la base de Kabul —continuó—. Un anciano. Había cruzado la frontera desde Irán hacía unos meses y había conseguido llegar a la verja de seguridad del recinto.

Me encogí mentalmente de hombros: en los despachos de la Agencia y las embajadas estadounidenses siempre se presentaban personas de manera inesperada, la mayoría de las cuales contaban cuentos o intentaban vender una información inexistente.

—El hombre carecía de valor aparente —siguió el director—. Su edad y sus modales respetuosos implicaban que no encajaba en ninguno de los perfiles a los que estaban acostumbrados los soldados, así que le denegaron la entrada. Volvió tres días seguidos (presentable, con una botellita de agua y un poco de comida) y se acuclilló debajo de un árbol al otro lado de la carretera a la espera de que lo citaran, cosa que no sucedió.

»El cuarto día, uno de los soldados, una mujer, se acercó a él para decirle que no tenía sentido que siguiera acudiendo. Dijo que era mejor que se quedara en casa y que tuviera un buen día. El anciano respondió que su casa estaba en Irán y que la echaba mucho de menos, que en su aldea gozaba de un gran respeto y ahora no era más que uno más entre miles de refugiados. La mujer lo creyó y le preguntó hasta cuándo tenía intención de seguir volviendo. Él contestó que le preocupaba la poca ropa que tenía y el frío que podía hacer en invierno.

Miré a Halcón con cara interrogante: aún faltaban muchos meses para el invierno. Halcón hizo un gesto afirmativo.

—Ya, lo sé. De manera que la soldado llamó adentro y pidió que la embajada o la Agencia enviaran a alguien para que no acabasen teniendo un cadáver debajo del árbol. Al final bajó un chaval (el tercer secretario adjunto de no sé quién) y escuchó al anciano.

»La historia era tan interesante que se la contó a su jefe, y pidieron al anciano que entrase para que hablara con el jefe de Kabul. Su informe terminó en mi mesa —afirmó Halcón, y señaló la carpeta de papel manila.

—¿Por qué era tan interesante? —pregunté—. ¿Qué fue lo que contó?

—Una experiencia bastante mala —respondió Halcón—. A su hija, las dos hijas de esta y él los sacaron un día de su casa un grupo de terroristas que los llevó hasta un cruce.

—¿Un cruce? —Clavé la vista en el director, que a su vez me miraba fijamente, pero no dije nada. De pronto sentía el corazón en la garganta.

—A la mujer y las dos niñas las encadenaron al suelo para que murieran junto a su marido (un correo del Ejército de los Puros al que su primo había traicionado), que había sido crucificado.

Guardé silencio. Sabía lo que se me venía encima, pero ¿qué podía decir?

—El abuelo había ido a la embajada porque quería transmitir su agradecimiento al hombre (un espía americano, según le dijeron) que había matado a tres soldados y había permitido que su hija y sus nietas escaparan. Dijo que no entendía cómo un lacayo del Gran Satán también podía servir a Alá. Sin duda, dijo, los caminos del Señor son inescrutables.

Halcón abrió la carpeta, sacó una fotografía de gran tamaño y me la enseñó. La habían tomado en la embajada, pero la última vez que yo había visto el rostro de ese hombre fue cuando apareció en el retículo de la mira telescópica de mi fusil. Dejé la fotografía en la mesa, temiéndome lo que se avecinaba.

—Me mintió —afirmó el director de la CIA—. No solo personalmente, sino cuando dio parte.

—No quería hacerlo, Halcón. Sabía que si informaba de aquello, estaba acabado, así que corrí el riesgo.

—Esto no tiene solución, lo sabe —dijo—. No hay vuelta atrás.

Asentí, aceptándolo. Tal vez como ni discutí ni puse objeciones, la rígida formalidad de Halcón desapareció y dio paso a la ira y la decepción.

—¡Por el amor de Dios, Kane! Las normas de la Agencia no son de libre interpretación. Y usted lo sabía. Tenía que abortar la misión. Lo

que quiera que estuviese pasando aparte no era nuestra misión ni nuestra responsabilidad. Debería haberse ido.

—Tomé una decisión al ver a esa familia —aduje—. Sabía lo que estaba haciendo.

—Eso no lo dudo, pero no deja de ser una tragedia igualmente.

—No para esas niñas —apunté.

—¡Malditas crías! ¿Por qué tenían que estar ahí? ¿Por qué en ese momento? ¿Por qué usted?

—No lo sé —admití—. Los musulmanes dirían que fue la voluntad de Alá.

Halcón clavó los ojos en mí.

—Pues entonces Dios no tiene ni puñetera idea de lo que hace.

Seguimos mirándonos.

—Eso lo retiro —añadió en voz baja—. Lo de Dios.

—Les daban agua —conté—. Querían que murieran de hambre, esa era la intención, querían que agonizaran durante días. Cuando una de las niñas intentó consolar a su hermana, las encadenaron de otra forma para que no se pudieran tocar.

—Joder, niñas..., ¿de cuántos años?

—¿Cuatro? ¿Seis? Pequeñas, eso seguro.

El director negó con la cabeza con expresión de desesperación.

—Doy gracias a Dios por no encontrarme en su pellejo. Estoy seguro de que mucha gente habría hecho lo que hizo usted; puede que yo también lo hubiese hecho. ¿Pensó usted en la misión, en su carrera?

—La verdad es que no —reconocí.

—Entonces es usted mejor persona que yo. —La ira en sus ojos la había sustituido una profunda tristeza. Nos conocíamos desde hacía mucho tiempo y habíamos pasado por muchas cosas juntos—. Puedo permitir que renuncie —me ofreció en voz baja—. Es todo cuanto puedo hacer. No tengo elección, ¿lo entiende?

—Lo entiendo —aseguré mientras intentaba aplacar la sensación de fracaso.

—Jamás pensé que esto fuera a terminar así —comentó—. Siempre pensé que sería un funeral. —Trató de sonreír.

—En los momentos más oscuros yo también pensé eso —reconocí. El silencio aumentó entre nosotros—. Supongo que no hay nada más que decir...

Él negó con la cabeza.

—Solo me queda darle las gracias por los años que ha dado, no solo a la Agencia o a mí, sino al país.

—Gracias por todos los buenos años que me ha dado usted —respondí, y le tendí la mano.

El director de la CIA me la estrechó, pero supongo que le pareció que no bastaba, y me dio un abrazo, algo nada propio de él. Luego se

apartó y me miró.

—Estaba usted en la UCI, fue justo después de Irán —contó—. Había demostrado usted tanto talento y tanto valor… ¿Sabe lo que me dije?

Negué con la cabeza.

—Envidiad al país que tenga héroes —dijo.

Sonreí.

—No, no es así: compadeced al país que los necesite —repliqué.

35

Llegué a casa en taxi. Rebecca no me había visto desde que me había marchado para ocuparme de una supuesta operación de vigilancia rutinaria en una soleada isla del Egeo, y se reunió conmigo en el porche, más feliz y relajada de lo que la había visto en años. A mí me preocupaban demasiado mis propios problemas para preguntarme cuál sería el motivo, y me contenté sin más con poder abrazarla.

—¿Han sido unas buenas vacaciones? —me preguntó—. ¿Has ido mucho a la playa?

Asentí, no me sentía lo que se dice alegre, y ella supo en el acto que pasaba algo.

—¿Qué ocurre?

—Me han despedido —conté—. Halcón ha tenido la delicadeza de dejar que renuncie, pero la realidad es esa. He redactado la carta hace una hora, he entregado el teléfono y la placa y dos vigilantes de seguridad me han acompañado fuera.

Rebecca me miró como si no fuera capaz de entenderlo, con el ceño fruncido.

—¿Por qué? —preguntó al cabo.

—¿Recuerdas las dos niñas y la madre, lo que te conté de darles una oportunidad? Infringí todas las reglas, Becca. La misión había terminado, había que abortar, uno no se involucra, se va inmediatamente. Y, lo que es peor, no informé de ello.

Ella se separó de mí y me miró con los ojos encendidos.

—¿Por eso? ¿Te han despedido por ayudar a esas niñas? Que los jodan —espetó. Rebecca nunca hablaba mal, y sus palabras eran un indicativo elocuente de la rabia que sentía—. Que los jodan a ellos y a sus reglas. Estoy orgullosa, increíblemente orgullosa, de ti. ¿Crees que estaría con alguien que le diese la espalda a algo así? ¿Lo haría alguien?

—Personas de la Agencia, supongo —aseveré con una sonrisa amarga.

—Me refiero al mundo normal. No a esa jaula de locos. ¿Puedes recurrir?

—¿En el mundo del espionaje? ¿Donde todo es secreto? Estuve en Irán: Washington diría que ni siquiera estaba trabajando para ellos. ¿Quién escucharía? ¿Dónde encuentras a esa clase de juez?

Seguíamos en el porche, cogidos de la mano.

—¿Te apetece una cerveza? —le pregunté, y, sin esperar a que me respondiese, la llevé dentro.

—Así que ¿no tienes manera de volver? —inquirió.

—Si se diese una emergencia nacional, si obtuviese el perdón del presidente, tal vez —dije riéndome—. No, no hay manera.

—¿Has pensado en el futuro? —me preguntó con delicadeza.

—Todavía no —contesté—. Eso lo dejo para mañana.

Entramos en la cocina. Abrí la nevera, saqué una cerveza y se la ofrecí, pero Becca hizo un gesto negativo. Me volví para coger un abridor. Me detuve cuando se me pasó algo por la cabeza.

—¿Estás segura? —insistí.

—Sí, segura —dijo.

La miré y nuestras miradas coincidieron.

—No puedo, ahora no —precisó—. No podré durante un tiempo...

No recuerdo quién dio el primer paso, supongo que los dos a la vez, pero acabamos abrazados.

—¿Te encuentras bien? —preguntó—. ¿Te has quedado muerto al saber que vas a ser padre?

—No, no —respondí mientras la estrechaba con más fuerza aún y le besaba el cuello.

—Pero ¿estás feliz? —Necesitaba saberlo a toda costa.

—Claro.

—Entonces ¿qué sucede? —me preguntó.

—Quería estar contigo durante todo el proceso —alegué.

—¿Y por qué no va a ser así? Sobre todo ahora, que estás en el paro —planteó, y acto seguido, con creciente inquietud, se separó un poco para poder verme la cara—. ¿Los lobos?

—Perdona, no fui sincero contigo cuando te dije que ya casi no los oía —admití.

—No pasa nada; de todas formas no te creí —me respondió—. ¿Tan malo es?

—Mucho —reconocí intentando no mostrar ninguna emoción, disimulando el escalofrío que me subió por la espalda—. Cada vez aúllan más alto, están más cerca.

—¿Y crees que eso significa que te irás pronto? —quiso saber.

—Sí —afirmé.

—Pero no significa eso, cariño. No estoy diciendo que no los oigas, claro que los oyes: has vivido una serie de sucesos traumáticos, te dan ataques de pánico. Pero los sonidos son un síntoma, no la realidad; desaparecerán. Ya lo verás, estarás aquí conmigo. —Sonrió—.

Además, ¿cómo enviarían a Rusia a un agente al que han escoltado fuera del recinto? ¿Quién haría tal cosa?

36

«Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos; [...] la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación.» Alguien escribió esto hace más de cien años y bien podría haber estado hablando de Becca y de mí.

No había nada singular en el hecho de que estuviese embarazada, desde luego —doscientos millones de mujeres al año se encuentran en esa misma situación—, pero aun así era algo maravilloso. Puede que todos los padres primerizos sintieran lo mismo que nosotros: esperanza y amor y una sensación de inmortalidad todo junto. Cuando veía lo radiante que estaba Rebecca por la mañana o cuando salía de la ducha y reparaba en cómo se tocaba inconscientemente la tripa, me sorprendía que un conjunto de células, todavía por nacer, pudiese cavar un pozo tan profundo que jamás se secaría.

Al mismo tiempo, sin embargo, yo estaba haciendo llamadas, persiguiendo rumores, buscando un empleo que no quería y siendo rechazado por un mundo empresarial que yo no entendía y que no me conocía.

Menos de veinticuatro horas después de salir de Langley por última vez, tal y como esperaba, Blackwater llamó. Tres de sus más altos ejecutivos sacaron tiempo para venir a casa y hablaron con elocuencia de oportunidades laborales, me ofrecieron un dineral y me enseñaron dónde tenía que firmar. No fui capaz de hacerlo.

Si en su momento me enrolé en los submarinos fue movido por un sentido del deber —de un propósito más elevado, supongo—, y me apartaron del servicio por orden de un contralmirante al que no conocía, me fui a la costa oeste, encontré trabajo en un almacén de Los Ángeles, donde lidiaba todos los días con mi sensación de fracaso, y una mañana, temprano, cuando bajaba por una calle de un lugar deprimente llamado City of Industry, dos hombres que dijeron ser del FBI, pero mentían, me pararon y me preguntaron si mi ruso y mi turco eran buenos.

«No tanto como mi árabe», aseguré, sin saber qué podía querer de mí la Oficina Federal de Investigación.

Me acompañaron hasta un coche aparcado que al parecer había perdido las matrículas, y quise saber si me estaban arrestando; me contestaron que lo harían si no me subía al coche. Me llevaron por kilómetros de almacenes anodinos y parques empresariales hasta un viejo almacén de libros que, según el letrero de la sólida verja

metálica, ahora era un estudio de diseño gráfico. Recuerdo que pensé que el enorme taller debía de estar especializado en encargos muy valiosos: nunca había visto tantas cámaras y sensores de movimiento. «Solo con cita previa», decía por debajo del letrero.

En una sala de reuniones insulsa, me vi frente a un panel de tres personas que me formularon preguntas, me acribillaron en los distintos idiomas, pasaban de uno al otro, me ponían a prueba, me preguntaban por mis estudios, por mi experiencia laboral y el tiempo que había estado en la Marina. Después insistieron en saber si tenía amigos rusos o árabes e intentaron hacerme pensar que aquello formaba parte de una investigación de seguridad nacional, pero no los creí. Aparte de tantear mi destreza en los idiomas, me pareció más una entrevista de trabajo en la que no me estaba permitido hacer preguntas. Por último, la jefa del panel, una mujer que rondaba la edad de la jubilación y vestía con bastante estilo, sin duda más de la costa este que de la oeste, y poseía una inteligencia aguda, despidió a sus dos colegas, me preguntó si ya había desayunado, pidió cruasanes y café y quiso saber si alguna vez me había planteado servir a mi país de un modo *menos convencional*. Contesté que haber dejado la Marina bajo la sombra de la duda implicaba que las oportunidades laborales eran limitadas y que me había preocupado más por servirme a mí mismo de la manera más *convencional* posible: como pagando el alquiler y comiendo.

Ella sonrió, dijo que me encontraba en una instalación de la CIA y, después de hacer una pausa para que yo lo asimilase, explicó que yo tenía una serie de destrezas —los idiomas, principalmente— que la Agencia estaba buscando. ¿Estaría interesado en que se me entrenase para ser agente?

¿Qué tenía que perder? Me uní a su departamento y fue ella —la mujer que había estado en todas partes y había visto más cosas aún— quien me dijo que ningún agente de Zonas de Acceso Restringido era joven: todos eran viejos. Era la directora adjunta que había precedido a Buster y había dirigido la unidad, aplaudida por todos, durante más de una década. Cuando yo era un joven agente, me enseñó más del mundo del espionaje que cualquier otra persona y me inculcó cuál era la verdadera misión de la Agencia. Al igual que Halcón, despreciaba a Blackwater y, debido a ello, yo todavía no estaba preparado para unirme a quienes ella llamaba «pistoleros a sueldo» cuando estaba de buen humor y «perros de la guerra» cuando no era así, y acompañé a la puerta a los tres trajeados que intentaban captarme.

Rebecca, que se encontraba en la sala de estar y había escuchado la conversación y oído el sueldo anual que me ofrecían, esperó a que se marcharan y entró, negando con la cabeza.

—No muchos saben lo que valen de verdad —comentó—. Caramba.

Nos reímos los dos: me conocía tan bien que no había dudado en ningún momento que rechazaría la oferta, pero después de eso solo acudí a entrevistas deprimentes con supuestos grupos de expertos y a visitas a despachos impersonales en los que jóvenes agradables me ofrecían agua embotellada y me acompañaban a reuniones con hombres y mujeres que dirigían empresas especializadas en lo que llamaban «análisis de defensa», significara lo que significase, y no tardó en hacerse patente que si trabajaba lo bastante duro tal vez acabara ocupando un cubículo junto a la ventana.

El desolado paisaje laboral solo se vio mitigado por una llamada de un colega que había dejado la Agencia hacía una década para montar un servicio de seguridad y prevención de amenazas de alto *standing* para estrellas del rock y famosos. Dijo que lo acababa de contratar una estrella del cine —un tipo que había hecho carrera con películas de acción de gran presupuesto y siempre había presumido de rodar él mismo las escenas peligrosas— y me llamaba para ofrecerme un empleo bien pagado dirigiendo un equipo que sería responsable de cumplir el contrato.

Cuando se lo conté a Rebecca, sonrió. «Él es el sueño y tú la realidad: probablemente sea mejor que cada cual vaya por su camino.»

A aquello siguieron más horas de enviar currículos, de bajar mis expectativas, de unos días que cada vez eran más largos y unas noches cada vez más inquietas. Kazinsky había desaparecido como si nunca hubiera existido y no había ninguna esperanza de que yo lo fuera a encontrar jamás. Y, sin embargo, curiosamente, los lobos seguían llamándome.

Y entonces, a las 3.38 de un domingo, recibí la llamada.

37

Había devuelto el móvil de la Agencia, me había comprado uno propio y había dejado de tenerlo al lado de la cama —qué sentido tenía, si no habría llamadas de números que nunca contestarían—, así que tuve que ir por él a la sala de estar.

Cogí el teléfono de la mesita, en parte contando con que se hubiesen equivocado. Oí la voz de un hombre al que no reconocí inmediatamente. Como mi nuevo teléfono no era seguro, el que llamaba estaba utilizando un dispositivo de encriptado de extremo a extremo para que la conversación fuese segura, y tardé un instante en darme cuenta de que era Halcón.

Como si me estuviese hablando desde el mayor cuarto de baño del mundo —todo era eco, sus palabras tan duras y quebradizas como el hielo—, me dijo:

—Súbase al coche y conduzca.
—¿Adónde? —pregunté.
—A Langley no —replicó—. Se lo diré cuando esté en la carretera. Diríjase a Capitol Hill y espere a que le llame.

38

Todo era blanco y frío: el mármol de la estatua, la luz de la luna en el agua, las fuentes inundadas de luz. Todavía reinaba la oscuridad, era un domingo por la mañana muy temprano, y lo único que rompía el silencio era el rugido lejano de alguien que había sacado un coche deportivo para pisarle a fondo en carreteras desiertas. El agudo sonido resultaba inconfundible: para cualquiera al que le gusten los coches, el motor de un Ferrari es como oír hablar a Dios.

En el punto de encuentro no había nadie, tan solo un puñado de agentes de policía de parques que estaban cerca del alargado estanque iluminado, a la vista de la colosal estatua del hombre al que se conocía como «el Gran Emancipador y el Salvador de la Unión»: Abraham Lincoln, sentado en el centro de un templo dórico griego, de casi seis metros de altura y ciento sesenta toneladas, que empequeñecía al hombre que esperaba en la escalera cerca de una de las columnas de la entrada.

Los agentes no le prestaban ninguna atención, y algo me dijo que estaban acostumbrados a ver a Halcón, que acudía a menudo al monumento de madrugada y que, como el propio Lincoln, se sentaba en muda reflexión. Una vez me dijo que no le pagaban por trabajar, que le pagaban por pensar, y habría sido difícil encontrar un lugar mejor para hacer tal cosa.

Me dirigí hacia él, caminando a lo largo del reflectante estanque, con las manos en los bolsillos y la espalda encorvada para protegerme del frío, y vi que bajaba la ceremonial escalera para ir a mi encuentro. Alguien que nos estuviese observando habría dicho que era el sitio y el momento perfectos para que un agente de inteligencia se reuniese con su jefe: la quietud del agua, la estatua iluminada, lo desierto y solitario del lugar y dos hombres que iban a verse bajo la luz de la luna.

Una mujer de la Agencia me dijo una vez que pensaban que yo era como el hijo que Halcón no había tenido nunca, y me pregunté cuál sería el motivo de ese encuentro: ¿una reconciliación, una nueva esperanza, alguna voz o traición del pasado?

—¿Kazinsky? —inquirí cuando nos dimos la mano.

—Olvídese de él por ahora —negó—. Quiero que vuelva usted. Lo he querido siempre... y ahora sé cómo conseguirlo.

Me quedé mirando mientras mi cerebro iba a toda velocidad: no sabía por dónde iba Halcón, pero me estaba lanzando un salvavidas, y eso era lo único que importaba.

—Usted dirá —contesté, pero él miró por detrás de mí y yo volví la cabeza y vi que dos agentes de policía, en su ronda de cada hora, venían hacia nosotros.

Halcón me llevó hacia otro sitio: con la quietud y el frío de la noche, la voz se propagaría por el agua, y él quería asegurarse de que nadie nos oía antes de entrar en materia.

El punto de encuentro y su comportamiento me dijeron que el asunto era demasiado secreto, o delicado, incluso para tratarlo en Langley, y no me sorprendió que se saliera por la tangente mientras se dirigía hacia una zona de más privacidad.

—Yo estaba aquí ese día, ¿sabe? —comentó.

Como no sabía a qué se refería, no dije nada.

—Estaba justo aquí: tuvimos suerte, llegamos pronto —continuó—. Yo era muy pequeño, me trajeron mis tíos. Luther King estaba en el primer escalón y la multitud se extendía hasta el Monumento a Washington… —Se volvió y señaló el obelisco de piedra que se veía a lo lejos—. Después leí que éramos doscientas cincuenta mil personas. El monumento mide casi ciento setenta metros, cuando se construyó era la estructura más alta del mundo, pero parecía casi insignificante con tanta gente. Era irónico: el discurso de Luther King se centraba en la igualdad racial, pero allí estábamos todos, a la sombra de un monumento erigido en honor al primer presidente que los esclavos ayudaron a construir. —Sonrió—. Así es América, ¿no? Un lugar lleno de contradicciones.

—¿Estuvo usted aquí? —inquirí—. He oído hablar de ese día mil veces. Mi madre también vino. Decía que fue uno de los momentos más importantes de su vida.

—¿Lo ve? Sabía que teníamos muchas cosas en común —afirmó con una sonrisa. Después miró para ver dónde estaban los agentes, que ahora prácticamente ya no nos podían oír. Echó un vistazo a la estatua de Lincoln, al otro lado del estanque reflectante—. Dudo que su madre lo supiera en su día —observó—. No creo que nadie lo supiera. Puede que King se diera cuenta de lo profunda que era la división racial. No entendimos que cuanto más se encumbrara a un grupo, tanta mayor sería la ira que anidaría en otra parte del país. Por Dios, el odio que hay ahí fuera ahora. Es como dijo Antonio Silva el otro día: ¿qué ha sido de nosotros?

—Mi madre se sabía su discurso de memoria —dije.

—Yo también. —Se volvió para mirarme—. Que estemos los dos en este sitio… parece una noche apropiada para hablar del pasado. —Se aseguró de que los agentes no nos oían—. ¿Por qué lo apartó de los

submarinos la Marina?

La pregunta me pilló por sorpresa. Algo que había sucedido hacía años —uno de los episodios más dolorosos de mi vida— era lo último que esperaba que sacara a colación. No respondí en el acto.

—Adelante —me instó.

—Autoridad con la tripulación, eso fue lo que dijeron —contesté al cabo—. Era oficial subalterno y acababa de volver de mi primer periodo de servicio en el mar. Me pidieron que fuese a un despacho y me dijeron que, según observaciones realizadas a bordo, carecía de la necesaria «presencia de mando».

—¿Era cierto? —quiso saber Halcón.

—¿Qué más daba? Era la Marina, la cadena de mando era la única opinión que contaba.

—¿Fue devastador?

—Servir en submarinos era lo que había querido hacer desde pequeño. Había algo en la soledad, en la idea de transitar por el mundo siendo invisible, que me atraía. Después, que me aceptasen en el programa, pasar por Annapolis, graduarme en la Escuela de Ingeniería Nuclear... y que me lo arrebataran en una reunión que duró diez minutos... —Me encogí de hombros—. Fue duro, peor que suspender, en cierto modo: no había cateado, me habían rechazado.

—Supongo que hay quien pensó que no era usted apto para ese trabajo.

—No me diga —repuse—. La Marina no me señaló como futuro capitán de un submarino de misiles, está claro.

—No estaba pensando en la Marina —aclaró—. Otras personas pensaron que no era usted apto, me refería a su opinión.

¿Qué significaba eso?

—¿Qué personas?

Sin embargo, no tuve ocasión de preguntar más. El director de la CIA pasó por alto la pregunta.

—¿Recuerda cómo se llamaba el hombre que se cargó su carrera? —inquirió—. ¿Qué era, contralmirante?

—Sí. Wilberforce. Contralmirante Nathan Wilberforce. Un hombre duro. Me dio menos de una hora para recoger mis cosas y dejar la base.

Halcón se sacó unos papeles —unas cinco hojas— de la chaqueta y me los dio.

—¿Qué es esto? —Me extrañé.

—Una lista de todos los oficiales de la Marina de ese año. Por orden alfabético —dijo.

Perplejo, sin saber por qué me enseñaba eso, le eché un vistazo, busqué el nombre, lo comprobé y miré a Halcón. Estaba muy confundido.

—¿No lo encuentra? —me preguntó—. ¿No hay ningún Wilberforce?

—No, no hay ningún oficial con ese nombre —afirmé, y el pulso se me empezó a acelerar. Durante años había vivido con una sensación de fracaso por aquello y ahora..., ¿esto? ¿Quién me despidió? ¿Y por qué? Solo se me ocurría una respuesta—. ¿La Agencia? —pregunté.

Halcón asintió.

—No yo, si le sirve de consuelo. Mi predecesora. Se puso en contacto con un oficial retirado para que supiera representar su papel. La Agencia lo quiso a usted desde el principio...

—Hay que joderse, ¡¿es que no podían preguntar?! —exclamé casi gritando, y el sonido se propagó por el agua.

Habían sido tantos años..., tanto desconcierto y dolor. Sentí que estaba a punto de explotar, pero una cosa mantuvo la espoleta en la granada: había vivido tanto tiempo en el mundo del espionaje que las sorpresas y la traición no eran ninguna novedad. Como he dicho, vivíamos en una jungla de espejos. Supuse que ese solo era un cristal roto más.

—¿Por qué no podían preguntar? —repitió Halcón—. Si lo hubieran hecho, ¿qué habría dicho usted? Sabían que estaba entregado a los submarinos.

Me paré a pensar un instante y caí en la cuenta de que tenía razón, jamás habría accedido, y eso ayudó a mitigar un tanto la rabia.

—Habían estado observándolo durante casi tres años —contó—. Habían visto su dominio de los idiomas que necesitaban, los logros académicos y el deseo que había mencionado usted: transitar por el mundo siendo invisible. Créame, es una frase de manual en el mundo del espionaje.

»Aparte de eso, lo conocían —continuó—. Quizá mejor de lo que usted mismo se conocía. Sus psicólogos no paraban de decir que ponerse al frente de un submarino estaba fuera de consideración, nunca sería el oficial al mando de un submarino nuclear. Era usted demasiado independiente, demasiado libre para obedecer órdenes...

Me sentía aturdido. Sabía cuáles eran las responsabilidades de un oficial. Podría haber salido airoso, habría pasado por el aro. Empecé a objetar...

—Volvamos a lo que sucedió en la intersección —continuó—. ¿Qué demonios pasó con esas órdenes? —Como no le pude contestar, siguió—: Mi predecesora estaba convencida de que tenía razón: estaba hecho para el servicio secreto, aunque ni usted mismo lo supiera. Lo único que tenían que hacer era ponerlo en una situación en la que lo aceptase.

»Así que lo sacaron de la Marina y, efectivamente, lo aceptó —concluyó—. Mire su carrera, mire lo que ha hecho. Me da lo mismo lo que piense; puede que no lo quiera admitir, pero mi predecesora tomó

una gran decisión: vio algo en usted y lo guio hasta su destino. Puede dar gracias; ¿a cuántas personas les sucede eso?

Halcón no dijo más, y bajo la fría luz de la luna me sorprendí pensando en el destino y la divina providencia y una estructura invisible que da forma a nuestra vida. Pensé en un silencio que envolvió el mundo y una nieve que no llegó a caer, en un cañón en el que me esperaba una emboscada, en tener un fusil de precisión cuando la vida de una familia dependía de ello, en oír lobos cuando estaba lejos de un bosque. Pero, sobre todo, pensé en las ruinas de una ciudad y en la visión de Rebecca muriendo.

—¿Por qué me cuenta esto ahora? —pregunté al cabo.

—Llevo años pensando que tenía usted derecho a saberlo —afirmó—. Ahora le voy a ofrecer la oportunidad de embarcar en un submarino para llevar a cabo una misión, así que me pareció el momento adecuado.

—Una misión en submarino ¿adónde?

39

Ahora mi vida había vuelto al punto de partida. Eso fue lo que pensé cuando Halcón me llevó hasta una sombra, lejos de la mirada de Lincoln, y encontró un lugar donde poder sentarnos.

En uno de esos hechos aleatorios de la infancia, a un niño de Florida le fascinaban los submarinos, fue a la universidad, se unió a la flota silenciosa, de la que lo echaron en extrañas circunstancias, fue reclutado por la CIA y ahora, quince años después del despido y cuando ya no trabajaba de espía, tenía la oportunidad de subirse de nuevo a un submarino.

—Me ha preguntado adónde lo llevaría la misión —dijo Halcón—. Lo cierto es que da lo mismo. La pregunta importante es: ¿qué clase de submarino?

—Muy bien —convine—. Juguemos: ¿qué clase de submarino?

—Si la tecnología funciona, uno salido del futuro.

—Eso no es que sea de mucha ayuda —apunté—. Los submarinos siempre están cambiando, se hallan en un estado de evolución constante. En cierto modo, siempre han sido embarcaciones del futuro.

—No como este. La idea ya la ha visto. ¿Recuerda los misiles de Zahedán?

Me sentía confuso. ¿De qué me estaba hablando?

—¿Se refiere a un submarino equipado con esa clase de misiles?

—No, me refiero a un submarino equipado con esa tecnología.

—¿Indetectable? —pregunté, y de pronto me quedé sin aliento.

—Sí, completamente indetectable, invisible —confirmó—. Sin que

nadie ni nada lo pueda localizar.

Estaba atónito; tanto que no pude decir nada. Me acordé de los misiles —blancos y brillantes, misteriosos y amenazadores— y de cómo atravesaron el escudo electrónico iraní y continuaron su trayectoria por la estrecha calle, silenciosos e invisibles a todo el mundo. Me acordé de los proyectiles de casi dos metros que pasaron muy cerca del suelo sin que nadie tan siquiera se volviera para mirar. Era tan extraordinario en mi memoria como lo había sido en la realidad.

«Si funciona», acababa de decir Halcón. Sin embargo, eso no impidió que mi imaginación cobrase alas. Un submarino moderno, que ya era la plataforma armamentística más letal que existía, recubierto de miles de millones de esas diminutas teselas blancas y capaz de navegar por las aguas del mundo sin que nadie lo viera o lo oyera. Podría entrar por el mar de Japón en Vladivostok, el puerto base de la flota rusa del Pacífico y uno de los lugares con más objetivos del mundo, con más de setenta navíos y ochenta submarinos en sus dársenas. Ninguno de sus defensores —ya fueran humanos o electrónicos— se percatarían de la presencia del submarino hasta que empezara el ataque. Como Pearl Harbor multiplicado por diez. No tendrían tiempo de hacer nada, todo habría terminado en lo que tardasen los misiles y los torpedos del submarino en recorrer los pocos kilómetros que los separaran de sus blancos.

Y lo mismo sucedería en Severomorsk, la base de la flota rusa del Norte, o en media docena de enormes instalaciones más de la segunda Armada más grande del mundo: un puñado de submarinos completamente indetectables podría acabar con todo en cuestión de minutos. Estaba tan absorto en las implicaciones que tardé un momento en darme cuenta de que Halcón me estaba mirando.

—Tiene posibilidades, ¿eh? —observó.

—Es extraordinario —afirmé.

—Y también aterrador, a juzgar por su cara.

—Sin duda —le confirmé—. No hay nada que lo prepare a uno para el impacto que provoca lo nuevo.

—Yo sentí eso mismo la primera vez que supe de los misiles. Pero en ningún momento iban a ser el artista principal —explicó—. Siempre fueron los teloneros. La idea en todo momento fue que la tecnología fuera a más. El submarino es el primer intento.

—¿Alguien sabe si funciona? —le pregunté—. Me refiero a en algo del tamaño de un submarino.

—No, está a punto de someterse a una prueba experimental en el mar para averiguar cuál es su potencial.

—¿Y por qué iré yo a bordo?

—Se ha producido un incendio —contó el director de la CIA.

—¿Esto es real o forma parte de alguna tapadera?

—Es real. Arrasó un edificio de abastecimiento contiguo al submarino, pero podría haberse descontrolado fácilmente y provocar una explosión: el edificio estaba lleno de productos químicos. La causa fue, casi con absoluta seguridad, eléctrica, pero todo el mundo (el presidente, el director de Inteligencia Nacional y, Dios nos asista, el Peligro para la Navegación) decidió que con un proyecto tan crucial como este no podíamos correr riesgos. Pudo ser un intento de sabotaje.

—¿Y los convenció de que necesitaban a un agente secreto?

—Naturalmente —aseveró un sonriente Halcón—. Les dije que, si éramos serios, necesitábamos al mejor, a alguien acostumbrado a desenvolverse en situaciones muy difíciles. Un espía de Zonas de Acceso Restringido, por ejemplo. Y si además sabía de submarinos, mejor que mejor. —Extendió las manos—. Me aseguré de que solo hubiera un agente experto en submarinos, una persona que diera la talla. Les dije que no teníamos elección: había que traerlo a usted de vuelta.

—¿Y aceptaron?

—No tuvieron más remedio: ni siquiera el Peligro para la Navegación pudo poner peros —contestó.

Miré hacia otro lado y cogí aire: mi sensación de alivio casi era física. No fui consciente hasta ese momento de hasta qué punto estaba preocupado, cuán a la deriva me sentía, sin trabajo ni ningún propósito. Volví la cabeza hacia él.

—Gracias —me limité a decir.

Él le restó importancia con un gesto.

—¿Se acuerda del técnico de aire acondicionado de Afganistán? Ese será usted en el submarino. Igual que él, se sentará con la gente, se tomará el café de rigor o lo que sea, y escuchará. No hace falta que le diga cómo se sigue una pista. Personalmente, no creo que vaya a encontrar nada, pero si lo hace, estupendo. Y si no lo hace, el precedente estará sentado: lo llevaré de vuelta a Langley.

—¿Qué personaje encarnaré a bordo? ¿Cuál será mi tapadera? —quise saber.

—Una sustitución de última hora. El Laboratorio Nacional Oak Ridge tiene uno de los siete puestos de observación que hay a bordo. Por desgracia, su hombre ha enfermado y usted irá en su lugar. El trabajo que realiza Oak Ridge siempre ha sido alto secreto (fue donde se desarrolló la bomba atómica), así que nadie que vaya en ese submarino conocerá al hombre. Ni a usted.

—¿Está enfermo? ¿Qué le ha pasado?

—Intoxicación alimentaria —contestó el director—. Repentina y bastante grave, según me han dicho.

Asentí, pero sin apartar la vista de él.
—Y…
—Sumamente repentina; por lo visto, se encontraba bien hasta que recibió una llamada mía. Ahora mismo está disfrutando de unas vacaciones en Hawái con todos los gastos pagados.
Los dos nos reímos.
—¿Tiene su expediente? —me interesé—. Por si alguien pregunta.
Halcón se encogió de hombros y abrió las manos con expresión inocente.
—¿Cuándo me marcho?
—Esta noche —informó—. La prueba en el mar empezará dentro de cuatro días. Descanse unas horas y vaya a Langley: celebraremos una sesión informativa y tendremos un montón de informes esperándolo. Le va a encantar.
Se levantó y estiró la espalda. Yo miré más allá de él y vi que comenzaba a amanecer.
—¿Tiene nombre, este submarino? —pregunté.
—¿Cómo va a tener un nombre si no existe? —adujo con una sonrisa—. Pero le han dado uno provisional: *USS Leviathan*.
Asentí.
—Leviatán. El monstruo de las profundidades —comenté, y me levanté y no pensé más en él.

40

Antes, Rebecca había visto que yo iba dando tropezones a la sala de estar para coger el teléfono en mitad de la noche y había oído que arrancaba el coche y me iba. Debido a ello, aunque ni siquiera eran las seis de la mañana aún, me estaba esperando cerca de la puerta trasera cuando entré.
—¿Halcón? —me preguntó.
—¿Qué te hace pensar eso? —repuse.
—¿Quién más te llama a las cuatro de la mañana y cree que es normal?
Me reí.
—He vuelto —le dije.
Ella puso cara de no estar segura de entenderme.
—¿Has vuelto? ¿A la Agencia?
Asentí, y Rebecca me miró confundida y con sentimientos encontrados. Aunque mi trabajo la angustiaba, había visto cómo lo había pasado las últimas semanas. Debió de sentir cierto alivio, pero también estaba embarazada, lo cual traía consigo su propia carga de miedos e inquietud.

—¿Qué es lo que quieren que hagas ahora? —inquirió con cautela—. ¿Ir a Irán? ¿A Rusia? ¿Adónde esta vez?

—A un submarino —le contesté.

Por segunda vez en dos minutos estaba sorprendida.

—¿En serio? —Había hablado muchas veces con ella de lo que significaba para mí esa parte de mi vida—. ¿Cuántos años hace?

—Quince —respondí.

—¿Cómo te sientes?

—Nervioso. Espero que no me guste demasiado: no me quiero pasar el resto de mi vida pensando en cómo podría haber sido.

—¿Es peligroso? —quiso saber, abordando el tema que nunca se le iba de la cabeza.

—No. Es un submarino estadounidense, voy a observar y escuchar. Estaré fuera unos nueve días en total.

El alivio hizo que sus hombros se relajaran, y Becca se volvió y se acomodó en un taburete.

—¿Estarás bien? —le pregunté.

—Claro —aseguró—. Pero gracias por preocuparte. Tenía una noticia...

—¿Cuál?

Negó con la cabeza, cambió de opinión.

—Nada, no es importante. Puede esperar: pareces exhausto. Supongo que te querrán lo antes posible en Langley.

—A las nueve de la mañana. —La noticia quedó en un misterio que no intenté resolver. Si era sincero, y para mi eterno pesar, tenía la cabeza en otra parte.

—Vete a la cama —me aconsejó.

Se lo agradecí con un gesto afirmativo y fui hacia la puerta. Casi la había cruzado cuando Rebecca dijo:

—Sé que es un submarino, pero ¿adónde te lleva? ¿Por qué?

Me volví, la miré un instante y negué con la cabeza: eso no se lo podía decir, no había nada que pudiera contar de algo tan secreto.

—Esperaba de verdad que hubiésemos dejado eso atrás —se lamentó al cabo, la decepción y el dolor escritos en su rostro.

—No te lo puedo decir, Becca. Esto no, no esta vez.

Nuestros ojos coincidieron, y me sostuvo la mirada. Después debió de ver que yo no iba a cambiar de opinión y se dio por vencida.

—Vete a la cama —repitió secamente—. Yo tengo que ir a trabajar dentro de una hora. Te veré cuando vuelvas de adondequiera que vayas.

Habría ido a abrazarla pero, decepcionada conmigo y enfadada, con razón, dio media vuelta y se puso a preparar el desayuno. Ese pequeño instante, en cierto modo insignificante, me perseguiría durante días de manera inimaginable.

Después recordé una vieja canción que podrían haber compuesto para ese momento, cuyo verso «Siempre pensé que te volvería a ver» es una de las frases más tristes que se han escrito.

41

Desperté apenas quince minutos antes de la hora a la que llegaría el coche que me llevaría a Langley y, en un despliegue de actividad, empecé a meter en un petate la clase de ropa informal y sosa que pensé podía tener un científico de Oak Ridge.

Por una vez no era necesario que me inventase una intrincada tapadera y me asegurase de que todo lo que llevaba encajaba con una realidad ficticia: era un americano que trabajaba en el este de Tennessee y estaba a punto de embarcarme en un submarino estadounidense en el que nadie me haría preguntas. Dado el poco tiempo que tenía, agradecí que fuera así.

Me puse el petate, cogí el teléfono y la cartera de la mesita de noche y fui a la puerta principal. Rebecca ya se había ido y vi que el coche de la Agencia me estaba esperando en el camino de acceso cuando caí en la cuenta: ¿qué hacía un tipo de Tennessee con un carné de conducir de Maryland y media docena de tarjetas de crédito a mi nombre que sin duda no utilizaría?

Ya en la puerta, di media vuelta y fui directo al rincón de la sala de estar que Rebecca usaba de improvisado despacho. Abrí el cajón de su mesa para dejar todo lo que pudiera identificarme cuando vi un papel endeble.

Supe lo que era inmediatamente y lo cogí: la copia de una ecografía. Sonreí; para la primera aún faltaban cinco días, pero era evidente que la curiosidad de ver al bebé la había podido. La noche anterior Becca había estado trabajando en urgencias y debía de haber encontrado un hueco para que uno de los técnicos le hiciese la ecografía.

Vi por primera vez al bebé y me quedé de piedra. Yo no era médico, pero sabía lo suficiente para ver que la ecografía revelaba algo interesante: dos corazones. Esa era la noticia que me iba a dar.

Mi reacción inmediata fue llamarla al trabajo, pero caí en la cuenta de que le estropearía la sorpresa, así que saqué el carné y las demás cosas del cajón, las dejé en la mesa y, tras coger el petate, corrí hacia el coche que esperaba.

Para variar, no estuve preocupándome durante todo el viaje de la inminente misión. Lo único en lo que podía pensar era en cómo sería la vida con gemelos.

42

Aterricé en Diego García justo antes de que se pusiera el sol. No corría ninguna brisa. Una calma absoluta envolvía el paraíso, y lo único que se movía eran las olas largas del océano Índico —tan perfectamente alineadas como las filas de soldados de cualquier desfile militar— que llegaban y rodeaban el atolón con un anillo de espuma blanca.

Por el oeste, en el horizonte, las nubes empezaban a teñirse de oro y carmesí, y en el intenso azul del segundo océano más profundo del mundo se dibujaban vetas argénteas. En la orilla, grupos de palmeras arrojaban sombras alargadas en playas de arena rosa, y no pude evitar pensar que, si el submarino era un éxito, aquel era un lugar idílico para que la guerra cambiara para siempre.

Unos pocos rezagados y yo habíamos llegado de Estados Unidos en un carguero Galaxy, uno de cuyos compartimentos había sido convertido tiempo atrás en un transporte militar. A todas luces se había hecho abaratando: no había nada que pudiera llamarse benévolamente «asientos». Eran estructuras metálicas con unas cinchas que recorrían ambos lados del fuselaje, puede que destinadas a paracaidistas. Desde mi punto de vista, sin embargo, aquello tenía dos ventajas: la primera, que, al haber tan pocos pasajeros, me podía tumbar por completo para dormir; la segunda, que impedía que se me sentase alguien al lado y me diera palique, algo que quería evitar, teniendo en cuenta el poco tiempo del que había dispuesto para prepararme una tapadera para la misión.

Ese era el plan, pero no me libró de que —cuando llevábamos dos horas del largo vuelo— un hombre de sesenta y pocos años que podría haber pasado por boxeador retirado cogiera una caja de transporte de plástico vacía y la sujetase a las anillas de anclaje del suelo a mi lado. Por cómo caminaba era evidente que llevaba una prótesis de cadera, y era probable que a las rodillas no les faltara mucho para correr la misma suerte.

—Baxter Woodward —se presentó, y me tendió la mano.

Fue una sorpresa absoluta: no que quisiera entablar conversación, sino que su cara, en la que parecía llevar las marcas de mucho vapuleo físico y emocional, contrastara notablemente con su voz, cálida y suave. Eso, combinado con una sonrisa fácil y pícara, sin duda hacía que fuese difícil que le cayera mal a uno. Sentí que no tenía más remedio que estrecharle la mano.

—He visto la lista de pasajeros. ¿Daniel Greenberg? —preguntó.

Asentí. En Langley a alguien que cayó en la cuenta de que yo necesitaría un carné de conducir, tarjetas de crédito y otros documentos de identidad le había sido encomendado crearlos mientras yo dormía y, de la noche a la mañana, me había convertido

en Daniel Raymond Greenberg.

—Según la lista, viene usted de Oak Ridge —continuó Baxter—. Supongo que será uno de los científicos de materiales avanzados, revestimiento y demás, ¿no? Yo soy físico y hago lo mismo en Los Álamos: nanotecnología principalmente, pulsos eléctricos y luz. ¿Y usted?

Me asusté en el acto —la ingeniería de miles de millones de pequeñas teselas blancas me sobrepasaba, y mucho— e intenté pensar deprisa.

—No puedo hablar de ello, Baxter —aduje—. En la lista ni siquiera debería figurar dónde trabajo. —Me encogí de hombros—. Ya sabe cómo es esto.

Me miró, muy impresionado: conque así de secreto, ¿eh?

—No, no, lo siento —se disculpó, y pensé que eso pondría fin a la conversación—. ¿Alguna vez ha estado en un submarino? —insistió.

—Unas cuantas —admití. Aunque no me apetecía charlar, parecía un tipo tan decente que sentí que debía hacerlo—. ¿Y usted, Baxter? ¿Es usted un lobo de mar?

—Qué va —dijo, e intentó reírse—. Siempre he estado metido en el laboratorio. —Se puso serio—. Mi mujer murió hace unos meses. Cuarenta y tres años casados. Es como dijo alguien: no lamentes lo que has perdido, agradece lo que has tenido. La teoría es buena; la práctica, difícil. Solicité el puesto de observador: llevo años trabajando en tecnología de invisibilidad y pensé que sería el cambio que necesito. —Esbozó una de sus sonrisas fáciles—. Ahora, cuando pienso que estaremos a trescientos metros bajo el agua, ya no estoy tan seguro. ¿Tiene hijos, Daniel?

Me pilló por sorpresa y me paré a pensarlo.

—Sí —contesté, lo cual no era del todo mentira.

—Nosotros no llegamos a tenerlos —contó Baxter—. Estuvimos cerca, cuatro abortos. ¿Cuántos?

—Gemelos —afirmé risueño.

—Vaya, es usted un tipo con suerte —aseguró complacido de verdad —. ¿Qué edad?

—Son pequeños —dije—. Muy pequeños.

—Darán mucho trabajo, ¿no?

Me animé con el tema.

—Bastante. Por suerte tengo pareja, pero, aun así, siempre estamos cansados.

—No me extraña —empatizó. Después señaló a los otros pasajeros y bajó la voz—. Sé que es un submarino, pero ¿qué estaremos observando exactamente?

Sonreí de forma enigmática y vi mi oportunidad.

—Justo le iba a decir, Baxter, que para alguien que ha sido padre

hace poco solo hay una cosa buena sobre volar dieciséis mil kilómetros en un carguero.

—¿Cuál? —quiso saber.

—Poder dormir a pierna suelta.

Se rio.

—Me lo creo —convino—. Lo dejaré para que descanse.

—Gracias.

—Tal vez podamos seguir charlando más tarde —añadió mientras se ponía de pie—. Cuando se despierte.

—Será un placer —dije, y me di la vuelta. Curiosamente, no era del todo mentira: como he dicho, el hombre me caía bien.

43

La primera bofetada de calor tropical nos golpeó cuando la puerta del Galaxy se abrió y los siete bajamos la inclinada escalerilla hasta el autobús militar que estaba esperando en la plataforma.

Tal vez fuese el asfixiante calor repentino o quizá no me equivocase y Baxter tuviera mal las rodillas, pero el físico —que iba justo delante de mí— de pronto se tambaleó y estuvo a punto de caerse de bruces.

Yo me había pasado media vida dependiendo de mis reflejos: solté el petate, extendí la mano izquierda y logré agarrarlo por el cuello de la camisa cuando empezó a inclinarse y, con el brazo derecho, le rodeé la cintura. No fue elegante, pero conseguí detener la caída y Baxter se volvió, jadeando asustado, e intentó darme las gracias. Le resté importancia con una sonrisa, pero entonces supe que cualquier posibilidad de que no fuésemos amiguetes en el paraíso se había esfumado.

Cuando todos estuvimos a bordo, el autobús puso rumbo al norte con Baxter y yo sentados juntos en silencio —él seguía bastante afectado—, mirando por la ventanilla. En cuestión de minutos el océano apareció a un lado y la laguna al otro, unas vistas tan espectaculares que habrían tranquilizado a cualquiera, y me alivió ver que el color empezaba a volver a las mejillas de mi compañero.

Mientras avanzábamos, el sol poniente tiñó el cielo de una profusión de rosas y dorados, y dejamos atrás playas desiertas en las que los surfistas seguían en el agua, cogiendo las últimas olas del día. Vi antorchas de bambú encendidas entre las ruinas de la plantación de cocos abandonada y a unos cuantos hombres y mujeres de uniforme con cervezas en la mano, que se relajaban en el deteriorado porche mientras miraban las barbacoas que estaban haciendo sus compañeros bajo las palmeras.

Más allá, aproximándose, se hallaba el muro de hormigón rematado

por concertinas que protegía la zona de alta seguridad del extremo septentrional de la isla. Mientras las cámaras y los soldados nos observaban desde sus tres torres de vigilancia, el personal de seguridad comprobó nuestros documentos, nos sometió a un escáner de iris y finalmente nos indicó que pasáramos.

Siempre bajo vigilancia, el autobús se adentró más en la zona prohibida —un paisaje desierto de palmeras, largas extensiones de uvas de mar y montículos de arena formados por el viento— hasta que frenamos, giramos bruscamente al llegar a un denso manglar y nos vimos frente al armazón quemado de un edificio de abastecimiento de gran tamaño.

Aunque habían apagado el fuego unos días antes, varios equipos de bomberos militares y obreros con mono de protección seguían despejando el lugar. Aminoramos la marcha cuando nos acercamos a cuatro camiones de bomberos que bloqueaban parcialmente la carretera y observé los restos carbonizados de la estructura. Si bien no cabía la menor duda de que suponía un golpe de buena suerte —me había abierto las puertas para que volviera al mundo del espionaje—, yo estaba pensando menos en la suerte y más en el destino. Era como si unas ruedas invisibles estuviesen girando, impulsándome hacia delante. Tenía la inquietante sensación de que, de algún modo, el destino había querido que yo estuviese allí. Me encogí de hombros e intenté sacudirme la sensación: había sido un vuelo largo y estaba cansado.

—¿Es eso? —preguntó Baxter.

Salí de mi ensimismamiento, pero no estaba seguro de a qué se refería.

—Danny, ¿me ha oído?

Aparté la vista del calcinado almacén y miré hacia donde señalaba Baxter. Más allá de un batiburrillo de barracones para una legión de trabajadores residentes, al otro lado de sus aros de baloncesto, del cine al aire libre, los talleres mecánicos y las hileras de carritos de café, se hallaba una enorme estructura de hormigón. Achaparrada y flanqueada por un rompeolas y un arrecife artificial para protegerla del oleaje, el edificio penetraba en las profundas aguas del océano.

—¿La base? Sí, tiene que serlo —contesté, aunque era una base de submarinos muy distinta de todas las que yo había visto.

—Usted ha estado en submarinos. ¿Las bases siempre son de este tamaño? —quiso saber Baxter. No era el único que estaba intrigado: todo el mundo estiraba el cuello para verla.

—Ni por asomo —respondí—. Por lo visto aquí los muros y el tejado son de hormigón reforzado, de seis metros de grosor, y los recubren tres capas de un material parecido al Kevlar que es más denso que el plomo.

—¿Para que sea a prueba de misiles? —preguntó Baxter.

—No —dije—. Para impedir que los radares de nueva generación puedan ver el interior de la estructura o que otros sensores de satélites graben voces o pulsaciones de los teclados de los ordenadores. El edificio entero es impenetrable electrónicamente…

No mencioné que si sabía todas estas cosas era gracias a los archivos que Halcón me había facilitado durante la sesión informativa que celebramos en la CIA unas horas antes de subirme al avión.

—Parece un tanto excesivo —opinó Baxter—. Un satélite hostil verá el submarino en cuanto salga de la base.

—Por eso la estructura es tan larga —repliqué—. El submarino se sumerge en el interior de la base y unos raíles bajo el agua lo dirigen hacia las profundidades del océano. Nunca se permite que esté en la superficie.

El autobús dejó atrás los camiones de bomberos, aceleró y ahora se acercaba deprisa a la entrada de la base.

—¿Y esas cajas negras grandes que hay en el agua, más allá del rompeolas? —continuó Baxter al mismo tiempo que las señalaba.

—Generadores de oxígeno —contesté—. Un submarino está más a salvo de que lo detecten en aguas costeras turbulentas: las corrientes y las nubes mastodónticas ayudan contra el sonar y otros dispositivos. Los generadores simulan esas condiciones. Además, el submarino lanzará miles de millones de pequeñas tiras metálicas cuando salga de la base, para desbaratar cualquier intento de fotografiarlo, incluso bajo el agua.

Baxter sonrió.

—Me da que ha pasado bastante tiempo en submarinos.

—No —mentí—. Siempre me han interesado, eso es todo.

El autobús se detuvo en un control de seguridad contiguo a la base y, una vez más, nos escanearon los ojos y comprobaron nuestros documentos. Depositamos todo lo que llevábamos en taquillas y a continuación fuimos hacia un grupo de escáneres de cuerpo completo.

Después de pasar, noté que mi expectación iba en aumento al tratar de imaginar cómo sería el submarino. Iba el primero, y cuando los rayos X demostraron que todo estaba en orden, atravesamos un compartimento estanco y pasamos a lo que yo sabía que sería una base enorme. Sin embargo, allí no se veía nada, nos rodeaba una oscuridad absoluta.

44

Aunque el lugar no estaba tan oscuro como pensaba, y mis ojos se adaptaron a la penumbra. A todas luces nos encontrábamos en la

cueva de hormigón, donde la temperatura era mucho más baja que fuera. Oía los lametazos del agua más abajo, en alguna parte, y la apabullante escala del lugar quedó patente.

A medida que empecé a ver mejor, una hilera de puntos luminosos azules apareció en el suelo, marcando un camino que seguimos, con Baxter pegado a mí y el resto del grupo detrás. Me detuve cuando las luces terminaron, conseguí distinguir una barandilla delante y determiné que estábamos en una suerte de plataforma.

En la penumbra oí el ruido sordo de potentes motores que se ponían en funcionamiento. Intenté localizar su procedencia y vi, a lo lejos, un resplandor vertical que se fue ensanchando, y la luz del día empezó a entrar. Los motores estaban abriendo unas enormes puertas de acero al fondo de la base.

Las puertas se abrieron más y el océano Índico se desveló como una lámina dorada, con un sol de un rojo sangre en equilibrio en el horizonte, que inundó de luz la base e iluminó la embarcación más extraordinaria que había visto en mi vida. Duro, anguloso y poderoso —medía más de ciento ochenta metros de longitud y el equivalente a siete pisos de altura, pues ya no se construía para lograr un sigilo obsoleto, sino para alcanzar una velocidad vertiginosa bajo el agua—, no se parecía a ningún submarino que hubiera conocido.

Y resplandecía —blanco, casi nacarado—, cada centímetro de su superficie recubierto de minúsculas teselas blancas. Normalmente las embarcaciones de guerra eran grises como el océano, y así había sido durante generaciones, pero este submarino era algo para otros tiempos, otra era.

Yo había visto los misiles que se lanzaron al convoy de Zahedán y me había convencido de que estaba preparado para lo que me encontraría en Diego García, pero me equivocaba. Las dimensiones, la belleza, la fuerza y la amenaza que destilaba el submarino eran abrumadoras. De nuevo me vino a la memoria la noche que presencié el mar en llamas de Bakú: me invadió la misma sensación de asombro infinito y profundo miedo, entrelazados e ineludibles.

Estar en la plataforma, ver el submarino a apenas treinta metros de distancia, fue toda una experiencia para mí. Pero para Baxter y el resto, a quienes no les habían prevenido de nada ni preparado, a todas luces fue impactante: guardaban un silencio que expresaba su estupefacción; algunos se llevaron las manos a la cara inconscientemente, otros no se movían del sitio mientras miraban con los ojos como platos.

—¿Eso es un submarino? —preguntó al cabo Baxter, a nadie y a todos a la vez.

No obtuvo respuesta, y el grupo casi seguro habría permanecido inmóvil de no ser por un agudo pitido que hendió el aire y los

sobresaltó, haciendo que salieran de su ensimismamiento.

Reconocí el sonido y me di cuenta de que la dotación estaba saludando —en la embarcación, alineados a ambos lados— como parte de una ceremonia formal. El capitán y los demás oficiales superiores habían llegado, subieron por la rampa y entraron.

El pitido cesó —el capitán estaba a bordo—, y vi que las enormes puertas finalmente estaban abiertas. El *USS Leviathan*, un submarino que no existía, una embarcación que se había diseñado para desaparecer, se hallaba listo para zarpar a aguas desconocidas.

45

Ya había salido una luna llena cuando los tres aviones Ilyushin cruzaron el seco mar de Aral, se aproximaron a las enormes columnas de luz e iniciaron el descenso final hacia una de las pistas militares del cosmódromo de Baikonur.

Los pasajeros, iluminados por las brillantes columnas, miraron y vieron que uno de los negros y baqueteados cohetes de carga volvía a la Tierra. Debió de parecerles una visión del futuro, y estoy seguro de que más de uno —después de ver la flota de barcos fantasmagóricos abandonada en el mar de Aral— pensaría que la humanidad, culpable de saquear y contaminar su propio planeta, ahora tenía intención de hacer lo mismo en el resto del sistema solar.

Según una lista de pasajeros hackeada por la NSA, Kazinsky ocupaba un asiento de ventanilla cerca de la parte delantera del primer aparato y, por tanto, debió de disfrutar de unas vistas increíbles de su nuevo campo de operaciones: la base espacial más grande del mundo, un lugar en el que durante ochenta años se probaron cohetes y misiles balísticos, cuya enorme superficie estaba repleta de cráteres, restos de misiles y etapas de cohetes desechadas. Debía de parecer algo a medio camino entre un desguace y un museo.

Como es natural, no tenemos forma de saber qué pensó Kazinsky, pero gracias a un informe exhaustivo de nuestro activo con el casco de minero y a una serie de hackeos adicionales de la NSA —de los que formaba parte una cantidad ingente de grabaciones de cámaras de seguridad de Baikonur, que, cosa excepcional, incluían audio, probablemente vestigios de la paranoia rusa, y que se sustrajeron de Kazakhtelecom—, no me cabe duda de que este es el informe más preciso que existe (y existirá) de los acontecimientos que se sucedieron en el cosmódromo durante esos pocos meses.

Cuando el avión aterrizó, nadie se movió: a los pasajeros se les había ordenado que permanecieran en sus asientos mientras tres oficiales del cosmódromo subían a bordo por la escalera. El superior,

un checheno alto que rondaba la cincuentena, daba la impresión de haber pasado más tiempo de la cuenta en el gimnasio: los definidos músculos se le marcaban en la vieja camisa militar, incluso el pantalón se abultaba en los gemelos, y tenía unas manos del tamaño de un gancho de carnicería. Lucía una barba poblada y, en su cara picada, tenía unos ojos oscuros y muy pegados, además de ser cejijunto.

Exsoldado cruel, se llamaba Aslan Kadirov, pero como tenía las mismas iniciales que el AK-47, el arma más utilizada en el mundo, todos lo llamaban «Fusil». Se hallaba a cargo de asignar a los nuevos reclutas el trabajo que realizarían en la empresa de minería espacial en ciernes de Baikonur, y su equipo se encontraba a bordo para transmitir esa información a los recién llegados. A Fusil, sin embargo, no le interesaba la mayoría de ellos, buscaba a un hombre en particular.

Tras consultar un portapapeles, echó a andar por el pasillo y dejó atrás unas cuantas filas antes de detenerse para mirar a un hombre que, en un asiento de ventanilla, observaba un grupo de edificios que se alzaban a un lado de la plataforma y estaba de espaldas a él.

—¿Coronel? —lo llamó respetuosamente.

Kazinsky se volvió y lo vio en el pasillo. El terrorista se levantó, sonrió y le dio un abrazo.

—¿Cuándo fue la última vez, Fusil? —preguntó Kazinsky—. ¿Alepo?

—Sí, Coronel. Estaba al mando del flanco norte cuando usted ordenó tomar la ciudadela…

—Y tú fuiste el primero que entró —repuso Kazinsky—. El mejor segundo que he tenido en mi vida.

Fusil sonrió.

—De eso no estoy seguro. Usted probablemente no lo recuerde, pero ni siquiera sabía que me habían disparado hasta que volví en mí y usted y un camillero me estaban llevando al hospital de campaña.

—Pues claro que lo recuerdo —aseguró el Coronel—. Por culpa de tu peso soltamos muchos tacos.

Fusil, riendo, se levantó la camisa para enseñarle varias cicatrices feas que iban del hombro a los marcados abdominales.

—Aunque me gustaría que hubiesen encontrado a un cirujano en lugar de a un tapicero: me cosió como a un sofá barato —dijo antes de ponerse serio—. La guerra siguió y no tuve ocasión de darle las gracias…

—¿Las gracias? ¿Por cumplir con mi deber? Los Spetsnaz cuidan de los suyos, siempre, y lo sabes —afirmó Kazinsky.

—Lo sé —contestó Fusil—. Por eso, cuando mi hermano me envió el mensaje desde Grozni de que un comandante de Alepo había ido al piso a buscarme, me las ingenié para hacerme con un teléfono y lo

llamé de inmediato. —Bajó la voz—. ¿Por qué Baikonur, Coronel?

—Para hacer la obra de Alá, sea la que sea —repuso—. Posiblemente para reunir dinero, para empezar. Quizá, si Alá lo quiere, enarbolemos de nuevo la bandera negra del ISIS. Vi en un tablón de anuncios que estabas aquí y supe que Alá me llamaba para que viniera a este sitio.

—Mi hermano dijo que habían derrotado al Ejército de los Puros, creí que tal vez se hubiera retirado usted.

Kazinsky sonrió.

—Un hombre no está acabado cuando lo derrotan, ya lo sabes: está acabado cuando se rinde.

—Aquí son muchos los que se rinden, señor. Es un lugar duro. Mientras sea capaz de pasar el control de seguridad, a nadie le importa su pasado, sus antecedentes o su formación..., lo que significa que estamos atrapados en la estepa con la escoria de Rusia. Cuando salga, huela el aire: el olor a inmundicia lo invade todo.

—He estado en muchos sitios malos —comentó Kazinsky—. ¿Y qué dice el sagrado Corán? «Dad gracias a Alá por la adversidad. Toda adversidad es una prueba; todo sufrimiento, un estímulo.»

—Eso es exactamente lo que nos dijo usted en Alepo —recordó Fusil, y los dos hombres se rieron—. Por lo menos allí no teníamos que lidiar con las ratas.

46

La gente debería haber prestado más atención a las ratas. Claro que, desde la perspectiva del tiempo, siempre resulta fácil ver las orejas al lobo.

Fusil cogió las pertenencias del Coronel del compartimento superior y lo hizo salir el primero, bajaron por la escalera y, pasando por alto una flota de autobuses destartalados, fueron hasta su vehículo personal: un transporte acorazado reconvertido. Le habían retirado la ametralladora y habían abierto ventanas toscas en los laterales, pero la oruga de acero, idéntica a las de los carros de combate, estaba intacta. Fusil podía ir a cualquier parte sin tener que preocuparse por los cráteres del recinto y las deterioradas carreteras.

Bajo la luz de la luna, con Kazinsky sentado a su lado en lo que en su día había sido la torreta del vehículo, Fusil salió de la pista, bajó por la Karl Marx Prospekt y fue al centro. Pasó por delante del Sputnik Hotel y, por último, de una estatua monumental de la cabeza y los hombros de un joven coronel Gagarin con su gorra de plato que miraba, apropiadamente, al cielo.

Cuando el vehículo dejó atrás el último de los deteriorados bloques

de pisos, dieron con unas vías férreas y avanzaron en paralelo a ellas, al ritmo de una *motovoz*, una de las viejas locomotoras diésel que llevaban a los trabajadores del centro a las plataformas de lanzamiento y las plantas industriales del cosmódromo. A pesar de la hora, los vagones estaban repletos de trabajadores que se dirigían a empezar el turno de noche: hombres y mujeres con los ojos inexpresivos y las mejillas hundidas que miraban al frente. Con la luz argéntea, envueltos en las nubes de humo negro que expulsaba la locomotora, parecían fantasmas.

Durante kilómetros los dos vehículos fueron a la par hasta que Fusil dejó que el tren siguiera, cruzó la vía cuando hubo pasado y se adentró en el yermo territorio. Coronó una elevación y disminuyó la velocidad hasta casi ir al paso. Allí, lejos de la ciudad, rodeado de la estepa, que se extendía hasta Mongolia, el resplandor de las estrellas era extraordinario, la Vía Láctea brillaba y palpitaba como si fuese una fuerza viva.

Fusil señaló hacia donde una torre de lanzamiento —la estructura desde la que despegaba un cohete— se erguía en el llano paisaje, silueteada a la luz de la luna, y apuntaba directamente a la constelación de Orión.

—Plataforma número uno —dijo con admiración—. Era la de Gagarin. No se utiliza desde hace años, para respetar su memoria. Volvió siendo un héroe y murió con treinta y cuatro años. A veces vengo a este sitio a sentarme: la miro y luego miro las estrellas y me doy cuenta, aquí, de que estamos en el límite del universo, rodeados del misterio de la vida, la muerte y el espacio.

—Pues sí, a nuestro alrededor y extendiéndose hasta la eternidad, con tan solo Alá para iluminar el camino. ¿Adónde vamos?

—A Siberia: así es como llama todo el mundo al rincón más remoto del lugar. Hoy está usted al mando del turno de medianoche en la que empieza a ser la instalación más importante de Baikonur. Es usted un regalo del cielo, la verdad. Da mucho trabajo, Coronel...

—¿La planta y el equipo?

—No, la gente.

47

La luz del fuego que arrojaban los altos hornos y las fundiciones jugueteaba en las paredes interiores de la planta mientras esta procesaba los minerales del espacio, iluminando desvaídos murales de casi veinticinco metros de alto de Stalin, Lenin y heroicos obreros soviéticos que contemplaban un futuro dorado que estaba por venir.

Los murales habrían sido invisibles de no ser por las llamas, pero

estas los convertían en algo inquietante: como jeroglíficos egipcios, los restos de un pasado lejano que apenas se entendían.

En las grabaciones de las cámaras que se recuperaron más adelante se veía a Fusil guiando a Kazinsky hasta una puerta del edificio y a este deteniéndose en el umbral para mirar los murales. Un minuto después levantó los ojos y vio el paisaje infernal que se desplegaba ante él: el interior enorme e intimidatorio, el rugido de los altos hornos, el incesante cencerreo de las cintas transportadoras y el río de metal fundido. La mina de diamantes de su infancia debió de parecerle una joyería en comparación.

Entró y siguió examinando el lugar hasta que llegó a un círculo de cuarenta hombres con el pecho al descubierto —duros y con barba— que voceaban y gritaban en una mezcla de idiomas que iban del kazajo al uzbeko y al árabe, pasando por el ruso. Reunidos a la sombra de una gigantesca trituradora de mena, los hombres —casi todo el turno—, al menos la mitad de los cuales tenían cicatrices y quemaduras infligidas por el equipo que los rodeaba, estaba tirando rublos y *tolahs* al suelo en el interior del círculo. Kazinsky miró a Fusil con cara interrogante.

—¡Apuestan! —aclaró con repulsión, a voces para hacerse oír con el estruendo de la maquinaria.

—¡¿A qué?! —gritó también Kazinsky.

Fusil indicó a su excomandante que subiese por una escalera que llevaba hasta una de las grúas pórtico superiores, caminó por ella y se detuvo en una plataforma que les permitió ver el círculo, donde se estaba librando una lucha a muerte...

Las dos ratas más grandes que Kazinsky había visto en su vida, de un tamaño mucho mayor que cualquier cosa con la que se había topado en la inhóspita Siberia. Sin embargo, no era solo el tamaño, las ratas eran únicas en otros aspectos: sus ojos azules estaban inyectados de dorado y la piel, salpicada de sangre, era de un marrón tan claro que casi tenía un brillo fantasmagórico. El pelaje se unía en una cresta elevada que les recorría la columna, como si estuviesen furiosas y tuvieran el pelo erizado permanentemente.

—¿Quién ha visto ratas así? —preguntó sorprendido Kazinsky.

—No muchos: los hombres dicen que son poco comunes, pero empiezan a no serlo —explicó Fusil.

—¿Cómo se llaman?

—«Crestadas», el nombre se lo han puesto los hombres —respondió Fusil.

—¿Crestadas? —dijo Kazinsky, sin apartar los ojos de los roedores: se atacaban y arañaban, los prominentes dientes (que más bien eran colmillos) buscaban continuamente la garganta del rival—. ¿Me equivoco o tienen colmillos? —planteó—. Las usan para pelear. Las

ratas no suelen tener colmillos.

—Sí, pero lo más sorprendente en ellas no son los dientes, sino la agresividad —contestó Fusil—. Nadie sabe por qué ni de dónde han salido, es otro de los misterios de Baikonur.

De pronto se oyeron unos ruidosos vivas entre el gentío: la más pequeña de las dos ratas había hincado los dientes en la pata trasera de su oponente, se le había echado encima y, con la sangre saliendo a chorros, intentaba arrancarle la extremidad. Mientras Kazinsky y Fusil miraban, la rata más grande —en lugar de chillar y tratar de escapar — siguió peleando, casi ajena al daño que le estaban causando.

—Es difícil saberlo, pero los hombres dicen que tienen un umbral del dolor mucho más alto —contó Fusil.

—Lo que parece es que no tienen umbral ninguno —apuntó el Coronel, que dejó de mirar a las ratas y a los ruidosos hombres para centrarse en el oscuro interior—. ¿Quién manda aquí?

Fusil señaló una sala de control acristalada situada en el extremo de una de las pasarelas, desde la que se veía casi todo el complejo. Un hombre gordo y medio calvo de unos treinta años se estaba balanceando en la silla mientras fumaba y veía la televisión.

—¿Ve cuál es el problema? —inquirió.

—Sí, lo entiendo perfectamente —aseguró Kazinsky, el hombre que en su día había puesto trampas para osos a sus enemigos y esperó a que llegaran los lobos—. Creo que a partir de aquí me puedo encargar yo.

48

Kazinsky vio que Fusil se subía al vehículo blindado y volvía al desolado paisaje. Se quedó solo en la sombra del edificio, absorto en sus pensamientos durante un instante, hasta que el silencio se vio interrumpido por una pequeña alarma del reloj.

Lo miró y después alzó la vista al este: estaba amaneciendo. Volvió a la penumbra y la ferocidad de la planta de procesamiento, cogió el petate con su alfombra y buscó un lugar para realizar el *wudu*. Sin que nadie lo viera, dejó atrás a los jugadores y entró en una cafetería y una cocina.

Se detuvo cerca de un montón de cableado eléctrico desechado y una hilera de extintores de incendios afianzados a la pared y llamó en ruso a un cocinero sudoroso que manejaba unos cuantos hornillos de gas para preparar el desayuno de los trabajadores.

—Agua, por favor.

El cocinero se encogió de hombros y le indicó un fregadero que más bien parecía un abrevadero. Kazinsky se quitó la chaqueta y la camisa

y empezó a lavarse. El cocinero, que se iba a dar la vuelta, se paró y clavó la vista en la espalda del desconocido.

—¿Por qué una langosta, amigo?

—Forman enjambres, y cuando se convierten en una plaga, no hay nada que las detenga. En el lugar del que vengo, los hombres sabios las temen más que a los lobos.

Si el cocinero hubiese mirado con más atención, también habría visto los demás tatuajes de Kazinsky y quizá le hubiesen dado que pensar. Como no lo hizo, levantó un cuchillo de carnicero y se rio.

—No, lo que los hombres temen es esto.

Kazinsky no discutió —el tiempo diría— y, tras terminar el *wudu*, desató la alfombra de oración del petate y regresó a la planta. Consultó el reloj para comprobar hacia dónde se encontraba la Meca, extendió la alfombra en el suelo y, cuando se arrodilló, vio que no estaba solo: un puñado de hombres devotos, diseminados por el enorme espacio, también estaban de rodillas en señal de sometimiento. El *adhan*, la llamada a la oración —que sonaba por los altavoces pero apenas se oía debido al ruido que hacía la maquinaria—, casi había acabado, pero no afectó lo más mínimo al círculo de hombres que apostaban, que parecía ser más nutrido y ruidoso con cada minuto que pasaba.

Las cámaras de seguridad mostraron que la rata más pequeña salió victoriosa y volvió a su jaula mientras su rival, muerta, cubierta de sangre y ahora con el claro pelaje desprovisto de todo color, estaba en el centro del ring. El maestro de ceremonias —que era quien organizaba el evento y tenía la última palabra a la hora de dirimir cualquier disputa que pudiera surgir debido a las apuestas— ordenó a dos ayudantes que retiraran el animal muerto.

—¿Qué es lo que digo siempre? —exclamó—. Lo que importa es el tamaño de la pelea en la rata, no es el tamaño de la rata en la pelea.

Soltó una carcajada y Kazinsky lo miró ceñudo, con aversión. De cuarenta y pocos años, sin camiseta, era un hombre enorme, con el pecho y los hombros tan anchos que daba la impresión de no tener cuello. Tenía unos ojos grandes y llamativos, pero fríos y despiadados, lo que en Rusia se llama «ojos de presidiario». Indicó a otros dos ayudantes que llevasen un par de jaulas, listo para el siguiente combate.

Cuando el maestro de ceremonias empezó a enumerar las estadísticas de las ratas, la multitud comenzó a hacer sus apuestas. Varios miraron de soslayo a Kazinsky y se dieron con el codo, riéndose del devoto recién llegado. «Ya aprenderá», parecían decir.

Si Kazinsky se percató, no prestó atención. Cuando terminó de rezar, enrolló la alfombra, volvió de forma discreta a la cafetería y se puso a rebuscar en el montón de cables viejos y desechados. Escogió uno de

un dedo de grosor, muy flexible, con un revestimiento de tela y metal, y lo sopesó minuciosamente en la mano.

—El cuchillo —pidió al cocinero.

El sudoroso hombre, que estaba de espaldas, no se había dado cuenta de que el descamisado Kazinsky había regresado, y se volvió hacia él. Vio el cable que tenía y abrió las manos, confundido.

—Pero ¿qué…?

Algo en la actitud del desconocido, en su forma de mirarlo, advirtió al cocinero que no discutiera.

—El cuchillo. Ya —repitió Kazinsky, y el cocinero se vio dándoselo sin poner peros.

Vio que Kazinsky extendía el cable en una mesa, determinaba la longitud adecuada, lo sopesaba de nuevo y, tras levantar el cuchillo, cortaba el cable de un tajo. Devolvió el cuchillo al cocinero, que vio como Kazinsky formaba un lazo en un extremo, se lo enrollaba en el puño derecho y, con el resto del cable arrastrando tras él, salía de la cantina e iba a la planta.

Por uno de esos caprichos del destino, la trituradora de mena se había trabado momentos antes —no era que le importara a ninguno de los trabajadores: el equipo siempre se estaba trabando— y un silencio relativo se había hecho en la zona, interrumpido únicamente por el tamborileo grave de las cintas transportadoras y los frenéticos vítores de los apostadores mientras las dos ratas nuevas se atacaban con dientes y ensangrentadas garras.

¡Chas! El improvisado látigo de Kazinsky, que se oyó con claridad ahora que la trituradora había enmudecido, sonó como el disparo de un fusil cuando hendió el aire y volvió sobre sí mismo.

El extremo rodeó las piernas de un hombre flaco que gruñía y avanzaba a codazos para hacer su apuesta. Kazinsky tiró bruscamente del látigo y los pies del hombre se despegaron del suelo y lo hicieron caer.

Kazinsky lo arrastró de espaldas por el cemento y los restos metálicos que cubrían el suelo mientras los otros apostadores se volvían para mirar, sorprendidos. El flaco, que rugía enfurecido, se quitó el cable, se levantó y se abalanzó hacia el desconocido tatuado del látigo…

Se oyó otro disparo de fusil cuando Kazinsky recuperó el cable deprisa y azotó con él al hombre en la cara: el metal le abrió la nariz y la mejilla, y un chorro de sangre brillante describió un arco por el aire.

El hombre cayó al suelo de nuevo —y esta vez no se levantó— mientras los demás hombres del círculo rugían y hacían frente a la nueva amenaza. ¿Quién era ese tipo? Se olvidaron de la pelea de ratas y avanzaron hacia él en manada, pero Kazinsky estaba preparado…

Golpeó con fuerza el desnudo torso del hombre que tenía más cerca, el cable le desgarró la piel y le hizo dar vueltas hasta que Kazinsky liberó la tensión y lo envió, de manera incontrolada y sangrando, contra media docena de sus compañeros. Los hombres se desplegaron, pero el chasquido del látigo se oyó otra vez...

En esa ocasión dio a un hombre grande, tatuado. El cable de metal le hizo un corte desde la sien izquierda hasta el lado derecho de la mandíbula, probablemente le sacara un ojo; era difícil de decir, porque el hombre daba traspiés, llevándose las manos a la cara, y se tambaleaba en la penumbra.

El Coronel se apartó para darse y dar al látigo más espacio y lo chasqueó de nuevo, pasó rozando las cabezas de los hombres, obligándolos a retroceder. Se oyeron más disparos de fusil —una y otra vez— y otros tres apostadores quedaron fuera de juego. Los demás captaron el mensaje rápidamente y recularon más todavía...

Las cámaras de seguridad dejaron claro cuál había sido la estrategia de Kazinsky: abrir un camino hasta el maestro de ceremonias, que permanecía al fondo. Cuando lo hizo, el látigo salió despedido de nuevo, chasqueó en el aire, avanzó deprisa y se enroscó en el pecho del enorme hombre. Kazinsky lo arrastró hacia él y lo liberó, haciendo que cayera de rodillas.

El maestro de ceremonias aprovechó la oportunidad y arremetió contra su agresor, pero Kazinsky ya estaba haciendo girar el látigo por encima de su cabeza, como en un rodeo, y lo lanzó con fuerza. Se oyó otro disparo de fusil, pero esta vez el látigo se enroscó en las piernas del hombre y lo tiró al suelo.

Tras desembarazarse del cable, el maestro de ceremonias intentó levantarse, pero no era ágil, y Kazinsky solo necesitaba un momento. Recogió el látigo y, mientras el organizador de apuestas intentaba ponerse de rodillas, el Coronel soltó el cable otra vez: la mitad del metal y la tela golpeó a la víctima en la desnuda espalda. Una roncha enorme y sanguinolenta apareció de inmediato y la carne se desgarró...

El maestro de ceremonias lanzó un grito de dolor y cayó sobre el pecho. Kazinsky dio un paso adelante, abrió los pies y le dio otro latigazo. Lo azotó una y otra vez, con toda la ira del devoto piadoso. «*Haram* —silbó Kazinsky—. ¿Lo entiendes? Alá dice que apostar es *haram*.»

La carne es blanda, y en cuestión de segundos la espalda del maestro de ceremonias empezaba a estar hecha picadillo. Hasta el cocinero, que se había acercado a la puerta para ver qué se proponía hacer el desconocido, miró hacia otro lado, pero Kazinsky no paró: ahora se cebó en las nalgas del hombre, le hizo jirones el sucio pantalón vaquero y dejó al descubierto la blanca carne, que poco después era

del color y la textura de la ternera picada.

A excepción de la maquinaria y los gritos balbuceantes del maestro de ceremonias, el silencio se había hecho entre los trabajadores, tanto los apostadores como los religiosos. Con el pecho y la espalda chorreando de sudor, Kazinsky se detuvo. Señaló con el látigo al azar a dos trabajadores que observaban la escena.

—Cogedlo —dijo.

Los hombres vacilaron, temerosos después de lo que acababan de ver. Kazinsky levantó el látigo y empezó a enroscarlo, como si se preparase para utilizarlo.

—Os he dado una orden —advirtió, casi sin molestarse en reparar en ellos.

No hizo falta nada más: los hombres se adelantaron, cogieron al maestro de ceremonias por debajo de los brazos y miraron a Kazinsky para que les diese instrucciones.

—Sacadlo de aquí —indicó el Coronel mientras señalaba la puerta que se abría a la estepa—. Que busque ayuda a rastras. Quizá sobreviva, *insha'Allah*. De lo contrario, se lo comerán los lobos y las ratas.

Se volvió hacia la sala de control acristalada y vio que el supervisor había dejado de ver la televisión y estaba en la pasarela, contemplando el caos atónito y con miedo. Kazinsky le dijo:

—Con toda esa carne que tienes, mi látigo te hará papilla. Pero puedes largarte ahora mismo y no volver.

Moviéndose sorprendentemente deprisa para su volumen, el supervisor cogió su chaqueta y bajó por otra escalera, evitando todo lo posible el látigo.

Kazinsky se volvió hacia los demás hombres e hizo una señal a los devotos para que también se acercaran.

—Escuchadme bien —empezó—. Hace tiempo había un gran profeta al que los cristianos veneraban. Visitó el templo de Jerusalén, derribó las mesas de los cambistas y expulsó a los mercaderes. ¿Por qué? Estaba haciendo la obra de Dios. Yo no soy un carpintero de Nazaret, pero Alá me ha bendecido y yo también hago su obra.

Nadie dijo nada.

—¿Quién soy? —continuó Kazinsky. Se señaló los tatuajes y refirió su significado—: Spetsnaz..., coronel..., los sitios en los que he combatido..., la bandera negra del ISIS que enarbolé...

Los hombres se estremecieron: esos eran logros que inspiraban temor. Kazinsky se volvió a medias para que pudiesen ver la langosta que tenía tatuada en la espalda, cubierta en sudor y manchada con la sangre de los hombres.

—Y la langosta: una plaga que envió Dios para limpiar la Tierra. Me llamaréis «Emir».

Se alejó y arrancó un paño de lona mugrienta que tapaba unas ventanas altas, dejando que la luz entrara en la oscuridad. Unos cuantos hombres al principio y después el resto se sumaron a él y comenzaron a quitar más paños.

Cuando se apartaron, una de las cámaras de seguridad disfrutó de una vista ininterrumpida del entorno sellado a través de las paredes de cristal. Dentro del enorme espacio, las palas manejadas por control remoto estaban cargando la mena del espacio sin desinfectar en cintas transportadoras y, durante un instante, iluminados por un único haz de luz que entraba por las mugrientas ventanas —que probablemente nunca se hubiesen visto en la penumbra de la planta—, la cámara captó algo singular.

Multitud de puntos luminosos flotaban en el aire alrededor de la mena, despedían una luz tenue y eran de una belleza conmovedora. Parecían los dientes de león más diminutos del universo, con un tamaño era menor que el diámetro de un cabello humano.

49

Más adelante —muy pronto— a las esporas les darían el nombre de *siber*. Aunque nunca se sabrá quién acuñó la palabra, esta no podía ser más certera: en ruso *siber* significa «el durmiente».

Solo Dios sabe de dónde salieron; de una galaxia lejana, probablemente, arrastradas por el viento cósmico hasta que aterrizaron en un asteroide, donde permanecerían, en apariencia dormidas, millones de años: tan solo un abrir y cerrar de ojos en un universo que se formó hace catorce mil millones de años.

Y las esporas habrían seguido allí, no vivas pero tampoco exactamente muertas, hasta que un vehículo no tripulado procedente de un planeta mermado y derrochador empezó a extraer tierras raras. No cabe duda de que las esporas no eran un virus, sino algo mucho más misterioso que eso, pero se les parecían lo suficiente para recordarme a una definición que oí cuando estudiaba la carrera. «Un virus es un conjunto de malas noticias envueltas en proteína —afirmó una vez el ganador del Nobel sir Peter Medawar—. Ningún virus ha hecho nunca ningún bien.»

Mientras el sol se elevaba sobre Baikonur, ese haz de luz se desplazó y las frágiles *siber* dejaron de verse. Debido a ello, en el entorno sellado de la cámara acristalada solo quedó otra cosa de interés: una rata.

Por naturaleza, estos animales son de madriguera y se pueden escurrir por un espacio del tamaño de una moneda. Después de todo, tal vez la cámara no estuviese sellada por completo, porque una rata

que parecía normal salió por una grieta minúscula del suelo, miró a su alrededor con curiosidad, se levantó sobre las patas traseras y observó la planta de procesamiento.

Por supuesto, respiró el polvo, el aire y cualquier otra cosa que estuviese suspendida en la zona prohibida.

50

Los registros del supervisor del puerto en Diego García ponían de manifiesto que el *Leviathan* salió de la base, se deslizó por los rieles submarinos y se vio libre de las burbujas de oxígeno a las 15.21 de un día que nadie olvidará.

Mientras se adentraba, sin que nadie lo viese, en las transparentes aguas, yo estaba detrás de los otros seis observadores en la torre de mando del submarino, mirando al capitán y a su equipo —el piloto, el oficial de cubierta, el navegante, los técnicos de sonar y de comunicaciones—, que seguían la regla de oro de todos los submarinistas, con independencia de cuál fuese la bandera bajo la que navegaban: máximo silencio y profundidad.

Con ese fin, el medidor de profundidad demostró que nos sumergíamos deprisa, lo cual contribuyó a crear la sensación mística que tan bien recordaba yo de estar solo en un mundo sin ventanas, de precipitarme a una dimensión desconocida envuelto en un silencio tan absoluto que no se oía nada cuando los oficiales pasaban de un puesto de trabajo al siguiente; igual que en todos los submarinos, todo el mundo llevaba zapatos especiales con suela de goma que permitían que los ciento sesenta y ocho hombres y mujeres de la embarcación recorriesen los pasillos sin que se oyera ni siquiera un paso amortiguado. Para los submarinistas, el ruido siempre ha sido el enemigo del sigilo.

La torre de mando del submarino se hallaba en penumbra, solo la tenue luz de las pantallas de los ordenadores y las minúsculas luces led en estantes de equipo iluminaban el rostro de la dotación. La oscuridad era intencionada: numerosos estudios psicológicos han demostrado que cuanto más viva es la luz, mayor es el nerviosismo y la fatiga entre los marineros y los oficiales.

Y en el océano Índico había muchos motivos de preocupación —corrientes submarinas que se precipitaban con la fuerza de enormes cataratas en cañones que parecían no tener fondo, montañas que no figuraban en mapas, pecios ocultos, cables submarinos y redes de pesca abandonadas—, todo lo cual se veía agravado al viajar con visibilidad cero a más de sesenta kilómetros por hora con tan solo los instrumentos y una fina piel de metal por toda protección. Al otro lado

de tan frágil barrera, la presión del agua era mortal; si el *Leviathan* atravesaba la marca de los seiscientos metros, se produciría una «implosión catastrófica»: la presión del agua, unas sesenta veces mayor que en la superficie, sería tal que aplastaría a la embarcación como un puño gigante una lata de aluminio.

Al menos en dicha situación la muerte sería instantánea. Por otra parte, cualquier accidente o fallo de equipo catastrófico cuyo resultado fuese que entrara un agua con una temperatura cercana al punto de congelación o que hiciese que el reactor nuclear dejara de funcionar significaría que las posibilidades de supervivencia o rescate de la dotación serían nimias. Si alguno de sus miembros conseguía encerrarse en un compartimento estanco, se enfrentaría a la posibilidad de que la embarcación se congelara cuando los sistemas de calefacción fallaran y el aire se volviese cada vez más tóxico cuando los generadores de oxígeno empezaran a quedarse sin bombonas.

No era algo teórico: unas décadas antes, el submarino nuclear ruso *Kursk*, con una dotación de ciento dieciocho miembros, sufrió graves daños cuando un torpedo defectuoso explotó accidentalmente al encontrarse la embarcación sumergida en el mar de Barents. Veintitrés marineros se refugiaron en un compartimento estanco y consiguieron aguantar durante horas viviendo una pesadilla; golpearon el casco, rezaron para que los rescataran antes de que al final se quedaran sin oxígeno. Como en casi todos los demás casos de submarinos nucleares que se habían hundido, no hubo supervivientes.

No era de extrañar, siendo así, que el capitán del *Leviathan*, el comandante Rick Martínez, un tipo atractivo de treinta y ocho años, con la tez cetrina y los ojos oscuros, estuviese inclinado sobre la mesa de control digital y su enorme carta, la preocupación dibujando arrugas en su rostro. Nacido en la hebilla del «cinturón de la Biblia», al sur de Memphis, Tennessee, gracias al trabajo duro y a un expediente académico excepcional, consiguió salir de las calles del barrio latino y llegar a las aguas de la bahía de Chesapeake y al entorno históricamente blanco, anglosajón y protestante de la Academia Naval de Estados Unidos. Sin embargo, sus logros no terminaron ahí: de las trescientas cincuenta mil personas en servicio activo de la Armada se convirtió en una de las setenta y cuatro de élite a cuyo mando se hallaba un submarino nuclear estadounidense.

Solo se volvió hacia los observadores cuando se cercioró de que su embarcación llevaba el debido rumbo y viajaba por aguas seguras.

—Un submarino es distinto de una embarcación de superficie sobre todo por un motivo —apuntó—. Cuando las cosas se ponen feas de verdad, el capitán no se puede tirar por la borda.

Sonrió y nos reímos; el comandante de cualquier embarcación tiene una autoridad casi absoluta, y era bueno estar en compañía de alguien

que por lo visto no se tomaba demasiado en serio.

—Y se pondrán feas —advirtió—. Probablemente hayan visto en la mesa de control que nuestro destino es Nueva York. No lo es, se trata de un destino teórico que se introduce para iniciar los ordenadores de navegación, pero aun así tenemos por delante un largo camino que nos llevará a aguas muy difíciles.

Se volvió hacia la gran mesa electrónica, la inclinó hacia nosotros para que pudiésemos ver la carta con claridad y encerró en un círculo una zona de océano al sur de Australia y Sudáfrica.

—Nos dirigimos hacia una extensión de agua vasta y desierta, hogar de los cuarenta rugientes y las ballenas más grandes del mundo. Como tal vez sepan, vamos a probar un tipo de tecnología de invisibilidad revolucionario. Cuando dé comienzo el experimento, nuestra misión consistirá en evitar ser detectados, y el cometido de los mejores recursos humanos y materiales que pueda reunir el ejército estadounidense consistirá en intentar dar con nosotros.

Estaba en lo cierto en lo tocante a los recursos que enviarían para localizarnos: yo los había visto. Mientras explicaba la envergadura de la persecución al resto, recordé estar sentado en la sala de reuniones en Langley y ver una transmisión en directo del gran número de cazasubmarinos que iba a nuestro encuentro a gran velocidad. Vi dos de los once portaviones del país —ambos rodeados de su grupo de ataque de un crucero, dos destructores y barcos de munición y abastecimiento— que surcaban el fuerte oleaje de los mares del Sur. Incluso los portaviones, de trescientos metros de eslora y cinco mil tripulantes —uno de ellos presumía de tener su propio McDonald's—, avanzaban a marchas forzadas, la proa lanzaba al aire enormes láminas de espuma que caían sobre la cubierta de vuelo, a casi veinte metros. En uno de ellos, un Poseidón —un avión de guerra antisubmarino— salió catapultado de la pista de despegue y, mientras el equipo de lanzamiento miraba horrorizado, viró bruscamente a babor, logrando mantenerse en el aire a duras penas.

El Poseidón era solo una de las setenta y cinco aeronaves que iban a bordo de cada portaviones, todas las cuales se podían utilizar para dar con el *Leviathan*. A tal efecto, contarían con la ayuda de los siete submarinos de ataque que acompañaban a la flota; los dos satélites que se habían reposicionado para la misión; los micrófonos submarinos que habían dejado caer los Poseidones, que intentarían captar la hélice de un submarino o una pisada no amortiguada, y equipos de analistas de datos y estrategas que trabajaban en la NSA. Según todos los criterios estándar, los expertos en cazar submarinos habrían dicho que a la embarcación cuyo nombre en clave era *Leviathan* le sería imposible evitar ser detectada.

Solo había un problema: ninguno de esos expertos había visto lo que

había sucedido en las calurosas calles de una ciudad poco conocida llamada Zahedán.

51

Faltaba bastante para que amaneciera —las calles de Washington prácticamente estaban desiertas y un cielo plomizo se cernía sobre la Casa Blanca— cuando Halcón se bajó de su SUV y echó a andar con brío hacia la entrada del ala oeste.

Cualquier observador con experiencia habría sabido que se estaba cociendo algo serio: el director tenía la camisa arrugada y no la había conjuntado con la americana, como si se hubiese puesto lo primero que había pillado.

Depositó todos sus dispositivos electrónicos en la caja forrada de plomo y entró en la sala de crisis, donde vio que el presidente, el jefe del Estado Mayor Conjunto, el secretario de Defensa, la secretaria de Estado y los pocos miembros del gabinete que estaban al tanto de la tecnología de invisibilidad secreta ya habían llegado.

—Perdonen —se disculpó—. Había salido a correr cuando he recibido el mensaje. ¿Qué ha ocurrido?

Durante un instante nadie contestó.

Habían pasado cuatro días desde que yo me había subido al *Leviathan* y estaba en la torre de mando escuchando a Rick Martínez, que nos informaba de la misión. Durante ese tiempo el submarino había avanzado a gran velocidad bajo los mares, rumbo a las aguas que rodeaban los Territorios Australes Franceses, un grupo de islas deshabitadas diseminadas en una enorme extensión de agua que era hogar de colonias de pingüinos y área de reproducción de albatros errantes, las aves de mayor tamaño del planeta y esos viajeros solitarios que, según los marinos de otros tiempos, eran las almas de los marineros ahogados, una creencia que los había convencido de que matar a uno maldeciría al barco y a su tripulación. No tuve ocasión de preguntar si alguien del *Leviathan* había abatido a una de esas majestuosas aves, pero debería haberlo hecho.

Había pasado los cuatro días deambulando por el submarino y abandonándome a un sinfín de recuerdos. Por muy revolucionario que pareciese el *Leviathan* desde la dársena, estaba basado en lo que se llamaba un «submarino de ataque del bloque VII de la clase Virginia»: una versión actualizada de la embarcación en la que yo había servido y lo bastante parecida en su disposición para que me resultase familiar.

Durante todas esas exploraciones rara vez estaba solo. Baxter —que no era marinero, pero sí un alma perdida, alguien cuyo dolor aún

estaba lejos de tocar fondo— era mi acompañante y, puesto que yo nunca me había considerado una persona especialmente cordial, me sorprendió el gran placer que me deparaba ayudarlo a mantener a raya su soledad.

Juntos, Baxter y yo empezábamos por la parte trasera del submarino, cerca de donde el propulsor de chorro de agua —una versión más moderna y silenciosa de la hélice convencional— nos impulsaba velozmente por las silentes profundidades, y poco a poco íbamos avanzando hacia la cabeza en la parte delantera que hacía las veces de ojos del *Leviathan*: su complejísimo sistema de sonares. Mientras subíamos, nos apretábamos y nos agachábamos para pasar de un compartimento a otro, descubrí un atributo en mi compañero que siempre había admirado en las personas: a pesar de su edad, su curiosidad era insaciable, y no tardé en darme cuenta de que esa era una de las principales razones por las que era un físico tan excepcional. No descubrí cuán excepcional era hasta que estábamos en el puesto de mando secundario y él mencionó —como si tal cosa— que lo habían nominado tres veces al premio Nobel.

Asentí como si lo supiera —no tuve más remedio, se suponía que yo trabajaba en un campo similar en Oak Ridge—, y solo más adelante, cuando pensé en ello, caí en la cuenta de que me había mirado con algo que rayaba en la curiosidad, en la sospecha, incluso.

En su momento me centré en el puesto de mando secundario. Era algo que no había visto nunca —una innovación para el *Leviathan*—, y significaba que si el principal sufría daños o se volvía inaccesible, los miembros de la dotación podrían controlar el submarino. Para mis adentros, archivé el nuevo avance en el mismo grupo que las tres escotillas de escape: más destinados a la comodidad que a la practicidad.

Desde el puesto de mando secundario atravesamos la cocina —un caos de actividad— y entramos en la cámara de oficiales. Como en los demás sitios del submarino en los que había estado, me senté en silencio y agucé el oído o conversé con miembros de la tripulación y formulé preguntas aparentemente inocentes. Durante ese tiempo no oí ni vi nada que pudiera denominarse ni de lejos un riesgo para la seguridad o que apuntase a un plan para sabotear la embarcación, ni siquiera entre las dos personas de ascendencia china de las que la Agencia, haciendo honor a una larga tradición, había elaborado un perfil racial de inmediato. No tardé en compartir la opinión de Halcón de que el incendio que se había producido en Diego García había sido un accidente y cualquier otra explicación no tenía fuerza.

Durante el tercer día del viaje al sur, Baxter y yo entramos en una zona desierta que no me resultaba familiar. Pronto comprendí que el casco de la clase Virginia se había ampliado treinta metros para

incluir lo que se conocía como una «plataforma multiuso». A juzgar por su equipamiento, estaba destinada —cuando el *Leviathan* entrase en acción— a acomodar a un contingente de Navy SEAL. Había varias zódiacs contra una pared, soportes para sujetar armas atornillados cerca y, detrás de unas cuantas estrechas literas, grandes armarios a prueba de explosiones para explosivos y granadas. Mucho más impresionante que cualquiera de esas cosas, más extraordinario incluso que las motos de agua que había afianzadas al suelo, era un sumergible tripulado especial de los SEAL: un minisubmarino.

De poco más de ocho metros de longitud y con capacidad para ocho buzos de combate de los SEAL y dos tripulantes, ocupaba una sección circular del suelo que bajaría al sumergible mediante un sistema hidráulico hasta una cámara cerrada inferior, que permitía lanzarlo —bajo el agua y sin que nadie lo viese— en cuestión de minutos.

Mientras Baxter y yo lo rodeábamos intrigados, miré al otro lado y vi cuatro punteras cámaras de descompresión en una plataforma abarrotada de monitores, medidores, válvulas y diales. De un amarillo vivo, las cámaras llamaban la atención en ese entorno blanco, aséptico, y eran la única manera de salvar vidas en caso de emergencia médica: la que se producía cuando los buzos ascendían demasiado deprisa y burbujas de nitrógeno pasaban a la sangre.

—¿Para tratar el síndrome de descompresión? —inquirió Baxter—. ¿La enfermedad de los buzos?

Asentí.

—Puede matar o dejar paralítica a una persona.

Vi que Baxter, siempre curioso, se acercaba a las cámaras.

—Menudo equipo —observó con admiración mientras pasaba la mano por el lateral de acero y señalaba primero los cilindros de metacrilato herméticos que cubrían una cama individual y después numerosos medidores y monitores dentro del futurista espacio—. Un suministro de oxígeno completamente independiente, su propia fuente de alimentación (grandes baterías, parece), regulación de la temperatura precisa, goteros para soluciones intravenosas... ¿Quién lo ha diseñado y construido? ¿La NASA? —preguntó bromeando.

—Eso dicen —contesté. Yo no bromeaba.

Me miró e iba a decir algo cuando una puerta estanca se abrió y tres hombres y dos mujeres —que no eran oficiales— entraron. Hicieron un gesto afirmativo a modo de saludo y mientras ellos realizaban una comprobación de mantenimiento diaria del equipo y Baxter seguía examinando las cámaras hiperbáricas, yo me quedé observándolos. Más diversos en sexo y raza que cualquier grupo que hubiese visto en la Marina, trabajaban como un engranaje: con familiaridad y completamente cómodos juntos.

Más que cualquier otra rama del ejército, al menos a mi juicio,

quienes libraban batallas submarinas eran una auténtica hermandad —ahora también una sororidad—, y mientras permanecía en silencio a casi doscientos metros por debajo de la superficie, comprendí algo de mí mismo. Se podría decir que fue una pequeña epifanía: ese no era mi sitio.

Que me apartaran de los submarinos cuando era joven me había infligido una herida que no había llegado a cerrarse por completo, pero ahora veía con claridad que lo mío era caminar solo. Tal vez se debiera a ser hijo único, pero fueran cuales fuesen mis destrezas, sin duda no estaba hecho para formar parte de ningún equipo.

Había regresado a los submarinos en circunstancias poco comunes y ahora podía decir que no me arrepentía de lo que podría haber sido. Tenía suerte, había encontrado mi sitio en el mundo, pero el mérito no era mío. Por extraño que fuese, la CIA me conocía mejor que yo mismo.

52

Miré a Baxter, que seguía estudiando las cámaras, y esbocé una sonrisa.

—¿Sabes por qué la tripulación dice que siempre andamos los dos juntos?

—No. ¿Por qué? —preguntó.

—Especialización. Uno de nosotros sabe leer y el otro escribir.

Se rio, y los de mantenimiento se sumaron a nosotros.

—¿Seguimos? —propuse, y señalé la salida.

Dejamos la plataforma multiuso, pasamos por delante de hileras de tubos de lanzamiento de misiles vacíos y subimos por una escalerilla de acero que llevaba a los aseos y la lavandería. Al otro lado se abría un área que albergaba enormes bobinas de cables para lo que se llamaba el «sonar pasivo remolcado» y, tras él, en la penumbra, encontré lo que estaba buscando. Dos amplias puertas estancas protegidas por cerraduras electrónicas, un escáner de reconocimiento facial y numerosas cámaras de vigilancia. PROHIBIDA LA ENTRADA, ponía en las puertas en letras grandes.

Introduje el código de la cerradura —me lo habían facilitado en Langley— y esperé con nerviosismo mientras el escáner de reconocimiento facial nos identificaba a Baxter y a mí. Suponía que yo estaría autorizado, pero con Baxter tenía mis dudas, así que sentí cierto alivio cuando oí que se descorrían varios cierres electrónicos. Abrí la puerta sin tener una idea clara de lo que me encontraría, pero, muy por debajo de la superficie del océano, Baxter y yo entramos en un mundo mágico.

Una pared entera del gran espacio la ocupaba un sistema informático que no tenía nada que ver con el funcionamiento normal del submarino: numerosos armarios negros idénticos con puertas de malla de acero contenían infinidad de procesadores, placas base y discos duros. Todo titilaba y parpadeaba, una miríada de luces danzarinas se encendía en los armarios al mismo tiempo que el ordenador realizaba un número pasmoso de operaciones.

Cuando logré apartar la vista, reparé en el suelo metálico blanco, en el que se intercalaban rejillas de acero inoxidable, bajo las cuales vi una red de tuberías de alta presión codificadas por colores. Escuché y, en ese silencio que lo envolvía todo, conseguí percibir a duras penas un sonido grave similar al de un bajo. Ladeé la cabeza para oírlo mejor y me di cuenta de que por las tuberías fluía algo: por lo visto la capacidad de procesamiento del ordenador era tan inmensa que requería refrigeración líquida.

Miré de nuevo la pared y vi una pequeña placa en la parte delantera de uno de los armarios. Identificaba el ordenador como un sistema y un número de modelo fabricado por Cray, la legendaria empresa responsable de los superordenadores más avanzados del mundo.

Baxter siguió mi línea de visión y se fijó también en la placa. Negó con la cabeza con una expresión rayana en el pasmo.

—No sabía que se había construido un segundo Aurora Four —observó—. No estoy muy seguro de que lo sepa alguien.

Fue hacia él y miró atentamente los armarios.

—Utiliza más de veinte millones de núcleos —contó—. Cada armario tiene sesenta y cuatro servidores blade y solo hay un salto entre cada dos nodos. Es el ordenador más rápido del mundo con diferencia: realiza más de cinco trillones de operaciones por minuto. —Sonrió—. Pero no te estoy diciendo nada que no sepas, reconócelo; el único que existe aparte de este lo tiene Oak Ridge.

Sonreí como si aparentemente lo admitiera y asentí; no tenía elección. ¿Un Aurora Four? Si tú lo dices... Vi que Baxter apartaba los ojos de los armarios para escudriñar las otras paredes y el alto techo y abrió las manos con las palmas hacia arriba en señal de mudo respeto...

Había centrado la atención en el aspecto más extraordinario aún de la habitación: estábamos en el centro de una tela de araña luminosa. Infinidad de hilos de fibra óptica —de un tamaño menor que el diámetro de un cabello, idénticos a los de los misiles— conectaban cada una de las relucientes teselas blancas del exterior del submarino con una hilera de cajas de control conectadas al ordenador Cray. Los hilos, con una profundidad de miles de millones, envolvían las paredes y se enroscaban en el techo con una luz —tan rápida como un pestañeo— que pasaba a lo largo de cada uno, lo que indicaba a un

técnico que la conexión era buena.

Esa luz dorada, palpitante, se reflejaba en nuestros rostros y pensé de nuevo en la luz de las estrellas y la Vía Láctea y la vastedad y el misterio del universo. Baxter, que estaba familiarizado con los misterios, fue el primero en recuperar el habla.

—¿Y esto? —inquirió mientras señalaba los hilos luminosos—. ¿Conectan las minúsculas teselas blancas con las cajas de control y el ordenador?

—Sí. Me alegro de que hayas podido verlo: estoy seguro de que se sirvieron en gran medida de tus investigaciones —comenté, y sonreí—. Dudo que esas tres nominaciones al Nobel fueran por nada.

—Para hacer que el submarino sea invisible —repuso, y era más una afirmación que una pregunta—. ¿A eso se refería el capitán cuando dijo lo del «tipo de tecnología de invisibilidad revolucionario»? ¿Es indetectable?

Asentí.

—Una visión del futuro... —dijo, casi para sus adentros, mientras miraba los brillantes hilos y las luces danzarinas—. Para mí era algo teórico... y ahora estamos en medio... Espero que sepan lo que se hacen. —Se volvió hacia mí—. ¿Cómo has podido acceder a esto? —Señaló las puertas con las cerraduras electrónicas.

—Puedo ir prácticamente a todas partes —contesté—. Poseo la máxima autorización. Es como te dije, lo que hago en Oak Ridge es secreto, por eso sé más cosas de esto que la mayoría de la gente.

Baxter hizo un gesto afirmativo y después bajó la voz, sin el menor asomo de agresividad.

—Sí, seguro que sabes mucho de esto, pero por mucho que lo diga la lista de pasajeros, tú no trabajas en Oak Ridge, Danny.

—¿Ah, no? —repuse con la mayor tranquilidad posible.

—No. Nunca he recibido tres nominaciones para el Nobel de física.

—Lo siento —dije—. Estaba seguro de que fue eso lo que me dijiste. Debí de oír mal.

—Eso fue lo que te dije, sí, pero solo me han nominado una vez: el año que lo gané. —Se encogió de hombros—. Creo que un físico de primer orden de Oak Ridge (alguien con la máxima autorización) estaría al tanto de mi trayectoria y del premio, sobre todo trabajando en el mismo campo.

Había sido más listo que yo, pero, siendo realista, no creo que tuviese nada que hacer: mi tapadera era endeble y el tipo había ganado el Nobel de física, incluso me había puesto la trampa de las tres nominaciones para probarme. Yo no podía decir nada, y entre nosotros se hizo el silencio.

—Por tu forma de moverte aquí, me da que serviste en submarinos —comentó al cabo.

Asentí.
—Escuela de Ingeniería Nuclear.
—Entonces..., ¿querrías decirme quién eres en realidad? —inquirió.
Me tomé mi tiempo.
—No, no querría —respondí.
Ambos nos echamos a reír. Y ahí quedó todo: un panel iluminado en la pared comenzó a parpadear al mismo tiempo que unas pulseras especiales que llevábamos vibraron, avisándonos de una orden urgente. ALARMA GENERAL, TODA LA DOTACIÓN, decía el mensaje del panel luminoso.
—¿Qué significa «alarma general»? —preguntó Baxter.
—Es como se dice ahora lo que antes era «zafarrancho».

53

Halcón, vestido con ese atuendo tan poco elegante, seguía esperando a que alguien le desvelara por qué los hombres y mujeres más poderosos de Washington se hallaban en la sala de crisis tras haberlos llamado con tan poca antelación.
—Los cazadores han encontrado al *Leviathan* —anunció el presidente Montgomery.
Halcón lo miró con cara de sorpresa.
—¿Tan deprisa? No me extraña que no me haya dado tiempo a terminar de correr.
—Al menos eso demuestra algo —afirmó el jefe del Estado Mayor Conjunto—. Lanzamos un submarino de última generación con la mejor tecnología de invisibilidad convencional y ¿qué sucede? Que apenas consigue acercarse a la flota antes de que lo detecten. En un conflicto armado real, ahora estaría en el fondo del océano. Así es como ha mejorado la guerra antisubmarina. Así están las cosas...
Llamó a través de un comando a los técnicos de la cabina de control, la luz se atenuó y una actualización de vídeo apareció en las grandes pantallas.
—Cuatro días después de que saliera de Diego García, el *Leviathan* entró en la zona de exclusión cercana a los Territorios Australes Franceses. Con el objeto de mantener la integridad del experimento —continuó el general—, ninguno de los grupos de portaviones ni el resto del aparato bélico sabía de la existencia del *Leviathan*. Que ellos supieran (y lo mismo la prensa y el público), iban a tomar parte en un simulacro de guerra en el océano planeado desde hacía tiempo. No sabían absolutamente nada...
»Luego, menos de doce horas después de que el *Leviathan* entrase en la zona (por el norte de un archipiélago llamado Îles Crozet), un

Poseidón (un avión de guerra antisubmarino) que patrullaba la zona dejó caer una serie de micrófonos submarinos. Uno de ellos captó un sonido muy leve, pero los analistas que iban a bordo de los portaviones y los submarinos determinaron que era demasiado constante para constituir una anomalía.

—¿Alguna idea de lo que era? —se interesó Halcón.

—Probablemente una irregularidad en una pieza del propulsor de chorro de agua del *Leviathan* —contestó el jefe del Estado Mayor Conjunto—. Mínima, pero bastó para convencer a los que estaban a la escucha de que era mecánica, y la flota al completo no tuvo elección: aquello era tan serio que centraron toda su tecnología en localizar e identificar a la embarcación desconocida. Esto ha entrado hace catorce minutos…

Una serie de lecturas de sonar, imágenes generadas por ordenador y otros datos mostraban una llamativa masa gris que avanzaba bajo el agua, carente de significado para cualquier civil, pero no para Halcón.

—Así que saben que se trata de un submarino —aseveró—. Está en medio de ellos, y sabemos lo que hicieron a continuación los técnicos a bordo…

—Echaron mano de la lista secreta de la Armada —añadió el secretario de Defensa.

—Y encontraron que los datos que tenían sobre el intruso no encajaban con el perfil de sonido de ningún submarino conocido: ni nuestro, ni de nuestros aliados o nuestros enemigos —continuó Halcón —. Para la flota es un misterio, un superdepredador desconocido al acecho. Me figuro que se les habrán puesto los pelos de punta.

—Los pelos de punta no le hace justicia. Para ellos eso ya no formaba parte de ningún simulacro —replicó el jefe del Estado Mayor Conjunto—. Llamaron a todo el mundo a sus puestos de inmediato.

En las pantallas se vieron imágenes de las cámaras de a bordo de las embarcaciones de la flota: marineros que retiraban cubiertas protectoras de cañones de cubierta, compuertas de misiles que se abrían, equipos de control de daños que cogían trajes ignífugos, escudos protectores que se desplegaban, cazas que subían por plataformas elevadoras en los portaviones y aviones que se precipitaban por pistas de despegue. Incluso a tanta distancia, había algo terrorífico en ver a veinte mil o treinta mil hombres y mujeres corriendo a sus puestos.

—Pueden realizar todos los ejercicios de simulación que quieran —afirmó el jefe del Estado Mayor Conjunto—. Esto es lo más cercano a un conflicto real sin lanzamientos que se puede tener. La flota seguirá buscando al submarino y el *Leviathan* hará todo lo que pueda para escapar…

—Pero el submarino no tiene nada que hacer —aseguró Halcón—.

Es imposible. Como usted ha dicho, la batalla entre la invisibilidad y la detección ahora favorece por completo a los cazadores. ¿Cuál es el plan? ¿Intentar hacer que el *Leviathan* desaparezca?

—Sí, veamos de lo que son capaces esos cuarenta mil millones de dólares y quince años de investigación —contestó el presidente.

54

—Díganme: ¿cuál de los dos sabe leer y cuál sabe escribir? —preguntó Martínez, muy relajado, cuando Baxter y yo, tras recibir la alerta, entramos en la torre de mando del *Leviathan*.

Baxter fue rápido.

—Yo hago ambas cosas —aseguró, lo que le granjeó las risas de los oficiales y los especialistas—. Danny es un buen chico, pero le cuesta, no sé si me explico.

—Se explica usted. Es de Tennessee, ¿no? —inquirió Martínez—. ¿Le podría usted decir que, a pesar de contar con la tecnología de invisibilidad más avanzada de cualquier embarcación (tecnología convencional, me refiero), los cazasubmarinos nos han localizado hace quince minutos?

Lo había sospechado al entrar: los técnicos de sonar estaban volcados sobre sus pantallas, completamente concentrados, y los datos y los mapas que tenían delante mostraban que el *Leviathan* estaba siendo detectado por sonar activo desde varias direcciones distintas.

—Un destructor antisubmarinos ha sido el primero en localizarnos con su sonar —contó Martínez—. Después, como es lógico, ha empezado la avalancha.

«No me extraña que haya dado el aviso de alarma general», pensé —media docena de elementos hostiles convergían en él—, y me di cuenta de que durante los quince minutos que habíamos tardado Baxter y yo en llegar, todos los sistemas mecánicos se habían detenido y la dotación había corrido a sus puestos sin hacer un solo ruido. Martínez había utilizado todas las estrategias de que disponía para escapar de la red electrónica de la flota, que cada vez se cerraba más.

Incluso ahora, mientras estábamos con él en la torre de mando, la información que llegaba al panel de control de la embarcación del centro de la sala me dijo que Martínez seguía intentando escabullirse y zafarse para hallar el camino hacia la libertad. Al igual que en el ajedrez, continuaba jugando el final, aunque probablemente supiese que era un jaque mate.

A modo de confirmación, indicó la mesa de control, que permitía ver imágenes generadas por ordenador de donde se creía que estaban los dos portaviones y todos los demás cazadores.

—Están haciendo un buen trabajo, el mérito es de la Armada estadounidense: nos han acorralado.

»A los comandantes les habría encantado la idea de un simulacro de guerra por todo lo alto —prosiguió—. Supone una gran oportunidad para demostrar al Pentágono lo capaces que son. Pero en la fiesta se ha presentado un invitado sorpresa, y apuesto a que no les está haciendo ninguna gracia: van a tener que moverse deprisa. —Señaló los últimos movimientos en la mesa de control—. De un momento a otro nuestro sonar oirá como se abren sus tubos lanzatorpedos (una advertencia por su parte), el último paso antes de que decidan abrir fuego.

—Y ahora ¿qué? —inquirí, algo que ningún miembro de la tripulación habría tenido la osadía de preguntar al capitán.

—Esperaremos órdenes de la Casa Blanca —contestó—. Y rezaremos para que nadie sea de gatillo fácil.

Miré al oficial de comunicaciones, sentado frente a su pared de monitores. Una orden de Washington para que el *Leviathan* activase el dispositivo de invisibilidad se recibiría por medio del sistema Deep Siren, el nombre en clave de uno de los secretos mejor guardados de la Armada. Era un logro considerable, el método gracias al cual el Pentágono hacía lo que parecía imposible: podía comunicarse con submarinos sumergidos a miles de kilómetros sin que nadie los oyera o sin que se revelase la ubicación del submarino.

Por brillante que pudiese ser el sistema, Deep Siren permanecía en silencio. Sin duda Washington tenía que saber que las embarcaciones que se aproximaban se estaban preparando para abrir fuego.

Junto con todos los demás que se encontraban en el apretado espacio, yo continuaba echando vistazos a la mesa de control para seguir el avance de los cazadores. Que cada vez estaban más cerca...

—Tubos lanzatorpedos abriéndose —informó el técnico de sonar.

—Es la última advertencia —afirmó Martínez—. Se preparan para disparar.

Miré la pantalla que permitía ver nuestras inmediaciones: estábamos a dieciséis mil kilómetros de casa, a casi doscientos metros por debajo del lejano océano Antártico, a bordo de una embarcación enorme y futurista que casi iba a la deriva, con el motor sirviéndose de la potencia suficiente para direccionar el submarino, mientras todos los demás sistemas se hallaban prácticamente en coma, el silencio cada vez era más opresivo, por encima de nosotros se deslizaban olas largas y una cordillera submarina sin nombre se alzaba no muy lejos a babor. Decir que no era una situación ideal en la que encontrarse bajo una amenaza inminente...

Por el altavoz sonó la voz queda, educada y extrañamente amenazadora de un hombre.

—Avise al comandante —anunció—. Abran el canal ahora.

El oficial de comunicaciones se sentó más recto, en alerta, mientras los demás nos volvíamos para mirar. Deep Siren por fin establecía contacto.

El oficial de comunicaciones abrió un canal de comunicación e instantes después una impresora escupió una serie de códigos. El oficial se los pasó a Martínez, que cogió su pequeña tableta y los introdujo. Leyó sus órdenes deprisa y a continuación, por el movimiento de sus ojos, los releyó para cerciorarse.

Se volvió hacia el piloto del *Leviathan*.

—Fije velocidad media —ordenó—. Invisibilidad completa. Puede que el invitado sorpresa sea más escurridizo de lo que pensaban.

55

En la sala de crisis de la Casa Blanca, Halcón y el resto de los miembros del gabinete guardaban silencio, esperando a que la orden del presidente de que el *Leviathan* pasara a la invisibilidad completa se llevase a efecto.

—Atiendan —dijo el presidente. Halcón, que miraba al suelo, se volvió y vio que Montgomery señalaba las pantallas.

El *Leviathan* había aparecido: se deslizaba en silencio por la penumbra submarina, de un blanco llamativo, siete plantas de altura, poderosamente moderno y muy distinto de cualquier embarcación que se había visto antes, sobre todo así, libre en su hábitat natural mientras las teselas empezaban a brillar, alargado y poderoso.

Halcón solo tardó un instante en caer en la cuenta de que la cantidad de datos que habían proporcionado los barcos de la superficie, los submarinos y los satélites en el último minuto aproximadamente había permitido a la NSA crear una imagen generada por ordenador del *Leviathan*, extraordinaria en su grado de precisión y detalle.

—«Ahora me he convertido en la muerte, el destructor de mundos» —citó Halcón, sin apartar los ojos de la imagen, al recordar otro acontecimiento crucial en el desarrollo de una contienda: la explosión de la primera bomba atómica.

Otras imágenes del océano Antártico aparecieron en varias de las pantallas. En la primera, el portaviones que iba en cabeza se abría paso entre las olas a más de treinta nudos. La segunda era del interior del puente de mando de la embarcación, con el vicealmirante de la flota, el capitán del portaviones y los demás oficiales y miembros de la tripulación encargados de manejar el enorme barco. Todos miraban con atención la misma imagen de la NSA que había aparecido en la

sala de crisis; era la primera vez que cualquiera de ellos veía el *Leviathan* o algo parecido.

—Pero ¿qué co...? —dijo el vicealmirante deteniéndose justo a tiempo—. ¿Qué demonios es eso?

Nadie en el puente de mando pudo contestar. Aunque bajo el mar, frente a ellos, tenían una plataforma de armas de lo más letal, estaban tan boquiabiertos debido a su forma, tamaño y presencia como su almirante. Escenas similares de confusión y asombro se estaban repitiendo —según se supo más adelante— a bordo del resto de la flota de superficie, los submarinos de ataque que acechaban, los aviones espía AWACS que sobrevolaban el Antártico y el centro de seguimiento de la NSA.

En el puente de mando del primer portaviones, el alférez de navío fue el primero en recuperarse.

—Es imposible que sea algo nuestro —aseguró—. No figura en ninguna de nuestras bases de datos.

La sorpresa del avistamiento inicial empezaba a esfumarse y el alférez fue consciente de que se hallaban frente a una amenaza de proporciones desconocidas. Miró al almirante.

—¿Abrimos fuego?

—No sin una orden directa del Pentágono o la Casa Blanca —contestó el almirante.

—Está desapareciendo, señor —informó el técnico de sonar, con los ojos fijos en la imagen del submarino blanco que tenía en la pantalla.

—¿Cómo que está desapareciendo? —inquirió el almirante, que se volvió para mirar—. Recupere la conexión —ordenó.

—No es el ordenador, señor —aseguró el técnico sin alterarse—. Todo funciona a la perfección. La NSA está viendo lo mismo...

—Es el submarino —terció el oficial de cubierta—. Lo que está desapareciendo es el submarino.

—¿Delante de nuestras narices? —replicó el almirante—. No es posible.

En la sala de crisis, el presidente, Halcón y los demás estaban viendo la misma imagen; las brillantes teselas blancas empezaban a apagarse y desvanecerse, pero su reacción era muy distinta: un entusiasmo que rayaba en una sensación de triunfo recorría la habitación.

Al mismo tiempo, en los rincones más recónditos del *Leviathan*, en el mundo mágico del Aurora 4, las rejillas de acero inoxidable del suelo ahora temblaban a medida que el líquido de las tuberías de alta presión fluía más deprisa para enfriar el superordenador. Tras las puertas de malla de los armarios se ejecutaba una sinfonía de luces parpadeantes mientras el ordenador llevaba a cabo un número de operaciones cada vez mayor: por el techo y las paredes, las palpitantes luces de la telaraña brillaban y unos gráficos electrónicos en la pared

ponían de manifiesto que todos los elementos se aproximaban al máximo de su nivel operativo.

En la torre de mando del submarino, una imagen generada por ordenador del *Leviathan* apareció en la pantalla. Permitía ver ondas de luz que se estaban desviando, se curvaban alrededor de la enorme embarcación. Baxter y yo clavamos la vista en ella: era como si el submarino viajase envuelto en su propia capa protectora impenetrable.

Mientras todos mirábamos, el casco y las formas angulosas del submarino se convirtieron rápidamente en un retal de secciones que faltaban. Parecía un cuadro a medio terminar, y era evidente que el *Leviathan* estaba desapareciendo deprisa.

A bordo del resto del aparato bélico la imagen de la NSA también revelaba que el *Leviathan* se estaba desvaneciendo. En el puente de mando del portaviones en cabeza, el operador de sonar comenzó a introducir comandos con frenesí, ajustando diales y olvidándose de la NSA; intentaba utilizar sus propios recursos para que algo del *Leviathan* permaneciese en la pantalla. No lo consiguió: la tecnología a la que se enfrentaba era muy superior a cualquier cosa que él pudiese emplear.

—Se va, señor —informó. Todo el mundo en el puente de mando miraba sin dar crédito. Acto seguido se corrigió—: Se ha ido —anunció, y se hundió en la silla.

Estaba en lo cierto: en sus pantallas y en las imágenes de la NSA no había ni rastro del *Leviathan*. En un instante, delante de sus narices, el submarino se había esfumado. Para ellos y para todos los demás en la flota, era una embarcación fantasma, una versión moderna de El *holandés errante*.

—¿Qué demonios ha sido eso? —inquirió el capitán al cabo, profundamente impresionado con lo que acababa de presenciar.

—¿Un espejismo? —aventuró el piloto.

—¿Bajo el agua? —repuso el almirante con incredulidad.

—¿Una ilusión óptica? —sugirió el alférez.

Nadie contestó, y nadie se lo tragaba. Todos ellos sabían que lo habían visto: era real y ahora había desaparecido, pero eso no significaba que no pudiese regresar. Todos miraron fijamente las pantallas, ahora alarmados.

56

En cambio, en la sala de crisis el ambiente casi era de euforia. Los misiles de Zahedán eran una cosa, pero un submarino era algo muy diferente. Todo ese tiempo, tanta investigación, y ahora todas las

posibilidades que se abrían para conseguir poder e influencia en un mundo reconfigurado.

Debió de ser una experiencia embriagadora: habían presenciado un acontecimiento que cambiaría el mundo. El presidente, sin embargo, dio la impresión de decaer: la tensión y el nerviosismo provocados por el experimento le habían pasado factura y, ahora que los niveles de adrenalina comenzaban a bajar, la fatiga hacía su aparición. Tal vez también el cáncer que acabaría matándolo ya hubiese empezado a reivindicar su invisible derecho.

No obstante, continuó mirando la vacía pantalla donde, hasta hacía unos instantes, los casi doscientos metros del *Leviathan* se habían visto perfectamente.

—Cielo santo —exclamó en voz baja.

Su reacción, aunque comedida, rompió el encantamiento, y se oyó una algarabía de voces eufóricas. Una se impuso a las demás: el secretario de Defensa estaba exultante, ufano debido al éxito.

—Lo dije la otra noche: si no funciona, me la corto.

—Déjelo en mis manos —contestó Halcón.

La sala entera rio a carcajadas, buena prueba del estado de ánimo de sus ocupantes. Hasta el secretario de Defensa consiguió esbozar una sonrisa amarga, de circunstancias.

57

En la torre de mando del *Leviathan* —a decir verdad en toda la embarcación—, el silencio era más profundo y penetrante que el que yo había conocido en cualquier submarino.

La razón, según una pantalla que mostraba una representación en realidad virtual de nuestro entorno, se situaba a babor. Oculto, pero aun así un tanto visible en las estribaciones de la cordillera submarina, acechando cerca de lo que se denomina una «fuente hidrotermal» —una grieta en la que el agua salada penetra en el lecho oceánico, se une a magma hirviendo y lanza nubes de vapor y detritos, lo que básicamente la convierte en un manantial termal—, se encontraba el submarino de ataque americano *SSN-849*.

Quienquiera que estuviese al mando de dicho submarino sabía lo que se hacía. La fuente termal, conocida como un «fumador blanco», ofrecía una protección mucho mejor que las turbulencias que producían las aguas costeras o las burbujas generadas por maquinaria en un arrecife de Diego García. Por consiguiente, era el lugar perfecto en el que esperar para atacar al *Leviathan* si volvía.

Debido a ello, todos los ojos en la torre de mando del *Leviathan* se hallaban clavados en las pantallas que permitían ver al submarino de

ataque y su improvisada cortina de humo. Miré mientras nos acercábamos despacio al submarino, de pronto alarmado al ser consciente de que íbamos a pasar a unos cientos de metros de él: muy cerca en el mundo de la guerra submarina.

Si el revestimiento empezaba a fallar..., en fin, Dios nos asistiera. El submarino de ataque ya tenía los tubos de los torpedos abiertos: esta vez no habría advertencia, tan solo unos segundos escasos para que Martínez identificara su embarcación e impidiese su destrucción instantánea. Supuse que las órdenes secretas que tenía el capitán eran poner a prueba la invisibilidad del submarino de la manera más agresiva posible, pero no pude evitar pensar que eso nos volvía inquietantemente vulnerables al pánico o al error.

Miré alrededor de la habitación en penumbra y vi en los demás rostros que no era el único que tenía el corazón en la garganta. Juntos observamos en silencio mientras la distancia al submarino de ataque se reducía metro a metro...

Admito que hasta yo notaba la tensión. Sin embargo, el submarino de ataque no se movió nada en absoluto, ni siquiera cuando estábamos justo a su lado. Pero algo tenía que barruntar, por fuerza. No hubo nada: los tubos de los torpedos, claramente visibles, no mostraron ningún temblor ni presión diferencial cuando se vieron despejados para lanzar sus misiles. El *SSN-849* estaba tan inmóvil como nosotros éramos invisibles.

A escasa distancia, contra el telón de fondo de las montañas submarinas con sus escarpadas cimas, con bancos de peces que salían disparados entre las estribaciones y subían por las escarpaduras y el fumador blanco que escupía todo el tiempo detritos, vi que los dos submarinos —uno del pasado y el otro del futuro— pasaban uno por delante del otro.

Mantuve los ojos fijos en la pantalla hasta que dejamos atrás al submarino y nos dirigimos, inadvertidos e invisibles, hacia el mundo infinito y sin caminos de los grandes océanos del planeta. Dejé de mirar la pantalla y reparé en uno de los ordenadores de navegación afianzados al mamparo.

—Capitán, hay un fallo en los ordenadores de navegación... —advertí.

Martínez se volvió. No creo que le gustara tener a civiles a bordo —¿a qué comandante de la Marina le gustaría?—, y bien sabía Dios que las últimas horas habían sido estresantes, probablemente las más intensas de toda su carrera.

—¿Cómo? —preguntó.

—El ordenador —repetí—. Dice que estamos mucho más al oeste en el océano Antártico...

Miró de soslayo el mamparo y después se volvió y vio la misma

anomalía en las pantallas del puesto de navegación. Se dirigió al navegante.

—¿Podemos hacer que vuelva a funcionar? —ordenó mientras se disponía a ir hacia la cafetera que había en un rincón de la habitación.

No le dio tiempo a llegar.

—Los relojes —apuntó Baxter al tiempo que señalaba varios monitores y un reloj digital sobre la mesa de control. Las manecillas giraban caprichosamente: daban la vuelta, se detenían, avanzaban dando saltos y botes…—. Los ordenadores dependen de un reloj interno —continuó alarmado—. Lo utilizan para sincronizar sus funciones. Es fundamental, sin él no pueden…

—Guárdese sus pensamientos, si no le importa, profesor. Es un fallo, eso es todo —espetó Martínez con voz cortante.

—Estamos en un buen lío —advirtió Baxter, casi para sus adentros.

—Hay un problema con el sonar, señor —avisó el operador, que, para variar, olvidó mantener la voz serena y tranquila—. El reloj interno no es capaz de seguir el ritmo. El tiempo no es estable o algo…

—¡Capitán! Compartimento delantero nueve —informó el oficial de cubierta, que estaba centrado en el panel de control de la embarcación —. Rotura de tubería de alta presión…

Miré el panel y vi que algunas alarmas se ponían en rojo. Sabía que el compartimento estaba cerca del reactor e imaginé que una de las tuberías —alta presión significaba vapor— estaba expulsando un torrente de vapor extremadamente caliente. Debido a ello, solo me enteré a medias de que Martínez daba órdenes e inspiraba una sensación de control y de calma con su propio comportamiento y su voz.

El fuego y la inundación son los dos accidentes —cualquier incidente adverso se denomina «baja» en la flota silenciosa— que suponen la mayor amenaza para un submarino y, al mirar de inmediato las imágenes de las cámaras de seguridad que cubrían las literas de la dotación, vi que un equipo de control de daños ya había cogido una caja de juntas temporales y varias llaves de cadena para reparar la tubería rota.

Mientras corrían hacia el compartimento nueve, un temblor seguido de un retumbar grave empezó a sacudir el casco del submarino. En la torre de mando todo el mundo se detuvo. Sentimos que nos atravesaba, cobrando fuerza, hasta que un panel metálico que cubría numerosas conexiones eléctricas salió despedido de la pared, cruzó la habitación y golpeó en la frente al operador de sonar. Ahora había una baja real…

Miré las cámaras y vi que dos paneles en un tambucho explotaban hacia el equipo de control de daños; faltó poco para que les diera. Después el retumbar cesó y se vio sustituido por un chirriar de los

mamparos de acero.

La voz de Martínez se impuso al gimiente metal y a los informes que llegaban de distintos departamentos; estaba hablando por megafonía, ordenando que viniera de inmediato un médico a la torre de mando: el operador de sonar sangraba profusamente por la cabeza.

El oficial de comunicaciones iba a arrodillarse junto a él, pero no pudo detener la hemorragia. El oficial de cubierta, centrado en el panel de control del submarino, exclamó:

—Código rojo, lavandería.

Código rojo significaba «fuego», y el oficial de comunicaciones estaba de nuevo en su puesto en cuestión de segundos.

El código rojo apenas se había anunciado cuando otras advertencias —distintos colores— aparecieron en el panel de control, poniendo de manifiesto más bajas aún, pero yo no tenía forma de saber si eran humanas o mecánicas.

Miré al otro lado y sorprendí a Martínez con la guardia baja —su expresión era de gran nerviosismo, quizá miedo—, vi que amusgaba los ojos en señal de concentración mientras pasaba de un puesto al siguiente. Un incendio, una fuga de agua, numerosas alertas más.

—Emersión de emergencia —ordenó.

Baxter, asustado, me miró, y sus ojos decían: «¿Qué significa eso?».

—Soltar lastre, subir a la superficie lo antes posible —aclaré, y me sorprendió percibir el temblor en mi propia voz.

Levanté la cabeza y vi que, según la pantalla de navegación del mamparo, nos aproximábamos al extremo de Sudáfrica y, al cabo de unas horas, entraríamos en el océano Atlántico..., salvo por el hecho de que no era posible que hubiésemos recorrido esa distancia. Mientras tanto, en los relojes seguían pasando los segundos y los minutos al mismo tiempo que más alertas de bajas se iban acumulando en el panel de control de la embarcación.

Me preparé mentalmente y oí que las enormes tuberías de alta presión entraban en funcionamiento cuando miles de toneladas de agua del mar —el lastre— empezaban a expulsarse, y me pregunté si seríamos capaces de subir a la superficie a tiempo: nos encontrábamos a doscientos cuarenta metros bajo el agua, encerrados en un revestimiento que nos hacía invisibles a todos los recursos militares que Estados Unidos pudiera reunir, con una embarcación que estaba sufriendo una serie sucesiva de fallos y con una buena cantidad de agua sobre nosotros...

—Las bombas de lastre no responden —informó el alférez—. No son capaces de expulsar el lastre.

Después de todo, no íbamos a subir a la superficie.

Martínez se paró a pensar un instante, sobreponiéndose para evaluar la situación, y acto seguido continuó dando una orden tras otra para

tratar de controlar el caos. Baxter se volvió hacia mí.

—¿Qué está pasando? —preguntó, pálido y con un tic nervioso en una mejilla.

—No lo sé —admití—. No creo que nadie lo sepa.

—¿Crees que los relojes son la clave? —planteó, y se vio obligado a hablar alto para hacerse oír en medio de las alarmas, las voces que sonaban por el intercomunicador y una retahíla de órdenes de Martínez.

—¿Del fallo de los ordenadores? —inquirí a mi vez.

—No —contestó—. De algo más serio. Peor. No lo sé..., en estas condiciones..., puede que si se empieza a desviar la luz..., se juegue con el tiempo —aventuró—. Que si se desvía una cosa, se altere otra.

Lo miré fijamente, no quería descartar lo que había dicho: ese hombre había ganado un Nobel de física. A pesar de la arremetida de informes de daños y de la sensación de creciente caos, Martínez se volvió.

—¿Es una teoría? —terció, desesperado por obtener algo de información—. ¿O un hecho?

—Una teoría —precisó Baxter—. Pero no es solo mía, sino más bien de Einstein. —Miró hacia arriba, a los relojes que giraban—. ¿Quién sabe lo que sucede cuando se desvía la luz a esta escala? Nadie lo ha intentado nunca... a esta profundidad, con estas temperaturas... —Dejó la frase a medias y se encogió de hombros, absorto en sus pensamientos.

Martínez se volvió y observó los datos y las alertas que lo rodeaban. Estaba tratando de salvar el submarino, tenía que tomar decisiones y unas conjeturas einstenianas descabelladas no le servían de nada. Se dirigió a los oficiales y operadores.

—Nada garantiza la integridad de este espacio —aseveró mientras señalaba la torre de mando y subía más aún la voz para hacerse oír con el ruido cada vez mayor de los intercomunicadores, las alertas y las válvulas de ventilación—. Necesito al menos a un oficial que se ocupe del puesto de mando secundario; por si acaso, como medida de seguridad.

El alférez apuntó a la avalancha de información y alertas.

—Con el debido respeto, capitán, aquí somos necesarios todos. Es donde podemos salvar el submarino.

Nadie le llevó la contraria, probablemente tuviese razón. Martínez estaba a punto de ordenar que uno de los oficiales saliera cuando intervine:

—Puedo ir yo.

Todos se volvieron hacia mí. Martínez negó con la cabeza.

—Admiro su valor y su deseo de ayudar, pero necesito a alguien que, en caso de emergencia, pueda hacerse con el mando de la

embarcación.

—Estoy capacitado, serví en submarinos —aseguré.

Él y todos los demás me miraron con desconcierto. El único que no lo hizo fue Baxter.

—¿Capacitado? ¿Sirvió en submarinos? ¿Qué? Es usted un científico de Oak Ridge —recordó Martínez.

—No trabajo en Oak Ridge. Estudié en la Escuela de Ingeniería Nuclear en Charleston, fui el tercero de mi promoción.

—Entonces ¿dónde demonios trabaja? —preguntó Martínez, al que comprensiblemente le inquietaba no saber a quién podía tener a bordo.

—En la CIA —confesé.

Nadie dijo nada, ni siquiera Baxter.

—¿A qué se dedica allí? —quiso saber el capitán mientras veía una nueva serie de alertas rojas—. ¡Deprisa!

—Soy agente secreto —me apresuré a decir.

—¿Espía? —inquirió—. ¿Qué clase de puñetero espía?

—Uno especializado en Zonas de Acceso Restringido —respondí.

Martínez señaló su mermado submarino.

—Bien, pues ha venido usted al sitio adecuado.

—Ojalá no lo hubiera hecho —me lamenté.

—Eso mismo opino yo. ¿Cómo carajo se llama? Porque estoy seguro de que Greenberg no.

—Llámeme Kane —contesté.

58

La euforia en la sala de crisis dio paso a un entusiasmo sereno pero aun así embriagador. El presidente, todavía pálido y preocupado, no tenía ninguna duda de lo que se había logrado.

—Enhorabuena a todos los presentes, desde luego —los felicitó—. Si no fuese tan temprano, diría que nos merecemos una copa. —Todo el mundo se rio: se sabía que era abstemio—. Como comandante en jefe, hay otro grupo al que quiero dar las gracias personalmente —continuó mientras hacía una señal a los técnicos de la cabina acristalada y hablaba a un micrófono incorporado a la mesa frente a su silla—. Pónganme con el capitán Martínez, del *Leviathan* —ordenó Montgomery—. Pídanle que se asegure de que lo que voy a decir llega a toda la dotación.

Mientras los técnicos se ponían a trabajar, el presidente empezó a dar la vuelta a la mesa, les estrechó la mano a todos, pronunció unas palabras personales de agradecimiento, dio palmaditas en la espalda e hizo que todo el mundo se sintiera como si fuese la persona más

importante del mundo. En fin, era —al menos según Halcón— un político consumado, alguien que nunca dejaba de hacer campaña.

Por lo visto no llegó hasta donde estaba sentado Halcón. Por pura casualidad, el director de la CIA era el último y, mientras esperaba a que llegase su momento privado con Montgomery, centró la atención en los técnicos, que se preparaban para anunciar que, nuevamente, Deep Siren había establecido contacto.

La frente de Halcón se frunció al ver que los hombres se apartaban de las pantallas, hablaban con premura e introducían más comandos. Cada vez más nervioso, fue hacia delante y abrió la puerta insonorizada. Oyó de inmediato la voz informatizada...

—Por favor, avise al comandante —decía con ese tono un tanto amenazador—. Se requiere la presencia del capitán Martínez en línea. Por favor, avise...

Halcón habló con el superior de los tres operadores.

—¿Cuántas veces han probado?

—Cinco —contestó la mujer—. No hay respuesta.

Halcón giró sobre sus talones, y apenas había franqueado la puerta cuando anunció:

—Deep Siren no puede ponerse en contacto con el submarino.

Lo recibió un silencio estupefacto, que solo se interrumpió cuando el jefe del Estado Mayor Conjunto se encogió de hombros y dijo:

—Es solo que la tecnología es nueva para el submarino; y lo mismo pasa con todo lo que hay a bordo: lo solucionarán.

—La tecnología de invisibilidad es nueva; esto, no —replicó Halcón —. Deep Siren lleva utilizándose décadas, se actualiza y se perfecciona constantemente. Se probó decenas de veces en el *Leviathan* antes de que se hiciera a la mar.

La secretaria de Estado —la mujer adinerada con la voz como cristal tallado— musitó:

—¿Cuántas veces ha fallado Deep Siren en el pasado?

—Ninguna —zanjó el jefe de espías. Se volvió y miró a los tres operadores de la cabina a través del cristal. Vio que la mujer inclinaba la cabeza hacia delante en una actitud que rozaba la desesperación.

Después Halcón me diría que no pudo evitar pensar en otra nave americana tremendamente compleja (un logro tecnológico igual de impresionante) que también había sufrido daños grandes y fatales. Miró al resto...

—Houston, tenemos un problema —murmuró.

59

Dos veces en mi vida, ambas mientras desempeñaba sendas misiones

en el extranjero, he sentido la mano de la muerte en mi hombro. La primera fue en la aldea abandonada que tenía el pozo envenenado en Irán. La segunda, a bordo del *Leviathan*.

Mientras los daños que sufría el submarino continuaban aumentando, amenazando con sobrepasar a Martínez y su equipo —una crisis que empeoraba el hecho de que nadie era capaz de identificar su causa—, indiqué a Baxter que cogiese unos auriculares con micrófono de la pared, yo hice otro tanto y salí con él de la torre de mando al caos controlado del submarino.

No sabía lo que me encontraría en el puesto de mando secundario —o tan siquiera si seguía siendo operativo—, pero si llegaba a ser necesario que intentara hacer subir a la superficie al *Leviathan*, tenía claro que no sería capaz de controlar la avalancha de gráficos y alertas e introducir los comandos informáticos yo solo. Tal vez Baxter careciese de experiencia en submarinos, pero me figuré que un físico que había ganado el Nobel aprendería deprisa.

Casi inmediatamente nos topamos con un equipo de hombres y mujeres que desenrollaban mangueras y se preparaban para conectarlas a bombas sumergibles portátiles. Eso significaba que en el submarino estaba entrando agua, y me pregunté si el casco tendría alguna fisura. Pregunté a voz en grito al compañero de un mecánico que al mismo tiempo dirigía las labores de evacuación del agua:

—¡¿El casco?!

—No —respondió—. El temblor o lo que quiera que fuese ha roto una junta en el tubo de un torpedo: está entrando agua, pero le están poniendo una nueva. —Trató de sonreír—. Podría ser peor.

Asentí, sin creérmelo. Baxter y yo continuamos avanzando hacia las tripas de la bestia. Era evidente que los ordenadores del submarino estaban ahorrando energía para dirigirla a las áreas más críticas. Al parecer los pasillos y los tambuchos no figuraban en esa lista.

Nos pegamos a las paredes, dejamos atrás a más equipos de control de daños y vimos, más adelante, figuras imprecisas que se movían deprisa, llevaban consigo pequeños generadores portátiles y cajas de herramientas. En un cruce vi que Baxter miraba a su alrededor, alarmado por el tremendo caos que lo rodeaba: tuberías que colgaban de soportes, conductos eléctricos colapsados y puertas arrancadas de armarios de almacenaje.

—No es tan malo como parece. Gran parte es solo superficial —aseguré, confiando en no equivocarme—. Por lo menos, a juzgar por la ventilación, el incendio de la lavandería se ha apagado.

Asintió.

—¿Estás tan asustado como yo?

—No —contesté risueño—. Cuando empecé a ser agente secreto, estaba en Pakistán, intentando salir de la embajada, cuando la atacó

una turba enorme. En mi opinión, si no hay cinco mil hombres armados saltando un muro para matarte, es que no es una emergencia.

Baxter se rio, y subimos al siguiente nivel. Allí, ante nosotros, agachados en el pasillo, un equipo de dos personas hacía doblete como médicos. Se ocupaban de uno de los ingenieros nucleares que o bien se había caído o bien había recibido un golpe: el brazo derecho le colgaba laxo, era evidente que lo tenía roto.

Los médicos nos indicaron que pasásemos, pero me detuve. Ni Baxter ni yo podíamos hacer nada, pero señalé el cinturón de herramientas y la linterna que el hombre llevaba encima.

—¿Puedo? —pregunté.

—Adelante —respondió el herido apretando los dientes—. A mí no me sirve para nada.

Cogí el cinturón y fui hacia la penumbra.

60

A más de treinta mil kilómetros sobre la Tierra, un satélite Orion —inclinado sobre su eje, con su enorme antena parabólica completamente desplegada y un sinfín de cámaras que enfocaban al gran océano Antártico— giraba por el vacío del espacio.

Sus imágenes se veían en una de las pantallas de la sala de crisis, al lado de otras de los portaviones superpuestas en una cuadrícula, una docena de cazasubmarinos Poseidón en el aire y un submarino de ataque que, en las profundidades, arrastraba un sonar pasivo remolcado a lo largo de kilómetros. Todos ellos estaban buscando.

Halcón colgó un teléfono conectado a uno fijo.

—¿Se sabe algo? —preguntó el presidente.

—No hay ni rastro de él —contestó el director de la CIA—. Ni por parte de la NSA, ni de Langley ni de la Oficina Nacional de Reconocimiento, ni tan siquiera del servicio meteorológico: estamos probando con cualquiera que tenga satélites o aviones en el aire.

—¿Qué les está diciendo que estamos buscando? —preguntó la secretaria de Estado.

—He dicho que un submarino no identificado está efectuando un seguimiento de nuestro simulacro de guerra en mar abierto y necesitamos ayuda para localizarlo. Si digo que no podemos ponernos en contacto con uno de nuestros propios submarinos, la información se filtrará y tendremos a un centenar de agencias de noticias alquilando aviones y pidiendo una lista de tripulantes.

—De todas formas, no sabemos si ha pasado algo malo —opinó el secretario de Defensa—. Lo único es que no podemos ponernos en contacto con ellos, eso es todo.

—No se trata de eso —objetó Halcón—. El capitán estará esperando una comunicación por Deep Siren…, aparte de todo lo demás, necesita órdenes. Cuando no las tenga, intentará contactar con nosotros. Es el procedimiento estándar.

—Igual no se pueden comunicar con nosotros, por el mismo motivo por el que nosotros no podemos comunicarnos con ellos. Un fallo técnico —apuntó el Peligro para la Navegación—. Háganme caso, es lo más probable…

—Entonces ¿por qué no suben a profundidad de periscopio y se ponen en contacto con nosotros por medios más convencionales?

El secretario de Defensa no tenía respuesta a eso.

—¿Ya deberían haberlo hecho? —quiso saber la secretaria de Estado —. ¿Subir a profundidad de periscopio?

—¿No es lo que habría hecho cualquiera de nosotros? —planteó Halcón—. Yo diría que han sufrido algún tipo de fallo, posiblemente catastrófico. Pero ¿qué podemos hacer? ¿Cómo podemos ayudarlos? El submarino es invisible… —Miró alrededor de la sala—. ¿Cómo demonios se encuentra un submarino invisible?

61

Baxter y yo bajamos por un tambucho y nos movíamos lo más deprisa posible entre las pequeñas literas de la dotación cuando notamos el siguiente temblor.

Con el pulso acelerado, primero lo sentí en los pies: otro estremecimiento siniestro, acompañado del mismo retumbar grave, empezó a recorrer el submarino, pero esta vez no paró; su intensidad fue en aumento hasta que dio la impresión de que la embarcación entera de pronto giraba bruscamente sobre su eje. Volví deprisa al tambucho para intentar agarrarme a un asidero por lo que pudiese venir a continuación. Baxter hizo otro tanto y lo consiguió, pero yo llegué demasiado tarde…

La proa del enorme submarino se precipitó hacia abajo en lo que parecía una caída libre. Mis pies se separaron del suelo y durante unos segundos sentí que era ingrávido —como un astronauta que flotase en gravedad cero— mientras salía despedido por el reducido espacio.

Me di con fuerza contra un mamparo, y si no me abrí la cabeza fue porque tenía las manos extendidas. Caí al suelo, pensando por un momento que por lo menos estaba a salvo, pero se rompieron las sujeciones de una pila de grandes cajas de almacenaje de acero y se deslizaron de un armario desde una altura de tres metros.

Las pesadas cajas se nos echaron encima, pasaron rozando a Baxter, que seguía agarrado a su asidero, y no me dieron a mí por poco. Pero

el temblor también rompió los estantes que sostenían las cajas, y fragmentos alargados de metal salieron volando detrás de ellas. Avisé a Baxter, que se quitó de en medio, pero...

Un pedazo de estante metálico, de medio metro de largo, puntiagudo y fino como una lanza, vino directo a mí. Lo vi en el último momento, traté de tirarme a un lado, pero no tuve la fracción de segundo que necesitaba. Se me hundió en el hombro izquierdo, con fuerza, y le faltó poco para dejarme clavado a la pared.

Me llevé las manos a la herida, esforzándome por no desmayarme, noté que el temblor pasaba y el *Leviathan* se enderezaba: por lo menos había detenido la caída en picado. Pugnando por respirar unos instantes, intentando dominarme, me palpé el punto de entrada y agarré la lanza para tratar de averiguar hasta qué punto estaba incrustada.

Baxter llegó gateando hasta mí.

—Tenemos que sacarlo —afirmó mientras se ponía de rodillas y asía la vara de metal.

—¡No! —grité en medio del dolor—. Si la sacas, la herida se abrirá. Perdería demasiada sangre...

—Tampoco podemos dejarla dentro —aseguró.

—No, pero debemos estar listos para comprimir la herida y vendarla —dije casi sin aliento, ahora preocupado por perder el conocimiento.

—¿Cómo? —preguntó—. Por el amor de Dios, ¿dónde encuentro un botiquín de primeros...?

—No te molestes... tenemos que llegar al puesto de control —aseveré—. Averigua dónde duermen las mujeres.

—¿Las mujeres? —repitió.

—Al pie de cada cama hay un baúl y debajo del colchón una zona de almacenaje. Necesito tampones y compresas.

—Vale —repuso, y miró a su alrededor, sobrepasado...

—¡Vete ya! —exclamé para que se moviera.

Mientras él iba hacia las literas y empezaba a apartar cortinas con fuerza, yo agarré el metal. Por el ángulo del acero y el movimiento, estaba bastante seguro de que la lanza no se había alojado en un hueso, lo cual era una suerte. No sería fácil, pero al menos se podía sacar.

Baxter volvió con un puñado de tampones y un paquete de compresas.

—Bien —dije, y le pedí que sacara un tampón. Agarré con firmeza la lanza y hablé mientras intentaba respirar profundamente—: Es algo que se hace con heridas de bala en el campo de batalla. Se extrae el proyectil, se introduce bien el tampón en la cavidad y el algodón absorbe la sangre, comienza a expandirse y sustenta las paredes de la herida. Evita que se desplomen. Tantos tampones como necesitemos,

después comprimimos y vendamos la herida con las compresas.

Baxter negó con la cabeza con incredulidad.

—Menudo truco. Así que los espías de la CIA no solo se dedican a matar a gente…

—No se puede matar a nadie si estás muerto: es la primera regla del espionaje —contesté mientras me preparaba para lo que se avecinaba.

—¿En serio? —inquirió Baxter, que miraba con gesto de impotencia la vara y la sangre—. ¿De verdad esa es la primera regla?

—Me lo acabo de inventar —admití, y noté que el rostro se me desencajaba de dolor al empezar a ejercer presión. Era ahora o nunca…

Apoyé los pies en el mamparo y deseé con todas mis fuerzas no desmayarme.

—¡Ahora! —indiqué.

La lanza se resistió y yo sentí que las primeras oleadas de dolor me sacudían, pero sabía que no podía detenerme: si lo hacía, no tendría la energía ni la fortaleza física para empezar de nuevo.

Baxter me agarraba el otro hombro para ofrecerme apoyo moral.

—Más —dijo, y seguí tirando; la oscuridad se cernía sobre mí, pero sentí que la lanza comenzaba a ceder.

Una sensación de calor empezó a invadirme el pecho y supe que era mi propia sangre, pero no miré. «Concéntrate en la lanza», no paraba de decirme. Me arrolló otra oleada de dolor, pero la superé y, tras un instante de vacilación, noté que el metal comenzaba a deslizarse…

Tiré más y la sangre fluyó con más libertad. El metal estaba saliendo, y finalmente oí el ruido que hacía al caer al suelo.

Abrí los ojos. Baxter estaba listo y me dio un tampón. Me palpé la resbaladiza herida, toqué la sangre que salía e introduje el cilindro blanco todo lo que pude. Noté que se ensanchaba al empaparse de sangre.

Retiré los dedos y Baxter ya tenía preparado otro tampón. El flujo de sangre empezó a reducirse y los dos últimos tampones entraron con más facilidad y apenas se dilataron.

Me eché hacia atrás, bajé la mano y cogí un rollo de cinta aislante del cinturón de herramientas.

—Compresas —pedí, pero Baxter se me había adelantado. Ya las tenía en la mano y se puso a comprimir y vendar la herida mientras yo sujetaba bien el vendaje con la cinta.

Cinco vueltas alrededor del hombro y listo. Nos miramos un instante e intenté sonreír para darle las gracias.

—¿Preparado? —pregunté—. Ahora a por la parte fácil: veamos qué podemos hacer con este submarino.

Con el hombro herido, el brazo izquierdo prácticamente no me servía de nada en las escalerillas que salvaban los distintos niveles, pero me puse en él la linterna y, de ese modo, dejé libre la mano buena, por lo que podíamos ver delante de nosotros y movernos lo más deprisa posible.

Nos acercábamos más a la popa y cada vez veíamos a menos miembros de la dotación. Así y todo, en tres ocasiones nos cruzamos con equipos cargados con extintores que se dirigían hacia puntos problemáticos en los que hombres y mujeres provistos de juntas trabajaban en tuberías rotas, bloqueando el camino. Eso nos obligó a volver sobre nuestros pasos, subir al menos dos veces por las cuatro cubiertas del submarino y encontrar una alternativa para continuar.

Por supuesto, tuvimos que subir por varias escalerillas de acero, que yo me veía obligado a salvar asiendo cada peldaño con una sola mano.

Al cabo, tras subir otra serie de escalerillas, estaba a punto de detenerme para intentar orientarme, preguntándome si —con la confusión y la penumbra— habría acabado en la cubierta que no era y me habría pasado el puesto de mando secundario.

En ese momento, tras bajar por un largo tambucho, vi una luz tenue muy distinta de los leds de emergencia que iluminaban los pasillos.

Se hizo más intensa a medida que nos aproximábamos, saliendo por el resquicio de una puerta: por fin habíamos encontrado el puesto de mando secundario. Si no hubiese estado tan resuelto a averiguar qué le pasaba a la embarcación, tal vez no me habría movido tan deprisa.

Quizá entonces habría prestado atención a las pequeñas gotas de agua que se acumulaban en algunos puntos del suelo, a la humedad que había alrededor de las juntas de una tubería de gran tamaño empotrada en la pared o al zumbido de alta presión que emitía.

Sin embargo, seguido de cerca por Baxter, entré en el puesto de mando secundario y abrí de inmediato el micrófono de los auriculares, busqué el canal de Martínez y la torre de mando e intenté informar de que me hallaba en mi puesto…

No recibí respuesta. Probé cuatro veces y solo una de ellas oí algo que no fuese estática: una voz ahogada, alguien que llamaba angustiado y después… nada. Baxter y yo nos miramos. Hizo cuanto pudo, sin conseguirlo del todo, para que su voz no dejase traslucir el miedo que tenía.

—Ahora ¿qué hacemos?

—No tenemos elección: hemos de intentar comenzar la emersión de emergencia.

Miré los monitores que había sobre los puestos de trabajo y vi que, gracias a Dios, más de la mitad aún mostraban flujos de datos. Justo

enfrente de mí, las pantallas de navegación indicaban nuestra posición y los correspondientes ordenadores registraban cada detalle de nuestro rumbo. Si lograba que el submarino subiera a la superficie y podía activar uno de los sistemas de comunicación convencionales, el ordenador revelaría inmediatamente nuestra posición cuando empezara a emitir la señal de socorro.

Y, lo que era más alentador, el panel de control del submarino en el centro de la habitación seguía funcionando: en el gran cristal, multitud de columnas de datos que no entendía parpadeaban en rojo, actualizaciones que se deslizaban deprisa desde numerosos sistemas y que se veían acompañadas de palpitantes triángulos amarillos y anaranjados y, en medio del caleidoscopio de alarma, un único elemento que destacaba más que el resto. Una gran alerta parpadeante decía:

INICIAR EMERSIÓN DE EMERGENCIA AHORA

Los ordenadores que dirigían el submarino habían sintetizado los datos y, tras identificar la amenaza más peligrosa, ofrecían la mejor estrategia para salvar la embarcación. Toqué la alerta e inmediatamente en la pantalla se desplegó un menú de mensajes clave que me guiarían a lo largo del proceso de autorización. Estaba seguro de que recordaba lo necesario de mi paso por la Marina para salir airoso y comencé a seleccionar deprisa los «sí»...

Las luces atenuadas del techo de pronto titilaron. Miré hacia arriba y luego a la pantalla de los ordenadores de los puestos de trabajo. Se volvieron negras momentáneamente y después cobraron vida de nuevo. Las luces del techo titilaron otra vez, y no me hizo falta más...

Me volví hacia Baxter.

—Si nos quedamos sin electricidad, estamos perdidos. A treinta metros por donde hemos venido hay un armario en el que pone «Cuadro eléctrico». Dentro hay un generador que funciona con baterías. —Baxter asintió—. Tráelo: nos dará energía suficiente para que podamos mantenernos en funcionamiento. Solo necesitaremos unos minutos.

Dio media vuelta y traspasó el tambucho todo lo raudo que le permitían sus rodillas mientras yo seguía bajando por los comandos. Completé cuatro entradas en la pantalla...

El zumbido de alta presión del que apenas me había percatado estaba cambiando de tono. Miré la pared del fondo —a juzgar por el sonido, la gran tubería se encontraba detrás— justo cuando el zumbido subió de golpe y pasó a ser un pitido agudo.

Me enderecé y comencé a retroceder hacia la puerta. Aún tenía un pie en el aire cuando la tubería reventó con una fuerza aplastante, abriendo un boquete en la pared y lanzando un gran trozo de metal

hasta el otro extremo de la sala.

Los detritos se vieron seguidos de un torrente de agua que salió disparado y me golpeó en el pecho, levantándome y enviándome al otro lado de la habitación.

Oí que Baxter gritaba alarmado desde el tambucho:

—¡Kane! Kane...

—¡El generador! —pedí, gateando para escapar del torrente de agua —. ¡Tráelo aquí, deprisa! —Ni Baxter ni yo podíamos hacer nada con la tubería, pero sin electricidad estábamos condenados.

Jadeando, me puse de rodillas. Debido al diámetro de la tubería y la presión que estaba soportando, el agua ya cubría centímetros del suelo y seguía subiendo. En medio del caos tuve la entereza necesaria para darme cuenta de que el agua era dulce y no salada, lo que significaba que procedía del submarino y no de una rotura en el casco. De haber sido ese el caso, todo habría terminado en pocos minutos.

Tenía que volver al panel de control y acabar de poner en marcha la emersión de emergencia. Desoyendo una alarma que empezó a pitar más arriba, fui lo más deprisa que pude hasta la pantalla, en vano. Los cables eléctricos dañados que colgaban de la pared y la creciente agua implicaban que toda la electricidad de la sala de control había dejado de funcionar. Vi como moría el panel. Solo entonces presté atención a la alarma, un letrero por encima de ella daba una única orden parpadeante:

EVACUAR

Un monitor indicaba que faltaban tres segundos para que pasara algo. Supuse lo que sería, y entonces vi que Baxter venía corriendo hacia mí, arrastrando el pequeño generador.

—¡No! —grité—. ¡Para! ¡Atrás!

Él no sabía por qué, pero se detuvo poco antes de llegar a la puerta y yo corrí hacia ella —cuatro pasos, cinco—, pero me vi frenado por el agua que se arremolinaba alrededor de mis gemelos. Según el monitor faltaba un segundo...

No tenía elección si no quería quedarme encerrado en un ataúd estanco. Me lancé de cabeza a la puerta. En el aire oí...

Dos explosiones de aire comprimido del mamparo superior, como dos disparos. Activaron un bloque de acero macizo —una puerta estanca— que empezó a descender de inmediato de una cavidad situada en el techo.

Yo estaba atravesando la abertura y tenía el bloque justo encima, cayendo como una piedra. Conseguí pasar el cuerpo y los muslos por el espacio cada vez menor, pero las piernas quedaban atrás, estaban a punto de ser aplastadas.

Me las pegué al pecho, expulsando todo el aire que tenía en los

pulmones en un último esfuerzo, y al cabo noté que el bloque de acero me rozaba la suela de las zapatillas al pasar.

Aterricé hecho una pelota en el otro lado justo cuando el bloque entró en contacto con el agua y encajó en un canal del suelo con un crujido estremecedor. No tuve la menor duda de que me habría partido en dos.

Alcé los ojos y vi a Baxter con el generador portátil, mirándome boquiabierto. Jadeante, intenté sonreír.

—No te quedes ahí parado, Baxter. Tenemos que irnos.

63

El silencio había envuelto la sala de crisis como una vaguada barométrica. Sus ocupantes esperaban que Deep Siren los pusiera en contacto con el *Leviathan* o que este emergiera, pero no había sucedido ninguna de esas dos cosas. Incluso ver restos flotando habría sido una bendición: por lo menos les habría dicho adónde tenían que enviar ayuda. Al cabo, la secretaria de Estado miró al presidente.

—Puesto que no hay contacto, creo que Halcón tiene razón —afirmó—. Deben de haber sufrido algún fallo descomunal.

Otros asintieron. Ni siquiera el secretario de Defensa estaba listo para rebatir aquello.

—Vamos a tener que hacer una declaración —continuó—. Desde el despacho oval, o algo por el estilo.

Montgomery negó con la cabeza.

—Creo que podemos retrasarlo, darnos más tiempo: nadie sabe tan siquiera que el *Leviathan* existe.

—Lo siento, señor: no creo que esperar sea una opción. Se supone que estamos efectuando un simulacro de guerra, y con esa concentración de fuerzas estadounidenses, hay unos cuantos satélites extranjeros vigilando. El comportamiento de la flota les dirá que pasa algo. A estas alturas sus analistas habrán averiguado (o lo harán muy pronto) que estamos llevando a cabo una búsqueda bajo el agua. No sabrán que se trata del *Leviathan*, pero eso es lo de menos. ¿Queremos que los rusos o los chinos le digan al mundo que Estados Unidos está buscando un submarino perdido?

Dio la impresión de que Montgomery se desplomaba.

—Es la receta para un desastre —opinó la secretaria de Estado—. ¿Hay estadounidenses desaparecidos y el gobierno no hizo nada para intentar salvarlos? Hemos esperado varias horas para establecer contacto, y ha sido prudente, pero no podemos seguir así. Debemos poner en marcha una misión de búsqueda y rescate.

El presidente se paró a pensar un momento.

—¿Cuál es la profundidad del océano tan al sur?

—El punto más profundo está a siete mil metros —respondió Halcón —. La media se sitúa en tres mil seiscientos.

—¿Y cuál es la profundidad de colapso del *Leviathan*? —quiso saber el presidente.

—Seiscientos metros aproximadamente —contestó Halcón.

—¡Dios santo! —exclamó el presidente, que se hundió más aún durante un instante antes de levantarse—. Esos pobres desgraciados no tienen nada que hacer.

64

El rótulo del canal de noticias veinticuatro horas que discurría por la parte inferior de la pantalla era corto y preciso:

ÚLTIMA HORA: SUBMARINO ESTADOUNIDENSE
DESAPARECE EN EL NORTE DE LA ANTÁRTIDA

Con el sonido bajo, el televisor estaba afianzado a la pared de un pabellón del hospital MedStar Washington. Ninguno de los cuatro pacientes, varones, estaba mirando, como tampoco prestaba atención el médico que efectuaba sus rondas. Sin embargo, la entusiasta refugiada que acudía al hospital tres días a la semana para adquirir experiencia laboral de un modo informal, tomar la presión y comprobar goteros, entrevió la pantalla y se detuvo a mirar.

—¿Le importa si subo el volumen, doctor? —preguntó.

El médico sonrió.

—El televisor no es mío, Laleh —adujo—. Pregunta a estos caballeros.

Nadie puso ninguna objeción, así que Laleh subió el volumen y, en la pantalla, la imagen de los portaviones en el sur del océano Índico fue sustituida por el presidente Montgomery en la sala de prensa de la Casa Blanca.

Laleh se acercó mientras el presidente informaba de que se había puesto en marcha una misión de búsqueda de un submarino estadounidense «experimental» que participaba en un difundido simulacro de guerra que se llevaba a cabo cerca de un territorio francés deshabitado llamado Îles Crozet.

«Con un total de ciento cuarenta y tres hombres, dieciocho mujeres y siete observadores científicos...»

Con el médico y los pacientes hablando a la vez de lo que estaba en la pantalla, Laleh tuvo que concentrarse para poder oír.

«He ordenado la suspensión inmediata de las maniobras —continuó

el presidente—. Los comandantes que se hallan en el lugar están haciendo todo lo posible por localizar la nave. Además, he autorizado dos embarcaciones de rescate especializadas en submarinos, ambas provistas de vehículos de rescate de inmersión profunda, para que procedan...»

Sin que nadie se diera cuenta, según contó más adelante, Laleh fue al fondo de la habitación, se sacó el móvil y efectuó una llamada.

—Rebecca —dijo en voz baja cuando esta lo cogió. Se suponía que no debería saber nada de mi trabajo, pero, con lo que habíamos vivido juntos, Rebecca creyó que tenía un buen motivo para contarle por encima lo que yo estaba haciendo. Aun así, no quería airearlo a los cuatro vientos—. Pon las noticias. Hablan de un submarino que ha desaparecido...

Rebecca, que estaba trabajando en urgencias, fue a la sala de espera pública, cogió el mando a distancia del puesto de control de los enfermeros y subió el volumen de uno de los cuatro televisores.

Sintió un escalofrío mientras escuchaba la noticia. Solo entonces cayó en la cuenta de que Laleh seguía hablando.

—El presidente ha dicho que en la zona hay siete submarinos, así que no te asustes. Solo pensé que tenías que saberlo.

—Siete submarinos —repitió Rebecca mientras trataba de entender lo que estaba viendo en la pantalla—. Pero solo uno experimental.

65

Respirando aceleradamente, Baxter y yo salimos del compartimento inundado e intentamos abrirnos paso —medio a oscuras— entre un caos de destrucción para volver a la torre de mando. No sabíamos nada de Martínez ni del resto de su equipo y, aunque tal vez pudiese deberse a un fallo del sistema de comunicaciones, me temía lo peor.

Tras perder la linterna y sin más ayuda que la de luces que parpadeaban al azar, habíamos subido una escalera hasta el siguiente nivel cuando oímos gritos detrás. Nos volvimos y vimos a dos mujeres con linternas frontales en el casco y extintores de incendios.

—¡Apártense! ¡Tenemos un código rojo! —gritaron.

Las dejamos pasar y las seguimos de cerca, agradeciendo la luz que proporcionaban las linternas. Las mujeres, igual que Baxter y yo, estaban exhaustas —su respiración era superficial y laboriosa—, cosa que yo atribuí al estrés y el esfuerzo, pero, cuando se detuvieron cerca de un gran compactador de basura, no tardé en darme cuenta de que se trataba de algo mucho más serio.

La luz de las linternas nos permitió ver volutas de humo que salían de un gabinete eléctrico, y la más alta de las dos mujeres abrió la

puerta en el acto: de unas cuantas conexiones distintas saltaban llamas bajas titilantes.

Su compañera levantó un potente extintor de dióxido de carbono y estaba a punto de rociar con él el armario cuando le grité:

—¡Alto!

Las mujeres me miraron.

—¿Qué coño pasa? —preguntaron al unísono—. Es un fuego.

—Las llamas —aduje mientras las señalaba y cogía aire—. Mírenlas: debería ser un gran incendio. ¿Por qué solo parpadean?

Las mujeres miraron de nuevo.

—El oxígeno —repuso Baxter al cabo de un momento—. No hay bastante oxígeno. Por eso cuesta tanto respirar.

La más alta se apresuró a introducir unos comandos en su tableta.

—Los generadores de oxígeno están fallando —informó—. No lo entiendo. Se supone que esos chismes duran décadas...

—Pues no es el caso ahora: es como si el submarino estuviese envejeciendo mucho más de lo que le corresponde con los años que tiene —concluí.

—¿No hay oxígeno? Vamos a... —empezó a decir la mujer que empuñaba el extintor, con los ojos muy abiertos, aterrorizada—. ¿Cuánto nos queda?

—Una hora, puede que menos —contestó su compañera—. Tenemos que reiniciarlos.

—No será posible —aseguré—. No si se han estropeado. Esas cosas pueden colapsarse muy deprisa, tenemos que llegar a la plataforma multiuso...

—No —se opuso la mujer más alta—. Tenemos órdenes: apagar el fuego e ir a la cámara de oficiales. Todo el mundo está reunido para desarrollar un plan de rescate. —Señaló con la cabeza a su compañera —. Ella —ordenó, y la más joven, respondiendo a su nombre, roció de gas el gabinete eléctrico, casi ahogando nuestras voces.

—¡Un plan de rescate no servirá de nada! —grité—. No si los generadores de oxígeno no funcionan. Nada servirá. Si llegamos a la plataforma, tal vez tengamos una posibilidad...

Ella había extinguido las llamas y apagado el extintor.

—A la cámara de oficiales —insistió la más alta—. ¿Ustedes vienen o no?

Negué con la cabeza. La mujer trató de sonreír.

—Muy bien, buena suerte. Los veré en el cielo, si los dejan entrar.

Baxter y yo vimos que salían corriendo hasta que la penumbra engulló sus linternas.

—¿Por qué la plataforma multiuso? —inquirió Baxter procurando que su voz sonara firme—. ¿Vamos a utilizar el minisubmarino?

—No, el minisubmarino es una trampa mortal —contesté—. A esta

profundidad, el agua nos aplastaría en segundos. Pero el reactor aún funciona, se nota debajo de los pies. Están construidos para que duren cuarenta años, así que es posible que en el submarino todavía haya vida. Como he dicho, puede que tengamos una oportunidad...

66

Diez minutos después de movernos lo más rápido posible, de salvar tambuchos destrozados y subir escaleras —respirando cada vez peor a medida que el oxígeno disminuía—, llegamos a la entrada de la plataforma multiuso.

Se hallaba sumida en una oscuridad absoluta y no teníamos linterna. Mientras intentaba recuperar el aliento, esperé en el umbral un buen rato, tratando de recordar cómo era el lugar cuando lo había visto: las zódiacs, los soportes de armas, los armarios a prueba de explosiones y el minisubmarino. Imaginé hacia dónde apuntaba este y después me acordé del equipo de mantenimiento que revisaba los sistemas.

—¿Kane? Tenemos que darnos prisa —advirtió Baxter jadeando.

—Va a ser difícil, necesitamos conservar energía...

—¿Para qué? —preguntó al tiempo que lo guiaba hasta la parte posterior del minisubmarino.

—Tenemos que hacer girar el submarino sobre su eje —repuse—. Te diré cuándo hay que parar.

Hombro con hombro, mientras Baxter intentaba pasar por alto sus inestables rodillas, los dos respirando lo que podíamos de un aire que disminuía deprisa, poniendo todas las fuerzas que nos quedaban en el empeño, empezamos a girar el submarino de ocho metros y medio, centímetro a centímetro, hasta colocarlo como tenía que estar.

—¡Alto! —dije al cabo, jadeando, cuando calculé que nos encontrábamos en la posición adecuada.

No me quedaba aliento para dar explicaciones, así que, en silencio, abrí la escotilla del submarino y, como había visto hacer antes a un miembro del equipo de mantenimiento, me deslicé en su interior.

—Creía que habías dicho que no íbamos a... —comentó Baxter, pugnando por respirar, con una voz que apenas se oía.

—Y no vamos a hacerlo —repuse—. Dame un momento.

Necesité tres intentos para encontrar el interruptor adecuado. Cuando lo hice, el gran foco de la parte frontal del submarino, que funcionaba con batería, iluminó la habitación, apuntando a las cuatro cámaras de descompresión amarillas de última generación que estaban en el rincón. Se las señalé a Baxter...

—Tenemos luz —dije—. Ahora es preciso que las pongamos en funcionamiento antes de que el oxígeno se agote.

Pero él apenas me oía. Iba hacia las cámaras, me hablaba en parte a mí, pero también hablaba solo.

—Claro, suministro de oxígeno independiente, regulación de temperatura, su propia fuente de energía directamente del reactor, baterías de reserva, agua ilimitada. —Impresionado, se volvió hacia mí—. Podemos sobrevivir...

—Tal vez. Siempre y cuando el reactor siga en marcha. Puede que ganemos el tiempo suficiente para que encuentren el submarino y entren en él o lo suban. —Me encogí de hombros—. Es lo mejor que podemos hacer.

Baxter estaba a punto de volver a las cámaras, pero seguí mirándolo. Era la primera vez desde que habíamos salido del puesto de mando inundado que había suficiente luz para observarlo bien. Estaba muy pálido y tenía los labios apretados y azulados, ya fuera por la falta de oxígeno o, posiblemente, por algún problema circulatorio crónico.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté mientras me agarraba al minisubmarino para mantenerme de pie. No me había dado cuenta de lo cansado que estaba—. ¿Qué ocurre? Tienes los labios sin color. ¿Por qué te sujetas el hombro?

—Me duele un poco —contestó—. Angina de pecho. Empeora cuando hago esfuerzos. Se me pasará.

Yo tenía mis dudas. Baxter le estaba quitando importancia, así que insistí.

—¿Llevas encima la medicación?

—No —contestó—. La dejé en la litera. Pero la cartera la tengo. —Trató de sonreír—. Nunca se sabe cuándo te hará falta una tarjeta de crédito en un submarino.

Ninguno de los dos podíamos ir en busca de los medicamentos.

—Muy bien —decidí, más cansado de lo que creía poder estar nunca —. No disponemos de mucho tiempo: tenemos que intentar encender las cámaras.

—He visto el panel eléctrico antes —aseveró, y fue hacia un cuadro eléctrico que había en la pared.

Lo abrió, accionó una serie de interruptores y dos de las cámaras hiperbáricas cobraron vida: vimos luces dentro de los cilindros de metacrilato, iluminaban las camas individuales y una hilera de monitores, medidores y diales. Una pantalla grande situada sobre la cama anunció:

INSTALACIÓN LISTA

Baxter se volvió hacia una pantalla de ordenador que había junto al cuadro eléctrico y la inició. Debía de alimentarla la misma fuente de energía independiente de las cámaras —gracias a Dios— y la pantalla se encendió. Pese a lo fatigado que estaba y a sus labios azules, Baxter

empezó a introducir comandos, ajustar diales, determinar valores…

—Me alegra que sepas lo que haces —observé.

—Yo no diría tanto —replicó.

—Desde luego que sí —aseveré—. Me ha dicho un pajarito que ganaste un Nobel y tienes un porrón de títulos.

—No dejes que eso te engañe —puntualizó—. Otro ganador de ese premio dijo una vez: «Nunca confundas educación con inteligencia: puedes tener un doctorado y seguir siendo un idiota».

Me reí, y oímos un silbido cuando el oxígeno empezó a entrar en las cámaras. Las grandes pantallas de dentro cambiaron, ahora rezaban:

INSTALACIÓN COMPLETADA

Nos miramos, los dos tosiendo.

—No hay ningún motivo para esperar —resolví.

Seguimos mirándonos: había llegado el momento de despedirnos. Ninguno de nosotros sabía lo que encontraría al otro lado… o si saldríamos a la superficie.

Extendí la mano, pero Baxter vaciló.

—Asegúrate de salir de esta —murmuró.

—Tú también —respondí.

—No, lo mío es distinto —objetó—. Me alegro de que Sophie se fuese primero. Cuando estás enamorado, el que se queda es el que peor lo pasa. Te ves atrapado en la soledad, no encuentras ningún motivo por el que vivir…, día tras día es una especie de espera. No permitas que les suceda eso a tu mujer y a los gemelos. Pase lo que pase, vuelve a casa, Kane. Haz lo que tengas que hacer. No los dejes solos, como me quedé yo. —Me cogió la mano y empezó a estrecharla.

—Gracias, Baxter —dije—. Ha sido un privilegio.

—No —negó—. El honor es todo mío. ¿Me puedes decir… cuál es tu verdadero nombre?

—Ridley —dije tras una pausa—. Ridley Walker.

—Ridley —repitió con suavidad.

Me soltó la mano, se acercó y nos dimos un largo abrazo. Sin decir más, nos volvimos y cada uno se metió en una cámara. Pulsé el botón para bajar el cilindro, oí que el suyo se cerraba y cerré y sellé el mío.

Me tendí en la cama, aspiré el aire puro filtrado y sentí que el cansancio se apoderaba de mí. Estaba a punto de quedarme dormido cuando, fuera de la cámara, parpadeó una luz. Me incorporé, miré alrededor de la plataforma multiuso y vi que un monitor que controlaba la calidad del aire en la pared más alejada se encontraba en funcionamiento. Debía de tener una batería de repuesto y estaba emitiendo una última advertencia: de las siete barras que se veían en él, seis se hallaban en rojo.

Mientras yo observaba, la barra que quedaba pasó del verde al rojo:

en el barco ya no había oxígeno. La verdad era inexorable: todos los demás que se encontraban a bordo habían muerto o morirían en los próximos dos minutos. Baxter y yo éramos los únicos supervivientes.

Consciente de la desalentadora realidad, mientras me imaginaba los cuerpos en la cámara de oficiales, donde se había ordenado a la dotación que se reuniese, me dejé caer en la cama. La única luz que quedaba procedía del foco del minisubmarino, y tardé un instante en percatarme de que el haz bailoteaba al dar contra la pared del fondo, como si temblase...

Sabía lo que eso significaba. Me agarré a la estructura de la cámara y me preparé para la llegada del temblor. Se hizo patente de inmediato que era mayor, más fuerte y más violento que cualquiera de los anteriores: recorrió la embarcación de proa a popa, arrancó dos motos acuáticas de sus soportes y las lanzó al otro lado de la habitación.

Vi que una de ellas atravesaba el haz del foco y se estrellaba contra el minisubmarino mientras las láminas de metal del suelo se doblaban, los paneles y conductos se veían arrancados del techo y mi cámara amenazaba con soltarse de sus sujeciones de acero. Si se desprendía y cortaba los cables que proporcionaban la fuente de energía y oxígeno independiente, era hombre muerto.

Con el temblor *in crescendo*, hubo un momento en que dudé de que el casco pudiera sobrevivir, pero esta vez el submarino no se precipitó en una caída libre ni giró sobre su eje. Dio la impresión de que efectuaba un gran desplazamiento lateral, de que pegaba un salto enorme, y tuve la inconfundible sensación...

Incluso hoy en día la tengo grabada a fuego en la memoria..., la sensación de que el submarino era como el vagón de un tren que estaba saltando de vía.

Después paró. La cámara no se había soltado, y noté que habíamos entrado en aguas más calmadas y que estábamos flotando. Permanecí tendido mucho tiempo, contando con que nos azotara otro temblor más intenso aún que el último, pero no fue así, y la tensión que tenía acumulada en el pecho empezó a aflojar.

La batería que alimentaba el faro del minisubmarino acabó perdiendo fuerza y se agotó, dejándome en una oscuridad absoluta, sin saber dónde estábamos o hacia dónde nos dirigíamos.

«Sigue navegando», me dije una vez más, e imaginé un océano de velas con la Vía Láctea arriba y una Vía Láctea abajo. «Puede que el viaje no termine nunca», pensé. Me refería al viaje de la vida: ¿de verdad terminaba alguna vez?

Cuarta parte

1

Una oscuridad profunda —siniestra, no como la que llega con la noche, una ola tan grande que podría arrollar al mundo entero— cayó sobre Baikonur un viernes, durante un periodo que en la estepa se conoce como la «estación de la niebla».

Su llegada no fue imprevista. A ciento sesenta kilómetros, tres hombres y una mujer —nómadas que buscaban cobre para venderlo en Taskent— habían acampado entre los barcos varados abandonados en el desierto cuando los despertó el sonido de una trápala de cascos.

Aunque se creía que se habían extinguido hacía tiempo, los caballos salvajes del mar de Aral surgieron de un barranco que no figuraba en ningún mapa y, fantasmagóricos en la niebla, dejaron atrás a galope las herrumbrosas embarcaciones bajo la tenue luz de la luna. Eran un centenar —las crines ondeando al viento, los costados manchados de espuma, levantando nubes de polvo— y se dirigían hacia el norte, huyendo de algo. Lo que quiera que fuese que los había asustado, sabían cuál era su naturaleza.

Los cuatro chatarreros salieron de la tienda de campaña y observaron a los animales. Nadie los habría creído cuando lo contaron de no ser porque la mujer cogió su teléfono y fotografió al semental negro y su manada. Subió las fotografías a sus redes sociales y yo las he visto: se las bajó un equipo de la NSA que controlaba cualquier mención al oeste de Kazajistán que se hiciese en internet.

Se produjeron otros acontecimientos: en el Sáhara cayó una lluvia tan fuerte que fue como un tamborileo tocado por mil manos, en los despejados cielos de la Patagonia se vieron relámpagos zigzagueantes y lo que pareció una lluvia de fuego atravesó el nocturno firmamento de París.

Sin embargo, los caballos, incluidos los del mar de Aral, se asustan con facilidad y, junto con todo lo demás —la lluvia, los relámpagos y las lluvias de meteoritos—, se podía perfectamente no tener en cuenta su comportamiento o someterlo a una explicación racional.

Los lobos eran harina de otro costal.

En el extremo más alejado del complejo de casi ocho mil kilómetros cuadrados, una patrulla fronteriza rusa ayudaba a proteger los nueve complejos de lanzamiento de Baikonur de un ataque por tierra que sería increíble si llegaba a perpetrarse: Gengis Kan había sido el

último invasor de la estepa.

Sea como fuere, todas las noches un equipo de nueve hombres se subía a su destartalado BMP-3 —la versión soviética de un vehículo de combate acorazado— y salía para recorrer un sector de valla tan deteriorado que apenas merecía recibir ese nombre.

Mientras daba sacudidas por el desolado paisaje de gramíneas y matorrales y seguía las roderas de infinidad de patrullas anteriores, el vehículo subió a toda velocidad un elevado montículo de arena y frenó en seco.

El conductor había visto cinco lobos —grandes y poderosos, todo músculo y dientes— que merodeaban por un cauce seco que se veía más adelante. Eran depredadores nocturnos y habían salido de cacería, pasaron por debajo de torres de alta tensión y no prestaban atención al fuerte viento que aullaba en los cables.

Según un informe efectuado por el joven oficial que estaba al mando —y que más tarde hackeó la NSA—, el BMP-3 tenía el viento a favor y, como no había visto nunca una manada de lobos, decidió seguirlos.

Ordenó a los siete reclutas, encaramados a la parte superior del vehículo, que guardaran silencio y fueron tras la manada siguiendo el cauce y atravesando la sombra de varias torres de alta tensión hasta que el macho alfa coronó una elevación y se detuvo…

El oficial encontró un punto de observación similar y, juntos, los hombres y los lobos miraron al otro lado del erial y vieron llamaradas anaranjadas que se elevaban en la noche. Las llamas salían de la parte de los altos hornos de la planta que procesaba minerales del espacio. Durante un buen rato lo único que se oyó en la estepa fue su rugido lejano y el lamento de los cables…

Después, sin previo aviso, el grito de un hombre hendió la noche. El oficial y sus hombres reaccionaron y echaron mano de los binoculares. El estridente grito había salido de la planta de procesamiento, y en ella se centraron.

Los lobos también —cualquier criatura en problemas significaba comida—, pero esta vez era distinto. El macho alfa clavó la vista en la planta, aguzó el oído un instante y los pelos del cogote se le erizaron. Aulló, dio media vuelta y salió corriendo, guiando a su manada hacia la vastedad de la estepa.

El grito cesó con la misma brusquedad con la que había empezado, y los hombres no oyeron más, pero quizá los lobos se hubiesen percatado de algo…, quizá supiesen que, aunque todavía no había caído la noche, la oscuridad se avecinaba.

2

En el interior de la tóxica planta, el hombre que gritaba ya no tenía ningún problema: había muerto.

Las cámaras de circuito cerrado mostraron más tarde —con los rugientes altos hornos de fondo— el brazo derecho levantado y profusamente tatuado del hombre, al parecer, en una última e inútil petición de ayuda. El resto de su cuerpo se hallaba sumergido en el ancho torrente de metal fundido que fluía por el edificio y lo llevaba hacia un gigantesco molde de hierro colado, de cuatro metros y medio de altura.

A su alrededor —en las grúas pórtico, corriendo por el suelo de hormigón— muchos hombres gritaban, intentaban organizar un rescate: no para él, que murió en el momento en que su cuerpo tocó el río hirviendo, sino para tratar de salvar a un hombre fornido llamado Anton —así lo llamaban los hombres—, que colgaba agarrado por un brazo de una pasarela medio suelta a unos diez metros por encima del líquido fundido.

Según las cámaras, él y su compañero —ahora muerto— empujaban un carro de acero cargado de chatarra por la pasarela. Una de las barandillas cedió, se liberó de sus oxidados soportes y se inclinó. El carro y el hombre que no tardaría en morir bajaron disparados por la repentina pendiente. El trabajador intentó agarrarse a algo, pero solo encontró aire, lo golpeó el carro en su caída y fue tras él de cabeza al río, levantando una enorme rociada de metal fundido, que salpicó a cuatro trabajadores que se encontraban cerca y los mandó al suelo lanzando chillidos de dolor.

Actuando por instinto, Anton consiguió agarrarse a una tubería que conducía vapor a alta presión y discurría en paralelo a la pasarela, se quemó considerablemente la mano, pero eso le dio el tiempo suficiente para asir con la otra mano parte de la barandilla que se había desplomado.

Ahora colgaba justo encima del río derretido, incapaz de utilizar la mano quemada para sujetarse mientras la barandilla suelta se escurría y amenazaba con partirse con su peso.

Abajo el caos era mayor a medida que hombres y mujeres se apresuraban por ir a ayudar a las cuatro víctimas a las que había rociado el metal líquido: se retorcían en el suelo mientras trataban de arrancarse el abrasador material de la piel, consiguiendo únicamente desgarrarse la propia carne.

Otros trabajadores corrían a toda prisa a las grúas pórtico y a las escaleras para llegar hasta Anton. El primero —un tipo duro vestido con un mono— puso un pie en la desvencijada pasarela y empezó a moverse por ella. La pasarela se inclinó más, lo que quedaba de la barandilla estuvo a punto de soltarse, pero entonces una voz bramó:

—¡Alto! Atrás…

Era Kazinsky, que salió como una exhalación de la sala de control acristalada del supervisor, que ahora era su despacho. La pasarela no podría sustentar de ninguna manera una operación de rescate.

—¡Deprisa! —instó Anton—. No puedo sujetarme…

—¡La grúa! —gritó Kazinsky a los hombres de abajo mientras señalaba un puente grúa con un gancho suspendido de una rejilla.

Un trabajador cogió de un anaquel un control remoto, accionó un mando y llevó la grúa por unos carriles hacia Kazinsky.

Mientras esperaba, el Coronel miró a los trabajadores abatidos y le dijo a un hombre musculoso que estaba ayudando a sujetar a uno de ellos:

—Llama a Fusil, dile que traiga a los médicos…

El aludido dejó a la víctima y salió corriendo hacia el denominado «Centro de Emergencia» en la cafetería, que consistía en un abollado botiquín de primeros auxilios atornillado a la pared, un botón rojo para cortar la luz, otro para pedir ayuda médica urgente, una hilera de extintores y un intercomunicador integrado. Pulsó el botón de llamada, dio una retahíla de instrucciones y a continuación arrancó el botiquín de la pared y corrió con los hombres heridos.

La grúa y su gancho bajaban a toda velocidad por el carril superior cuando Kazinsky se subió a la barandilla que quedaba ante su despacho. Estaba esperando el momento adecuado…

El gancho atravesó raudo una enorme nube de humo y chispas y abajo los hombres vieron que Kazinsky se acuclillaba. Sus pies dejaron la barandilla cuando él dio un salto de tres metros y medio en el aire…

Salió volando con los brazos extendidos —la distancia al gancho parecía excesiva, este iba demasiado deprisa cuando el Coronel se abalanzó hacia delante— y se agarró al gancho. Abajo todo el mundo profirió un grito ahogado y Kazinsky bramó al trabajador que manejaba el control remoto:

—¡Ahora!

El del control se sirvió de un *joystick* para hacer que el gancho cambiara de dirección. Anton, con el rostro desencajado por el dolor y el pánico, vio que Kazinsky iba hacia él. Miró la lava…

—Deprisa… —suplicó mientras la mano que asía la barandilla rota empezaba a resbalar.

Ahora subido en el gancho, el Coronel —cogido con una mano a la cadena y alargando la otra— también se hallaba justo encima del río derretido. Cada vez estaba más cerca…

Anton pugnaba desesperadamente por no soltarse cuando la barandilla no aguantó más y se desprendió del último anclaje. El metal y Anton, dando gritos, cayeron…

Kazinsky estiró la mano y cogió con los dedos el cuello de la camisa de Anton y lo agarró al vuelo. El repentino y doloroso tirón hizo que

el Coronel lanzara un grito…

Anton, sujeto por el cuello de la camisa y mirando aterrorizado el río de metal, chillaba mientras el trabajador que manejaba el control remoto pulsó un comando y accionó con fuerza el *joystick*, haciendo que Kazinsky y Anton volaran sobre la letal lava. Cuando el Coronel vio que por fin se hallaban a salvo, soltó la cadena con un aullido de alivio. Anton y él impactaron contra el suelo de hormigón y fueron dando tumbos hacia los cuatro heridos.

Varios trabajadores ya estaban arrodillados a su lado, les rasgaban las camisetas y los pantalones vaqueros quemados, dejando al aire las heridas. Kazinsky consiguió ponerse de pie y, respirando con dificultad, miró a su alrededor. Casi todos lo observaban, atónitos con lo que acababan de presenciar. Pensaran lo que pensasen de él, sabían lo que era el valor cuando lo veían.

Kazinsky vio lo que estaba buscando: Fusil cruzaba la puerta a la carrera con una médica y dos celadores. Los trabajadores que rodeaban a las víctimas se apartaron y la médica se puso de rodillas junto a las cuatro víctimas.

Rozaba los treinta, era rubia y compartía algunos de los característicos rasgos eslavos que resultaban comunes en Baikonur: había nacido y crecido muy al norte, en la parte de Rusia que limita con Finlandia, y era igual de alta, pálida y autosuficiente que los hombres y las mujeres que vivían al otro lado de la valla electrificada. Se llamaba Tatiana Zhúkov, había estudiado en una prestigiosa universidad de San Petersburgo y se había graduado en medicina entre los primeros de su promoción. Para gran sorpresa de todo el mundo, decidió seguir los pasos de su padre como médica jefe en el ZATO dejado de la mano de Dios de Baikonur cuando su progenitor murió inesperadamente.

Pidió a uno de los celadores jeringuillas con ketamina, un popular analgésico en el campo de batalla, y puso sendas inyecciones a cada uno de los heridos.

El medicamento surtió efecto enseguida y la doctora Zhúkov se centró en el herido de mayor gravedad, que tenía un orificio en el pecho y sangraba profusamente allí donde un pegote de metal líquido lo había atravesado casi hasta las costillas. A ninguno de sus compañeros les había resultado posible aplicar un torniquete a la herida y todo indicaba que el hombre había perdido mucha sangre.

La médica pidió a voz en grito QuikClot, vendajes impregnados de un agente hemostático que acelera la coagulación natural del cuerpo. Mientras los celadores metían las manos en las mochilas, el pesado carro cargado de chatarra había seguido a la deriva en el río de lava y ahora estaba cayendo en el molde, que casi estaba lleno. Una oleada de metal derretido rebosó el borde del gigantesco contenedor y

empapó un armario sin puerta que contenía un nido de conexiones eléctricas, cortando toda la línea de producción en el proceso y sumiendo la mitad del complejo en la oscuridad. Luces verdes sobre las salidas de emergencia, las cámaras de seguridad y varios de los enormes ventiladores extractores eran las únicas cosas que al parecer aún contaban con alimentación de emergencia.

—¡El generador de reserva, ¿dónde está?! —gritó Kazinsky.

—¡No hay! —contestó Fusil desde la penumbra.

Kazinsky soltó una imprecación y pidió linternas, pero la doctora Zhúkov ya había metido la mano en su mochila para sacar un casco de minero con luz frontal. No se molestó en ponérselo, sino que lo dejó en el suelo y apuntó con él al orificio del pecho del hombre.

Mientras uno de los celadores le daba los QuikClots, Kazinsky cogió el casco y lo sostuvo para alumbrar a la médica de manera que pudiese trabajar mejor. Asustada, la doctora vio que Kazinsky miraba el casco con atención: estaba bien hecho, probablemente no fuera ruso, debió de pensar, y empezó a fijarse mejor todavía en la linterna frontal.

La médica seguía mirándolo de soslayo con nerviosismo, pero no podía hacer nada salvo terminar de vendar la herida lo más deprisa posible. En cuanto lo hubo hecho, sonrió —obligándose a actuar con naturalidad—, cogió el casco y se lo puso en la cabeza.

—Un regalo de mi familia —aclaró con cordialidad—. Mi padre trabajó aquí. Un hombre con suerte: conoció a Gagarin.

Se volvió hacia el siguiente paciente mientras intentaba deshacer el nudo que se le había formado en el estómago: cada día tenía que preocuparse por si alguien descubría la cámara que ocultaba la lámpara y la desenmascarasen —por los trágicos motivos familiares que fuesen— como agente infiltrada de Estados Unidos. Lo que sucedería si llegara a pasar..., en fin, era mucho mejor que no pensara en ello.

3

Era media tarde, el sol se colaba entre los árboles que festoneaban la tranquila calle en la que se encontraba nuestra casa en Maryland cuando al móvil de Rebecca empezaron a saltarle alertas.

Estaba en la cocina, intentando obligarse a comer algo, pálida debido al cansancio y al incesante nerviosismo —casi no había dormido desde que había oído la noticia del submarino desaparecido—, y ahora tropezó y estuvo a punto de caerse cuando salió corriendo por la habitación para coger el teléfono.

Las alertas eran de unas cuantas páginas de noticias y, tras mirar por

encima la pantalla, exclamó:

—Laleh, enciende la tele. La Marina va a emitir un nuevo parte.

Sin que nadie lo sugiriese, la joven se había instalado en la casa justo después de que Rebecca y ella oyesen la noticia en el hospital.

Ahora salió del cuarto de baño, fue corriendo a la sala de estar y se puso a buscar el canal adecuado. Rebecca estaba a su lado cuando localizó el directo desde el Pentágono. Con la sequedad que adoptaban todos los poderosos que se ocupaban de abordar las emergencias nacionales, el portavoz leyó una declaración preparada y después intentó capear el temporal de preguntas de la prensa.

Rebecca no escuchó ninguna: el portavoz había utilizado una palabra que llenó de terror su corazón. Se volvió hacia Laleh.

—Dicen que es una misión de recuperación…

—Ya, lo he oído —afirmó Laleh mientras miraba a su amiga—. ¿Por qué es malo?

—Ya no dicen que es una «misión de rescate» —aclaró Rebecca—. Significa que no creen que haya nadie con vida, solo están intentando encontrar el submarino y subirlo a la superficie. *Recuperación*.

Pugnando por respirar, siguió mirando la pantalla mientras leía el rótulo que se deslizaba por la parte inferior.

—Están facilitando el nombre de las personas que iban a bordo —dijo, de pronto aferrándose a la esperanza desesperada de que yo no formase parte de esa lista, que se mezclaba con el temor de que figurase en ella.

Laleh y Rebecca fueron al ordenador portátil que estaba abierto en la mesa del rincón de la sala de estar y Rebecca buscó la página web del Pentágono. La lista estaba dividida en dos secciones: personal de la Marina y observadores.

—¿En qué lista? —quiso saber Laleh—. ¿Observadores?

—No —replicó Rebecca—. Ridley sirvió en submarinos. En la Marina.

Con la ansiedad ahogándola, Rebecca fue bajando por los nombres de los miembros de la dotación mientras miraba las fotografías y echaba un vistazo a las biografías reducidas. Solo cuando llegó al final y no encontró lo que buscaba, tras lo cual volvió a respirar, pasó a la lista de los observadores. Otra escueta columna de nombres, casi toda la información suprimida por motivos de seguridad, y ninguno de ellos le dijo nada a Rebecca, ni siquiera el que rezaba: Daniel Raymond Greenberg, Oak Ridge, Tennessee.

Aliviada, tardó un buen rato en tranquilizarse y recuperarse. Después se volvió y vio que Laleh le sonreía. Rebecca se unió a ella…

—Te lo dije —aseveró Laleh—. Hay seis submarinos más en la zona. Seguro que está en alguno de ellos.

Rebecca asintió: Laleh debía de tener razón. Se levantó, temerosa de

que las piernas le flaquearan y se cayese, y salió al porche delantero. Mirando el mundo mientras toda una vida de esperanza y amor se volvía a abrir, pensando constantemente en las dos vidas que crecían en su interior, se sentó en los peldaños, contempló maravillada la luz moteada del sol que se derramaba entre los árboles y dejó que el calor de la renovada vida la recorriese.

Llevaba sentada una hora, soñando despierta, cuando oyó el coche que se aproximaba.

4

Por lo general, en la calle había tráfico —no mucho, pero el suficiente para que no llamara la atención un coche que pasase—, pero la intuición hizo que Rebecca volviera la cabeza.

Vio que un sedán cuatro puertas se dirigía hacia la casa —su color y su marca tan anodinos que por fuerza tenía que ser del gobierno— y el alma se le cayó a los pies.

No se movió cuando estacionó delante y un hombre de unos cuarenta años con un traje oscuro, tan normal y corriente como el vehículo, fue hacia ella. Estoy seguro de que Rebecca recordó la conversación que habíamos mantenido en la que ninguno de los dos quiso pronunciar la palabra *muerto*.

La sustituimos por *desaparecido*, sin ser conscientes de lo certera que sería. Para Rebecca mi epitafio sería como la inscripción en los monumentos a los soldados caídos del mundo entero. Junto al listado de nombres se solía ver la sencilla entrada: «Desaparecido en el mar».

Laleh vio por una ventana que el hombre le decía cómo se llamaba y le enseñaba una acreditación de la Agencia con una fotografía.

—Tal vez sea mejor que vayamos dentro —sugirió el hombre, pero Rebecca rehusó.

—Ahora mi pareja ha... desaparecido —observó Rebecca, que no estaba dispuesta a escuchar el guionizado preámbulo, se negaba a sucumbir al engaño—. Quiero que la Agencia sepa que se llevó lo mejor de mí con él y dejó atrás lo mejor de él. Dígale a Halcón que estoy embarazada.

El mensajero de la CIA, sorprendido, asintió.

—No le puedo facilitar detalles, pero puede estar segura... —afirmó intentando retomar el hilo y ceñirse al guion.

—Me figuro que el ataúd estará vacío —aseveró ella mientras hacía un esfuerzo para contener las lágrimas.

Asaltado por lo que a todas luces sabía Rebecca, el hombre probablemente entendiese que no tenía ningún sentido mentir. Asintió.

—¿Usted lo conocía? —le preguntó Rebecca.

—No —contestó el mensajero—. La gente dice que era un hombre valiente. Muy valiente. —Hizo una pausa—. Aunque ahora mismo dudo que eso le sirva de consuelo.

—¿Un hombre valiente? —fue la pregunta retórica de Rebecca—. Sí, creo que lo era. Y solitario en muchos sentidos, un esclavo del deber. Lo despidieron, ¿sabe? Pero cuando lo llamaron, volvió. Si no lo hubiese hecho, hoy estaría vivo. Sirvió a la Agencia hasta el final.

—Y también a su país —añadió, corrigiéndola, el mensajero.

—¿De qué les vale eso a mis futuros hijos? —planteó—. ¿Me lo puede decir usted? ¿Me lo puede decir alguien? Pero tiene usted razón, nada de eso me consuela.

Se volvió, entró en casa y dejó a la CIA y a su mensajero a la puerta. Cerró, vio a Laleh y se refugió en sus brazos...

—Baja las persianas —consiguió decir Rebecca—. Cierra las contraventanas y echa la llave en las puertas.

Supongo que pensaba, en medio de su angustia y su dolor, que si el mundo no entraba, tal vez la pérdida no existiera.

5

Los daños que sufrió la planta de procesamiento de minerales del espacio cuando el metal fundido engulló el cuadro eléctrico y acabó con gran parte de la electricidad eran mucho mayores de lo que todo el mundo supuso en un primer momento.

Dada la edad del edificio y los materiales de mala calidad que se habían utilizado para efectuar reparaciones en el pasado, la planta estuvo parada dos días mientras un equipo de electricistas se afanaba para cablear de nuevo secciones enteras del lugar.

Antes, en cuanto la doctora Zhúkov y sus celadores trasladaron a los heridos al hospital, a los trabajadores de la planta les dijeron que se podían ir —para su gran satisfacción, ya que al tratarse de fallos técnicos ellos recibirían de todos modos la paga completa—, y Fusil, responsable del personal de la planta, puso a Kazinsky a cargo de la supervisión de las reparaciones.

Por consiguiente, el Coronel y su antiguo compañero eran las dos únicas personas —aparte de los electricistas— que se encontraban en la planta cuando se accionó el interruptor y las luces y la maquinaria salieron del coma de dos días. Incluso los altos hornos, que contaban con una fuente de energía independiente, distinta, para impedir que se enfriasen y fallaran por completo, comenzaron a arrojar láminas de chispas.

Mientras los dragones dormidos cobraban vida, las hileras de focos

industriales desnudos parpadeaban y después la luz se quedaba fija y la luna entraba por el cristal cerrado de dos enormes rejillas de ventilación en el techo, Fusil echó a andar hacia la puerta para ir a su vehículo: el trabajo se había realizado, ahora todo lo que Kazinsky tenía que hacer era ponerse en contacto con el turno de noche y reanudar el proceso.

Los dos hombres se encontraban en la puerta y estaban a punto de darse la mano cuando otra alarma estridente atravesó el rugido cada vez mayor de las trituradoras y los hornos.

—¡Otra vez no! —exclamó Fusil, y le faltó poco para empezar a soltar tacos, pero recordó lo mucho que detestaba la blasfemia su antiguo comandante—. Llamaré de nuevo a los electricistas.

—No —dijo Kazinsky—. Esto no es eléctrico: es mecánico. —A través del humo y al otro lado de la extensión llena de chispas, miraba la cámara acristalada.

Dentro del enorme espacio en apariencia sellado, la cápsula de un cohete de carga con minerales del espacio —llena hasta rebosar de rica mena del lejano asteroide— ya había pasado por el compartimento estanco, había abierto automáticamente sus anchas puertas y estaba depositando su carga cuando se produjo el corte de electricidad. Debido a ello, los cuatro brazos robóticos y sus enormes palas se habían quedado parados en el aire.

Cuando la electricidad volvió, sin embargo, retomaron su eterno trabajo maquinal. No durante mucho tiempo: en la segunda secuencia, uno de los brazos robóticos descendió demasiado al describir el arco descendente y se quedó encajado bajo el borde inferior de la cápsula.

El lisiado brazo se trabó en el acto y esa fue la causa de que se disparase la alarma. En el interior de la cámara las luces se atenuaron y todo el proceso de descarga se detuvo entre chirridos.

Kazinsky y Fusil cruzaron el río de lava y se aproximaron a la pared de cristal. En una consola de mando, Kazinsky hizo girar un dial y reguló la intensidad de la luz a máxima potencia de inmediato, inundando la cámara.

—¡Alto! —exclamó de pronto Fusil, perplejo, nervioso…

—¿Por qué? ¿Qué sucede? —inquirió el Coronel mientras se volvía de cara a él.

—He visto algo —adujo Fusil—. En la oscuridad, hace un segundo, justo cuando usted ha subido la luz. —Fue hacia delante, acercándose más al cristal.

—Que has visto ¿qué? —quiso saber Kazinsky confuso. Por su parte no había visto nada.

—Algo que brillaba, diminuto; ha sido solo un momento.

—¿Diminuto? ¿Cómo diminuto?

—No lo sé, algo que flotaba en el aire, como una chispa —precisó

Fusil.

Kazinsky lo miró, frunció el ceño y volvió a bajar las luces de la cámara. Los dos hombres prácticamente pegaron la cara al cristal y contemplaron la cámara blanca, la enorme cápsula y los montones de mena, en busca de algo pequeño que brillaba…

¡Zas! El vidrio templado que tenían delante se rajó en forma de telaraña y estuvo a punto de romperse cuando lo golpeó algo muy poderoso, que hizo que ellos dos dieran un salto atrás.

Medio agachados, como en posición de combate, miraron de nuevo la cámara. Se irguieron, dieron un paso hacia delante y Fusil señaló un gran fragmento de mena al otro lado del cristal, justo debajo del punto de impacto.

—¿Quién demonios ha tirado eso? —preguntó Fusil.

Kazinsky se volvió hacia el panel de control y subió las luces otra vez. Escudriñó la cámara, miró el brazo lisiado y se rio. Fusil siguió su mirada: el brazo robótico se había soltado de la parte inferior de la cápsula y debía de haber salido disparado hacia arriba, girando sobre su eje, y el brusco movimiento habría lanzado un trozo de mena que estaba en la pala por la habitación y contra el cristal, rajándolo y asustando tontamente a los dos hombres.

Intercambiaron una sonrisa avergonzada. El vidrio los había protegido, pero ahora el brazo estaba encajado en el borde superior de la cápsula. En la cámara no había ni rastro de una luz minúscula y tenue, ni una chispa ni nada por el estilo. Fusil debió de darse cuenta de que se había equivocado.

El Coronel introdujo unos comandos en el panel de control y manejó varios *joysticks* para intentar que el brazo trabado volviese a funcionar. Logró mover los otros tres robots, pero el cuarto brazo siguió aprisionado.

—Llamaré a los técnicos —decidió Fusil.

—Al equipo no le pasa nada, funciona perfectamente —objetó Kazinsky—. Solo hay que liberar el brazo del reborde y, según el diagnóstico, revisar y ajustar la junta inferior.

—Ya, parece sencillo, pero aun así necesitamos a los técnicos —insistió Fusil, e hizo ademán de acercarse al intercomunicador del denominado «centro de emergencia».

—¿Y cuánto tardarán en llegar, tres días? —planteó el Coronel—. Vaciarán la cámara y utilizarán las toberas del techo para rociarlo todo con antiséptico. —Señaló los grandes dispositivos suspendidos del techo de acero—. Esperarán a que se seque y después usarán las mismas toberas para añadir gas esterilizante. Como no hay nada capaz de sobrevivir a eso, tendrán que ponerse trajes espaciales y aprovecharán para fumarse un cigarrillo antes de entrar. Además de los dos días que ya hemos perdido, tardaremos otros seis en volver a

estar operativos, puede que más.

Fusil no dijo nada: probablemente el Coronel tuviese razón. Todos sabían lo lentos que eran los técnicos.

—Todo eso por unos minutos de trabajo —continuó Kazinsky.

—Ya, pero hay un protocolo, un sistema… —le recordó Fusil.

—¿Cuándo nos han importado los sistemas? ¿Acaso seguimos las normas en Alepo? ¿En la planta de cloro? Además, es un sistema que no funciona: ¿tres días para que empiecen? —planteó Kazinsky, y su tono indicaba que no admitía réplica—. Habremos perdido la oportunidad de cumplir los objetivos mensuales. Adiós al bonus, y todos sabemos que ahí es donde está el dinero…

—El suyo, sobre todo. Yo tengo que pensar en mi empleo… —objetó Fusil.

Kazinsky se lo quedó mirando.

—¿Dinero? ¿Para mí? —escupió—. ¿Eso crees? Llevo años luchando, desarrollando planes, haciendo la obra revolucionaria de Alá, sin que un solo día fuera demasiado largo o un objetivo demasiado inalcanzable. He esperado hasta recibir Su llamada y sé que me ha traído hasta aquí por una razón. Sí, los bonus son un regalo de Alá, enriquecen las mezquitas locales, y toda buena mezquita sabe cuáles son sus obligaciones…

—De todas formas, no puede entrar en la cámara. La zona está completamente automatizada, porque la mena no se ha esterilizado. Y los ordenadores…

—Lo registran todo —lo cortó Kazinsky—. Incluido el acceso, lo sé. Estoy seguro de que cada día hay una avalancha de informes sobre el cosmódromo, pero ¿quién los lee? Y aunque los lean, en este sitio ha habido un corte de luz; entonces ¿qué? ¿El registro refleja un acceso incorrecto? Fue un error, otro fallo técnico. De esos está llena la planta. Estábamos los dos aquí, nadie entró en la cámara. ¿Quién hay que nos pueda contradecir?

Fusil no dijo nada, su resolución flaqueaba.

—¿Seis días más de retraso? —insistió Kazinsky—. ¿Por algo que puedo arreglar yo en cinco minutos?

Fusil seguía sin decir nada y Kazinsky supo que su silencio equivalía a aquiescencia. Introdujo una serie de comandos en el panel de control: estaba apagando el sistema y, si bien las luces del interior continuaron encendidas, los brazos robóticos se detuvieron.

—¿Cómo entro? —quiso saber.

—Por el compartimento estanco —respondió en voz baja Fusil—. Hay una trampilla de mantenimiento cerca del sitio por donde entran las cápsulas. Ocho tornillos, y necesitará un destornillador neumático. Tendrá que ser rápido: nadie se tragará un fallo técnico de cinco minutos.

Mientras Kazinsky iba a por la herramienta, Fusil se volvió para mirar de nuevo por el cristal la iluminada cámara: no había ninguna luz tenue ni nada que se pareciese mínimamente a una chispa.

Claro que si los misiles de Zahedán o un submarino revolucionario habían demostrado una cosa era esta: que algo no se pueda ver no significa que no esté.

6

La trampilla de mantenimiento era un sólido panel de acero embutido en la pared y asegurado por ocho grandes tornillos industriales. Kazinsky —con un mono y un cinturón de herramientas a la cintura— se sirvió de un potente destornillador neumático para empezar a aflojar los tornillos. Incluso así, al destornillador, alimentado por dos grandes baterías y girando a varios miles de revoluciones por minuto, le costó lo suyo.

Fusil —inclinado hacia delante— seguía mirando por el cristal cuando Kazinsky por fin soltó el último tornillo, apartó el pesado panel y entró en el compartimento estanco. Aunque su rostro no dejaba traslucir nada, Fusil tamborileaba con el puño en el muslo. Estaba claro que, dijera lo que dijese el Coronel, a él aún le preocupaba toda la maniobra.

Dentro del compartimento estanco —unas puertas pesadas se cerraron y se sellaron tras él—, el Coronel se detuvo delante de las puertas correderas que se abrían a la blanca cámara. Apretó un botón en un panel de la pared y, tras un pequeño retraso, acompañado de un silbido, las puertas se abrieron.

Un reloj digital en una pared de la cámara se veía perfectamente en las imágenes que captaron las cámaras de seguridad. Demostraba que, justo a la 1.16 de un domingo, el Coronel entró en la cámara e hizo que ese día pasara a la historia. La oscuridad estaba a punto de caer sobre nosotros.

Esperó a que las puertas del compartimento estanco se cerraran y a continuación —tras pasar junto a la maltrecha cápsula y mirar en su cavernoso interior—, avanzó hacia el brazo robótico lisiado. Su progreso era más lento de lo que había previsto: tuvo que salvar montículos de mena ya descargada, en un momento dado estuvo a punto de caer, y sus botas de faena levantaban nubes de polvo. Sin un traje espacial, respirando el aire sin filtrar ni desinfectar, bien podría haber aterrizado en el mismísimo asteroide.

Cuarenta segundos más tarde llegó hasta el robot lisiado. Se sacó un destornillador del bolsillo, efectuó un ajuste en la junta inferior del brazo y después, por fuerza bruta, lo separó del borde superior de la

cápsula. El brazo, repleto de resortes, salió despedido hacia arriba de repente, giró veloz y descontroladamente sobre su eje y lanzó su pesada pala de acero directa a la cabeza de Kazinsky. La vio, consiguió agacharse en el último momento y comprobó que volvía a su posición correcta.

Mientras él respiraba acelerado —recuperándose, dejando que la adrenalina bajara—, el inesperado torbellino activó un interruptor de seguridad en el brazo y en la cámara se produjo un apagón de inmediato.

Kazinsky buscó a tientas una linterna en el cinturón al tiempo que Fusil miraba a través del cristal con creciente inquietud.

En la penumbra, una miríada de diminutas chispas flotaba por todas partes, incluido el aire alrededor del rostro y la boca del Coronel.

Fusil empezó a aporrear el cristal mientras gesticulaba como un loco, haciendo que Kazinsky levantara la vista del cinturón de herramientas. De pronto el Coronel vio las pequeñas y brillantes esporas: de cerca eran más bellas incluso, puntos de luz minúsculos, tan frágiles e incandescentes que parecían los filamentos más diminutos de un sinfín de bengalas. Eran casi mágicas.

Kazinsky se quedó mirando un instante las *siber* mientras Fusil le gritaba desde el cristal:

—¡Deprisa! Salga de una puta vez de ahí, ¡¿quiere?!

Al darse cuenta de que con la gruesa barrera de vidrio templado no se oía nada, Fusil fue hasta el panel de control, pulsó el botón de encendido y activó el sistema de descarga, reinició los cuatro brazos robóticos y las vivas luces cobraron vida de nuevo, la iluminación engulló las menudas chispas y la voz de Rifle pudo oírse en la cámara.

Cogió el micro, pero no dijo nada. Kazinsky, electrizado con el rugido del equipo al entrar en funcionamiento, ya se estaba moviendo. Envuelto por el estruendo de la descarga, esquivó los brazos robóticos, salvó montículos de mena y fue hacia el compartimento estanco, pulsó un botón en la pared y franqueó las puertas cuando se abrieron.

Ya fuera de la cámara, corrió hacia la trampilla de acceso y, para cuando quiso salir, colocar los tornillos de nuevo y cerrar, Fusil ya estaba ahí.

Se miraron.

—¿Has visto esos fragmentos? —dijo Kazinsky—. Son increíbles.

—Le dije que había una chispa —repuso Fusil mientras observaba a su compañero.

—Sí, tenías razón —reconoció Kazinsky.

Fusil seguía escrutándolo: daba la impresión de que el Coronel estaba bien, de que la experiencia no lo había afectado en modo alguno, solo tenía la respiración acelerada debido al esfuerzo. Había estado en la cámara no más de dos minutos, y Fusil empezó a

relajarse.

—¿Qué cree que era? —le preguntó.

—Polvo mineral —opinó Kazinsky—. Fluorescente, o algo: era como si reaccionase a la luz.

—Sí, un mineral tiene sentido. Probablemente alguno de los elementos de las tierras raras. De todas formas, debería darse una ducha, frotarse bien y quemar la ropa y las botas, por si acaso.

—Claro —convino Kazinsky. Señaló el interior de la cámara, donde estaba pasando algo mucho más importante para él: los cuatro robots funcionaban a la perfección, la mena se estaba cargando en las cintas transportadoras de acero inoxidable, los baños desinfectantes estaban llenos y las trituradoras pulverizaban las rocas—. El sistema va como la seda —afirmó risueño—. Seis días que hemos ganado, Fusil.

Satisfecho, sin esperar a que este le contestara, Kazinsky dio media vuelta y —acompañado por Fusil— cruzó la desierta planta camino de las duchas.

7

Nubes de vapor se acumulaban en paredes alicatadas con azulejos viejos de un verde bilis, ocultando casi por completo a un desnudo Kazinsky, que estaba solo bajo una de las duchas de la larga hilera mientras se restregaba con el chorro de agua.

Estaba de espaldas a una cámara de seguridad —instalada para prevenir los robos en las numerosas taquillas del vestuario— y, aunque el ángulo era oblicuo, consiguió captarlo a lo lejos, lo cual, unido al vapor y las sombras que arrojaban dos bombillas que colgaban, creó la impresión de que la langosta que tenía tatuada en la espalda se movía, estaba viva.

Un observador cualquiera que estuviera viendo las imágenes probablemente no le hubiese prestado atención y hubiese continuado, pero no era un truco debido a las circunstancias ni una ilusión óptica. La langosta se movía de verdad, o al menos algo bajo la piel de Kazinsky…

Había algo pequeño y apenas perceptible, que casi con toda probabilidad salía de sus pulmones y parecía reptiliano mientras le subía por la columna vertebral y hacía que la piel cobrase vida.

El movimiento empezó a ser mayor y más intenso a medida que se extendía por su espalda, fluía y formaba bultos bajo la carne hasta que comenzó a cubrir sus omóplatos. Kazinsky, que no sentía ningún dolor —ni siquiera se daba cuenta—, se miró los marcados abdominales y vio que los definidos músculos de su vientre aumentaban y se contraían.

Siguió mirando y a continuación se centró en sus brazos: las venas resultaban visibles, se marcaban más y más con cada minuto que pasaba, y la carne y el músculo de debajo comenzaron a tensarse y sobresalir, empujados por la misma fuerza invisible y alienígena.

Con aire vacilante —el sobresalto escrito en el rostro—, el Coronel se tocó el contorsionado vientre y retiró de inmediato los dedos: tenía la piel ardiendo, pero, lo que quizá fuese más extraño aún, ni habían salido ampollas ni estaba roja.

Kazinsky no lo sabía —nadie lo sabía entonces—, pero los cambios que estaban afectando a cada célula de su cuerpo estaban liberando una gran cantidad de energía —mucha más de la que generaban las mitocondrias normales—, que se convertía en calor. Con ese acceso que era cada vez más intenso, no se percató de que su piel —el órgano de mayor tamaño del cuerpo— ya estaba cambiando y se estaba endureciendo, adquiriendo una tolerancia mucho mayor al daño y al dolor.

Kazinsky salió de la ducha tambaleándose y, sin darse cuenta, se acercó más a la cámara. Ahora su respiración era entrecortada, nerviosa. Se volvió y vio, en un rincón, envuelta en sombras, vandalizada con pintadas y rara vez utilizada, una ducha desinfectante con paredes de metacrilato y chorros de agua en su interior, además de un gran barril con algún tipo de germicida en la parte superior. Fue dando traspiés hasta la puerta: tal vez de ese modo pudiera detener lo que quiera que fuese que lo estaba angustiando…

A medio camino se paró en seco, intentó dar un paso, cayó de rodillas y se llevó las manos a la garganta. Fuera lo que fuese lo que se estaba apoderando de su cuerpo —un virus rabioso, una secuencia de código, un fragmento de ADN foráneo, una infección rara, el genoma de algo procedente de un lugar lejano—, había salido de sus pulmones, le había subido por la columna, se había extendido a sus omóplatos y ahora le había llegado a la garganta.

Se agarraba el cuello mientras —por dentro— los anillos de cartílago que constituían la tráquea asimismo empezaban a hincharse y abultarse, restringiendo el flujo de aire, ahogándolo.

Los ojos se le salían de las órbitas, tenía el rostro desencajado mientras pugnaba por liberarse de un puño mortal e invisible para poder respirar. Las venas y los capilares de la frente de pronto se vieron con asombroso detalle, formaron un mapa extraordinario al dilatarse; las carótidas —una a cada lado del cuello— palpitaban frenética y visiblemente con cada latido aterrado de su corazón y la laringe repiqueteaba mientras la pequeña cantidad de aire que podía pasar recorría el hinchado cartílago.

Todavía jadeando, consiguió ponerse de pie. Parecía más alto, más fuerte, el cuerpo entero más voluminoso a medida que la musculatura

se volvía más pronunciada y su esqueleto y su columna cobraban mayor definición. Costaba creerlo, aunque no tanto a alguien que había visto a las ratas en las jaulas o a un ejemplar de su propia especie en el interior de la cámara, respirando las esporas.

Desesperado, Kazinsky abrió de un tirón la puerta de la cabina desinfectante. Flaqueó, se agarró a un grifo para no caerse y entró como pudo. Pulsó un botón para activar los chorros de las paredes y el espacio se inundó de germicida. Abrió el grifo al máximo. Era el del agua caliente —abrasaba, escupía vapor—, pero, al igual que con el germicida, Kazinsky no reaccionó. Al contrario, recto, con el cuerpo retorciéndose y contorsionándose, se aferró a dos de las boquillas, mirando hacia fuera, con los brazos extendidos, y pegó la cara, desencajada en muda angustia, al metacrilato. El parpadeante ojo rojo de la cámara de seguridad fue testigo de todo.

Los ojos de Kazinsky —marrones oscuros, salvajes e imperturbables — centellearon con destellos de un dorado brillante, su cuerpo realizó un tremendo movimiento de torsión, el pelo de la barba se retrajo y una explosión de sangre arterial le salió por la boca y la nariz, despejándole los conductos nasales y salpicando el metacrilato, que prácticamente ocultó a Kazinsky. Con las manos abiertas por completo, Kazinsky soltó las boquillas y cayó al suelo.

Pegó las rodillas al pecho, adoptó una posición fetal y abrió la boca para lanzar una suerte de grito primitivo. Permaneció así, con el pecho subiendo y bajando, las pupilas dilatadas y los ojos muy abiertos, hasta que los chorros, las nubes de vapor y la dura lluvia de agua hirviendo empañaron el metacrilato y lo ocultaron a él por completo.

Nadie habría podido saber si estaba vivo o muerto.

8

No soy biólogo, pero a mi juicio la vanidad de nuestra especie reside en pensar que la evolución se detuvo en nosotros, que el ser humano es —y siempre ha sido— el último destino. La verdad resulta mucho más estimulante y mucho más aterradora: el proceso de cambio evolucionario no cesa nunca.

Con frecuencia sale de la nada, sin previo aviso: hace sesenta millones de años los dinosaurios dominaban el planeta. ¿La enorme explosión que oyeron? Fue un asteroide, de casi diez kilómetros de ancho, que cayó frente a las costas de lo que hoy es México. A la atmósfera salió despedida tal cantidad de detritos que esto se llegó a conocer como «invierno global». En muy poco tiempo el setenta por ciento de todas las formas de vida en la Tierra se extinguió… y el

mundo moderno nació.

En la estepa los minutos fueron pasando hasta que —dentro de la cabina desinfectante— la mano y el antebrazo de Kazinsky, sin vello y sumamente blancos, emergieron del vapor e intentaron agarrar el picaporte de la puerta. El Coronel estaba vivo.

Puede que ya fuese más de medianoche en un domingo iluminado por la luna, pero ahora había llegado la más profunda oscuridad.

9

En el amplio espacio que se abría al otro lado de las taquillas, se distinguió la silueta de Fusil contra una pared de llamas rojas y blancas: revisaba una hilera de medidores manchados de aceite cerca de la puerta abierta del alto horno número cuatro.

Era un lugar aterrador, con nubes de vapores tóxicos, la enorme chimenea que descollaba en las alturas y láminas de chispas que salían por una válvula superior. Fusil se volvió hacia un pequeño panel de control con una hilera de botones e interruptores.

Pulsó un botón rojo y activó una gran bandeja de acero inoxidable cargada de escoria y chatarra. La bandeja se inclinó de inmediato —se puso casi vertical— y vertió la carga por la puerta a las rugientes llamas.

Ahora vacía, la bandeja —extremadamente pulida y completamente lisa— recuperó la posición horizontal, y Fusil miró de nuevo los medidores. Satisfecho, dijo por encima del hombro:

—Es el último; los cuatro hornos están en marcha.

Esperaba una respuesta, y al no obtenerla se volvió y escudriñó la desierta instalación.

—Coronel —lo llamó—. ¿Me ha oído?

Nada.

—No es posible que siga en la ducha —añadió, medio hablando solo, frustrado.

Observado únicamente por los ojos inertes de Stalin y Lenin, caminó bajo los murales para ir al vestuario.

—¿Coronel? —lo llamó de nuevo al entrar.

Una vez más este no le respondió. Miró la fila de duchas y después reparó en la cabina desinfectante cubierta de pintadas del rincón, cuya puerta oscilaba despacio en sus goznes. Del suelo subía vapor, y uno de los chorros no estaba bien cerrado. Un goteo que parecía el latido de un corazón era lo único que se oía...

—¿Coronel? —repitió Fusil. Tal vez estuviese solo y envuelto en silencio, pero era un hombre corpulento, había sobrevivido a guerras brutales en Chechenia y había salido con vida de Alepo. No era

alguien que se asustaba con facilidad. Aun así, titubeó y empezó a moverse con cautela—. Eh, Coronel, vamos —insistió—. ¿Se encuentra bien? ¿Dónde está? —Abrió la puerta de la cabina y miró dentro: allí no había nadie.

Estaba a punto de irse cuando una sombra se cernió sobre él. Se detuvo, con la mano todavía en el picaporte, y cayó en la cuenta: alguien, una presencia inquietante salida de la oscuridad que había tras él, se aproximaba.

—¿Por qué no contestaba? —quiso saber Fusil.

—¿Pasa algo? —respondió Kazinsky en voz baja.

Fusil, relajándose, se volvió, e incluso en el mosaico de profundas sombras, la cámara captó su expresión: a pesar de haber sobrevivido a Chechenia y Alepo, un miedo insondable y terrible por fin había dado con él.

—Por el amor de Alá —musitó.

La estatura de Kazinsky había aumentado: el Coronel era más alto y parecía pesar mucho más. Era todo músculo, sin embargo, y el tejido —junto con el resto del cuerpo que no cubría el pantalón vaquero que llevaba— estaba cubierto de un caparazón sin vello tan blanco que casi era translúcido. El fantasmagórico brillo ya era bastante aterrador, pero cuando Fusil miró hacia un espejo en la pared que tenían enfrente, vio algo más terrorífico aún: la piel de la espalda del Coronel se había fruncido y modificado. Había formado una cresta dura que le recorría la columna vertebral.

Fusil, que casi no podía respirar, no dijo nada durante un instante, pero después musitó:

—Crestadas.

—¿Qué? —inquirió Kazinsky, que no lo entendió.

—Necesitamos ayuda —añadió Fusil subiendo un poco la voz, una vez pasada la impresión inicial. Hizo ademán de dirigirse hacia el centro de emergencia para pulsar el intercomunicador.

—No —espetó Kazinsky, con frialdad y sin encono, pero sus ojos lanzaron unos destellos que frenaron a Fusil.

El proceso de seroconversión se había completado: cada célula del cuerpo del Coronel había sido cooptada y modificada, incluyendo los iris. Ahora eran verdes y tenían vetas doradas y, al igual que las esporas, eran irresistible y engañosamente bellos. También indicaban otra cosa, y Fusil debería haber recordado la desenfrenada agresividad de las ratas gladiadoras...

—¿Cómo que no? —inquirió atemorizado y confuso—. No sé qué será esta cosa, pero mineral no era, era..., es preciso que reciba usted ayuda. —Desistió y se volvió para ir al intercomunicador con el objeto de llamar a alguien, a quien fuera.

Kazinsky dio dos zancadas sumamente atléticas. Extendió el brazo y

cogió a Fusil por el hombro: el hombretón se estremeció de dolor y Kazinsky lo volvió para que estuviesen cara a cara.

—Salí vivo de Alepo —afirmó el Coronel con cordialidad. Su laringe se había recuperado, pero también había sido cooptada: su voz era más profunda, más imperiosa—. Sobreviví, igual que tú, Fusil. ¿Cuántos de los hombres que tomaron parte en esa misión con nosotros pueden decir eso?

—Unos pocos cientos —consiguió responder Fusil, que miraba los ojos verdes aterrorizado.

—Desde entonces me he salvado tres veces de lo que habría sido una muerte segura —continuó Kazinsky—. Una en Irak, cuando paré un coche a kilómetros de una casa segura, envié a un guardaespaldas en mi lugar y vi que dos bombarderos americanos pasaban sobre mi cabeza rugiendo. Después escapé de un ataque con misiles en una ciudad llamada Zahedán y, por último, estuve a bordo de un carguero a punto de naufragar en el mar Caspio. ¿Por qué, contra toda lógica, salí bien librado, Fusil?

—Porque esa era la voluntad de Alá —respondió en voz queda Fusil, más atemorizado que convencido.

—Exacto —convino Kazinsky—. Después del Caspio, inesperadamente, algo me guio hasta aquí por algún motivo. —Volvió a Fusil y él hizo lo mismo para que ambos pudieran mirarlo en el espejo de cuerpo entero—. Ahora sabemos cuál es ese motivo, ¿no crees? Ninguna de esas cosas fueron un accidente —prosiguió—. Nada fue aleatorio o sucedió por casualidad. Incluso el mejor científico del mundo estaría de acuerdo. «Dios no juega a los dados con el universo.»

Kazinsky giró la cabeza y miró a Fusil a los ojos.

—Alá estaba esperando, nos esperaba en Baikonur —aseveró—. Tenía que ser aquí, cómo no; es el fin del mundo y el camino a las estrellas. Tú mismo lo dijiste: estamos en el límite del universo.

Como todos los profetas apocalípticos desde tiempos inmemoriales.

—La vida y la muerte nos rodean, y solo Alá ilumina el camino —afirmó Fusil en voz baja, recordando lo que había dicho el Coronel durante esas semanas.

—Eso es. Yo no soy más que un ejecutor de la voluntad de Dios —contestó Kazinsky al tiempo que se señalaba el tatuaje—. Mira esto: la langosta, una plaga que se envió para limpiar la Tierra. Tenía veintidós años cuando me lo hice: todo estaba escrito desde hace mucho tiempo, ¿no te parece?

—La voluntad de Alá —repitió Fusil, que asentía—. Ahora lo entiendo. —Empezó a alejarse.

—Ven conmigo —decidió Kazinsky mientras lo cogía por el hombro, lo sacaba del vestuario y miraba la cámara acristalada. Cogió el

destornillador neumático y se lo dio a Fusil—. Te hará falta esto —afirmó.

—¿Por qué? —repuso Fusil, con la garganta seca y la voz quebrándosele del miedo.

—Entra en la cámara sellada —indicó el Coronel—. Es fácil: lo único que tienes que hacer es respirar.

Fusil hizo un gesto afirmativo e intentó sonreír, pero no cogió el destornillador.

—Fácil, ya —repitió, y se zafó de la mano de Kazinsky.

A continuación salió corriendo hacia el puente que cruzaba el río de metal fundido, con la esperanza de llegar al otro lado y dar al interruptor de emergencia más cercano para pedir ayuda. Era un hombre fuerte y cogió una carretilla de lingotes de metal, le dio la vuelta deprisa y lo lanzó contra una hilera de contenedores de basura con ruedas, con lo que estos salieron volando y se interpusieron en el camino de Kazinsky.

Intentando, si no herirlo, al menos retrasarlo, su decepción no pudo ser mayor. El Coronel dio tres poderosas zancadas, dejó el destornillador neumático, pegó un gran salto —para salvar los contenedores— y se agarró a un grupo de tuberías que pasaban por debajo de una pasarela.

Fusil, despavorido, miró atrás, vio lo que estaba haciendo Kazinsky y echó a correr más deprisa…

Colgado de una mano, Kazinsky tiró de una de las tuberías y la rompió: arrojó un vapor extremadamente caliente. La tubería en sí debía de estar al rojo, pero eso no afectaba en absoluto a la mano y la piel de Kazinsky.

Dirigió el torrente de vapor, que describió un arco en el aire, y le dio a Fusil de pleno en la espalda.

Cayó al suelo gritando, consiguió ponerse de pie, pero Kazinsky se impulsó desde las tuberías y aterrizó detrás de él. Fusil intentó escapar a la desesperada…

Kazinsky alargó el brazo, lo cogió por el cuello de la camiseta y tiró de él. Le habló desde muy cerca:

—Estás asustado, Fusil, y lo entiendo. Es la impresión que causa lo nuevo, vislumbrar por primera vez la frontera.

Fusil giró la cabeza y lo miró. Después asintió; con la fuerza con que lo estaba agarrando el Coronel, debió de sentir que era lo único que podía hacer.

—Asustado, sí —admitió en tono conciliador—. Lo siento.

—Y estabas asustado cuando atacaste la ciudadela de Alepo, ¿no es verdad?

—Sí, Coronel.

—Yo no —aseguró este—. Sabía que estaba destinado a algo más. —

Se volvió y echó a andar con Fusil hacia la carretilla con los lingotes de metal—. Cuando era pequeño, en Siberia, leí una cosa: algunos hombres nacen grandes, algunos logran la grandeza y a algunos la grandeza les es impuesta. Y aquí es donde nos encontramos ahora, ¿no? —Cogió el destornillador neumático—. El mundo va a cambiar —continuó—. Es el destino, tanto si nos gusta como si no.

—Sí, lo entiendo. Ahora lo comprendo —aseguró Fusil.

—Claro —replicó Kazinsky.

—Su destino es guiarnos.

—¿Acaso no lo ha sido siempre?

—Eso lo vi..., todos lo vimos.

—Significa mucho para mí que hayas visto la luz —afirmó Kazinsky —. Que vuelvas a ser mi compañero, que caminemos juntos hacia el futuro.

—Eso, compañeros de viaje. —Fusil miraba a un lado y a otro, inquieto—. Qué tonto he sido —observó.

El Coronel sonrió y negó con la cabeza.

—Sin embargo, el perdón está al alcance de todos los hombres.

Extendió la mano izquierda, la apoyó en el hombro derecho de Fusil y le dio dos besos, primero en una mejilla y después en la otra. Fusil parecía confuso —en el islam se saluda con un beso— y entonces cayó en la cuenta: era una despedida.

—Pero no esta vez —escupió Kazinsky rebosante de ira.

Fusil forcejeó, pero Kazinsky lo sujetó con fuerza con la mano izquierda mientras con la derecha levantaba el destornillador y lo encendía. Fusil oyó el rugido del destornillador al cobrar vida y peleó más aún, presa del pánico, mientras notaba que la punta de acero endurecido le entraba por la nuca. Chilló...

—Mentiroso —dijo Kazinsky, y continuó introduciendo la broca a tres mil revoluciones por minuto.

Sangre, hueso y carne le salpicaron la mano mientras Fusil se retorcía espasmódicamente, sin poder hacer nada.

Kazinsky —el rostro impávido, desprovisto de compasión— siguió incrementando la presión. El destornillador se hundió más en el cuello de Fusil, cuyos brazos y piernas se volvieron rígidos, perdiendo todo el movimiento. La punta del destornillador había llegado a la columna, cortando los nervios y paralizándolo.

Continuó chillando, incapaz de moverse ahora, el sonido mezclándose con el chirrido del motor del destornillador mientras Kazinsky ejercía más presión.

Fusil se desplomó, los ojos se le vidriaron y murió. Kazinsky lo soltó y dejó que cayera al suelo. Sin dignarse a mirarlo, volvió la cabeza y se centró en la cámara sellada y los montones de mena sin desinfectar.

Permaneció allí un instante, echó a andar y apartó la vista. Sus ojos

se clavaron en las dos enormes rejillas de ventilación del techo.

10

Es posible que contra el planeta choquen asteroides y que la minería espacial ponga en peligro al mundo, pero los biólogos dicen que hay algo que nunca cambia: la fuerza motriz primordial de todos los organismos es la supervivencia y la procreación.

En la penumbra de la planta de procesamiento —iluminada únicamente por la luz tenue de los hornos—, Kazinsky pegó un salto, se agarró de un pequeño asidero y empezó a escalar una de las mugrientas paredes. Fue encontrando puntos de apoyo para las manos y los pies y continuó subiendo cada vez más hasta que, a unos doce metros del suelo, llegó a su objetivo: unas resistentes poleas y cadenas.

Se suponía que servían para accionar las rejillas de ventilación de arriba, pero se habían enredado de alguna manera. Colgado de una mano, se sirvió de la fuerza que había adquirido para quitar la presión de una gruesa cadena y soltarla de la polea alrededor de la cual estaba retorcida. De pronto, ya en el debido lugar, la cadena se elevó, un grupo de poleas distinto entró en acción y el mecanismo entero cobró tensión, libre de trabas.

Kazinsky bajó hasta la mitad, saltó al suelo, cogió una palanca de freno y tiró de ella con fuerza, haciendo que los contrapesos bajaran. Las cadenas traquetearon entre las poleas y, arriba, un pequeño motor eléctrico se accionó.

Las dos rejillas de ventilación se abrieron, dejando a la vista las estrellas, la luna y las nubes. La combinación del calor atrapado dentro de los enormes muros de ladrillo y un viento fuerte que soplaba desde la estepa creó inmediatamente sus propias condiciones meteorológicas: mientras Kazinsky miraba, una espiral de polvo y ceniza subió y salió por las rejillas al cielo cada vez más oscuro.

La procreación casi había terminado...

11

La grúa pórtico se movía incesantemente por los carriles, y el gancho —que llevaba uno de los grandes cubos que se utilizaban para transportar metal derretido— pasó por encima de los altos hornos, el río de lava y el despacho acristalado del supervisor.

Kazinsky estaba en la puerta, con el control remoto en la mano, guiando la grúa y su carga por la instalación hacia el techo de acero

que cubría las paredes de la cámara sellada.

Paró el gancho encima del techo. La silueta del enorme cubo —cargado con toneladas de chatarra— se dibujó contra los murales de Lenin y los heroicos obreros soviéticos. Permaneció suspendido allí un instante…

Kazinsky presionó un botón en el control y el enorme cubo se soltó. Cayó y golpeó el techo, que se combó y se partió, las vigas que lo sustentaban se rompieron y las paredes de cristal de la cámara reventaron y una gran ola de fragmentos translúcidos salió despedida. Las luces de toda la planta se apagaron de nuevo en el acto.

Por la instalación, saliendo de la destrozada cámara de cristal en un torrente continuo —que danzaba a la luz del fuego en la penumbra—, se hicieron visibles miles de millones de minúsculas luces brillantes, tan bellas y etéreas como siempre, que se sumaron a la espiral vertical de polvo y ceniza, se alzaron y empezaron a salir al mundo.

Posteriormente, las imágenes de las cámaras permitieron ver que, según el reloj de la pared, fue exactamente a la 1.28 y 22 segundos del domingo, la segunda semana de julio, cuando se liberaron las esporas al mundo. Es posible que nadie lo supiera entonces, pero ese día y esa hora exacta cobrarían una importancia crítica.

12

El viento predominante en Baikonur durante la estación de la niebla sopla del este. Este hecho —en combinación con una gran tormenta que se originó en China y azotó la estepa— contribuyó a que las esporas llegaran eficientemente a Ucrania, Alemania, Francia, el Reino Unido y el resto de Europa antes de cruzar el Atlántico y azotar la costa este americana y más allá.

Aun ayudados por la rotación terrestre y la fuerza de la corriente en chorro, costaba creer la velocidad a la que se podían desplazar esos minúsculos fragmentos de material genético; salvo por el hecho de que, unos años antes, otro fragmento viral llamado COVID-19, que o bien escapó de un laboratorio de investigación chino o saltó de unas especies a otras en un mercado mojado —dependiendo de si uno creía a Pekín o no—, se encontró en lugares remotos de África y Sudamérica días después de que se identificara al primer paciente en Wuhan.

Entre una miríada de lugares distintos, las esporas *siber* llegaron a una calle arbolada de Maryland en cuestión de horas. Atardecía: hombres y mujeres regresaban a casa, se sacaba a los perros a pasear y los niños todavía estaban fuera, ya que no era de noche.

Había luces encendidas en todas partes salvo en una casa, cuyas puertas estaban cerradas con llave y cuyas contraventanas estaban

echadas. Parecía un sitio en el que la vida ya se había ido, y en cierto modo era así.

En la habitación de invitados de la buhardilla, Laleh estaba a punto de hacer una videollamada a su madre en Kabul cuando oyó voces fuera. Le resultó lo bastante extraño como para acercarse a la ventana y subir la persiana.

Miró por la ventana cerrada, sin moverse: contempló con asombro miles de los más delicados y minúsculos puntos de luz azulada que caían del cielo, iluminados por detrás por el sol poniente. En la calle la gente observaba embobada, los niños intentaban cogerlos. En todas partes se abrían puertas y los conductores paraban junto a la carretera. Era mágico.

Extranjera en un país extranjero, Laleh pensó que tenía una idea de lo que era. Se volvió y llamó a Rebecca, que apenas había salido de nuestra habitación desde que recibió la noticia de que yo no iba a regresar a casa.

—Becca, ven a ver esto. —No hubo respuesta—. Rebecca, es muy bonito, deberías venir…

—¿Qué es? —preguntó Rebecca desde la puerta. Se había asomado al fin: tenía el rostro chupado y pálido, las profundas ojeras ponían de manifiesto las noches en vela y era evidente que había perdido mucho peso.

—Unas luces, no sé —contestó Laleh—. Esa fiesta vuestra, la Navidad, va a ser dentro de poco: será por eso.

Rebecca se unió a ella en la ventana y miró afuera. Apoyó las manos en el cristal y le sorprendió el aguacero de filamentos luminosos y la cantidad de personas que se estaba reuniendo en la calle.

—No —replicó—. No tan pronto. Esto no tiene nada que ver con la Navidad.

—Entonces ¿qué es? —inquirió Laleh.

—No lo sé —admitió Rebecca. Se volvió, fue hasta el extremo de la cama y encendió un televisor. Ya estaba puesto un canal de noticias veinticuatro horas, y vieron un montaje de las brillantes esporas que caían como si fueran lluvia en París, Londres y Washington…

«Según una fuente de la Casa Blanca, estudios preliminares realizados por la Oficina Nacional de Administración Oceánica y Atmosférica han demostrado que el fenómeno se originó en Kazajistán o en el centro de China —estaba diciendo el presentador—. Hace escasos minutos el gobierno chino ha negado tener conocimiento de cuál es la procedencia de lo que ya se describe como la "sinfonía de luces". Ahora mismo la Oficina está intentando determinar cuál es el lugar exacto en el que se originó.

»Entretanto, en Canadá, el catedrático de ciencias forestales de la Universidad de Columbia Británica ha afirmado que, casi con toda

seguridad, su origen se sitúa en la germinación prematura de esporas de los vastos bosques de coníferas del hemisferio norte. Puesto que son inmaduras, ha dicho, absorben la humedad y dan la impresión de emitir luz. El catedrático está convencido de que no constituyen ningún peligro para nadie, pero aconseja que quienes padezcan asma o alguna alergia grave al polen no salgan a la calle.»

Laleh miró a Rebecca.

—Nosotras no tenemos ninguna de esas dos cosas —observó alegremente—. Anda, vamos fuera: nos sentará bien a las dos.

Rebecca echó un vistazo por la ventana. Las voces eran más ruidosas, más animadas, y la lluvia de esporas —si acaso— ahora se había intensificado. Laleh le suplicó:

—Por favor.

Rebecca siguió contemplando lo que se veía por la ventana.

—No —decidió—. No entiendo lo que está pasando, y tengo dos niños en los que pensar.

Laleh la miró abatida, y de no haber sido su invitada casi seguro que habría replicado.

—Baja la persiana —pidió Rebecca.

Laleh obedeció de mala gana, y esa pequeña decisión —la de no salir a la calle— fue la que les salvó la vida, aunque, en muchos sentidos, fue una victoria pírrica: muy pronto los vivos envidiarían a los muertos.

13

Justo antes de medianoche a Rebecca la despertó una extraña luz parpadeante que merodeaba por los bordes de la persiana veneciana cerrada.

Estaba cansada y procuró no prestarle atención, pero al final se dio por vencida; se acercó a la ventana y —medio dormida— apartó la persiana. Se quedó boquiabierta.

Las esporas luminosas se habían desvanecido, pero las casas de la calle estaban en llamas, irradiaban una inquietante luz anaranjada. El cielo y el lejano horizonte refulgían y estaban llenos de humo. A Rebecca le vino a la cabeza, con miedo, la Devil’s Night (la Noche del Diablo), el ritual anual que se celebraba hacía años durante el cual las pandillas prendían fuego por diversión a miles de edificios abandonados en Detroit.

En Maryland, sin duda aquella parecía una visión del infierno. En infinidad de jardines se habían puesto en marcha los aspersores, que lanzaban fuentes de agua. Fue entonces cuando Rebecca vio a los primeros...

Unas figuras imprecisas —tres hombres y una mujer, musculosos— aparecieron entre el humo y el agua y cobraron gran nitidez gracias a las llamas de una casa que ardía tras ellos. Su cuerpo había perdido prácticamente todo el color, no tenían pelo y Rebecca, que buscaba una explicación, pensó que tal vez fuesen víctimas de un incendio, aunque no entendía cómo podían caminar con tanta determinación. Pero entonces uno de los hombres se volvió y ella vio que la piel le había formado una cresta dura a lo largo de la columna. En todos los años que llevaba ejerciendo la medicina, nunca había visto nada igual.

Sorprendida, Rebecca miró con más atención a la mujer: su cuerpo había cambiado y los rasgos de su rostro eran más brutales; sin embargo, algunas cosas le seguían resultando familiares: Rebecca se dio cuenta de que era una vecina, una mujer que siempre había sido antipática, a la que había visto por última vez bailando con su pareja —haciéndose un videoselfi— mientras a su alrededor caía la lluvia de luces minúsculas.

Intentando hacer que la pesadilla terminase, sacudirse para un despertar que no llegaría nunca, Rebecca cogió un mando y encendió el televisor. Oyó el sonido de un piano —*As Time Goes By*— y vio que estaban poniendo un clásico en blanco y negro, un fragmento desesperado de normalidad. Experimentó un alivio momentáneo, hasta que sospechó que se trataba de una emisión automática. Cambió de canal unas cuantas veces y lo único que encontró fue estática o ruido blanco.

Cada vez con más miedo, miró por la ventana otra vez y vio que los cuatro crestados, o lo que demonios fuesen, se aproximaban a la casa, la única del vecindario que no estaba en llamas todavía. Uno de los hombres llevaba un fusil de asalto; y la mujer, un bate de béisbol.

En un momento de extraña lucidez, Rebecca supuso que los inquietantes copos de nieve eran los responsables de todo aquello de alguna manera y que el fuego y la humedad eran clave para causar esa transformación. Se puso los vaqueros mientras llamaba a Laleh a gritos y fue hacia la puerta: tenía que sobrevivir a toda costa, los gemelos tenían que sobrevivir. Las dos mujeres se encontraron en la parte de abajo de la escalera...

—¿Los has visto? —le preguntó Laleh con los ojos como platos.

—Sí —contestó Rebecca al mismo tiempo que le lanzaba unas llaves.

—¿Quiénes...?

—No hay tiempo —replicó Rebecca—. Enciende los aspersores y sube al coche. No abras la puerta del garaje. Aún no...

Laleh asintió.

—¿Y tú?

—Voy a quemar la casa. Si creen que somos como ellos, puede que ganemos un poco de tiempo.

Se acercó a una ventana y levantó una esquina de la persiana: los cuatro crestados acababan de empezar a cruzar el jardín del vecino, cada vez estaban más cerca. Rebecca vio el fusil de asalto con mira telescópica en el cañón que llevaba uno de ellos y, por su trabajo, supo exactamente el daño que podría causar.

Corrió hacia la cocina, abrió los fuegos de gas y vertió en ellos una botella de aceite; se apartó de un salto cuando las llamas se elevaron y comenzaron a consumir la pared entera.

Segundos después los aspersores cobraron vida y, con la cocina ya ardiendo, Rebecca sacó una linterna y un martillo de un cajón y bajó corriendo a la habitación que hacía las veces de despacho mío.

Abrió de golpe, fue hasta un archivador y utilizó el martillo para golpear la cerradura hasta romperla. Con ayuda de la linterna rebuscó en los cajones, desechando carpetas y cuadernos. Yo nunca se lo había dicho, era imposible que lo supiera, pero estaba segura de que allí encontraría lo que necesitaba. En el cajón de abajo hizo a un lado fotografías, billetes de tren viejos y hojas de periódico arrancadas de diarios —los desechos de una vida vivida en el mundo del espionaje— y supo que estaba cerca.

Escondida debajo encontró una pistola: una Sig Sauer M17, la mejor arma corta de combate del mundo, que yo tenía en casa para protegernos. Rebecca no sabía disparar, pero estaba dispuesta a aprender, y cogió una caja de munición que había junto a ella, apagó la linterna y salió del despacho…

De pronto se oyó un estrépito cuando el cristal de la puerta delantera se hizo añicos y Rebecca distinguió una voz de hombre en el porche.

—Puede que ya se haya ido…

—No se ha ido. La casa lleva días cerrada, mataron al marido, o lo que fuese —replicó la mujer—. Por la noche no la vi salir. Creo que ha prendido fuego a la casa y ha encendido los aspersores para despistarnos. Siempre ha sido lista.

Rebecca, en la entrada, miró hacia la puerta: la mano y el brazo, sin vello y sin color, se deslizaron por el cristal roto y buscaron a tientas el cierre.

Levantó la Sig, el pánico haciendo que se planteara disparar, pero se dio cuenta de que no tenía la destreza necesaria para eliminar a los cuatro. Entonces no sabía —nadie lo sabía— que su piel era un caparazón, casi tan bueno como una armadura. Disponiendo tan solo de unos segundos antes de que entraran, corrió hacia la cocina y la puerta trasera, con las llamas subiendo por las paredes y extendiéndose por el techo.

Oyó que los intrusos atravesaban la entrada e iban tras ella. Sin tiempo para vacilaciones, cogió un paño de cocina, se tapó la boca con

él y se abalanzó hacia el infierno.

Fue lo mejor que podía haber hecho: los intrusos llegaron a la cocina instantes después, pero, envuelta en humo y llamas, no la pudieron ver.

Solo cuando abrió la puerta trasera y permitió que entrase una ráfaga de aire de fuera se percataron los intrusos de que Rebecca estaba a escasos metros de ellos. La habrían seguido sin dudarlo, pero, al entrar en contacto con el espacio cerrado y sumamente caliente, el torbellino de aire causó lo que los bomberos denominan «combustión súbita generalizada». La cocina y el lado entero de la casa estallaron en llamas, obligando a los intrusos a retroceder...

Rebecca cruzó el jardín a la carrera para llegar al garaje, donde la estaba esperando Laleh. A su alrededor el cielo refulgía a medida que más edificios se incendiaban.

—¿Fueron las esporas? Al inhalarlas... —le dijo Laleh.

—Eso creo.

—Ahora han desaparecido —afirmó Laleh mientras apuntaba al cielo—. No hay nada.

—Gracias a Dios —contestó Rebecca—. Da la impresión de que se vuelven inocuas en cuanto entran en contacto con el suelo. Supongo que necesitan encontrar un huésped.

Las dos mujeres corrieron hacia la puerta lateral por la que se accedía al garaje.

—He arrancado el coche —dijo Laleh.

Rebecca entró primero.

—Ábrela —pidió al tiempo que señalaba la gran puerta eléctrica.

Mientras Laleh se apresuraba a hacerlo, Rebecca se puso al volante del pequeño SUV. Con la puerta del garaje aún subiendo, metió la marcha.

Cuando Laleh se acomodó a su lado, Rebecca pisó el pedal a fondo, pero se dio cuenta de que se le había olvidado quitar el freno de mano. Pulsó el botón, quitó el freno y el coche salió despedido hacia atrás, dejando el garaje a toda velocidad...

Justo en su trayectoria, la crestada intentó apartarse, pero el guardabarros trasero le dio de lleno, rompiéndole una pierna y lanzándola contra un pequeño muro de contención.

Rebecca, que iba marcha atrás todo lo rápido que podía, controlando el coche a duras penas, atravesó el jardín zigzagueando, directa hacia una cerca de madera baja.

El crestado del fusil de asalto se levantó y empuñó el arma, pero para cuando quiso ajustar la puntería Rebecca ya había roto la cerca, cruzado una franja de hierba y enfilado el asfalto. Pegó un volantazo y, con los neumáticos chirriando, puso rumbo al suroeste.

—¿Adónde vamos? —quiso saber Laleh.

—A la autopista.

—No es seguro —replicó Laleh asustada, desesperada, mientras señalaba con el dedo un centro comercial en llamas en el que un sinfín de figuras pálidas deambulaban por el aparcamiento y prendían fuego a los vehículos—. Ningún sitio lo es.

—Es posible que haya uno que sí.

14

Una luna tardía —de un rojo sangre por el humo y las llamas que consumían el mundo— arrojaba una luz blanquecina sobre las aguas de la bahía de Chesapeake.

Con Rebecca encorvada sobre el volante y la Sig en el regazo, el SUV —sin el guardabarros trasero y con dos neumáticos destrozados— enfiló a toda velocidad una autovía de cuatro carriles desierta, se metió por una carretera secundaria y pisó a fondo el acelerador.

Más adelante, una verja metálica bloqueaba la entrada de un gran puerto deportivo: numerosas embarcaciones caras se mecían en un complejo de amarres. Un enorme cobertizo con gradas proporcionaba instalaciones de mantenimiento, y una elegante oficina y una cafetería se extendían sobre el agua. Un día de verano normal debía de ser un sitio estupendo.

Pero a las cinco de la mañana de la Noche del Diablo un viento fuerte agitaba las jarcias de los yates. Al igual que las embarcaciones de motor que se hallaban amarradas cerca, tenían la escotilla cerrada y estaban tapados con lonas para proteger las cubiertas y la maquinaria de una fuerte tormenta de verano que subía por la costa.

Sin detenerse, Rebecca continuó acelerando, embistió la verja, la franqueó y fue volando al aparcamiento. Las dos mujeres examinaron el lugar y, para alivio suyo, no vieron a ningún crestado, pero, por desgracia, tampoco habían visto a ningún otro superviviente durante los kilómetros de caos que habían atravesado.

Rebecca vio la entrada de la oficina del puerto, pero en vez de frenar dio un volantazo y fue directa hacia ella, haciendo que el SUV cruzara el vestíbulo y se metiese en una tienda que vendía suministros y artefactos náuticos.

Rebecca pisó el freno y, con la Sig aún en la mano, se bajó deprisa del coche. Fue a la carrera hacia un despacho interior, donde vio un armario de seguridad de acero afianzado a la pared detrás de la mesa del gerente. Era justo lo que estaba buscando.

Levantó la Sig, tardó un instante en dar con el seguro, la amartilló y apuntó a la cerradura del armario. Necesitó tres disparos —que resonaron estruendosamente en el silencio del puerto deportivo— para

darle de pleno y que la puerta del armario se abriese.

Dentro, colgadas de un tablero en ordenadas filas y con el número del correspondiente amarradero, se hallaban las llaves de todos los barcos.

15

Con el tablero de las llaves en la mano, Rebecca se detuvo a la puerta y se hizo con unos prismáticos que colgaban de un perchero.

Laleh, que tiraba de un carrito lleno de pilas, linternas, ropa impermeable y todo lo demás que había cogido de la tienda, se paró a su lado.

—¿Qué estamos buscando? —quiso saber.

—El barco adecuado —contestó Rebecca mientras iba mirando embarcación tras embarcación—. No uno ostentoso para hacer fiestas, sino algo serio, con un motor grande, capaz de hacer frente al mal tiempo… —Señaló las aguas de la bahía, donde, bajo la luz de la luna, el viento levantaba grandes olas coronadas de espuma—. Cuando dejemos atrás la protección que nos brinda la bahía —continuó—, la cosa se pondrá fea. ¿Estarás bien?

Laleh sonrió.

—No creo que pueda ser peor que el golfo Pérsico.

Rebecca esbozó una pequeña sonrisa.

—Perdona, se me había olvidado. —Miraba con atención un barco con los prismáticos—. Zona roja —indicó—. Amarradero treinta y cuatro.

Rebecca cogió unas llaves del tablero que había sacado del armario y salió corriendo. Laleh fue tras ella por el embarcadero, tirando del carrito, y ambas se detuvieron en el amarradero treinta y cuatro.

Allí, rodeado de otros barcos mucho más grandes y más impresionantes, había una embarcación de pesca deportiva de casi veinte metros. Con el casco en V y un travesaño ancho para proporcionar estabilidad, aerodinámico y lo bastante bajo para que el viento no lo zarandease, contaba con cinco grandes motores fueraborda en la parte posterior que otorgaban una gran potencia. Parecía un barco que podía ir a cualquier parte. Solo Dios sabía el dineral que debía de valer, pero Rebecca ya había tomado posesión, tras retirar la lona que cubría la timonera y abrir la puerta.

Dentro, Rebecca se sirvió de la llave de contacto para encender el sistema eléctrico. Los medidores y los monitores cobraron vida, pero a ella solo le interesaba un indicador…

—Gracias a Dios —dijo—. El depósito está lleno.

Minutos después, los grandes motores rugieron y, con Rebecca

intentando aprender a controlar la embarcación, la *Lonesome Dove* —«paloma solitaria», ese era su nombre— golpeó las defensas que había a ambos lados del amarradero, arañó ruidosamente el costado de un balandro de treinta metros y al cabo salió del puerto y llegó al canal. Cuando se dirigían hacia la bahía y viraban hacia el sur, Laleh preguntó:

—¿Y ahora qué?

—Vamos a mar abierto —le contestó Rebecca—. Saldremos a unos treinta kilómetros, deberíamos estar a salvo durante un tiempo. Mientras tanto, trataremos de decidir qué demonios vamos a hacer.

Laleh no dijo nada. Miraba con atención a su amiga. A pesar de las aterradoras circunstancias en las que se encontraban, se sentía tranquila: por primera vez desde que le habían comunicado mi muerte, Rebecca estaba dispuesta a luchar.

16

Amanecía cuando la *Lonesome Dove*, que iba rumbo al sur, se aproximó al puente-túnel de la bahía de Chesapeake que, con poco menos de treinta kilómetros de longitud, cruzaba la desembocadura de la bahía y señalaba la entrada al océano Atlántico.

Con el viento que aullaba del norte, la marea las seguía de cerca, y al otro lado del puente el océano estaba picado y levantaba grandes olas con crestas de espuma. Azotada por un viento y un oleaje incesantes, Rebecca forcejeaba con el timón, iba despacio, su rostro reflejaba una profunda concentración a medida que el puente estaba cada vez más cerca.

Mientras Laleh observaba con nerviosismo, hizo girar ligeramente la proa de la embarcación y se dirigió hacia el centro de un hueco entre dos de los enormes estribos del puente. El mar se alzaba entre las estructuras de hormigón, el agua golpeaba la base con una fuerza enorme, formando una gran cantidad de espuma. La oscuridad del cielo y las sombras que arrojaba la carretera que discurría por el puente hacían que el hueco resultase más amenazador, más siniestro incluso.

—¿Los has visto? —preguntó Laleh mientras miraba arriba, hacia la carretera, a más de cincuenta metros. Estaba llena de coches en llamas y varias decenas de crestados se inclinaban sobre el pretil, observando el barco.

—Sí —confirmó Rebecca, sin apartar la vista del hueco que se abría entre los estribos, que se aproximaba más deprisa de lo que ella había previsto. En cuestión de segundos la embarcación casi había llegado a él. Cuando el agua se arremolinó a mayor velocidad alrededor del

casco, el barco se vio arrastrado de forma inexorable hacia el torbellino…

Rebecca notó que el timón daba sacudidas y giraba con fuerza entre sus manos. La proa viró hacia la izquierda, y la mala suerte quiso que también hacia el amenazador hormigón cubierto de lodo del estribo más cercano. Un solo golpe y el barco se iría a pique en cuestión de segundos.

No sabía cómo frenar el barco frente a la furia de los elementos. Contrariamente a lo que esperaba, en el último momento se dio cuenta de que tenía que hacerse con el mando. Empujó la palanca hacia delante. Los cinco grandes fueraborda rugieron al alcanzar la máxima potencia y dieron vida a la *Lonesome Dove*, cuya proa se encabritó. Aunque iba más deprisa en dirección al estribo, de repente el timón parecía mucho más ligero entre las manos de Rebecca…

Lo giró con fuerza. El estribo casi estaba encima de ellas. La embarcación viró bruscamente y el costado izquierdo del casco rozó el lodo y dejó atrás el estribo. Habían conseguido pasar por el hueco.

Arriba los crestados cruzaron la carretera y vieron que el barco emergía de las sombras, salía a toda velocidad por el otro lado del puente y se enderezaba.

Rebecca, empapada en sudor, apoyó la frente en el timón. Laleh le levantó la barbilla a su amiga, la estrechó y ambas permanecieron abrazadas, intentando dejar de temblar.

Laleh pronunció unas palabras en árabe en voz baja. Rebecca se apartó para mirarla.

—¿Qué es eso?

—Una oración —contestó Laleh.

Rebecca se tomó un momento y después extendió el brazo, le cogió la mano a su amiga y bajó la cabeza. Aunque no comprendía una sola palabra de lo que decía, tenía la seguridad de que si alguien o algo estaba escuchando, lo entendería.

Laleh terminó y Rebecca abrió los ojos: ante ellas se extendía el infinito océano gris con un fuerte oleaje y el viento que azotaba la cresta espumosa de las olas. Aunque el sol por fin estaba saliendo, Rebecca no sintió ninguna dicha, y mucho menos esperanza.

Hizo a un lado la desesperación y pidió a Laleh:

—Baja y mira a ver la comida y el agua que tenemos. Habrá un equipo de comunicaciones: intenta poner en funcionamiento el sistema de navegación. Aunque no sepamos adónde vamos, tenemos que saber dónde nos encontramos.

Laleh asintió y fue abajo, dejando a Rebecca sola. La sensación de desesperanza se le echó encima de nuevo, con más intensidad que antes.

Mirando un mundo desprovisto de color, en el que el mar gris se

fundía con un cielo plomizo, vio cierta simetría: un padre ahogado en un submarino y una madre embarazada de gemelos muerta en un barco hundido. La única familia que había conocido por fin se reuniría: desaparecida en el mar.

Procuró ahuyentar el abatimiento —sabía que no podía darse por vencida, sencillamente no podía— y tardó un instante en caer en la cuenta de que Laleh la estaba llamando a voz en cuello.

—Inmoviliza el timón —decía—. Ven, ¡deprisa!

17

La voz era dura y autoritaria: daba la impresión de que el hombre se había criado en Luisiana, pensó Rebecca. Miraba un altavoz que estaba junto a un anaquel con equipo y pantallas de ordenador en la zona de comunicaciones y navegación de la *Lonesome Dove*.

Laleh intentaba explicarse.

—No sabía lo que estaba haciendo, probaba cosas y tal. He conseguido que funcionaran dos pantallas: una era el GPS, que me ha dicho dónde estamos y me ha dado la opción de introducir un destino. Justo cuando iba a subir a decírtelo —continuó sin aliento—, he encendido este panel y he empezado a girar diales...

Rebecca reparó en un cubo azul y vio que en la placa frontal ponía la marca, Iridium, el número del modelo y las palabras «Comunicador vía satélite».

—Me ha parecido oír algo, muy bajo, pero he tardado un poco en localizar el volumen...

Rebecca la interrumpió, levantó la mano para indicarle que se callara. El hombre de Luisiana había empezado a hablar de nuevo y Rebecca comprendió que se trataba de un mismo mensaje en bucle, que se repetía y probablemente se emitiera en distintas frecuencias...

«Estamos luchando. La Resistencia ha empezado. Hay supervivientes en París, Londres, Sídney y Buenos Aires. En América estamos despejando y defendiendo la isla de Manhattan. Intenten llegar a Nueva York. Estamos luchando. La Resistencia ha...»

Rebecca y Laleh se miraron. Estaban en un barco, disponían de un navegador y se encontraban a cuatrocientos kilómetros de Nueva York. Sin embargo, la voz les decía algo más importante que todo eso: no estaban solas.

18

Me hallaba tendido en la cámara en una oscuridad absoluta, sin saber si estaba muerto o vivo. No oía nada, pero lo noté…

Eso debió de ser lo que me despertó: un sutil cambio en el movimiento, el más leve temblor que atravesó el enorme casco del submarino. Entonces las luces de la plataforma multiuso parpadearon, iluminando las otras cámaras de descompresión.

Acto seguido se apagaron, la oscuridad las engulló hasta que —instantes después— volvieron solo para desaparecer casi de inmediato. Lo mismo ocurrió una y otra vez, era un efecto estroboscópico, y me pregunté si morir sería así: luces brillantes y la vida pasando ante tus ojos.

Por lo visto no era así: las luces parpadearon por última vez y se estabilizaron. El temblor en sí se tornó un movimiento constante y me di cuenta de que el reactor había salido de su hibernación y ahora alimentaba el submarino y el sistema eléctrico. No sabía qué lo había reanimado, pero abrí el cilindro de metacrilato y lo levanté unos centímetros. Acerqué el rostro a la abertura y respiré: no estaba dispuesto a salir de la cámara hasta que supiese que el aire del submarino podía mantenerme con vida.

Olía a limpio y puro. Satisfecho de que los generadores de oxígeno funcionaran y el sistema de ventilación hiciera circular aire bueno, abrí la cámara, salí y fui hacia la de Baxter.

No se movía y, mientras lo llamaba, abrí el cilindro. Creo que lo supe antes incluso de ver su tez gris, sus labios azules y sus ojos inertes: Baxter había muerto.

Aunque a lo largo de mi carrera había visto mucha muerte, noté cierto escozor en los ojos. Baxter tenía la cartera abierta y una foto de su mujer cerca del corazón: podía olvidarse perfectamente de la medicación que tenía que tomar, pero me di cuenta de que siempre se acordaría de coger la cartera donde guardaba una foto de Sophie.

Bajé la cabeza, entristecido: era un gran hombre, un buen compañero, estaba seguro, y alguien que debería haber sido padre; tenía mucho amor que dar. Extendí un brazo, le cerré los ojos y fui hacia la puerta.

Solo había dado unos pasos cuando noté un cambio repentino en el funcionamiento del barco. Me detuve, agucé el oído y me concentré: un zumbido grave —apenas audible, carente de significado para cualquiera que no hubiese servido en un submarino— indicaba que las enormes bombas de alta presión que se utilizaban para soltar el lastre de la embarcación habían empezado a funcionar. Miles de toneladas de agua de mar se estaban expulsando.

Casi no podía respirar. De alguna manera —ya fuese obra de una persona o de los ordenadores de a bordo— se había iniciado la emersión de emergencia. Si las bombas aguantaban, si el reactor

continuaba funcionando, si el casco no sufría ningún daño, si el submarino podía seguir su rumbo, si no había ningún fallo en un millar de piezas de equipo, relés y conexiones, subiríamos a la superficie.

19

Salí corriendo de la plataforma multiuso y bajé por tambuchos malparados. Durante todo ese tiempo no paraba de llamar por si alguien —quien fuera— contestaba; mi voz resonaba entre tuberías que colgaban destrozadas, conductos eléctricos aplastados y un caos de equipo tirado y roto.

Me dirigía hacia el puesto de mando principal, con la esperanza de que, por algún milagro, Martínez y sus oficiales —y no los ordenadores— hubiesen activado la emersión de emergencia. Cuando salimos de Diego García, a bordo había ciento sesenta y ocho personas, y ahora habían enmudecido.

Mis peores temores se vieron confirmados unos minutos después. Había dejado atrás una bomba sumergible que expulsaba con fuerza agua de una zona de almacenamiento y la enviaba por largas mangueras al pantoque y fuera de la embarcación. Tiradas la una sobre la otra a un lado del tambucho había dos mujeres a las que reconocí: las dos bomberas que habían apagado las pequeñas llamas en el gabinete eléctrico. Las dos habían muerto y, a juzgar por las manchas rojas y púrpuras de los ojos y la espuma seca alrededor de la boca, se habían asfixiado antes de llegar a la cámara de oficiales.

Eché una ojeada a una zona que se abría tras ellas —las habitaciones de los oficiales subalternos— y vi más cuerpos en el suelo y cerca de las literas, todos ellos con las reveladoras marcas rojas y púrpuras en los ojos o el rostro que ponían de manifiesto que ellos también habían muerto por falta de oxígeno.

No tenía sentido gritar más —yo era el único superviviente—, y en medio del opresivo silencio, seguí avanzando a través del caos.

A pesar de su magnitud, las luces se volvieron más intensas, el zumbido de la maquinaria más fuerte y el pulso de las bombas de pantoque mayor. Para cuando quise llegar al puesto de mando central, el *Leviathan*, una vez más, parecía algo vibrante, vivo. Lo cual marcaba un fuerte contraste con lo que me encontré dentro.

Miré por encima y vi que, aunque el reactor había despertado y los ordenadores funcionaban e intentaban salvar el submarino, no todo iba como debía. Las pantallas que se veían sobre el puesto de trabajo del navegante fallaban, según ellas nos encontrábamos en el río Hudson, en Nueva York, a unos cuatrocientos metros del Bajo

Manhattan. Tenía que ser un error, hasta que recordé que Martínez había dicho cuando zarpamos que en el sistema de navegación se había introducido un destino teórico para iniciarlo. A todas luces nadie lo había modificado —o bien los ordenadores no se habían actualizado aún— y todavía lo señalaban como el destino final.

Los relojes tampoco se habían recuperado. La hora y el día era posible que estuviesen bien, no tenía modo de saberlo con seguridad, pero el año era tan improbable como la ubicación.

Confiando en que los ordenadores y los relojes se corrigieran automáticamente, me volví hacia el área de comunicaciones. El equipo se había encendido y, aunque no tenía mucha idea, seguí el método de prueba y error y empecé a escanear distintas frecuencias y probar a enviar mensajes de diferentes maneras. No me cabía la menor duda de que había un centenar de recursos materiales buscándonos, e intentarían establecer contacto. Seguro que era capaz de conectarme...

Oí una voz apagada. Cogí unos auriculares con micro, preparado para contestar, y subí el volumen: un hombre con acento británico estaba transmitiendo un mensaje que me costaba terminar de entender. «Aquí la emisora de Londres —decía—. Aquí la emisora de Londres, esta transmisión finalizará ahora de manera permanente. A cualquiera que siga ahí fuera: buena suerte y que Dios lo acompañe. Aquí la emisora de Londres, aquí la...» Parecía exhausto, derrotado.

Dejé el micrófono. ¿Qué era la emisora de Londres? No tuve tiempo para pensar en ello. Un altavoz incorporado en el panel de control del submarino anunció: «Emersión de emergencia: prepárense para salir a la superficie. Diez segundos».

Me volví hacia el panel y vi que el submarino, mucho más ligero y en diagonal, subía a toda velocidad. «Ocho segundos.»

Me hice con el control del mástil optrónico —los periscopios habían pasado a mejor vida y habían sido sustituidos por punteras cámaras capaces de girar 360 grados instaladas en un mástil telescópico— e intenté levantarlo para ver mi entorno. Al parecer se topó con algún obstáculo...

«Cuatro segundos.»

Un gráfico en el panel me dijo que estábamos en un ángulo de ascenso más pronunciado aún: casi habíamos llegado. Me agarré al respaldo de una silla giratoria para no perder el equilibrio cuando el submarino saliera de las profundidades a la atmósfera.

«Dos segundos.»

Iba a emerger. Iba a volver a casa. «Un segundo.»

Golpeamos algo. E instantes después rebotamos.

Rebotar no era bueno, nada bueno. Sucede cuando un submarino que intenta emerger no tiene la velocidad o la potencia suficientes para atravesar la capa de hielo que recubre el océano, en cuyo caso el hielo se abulta como una ampolla enorme, pero resiste el golpe de debajo y hace que el submarino rebote y vuelva a las frías aguas.

La única explicación que se me ocurrió fue que habíamos ido más al sur de lo que imaginaba y nos habíamos topado con una zona de hielo del Antártico. El año estaba bastante avanzado para que pudiera suceder eso, supuse, pero aun así resultaba extraño.

Y sin embargo, según la información que iba apareciendo en el panel de control del submarino, los ordenadores habían calculado que, desde el rebote, nos encontrábamos bajo un metro y veinte centímetros de hielo, lo cual resultaba manejable: un submarino con el casco reforzado —como sin duda era el caso del *Leviathan*— podía atravesar por lo menos tres metros de hielo compactado. Al parecer los ordenadores tampoco consideraron que fuese un problema…

Hicieron bajar el submarino, modificaron el ángulo de ataque y, cuando subimos a la superficie, incrementaron la velocidad. La vela del submarino —la torreta cuadrada que sobresalía en la parte alta, una estructura que antes se conocía como «torre de mando»— absorbería todo el impacto en secciones de acero endurecido.

«Cuatro segundos», informó la voz.

Me agarré a la silla giratoria y me preparé de nuevo. El golpe iba a ser fuerte. «Dos segundos.»

Respiré hondo y permanecí a la espera. «Un segundo.»

Nos estrellamos contra la superficie. Conseguí no soltar la silla, pero noté un tirón en el brazo derecho que a punto estuvo de descoyuntarlo. Un segundo más y me habría dado contra el techo.

El rebote no llegó. El hielo cedió y lo atravesamos.

Me volví hacia el mástil optrónico y maldije mi estupidez: no lo había replegado. No habría imágenes, tan solo una masa aplastada de cámaras y acero sobre la vela.

Corrí hacia la escalera que subía desde la torre de mando hasta el centro de la torreta.

Con el corazón acelerado, llegué a la escotilla sellada por la que se accedía al puente de mando, un espacio al aire libre en la parte superior de la vela que se utilizaba para dirigir el submarino cuando se encontraba en la superficie. La escotilla estaba atornillada y, por lo general, era preciso un código para abrirla, pero tendría que bastar con la apertura de emergencia.

Rompí el cristal, activé una alarma y me puse a cubierto cuando las seis pequeñas cargas explotaron y partieron los tornillos. Abrí la escotilla y sentí que el helado aire me envolvía. Respiré hondo y cerré un instante los ojos para intentar controlar un revoltijo de emociones.

Milagrosamente había sobrevivido, estaba vivo, era libre.
Pasé por la escotilla al puente y me puse de pie. Miré el mundo y no me moví...
Me quedé helado... y no se debía a la temperatura.

21

«Y, dígame: ¿cómo fue caminar por la Luna, señor Armstrong?», fue lo único que se me ocurrió al ver algo tan sobrecogedor.

Me encontraba en Nueva York, contemplando el congelado Hudson y los restos de la estatua de la Libertad: la antorcha había desaparecido, le faltaba la cabeza y el cuerpo estaba partido por la mitad. Más allá se hallaban Manhattan y las ruinas de una ciudad que había sido grandiosa. Había llegado al fin del mundo y había llegado cuando el día declinaba.

Hasta donde alcanzaba la vista, los legendarios rascacielos neoyorquinos —o lo que quedaba de ellos—, iluminados por un sol poniente, se habían derrumbado o quemado. Ciertamente era la hora mágica, pero la magia era negra. Columnas de humo en el norte, al otro lado de Central Park, subían hacia el cielo, a lo largo del East River se distinguían incendios dispersos, los impresionantes apartamentos de millones de dólares con vistas de muerte se hallaban en ruinas, una especie de drones de ataque se desplazaban a toda velocidad entre las imponentes estructuras esqueléticas, y desde decenas de áticos destrozados les disparaban ráfagas de ametralladora con trazadoras rojas. Cerca de Battery Park obuses camuflados abrían fuego a rascacielos vacíos en Jersey City, al otro lado del río.

Tambaleándome al ver aquello, rodeado por el estruendo de la guerra y el olor acre del propelente de misiles y artillería, pensé en el mensaje que había oído: la emisora de Londres había dejado de transmitir permanentemente, pero Nueva York —o al menos eso parecía— seguía luchando. No sabía contra quién ni lo que significaba.

Me agarré al pasamanos y me estremecí, necesitaba algo real a lo que aferrarme. Era como si fuese un hijo del universo y me hallase al borde del infinito, todo cuanto tenía delante era a fin de cuentas inescrutable y misterioso. Así y todo, la artillería parecía real, y un dron cuadricóptero cerca del Empire State Building empezó a descender en espiral, descontrolado, ya que por lo visto le había acertado una lluvia de balas.

Traté de reconducir la respiración, intentando que volviese a la normalidad. Recordé los relojes que se habían vuelto locos cuando se activó la tecnología de invisibilidad y no se habían corregido. Recordé

la sensación de un vagón de tren que saltaba de la vía cuando uno de los temblores recorrió el submarino mientras nuestra travesía se iba al garete y oí decir al ganador de un Nobel que tal vez al desviar la luz se jugara con el tiempo. «¿Quién sabe lo que sucede? Nadie lo ha intentado nunca», me dijo además Baxter. Pues bueno, quizá la escena que tenía ahora delante fuese una especie de respuesta.

Continué mirando un mundo que apenas reconocía: no tenía ninguna duda de que estaba en Nueva York, pero, casi abrumado por una sensación de terror existencial, me vi obligado a hacer frente a la siguiente pregunta: ¿cuándo?

No era capaz de recordar la fecha que había visto en los relojes y estaba a punto de bajar para mirarlos cuando los obuses de la batería descargaron de nuevo. Destellos de llamas anaranjadas salieron despedidos a más de diez metros de sus cañones e iluminaron hectáreas de agua congelada...

Con el resplandor, avanzando a toda velocidad hacia mí y levantando hielo y nieve a su paso, vi un *snowcat* con la parte superior abierta, tres potentes motonieves y cuatro motos de agua modificadas. Todos los maltrechos vehículos tenían ametralladoras montadas en la carrocería.

El que iba en cabeza —el *snowcat*— llevaba a seis personas a bordo, todas ellas con pantalones vaqueros, cananas y chaleco antibalas. Equipadas con cascos de alta tecnología y gafas de visión nocturna, parecían guerrilleros de primera línea o aguerridos partisanos. Uno de ellos encendió un reflector y lo apuntó hacia mí. Las armas del guardabarros delantero, dirigidas por control remoto, siguieron la luz y me situaron en el retículo.

Bajar no tenía sentido: estaría muerto en cuanto me moviera. Levanté las manos y entrelacé los dedos por encima de la cabeza. Supuse que averiguaría la fecha muy pronto.

—¿Marina estadounidense? —me preguntó el que capitaneaba el *snowcat* cuando estuvieron lo suficientemente cerca.

Entornando los ojos debido al reflector, con los vehículos aún aproximándose deprisa, logré distinguirlo. Me sorprendió lo joven que era, le eché unos veintipocos años. Rubio, alto y delgado, con barba de unos días, era —bajo la suciedad y la mugre de la batalla— un tipo guapo. Tenía una mirada de determinación y la mandíbula angulosa. A veces se sabe, sin más: con independencia de para quién luchase, era un buen soldado.

—Marina, sí —contesté sin bajar las manos mientras veía que los vehículos se separaban y rodeaban el submarino.

El joven comandante no estaba dispuesto a correr riesgos, y pensé que no le faltaba razón: estábamos en medio de una zona de guerra.

Detuvo el vehículo y, al igual que el resto de la sección, observó la

resplandeciente vela blanca y la pequeña cantidad del casco que había emergido por el hielo de forma inesperada. A saber lo que debieron de pensar al verlo.

El hombre, aún con los ojos clavados en el submarino, señaló el caos enmarañado del mástil optrónico.

—Eso no va a haber manera de arreglarlo —comentó—. ¿Cómo se llama el submarino?

—No tiene nombre —repliqué—. Es un submarino de investigación, experimental.

—Me lo creo —aseguró, a todas luces pensando que eso explicaba en gran medida su extraordinario diseño—. ¿Cuántos son?

—Uno —contesté. Al ver la cara de incredulidad que puso, me apresuré a añadir—: Éramos ciento sesenta y ocho, pero fallaron los generadores de oxígeno.

Detrás de mí oí que alguien subía a bordo y me percaté de que de las motonieves y las motos de agua estaban mandando a hombres y mujeres fuertemente armados. Bajé las manos, pero las mantuve en la barandilla, a la vista.

—Dos de nosotros conseguimos entrar en las cámaras hiperbáricas —continué—. El otro murió.

—¿Cámaras hiperbáricas? ¿Es usted Navy SEAL, un buzo? ¡Vamos, hable! —Ahora miraba a su alrededor, preocupado (no me cabía duda) de que quienquiera que estuviese en Jersey fuese a abrir fuego de un momento a otro.

—No, científico —aseveré—. Como he dicho, el submarino es experimental. —No tenía ninguna intención de revelar cuál era mi verdadero trabajo ni nada de mí. El cerebro me iba a mil por hora, no tenía ni idea de lo que estaba pasando y, decidí que, si alguna vez había sido buen momento para seguir una de las reglas de oro del espionaje, era ahora: mantén tu tapadera. Siempre.

Oí un paréntesis de pequeñas explosiones en la sección delantera del casco. El grupo que había subido a bordo debía de haber volado la puerta de la escotilla de escape para acceder al interior.

—¿De dónde viene? —preguntó el joven a continuación.

—De Diego García —contesté.

No pudo disimular su sorpresa.

—¿Del océano Índico? ¿La base naval? Es un buen lugar para vivir el fin del mundo, supongo. ¿Estaba resistiendo allí?

No supe a qué se refería. Como todo lo demás, era un misterio.

—Más o menos —afirmé.

—Y después ¿la isla cayó?

—Sí —aseguré, y decidí jugármela—. Como Londres.

—¿Está al tanto de lo de Londres?

—Lo he oído —respondí con lo que confiaba en que fuese seguridad.

Deseoso de cambiar de tema, no fuera a hacerme más preguntas (y desesperado por saber una cosa), señalé la ciudad en ruinas—. ¿Me puede decir...? —Me detuve—. ¿Cómo lo llamo? ¿«Comandante»?

—Tokyo. Utilizamos apodos. Es más fácil que recordar nombres. Empezamos a usarlos hace tiempo: morían tantos que no tenía mucho sentido saber quiénes eran.

—Bien, Tokyo, ¿podría decirme... qué día es? —inquirí.

Me miró con cara de perplejidad un instante: estaba claro que pensaba que era una pregunta rara. Después me contestó y necesité toda mi entereza para no reaccionar...

Habían pasado veinticuatro años desde que el submarino había activado la tecnología de invisibilidad y se había visto sometido a fuerzas que escapaban a todo control o comprensión actual. Veinticuatro años. Como el vagón de tren de mi imaginación, habíamos saltado de vía, supuse: una vía en el tiempo. Poco más de dos décadas no era nada en comparación con los cinco mil millones de años que hacía que se había formado la Tierra —algo apenas discernible si se tiene en cuenta que el universo tiene nada menos que diez mil millones de años más—, pero sí un acontecimiento devastador para una escala humana.

«Conque así es el futuro», pensé mientras contemplaba las nubes de explosiones y los kilómetros de ruinas. Tokyo me observaba, y tuve la inquietante sospecha de que mi intento de parecer normal no lo estaba convenciendo.

Mi preocupación era tal que no me di cuenta de que una de las personas que habían subido a bordo ahora estaba en el puente detrás de mí. Solo cuando noté su mano en mi hombro y —asustado— me volví para quitármela fui consciente de su presencia.

—¡Eh! Tranqui, fiera —dijo.

Era un tiarrón, un auténtico guerrero: casi dos metros de alto, espalda ancha, cintura estrecha, los brazos y los puños de un peso pesado. Estaba en el ecuador de la cuarentena e iba armado con un fusil de combate modificado equipado con una mira y una lanza de acero de más de medio metro montada debajo del cañón. Me quedé mirándola, nunca había visto nada igual. Mientras intentaba tranquilizarme vi que, según el apodo que figuraba en el chaleco antibalas, era MartinLuther.

Abajo había encontrado una tableta, y comunicó a gritos a Tokyo:

—Tengo la lista de la dotación. El tipo dice la verdad: ciento sesenta y ocho personas. Hay cuerpos por todas partes, murieron asfixiados, a juzgar por su aspecto.

Tokyo asintió y vio que MartinLuther me cogía la identificación de seguridad que llevaba al cuello, miraba el nombre que ponía en ella y lo buscaba en la lista.

—Daniel Raymond Greenberg —informó—. La foto concuerda. En la lista hay muchos más datos, pero es él.

—Vale, dale al señor Greenberg un chaleco antibalas y un casco —dijo Tokyo—. Súbelo a bordo. Vamos a tener que ir a toda pastilla.

—¿Adónde vamos? —quise saber.

—A ver a Kris —repuso enigmáticamente Tokyo, y pisó el acelerador del *snowcat*.

—¿Es su apodo? —le pregunté.

—No, su verdadero nombre —contestó—. Kristofferson. Es el líder de la Resistencia.

MartinLuther me dio un casco y un chaleco. Mientras me los ponía, me di cuenta de que Tokyo seguía observándome. Nuestras miradas coincidieron, y la suya no flaqueó.

—Kris es un tipo duro —contó—. Coronel de la Marina antes de la Caída. Estoy deseando que hable con usted.

—¿Y eso por qué? —inquirí.

—Le hará las preguntas adecuadas. Hay algo en usted que no me trago.

22

Tras dejar el *Leviathan* atrás con la mitad del personal que había subido a bordo para custodiarlo, el *snowcat* cruzó el hielo a toda velocidad mientras dos de las mujeres del grupo escudriñaban la costa de Jersey con ayuda de unos prismáticos.

Apabullado al ver kilómetros y kilómetros de devastación, me subí el cuello de la parka y encorvé los hombros para protegerme del glacial viento: la nieve había empezado a caer y se me pasó por la cabeza una locución que Halcón utilizaba en Langley hace lo que parecía una eternidad. «El invierno más crudo», decía, y supe que por fin había caído en sus fauces.

El vehículo cambió de dirección ligeramente, y antes vi el puente de Brooklyn en ruinas. Me pregunté si habría sido deliberado: tal vez la Resistencia —fueran quienes fuesen— se hubiese encargado de que la isla de Manhattan fuera lo más inaccesible posible. Por otra parte, la infinidad de cráteres y esqueletos de edificios que tenía delante indicaba que pocas cosas en la ciudad habían escapado de la carnicería.

—Puede que crea usted que esto es el Hudson —me dijo Tokyo a gritos, para hacerse oír con el viento, mientras señalaba la extensión de hielo que estábamos cruzando—. Pero no lo es. Es el puto Volga.

—¿Estamos en Rusia? —pregunté.

—Sí. En el invierno del 42, una ciudad enorme en ruinas...

—¿Stalingrado? —aventuré.

—Sabe usted de historia, señor Greenberg —repuso—. Según Kris, hasta la fecha fue la peor batalla que se había librado nunca. ¿Sabe cuál era la esperanza de vida media de un soldado ruso al que mandaban al frente? Veinticuatro horas.

—Es probable que tenga razón, hubo dos millones de víctimas —recordé—. Nosotros ¿quiénes somos? ¿Los alemanes o los rusos?

—Los alemanes, por desgracia: estamos completamente rodeados —afirmó—. El agua es lo único que nos separa de los orcos; igual que el sexto ejército alemán, no tenemos ninguna posibilidad de reabastecernos, recibir refuerzos o escapar. Lo único que podemos hacer es frenarlos.

¿Los orcos? ¿A quiénes —o a qué— se refería?, me pregunté. Sin embargo, no dije nada: supuestamente había sido uno de los que resistían en Diego García, así que debería conocer la respuesta.

—¿Cuál es el panorama en otras ciudades? —le pregunté.

—Londres era el último baluarte del que teníamos conocimiento —contestó—. Sídney y Río habían estado luchando con garra, pero hace

meses que no sabemos nada de ellos. Imaginamos que todos han caído. —Esbozó una sonrisa irónica—. Este debe de ser el último bastión.

Miré hacia otro lado: estaba diciendo que Europa, Australasia, Sudamérica, el mundo entero... ¿había ido a la guerra?

Casi estábamos en Manhattan y ante nosotros vi un embarcadero y cobertizos de barcos sobre los cuales había un letrero desvaído y lleno de metralla que lo identificaba como la base de Circle Line, una empresa de la que yo sabía que en su día ofrecía excursiones en barco alrededor de la isla. Tokyo frenó el *snowcat* mientras nos dirigíamos hacia él, viéndose obligado a esquivar un cementerio de embarcaciones de recreo destrozadas y medio hundidas.

Miré más allá y, al norte, vi el enorme casco del *USS Intrepid*, un portaviones de la Segunda Guerra Mundial que había sobrevivido a cinco ataques de kamikazes japoneses antes de convertirse en un museo flotante. Ahora había sido víctima del que fuese el conflicto actual: apenas se mantenía a flote, se escoraba pronunciadamente a babor, su superestructura se hallaba recubierta de óxido y la artillería la había acribillado.

Amarradas detrás, protegidas por los enormes muelles que utilizaban los cruceros hacía años, se distinguía la parte superior de otras siete embarcaciones. Sorprendido, me volví hacia Tokyo.

—¿Submarinos? —pregunté—. Veo la parte superior de las velas. Cinco embarcaciones de ataque rápidas, al menos dos de misiles balísticos...

—Sí —confirmó—. Su dotación probablemente fuese la que se hallaba más a salvo del mundo: ¿cómo podían inhalar las esporas si estaban a casi doscientos metros por debajo de la superficie? Solo una mañana llegaron cinco submarinos en un convoy. Hay diez más anclados en el East River...

Se volvió y comenzó a dar órdenes a voz en grito a los que estaban en la costa para que abriesen las puertas de uno de los cobertizos de barcos de la Circle Line.

Estaba procesando una avalancha de información, pugnando para que no me enterrase vivo: había unas esporas, un conflicto internacional y los orcos se hallaban a las puertas de Stalingrado, el único puesto de avanzada que continuaba resistiendo...

Entonces caí, y el golpe fue demoledor: ¿qué había sido de Maryland? ¿Cómo iban a haber sobrevivido esas casas unifamiliares y esas calles arboladas? ¿Dónde estaba Rebecca? ¿Había dado a luz a los gemelos? ¿Seguía viva mi familia?

Presa del pánico, miré a mi alrededor, desesperado por saber cosas, lo que fuera, pero incapaz de preguntar. Tenía que ir a Maryland como fuese, pero, como me di cuenta más tarde, no estaba pensando

racionalmente: habían pasado veinticuatro años. La guerra habría cambiado lo que había existido en su día, y las posibilidades de supervivencia eran ínfimas.

23

El *snowcat* entró en el cobertizo. Momentos después, cuando unas enormes puertas se cerraron detrás de nosotros —separándonos del río —, una hilera de luces se encendió en el techo.

Su luz me permitió ver a unos perros que esperaban: una docena o más se acercaron, meneando el rabo, contentos, mientras las motonieves y las motos de agua se dirigían hacia un embarcadero de hormigón.

Bajé y miré el lugar. El espacio, amplio y lleno de sombras, se hallaba cubierto —a unos doce metros— por un tejado de hormigón y acero reforzados.

Trabajando en equipos, alrededor de ochenta personas revisaban motonieves, patinetes de nieve e incluso un aerodeslizador del ejército. Los mecánicos, rodeados por el resplandor de soldadores de arco, vestían monos sucios y todos ellos —hombres y mujeres— iban rapados, lo que hacía que pareciesen prisioneros. En cierto modo — atrapados en Manhattan—, supongo que lo eran. Todo el mundo me miraba.

—Ha captado su atención: hace años que no tenemos ninguna visita —aclaró MartinLuther, que vino a mi lado cargando con un saco abultado.

Los perros, casi todos pastores alemanes, beagles y perdigueros blancos y negros, se acercaron más todavía.

—Se ve que le gustan los perros —comenté centrándome en los animales. Tal vez parezca ridículo, pero me conmovió profundamente ese resto de normalidad en medio de la locura.

—Aquí nos gustan a todos —contestó MartinLuther—. Sin ellos no sobreviviríamos. —Abrió el saco, cogió un montón de cuencos y empezó a repartir comida—. Los perros nos avisan —explicó—. Por el día los orcos nos atacan con artillería, misiles y drones, así que utilizamos el metro y los túneles del alcantarillado. Pero por la noche llegan los grupos de asalto. Para eso están las motonieves y las motos: desde que se pone el sol intentamos patrullar la isla. La mala noticia es que los orcos a menudo también se meten en los túneles.

Cogí unos cuantos cuencos y me puse a llenarlos y dárselos a los animales.

—De no ser por los perros, nos sorprenderían —continuó—. La mayoría sigue el rastro por el suelo, pero los pastores alemanes

rastrean por el rastro en el aire. Es una gran ventaja: pueden oler a un orco a cientos de metros de distancia. Sin ellos no sobreviviríamos en los túneles. —Dejó en el suelo el último cuenco y cerró el saco.

Los perros fueron hasta unas mantas amontonadas, pero MartinLuther retuvo a uno, una hembra joven llamada Ella, pequeña para su edad y con unos ojos vivos y una forma de ladear la cabeza que hacía que diera la impresión de que cuestionaba todo cuanto veía.

—¿Y ahora qué?

—Iremos al centro a ver a Kristofferson. Tenemos que llegar al primer túnel, y la única manera de hacerlo es por Sniper Alley. No podemos correr el riesgo hasta que haya oscurecido, así que... saldremos dentro de unos minutos.

Miré de nuevo el caos circundante. Seguía preocupado por Rebecca, pero la realidad se estaba imponiendo: Maryland se hallaba a cuatrocientos kilómetros de distancia, y desplazarse por esta zona de guerra ya parecía muy distinto de cualquier cosa que yo hubiese hecho en mi vida anterior. Si quería dar con la forma de hacerlo, necesitaba información.

—¿Es usted de la costa este, Martin?

El hombre apartó el morro de la perra del saco con suavidad: entre la munición y las lanzas, Ella trataba de birlar una caja de raciones militares.

—Philly, pero me fui a Atlantic City cuando tenía veinte años: un hombre con contactos al que conocía me ofreció una oportunidad de negocio. —Sonreí.

—¿Sí? Suena sospechoso —observé.

—Eso pensó el FBI. —Se rio—. Le pincharon el teléfono durante más de un año, hicieron una redada en su casa y lo arrestaron. Esa misma noche, antes, me fueron a buscar a una contaduría suya que llevaba yo y me encerraron en el sótano mientras contaban y metían en bolsas el dinero. Sucedió en la Noche del Diablo, así que no vi las esporas. —Se rio otra vez—. Le debo la vida a la policía; ¿cuántos tíos negros pueden decir eso?

—¿Ha vuelto alguna vez a Philly o a Atlantic City? —quise saber.

Me miró con recelo.

—¿Qué? ¿Cómo iba a poder hacerlo? ¿Cómo podría hacerlo alguien? Hay formas más fáciles de suicidarse.

—¿Pasó lo mismo a lo largo de toda la costa? —insistí.

—Pasó lo mismo en todas partes —me contestó.

—Yo tenía familia en Maryland —aclaré.

Se encogió de hombros.

—Todos teníamos familia en alguna parte.

Oí que detrás de mí alguien introducía un cargador y acto seguido amartillaba un fusil. Me volví y vi que era Tokyo, que estaba a punto

de dirigirse a su sección, allí reunida.

—Bien. Todo el mundo preparado —ordenó—. Treinta segundos. Mirando arriba por si hay drones, todos.

MartinLuther le puso una correa a Ella y me lanzó un fusil de combate. Lo cogí y me estremecí de dolor. Por lo menos estaba recuperando algo de movimiento en mi herido hombro izquierdo.

—¿Sabe usarlo? —me preguntó.

—Aprenderé —contesté.

24

En otro tiempo, en otro mundo, Sniper Alley —«callejón del francotirador»— se llamaba Calle 42. Nos pusimos a cubierto, agachados junto a un montón de escombros de un rascacielos que se había derrumbado, y los veinte que éramos miramos al otro lado, a la Avenida 12: en el asfalto había enormes cráteres y vehículos herrumbrosos amontonados que la nieve que caía cubría parcialmente.

—Salimos a la de cinco… —decidió Tokyo.

MartinLuther soltó la correa un poco, dando a Ella más espacio para que pudiera correr.

—Sígame —me dijo—. Sé dónde están los portales y los huecos. Utilizan drones con armas por control remoto del calibre cincuenta. Los rotores suenan como una batidora: cuando los oiga, tendrá dos segundos. Cuando yo me ponga a cubierto, usted se pone a cubierto.

—Cuatro —anunció Tokyo.

—Hasta la terminal de la autoridad portuaria hay mil cien metros —prosiguió MartinLuther—. Son cinco minutos corriendo: en la terminal hay media docena de túneles del metro aún viables; el resto se ha desplomado. Empezaremos corriendo hacia la izquierda, pero la terminal está a la derecha…

—Tres segundos.

—Una vez en marcha, si alguien resulta herido, no se detenga para ayudarlo. Ellos no lo harán por usted. Todos sabemos cuáles son las reglas.

—Dos.

—Hay escombros por toda la ruta, es fácil caerse en la oscuridad. Tiene una linterna en el casco. Enciéndala…

Me volví hacia él para objetar:

—El operador del dron la verá.

—Da lo mismo: tienen visión térmica. Es más importante seguir de pie y corriendo. Puede que esta noche no vuelen, o puede que la nieve nos ayude.

—Uno.

Encendí la linterna, igual que todos los demás, comprobé que tenía el fusil amartillado y, sin que nadie me viese, le quité el seguro. Correr a toda velocidad era buena idea, pero no estaba dispuesto a jugármela.

—¡Adelante! —exclamó Tokyo.

25

Contrariamente a lo que esperaba MartinLuther, esa noche los drones volaban. La sección se había desplegado cuando Tokyo dio la orden, todo el mundo tomó una ruta distinta por las ruinas de la Calle 42, procurando correr de manera que no fuesen un blanco fácil.

Mientras veinte linternas danzaban en la oscuridad, yo seguía de cerca a MartinLuther. Con el corazón acelerado, dejamos atrás Lucky Strike —una bolera derruida—, pasamos por encima de los escombros y bajamos a la carrera entre cañones de ruinas. Ella, por su parte, estaba resuelta a ir por un camino distinto y obligó a MartinLuther a liberarla del arnés que llevaba.

Cuando la perra giró bruscamente —pequeñas luces led en el collar parpadeaban—, de pronto él se refugió en un portal a oscuras. Supuse que había oído las batidoras y, aunque yo solo iba unos metros por detrás, no me dio tiempo a seguirlo. Disponía de dos segundos —o eso me había dicho— antes de que se lanzara el ataque: me tiré de cabeza al suelo lleno de escombros.

El dron fue una falsa alarma, pero las puntiagudas piedras que me abrieron la frente no. Con la sangre corriéndome por la cara de un tajo largo, vi que MartinLuther salía de la oscuridad. Se fijó en el reguero de sangre y no le dio la menor importancia...

—Arriba, ¡muévase!

Cogí el fusil, me levanté y lo seguí. Gracias a que tuve que quitarme la sangre que se me metía en los ojos, me quedé rezagado cuando atravesamos lo que en su día había sido una gran plaza pública. Entre las ruinas de una serie de torres de oficinas, la plaza estaba llena de montículos de tierra interrumpidos por hectáreas de árboles astillados. Parecía Passchendaele en 1917.

Ella se asomó por la parte superior de un montón de tierra en el centro y bajó por un lateral medio corriendo, medio resbalando. Llegó a la calle esprintando y pasó entre MartinLuther y yo. Entonces la oí...

La batidora. MartinLuther y yo nos echamos al suelo y Ella —muy bien adiestrada— se tumbó de inmediato.

Miré entre mis brazos —que tenía alrededor de la cabeza, intentando protegérmela— y vi que el dron venía hacia nosotros, descendiendo en picado como un Stuka. Era una cosa negra y fea, con

un rotor a cada lado de su ala curva, multitud de antenas en la cabeza y una ametralladora acoplada en la parte de abajo.

A unos quince metros de altura, se niveló y se abrió. El sonido era ensordecedor, rebotaba en los edificios en ruinas, y las balas del calibre cincuenta y sus trazadoras rojas salieron despedidas hacia tres linternas que buscaban protección en una vieja iglesia.

El huracán de plomo y metal destrozó hormigón y ladrillo y debió de dar al menos a uno de los objetivos: el desgarrador grito de una mujer hendió la noche.

El dron perdió altitud y permaneció suspendido en el aire, el arma por control remoto giraba sobre su eje y, supuse, el operador —a kilómetros de distancia en Nueva Jersey— escudriñaba las pantallas de visión nocturna para dar con la posición exacta de los tres combatientes.

El dron se elevó bruscamente y abrió fuego de nuevo. Vi que una trazadora rebotaba en el muro de la iglesia y venía hacia nosotros, que estábamos a unos cuarenta metros en el otro lado de la calle...

Caí en la cuenta de que si una trazadora seguía esa trayectoria, lo mismo podían hacer otras.

—¡Abajo! —advertí, aunque MartinLuther y yo ya estábamos tendidos en el suelo.

Vi que la bala pasaba por encima de la cabeza de Ella, durante un instante creí que estaba a salvo, pero después la oí gritar. Se desplomó, retorciéndose; de una pata trasera le salía sangre: le había dado otra de las balas que había rebotado.

Gimiendo, el animal intentó llegar hasta donde estaba MartinLuther, arrastrando la pata, pero le dolía demasiado y estaba demasiado conmocionada para avanzar.

Vi que el dron se elevaba en el nocturno cielo y se alejaba, pero yo estaba seguro de que todavía no había acabado con nosotros. Tokyo, agazapado calle abajo y observando desde la entrada de la terminal de la autoridad portuaria, empezó a gritar:

—Déjala, Martin, ¡corre! Muévete, ahora.

MartinLuther se puso de pie y dio la impresión de que se disponía a esprintar hacia la terminal. Ella, gimiendo más aún, intentó levantarse y seguirlo, pero se cayó, sangraba profusamente. MartinLuther vaciló y al final se volvió y fue con Ella. Conque había que dejar a los heridos en el campo de batalla... Quizá solo se refiriese a los humanos.

Empecé a levantarme y estaba a punto de decir que yo cogería a Ella al ir hacia la terminal, pero las palabras no llegaron a salir de mi boca. Miré hacia arriba y vi el dron: había dado la vuelta en la oscuridad y enfilaba la calle detrás de MartinLuther, directo a su espalda. Le daría de lleno: un calibre cincuenta desde esa distancia lo partiría por la mitad.

Advertirlo no serviría de nada, así que apoyé una rodilla en el suelo, empuñé deprisa el fusil de asalto y agradecí a la Divina Providencia que la hubiese cargado y hubiese quitado el seguro.

Como he dicho, no soy el mejor tirador del mundo, pero con un arma buena y una mira por lo general respondo. Y, lo más importante, me habían enseñado a conservar la calma en situaciones extremas. No es el arma lo que lo salva a uno, sino el entrenamiento.

Vi que el cañón del arma del dron se movía para apuntar al blanco. Ahora MartinLuther corría a toda velocidad, de espaldas a mí. Ningún chaleco antibalas ni ningún blindaje del mundo serviría de nada contra un arma de ese calibre.

Puse el fusil en automático, cogí aire, acomodé bien la culata en mi hombro, me estabilicé y abrí fuego...

El retroceso del fusil era fuerte, pero estaba preparado para ello y lo compensé: los cartuchos desechados caían en cascada por un lateral mientras, con el ojo en la mira, yo seguía presionando el gatillo.

Una decena de balas arrancaron chispas anaranjadas al dar en el cañón de la ametralladora. El arma se estaba abriendo, pero la velocidad de los impactos a una distancia tan corta desequilibró el cañón. Debido a ello, la ráfaga de calibre cincuenta se desvió, destrozando el asfalto a escasos centímetros de MartinLuther cuando se lanzó sobre Ella para protegerla con su cuerpo.

La ametralladora seguía abriendo fuego, punteando el suelo en una línea que iba directa a mí y levantaba columnas de escombros. Mi única esperanza residía en continuar disparando. Vi que las antenas del dron se hacían pedazos y me abalancé hacia un lado cuando las balas acribillaron el suelo a poco más de medio metro a mi izquierda.

Sin sus sensores, el operador hizo girar el dron, intentando ajustar su puntería, lo cual lo dejó desprotegido. Me puse de pie rápidamente y, entre el polvo y las ruinas, descargué de nuevo. A menos de cincuenta metros, mis balas le acertaron en el vientre y después en uno de los rotores.

Esquirlas de metal salieron volando y la pala de pronto dejó de girar. El dron se inclinó hacia un lado, el rotor restante pugnaba por mantenerlo en el aire y las balas de la ametralladora describían arcos sin orden ni concierto mientras el dron viraba sin ningún control...

Los combatientes que se habían refugiado en la iglesia, al ver la oportunidad, habían cogido a su compañera herida y corrían hacia la terminal. Pusieron cuerpo a tierra mientras las descontroladas balas se incrustaban en las paredes a su alrededor. Uno de ellos lanzó un grito...

Por su parte, Tokyo se tiró hacia un lado cuando una ráfaga de trazadoras se aproximó a él. Las balas arrasaron lo que quedaba del letrero de cristal de la terminal, suspendido sobre su cabeza.

El dron —fuera de control— giró en espiral más deprisa, perdió altitud y se estrelló contra la fachada de una sucursal del banco Chase, explotando en una lluvia de metal y cartuchos sin disparar.

Yo me puse de pie, me eché al hombro el fusil, que estaba al rojo, y corrí con MartinLuther, que ya le había hecho un torniquete en la pata a Ella e intentaba cogerla en brazos, pero, dolorido y angustiado, el animal trataba de morderlo. Le cerré el morro con la mano y, juntos, la levantamos para que MartinLuther se la acomodara en el hombro.

—Perderá la pata —advertí cuando empezamos a correr—. En el mejor de los casos.

—Ya —contestó Martin—. Mientras viva, me da lo mismo. Le cambiaré el nombre.

—¿Cómo piensa llamarla? —le pregunté.

—Trípode —contestó.

A pesar de las circunstancias, me eché a reír.

—No debería haberlo hecho —dijo serio—. Me refiero a abrir fuego.

—No debería haber vuelto a por ella —repliqué.

—No lo habría hecho de haberse tratado de usted o de cualquier otro, pero un perro es distinto. —Después me miró—. Gracias —dijo.

No tuve tiempo de contestar: estábamos a la puerta de la terminal y Tokyo nos esperaba.

—¡¿Se puede saber en qué cojones estabais pensando vosotros dos?! —bramó—. Podrían haberos matado.

—Lo sé —admitió MartinLuther—. Ha sido un error, debería haberla dejado atrás. No volverá a suceder.

Tokyo se dirigió hacia mí.

—Menuda forma de disparar —comentó—. ¿Dónde ha aprendido a hacerlo?

Me encogí de hombros.

—De pequeño vivía en Florida. He estado rodeado de armas toda mi vida.

—De eso nada —repuso—. Hace falta algo más que vivir en Florida para enfrentarse a un cañón de cadena del calibre cincuenta y conservar la calma como lo ha hecho usted. ¿Me lo piensa contar?

No dije nada. El escepticismo y las preguntas podían esperar hasta que nos reuniéramos con Kristofferson.

Tokyo iba a insistir, pero uno de los miembros de la sección —un tipo de unos cuarenta años que hacía las veces de médico— lo interrumpió. Estaba atendiendo a la mujer a la que habían herido en la iglesia: le vendaba heridas de metralla en las piernas. Otro miembro del trío —un hombre de cincuenta y tantos años— intentaba introducir vendas en una herida causada por una bala que había rebotado y le había desgarrado el hombro.

—Marta ha perdido mucha sangre, Tokyo —advirtió—. Tenemos

que llevarlos a los dos a Bergdorf.

¿Bergdorf?, pensé. ¿Qué demonios era eso? Antes de que pudiera preguntar, Tokyo ya estaba diciendo:

—De acuerdo, pasaremos por allí antes de ir con Kristofferson. Preparaos.

La sección cogió las mochilas y las armas y comenzó a dar saltos en el sitio: fingían correr para comprobar si algo del equipo que llevaban hacía ruido. Satisfechos, se arrodillaron y empezaron a atarse trapos y jirones de tela en los zapatos para amortiguar el sonido.

Todos a excepción de MartinLuther, que estaba vaciando deprisa la mochila y repartiendo la comida, la munición y las lanzas extra entre el resto de nosotros. Comprendí por qué lo hacía y me arrodillé para ayudarlo.

En cuanto la mochila estuvo vacía, cogimos a Ella, la metimos dentro y se la colgamos a MartinLuther. A la perra no le gustó, lanzaba gañidos debido al dolor que sentía en la pata, pero no teníamos elección: era la única forma de transportarla mientras corríamos.

—Espera —pidió el médico—. Le pondré una inyección para sedarla.

—No —negó MartinLuther con brusquedad—. Tiene que estar alerta para oler el aire.

26

Ella estaba tranquila, más cómoda ahora, mientras miraba desde la mochila —solo asomaban la cabeza y las orejas—, pegando botes al tiempo que MartinLuther corría por el viejo túnel del metro.

Yo iba justo detrás, con el fusil listo y cargado con una mochila llena de munición y más de una decena de las misteriosas lanzas, escudriñando el hostil entorno en busca de un enemigo del que no sabía nada. Era un lugar espantoso: por las paredes ennegrecidas bajaba agua, donde antes estaba la vía había fango y basura en descomposición, de los inservibles conductos colgaban cables y se oía un constante correteo de ratas que se escabullían cuando nos aproximábamos. Alguien —la Resistencia, me figuré— había colocado bombillas peladas cada pocos cientos de metros para que los ayudaran a moverse por la carretera subterránea, y la diseminada luz, de un amarillo enfermizo, en vez de mitigar la sensación de claustrofobia y desesperanza, no hacía sino aumentarla.

Respiraba trabajosamente debido al esfuerzo, y el aire tenía un olor fétido y no se movía. Corríamos en grupos de dos o tres, desplegados por si nos atacaban, todo el mundo en silencio, con las armas en ristre y amartilladas, los ojos pendientes de los huecos y escudriñando la

oscuridad de numerosos túneles secundarios. Por lo que sabía, los orcos podían estar al acecho en cualquier parte, así que centré la atención en Ella; confiaba en sus sentidos más que en los de ninguno de nosotros. Solo esperaba que pudiese seguir haciendo su trabajo a pesar de la pata herida. El animal estaba laxo, con la cabeza apoyada en un lado, jadeando con fuerza. No resultaba muy tranquilizador.

—Joder.

Aunque susurrado, tanto MartinLuther como yo mismo oímos el taco, y ambos supimos que era Tokyo, que encabezaba la sección. Se había detenido en el centro del túnel e, instantes después, cuando llegamos, vimos el motivo: la vía bajaba por una pendiente y a continuación subía por una pronunciada inclinación. La hondonada que se formaba tenía por lo menos tres metros de agua sucia: un gran estanque creado por una tubería pluvial que se había roto.

La solución evidente era cruzarlo a nado, pero con un agua que podía contener Dios sabía qué toxinas, las pesadas mochilas, las armas y los dos heridos, era imposible.

—Imagino que un proyectil habrá caído en las tuberías de drenaje —razonó Tokyo.

—O han inundado el túnel —sugerí yo—. Para obligarnos a seguir por otro camino y tendernos una emboscada.

Tokyo me miró, sopesando mis palabras.

—Es posible, pero hay que ir a Bergdorf si queremos que tengan una oportunidad —adujo señalando a los heridos.

—¿Podemos retroceder e ir por la superficie? —inquirí.

—No —afirmó—. Por la noche todas las rutas son como la Calle 42. —Volvió la cabeza y llamó a un miembro de la sección—. Quaalude.

Un tipo alto y desgarbado, que rozaría la treintena —tenía barba y un aire despreocupado, esbozaba una sonrisa burlona y le faltaba un ojo—, avanzó.

—Mapas —ordenó Tokyo.

Quaalude sacó de la mochila unos viejos planos en papel: diagramas detallados del metro, el alcantarillado y los túneles de mantenimiento procedentes del ayuntamiento.

—Busca el camino alternativo más corto —pidió Tokyo—. Cupcake.

Una mujer sumamente musculosa —con camiseta caqui, chaleco antibalas y zapatillas altas— habló desde la parte de atrás:

—Di, jefe.

—En cuanto tengamos la ruta, vuelve a la autoridad portuaria, sube y llama a mi hermana. No sé dónde está exactamente, pero sí que está en el centro, en algún sitio. Dile cuál es el túnel por el que vamos a ir y pídele que acceda a él. Si caemos en una emboscada, necesitaremos ayuda.

Cupcake asintió y se sacó de la mochila un maltrecho *walkie-talkie*

para comprobar la batería.

—¿No se puede llamar desde aquí? —pregunté.

—Estamos a demasiada profundidad. Es imposible comunicarse entre túneles —aclaró Tokyo.

—Listo —anunció Quaalude mientras extendía el plano en el suelo. Le enseñó a su jefe una ruta que discurría por un estrecho túnel secundario.

Miré y vi un código alfanumérico en el túnel.

—¿Qué significa XR-236?

—Saneamiento —contestó Quaalude.

27

El túnel era oscuro, estaba medio derruido y resultaba difícil de sortear, pero nada de eso era tan malo como el olor. Nos habíamos adentrado únicamente cuarenta o cincuenta metros, avanzábamos por un barrizal de aguas residuales en las que era mejor no pensar, cuando, a la vuelta de un recodo, sentimos la bofetada: un hedor tan nauseabundo y fétido que nos vimos obligados a parar para taparnos la boca y la nariz con un pañuelo.

MartinLuther intentó tomárselo a risa.

—Y vosotros pensáis que huele mal. En la nariz tenemos cuatrocientos receptores del olfato. Un pastor alemán tiene doscientos *millones*.

—¿Será capaz de percibir a los orcos con esta peste?

—Lo dudo —reconoció—. Probablemente se vea abrumada. ¿Quién no lo estaría?

—¿Cree que por eso nos han obligado a venir por aquí?

Se encogió de hombros.

—Puede; saben lo buenos que son los perros.

—¿Qué hacemos?

—¿Qué podemos hacer? Como ha dicho Tokyo, no podemos volver atrás. O llegamos a Bergdorf o adiós muy buenas. —Sonrió—. Bienvenido al infierno, señor Greenberg.

Con el pañuelo puesto, continuamos adentrándonos en el mundo subterráneo hasta que el explorador que iba en cabeza encendió una linterna y la sostuvo en alto para que el resto pudiésemos ver que el camino estaba bloqueado en parte. Con la mortecina luz vimos un tren comido por el óxido que habían abandonado en la vía.

Unas letras desvaídas en la parte frontal de la locomotora la identificaban como Work Diesel 52, y me di cuenta de que en su día formaba parte del sistema de saneamiento del metro. Tras ella había multitud de contenedores de basura en vagones plataforma llenos de

cientos de bolsas de basura negras putrefactas que las ratas habían despedazado. El contenido en parte era líquido ya, irreconocible gracias al paso de los años, pero el insoportable hedor persistía.

Más allá de la última plataforma vi que el túnel se ensanchaba y se ramificaba, y recordé por el plano que después teníamos que tomar una de esas ramas. Para llegar hasta allí no nos quedaría más remedio que dividirnos en dos columnas y, en fila india, ir por ambos lados del tren, en el angosto espacio que había entre este y la pared de ladrillo.

Un escalofrío me subió por la espalda: si fuese a tender una emboscada, pensé, lo haría cuando estuviésemos atrapados junto a las plataformas. Si nos atacaban, no podríamos avanzar, y retroceder dado lo estrecho del paso sería casi imposible. Pero, si era así, ¿dónde estaba el enemigo? Miré todo el túnel y no vi nada.

El silencio aumentó mientras nuestros pasos amortiguados nos llevaban por las aguas residuales. Una ligera brisa entró en la oscuridad y levantó el plástico roto de los contenedores. Lentamente la sección se dividió en dos cuando llegamos a la locomotora 52. Lo único que se oía era el goteo de agua...

Levanté el fusil y apunté con él a un hueco profundo. Sentí otro escalofrío —una premonición—, algo malo estaba a punto de pasar, y escudriñé la oscuridad: allí no había nada. Di un paso más...

Reparé en la mochila de MartinLuther. Ella jadeaba, a todas luces dolorida. Alzó la cabeza y me dirigió una mirada suplicante. Acto seguido sus ojos cobraron vida, levantó el morro y olisqueó, arrugó el belfo y gruñó...

—¡Al suelo! —exclamé, y de repente una pavorosa epifanía me hizo saber dónde se habían escondido los orcos. Un segundo después abrí fuego contra las bolsas de basura medio rotas que llenaban los contenedores.

Mientras el resto de la sección se lanzaba al barrizal o se ponía a cubierto cerca de la locomotora, yo seguí disparando ráfagas cortas a los tres primeros vagones plataforma. A lo largo del tren las bolsas negras se movían, alguien las apartaba...

Salieron multitud de enemigos, que disparaban armas automáticas largas. Clavé la vista en ellos y la conmoción casi me impidió seguir apretando el gatillo. Continué disparando como pude, sin entender muy bien lo que estaba viendo: los combatientes tenían la piel blanquecina, pero nada de pelo, y en los pocos que iban descamisados llamaba la atención una cresta de piel gruesa y endurecida que les recorría la columna. Los ojos, verdes con vetas doradas, no reflejaban miedo o emoción; parecían seres humanos despojados de su humanidad.

—Orcos —farfullé, y tragué saliva mientras respiraba entrecortadamente...

—Exacto —confirmó MartinLuther—. ¿Ustedes los llamaban así? En algunos sitios los llamaban «crestados» y de otras formas. Aunque da lo mismo: todos son unos hijos de puta.

Seguí disparando. Les di a los cuatro que estaban más cerca de mí —sé que les di—, y aunque el impacto hizo que se tambalearan hacia atrás y los hirió, no los mató. Daba la impresión de que no sentían dolor ni sufrían el daño que yo esperaba —su piel pálida parecía actuar como una especie de armadura— y su agresividad descontrolada los obligaba a recuperarse y continuar avanzando. Estaba aterrorizado, en todos los sentidos.

Casi no oí que, a mi lado, las armas lanzaron una lluvia de proyectiles al enemigo y lo hicieron retroceder. Y menos mal que fue así: aunque seguía apretando el gatillo, con lo desconcertado que estaba, me había quedado sin munición sin darme cuenta. Agazapado junto a Martin —protegidos en parte por el enorme cuerpo de acero de la locomotora—, estaba introduciendo otro cargador cuando vi que él apuntaba con cuidado, con el ojo aplicado a la mira.

Un orco enorme con una cicatriz irregular que le fruncía un lado de la cabeza avanzaba deprisa, acribillado de balas pero todavía capaz de levantar un lanzagranadas. A esa distancia, aunque nos habíamos agachado, estábamos perdidos…

Alcé la cabeza y disparé —sirvió de poco—, me confundía el hecho de que Martin no disparase también para ayudarme a detenerlo.

—¡Dispara, maldita sea! —grité frustrado.

Sin hacerme el menor caso, él continuó ajustando la puntería, agazapándose más, como si intentase encontrar el ángulo adecuado.

El orco se hallaba a escasos metros y vi que sus ojos se clavaban en mí. Estaba bajando el arma cuando vi que Martin presionaba un botón en el lateral de su fusil.

La lanza, activada por un pulso electromagnético e impelida por una carga explosiva situada en el asta, se liberó del soporte bajo el fusil. Salió despedida como un arpón, rápida como el rayo, directa al orco.

La distancia era tan corta que al enemigo no le dio tiempo a moverse. La punta, de bordes anchos, le dio justo debajo del lóbulo de la oreja izquierda con una trayectoria marcadamente ascendente, le atravesó la carne y el hueso, le cortó un vaso sanguíneo e hizo que manara un chorro de fluido arterial…

Después debió de acertarle en un centro nervioso importante, porque la criatura se llevó las manos a la garganta e hizo una pirueta. Dio la impresión de que empequeñecía cuando las piernas le fallaron y lo hicieron caer al montón de basura.

—¡Blanco! —gritó MartinLuther con aire triunfal pero enfadado. Otros integrantes de la sección vitorearon con desigual entusiasmo mientras él se volvía hacia mí—. Lanza —ordenó.

Sin dejar de disparar —ráfagas cortas a los contenedores de basura, sin molestarme mucho en apuntar—, metí la mano en la mochila, cogí una lanza y se la pasé.

—Lo estás haciendo bien, sigue haciéndolos retroceder. —Dio por sentado que yo sabía lo que hacía—. Estaríamos muertos si no nos hubieses avisado. Son unos jodidos listillos, ¿eh? Peores que los traficantes de drogas. —Soltó una risotada.

Fui describiendo arcos cortos con el cañón del fusil y vi que otra puntiaguda lanza salía disparada de un fusil en el otro lado de la locomotora. Un orco que cargaba desde un montón alto de bolsas de basura cayó.

—¡Blanco! —gritó una voz que reconocí: era la de Tokyo.

Se oyeron nuevos vítores, pero, mientras cargaba otra vez el fusil, no podía apartar los ojos de los contenedores: cada vez salían más orcos. No teníamos nada que hacer. Eran demasiados...

MartinLuther había introducido otra lanza y estaba concentrado en la mira, acuclillado bajo, ajustando el ángulo del cañón.

Agachado para evitar las ráfagas de fuego enemigo, miré mi propio fusil y vi un soporte bajo el cañón y el pequeño botón junto al gatillo justo cuando MartinLuther disparó.

—¡Blanco! —exclamó un segundo después.

Saqué en el acto dos lanzas de la mochila, le tiré una a él y coloqué la otra en mi arma. Levanté la cabeza, vi que pasaban volando trazadoras rojas, observé por la mira y apunté a un orco tremendamente musculado. Le faltaban tres dedos en una mano y con la otra disparaba una escopeta del calibre doce.

Fijé el retículo en un punto justo debajo del lóbulo de la oreja izquierda, calculé a ojo el ángulo, modifiqué mi postura y presioné el botón. La lanza salió despedida del soporte. Un rayo plateado dejó la protección de la locomotora, pasó rozando varias plataformas y acertó al orco debajo del lóbulo, cerca de la mandíbula. La criatura soltó el arma, giró sobre su eje, pero —con media cara destrozada, monstruosa — no cayó. Jadeando, recuperó el arma y continuó tambaleándose; cada vez estaba más cerca, e iba a abrir fuego cuando otra lanza le dio debajo de la otra oreja. La cabeza pegó una violenta sacudida y el orco soltó la escopeta. Había muerto antes de desplomarse.

—¡Blanco! —anunció MartinLuther mientras se ponía de nuevo a cubierto y buscaba otra lanza para cargarla—. El ángulo debe ser más agudo —informó—. Tienes que acertarles cerca de los sesenta y dos grados. Sesenta y dos, ¡el número mágico! Es la única forma de atravesar la armadura, su punto vulnerable: la piel es más fina para permitir el movimiento de la cabeza y el hueso no es lo bastante fuerte para protegerlos. La única gran cagada de la puta evolución, gracias a Dios... —Cargó de nuevo, dejó que pasara una ráfaga, levantó la

cabeza y apuntó a una orco—. Se puede hacer con una bala, pero hemos aprendido que el tamaño y la envergadura de la lanza son mucho más eficientes —contó mientras se ponía de rodillas y vigilaba con cuidado—. La velocidad más baja ayuda: la munición moderna es tan potente que la bala puede entrar y salir. Un orificio de salida grande es bonito, pero hace falta algo que se cargue la placa base. Por desgracia, solo funciona si la distancia es corta...

Abrió fuego cuando varias balas disparadas por orcos rebotaron en la locomotora. Hice caso omiso de ellas mientras observaba, concentrado y resuelto. La lanza se hundió en el cuello de la orco, sus ojos se inundaron de sangre en el acto, y no me hizo falta que los espumarajos salpicados de sangre de la boca me dijesen que había muerto. Justo antes de que cayera al suelo, intenté ir más despacio: me concentré en el ángulo exacto en el que había entrado la lanza, procurando memorizarlo.

La mujer cayó al montón de basura y yo cogí otra lanza, la cargué y levanté la vista. Ahora los orcos llegaban en una oleada más organizada, pisando a sus propios muertos, por una decena de sitios. Me recordó a algo que había leído: durante la primera fase de la guerra ruso-ucraniana, lanzaban a la violenta línea de contacto a convictos rusos, que utilizaban a sus compañeros muertos de escalón.

Disparé de nuevo y vi que la lanza se hundía en el cuello de un joven combatiente, desnudo de cintura para arriba, la blanca piel reluciente de sudor. Se tambaleó, cayó de rodillas y yo pensé que había acertado con el ángulo. Pero no...

Consiguió ponerse en pie y echó mano del fusil. Era como un virus: no estaba vivo, pero desde luego muerto tampoco. Cuando levantó el arma, cargué otra lanza. Con la primera aún clavada en el cuello, aplicó el ojo a la mira mientras yo apuntaba al otro lado de su cara. Su dedo se disponía a apretar el gatillo al mismo tiempo que yo modificaba la postura y el ángulo de la lanza, intentando calcular el mágico sesenta y dos. Pulsé el botón justo cuando él disparaba...

Me lancé hacia un lado, aterricé junto a las ruedas de acero de la locomotora para evitar su ráfaga y alcé la vista. Mi segunda lanza iba recta y nivelada. El orco la vio y levantó una mano para proteger el punto de entrada vulnerable. La lanza le atravesó la palma, clavándole la mano a la mandíbula, y siguió su trayectoria ininterrumpidamente.

Los ojos se le inundaron de sangre, y entonces lo supe.

—¡Blanco! —exclamé.

El mágico sesenta y dos. Cogí dos lanzas más. Al hacerlo, vi que Tokyo, al que mi éxito despertaba curiosidad, me miraba desde el otro lado de la locomotora: no era fácil acertar con el ángulo, y menos para un científico, aunque hubiese crecido en Florida.

No tenía tiempo para pararme a pensar en ello: le tiré una de las

lanzas a MartinLuther y vi la cantidad de orcos que seguían atacando y las pocas lanzas que nos quedaban. Nos iban a sobrepasar.

—¡Tenemos que retirarnos! —grité a MartinLuther, e introduje otra lanza.

—Si lo hacemos, estamos muertos.

—Si no lo hacemos, también.

—Resistiremos o caeremos aquí. —Asomó la cabeza y disparó de nuevo.

—Esto no es el infierno —corregí con tono sombrío mientras me disponía a apuntar—. Es la puta Rorke's Drift.

—¡Blanco! —chilló mientras cogía otra lanza—. ¿Qué coño es eso?

Apunté, apreté el botón y esperé un instante.

—¡Blanco! —aseguré—. Ciento cincuenta casacas rojas británicos se enfrentaron a cuatro mil guerreros zulúes en una estación misionera junto al río Buffalo.

Ambos cargamos otra vez mientras más lanzas atravesaban el humo que teníamos delante.

—¿Qué pasó? —quiso saber.

—La batalla duró toda la noche. Al amanecer, los casacas rojas habían disparado veinte mil balas y solo les quedaban novecientas. Los actos de valentía fueron legendarios.

Martin y yo gritamos a la vez «blanco» y cargamos. Vi que solo teníamos cuatro lanzas.

—Se concedieron once cruces Victoria —conté—. La mayor cantidad otorgada a un único regimiento en un único combate. A las siete de la mañana los zulúes se rindieron y se retiraron...

—Entonces ¿a qué coño viene tanta queja? —señaló MartinLuther—. Eso demuestra que se puede hacer.

Los dos levantamos la cabeza, abandonando la protección que nos brindaba la locomotora; más balas rebotaron a mi lado y disparé.

—¡Blanco! —grité, y esperé a que MartinLuther hiciese otro tanto. Como guardaba silencio, me volví...

Se había desplomado contra la locomotora, hacia atrás, sangraba de una herida en el pecho: una bala le había atravesado el chaleco y, si seguía vivo, era solo gracias a esa protección. Con todo, daba la impresión de estar herido de gravedad.

—Puede que tuvieras razón —admitió intentando sonreír, mientras respiraba entrecortadamente—. Deberíamos habernos retirado.

Negué con la cabeza, quería vendarle la herida, pero no podía pasar por alto a los orcos que avanzaban.

—Tú solo... estás perdido —afirmó—. Métete debajo de la locomotora y ve con la otra columna.

—De eso nada —negué—. Tú te vienes conmigo. —Cargué otra lanza, apunté al orco que tenía más cerca, ajusté el ángulo, disparé y

vi que los ojos se le llenaban de sangre mientras caía. No me molesté en gritar «blanco», no había tiempo. Volví la cabeza.

—Tú no puedes llevarme —adujo Martin—. Y yo solo no podré ir. —Sentía dolor, trataba de quitarse el chaleco antibalas—. Nos van a sobrepasar. Vete.

Hice un gesto negativo y cargué otra vez.

—¡Lárgate! —repitió con apremio—. Hazme un favor… coge a Ella, ¿quieres? Asegúrate de darle cariño, ¿vale?

La perra me miró, y juro por Dios que negó con la cabeza.

Fui a asomarme para apuntar y disparar, pero una ráfaga de balas me lo impidió. Los orcos se estaban acercando.

—Esto no es Rorke's lo que sea —afirmó Martin—. Los casacas rojas no van a ganar. Hoy no.

Sin hacerle caso, esperé a que el fuego enemigo cesara.

—Por favor, llévatela. Vete —insistió.

Yo estaba levantando la cabeza otra vez para disparar cuando Tokyo gritó desde el otro lado del tren:

—¡Atrás! ¡Retirada!

—Ya lo has oído —dijo Martin—. ¡Lárgate de una puta vez! —Empezó a quitarse la mochila en la que había acomodado a Ella, dispuesto a dármela.

Le aparté las manos y lo cogí por debajo de los brazos para intentar arrastrarlo cuando se oyó una explosión ensordecedora, amplificada por el reducido espacio, que sacudió las paredes y lanzó al aire una ola de basura.

Asomé la cabeza y vi que los dos orcos que tenía más cerca, a uno de los cuales ahora le faltaba una pierna, salían despedidos del contenedor más próximo, se estrellaban contra la pared con un crujido mortífero y caían al suelo.

—¿Una granada? —dije a MartinLuther—. ¿Quién está disparando granadas?

No tuvo tiempo de contestarme: se produjo otra explosión, y otra, que se tornaron una síncopa de estampidos sónicos que aniquilaron los contenedores y a sus ocupantes.

—¡Vienen de detrás de los orcos! —constaté mientras miraba la caverna llena de humo y escombros; las rápidas explosiones reducían la visibilidad al mínimo.

A pesar del dolor que sentía, Martin se rio con aire de triunfo.

—¿Granadas? Es ella —afirmó—. Seguro.

—¿Quién? —pregunté volviéndome hacia él.

—La hermana de Tokyo —repuso—. Son la única unidad que tiene un lanzagranadas.

El número de explosiones disminuyó y miré de nuevo las destrozadas plataformas. En todas ellas había orcos muertos y

después, iluminada por bolsas de basura en llamas, saliendo entre nubes de humo a la deriva, una mujer de veintipocos años caminó hacia nosotros.

Llevaba pantalones de camuflaje, botas militares, una camiseta desgarrada y una canana de munición pesada atravesada en el pecho, era rubia y de ojos claros, la mugre y el sudor del combate casi ocultaban sus pómulos altos y una frente cortada en dos por una cicatriz larga que le había fruncido el cuero cabelludo.

Mientras iba hacia Tokyo, el resto de su unidad apareció, dos de sus integrantes cargaban con un baqueteado lanzagranadas MK47 Striker y su munición. No era de extrañar que hubiesen diezmado a los orcos: el Striker era un arma letal, capaz de descargar casi doscientas cincuenta granadas por minuto.

Paré de mirarlos y me agaché junto a MartinLuther; me disponía a dejar la herida al descubierto y a ocuparme del protocolo de intervención. Levanté la cabeza y vi que la mujer y Tokyo se abrazaban.

—Gracias —dijo Tokyo estrechándola con fuerza—. Unos minutos más y... —Dejó la frase sin terminar y yo fui consciente de lo asustado que había estado y de lo joven que era.

Me centré de nuevo en Martin, le cogí la camiseta negra y la rasgué desde el ombligo hasta el cuello. Vi que tenía un orificio en el pecho y, claramente, varias costillas rotas. De no haber sido por el chaleco antibalas...

—Hemos venido en cuanto nos ha llamado Cupcake —oí que decía la mujer—. ¿Cuántos han caído de los vuestros?

—Cuatro —contestó Tokyo—. Nada serio...

—Pues aquí sí lo es, ¡y mucho! —exclamé—. ¡Necesitamos un médico! ¡Ya!

El médico cogió su mochila y corrió hacia nosotros. La mujer centró la atención en mí. Al mirarnos, tuve una sensación de lo más extraña, como si nos conociésemos.

28

El momento pasó casi inmediatamente. Al saber que MartinLuther estaba herido, Tokyo y la joven salvaron el enganche que unía la locomotora con la primera plataforma y se acuclillaron a mi lado...

—¡QuikClot! —pedí a gritos al médico, que abrió la mochila, sacó un paquete y, para ahorrar tiempo, me lo tiró desde donde estaba. No fue el mejor lanzamiento, pero la mujer consiguió estirarse y dar un pequeño salto para cogerlo.

Lo abrió y, con las manos trabajando al unísono, empezamos a

limpiar y vendar la herida. Al lado Tokyo, tras inclinarse sobre las piernas de MartinLuther, le estaba abriendo el pantalón vaquero al hombretón con la punta de una lanza: yo ni siquiera me había percatado de que también había recibido un balazo en la pierna.

Tokyo rasgó una tira de la camiseta negra para hacer un torniquete y comenzó a apretarlo con la lanza con destreza. Su hermana abrió otro paquete de vendas y me apartó las manos.

—Creo que tengo más experiencia en esto que usted —aseveró, y su tono no admitía réplica.

Era un trabajo delicado, intentar no tocar los huesos rotos, y tuve la certeza de que la mujer no se equivocaba: me pregunté si sería médica.

—No es tan malo como parece —tranquilizó a MartinLuther mientras pasaba por alto la dificultad con que respiraba.

Siguió conteniendo la hemorragia diestramente y vendó la herida mientras —sin que se diese cuenta— yo la veía trabajar: era valiente, a todas luces estaba acostumbrada a dar órdenes y tenía mucho talento, una líder de pies a cabeza.

Impresionado, pasé por alto su brusquedad y, cuando el médico llegó y se hizo cargo, sonreí y le ofrecí una cantimplora con agua. Ella me miró.

—Me habían dicho que teníamos visita —observó.

Asentí, sin rehuir su mirada.

—Cupcake ha dicho que venía usted de una isla en el océano Índico —continuó—. ¿Palmeras, arena dorada, mangos? —Señaló las plataformas llenas de basura y los cadáveres—. ¿Qué le parece? ¿Fue una buena decisión?

Sonrió y de nuevo tuve esa sensación como de *déjà vu*. Supe lo que era: me recordaba a alguien.

Le pasó la cantimplora a su hermano y extendió la mano.

—Me llaman Dior.

—¿Como la marca de ropa? —pregunté.

—Sí —confirmó mientras se señalaba la camiseta hecha jirones y la canana—. Lo llamamos «guerrilla *chic*». Estoy trabajando en un AK-47 nuevo para la colección de otoño.

—Danny Greenberg —me presenté, y le estreché la mano.

—Danny es científico —añadió Tokyo—. Pero creo que nos oculta algo.

—¿Ah, sí? —preguntó Dior.

—No —negué, deseoso de cambiar de tema—. Martin ha dicho que eran hermanos.

—Lo somos —dijo ella.

Miré a uno y a otro.

—¿Quién es el mayor?

—Yo —aseguró Dior.
—Por diez minutos —precisó Tokyo.
—¿Gemelos? —inquirí sorprendido—. No idénticos, claro.
—¡Gracias a Dios! —exclamaron al unísono.
Mientras sonreía, vi, detrás de ellos, que el médico se levantaba junto a MartinLuther y se quitaba los guantes desechables. Dior y Tokyo se volvieron para mirar.
—La bala sigue dentro —contó el médico—. Las costillas y el chaleco la han detenido. Dos centímetros más y le habría dado en el corazón. Organizaré un equipo para que lo lleve en camilla a Bergdorf...
Empezó a dar órdenes a voz en grito y MartinLuther —pálido por la pérdida de sangre, con el pecho y la pierna vendados— levantó la mano y me dedicó un saludo militar.
—Gracias, tío —dijo.
Me encogí de hombros, pero Dior y Tokyo nos miraron a ambos.
—¿Por qué? —quiso saber Dior.
—Me habían herido —aclaró MartinLuther señalándose el pecho—, y le he dicho que se fuera, pero se ha negado.
Dior y Tokyo, en silencio, me miraron con nuevos ojos. MartinLuther intentó sonreírme.
—Pregúntales a ellos —sugirió mientras apuntaba a los hermanos.
—¿Que les pregunte qué? —inquirí.
—Por Maryland —repuso—. Ellos nacieron allí.
—No es verdad —lo corrigió Dior—. Nacimos aquí, en la ciudad, pero nuestra familia era de Maryland.
—¿De dónde exactamente? —quise saber.
Ambos se encogieron de hombros.
—De no sé qué barrio —contó Dior—. Nuestra madre huyó la Noche del Diablo. Fue un viaje espantoso, por lo visto: estaba embarazada y sola, salvo por una amiga adolescente que la acompañaba, pero consiguió salir airosa. Nosotros no habíamos nacido aún, pero ella nos salvó.
—Extraordinario —afirmé—. ¿Estaba sola? Mataron a vuestro padre... —señalé a varios de los orcos muertos.
—Qué va —negó Tokyo—. Nuestro padre había muerto poco antes.
—Desapareció en el mar —puntualizó Dior.
De pronto casi no podía respirar, era como si tuviese un agujero en el pecho. Una mujer de Maryland..., embarazada de gemelos..., un padre que había desaparecido en el océano..., el mundo se tambaleaba. Traté de encontrar un lugar al que agarrarme, pero mi cabeza era un torbellino de emociones y posibilidades, así que permanecí inmóvil, anclado en el futuro, pero perdido en el pasado.
Dio la impresión de que el tiempo transcurría tan despacio que los

segundos parecieron minutos. Por suerte, Dior y Tokyo se habían retirado y estaban organizando a ambas unidades para marcharse. Los miré por detrás y me sentí no menos perdido: aunque fuese cierto y los gemelos fueran los hijos a los que solo había visto en una ecografía, ¿cómo les iba a explicar cuando estábamos en el fin del mundo, en un metro en ruinas de la ciudad de Nueva York, que yo venía del pasado? ¿Que un desconocido, apenas diez años mayor que ellos y que combatía a su lado, era el padre al que nunca habían conocido?

Intentaba dar con la manera de avanzar, formular una pregunta que no me hiciese parecer desquiciado, cuando caí en la cuenta de que los gemelos habían terminado su trabajo y me miraban.

—Está pálido —comentó Dior—. ¿Se encuentra bien?

—Sí, solo estoy cansado —aduje—. Y pensando en personas que murieron cuando eran muy jóvenes. —Entonces di con ella, con la manera de avanzar, me refiero—. Ha dicho que «desapareció en el mar»: ¿su padre era marino?

—Probablemente —repuso Tokyo.

—¿No están seguros? —inquirí.

—No —contestó, riendo, Dior—. Verá, nuestra madre, siempre tan romántica en ese sentido... Según ella, era espía. Y nuestro padre iba en un submarino que se hundió.

Tokyo se rio con ella y yo esbocé una sonrisa débil, haciendo lo posible por sumarme a ellos, pero al mirar a mi hijo y a mi hija y pensar en lo increíblemente bien que lo había hecho Rebecca salvándolos y criándolos, tuve que apartar la vista. Demasiadas emociones.

Reacio tan siquiera a intentar hablar, me agaché con Ella y, tras asegurarme de que estaba cómoda, me preparé para cargar con la mochila. Eso me dio el tiempo suficiente para recuperar el habla y plantear la siguiente pregunta, la que apenas tenía valor de formular.

—¿Y su madre? ¿También murió?

29

—¿Nuestra madre? —Tokyo sonrió—. Si la conociera, no preguntaría eso. Lo que sobre todo dice la gente de ella es que es «un hueso duro de roer». Está a unos *klicks* de distancia, en Bergdorf, probablemente volviendo loco a su equipo, como de costumbre.

¿Estaba viva? Respiré hondo. Tenía mi respuesta, pero no dije nada. No podía; me centré en colocarme la mochila en la que iba Ella, ganando un poco de tiempo para controlar la agitación que sentía.

Miré el túnel como si lo examinase, pero lo cierto era que no veía

nada de lo que me rodeaba. Tras unos instantes, y después de recuperar un tanto la compostura, me volví hacia los gemelos.

—¿Qué es Bergdorf? —pregunté.

—Unos grandes almacenes que había antes en la Quinta Avenida —explicó Dior—. El sótano es enorme, y seguro: hace mucho servía de refugio en caso de lluvia radiactiva, y ahora es nuestro hospital. Nuestra madre lo dirige desde hace años.

Lógico, con la experiencia que tenía Rebecca en urgencias. La recordé llegando a casa del MedStar —con el cuerpo entero debilitado de agotamiento— y yendo directa a la cama.

Y, me pregunté, ¿quién la estaría esperando allí ahora?

—¿Volvió a casarse vuestra madre? —pregunté en voz queda a los gemelos.

—¡Capitán! —gritó una voz que resonó en las paredes del túnel, y ni Tokyo ni Dior me oyeron. Era el médico, que señalaba a cuatro equipos de portadores de camillas que ya ocupaban los heridos—. Vamos a Bergdorf. Estoy listo.

Me alegré de que lo estuviese. Por lo que a mí respectaba, no estaba seguro de si yo —o Rebecca y los niños, ya puestos— nos hallábamos preparados para lo que se avecinaba.

30

El primer shock vino pocos instantes después de llegar al vasto espacio subterráneo de Bergdorf Goodman.

Sorprendentemente no se debió a ver a Rebecca, aunque —mientras corríamos por los túneles hacia el hospital del sótano— había pasado los treinta minutos previos preparándome para tal cosa.

Desplegados, habíamos dejado atrás el hedor del tren de saneamiento y, guiados por Quaalude y sus planos, avanzamos por un laberinto de pasadizos y angostos túneles de acceso sin toparnos con más orcos.

Ella, Dios la bendiga, no se quejó, aunque el movimiento de mis pies al golpear la irregular superficie debió de causarle dolor a menudo. Debido al esfuerzo que suponía cargar con ella, mantener el fusil listo y llevar en el pecho una pesada mochila con munición, comida y unas cuantas lanzas sobrantes, cuando quisimos salir a un túnel de metro ancho y bien iluminado yo estaba sin aliento.

Con Dior, Tokyo y yo —debido meramente al olfato de Ella— en la vanguardia, dimos la vuelta a una esquina y nos vimos frente al cañón de dos ametralladoras pesadas Browning, unas armas tan temibles que varias generaciones de soldados las habían apodado «Ma Deuce». Bien protegidas por emplazamientos de hormigón, vi que funcionaban por

control remoto, supervisadas por un sinfín de cámaras y sensores.

Tokyo se detuvo para que a una cámara de reconocimiento facial le diese tiempo a hacer su trabajo.

—Al sótano se accede tan solo por cuatro túneles —me informó mientras esperábamos—. Todos están protegidos igual que este: los orcos no han conseguido entrar en veinte años.

—¿Y se puede lograr con tan solo dos Browning? —inquirí—. Cualquiera diría que…

—Un momento —pidió sonriendo.

Una vez completado el reconocimiento facial, una enorme puerta de hierro a prueba de explosiones detrás de las ametralladoras se abrió. Vi que, más allá, habían estrechado el túnel a propósito con gruesas paredes de acero y hormigón, lo cual nos obligaba —a nosotros y a cualquier enemigo— a caminar en fila india. En ambos lados de las paredes había aspilleras y me figuré que, como en una fortaleza medieval, detrás de los muros habría escaleras y pasarelas para que los defensores pudieran acceder a decenas de puestos de tiro.

—Es una trampa mortal —explicó Tokyo mientras seguíamos avanzando.

—¿Se ha utilizado mucho? —pregunté al tiempo que observaba las paredes color óxido y percibía destellos de movimiento tras las aberturas mientras pasábamos: puede que nos hubiesen identificado, pero los ocupantes del sótano no estaban dispuestos a correr riesgos.

—Al principio muchísimo —contestó Dior—. Si mira con atención, verá que lo de las paredes no es óxido.

La miré de reojo: lo decía en serio.

Nos detuvimos ante otra puerta de acero, esperamos a que se abriese y después, por fin, entramos en la sala de urgencias. No era muy distinta de muchas otras instalaciones similares que había visto a lo largo de los años, salvo por las enormes fotografías de jóvenes musculosos en calzoncillos, una mujer con zapatos de tacón de aguja de Louboutin que paseaba a un gran danés y tres damas de la alta sociedad que compartían *macarons* de Ladurée. Eran algunos de las decenas de enormes anuncios que habían rescatado de los grandes almacenes, probablemente años antes, y habían utilizado para forrar las paredes. La finalidad debía de ser hacer que el lugar pareciera menos sombrío. Sin duda añadían un toque surrealista.

Delante de los anuncios deambulaba multitud de combatientes y personal: los heridos de media docena de patrullas distintas habían llegado por los otros túneles, los enfermeros los evaluaban a toda prisa y los pasaban a equipos de triaje. A pesar de esos anuncios de otra época que revestían las paredes, aquello seguía siendo una sala de urgencias y era como había sido siempre: una escena de caos, miedo y ruido controlados a duras penas.

Tokyo detuvo a su unidad nada más entrar en la amplia área, pidió ayuda para nuestros heridos y, de inmediato, yo escudriñé el rostro de cualquiera que pareciese estar al mando, buscando a Rebecca. No la vi, e instantes después nos vimos rodeados de enfermeros y celadores, todos ellos con uniforme de combate con una cruz roja pintada.

Mientras me quitaba la mochila, vi que una médica indicaba que pasaran a MartinLuther a una camilla de hospital y comenzó a retirarle las vendas de inmediato. Dos celadores acudieron a mi lado y colocaron en una mesa a Ella. En cuanto le vieron la pata, gritaron:

—¡Quirófano!

Me volví y continué buscando a Rebecca. Eché una ojeada frente a mí para ver cómo seguía Martin y —literalmente— casi se me cayó el fusil: la médica que estaba inclinada sobre él y lo examinaba era Laleh.

Tenía cuarenta y pocos años y era muy distinta de la chica que me había salvado la vida en el golfo Pérsico: una mujer fuerte y resolutiva con los brazos tonificados, canas en las sienes y profundas arrugas que la preocupación había grabado en su frente. Aun así había conservado lo que me llamó la atención nada más verla hacía tantos años: seguía teniendo la mirada más bondadosa que había visto nunca.

Me quedé boquiabierto. Conocía a Rebecca: desde luego que nunca habría abandonado voluntariamente a Laleh. Oculto por el caos, continué observándola. «Lo que cuenta no es dónde empiezas —me dije—, ni siquiera dónde acabas. Lo que importa es el camino.»

No se me ocurría nadie que hubiese recorrido un camino más largo que Laleh. Y ahora daba la impresión de que había cumplido por lo menos uno de sus sueños: era médica. Tal vez no contase con la certificación pertinente, debido a las extraordinarias circunstancias, pero, sin lugar a dudas, con la orientación de Rebecca y su experiencia práctica era médica.

«Insha'Allah» —si Alá quiere—, me estaba diciendo para mis adentros con pesar, cuando la mano de una mujer me tocó la cabeza por detrás. Me quedé helado, pensando durante un segundo que quizá fuese Rebecca, pero era una enfermera, que me apartaba el cabello, pegado debido a la sangre. Me había olvidado de la herida que tenía, pero me acordé en cuanto la mujer empezó a palparla.

—Hay que dar puntos —decidió al cabo—. No es grave. Y también vamos a tener que echar un vistazo a ese hombro. Tendrá usted que esperar, ¿de acuerdo?

Asentí. Se volvió para ocuparse de otro de los heridos que podían andar y cogí un espejo de mano del carrito médico para mirarme. Tenía el pelo lacio y apelmazado, costras de sangre en la frente y bajo los ojos y, además de una incipiente barba, polvo, sudor y mugre en el resto de la cara.

—No se puede decir que esté guapo —observó alguien, y cuando miré vi que era Dior, que se estaba quitando el chaleco antibalas y me sonreía.

—No se preocupe —aseguré—. Verá como mejoro después de lavarme.

—Eso es lo que dicen todos —apuntó la chica, y todo el mundo se rio. Echó a andar hacia mí—. Esto podría tardar un poco —añadió señalando mi frente—, debería sentarse. —E indicó una hilera de sillas que había contra una pared—. Le pediré a mi madre que venga a verlo cuando tenga un hueco. De paso podrá preguntarle lo que quiera de Maryland.

31

Estaba sentado junto a un hombre que era todo lo que no era yo —vestía impecablemente, esbozaba una sonrisa segura y sin duda era rico y sofisticado— cuando la vi.

Había salido de un quirófano y se abría paso entre una maraña de personal médico y heridos, apenas se la veía en un primer momento, pero venía directa a mí y al anuncio que tenía detrás en la pared: el de un tipo elegante junto a su equipaje Rimowa que nos dirigía hacia su *boutique* de la cuarta planta.

Cuando Rebecca por fin se liberó de las personas que la rodeaban, dispuse de unos momentos para mirarla, lo suficiente para que el corazón amenazase con parárseme y mi cerebro se adentrara en territorio ignoto. Dicen que hombre prevenido vale por dos, pero no ese día y no en ese instante.

Se hallaba en la pendiente de la mediana edad, y estaba claro que los años y el estrés derivado de intentar seguir con vida le habían pasado factura. El cabello, veteado de gris, lo llevaba corto, y en sus ojos había una tristeza que yo no había visto nunca, como si la vida en sí ya no fuese un motivo de celebración, sino tan solo algo que aguantar. Era el mayor cambio, esa pérdida de chispa y alegría, y ya solo eso hizo que me invadiese una pesadumbre indescriptible. Su rostro —con arrugas y pálido debido a la fatiga, en el que la luminosidad de la juventud se había apagado hacía mucho— era un poco más redondo, al igual que su cuerpo, y caminaba torciendo un tanto la cadera. La experiencia me dijo que en algún punto del pasado la habían herido de gravedad en la pierna o el muslo.

Al verla, era evidente que se habían perdido muchas cosas en el incendio, pero después de todo —y teniendo en cuenta que el mundo parecía tocar a su fin—, eso no importaba: en su día, hacía años, había visto a una mujer al otro lado de un lugar abarrotado, también en

Nueva York, y me había enamorado de ella. En un mundo que se había vuelto casi irreconocible, una cosa no había cambiado: tal vez el corazón se me estuviera partiendo, pero sabía exactamente a quién le pertenecía.

Se acercó más, se detuvo delante de mí y asintió con profesionalidad.

—Mi hija me ha sugerido que hablase con usted. Siento que haya tenido que esperar, estamos muy ocupados.

Su voz no había cambiado. Distaba mucho de estar seguro de que pudiese confiar en la mía, así que miré al suelo.

Ella se volvió hacia un carrito médico que tenía cerca, se puso unos guantes desechables y empezó a apartar y separar mi apelmazado pelo. Echó un vistazo a la identificación que me colgaba del cuello.

—El señor Greenberg, ¿no?

Hice un gesto afirmativo.

—Esto va a necesitar sutura —continuó, recorriendo la larga línea de la herida con los dedos—. ¿Quiere un calmante?

Negué con la cabeza.

—Le va a doler, pero le puedo poner anestesia local. ¿Tiene alguna alergia, señor Greenberg? ¿Algún problema con las inyecciones? —Se rio—. No estará embarazado, ¿no? —Esperó a que yo le contestara—. Lo tomaré por un no —dijo al cabo.

Asentí a modo de confirmación.

—Es usted hablador, ¿eh?

Asentí nuevamente, pero al caer en la cuenta negué con la cabeza: no.

Ella me observó un instante, me puso los dedos bajo la barbilla para obligarme a levantar la vista y me miró a los ojos.

—¿Se encuentra usted bien, señor Greenberg?

Me limité a afirmar otra vez con la cabeza.

Ella lanzó un suspiro, se daba por vencida, y acercó el carrito, cogió algodón y una batea riñonera y empezó a retirarme la mugre y la sangre del rostro para ver si tenía alguna otra herida.

—Mis hijos me han contado lo que ha hecho usted en el túnel —dijo —. No ha abandonado a MartinLuther, ha sido muy valiente por su parte. Gracias. —Me había limpiado la frente y la mayor parte de las mejillas, y estaba empezando con el mentón cuando se detuvo...

Nos miramos a los ojos.

—Lo siento —se disculpó después de hacer una pausa, negando con la cabeza—. Me recuerda usted a alguien. —Trató de reírse—. ¿Sabe que tiene un doble? Es usted igual que mi marido cuando tenía su edad.

En lugar de responder, seguí mirándola.

—Me refiero a mi difunto marido —precisó, de nuevo intentando

sacudirse el pensamiento—. Sé que es una tontería, ha pasado mucho tiempo, pero lo echo mucho de menos. Probablemente vea cosas que en realidad no existen. —Vi que le temblaba el labio—. Tengo a nuestros dos hijos (los que ha conocido usted), es todo cuanto me queda de él. Lo que más pena me da es que no llegara a conocerlos.

Sonreí.

—No hables antes de tiempo. ¿Cómo estás, Becca?

32

Tenía las manos preparadas por si se caía al suelo. No se cayó, pero sí se tambaleó, y la cogí por las muñecas para sujetarla. El mero hecho de tocarla fue electrizante.

Clavó los ojos en mí, sin entender nada, y ahora fue ella la que se quedó muda. ¿Quién era yo? ¿Cómo sabía cuál era su nombre?

—¿Ridley? —preguntó débilmente.

Asentí, sin soltarla. Y así permanecimos, dos estatuas que se encontraban al borde del mundo conocido, mientras a nuestro alrededor dio la impresión de que el caos de la sala de emergencias se tornaba silencio.

Durante unos instantes estuvimos solo nosotros dos, tocándonos a través de un misterioso periodo de tiempo, y entonces vi que ella empezaba a volver a la realidad. Oí que el sonido en la habitación aumentaba de volumen y ella negó con la cabeza callada, sin dar crédito.

—El submarino no se hundió, Rebecca —aseguré—. Se perdió, pero no se hundió. Estaban realizando un experimento (una prueba secreta) con una tecnología de invisibilidad.

Rebecca asintió, pero no creo que lo hiciera porque lo entendiera. Solo quería que yo siguiera hablando mientras ella se recuperaba.

—Es como el Proyecto Manhattan. Solo que esta vez los científicos estaban desviando la luz para intentar ocultar el submarino, volverlo invisible —continué—. Pero lo que hizo fue saltar de vía (es la única manera que se me ocurre para describirlo): no en el océano, sino una vía en el tiempo. Emergió aquí, veinticuatro años después, un parpadeo en realidad, un destello en una Vía Láctea que cuenta con doscientos mil millones de estrellas, una partícula de tiempo en un universo que es (en último término) un misterio absoluto.

La miré. Apenas se movía, estaba abrumada.

—¿Cuándo has sabido...? —empezó—. ¿Que era yo? —Le costaba hablar—. ¿Que estaba en este sitio?

—Hace una hora, cuando nuestros hijos se han puesto a hablarme de su familia.

Hizo un gesto afirmativo, pero no dijo nada. Entonces fui consciente de lo que acababa de decir.

—Nuestros hijos, Becca —repetí—. Los gemelos. Qué buen trabajo has hecho...

—Gracias. —Estaba a punto de llorar—. Sola —añadió, la voz apenas un susurro—. Esa fue la peor parte, criarlos... sola.

Tiré con suavidad de sus muñecas para acercarla a mí y abrazarla, para intentar que dejara de llorar.

—¿Sola? ¿No te volviste a casar, Rebecca? ¿Alguna relación? —pregunté en voz queda.

—Cómo iba a casarme... —empezó— con esto... —Movió la mano para abarcar la sala, las circunstancias del mundo—. Hombres hubo..., cómo no los iba a haber. —Trató de sonreír—. Y también una mujer.

Sonreí a mi vez. Para ella yo había muerto, el mundo se acababa, y estaba seguro de que cualquiera se habría agarrado a cualquier consuelo que pudiera encontrar.

—Pero solo te quería a ti. En mi corazón siempre ha sido así —continuó.

Me miró y yo bajé la cabeza y la besé en la boca. Ella me devolvió el beso, y no supe a ciencia cierta si estaba a punto de llorar o de reír. Di un pequeño paso atrás, la miré de nuevo a los ojos (supongo que para asegurarme de que aquello era real) y después reparé en algo más allá.

Junto a la maraña de personas, Tokyo y Dior nos observaban asombrados. A juzgar por su cara, era evidente que nos habían visto besándonos.

Rebecca debió de notar que mi cuerpo se tensaba, porque se zafó de mis brazos y volvió la cabeza.

Ella y los dos jóvenes se miraron un instante.

—Chloe, Ridley —dijo al cabo—. Venid a conocer a vuestro padre.

33

El silencio y la estupefacción solo se vieron interrumpidos cuando los gemelos, tambaleándose sin dar crédito, lanzaron una avalancha de preguntas que apenas se entendían. Rebecca negó con la cabeza: no contestaría ninguna de ellas.

—No sin Laleh —les dijo—. Si hay alguien que necesita escuchar esto al igual que vosotros, es ella.

Chloe se dio la vuelta en el acto y echó a correr hacia el caos de la sala de urgencias. Momentos después —mientras Rebecca, Ridley y yo esperábamos en medio de un silencio tenso— salió de un área que se utilizaba para tratar a los heridos de más gravedad con Laleh apretando el paso a su lado.

Iban acompañadas de un joven alto y atractivo que rondaría los cuarenta años: de tez cetrina, cabello oscuro y una sonrisa que, a pesar de las circunstancias, parecía juguetear constantemente en sus ojos. También era médico, y me quedé de piedra al comprender, por el lenguaje corporal de ambos, que era el compañero sentimental de Laleh. No sé por qué me sorprendió; supongo que porque la última vez que la vi era una adolescente, alguien que no sabía nada de los hombres ni de las costumbres del mundo occidental.

—Chloe ha dicho que era urgente —observó Laleh, sin aliento, dirigiéndose a Rebecca, pero saludando con la cabeza a Ridley. Su cómoda familiaridad indicaba que ella y los gemelos habían crecido juntos—. ¿Qué ha ocurrido?

Antes de que Rebecca pudiera contestar, me vio, con tan solo la mitad de la cara limpia y sin sangre. Extendió la mano.

—Usted debe de ser el recién lle...

De pronto cayó en la cuenta. Giró sobre sus talones para mirar a Rebecca, que ya había extendido la mano para cogerla del brazo.

—Sí, era urgente —confirmó Rebecca—. Ha vuelto.

Laleh solo podía mirar con expresión de desconcierto, y el compañero de Laleh —Jonathan Gee, según la identificación de la chaqueta—, al ser nuevo en el grupo, no sabía lo que estaba pasando.

Por suerte, el caos de urgencias no había cesado y nadie se había dado cuenta de que estaba sucediendo algo extraordinario.

—Ahora que estamos todos —dijo Rebecca en voz queda. Aunque los cinco la mirábamos, ella se dirigía a los gemelos—. Hace veinticuatro años vuestro padre se marchó para realizar una misión tan secreta que se negó a contarme nada al respecto. ¿Te acuerdas, Laleh?

Esta asintió.

—Fue horrible.

—Sí —repuso Rebecca—. No nos despedimos en buenos términos, al contrario, y es algo en lo que no he dejado de pensar durante todos estos años. —Se encogió de hombros con resignación—. La prisa nunca es buena consejera, supongo. En fin, he tenido tiempo más que de sobra para lamentarlo.

Le cogí la mano y se la apreté.

—La realidad es que ese era el trabajo de vuestro padre —prosiguió ella—, y yo nunca lo acepté..., no hasta que fue demasiado tarde, hasta años después. —Sonrió a nuestra hija—: Sí, Chloe, era espía de verdad.

Chloe sonrió también, pero tenía los ojos anegados en lágrimas.

—La misión era en un submarino —precisé, en parte para dar una explicación y en parte para llenar el silencio—. Lo cual significó que hubo una consecuencia accidental: no me vi expuesto a las esporas.

—Alabado sea Alá —musitó Laleh.

—Hace unos minutos —siguió Rebecca— vuestro padre me ha contado que el submarino estaba realizando un experimento que acabó siendo un desastre y, como resultado, y esto es lo más extraño de todo, dio un salto en el tiempo. Después emergió..., veinticuatro años más tarde. Con tan solo un superviviente. —Negó con la cabeza con incredulidad—. Y aquí estamos ahora.

Nadie decía nada —todos estaban en shock—; fue Laleh la que rompió el silencio.

—Recé por ti todas las noches —afirmó, la voz casi quebrándosele —. «Invocadme y os escucharé» —añadió, citando la palabra de Alá en la sura 40 del noble Corán.

—«Confía en que pueda obrarse un milagro, pero no dependas de él» —apuntó Jon Gee risueño. Caí en que era una cita del Talmud, la Torá o un proverbio yidis, no recordaba cuál, y de pronto comprendí que era judío. Asintió a modo de confirmación silente y señaló a Laleh—: Siempre se decía que los musulmanes y los judíos no se reconciliarían hasta que llegase el fin del mundo.

—Supongo que en eso último acertaron —comenté sonriendo a mi vez.

—Todo esto es abrumador, demencial, increíble —aseveró Rebecca. Miró a su alrededor, la abarrotada sala de urgencias: la gente empezaba a fijarse en nosotros—. Sobre todo para los niños y para mí. Tenemos que hablar en privado.

Me agarró de la mano y me llevó hacia la puerta. Cuando salimos al pasillo, eché un vistazo a Jon: me alegraba por Laleh, parecía un buen hombre, pero a lo largo de las semanas que siguieron resultó ser mucho más que eso. Era una de las personas más inteligentes que había conocido.

Creo que incluso entonces, cuando íbamos a lo que era el provisional hogar de Rebecca, se dio cuenta —a diferencia del resto de nosotros— de la gran oportunidad que suponía mi llegada.

34

Entré donde vivía la familia y me detuve. Aquello era muy distinto de la casa de Maryland, eso seguro...

Las habitaciones que en su día habían sido el comedor del personal se habían remodelado y decorado con mobiliario y accesorios saqueados de algunos de los establecimientos más selectos de la Quinta Avenida. La cocina central, de estilo industrial, con encimeras de acero inoxidable y una enorme isla, estaba rodeada de sofás de piel de B&B, un par de armarios de Lalique y varias alfombras orientales

magníficas, todo el conjunto iluminado por una lámpara de araña. La única nota discordante —aparte de estar bajo tierra y no tener ventanas— era un vehículo blindado Bradley de seis metros de longitud y treinta toneladas de peso que se hallaba cerca de la antigua cafetería del comedor, listo para defender los dos pasillos que proporcionaban el único acceso a la zona. Decir que era «rocambolesco» era quedarse muy corto.

—¿Qué pasó? —pregunté en cuanto Rebecca cerró la puerta—. He oído hablar de unas esporas.

—Llegaron con el viento y cayeron en todo el mundo —respondió Rebecca mientras nos llevaba hasta los sofás—. Fue una de las cosas más increíbles que había visto la gente en su vida: como si el cielo estuviese lleno de bengalas, pequeños puntos de luz azul que descendieron sobre todos nosotros. ¿Cómo podía ser peligroso algo tan bello? ¿Quién habría imaginado que el desastre vendría envuelto en magia?

—¿Eso fue la Noche del Diablo? —quise saber.

—Así es como la llamaron después. La gente salió de su casa e inhaló esa puñetera cosa en la calle o en el campo. Al cabo de una hora, a menudo menos, las esporas se apropiaban del huésped, de su ADN, y surgía una nueva forma de vida, nutrida por la antigua. Ya no nos necesitaban, podían reproducirse por su cuenta, pero tenían que competir, cómo no. Por los recursos, por el dominio, por la vida en sí. —Se encogió de hombros.

»No es muy distinto de lo que hicimos nosotros. Durante cinco mil años los neandertales y los *Homo sapiens* coexistieron en la Tierra. ¿Has visto algún neandertal últimamente? No desaparecieron sin más: los aniquilaron, y los vencedores heredaron el planeta. Esos éramos nosotros..., hasta ahora.

Rebecca cruzó el enorme espacio hasta una gran puerta de acero que se abría en la pared junto a una hilera de quemadores de gas.

—Los únicos supervivientes (los que se quedaron atrás, por así decirlo) fueron los que no se unieron a las multitudes. Yo no tenía elección: había cerrado la casa a cal y canto, estaba de luto por ti.

—Rebecca me salvó la vida —afirmó Laleh—. Yo quería salir, pero ella no me dejó.

—MartinLuther estaba detenido... —continuó Rebecca.

—Me lo contó —tercié.

—Jon estaba trabajando en el *delicatessen* que su familia tenía en Houston Street...

Jon sonrió.

—El mejor sándwich triple de pastrami de Nueva York —aseguró—. Sé que es verdad porque mi abuelo lo puso en la marquesina el día que abrió el negocio. —Fue hacia la cafetera y empezó a hacer café—.

Yo tenía catorce años —contó—. Trabajaba junto a la freidora cuando a un tipo nuevo se le cayó dentro un vaso de agua. El aceite salió despedido hacia todas partes, incluidos mis ojos. Mi padre no esperó a que llegara una ambulancia: me llevó directamente al Presbyterian Hospital.

»Ahí es donde estaba cuando cayeron las esporas. No tenía sentido salir a verlas, claro, pero mis padres me llamaron: me dijeron que estaban en la calle, grabando vídeos con el teléfono, que ya me los enseñarían. —Intentó sonreír—. No los volví a ver.

Me ofreció un expreso y le di un sorbo. Lo miré.

—No me esperaba un café tan bueno durante el apocalipsis.

—Starbucks tenía un almacén enorme lleno de cajas de café en grano en la Calle 129 —explicó Chloe—. Cuando empezó todo, alguien tuvo el buen criterio de protegerlo antes de que entraran las ratas.

—Pero está en las últimas —apuntó Jon—. Como nosotros.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté.

—Seis meses —me contestó—. Puede que menos.

—¿Y después?

—Todos estamos de acuerdo: cada cual tomará su propia decisión. —Le cogió la mano a Laleh—. O ponemos fin a todo o nos convertimos.

Estaba claro lo que habían decidido, y me volví para mirar a los gemelos. Ninguno de los dos dijo nada, y sentí que se me caía el alma al suelo.

—Ridley —dijo Rebecca, y fue consciente de la confusión que podía causar: me estaba hablando a mí—. O sea, Kane: ven a ver esto.

35

De pie junto a los quemadores de gas, Rebecca abrió la puerta de acero. Mientras yo iba hacia allí —acompañado de Laleh, Jon y los gemelos—, vi que era una enorme cámara frigorífica que había dejado de funcionar hacía años. Rebecca encendió las luces, que iluminaron paredes llenas de estantes altos en los que había cientos de cajas archivadoras, un par de butacas en un rincón, alfombras en el suelo y unas mesas dispuestas a lo largo de una pared. A pesar de lo que había sido en su día, resultaba acogedora. Quizá se debiera a los mapas que decoraban las paredes y a varios cuadros maravillosos que debían de ser del Museo Metropolitano de Arte, que se encontraba algo más arriba en la misma calle.

—Madre mía, hacía años que no entraba en este sitio —comentó Chloe—. Aquí era donde nos daban clase y después, por la noche, nos

tumbábamos en el suelo y nos ponía pelis. ¿Te acuerdas, mamá?

—¿Quién os ponía pelis? —pregunté mientras contemplaba un Monet que colgaba sobre una cama individual que se veía en un lado.

—Se apodaba Radar —respondió Rebecca, que se puso a buscar algo en unas cajas y encendió un ordenador de sobremesa—. Era mayor, tendría cincuenta y tantos años: trabajaba de archivero en la Biblioteca del Congreso y se quedó atrapado en un ascensor la Noche del Diablo. Lo que son las cosas, ¿eh? Poco después de llegar dijo que creía que era importante que documentásemos de alguna manera lo que estaba sucediendo para las generaciones futuras. Él lo llamaba la «Historia del Gran Desmoronamiento». Eso era cuando pensábamos que podíamos ganar.

—¿Qué fue de él? —inquirí mientras Rebecca encendía un proyector montado en el techo.

—Al término del decimocuarto invierno, las cosas empezaron a ponerse muy feas y necesitábamos a todo el mundo en el frente. Entonces ya nadie hablaba de ganar. A Radar lo acorralaron en un edificio en la línea de contacto: murieron veinte de los nuestros cuando los orcos lo bombardearon y lo derribaron entero. Su verdadero nombre era Don Steele. Nunca lo olvidaré. Esto lo hizo él...

Las luces se atenuaron, el proyector cobró vida y un vídeo empezó a verse en una de las paredes. Era espectacular, se había grabado una noche despejada en Washington D. C. y se veían todos los grandes monumentos: el Capitolio, la Casa Blanca y el estanque reflectante junto al que me reuní con Halcón y donde se gestó el papel que representaría en el épico viaje. Todo estaba lleno de lo que parecían estrellas fugaces: las minúsculas, brillantes esporas caían del cielo y yo las miraba maravillado.

—¿Cómo podría alguien resistir la tentación de salir a la calle para ver algo así? —planteé.

—Don siempre sostuvo que eso desempeñaba un papel importante en el diseño de las esporas —contestó Rebecca—. ¿Quién habría salido si pareciesen amenazadoras? No, a nuestra especie siempre le ha seducido la belleza. Bueno, por lo menos a los hombres. —Se rio.

Se empezaron a ver vídeos de otras ciudades de todo el mundo, seguidos de imágenes de un telescopio espacial que mostraba nuestro planeta al completo —flotando en un universo de oscuridad— envuelto en las minúsculas luces que llegaron con el viento.

—¿De dónde salieron? —pregunté.

Rebecca señaló los mapas que había en la habitación.

—Nadie lo sabe —admitió—. Al principio se habló (todavía se habla) de mercados mojados de Asia, un virus que se propagó entre distintas especies, una mutación provocada por comer carne de animales salvajes en África, una filtración descomunal de un

laboratorio de armas biológicas ruso…

—O un suceso aleatorio del espacio —añadió Jon desde la oscuridad a mi izquierda—. Unas esporas que llegaron en un meteorito o un fragmento de basura espacial que cayó a la Tierra.

—Esa era la teoría de Don —afirmó Rebecca—. Siempre mantuvo que procedían del espacio. Pensaba que las esporas se habían diseñado a propósito, que eran un paquete de ADN (básicamente un código) que se hallaba protegido en el interior de su estructura dura. Creía que en alguna parte, en algún momento, alguien o algo las había diseminado por el universo.

»Pensaba que las distancias eran demasiado grandes, el periodo de tiempo demasiado largo para que un individuo recorriese el universo. Nada sobreviviría. Decía que si se quería poblar la oscuridad infinita, no iría uno mismo, sino que enviaría el código genético.

—Lo esparciría al viento cósmico y dejaría que cayese donde pudiera —añadió Jon—. Don y yo hablábamos a menudo de ello. Permanecería latente en su estructura, esperando hasta que encontrase algo o algún sitio en el que pudiera prosperar.

Sin embargo, yo apenas escuchaba. Estaba mirando uno de las decenas de mapas y un conjunto de imágenes proyectadas en la pared.

—¿Dónde es eso? —quise saber mientras apuntaba a un paisaje lóbrego y barrido por el viento—. A la izquierda. ¿Es la estepa?

Rebecca efectuó unos ajustes en el proyector, aumentó la nitidez y consultó unos datos en la pantalla del ordenador.

—Kazajistán —contestó.

—¿Qué más tienes de ese sitio? ¿Dónde concretamente en Kazajistán?

Vi que Jon y el resto reaccionaban al percibir la tensión en mi voz. Rebecca buscó más información y proyectó más imágenes en la pared. Una de ellas me llamó la atención: eran los cascos herrumbrosos de un grupo de barcos abandonados en el mar de Aral.

—Baikonur —musité.

—Exacto —confirmó, sorprendida, Rebecca.

—¿Por qué le interesaba a Don el cosmódromo de Baikonur? —pregunté.

—Le interesaban cientos de sitios. Siempre estaba buscando lo que denominaba «el paciente cero» —me respondió Becca—. Intentaba dar con la raíz, con la primera persona que se infectó.

—¿Y qué encontró?

—Numerosas posibilidades —dijo Rebecca con una sonrisa—. Cientos de ellas incluso en Baikonur.

—Enséñamelas. Las de Baikonur —pedí, con tal seriedad que empañó el ambiente de la habitación.

Rebecca me miró con cara de preocupación y se puso a buscar en las

cajas que había en las paredes. Encontró una en la que ponía «Baikonur», la abrió y —entre carpetas llenas de notas en papel— sacó un disco duro externo. Lo conectó al ordenador y el proyector del techo permitió ver de inmediato su contenido. Imágenes en miniatura de hombres y mujeres empezaron a aparecer en la pared.

Me acerqué más y miré con atención el rostro de las personas que el archivero muerto hacía tiempo había identificado como infectadas en Baikonur. Fui de una en una, fila por fila. Había una miríada, muy distintas, pero en la habitación nadie más se fijaba en ellas: me observaban a mí.

Me detuve y clavé la vista en el perfil de un hombre en particular: la imagen era de hacía décadas y mal iluminada, algo desenfocada, y una barba recortada le ocultaba al hombre mandíbula. Leí el texto de debajo: «Nombre desconocido», ponía, pero yo seguía mirándolo.

¿Estaba equivocado? ¿Era un truco de la luz o un ligero parecido nada más? No podía estar seguro.

—Ese —le dije a Rebecca—. El número 129. ¿Qué más tienes de él?

Miró las carpetas y echó un vistazo a un par de ellas.

—La verdad es que aquí no hay mucho —afirmó—, pero te lo puedo enseñar.

La miré con cara de asombro.

—¿En vivo, te refieres?

—Más o menos —contestó sonriendo, y su actitud dejó claro que no iba a decir nada más. En vez de eso, fue hacia la puerta…

36

Era una de esas noches que sabes que no olvidarás nunca: las ráfagas de nieve habían cesado y una claridad resplandeciente envolvía Manhattan, una luna amarilla estaba saliendo y la luz anaranjada de un sinfín de fuegos refulgía en distintos puntos de la ciudad.

Los esqueletos de los rascacielos en ruinas nos rodeaban y, abajo, Central Park había vuelto a ser un espacio agreste hacía tiempo. Vi perros salvajes y ciervos de cola blanca que iban a beber al estanque reservado para las maquetas de barcos.

Estábamos en la azotea del edificio medio destruido de los almacenes Bergdorf Goodman, mirando más allá de la destrozada fachada de Van Cleef & Arpels, el establecimiento contiguo, con toda la ciudad a nuestros pies. Decenas de drones de vigilancia y ataque zigzagueaban sobre las calles, intentando esquivar los haces de luz que arrojaban los numerosos reflectores de la Resistencia, y cada pocos segundos trazadoras rojas y la luz brillante de misiles atravesaban el cielo.

Los seis estábamos agazapados en las sombras, yo rodeaba con un brazo a Rebecca, a la espera —al parecer— de ver al hombre al que yo había identificado. Ella no paraba de consultar el reloj.

—Cuatro segundos. Debo reconocer que son puntuales. Mira hacia el este, a la Calle 57, detrás de los rascacielos de lo que era la Billionaires' Row.

Hice lo que me pedía y entonces apareció, flotando lentamente, dando la vuelta a la esquina de un rascacielos: el dirigible Goodyear. A medida que se acercaba, vi que ahora era distinto: los icónicos colores y el nombre habían desaparecido y habían sido sustituidos por la bandera roja y negra de los orcos, pero seguía siendo el mismo globo dirigible enorme y bulboso. En inmensas pantallas de vídeo a ambos lados se proyectaban imágenes, pero, como venía directo a nosotros, no pude ver de qué eran.

—Lo verás dentro de unos segundos —aseguró Becca—. Va a girar hacia el sur. —Apenas había terminado de hablar cuando el gigantesco dirigible empezó a virar—. Sobrevuela la isla todas las noches, transmitiendo noticias sobre nuestras últimas derrotas —contó con amargura—. Así es como supimos lo de Sídney y Londres. El hombre por el que has preguntado por lo visto es una especie de líder militar: nos dice que nos rindamos y después nos enseña imágenes de nuestros muertos y heridos. —La expresión de Rebecca dejaba traslucir la aflicción que sentía mejor que las palabras.

—¿Por qué no lo derribáis? —pregunté mientras miraba bien el dirigible.

—¿Para qué malgastar un misil? —replicó Ridley, y tenía razón.

El globo completó el giro y ahora, de lado, vi al hombre con claridad. Corpulento, tremendamente musculoso y vestido con uniforme de combate, tenía la tez blanca —casi translúcida— y estaba completamente calvo. Si en su día tenía barba, había desaparecido hacía tiempo, y la piel de sus desnudos antebrazos —sin duda como el resto de su cuerpo— se había transformado en un escudo blindado. En un gran primer plano parecía más brutal que cualquier cosa con la que me hubiera cruzado. Habían pasado décadas, con cada año tal vez se hubiesen producido otros cambios, y era evidente que a Laleh le resultaba irreconocible. Claro que en Irán era muy joven y, a diferencia de mí, no se había pasado innumerables meses estudiando fotografías y material de archivo suyos. Así y todo, no estoy seguro de que hubiese llegado a la conclusión de que era él de no haber sido por sus ojos. Aunque el color había cambiado, seguían siendo tan crueles, inteligentes y llamativos como antes. El tatuaje no se veía, pero habría reconocido esos ojos en cualquier parte.

—Ese es —indicó Rebecca—. Como te he dicho, parece... —Dejó de hablar, y supuse que había notado que me ponía rígido. Se apartó un

poco de mi lado y me miró—. ¿Qué pasa?

—Estoy seguro: es él, el paciente cero.

Todos me observaron mientras la enorme imagen en el lateral del dirigible se cernía sobre nosotros.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —quiso saber Jon.

—Lo conozco —afirmé—. Lo conozco muy bien. En la lista de Don ponía «nombre desconocido», pero ya no es así. Creció en Siberia, se unió al ejército y llegó a ser coronel en la Spetsnaz. Se llama Roman Kazinsky. —Me volví para mirar a Laleh...

Había palidecido al oír el nombre y había empezado a temblar. Extendió el brazo para cogerse de la mano de Jon.

—Derribadlo —dije—. Derribad ese puto globo.

«¿Que hagamos qué?», decían las caras de todos salvo la de Laleh. Nadie se movía...

—¡Derribadlo! —ordené, como el oficial que había sido. No quería a ese hombre, o tan siquiera una imagen suya, cerca de nosotros.

—Obedeced a vuestro padre —instó Rebecca al ver que Chloe y Ridley dudaban.

Acto seguido comenzaron a montar sendos lanzagranadas a sus fusiles mientras Becca me miraba para que le diese una explicación.

—Lo conocí, fui su prisionero durante días —conté, y eso los sacudió más incluso.

—Lo conociste ¿dónde? —Rebecca formuló la pregunta que se hacían todos.

—En Irán.

—Fuiste allí para reunirte con alguien, ¿no? —recordó Rebecca—. Con un correo, pero lo habían crucificado. Mataste a algunos hombres, dijiste, les salvaste la vida a las dos hijas del mensajero...

Chloe y Ridley habían dejado de cargar sus respectivas armas y se miraban: ¿yo prisionero? ¿Una crucifixión en Irán? ¿Matar a hombres? ¿Y ese era su padre?

—Fue Kazinsky el que ordenó la crucifixión —afirmé—. Era el comandante militar de un grupo terrorista llamado el «Ejército de los Puros». Después de seguirle la pista desde la frontera con Afganistán, se dirigió a un puerto cercano a Teherán, cruzó el mar Caspio, entró en Azerbaiyán y de ahí pasó a Rusia. Acabó en el cosmódromo de Baikonur...

—Le seguiste la pista ¿por qué? —preguntó Jon—. ¿Para matarlo?

—Esa era la idea; al menos la mía.

—¿Qué pasó? —se interesó.

—Baikonur era un ZATO, una ciudad cerrada. La Agencia decidió dar marcha atrás, observar y esperar.

—¿Crees que ese hombre estaba trabajando en un laboratorio biológico allí? —planteó Rebecca—. O algo por el estilo, ¿y por eso se

infectó? Don dijo que en ese sitio había unos cuantos.

—No, en Baikonur había una zona pionera en una tecnología distinta —dije—. Hace años el cosmódromo lideró la carrera espacial y después empezaron a extraer minerales de asteroides. Se estaban trayendo cantidades ingentes de mena, y estoy convencido de que Don dio en el clavo: las esporas llegaron del espacio.

—Pero los rusos debían de tener dispositivos de seguridad, protocolos en caso de accidente —apuntó Jon.

—Tal vez, pero durante años el motor de Kazinsky fue la religión —contesté—. Supongo que pensó que era el elegido, que esa era la voluntad de Alá. Conociéndolo, es probable que las liberase él.

La idea pareció dejarlos sin oxígeno. Se volvieron para ver el enorme rostro blanco del Coronel, que nos miraba.

—Poneos a cubierto —pidió Ridley en voz baja, y Chloe y él dispararon casi simultáneamente. Las dos granadas salieron despedidas por el cielo iluminado por la luna, dejando una delgada línea de fuego.

Le dieron de lleno a la imagen de Kazinsky, que explotó; el globo se desgarró en varios sitios y, aunque el helio no es inflamable, las granadas causaron tantos daños que el enorme dirigible implosionó y se precipitó hacia lo que quedaba del Museo de Arte Moderno. Durante un instante dio la impresión de que se estrellaría en la calle, pero —dando vueltas al tener el motor en llamas y terminar explotando— giró hacia el destrozado museo y se empaló en un fragmento alto de acero y cristal.

Los seis permanecimos agachados en silencio un rato, mirando los humeantes restos, cada cual absorto en sus pensamientos. Fue Jon quien acabó rompiendo el ensimismamiento:

—Cuando Rebecca nos ha contado cómo has llegado hasta aquí, se me ha ocurrido una cosa —dijo, e hizo una pausa—. ¿Por qué no vuelves?

Ladeé la cabeza para mirarlo: ¿qué?

—Me refiero a utilizar el submarino para intentar saltar de vía otra vez, para volver —precisó.

Rebecca estaba asintiendo.

—Yo he pensado lo mismo. Ve a Baikonur, termina la misión.

—Creía que no aprobabas lo que hacía —observé.

—Ahora lo apruebo —aseguró—. Vuelve y acaba con él.

Los miré a todos: ¿es que se habían vuelto locos?

37

—¿No os dais cuenta de que nadie podría sobrevivir a ese viaje? —

señalé tratando de contenerme.

Habíamos vuelto al piso y, apoyado en el respaldo de un sofá, me enfrentaba a los cinco. Tenían que ser conscientes de lo que había soportado el *Leviathan* durante la travesía. Ciento sesenta y siete muertos y una embarcación prácticamente destrozada de la proa a la popa lo reflejaba bastante bien, pensaba yo.

Instantes después de oír su sugerencia en la azotea, respondí a Rebecca y Jon con un seco «no», me levanté y eché a andar hacia la maltrecha escalera de incendios.

Ahora Rebecca me miraba desde el otro lado del sofá.

—Dices que, si se realizara de nuevo ese viaje, nadie podría sobrevivir, pero nadie podrá sobrevivir a esto —adujo. Apuntaba al vehículo blindado Bradley, pero se refería al mundo en general—. Hay poca comida, nada de gas y casi nos hemos quedado sin combustible para las calefacciones. Muere gente todo el rato, nos hundimos deprisa. Ya has oído a Jon: seis meses como mucho.

—Son seis meses más de los que yo tendría en el submarino. Toda la dotación murió cuando veníamos hacia aquí.

—Tú no —objetó ella.

—Tuve suerte. Puede que si vuelvo no la tenga.

—Eso no lo sabemos.

—Yo digo que sí y soy el único que puede opinar, la única persona aquí que sabe de submarinos. No, no correré el riesgo..., no puedo —aseveré.

Vi el conflicto al que se enfrentaba Rebecca reflejado en su rostro: acabábamos de reunirnos y ella ya estaba pidiéndome que me fuese. Sintiera lo que sintiese, eso no le impedía...

—Te equivocas —aseguró—. Creo que no lo entiendes. Eres nuestra única esperanza.

—No lo soy —porfié—. Más que cualquier otra cosa, la guerra es dinámica. La Resistencia no está acabada: la suerte cambia, la situación entera puede dar un giro de la noche a la mañana.

—No en esta guerra ni en este momento —farfulló Ridley.

—¿Queréis escucharme? —espeté—. La esperanza no es una estrategia. No me voy. Mi sitio está aquí, con mi familia.

—Nosotros no somos tu familia —replicó con calma Chloe.

La miré con cara de asombro y aprendí algo que la mayoría de los padres descubren antes o después: nadie puede hacerte tanto daño como tus hijos.

—Es normal que te duela —terció Rebecca—, pero Chloe tiene razón.

—Puede que mamá sea tu familia —continuó Chloe—, pero para nosotros eras un donante de esperma. Ridley y yo no te conocemos. Nunca te hemos conocido.

—Piénsatelo —pidió Rebecca—. Por favor. Aparte de todo lo demás, tienes la posibilidad de ejercer de padre. De criarlos, de que seamos una familia. Vuelve, mátalo y dale al mundo una oportunidad…

—¿Y qué? ¿Cambiar el futuro? —inquirí con escepticismo—. ¿Es eso lo que me estás diciendo? ¿De verdad piensas que es posible?

—¿Crees que puedes saltar de vía en el tiempo? —planteó Jon. Lo miré, pero no tenía ninguna respuesta…

—Pues claro que lo puedes cambiar —aseguró Rebecca mientras daba la vuelta al sofá y me cogía las manos—: no hay un único futuro, sino infinitos. Es como el universo, siempre en desarrollo; eso es lo maravilloso, lo majestuoso. El futuro que tendremos lo determina lo que hacemos ahora: momento a momento, paso a paso, vida a vida. Mata a Kazinsky, impide que libere las esporas y danos un futuro nuevo, uno distinto. Peor que este no puede ser.

No dije nada. Mentalmente estaba viajando de nuevo en el tiempo. Me encontraba en París, viendo a Saloth Sar a punto de cruzar la carretera. Si hubiese dado una zancada más grande en dos de sus pasos habría avanzado dos centímetros y medio más, el coche lo habría embestido a gran velocidad y el futuro de dos millones de camboyanos habría sido muy distinto. Quizá, Becca…, solo quizá…

—¿En qué estás pensando? —me preguntó.

—En un hombre de hace años —contesté—. No es nada.

Siguió hablando en voz baja, obligando a los demás a inclinarse.

—No sé dónde empezó tu papel en esto, y tal vez ni siquiera tú mismo lo sepas.

Recordé un viernes en el despacho, a punto de ir a almorzar un día de invierno, cuando abrí un archivo y un silencio extraño cubrió el mundo.

—Pero una vez me contaste que ibas a entrar en un cañón y oíste disparos del futuro.

Los demás me miraron con desconcierto. Me encontraba de nuevo en la línea de árboles, el implacable sol estival de Irán iniciaba su descenso hacia el horizonte, Sakab estaba a mi lado, el cañón más adelante, pasando del rosa al anaranjado, y escuchaba un sonido que podía identificar pero no explicar…

—Sé lo del golfo Pérsico —continuó Rebecca—. Y que las olas, la noche y el *shamal* deberían haberte matado.

Miré de reojo a Laleh, la adolescente que me había salvado la vida, y me devolvió la mirada la mujer y la médica que era ahora.

—Subiste a bordo de la embarcación de guerra más avanzada del mundo, un submarino secreto, para cumplir una misión, y solo tú sabes el horror que fue y, sin embargo, fuiste el único superviviente. ¿Por qué? ¿Cuál es el motivo? —planteó Rebecca.

No dije nada; no podía. Lo que había sucedido a bordo no tenía pies

ni cabeza: hombres y mujeres mejores que yo habían sufrido una muerte espantosa. Pero, de haber tenido encima un puñado de pastillas, Baxter habría vivido. No sabía por qué yo había sobrevivido.

—¿Todavía oyes a los lobos? —quiso saber—. ¿Aún te llaman?

Por algún motivo, sentí que me embargaba una gran emoción, sentí que las ruedas del destino giraban…

—Hay quien dice que los presagios son el lenguaje de Dios —apuntó Rebecca—. ¿Tú qué opinas?

—¿Los lobos? —preguntó Chloe—. ¿Qué lobos?

Rebecca y yo no se lo aclaramos. ¿Cómo íbamos a hacerlo?

—Todavía los oigo —admití en voz queda.

—Creo que has seguido con vida por un motivo —siguió Rebecca—. Siempre has sido un hombre que va por libre, alguien que viaja solo, que está dispuesto a ir a donde (como dicen) ni los ángeles se atreven. ¿Por qué crees que hablas ruso? —No esperó a que le contestara—. Porque naciste para esto. —Me apretó más las manos—. Algún día tal vez la gente diga que la historia de las esporas se escribió hace mucho tiempo. Pero la tuya también, Ridley. Esta es tu misión. Siempre lo fue. Vuelve.

Permanecí sentado un buen rato, sin que nadie dijese nada. Entendía todo cuanto había dicho Rebecca, pero también sabía que, aunque el destino llamase a la puerta, eso no implicaba que hubiese que abrir. Mi cabeza vagaba por un paisaje de recuerdos y pensé en Baxter tendido en la cámara con la fotografía de su mujer, me acordé de mi madre en el pabellón de oncología y de las últimas palabras que pronunció mi padre cuando yacía en el ardiente asfalto, pero —más que todas esas cosas— recordé estar atrapado en un submarino que creía que estaba condenado y pensar únicamente en Becca y en nuestros futuros hijos. Supongo que estaba pensando en el amor: en lo difícil que era encontrarlo, en lo duro que era vivir sin él.

No sé cuánto tiempo habría seguido así de no ser por Jon.

—Los ordenadores del submarino estarían programados y registrarían el viaje de ida —reflexionó en voz baja—. Puedes hacer el mismo viaje. —Profirió un suspiro—. Quizá no sea gran cosa, pero te dará una oportunidad. Aquí hay personas que saben de eso.

—Lo pensé —repuse—. Pero no son los ordenadores, es el submarino. ¿De qué le serviré a nadie si estoy muerto? —Miré a Rebecca—. Tú lo eres todo para mí, lo has sido durante años. Puede que para nuestros hijos yo no sea su familia, pero ellos sí lo son para mí. Es como me dijiste una vez: si el ADN forma una cadena será por algo. Este es mi sitio, aquí estoy con las personas a las que quiero y aquí me quedaré.

Debí de decirlo con rotundidad, porque nadie dijo nada. Rebecca se volvió hacia Laleh y Jon.

—Bueno, pues hasta aquí hemos llegado —susurró, y señaló la puerta y la sala de urgencias que había al otro lado—. Tenemos que volver al trabajo.

Ridley y Chloe no se molestaron en intentar disimular su ira.

—Mi hermana y yo nos encargaremos de las patrullas de medianoche —informó Ridley a su madre—. Te veremos por la mañana.

38

Los demás se habían ido así que, solo, me levanté, me eché al hombro un fusil de asalto y media docena de lanzas, volví a la escalera de incendios y subí cuatro pisos hasta la desierta planta baja.

Pasé por encima de vitrinas hechas añicos y terminales cubiertos de polvo, y vi lo que estaba buscando: lo que en su día había sido uno de los escaparates más caros del mundo. Avancé como pude entre las pesadas láminas de acero, erizos checos de defensa y rollos de concertina que lo defendían y salí a la Quinta Avenida atravesando el cristal roto.

Los orcos suponían una amenaza, pero necesitaba pensar. Necesitaba estar seguro de la decisión que había tomado. Alerta por si surgía algún peligro, escudriñé la calle. Lo que vi hizo que me detuviese. La grandiosa avenida era un espectáculo: bajo la luz de la luna, la nieve ocultaba montones de escombros, y en una farola se habían posado dos búhos. Era como una postal navideña marciana. Noche de paz, noche de amor.

Al cabo de un rato, di media vuelta y —recordando todo cuanto se había dicho en el piso— me encorvé para protegerme del cortante viento y me dirigí hacia el centro. Manteniéndome pegado a las sombras, caminé a buen paso por los vestíbulos medio derruidos de lo que en su día habían sido edificios magníficos, con la esperanza de que cualquier dron de vigilancia confundiese a un único cuerpo en movimiento con uno de los numerosos zorros y perros que deambulaban por las calles.

Mientras atravesaba el cubo de cristal hecho añicos de la tienda de Apple y cruzaba el imponente recibidor del Hotel Sherry-Netherland, me dije que era un espía especializado en Zonas de Acceso Restringido y que sabía más sobre evaluar el posible éxito o fracaso de una misión —por extraordinaria que pudiera ser— que probablemente cualquiera que siguiese vivo.

Volví a la avenida y empecé a pensar en mi pasado y en el hilo conductor del tapiz que dibujaba mi vida profesional. Había experimentado mucho miedo. Primero en un carguero que cruzaba el

mar de Andamán, después en Siria y Turquía. Rusia tres veces. Irak y Afganistán, Irán, Egipto y Pakistán, y la lista seguía y seguía. En al menos cinco ocasiones casi me quedé paralizado cuando el miedo amenazó con sobrepasarme, pero nunca me había fallado el valor. Sí, había decidido no intentar volver a casa, pero nadie podía decir que era por miedo. Yo no era un cobarde.

Mientras caminaba un poco más relajado y comenzaba a encontrar algo de tranquilidad, miré al otro lado de la calle sembrada de escombros lo que ahora era la jungla de Central Park y no pude evitar preguntarme si los leopardos, los osos pardos, los simios y otros animales de su zoo se habrían escapado y habrían convertido sus casi trescientas cincuenta hectáreas en un territorio de caza poco convencional. No quería averiguarlo, así que, en lugar de ir por uno de los caminos que cruzaban el parque, me bajé el fusil del hombro y seguí por la misma acera. «Qué mundo este», pensé: preocupado por que me pudieran atacar animales salvajes en el centro de Nueva York. Claro que tal vez las cosas no hubiesen cambiado tanto.

Apreté el paso y —por duro que me resultase— hube de admitir que Chloe tenía razón: no tenía ninguna relación con mis hijos. No había formado parte de su vida y se habían hecho adultos sin mí. Ahora, durante el tiempo que nos quedase, debía encontrar la manera de tender un puente para salvar el abismo que nos separaba. ¿Cuál era la alternativa? Luchar y con toda probabilidad morir juntos siendo tres desconocidos.

Más adelante, bañada por la luz de la luna, la imponente fachada del Museo Metropolitano de Arte se hallaba medio oculta por los árboles; las dos fuentes planas de la entrada estaban completamente llenas de escombros y agua fétida. Quizá más que cualquier otro edificio del mundo, gracias tanto a su arquitectura como a su contenido —que abarcaba desde objetos del antiguo Egipto hasta tres mil grandes maestros de la pintura europea—, era un testimonio de la civilización que había creado el ser humano. Ahora en ruinas, la construcción era una declaración —tanto simbólica como literal— de aquello en lo que nos habíamos convertido. Pensé que valía la pena verlo por última vez.

Crucé y, sin la protección que me brindaban los edificios, el viento me abofeteó. Miré la avenida, el camino por el que había venido… y frené en seco.

39

Había algo en la forma en la que estaba cayendo la luz…, en la disposición de varios rascacielos en ruinas…, en el viento que

levantaba polvo en la calle: todo eso lo había visto antes.

Con el corazón empezando a acelerárseme, recordé las primeras horas de una mañana en Maryland, cuando una bandada de gansos salvajes se posó ante nosotros y le hablé a Rebecca de las ruinas que había visto, la visión de su inminente muerte y un letrero grande en un edificio medio derruido al que faltaba la mitad de las letras. BE... GOOD..., ponía.

En la Quinta Avenida, mirando hacia el centro, vi el edificio medio arrasado de Bergdorf Goodman y el destrozado nombre en el lateral. Todo lo que quedaba de él eran las letras...

Me olvidé de los animales salvajes y los drones de ataque y salí corriendo. La muerte nos iba a visitar.

40

Esprintando avenida abajo, contaba con que grupos de orcos hubiesen arrollado los barcos y las patrullas de la Resistencia y ahora infestasen las calles circundantes mientras se aproximaban a Bergdorf. Sin embargo, allí no había nadie, y solo entonces caí en la cuenta: debían de estar bajo tierra.

Un cúmulo de coincidencias confirmó esa suposición. El viento había cesado, la luna reapareció tras un rascacielos aniquilado y yo estaba subiendo un montículo de escombros. La mayor altura, la cantidad de luz y el hecho de que el viento hubiese dejado de soplar inesperadamente me permitieron ver una fina columna de polvo que subía en vertical por un respiradero contiguo a Bergdorf. Se estaban abriendo paso por las entrañas de la joyería Van Cleef & Arpels.

Tras salvar los erizos checos y las concertinas que protegían el escaparate que daba a la Quinta Avenida, llegué a la escalera de incendios y me puse a dar gritos de inmediato al tiempo que corría hacia urgencias.

—¡Fuera! ¡Todo el mundo fuera!

Para cuando quise irrumpir en la sala, nadie se había movido: Rebecca, Jon, Laleh y mis hijos, que estaban a punto de salir con las patrullas de medianoche, me miraban con cara de desconcierto, como todos los demás.

—¡Vienen hacia aquí! —logré decir a duras penas entre jadeo y jadeo—. Están abriendo un túnel... en el sótano del edificio de al lado..., van a atravesar la puta pared —añadí sin aliento.

Todos miraron a su alrededor atemorizados.

—¿Qué pared? ¿Dónde? —inquirió Chloe—. ¿Cómo?

No tenía tiempo para dar explicaciones ni para discutir. Me abrí paso entre ellos, apartando carritos médicos, esquivando camillas en

las que aún había heridos.

—¿Por dónde está la joyería Van Cleef & Arpels? —pregunté a voz en cuello.

Durante un momento nadie dijo nada.

—Por la pared que tienes delante —contestó Rebecca mientras señalaba el muro más largo: treinta metros decorados con los viejos anuncios. Al menos Becca no había desechado la idea.

Corrí hasta un extremo, procurando trabajar de forma metódica, y retiré un armario alto para pegar el oído al hormigón, confiando en que pudiera oír el sonido del movimiento o el excavar.

Casi no había dado ni un paso cuando se me ocurrió una cosa: tal vez ni siquiera estuviesen excavando. Si habían conseguido abrir un túnel en el sótano contiguo, ¿por qué no poner explosivos en una pared normal y corriente y volarla para entrar?

Mientras intentaba concentrarme, avancé por la pared y coloqué la mejilla contra un anuncio de «Ropa interior masculina, planta cuarta». Me arrimé a los perfectos muslos de un modelo, aguzando el oído.

Vi que Chloe, como el resto, me miraba.

—Sácalos de aquí —ordené—. ¡A todos! Si nos quedamos aquí, nos masacrarán. ¡Sálvalos!

Rebecca se paró a pensar un instante y acto seguido se volvió hacia Laleh y el resto del personal.

—Ya lo habéis oído: todos fuera, ¡ahora! Sacad a todo el mundo por el dispensario, a los heridos graves subidlos a la segunda planta. Jon, llama a las patrullas, diles que nos atacan. ¡Vete!

Su reputación y su autoridad eran tales que el enorme sitio empezó a bullir de actividad: enfermeros y celadores dejaron lo que estaban haciendo y empujaron camillas con pacientes hacia una puerta estrecha, los heridos que podían andar avanzaron lo más deprisa que podían con las muletas, el personal apiló medicamentos e instrumental en carritos y los que podían combatir abrieron armarios y cogieron fusiles y lanzas.

Yo casi ni me di cuenta: me movía a lo largo de la pared, todavía tratando de oír cualquier cosa que pudiese indicar el punto por el que se produciría el ataque. Vi que Ridley iba hacia el otro extremo de la larga pared.

—Yo empezaré por aquí —me dijo—. Nos juntaremos en el medio.

Por lo menos era una forma de reconciliación.

—¡Gracias, pero no! —le grité—. El Bradley: coge el Bradley. Si consiguen entrar...

—Ya..., hecho —contestó, y salió corriendo hacia el piso, pasando por delante de MartinLuther, que cojeaba, tenía el pecho vendado y una bolsa de suero al hombro que alimentaba una vía en el brazo.

Estaba cogiendo a Ella —tenía la extremidad trasera profusamente

vendada y, tras la operación, solo tres patas— de una camilla y la estaba acomodando en una silla de ruedas: no estaba dispuesto a dejarla de ninguna manera.

Al ver que Ridley se iba, me gritó desde el otro lado de la habitación:

—¡Yo me encargo del otro extremo!

Asentí a modo de agradecimiento y vi que dirigía a la perra hacia la pared, se pegaba a ella para escuchar y comenzaba a andar hacia mí.

Pasé por delante de otros cuatro de los enormes anuncios satinados, no oí nada, y empezaba a cuestionarme si no me habría equivocado con los orcos cuando MartinLuther silbó con fuerza para captar mi atención en medio del estrépito de la evacuación.

—¿Qué opinas de esto? —me dijo.

Corrí a donde estaba, apliqué el oído y escuché. No oí nada.

—¡No hagáis ruido! —pidió MartinLuther a la habitación en general.

Se hizo algo parecido al silencio, me concentré todo lo posible y creí percibir algo.

—¿Oyes una perforadora? —le pregunté con vacilación.

—Es posible —convino—. Es lo que he pensado yo.

Nos movimos por la pared para ver si podíamos oírlo con más claridad. Martin seguía utilizando la silla de ruedas para sujetarse, la iba empujando a nuestro ritmo, cuando Ella —que estaba tendida completamente inmóvil y jadeante después de la operación— de pronto intentó levantarse. Martin y yo la miramos. Incapaz de ponerse de pie, miró la pared y empezó a gruñir.

—No es posible que huela a través del hormigón —aduje.

—No, pero sí puede oír —puntualizó Martin, el miedo de repente constriñéndole la voz. Apoyó el rostro en el muro—. Están ahí —aseguró—. Los oigo. A poco más de un metro.

—¿Detonadores? —pregunté.

—Sí, los están metiendo en la pared.

Me di la vuelta hacia la sala.

—Corred, ¡ahora! —exclamé.

De inmediato, quienes no se habían marchado aún salieron disparados hacia la estrecha puerta.

Chloe se dio cuenta de que la puerta iba a ser un cuello de botella mortal.

—¡Las camillas primero! —advirtió mientras iba hacia allá, apartando a personas, abriéndose paso…

Miré al otro lado y vi que Rebecca levantaba a un combatiente malherido de una cama quirúrgica y lo acomodaba en una silla de ruedas: hacía caso omiso de los chillidos que pegaba el hombre, desesperada por ponerlo a salvo.

—¡Sal! —le grité—. ¡Déjalo! Van a volar la…

Becca me oyó —levantó la vista— y desapareció de golpe, perdida en una explosión ensordecedora de polvo y escombros cuando toda una sección de la pared explotó.

Un celador de mediana edad con un guerrero tatuado en el antebrazo murió en el acto cuando un trozo de hormigón le golpeó el pecho y se lo abrió. Vi que Quaalude —el tuerto de los planos— salía volando por la sala, se daba con la cabeza contra un equipo portátil de rayos X y se desplomaba. Vi que el paciente de Rebecca y la silla de ruedas daban una voltereta en el aire...

Entonces la explosión me lanzó a mí hacia atrás contra un botiquín de acero. El golpe hizo que el armario cayera encima de mí, protegiéndome involuntariamente de la segunda oleada —más letal— de escombros más pesados.

La arremetida de hormigón, ladrillos y tuberías de agua de cobre barrió la habitación como si fuese una guadaña. Oí los primeros gritos y después los sonidos comunes a todas las batallas: personas pegando alaridos de dolor o suplicando ayuda. Me desembaracé del botiquín, pero no veía nada, ni tampoco a Rebecca.

La habitación se vio envuelta en polvo de hormigón y los asfixiantes vapores de los explosivos. No se veía nada a más de treinta centímetros. Me levanté como pude y fui hacia la penumbra a trompicones para dirigirme hacia donde había visto a Rebecca por última vez. No muy lejos, Ella gimoteaba, y entonces oí que MartinLuther intentaba tranquilizarla. Por lo menos ellos dos estaban vivos. Pedí a Dios que obrara un milagro más...

Los escombros y los restos entremezclados de camillas y carritos hacían que me resultara difícil avanzar, pero lo conseguí yendo a tientas, cayendo y medio arrastrándome. No llevaba mucho cuando el polvo comenzó a disiparse. Mala noticia...

Los orcos habían empezado a utilizar enormes extractores para despejar la zona de combate y acometer su siniestro trabajo. Tenía que elegir, aunque lo cierto es que la elección no era tal: seguir para tratar de encontrar a Rebecca o armarme y ayudar a rechazar el inminente ataque.

A Rebecca no le sería de ninguna ayuda si moríamos todos. Examiné los destrozos y las ruinas que tenía a mi alrededor. Había un soporte con armas que se había salvado de la explosión y me abalancé hacia ellas. Vi a MartinLuther a través del polvo que se asentaba y eché mano de un fusil y un carcaj con lanzas.

Pegué un grito y él se volvió. Le lancé ambas cosas. Apenas las había cogido cuando más hombres y mujeres —que salían entre los escombros, cubiertos de polvo blanco, y parecían fantasmas— empezaron a pedir a gritos fusiles y lanzas.

Mientras yo los tiraba por el aire, Chloe regresó a la sala y empuñó

un fusil.

—Aquí vienen... —anunció MartinLuther.

Me volví y vi a grupos de orcos —figuras enormes, espectrales en la penumbra, envueltas en la luz que irradiaba el fuego y polvo— que salían de donde se habían protegido de la explosión. Comenzaron a avanzar por el sótano de Van Cleef & Arpels.

—¡Formad parejas! —oí que gritaba Chloe—. Uno coge la lanza y el otro los contiene disparando en automático. Esperad a que dé la orden...

Entreví que más defensores —celadores, los heridos que podían andar, médicos— llegaban del dispensario, cogían armas y se ponían a cubierto. Los heridos, que aullaban de dolor, estaban por todas partes, pero nadie podía ayudarlos.

Entonces lo vi: mayor, increíblemente poderoso, con numerosas cicatrices y tanto más aterrador debido a ello. Venía por un flanco, estaba a punto de ponerse en cabeza para liderar a los orcos.

Kazinsky.

41

Seguía avanzando, y caí en la cuenta de que el Coronel estaba a tiro y no podía ir a ningún sitio. Lo puse en el punto de mira, sujeté el fusil con firmeza, apunté justo debajo de su oído izquierdo y controlé mi respiración para asegurarme de que la lanza le acertaba en el mágico sesenta y dos. Hice a un lado todas las emociones que me provocaba volver a tenerlo delante y me concentré únicamente en efectuar el disparo.

Kazinsky pasó por encima de varias cajas destrozadas y lo ocultaron en parte las ruinas de dos pilares de hormigón que la explosión había hecho pedazos. Por las órdenes que daba a voz en grito, era evidente que el ataque no estaba saliendo según lo planeado: seguro que contaba con el elemento sorpresa y con que la explosión causara más bajas y, como no había sucedido ninguna de esas dos cosas, ahora se veía obligado a desarrollar otra estrategia.

Tras ponerme a cubierto detrás de una camilla volcada, esperé a que saliera de detrás de los pilares. El uniforme que llevaba, cubierto por una gruesa capa de polvo blanco, me proporcionaba un improvisado camuflaje, tan bueno como podía esperar un francotirador. Mientras mantenía el ojo en la mira pensé en el largo camino que habíamos recorrido ambos hasta acabar en un sótano en ruinas de la Quinta Avenida. Un minuto más, probablemente menos, y su viaje habría concluido...

Cuando salió de detrás de los pilares se detuvo para ladrar una

orden, y los suyos salieron de donde estaban a cubierto por ambos flancos y atacaron con un movimiento de pinza. Yo relajé los hombros, rocé el botón con el dedo índice y efectué una última comprobación del ángulo. Kazinsky estaba acabado.

—¡Fuego! —gritó Chloe... y se armó la de San Quintín. Una descarga de lanzas y fuego automático desde varias decenas de ángulos, efectuada por los combatientes y el personal médico que se habían atrincherado tras los destrozos, golpeó a los orcos. Dios bendiga a mi hija, pero...

El enemigo se lanzó al suelo. En el punto en que estaba, yo no pude abortar: la lanza salió disparada y vi que atravesaba el polvo en el ángulo correcto. Solo había un problema: Kazinsky, que asimismo se disponía a ponerse a cubierto, se hallaba en pleno salto.

La lanza le abrió la mejilla, pero continuó su trayectoria sin causarle más daños y le dio en plena frente a una hostil que estaba detrás, derribándola.

Kazinsky, con la sangre corriéndole por la cara, se levantó y miró a su alrededor desconcertado. A esa distancia, en esas condiciones..., ¿qué había pasado? ¿Tenían un francotirador? Cogí otra lanza y me dispuse a cargar. La mano me temblaba, sabía lo que se nos venía encima...

Apenas había acoplado la lanza en el soporte y era incapaz de ver bien a Kazinsky cuando empezó. Lo oí gritar la orden en ruso y en inglés, y sus hombres se levantaron y arremetieron contra nosotros, disparando desde la cadera o el hombro, utilizando las cajas y los montones de escombros de parapeto, atravesando con las miras láser la penumbra y el humo; los disparos les acertaban una y otra vez, pero confiaban en su superioridad numérica para seguir avanzando. Vi que varios de ellos cargaban lanzagranadas y después hombres y mujeres con un gran depósito a la espalda y la boquilla del arma en las manos se situaron en primera línea.

¿Qué tenían los lanzallamas que resultaban mucho más terroríficos que los disparos o las granadas, incluso a personas aguerridas? Sentí el miedo igual que los demás y oí gritos de alarma en nuestras filas. Nos iban a quemar vivos.

Disparé, abatí a un grandullón y, mientras cargaba de nuevo, tuve tiempo para pensar en lo que nos depararían los próximos dos minutos. No teníamos nada que hacer: ellos eran demasiados; los lanzagranadas, demasiado letales, y los lanzallamas, demasiado aterradores.

Alcé la vista y —a través del humo y la lluvia de fuego enemigo— llamé la atención de Chloe. Señalé la puerta con la cabeza y ella supo exactamente lo que quería decir: teníamos que retirarnos. Al tiempo que dejaba caer al suelo un peine de munición vacío e introducía otro,

mi hija gritó:

—¡Martin, el resto y tú primero. Nosotros os cubrimos...!

—No —chillé a mi vez para hacerme oír con las ensordecedoras ráfagas—. Vosotros primero. Nosotros los mantendremos a raya.

No se lo dije, pero no me retiraría con MartinLuther ni con nadie, no hasta que encontrara a Rebecca. Me volví hacia él para decirle que abriríamos fuego de cobertura, pero tanto Martin como los veinte hombres y mujeres que tenía cerca, tumbados bocabajo, habían oído lo que le había dicho a Chloe y estaban corriendo la voz mientras cargaban y cambiaban de posición para iniciar nuestra propia descarga.

Tenía que elegir bien el momento. Un segundo después vi mi oportunidad: Chloe estaba a punto de moverse y Martin se aseguraba de que su improvisada compañía mantenía inmovilizados a Kazinsky y sus hombres.

Me levanté, zigzagueé completamente agachado para abrirme paso por la tierra de nadie y me tiré sobre unos escombros, perdiendo el fusil en el proceso y acabando bocabajo. La destrozada silla de ruedas había terminado encima de un armario hecho pedazos. Por lo menos me daba una idea de hacia dónde debía dirigirme: Rebecca tenía que estar cerca.

Desde donde me encontraba, las balas levantaban nubes de polvo, y los lanzallamas dejaban un fuerte olor a vapores de gasolina flotando en el aire.

Recogí las piernas y esperé a que el fuego de Martin se convirtiese en un rugido incesante. Sin embargo, Chloe y los suyos apenas se habían movido: no podían retirarse sin que los masacrasen.

En el campo de batalla se vio una luz. Me volví y vi dos focos que se aproximaban por el pasillo que llevaba al piso de Rebecca: el blindado Bradley, con sus treinta toneladas, su cañón de cadena Bushmaster de 25 milímetros —capaz de disparar trescientas balas por minuto, con un alcance efectivo de tres mil metros, no hablemos ya de treinta metros— y dos lanzagranadas de cuatro cañones por fin había llegado.

Busqué a Chloe y estaba a punto de decirle que abortase la retirada cuando, con la luz que daba el Bradley, vi a Rebecca. Medio cubierta de polvo y sangrando de un corte profundo en la mejilla, estaba saliendo de una maraña de camillas y carritos rotos y, agachada para evitar el fuego y con una pierna a todas luces herida, intentaba poner a salvo al hombre de la silla de ruedas.

—¡Al suelo, al suelo! —grité eufórico al ver que estaba viva.

Ella alzó la cabeza, me vio, pero no entendió por qué le decía que se echara al suelo: desde donde se encontraba no podía ver el Bradley. Kazinsky, en cambio, sí. Giré sobre mis talones y lo sorprendí mirando por el pasillo las luces que se aproximaban. Él más que nadie —había

visto el vehículo en campos de batalla de Irak a Siria— sabía el daño que podía causar un cañón de cadena. Ordenó a su cornetín —un crío de unos catorce años— que tocase retirada.

Mientras sonaban las agudas notas, Kazinsky levantó su fusil de asalto y, en un acto de ira y rebeldía, descargó todo el cargador contra MartinLuther y los suyos. Como aún no estaba satisfecho y disparaba desde detrás de uno de los pilares, retiró el peine vacío... y vio que Rebecca se erguía en un intento de agarrar mejor al herido para seguir tirando de él.

Kazinsky introdujo otro cargador y apuntó con cuidado. Grité a Rebecca, pero con el ruido que había no me oyó. Siguió esforzándose por salvarlo...

Yo sabía que era imposible que Kazinsky fallase, con su experiencia y a esa distancia. Fui a coger mi fusil para abatirlo, pero, naturalmente, no lo tenía. Desesperado, me levanté y me disponía a intentar llegar hasta ella. Kazinsky apretó el gatillo...

Y no pasó nada. El arma se había encasquillado o sobrecalentado o el cargador anterior se había trabado. Me daba lo mismo, era mi oportunidad...

Me abalancé hacia delante. Si corría a toda velocidad, supuse que podía dar alcance a Rebecca y tirarla al suelo antes de que Kazinsky solucionara el problema.

Mientras corría, miré hacia un lado y vi que el Bradley irrumpía en la sala de urgencias, con Ridley en la torreta, escudriñando el campo de batalla desde la protección que le brindaba un escudo antibalas transparente al mismo tiempo que las orugas aplastaban los escombros y pasaban por encima de las inservibles camillas.

Me entraron ganas de dar gritos de alegría: el Bradley arrollaría al enemigo antes de que Kazinsky pudiera destrabar el arma...

Solo que Kazinsky ni se molestó en intentar tal cosa. Se deshizo del fusil y, puesto que no tenía un arma de mano, se sacó una MPL-50 de una trabilla del chaleco antibalas.

Inventada hacía más de ciento cincuenta años, no parecía demasiada cosa..., a menos que uno hubiese visto utilizar una en combate. Era una herramienta de zapadores, una pequeña pala con un mango de madera que se usaba principalmente para abrir trincheras, pero, al igual que las navajas suizas, tenía muchos más usos: sartén, martillo, remo, sierra y, con el borde de acero endurecido similar al filo de un cuchillo, había sustituido a la bayoneta como arma letal en el combate mano a mano.

Los soldados de la Spetsnaz se sometían a un entrenamiento avanzado con ella, y la pala también tenía una utilidad menos conocida, pero más siniestra: estaba perfectamente calibrada y se podía emplear como hacha arrojadiza.

Rebecca no oía nada con el estruendo del potente motor del Bradley. Los orcos lo vieron, sin embargo, y empezaron a retroceder. MartinLuther y los otros defensores gritaron de alegría al ver llegar el vehículo y descerrajaron otra lluvia de balas contra ese enemigo que se retiraba. Era una sinfonía de movimiento y ruido…

En medio de la orquesta, Kazinsky levantó el brazo y echó atrás la MPL-50…

Yo corrí más deprisa aún si cabe, salvando escombros y muebles rotos.

Rebecca vio el Bradley y —aliviada por su presencia y decidida a poner a salvo a su compañero— se irguió un poco más.

Tras desechar la idea de retirarse, Chloe reconoció a su madre entre las nubes de polvo. Su sonrisa inicial se tornó pavor cuando vio a Kazinsky con la pala…

Ridley —concentrado en el enemigo— abrió fuego con el cañón de cadena: ensordecedor y brutal, atravesó hormigón, escombros y carne.

El brazo de Kazinsky llegó al límite del arco que estaba describiendo. Detrás de él había fuego y durante un instante la MPL se vio a contraluz con las llamas…

Kazinsky lanzó la pala.

Vi con impotencia como daba vueltas en el aire, describiendo círculos, atravesando de manera infalible el polvo y el humo. Traté de seguir corriendo, pero mis pies parecían de plomo.

Ridley vio a Rebecca con el rabillo del ojo, reparó en el hacha y dejó de disparar un segundo para advertirla.

Rebecca lo oyó, levantó la vista y se volvió…

Vi que el arma se acercaba a ella, hendiendo el aire.

Y por fin Rebecca también la vio. Intentó hacerse a un lado, pero era demasiado tarde. Solo tuvo tiempo de gritar cuando el hacha le acertó por encima de la clavícula y se le clavó en el cuello.

Debió de salir un gran chorro de sangre arterial, pero no recuerdo haberlo visto. Rebecca cayó, el hacha se soltó, y quedó tendida en los escombros. Yo seguí corriendo, pero sabía lo que me encontraría: sentí que la luz de mi corazón se apagaba.

42

Fui el primero en llegar hasta ella, la estreché entre mis brazos y noté que su sangre me corría por el cuello. Vi en sus ojos que me reconocía. Nuestras miradas coincidieron durante un terrible, breve instante, Becca me apretó la mano…

Y acto seguido su mirada se tornó vidriosa y la vida la abandonó.

La gente dice que mirarse a los ojos una última vez cuando se

enfrenta a la muerte es una suerte de consuelo. Pues se equivoca: no lo es.

En algún lugar detrás de mí el cornetín dejó de tocar, el cañón de cadena —que había empezado a disparar otra vez bajo manejado por otro— enmudeció y el traqueteo del fuego automático cesó. El enemigo se había retirado; la Resistencia se había alzado con una victoria que a nadie le parecía tal.

Chloe estaba a mi lado, abrazándonos a su madre y a mí. La estreché con fuerza y noté dos manos en mis hombros: miré hacia arriba y vi que era Ridley, que apoyó la mejilla en mi cabeza. Sus lágrimas empezaron a caerme por el rostro. Al fin, los cuatro fuimos una familia unida: unida en el dolor.

Chloe alzó el rostro, anegado en llanto.

—La querías con toda tu alma, ella siempre nos decía eso —consiguió decir entre sollozo y sollozo.

—Si el amor hubiese bastado para mantenerla con vida, habría vivido eternamente —contesté.

No muy lejos, Laleh y Jon se habían unido al círculo de aflicción. Laleh tenía la cabeza baja, estoy seguro de que rezaba. Detrás de ella numerosos combatientes de la Resistencia, de pie, pesarosos, guardaban un silencio respetuoso por la mujer que había salvado tantas vidas.

Miré a Jon, estaba muy pálido.

—¿Cuántos? —pregunté.

—Cuántos ¿qué? —repuso desconcertado.

—Submarinistas. ¿Cuántos hay aquí, en Nueva York?

—No lo sé —replicó—. Diecisiete submarinos llegaron a lo largo de los primeros años. Esas son..., qué, ¿dos mil quinientas personas? Muchas habrán muerto, claro está. Puede que queden quinientas o seiscientas. Suficientes para formar una dotación.

—No necesito una dotación —puntualicé—. Quiero a hombres y mujeres que hayan servido en embarcaciones de clase Virginia, que conozcan hasta el último detalle. Quiero ingenieros, licenciados en física nuclear, maestros soldadores y expertos en informática. Necesito que el *Leviathan* pueda volver a navegar.

Mis hijos, Laleh y Jon me miraron. Chloe me apretó la mano con tanta fuerza que me hizo daño.

—Papá... —dijo—. ¿De verdad... vas a...?

La angustia le impidió continuar, pero supe que quería una confirmación. Miré el cuerpo sin vida de Rebecca.

—Voy a volver —afirmé.

No puedo decir que tener una misión me salvara la vida, pero sin duda me salvó de la locura.

Permanecimos sentados lo que nos parecieron horas, abrazados, velando en silencio a Rebecca, mientras a nuestro alrededor se apagaban los fuegos, el polvo empezaba a asentarse y sacaban a los muertos y los heridos.

Vi vagamente que varios equipos de trabajo reunían los cuerpos de los orcos y los subían para dejarlos en la Quinta Avenida y oí que dos exploradores de avanzada informaban de que se había visto a Kazinsky guiando a los supervivientes hacia el río.

Poco después, la tripulación a bordo del Bradley abrió fuego con el cañón de cadena contra los pilares de hormigón que quedaban en pie en el sótano de Van Cleef & Arpels, cortándolos como lo haría una sierra. La idea era echar abajo los pisos superiores para asegurarse de que nadie pudiese pasar por el túnel y entrar en el sótano otra vez. También sirvió para poner punto final: era hora de que mis hijos y yo nos fuésemos.

Como el buen hombre que era, Jon se había adelantado a la macabra tarea que se avecinaba. Cuatro celadores estaban esperando ya en las sombras. Demostrando un gran tacto, dejó que mirásemos por última vez el cuerpo sin vida de Rebecca y después nos apartó de allí. En cuanto nos dimos la vuelta, entreví que los celadores se acercaban para depositar a Rebecca en una bolsa mortuoria.

Los tres salimos de la sala de urgencias y enfilamos el pasillo. Cuando nos aproximábamos a la escalera de incendios, mi cerebro de agente secreto entró en funcionamiento y empecé a pensar en lo que tenía por delante: había una misión que planificar. Vi que la puerta del piso estaba abierta y me solté de la mano de Chloe.

—¿Adónde vas? —inquirió, sorprendida con mi repentina energía.

—Ahora mismo soy el planificador de la misión, el analizador de amenazas y el agente de inteligencia —repuse—. Voy a trabajar.

44

La noche estaba cayendo cuando una niebla densa se extendió sobre mil seiscientos kilómetros de planicie desierta y avanzó hacia las luces de Baikonur. Sentado solo en la cámara frigorífica reconvertida que en su día había sido la guarida de Don Steele —el almacén de todos sus documentos y ahora mi improvisado centro de control—, veía grabaciones de la Noche del Diablo en las paredes.

En los cuarenta segundos que mediaron entre que hablé con Chloe en el pasillo y entré en el piso, supe cuál era el primer paso que tenía que dar, el más crítico: debía averiguar el día y la hora exactos de un suceso acaecido hacía veinticuatro años. La investigación realizada por Don era mi única esperanza de conseguirlo. Abrí la puerta de acero y entré en la oscura habitación. Sin prestar la menor atención al Monet y a otros cuadros de un valor incalculable, sirviéndome de la luz de un único flexo, formé una mesa de trabajo con lo que en su día habían sido los pupitres de los niños y comencé a sacar cajas de los altos estantes, a proyectar imágenes en las paredes, a abrir carpetas que llevaban décadas sin ver la luz y a examinar montones de viejos discos de ordenador y discos duros.

Mi concentración se vio interrumpida cuando la cámara entera se inundó de luz. Volví la cabeza con sobresalto: Chloe —su silueta dibujándose en la puerta con su hermano— había encendido las luces del techo.

—Podemos echar una mano, si necesitas ayuda —se ofreció. Parecía hundida.

—La necesito, y mucho —acepté.

—¿En la Agencia hay algún nombre para los empleados que no han recibido entrenamiento? —quiso saber Ridley.

—Ejecutivos —dije.

Sonriendo, ambos se sentaron en sus antiguas mesas.

—¿Cuál es el plan? —inquirió mi hijo.

—Estoy intentando recabar información de distintas fuentes —conté —. Para intentar triangular los datos. El objetivo es reproducir con exactitud el viaje que emprendieron las esporas. Si tenemos suerte, podremos ir hacia atrás y precisar el día y la hora exactos en los que Kazinsky las liberó.

—Entendido —aseveró Ridley—. Supongo que al menos tenemos una ventaja: sabemos que Baikonur fue la zona cero. —Comenzó a abrir cajas y examinar carpetas—. Sin eso, estaríamos perdidos.

En lugar de ordenadores, contábamos con una pizarra blanca, mapas proyectados en una pared y —poco después— infinidad de notas

garabateadas esparcidas por todo el suelo. Con Chloe a cargo de marcar coordenadas en la pizarra, fuimos abriendo caja tras caja y carpeta tras carpeta en busca de información y desechándolas. Gracias a la concienzuda investigación de Don y a la ayuda de diagramas de flujo de vientos, detalladas lecturas barométricas, relatos de testigos oculares de todo el mundo y otras muchas medidas, Chloe añadió una entrada más en la pizarra, revisó una serie de datos y, exhausta, se balanceó hacia atrás, apoyándose en los talones.

—Lo tenemos —aseguró.

La miré con vacilación: no podíamos cometer ningún error.

—No te preocupes, estoy segura —aseveró—. Entre la 1.16 y la 1.57 de un domingo, el ocho de julio, hace veinticuatro años, Roman Kazinsky se encontraba en la planta de procesamiento de minerales del espacio de Baikonur y de alguna manera consiguió liberar las esporas.

Fui hacia delante y me detuve frente a la pizarra blanca para revisar las complejas líneas que habíamos trazado y las notas que habíamos dispuesto en un mapa de Kazajistán: todas ellas convergían en el día y la hora que Chloe había señalado.

—Bueno, pues es simple, ¿no? —observé—. Me refiero a la misión: solo tengo que estar en el cosmódromo de Baikonur antes de la una de la mañana de ese domingo y pararle los pies.

Los dos asintieron, pero yo seguía inmóvil frente a la pizarra, aunque sin mirarla, pensando en todo lo que necesitábamos hacer para ir hasta allí, para reparar el *Leviathan*, conseguir reprogramar los ordenadores para que me llevaran de vuelta siguiendo el rumbo exacto y los mismos parámetros que me habían traído hasta Nueva York.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Chloe.

—Sí, solo estaba pensando. —Volví a mi mesa, cogí un papel en el que había estado trabajando y lo coloqué en la pizarra.

—¿Qué es? —quiso saber.

—Un calendario para después de que emerja —expliqué risueño—. Que no se diga que no soy optimista.

—¿Un calendario? ¿A qué te refieres? —inquirió mi hija.

—Si lo hacemos bien, el submarino subirá a la superficie en el océano Antártico…, pero tendré que llegar a Baikonur desde ahí —observé mientras señalaba el papel—. Lo he cuadrado lo mejor que he podido. Nos llevará tres días y medio llegar del submarino al cosmódromo.

—Lo que significa que el submarino ha de emerger casi cuatro días antes de que Kazinsky libere las esporas —calculó Ridley—. De ese modo tendrás el tiempo suficiente para hacer el viaje y detenerlo.

—Exacto —confirmé—. El domingo a la una de la mañana como

tarde debo estar en Baikonur. Tres días y medio antes es miércoles, que casualmente es Cuatro de Julio, el Día de la Independencia.

—Tendrás que emerger alrededor de una hora antes del mediodía el día cuatro —recapituló Chloe.

Asentí.

—Si me retraso, no me dará tiempo a llegar a Baikonur.

—Ochenta y cuatro horas —precisó Ridley tras mirar el calendario y mis notas—. Ochenta y cuatro horas para llegar desde el océano Antártico hasta Baikonur. ¿Es factible?

—¿Es factible algo de todo esto? —planteé—. ¿Sobrevivirá el submarino al viaje? Y, si lo hace, ¿estaba en lo cierto vuestra madre al decir que no hay un único futuro, sino (como el propio universo) posibilidades infinitas? Supongo que pronto lo averiguaremos.

Apagué el flexo y Chloe las luces del techo. Aunque los tres estábamos agotados, sabía que ninguno tenía la menor intención de meterse en la cama; no podríamos dormir.

45

—Polvo de estrellas —dije en voz baja a los gemelos cuando nos sentamos juntos, hechos un ovillo, en la azotea. Seguía haciendo un frío helador, pero el viento había dejado de soplar, las nubes se habían desvanecido y las estrellas parecían lo bastante cerca como para poder tocarlas—. Eso es lo que me dijo vuestra madre poco después de conocernos. Cada átomo de nuestro cuerpo, el oxígeno que respiramos, los minerales que conforman nuestros huesos y el hierro de nuestra sangre, todo ello se formó en el interior de las estrellas y se diseminó por el espacio mucho antes de que la Tierra existiera. Estamos hechos de estrellas, de ahí es de donde venimos. Ella siempre decía que eso es lo extraordinario de la vida, que literalmente somos hijos del universo. —Miré y vi que los gemelos sonreían—. ¿Qué? —pregunté.

—También nos lo dijo a nosotros —afirmó Chloe.

—Cien veces —añadió Ridley pesaroso—. Cuando éramos pequeños y veíamos que todos los días moría gente y estábamos aterrorizados, ella nos pasaba un brazo por los hombros y nos decía que éramos polvo de estrellas. Decía que morir era lo de menos, que todo el mundo moría: lo importante era lo que hacíamos antes de morir.

—Y ella hizo un montón de cosas en su vida, la verdad —apuntó Chloe con voz trémula.

—Lo hizo todo —corroboré abrazándola—. Tuvo un montón de vidas en una. Sobre todo tuvo unos hijos a los que quería y que la querían. ¿Qué más podría desear alguien? Pensaba preguntarle por

vuestros nombres: ¿por qué os puso esos? Ridley lo entiendo, pero...
—Estaba tan ilusionada con el embarazo que empezó a elaborar una lista el día que te fuiste en el submarino —contó Ridley—. Una columna para los chicos y otra para las chicas. Anotó sus preferidos en el dorso de la primera ecografía, la que le dijo que iba a tener gemelos.
La ecografía que vi yo la mañana que salí para ir a Diego García.
—Cinco días después de que te marcharas, la lista había ido aumentando más y más: ya sabes cómo era mamá, otra cosa no, pero concienzuda... —Ridley intentó sonreír—. Luego se enteró de que un submarino experimental había desaparecido, y para entonces ya tenía doce nombres de chico y los mismos de chica —continuó—. No añadió más: estaba demasiado sobrepasada. Hecha polvo. Los ordenó según los que más le gustaban y los dos primeros puestos de los de chico los ocupaban Xander y Panama...
—¿Qué? —exclamé.
—Ya —contestó—. Que te dieran por muerto me salvó de llamarme así: mamá decidió que me tenía que llamar como mi difunto padre.
—En fin —comenté—. No hay mal que por bien no venga. Pero ¿Panama? ¿Seguro que no era una broma?
—Hemos visto la lista —replicó Ridley—. Fue la primera eco y la llevaba siempre en la cartera.
—De la lista de las chicas, los dos primeros nombres eran Megan y Olivia —contó Chloe—. Chloe ocupaba el último puesto, pero entonces se dio cuenta de que esos eran los nombres que prefería ella, no tú, así que intentó adivinar cuál te gustaría más. ¿Qué tal lo hizo?
—Estupendamente, la verdad —afirmé—. Chloe me encanta.
Mi hija hizo una pausa y se puso seria.
—Ridley y yo lo hemos estado hablando: sabemos cuál es la situación. Vas a volver, pero no crees que vayas a salir con vida del viaje, ¿no?
No dije nada: tenía razón.
—Solo queremos que sepas... que nunca olvidaremos lo que has hecho.
—Lo curioso del caso es que, si todo sale bien, vosotros nunca lo sabréis. Las esporas no se liberarán, la Noche del Diablo no existirá, nada de esta realidad existirá. Naceréis en el MedStar de Washington, iréis al colegio, vuestro padre os mentirá sobre el trabajo al que se dedica. Esto no habrá pasado.
Ridley me miró de manera distinta.
—No se me había ocurrido —admitió—. Serás un héroe desconocido, el mundo no sabrá lo que has hecho, ni siquiera lo sabrán tu propia mujer y tu propia familia.
—Bienvenido al mundo del espionaje —repuse risueño—. Y si sale

mal, dará lo mismo: habremos muerto todos. Nadie sabrá que por lo menos lo intentamos: como dijo alguien, la historia la escriben los vencedores.

46

Incluso con la ventaja de una dotación nutrida y con gran experiencia, compuesta por los submarinistas que habían sobrevivido, dividiéndolos en dos turnos y trabajando las veinticuatro horas del día, tardamos casi tres semanas en reparar y preparar el *Leviathan*.

Nadie sabía a ciencia cierta si el submarino era capaz de emprender el viaje de vuelta, pero la opinión general era que, debido a su naturaleza experimental, el misterioso dispositivo de invisibilidad se había construido cumpliendo un alto nivel de calidad y no había sufrido daños graves. Sin un dique seco, no se podía decir lo mismo del casco.

Lo mejor que pudimos hacer fue desplegar un equipo de buzos de salvamento cargados con una gran cantidad de instrumental que cogimos de los submarinos abandonados para comprobar si el metal había sufrido fatiga o si había otras señales de debilidad.

Al no encontrar ninguna, los trabajos en la obra muerta continuaron sin cesar. En cuanto tomé la decisión de regresar, Jon y yo determinamos que un rompehielos de la guardia costera abandonado se dirigiese hacia el *Leviathan*. Con un par de malparados buques contraincendios de Nueva York, lo sacaron del Hudson y lo amarraron entre dos muelles de gran calado en un recodo del East River.

Una pared de rascacielos derruidos a lo largo de la costa arrojaba una profunda sombra sobre el lugar donde se efectuaban las reparaciones y proporcionaba una defensa efectiva contra un ataque aéreo. Con cañones de cadena y artillería montados en las azoteas, zódiacs y motos de agua patrullando las aguas y drones de la Resistencia volando todo el día y toda la noche, los orcos apenas tuvieron ocasión de interrumpir los trabajos.

Hacia finales de la tercera semana —uno de esos días claros y sumamente bellos con los que uno se encuentra a veces a principios de primavera—, los barcos contraincendios se aproximaron a los muelles y lanzaron resistentes calabrotes a la cubierta del *Leviathan*.

Con la marea en su punto más alto, hombres y mujeres afianzaron una docena de ellos a fijaciones de apertura rápida y prepararon el submarino para remolcarlo desde donde estaba anclado. Yo estaba en el muelle, en silencio, con Chloe y Ridley, con un petate a los pies y la misma ropa e identificación al cuello que llevaba cuando llegué. Volvía a ser Daniel Raymond Greenberg, científico en Oak Ridge,

Tennessee, y ya casi era hora de que se despidiera.

Vimos a los integrantes rezagados del último turno salir del submarino y apiñarse en el muelle. Casi todos se detuvieron para estrecharle la mano a Jon o cambiar unas palabras con él. Sin que nadie se lo pidiera, se había responsabilizado de organizar los equipos. Sin él no se habría logrado gran cosa.

Jon rodeaba con un brazo a Laleh, ambos de espaldas a nosotros, cuando una gran bandada de oropéndolas de vivos colores —amarillos y naranjas con las alas negras— llegó volando bajo por el río. Nueva York se hallaba en lo que se denominaba la «ruta atlántica», una de las principales rutas migratorias de aves del mundo, y con la llegada de la primavera las aves se dirigían al norte.

Eran todo un espectáculo, su llamativo plumaje destacaba contra el cielo azul y la centelleante agua, algo que habría bastado para animar a cualquiera…, salvo, al parecer, a Jon y Laleh. Cuando se volvieron para seguir el vuelo de los pájaros, vi la expresión de profundo pesar de Jon, y estaba claro que Laleh también se hallaba al borde de las lágrimas.

—¿Qué les pasa a Jon y Laleh? —pregunté.

—Nos pidieron que no dijéramos nada —respondió Ridley—. Pero si matas a Kazinsky, ellos no se conocerán aquí, en Nueva York, y nada del resto pasará.

—Quieren que tu misión sea un éxito, desde luego —añadió Chloe —, pero es una sensación agridulce: saben que estos podrían ser los últimos días que estén juntos.

Asentí, lo entendía, y llamé a Laleh, que se volvió con cara de sorpresa: ya nos habíamos despedido. Les indiqué que se acercaran.

—¿Te acuerdas de cuando estaba en la jaula de metal? —le pregunté.

—Claro —afirmó—. ¿Por qué?

—Tenías miedo, pensabas que el ejército americano vendría a rescatar a su espía…

—Y me abandonarías y yo me quedaría allí, sola con los hombres. —Terminó la frase por mí.

—¿Recuerdas lo que te dije?

—Me dijiste que si lograbas escapar, no me dejarías, me llevarías contigo.

—Exacto —confirmé—. Hice una promesa, ¿no es verdad?

—Y la cumpliste.

—Ahí es adonde quería llegar. Y ahora te voy a hacer otra: si regreso, me aseguraré de que vosotros dos os conocéis. El resto dependerá de vosotros, pero te doy mi palabra de que me ocuparé de esa parte.

Me miró y me dio un abrazo. Eché un vistazo detrás de ella: el

último de los trabajadores había salido del *Leviathan* y, junto con todos los demás, se encontraba en el muelle. El jefe de operaciones más veterano se aproximaba.

De edad avanzada, tenía el mono de faena manchado de mugre y aceite acumulados tras semanas de duro trabajo, pero echó atrás los hombros e hizo un saludo militar. Yo sabía que se había corrido la voz de que —pese al nombre que figuraba en mi identificación y en la lista de pasajeros— era un oficial que había servido en submarinos. Había salido de Diego García, de la Marina estadounidense, devenido en espía, se decía.

Saludé a mi vez, y no se me escapó la ironía de la situación; por fin había cumplido el sueño que tanto había atesorado cuando crecía en Florida: ahora me hallaba al mando de un submarino nuclear. El destino había jugado una extraña mano.

Me di la vuelta y contemplé la embarcación de la que dependía mi vida y la vida de todo el mundo. Alguien había dispuesto que llevase un número de identificación de la Armada estadounidense pintado en el casco. Ahora era el SSN-212: como en todos los submarinos, SSN indicaba que era un submarino nuclear de ataque, y 212 en su día había sido el prefijo de Manhattan. Además, en un lateral de la torreta habían colgado una placa de madera de quita y pon que rezaba USS LEVIATHAN. Ahora tenía el nombre y la identidad de un buque de guerra, preparado para cualquier batalla que pudiera presentarse.

—Embarcación lista para zarpar, señor —anunció el jefe de operaciones.

Asentí para expresar mi agradecimiento. Había llegado el momento de partir: solo quedaba una última cosa por hacer.

Me tomé unos segundos para mentalizarme y me volví hacia mis hijos. Abracé a Chloe y la besé en la cabeza.

—Te veré al otro lado —le dije.

—¿De la vida? —preguntó tratando de contener las lágrimas.

—Del tiempo —corregí.

La solté y abracé a Ridley.

—Cuidaos mucho —le pedí.

Él asintió, al parecer reacio a fiarse de su voz, y cuando me agaché para coger el petate, sacó un paquetito envuelto en seda azul desvaída y atado con un cordel. Me lo dio y miró de soslayo a su hermana para dejar claro que el gesto era de ambos.

—Esto es de hace años... —Respiró hondo para calmarse y empezó de nuevo—. Tiene bastantes años. Una de las primeras personas que llegaron estaba en Washington cuando cayó y lo encontró en lo que quedaba de la Casa Blanca.

—Por lo menos es lo que contó él —añadió Chloe—. Yo diría que probablemente lo comprase en internet..., eso si todavía teníamos

internet. —Intentó sonreír—. Se lo dio a mamá antes de morir.

—Pensamos que quizá lo quieras utilizar —continuó Ridley—. Es algo que sobrevivió, igual que tú, ¿sabes?

—Gracias —les dije, sin saber lo que era, y cogí el petate. No tenía sentido retrasar más mi marcha, así que les di la espalda y, acompañado por el jefe de operaciones, eché a andar hacia el submarino.

Cuando nos aproximábamos a la pasarela, una fila de hombres y mujeres vestidos con mono formó a ambos lados. Entonces supe lo que era aquello. Alguien había encontrado silbatos de contramaestre en los otros submarinos y, cuando pisé la pasarela, el gentío que llenaba el muelle guardó silencio y —por primera y única vez en mi vida— la fila hizo sonar los silbatos como muestra de respeto mientras subía a bordo.

Mientras los estridentes pitidos se extendían por el río y rebotaban en las ruinas, enfilé la pasarela metálica y nuevamente me vi a bordo del *Leviathan*.

Había llegado la hora de partir.

47

Los pesados cabos afianzados a los dos buques contraincendios se habían tensado y el enorme submarino salió del muelle y se dirigía hacia la parte central del East River para cuando yo hube subido todas las escaleras y me hube situado en el puente de mando del *Leviathan*, en la parte superior de la vela.

Por el camino había dejado el petate en la torre de mando y había abierto el paquetito que me habían dado Chloe y Ridley. Mientras contemplaba su contenido, no pude evitar preguntarme si de verdad había salido de la Casa Blanca. Desde luego parecerlo lo parecía: cubierto de polvo blanco, roto en algunos sitios y deshilachado en un borde.

Me lo metí debajo del brazo, subí la última escalera, atravesé la escotilla y me recibió la fresca brisa primaveral. Casi sin mirar hacia la costa, encontré el cordel que buscaba, le afiancé la vieja tela y la icé hasta la parte más alta del reparado mástil optrónico.

El viento la desplegó y se llevó la mayor parte del polvo. Todas las estrellas estaban intactas; las barras, rasgadas y desiguales en el extremo. En el muelle logré distinguir a Ridley y Chloe, apartados de la multitud. Debía de ser un buen espectáculo: el reluciente submarino blanco, las brillantes aguas azules, los dos buques contraincendios con estelas de agua bullendo en la popa y la vieja y desgastada bandera ondeando.

Las ruinas de la estatua de la Libertad aparecieron ante mí, los cañones del Battery Park descargaron una salva ensordecedora —no sé si para contener a los orcos o para despedirme— y los barcos contraincendios soltaron los cabos e hicieron sonar sus bocinas para indicar que nos encontrábamos en el punto exacto en el que yo había emergido.

Consulté mi reloj: al cabo de tres minutos los ordenadores enviarían una serie de complejos comandos al generador nuclear, al timón y a numerosos componentes más e iniciaríamos nuestra travesía.

Delante, mirando hacia el este, vi los muelles desplomados y las secciones de metal retorcido que eran todo cuanto quedaba del que fuera el imponente puente Verrazano-Narrows, la puerta al Atlántico. Aparté la vista y eché una ojeada a los esqueletos de los edificios de la costa de Jersey y el Bajo Manhattan, vi columnas de fuego a lo lejos y el casco herrumbroso de cargueros cerca de la isla de Ellis.

Y, con ese último vistazo al futuro, volví a entrar por la escotilla y bajé.

48

Los técnicos y programadores que con tanto ahínco habían trabajado para poner a punto el submarino habían dotado de voz a los ordenadores. Debieron de pensar que la calma y la tranquilidad eran importantes.

«Buenos días, al habla la comandante Alexandra Roberts —anunció en voz queda cuando bajé la última escalera—. Preparados para efectuar inmersión. Tres minutos.» Era una idea brillante haber convertido a Alexandra en la primera comandante de un submarino nuclear en una Armada estadounidense notoriamente masculina. Pero claro, eso era el futuro.

En dos minutos, según el calendario, tenía que estar en la cámara con todos los sistemas activados y —sesenta segundos después— las bombas del *Leviathan* entrarían en funcionamiento y empezarían a llenar los tanques de lastre con agua de mar. Me adentré en la ordenada e impecable embarcación: habían retirado todos los cuerpos y ahora no tenía nada que ver con el despojo flotante con compartimentos inundados, circuitos eléctricos quemados y tambuchos destrozados en el que había emergido yo.

Cuando faltaba solo un minuto, entré en la plataforma multiuso, encendí las luces y me acerqué al cuadro eléctrico de la pared.

Había instrucciones claras sobre cómo configurar exactamente una de las cámaras de descompresión amarillas y, con ellas en la cabeza, introduje los comandos en la pantalla de ordenador que llevaba

incorporada, ajusté los niveles, oí el silbido del oxígeno al entrar en la cámara y vi que el termómetro de dentro llegaba a la temperatura de funcionamiento adecuada.

Justo a tiempo, me metí dentro, me tumbé en la cama y bajé el cilindro de metacrilato. Miré fuera y comprobé que habían arreglado el monitor que controlaba la calidad del aire de la pared más alejada: si saltábamos de vía y llegaba al otro lado, me diría si había suficiente oxígeno para poder salir de la cámara. En ese momento era la única luz de la habitación, mostraba siete barras verdes; todas las demás se atenuaron hasta que la negrura fue completa, y noté que las enormes bombas del *Leviathan* empezaban a llenar los tanques de lastre.

En la oscuridad, clavé la vista en el cilindro hermético que me envolvía, pensé en la vasta extensión de océano que me esperaba y me formulé una pregunta que no pude responder.

¿Estaba bien rezarle a un Dios en el que no creía?

49

Me hallaba en un estado de animación suspendida, una mosca atrapada en ámbar, o esa sensación me daba. Mientras intentaba respirar lenta y profundamente y alternaba los sueños con la imaginación, no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba en la cámara. En una ironía inesperada, el tiempo no significaba nada.

Hasta que, violentamente, una sacudida me despertó y me impulsó hacia arriba. Con el rostro pegado al metacrilato y el corazón desbocado, me di cuenta de que un temblor mucho más fuerte que todos los demás que había vivido en el viaje anterior estaba recorriendo el submarino. Apoyé los pies en el armazón metálico de la cámara para intentar resistirlo, preguntándome cómo lo soportaría el tejido del casco.

Giré la cabeza y, justo cuando miré al otro lado para comprobar el monitor de calidad del aire, vi que se apagaba: la electricidad del resto del submarino había fallado por completo. Después el temblor cesó y empezamos a caer…

En el abismo. Contuve la respiración, sabe Dios por qué; era incapaz de pensar. Acto seguido sucedió de nuevo, otro temblor, otro bote, mayor, más fuerte, más terrorífico. Incluso en el entorno sellado de la cámara oí —o sentí— que el equipo se rompía, el metal gemía y la superestructura del submarino chillaba mientras el *Leviathan* se retorcía y luchaba.

Después, cuando el temblor pasó, se instaló algo más aterrador incluso: un silencio sepulcral. No había ni luz ni sonidos, tan solo la sensación —no sabía decir si real o imaginada— de que descendíamos

más despacio. Más y más —descendíamos, íbamos a la deriva—, hasta que, al cabo, me tendí por completo y estuve así lo que me parecieron horas. Tal vez fuesen minutos, tal vez días: no tenía ni la menor idea.

La luz me despertó. En realidad no era nada, tan solo la tenue luz roja del monitor que medía la calidad del aire, pero a mis inconscientes ojos acostumbrados a la oscuridad absoluta les pareció un reflector. Eso solo podía significar una cosa: se estaba restableciendo la alimentación de emergencia. Poco a poco, una de las siete barras pasó del rojo al verde: los generadores de oxígeno estaban empezando a funcionar. Después la comandante Roberts confirmó que la embarcación volvía a la vida. «En espera», anunció.

En espera ¿de qué? Quería abrir el cilindro y salir para averiguar qué estaba ocurriendo, pero, con tan solo dos barras verdes en el monitor, supe que me asfixiaría.

Me eché hacia atrás para esperar: no podía hacer otra cosa. Si, en efecto, el submarino había realizado el salto, volvíamos a encontrarnos en el presente y estaba claro por el monitor que el aire que había a bordo era demasiado tóxico para respirarlo. Como había previsto en Nueva York, eso implicaría que la dotación volvía a estar muerta y yo era el único superviviente...

Salvo, quizá, Baxter. No sabía en qué momento se le había parado el corazón. Tal vez en ese mismo momento estuviese pugnando por respirar en su cámara.

Comprobé las barras del monitor de aire: cinco de las siete estaban verdes, y eso me bastaba. Abrí el cilindro, salí y fui hasta la cámara de Baxter.

Eché mano de los cierres, miré por el metacrilato y no me molesté en abrir el cilindro: su rostro tenía un color grisáceo, los labios de un azul desvaído y los ojos la vidriosidad de la muerte. Debía de haber fallecido poco después de entrar en la cámara, antes de que diésemos el salto al futuro.

Noté que las emociones me arrollaban, me invadió una gran sensación de pérdida. Supongo que en el fondo esperaba que...

Sin embargo, no tuve tiempo de abandonarme a la tristeza. «A la espera: faltan cuatro segundos. Iniciando la cuenta atrás», anunció la comandante Roberts.

Cuatro segundos ¿para qué?

«Iniciando emersión de emergencia», añadió.

No me moví, casi no podía respirar: habíamos dado el salto y había sobrevivido.

Cuando caí en la cuenta de lo que eso significaba, empecé a correr, salvé los destrozos de la plataforma multiuso y fui a la torre de mando. Allí los ordenadores me dirían lo que tenía que saber...

¿Dónde estábamos? ¿Cuáles eran el día y la hora exactos?

Avancé por un campo de metal destrozado, escaleras retorcidas y equipo roto que parecía no tener fin, ayudado únicamente por alguna que otra luz de emergencia, mientras gritaba:

—¡Si alguien me oye, que conteste! ¿Hay alguien? ¿Hay alguien vivo? ¡Si alguien oye esto...!

Mi voz resonaba por los largos tambuchos del submarino, pero la única respuesta eran las bombas apenas audibles que soltaban el lastre o desalojaban agua de varios compartimentos inundados. Continué gritando, todavía esperanzado, pero en el fondo sabía que nadie me iba a contestar.

Toda la dotación había muerto debido a la falta de oxígeno antes de que el *Leviathan* efectuase el salto y seguían estando muertos cuando regresamos.

Respirando con dificultad, logré llegar a la torre de mando. Martínez y los demás oficiales debían de haberla abandonado para ir a la cámara de oficiales —casi con toda seguridad en una misión desesperada para intentar reiniciar los generadores de oxígeno—, porque allí no había ningún cuerpo. Un oficial de comunicaciones y un técnico de sonar ocupaban sus respectivas sillas, ambos con la tez azulada y hemorragias localizadas en el rostro: habían muerto en su puesto.

Sus pantallas estaban negras, al igual que las de los demás puestos, con lo cual nada indicaba a qué profundidad o dónde nos encontrábamos, ni tampoco la hora y el día. El movimiento y el ángulo del submarino me dijeron que aún estábamos subiendo a la superficie, pero sin un profundímetro o una ecosonda que funcionase, no tenía forma de saber tan siquiera cuánto tardaría. La única solución era subir el mástil optrónico. Dado el daño que había sufrido el resto del submarino, no confiaba en que aún funcionase, así que me sorprendió que, al intentar activarlo, el panel de control se iluminase.

Un gráfico en el panel me indicó que el mástil se desplegaba hacia arriba. Cuando estuvo completamente extendido, miré por el ocular justo antes de que saliera a la superficie y la cámara de alta definición que incorporaba en la parte superior enfocara.

Contemplé un mundo que creí que no volvería a ver. Un océano vasto con olas largas, una brisa que levantaba agua pulverizada de sus crestas y un cielo azul con alguna que otra nube blanca que daba la impresión de ser infinito. El mundo nunca había sido más bello.

Tras girar la cámara trescientos sesenta grados, me detuve bruscamente. Un buque de guerra se encontraba a alrededor de un kilómetro y medio de distancia y avanzaba a toda máquina: un portaviones de la Marina estadounidense, el cordaje adornado con

banderines y numerosas banderas multicolores, algo nada habitual. Más extraño aún, había miembros de la tripulación por todas partes, muchos de ellos no iban de uniforme. Incluso había barbacoas en la cubierta de vuelo. Caí en la cuenta...

Era la hora del almuerzo del Cuatro de Julio.

Retrocedí y proferí un grito ahogado: había conseguido volver. A tiempo. Pensé en Rebecca, muerta entre mis brazos; pensé en verla otra vez, joven y llena de vida. Pensé en Chloe y Ridley, que todavía no habían nacido...

Disponía de cuarenta y ocho horas para matar a un hombre.

51

En el puente del portaviones estadounidense había ordenanzas sirviendo platos de comida hecha a la parrilla al vicealmirante que estaba al mando de la flota, al comandante de la embarcación y a los demás oficiales y técnicos responsables del buque de guerra más grande del mundo, de más de trescientos metros.

El técnico de sonar —que se estaba volviendo para coger un plato— de pronto se llevó una mano al auricular, se paró a escuchar un instante y se centró de nuevo en su pantalla. Introdujo rápidamente una serie de comandos, accedió a una gran cantidad de información y vio que unas cuantas líneas dispares empezaban a aparecer en la pantalla. Siguió escuchando y ajustando los controles...

El comandante de la embarcación —según demostró después la grabación de las cámaras—, que lo había visto girar en redondo hacia la pantalla con cara de susto, se aproximaba.

—¿Qué tiene?

El técnico de sonar no apartaba los ojos de la imagen que tenía delante.

—No estoy seguro, señor. La resolución todavía es baja.

Luego hizo una pausa, mientras recababa más información.

—Es una embarcación, señor.

El vicealmirante y los demás oficiales se reunieron a su alrededor. El técnico de sonar se pegaba al oído uno de los auriculares.

—Reconozco la impronta del reactor —añadió, y se volvió hacia su comandante—. ¡Ha vuelto!

La noticia hizo que el puente se paralizara.

—¿Cómo? ¿Dónde está? —preguntó el comandante.

—A un kilómetro y medio a babor, señor —repuso el técnico—. Emergiendo, diría yo. Ya está a profundidad de periscopio.

El vicealmirante miró la pantalla: la imagen estaba cobrando forma, y vieron surgir al inconfundible y fantasmagórico *Leviathan*.

—¿De dónde demonios sale? —inquirió el comandante—. ¿Cómo ha podido acercarse tanto?

El técnico de sonar no tenía respuesta, pero el comandante tampoco la esperaba. Se volvió hacia el alférez de navío.

—Alarma general.

52

Por el sistema de megafonía del portaviones sonó una alarma que bajó por los tambuchos, recorrió los hangares de almacenamiento y resonó en la cubierta de vuelo. «Alarma general. Todo el mundo a sus puestos. Aseguren escotillas. Submarino a un kilómetro y medio a babor. Alarma general, todo el mundo...»

En el enorme buque de guerra se desarrolló una actividad frenética. En el puente, uno de los oficiales cogió los prismáticos y escudriñó la zona de babor.

—Mástil optrónico visible, señor —informó, y facilitó una serie de coordenadas.

El capitán y el vicealmirante asimismo echaron mano de sus prismáticos, pero no llegaron a utilizarlos: el enorme casco del *Leviathan* —la proa primero— asomó en la superficie del océano en una ráfaga de burbujeante agua blanca.

Mientras miraban, la embarcación de casi doscientos metros, sometida a la violencia de una emersión de emergencia, continuó ascendiendo de las profundidades como una ballena, un despojo maltrecho al que faltaban teselas blancas en algunas partes, con algas marinas pegadas al casco y la vela con pinta de haber sufrido daños irreparables. En todos los sentidos, una embarcación que había vuelto del mundo de los muertos. Cuando se asentó en la superficie, los oficiales y la tripulación del puente se quedaron mirando boquiabiertos: no se parecía a ningún submarino que hubieran visto nunca. El vicealmirante —con el cabello blanco prematuramente, un veterano de guerra condecorado de cincuenta y pocos años— tenía una estatura más baja de la que solía asociarse a un oficial de la Marina de alto rango, lo cual compensaba con una actitud imperiosa. Se volvió hacia el técnico de comunicaciones...

—Envíe un mensaje al Pentágono —ordenó—. Informe al jefe del Estado Mayor Conjunto y al secretario de Defensa que el vicealmirante comunica que hemos encontrado al *Leviathan*.

53

Con el regreso del submarino, los acontecimientos ya estaban cambiando. Rebecca, que se encontraba trabajando en urgencias en el MedStar cuando vio en televisión que había desaparecido un submarino, volvió a casa con Laleh y —desconsolada e incapaz de dormir— permaneció a la espera de noticias.

Numerosas alertas en el móvil la instaron a encender el televisor, pero esta vez el portavoz del Pentágono no anunció que la búsqueda del submarino había pasado a ser una misión de recuperación. Ahora...

«El submarino experimental conocido como *USS Leviathan* ha sido encontrado —afirmó. Rebecca se tuvo que sentar para no caerse—. Ha emergido hace quince minutos, y un equipo de Navy SEAL se prepara para subir a bordo. En este momento no disponemos de información sobre el estado de las ciento sesenta y ocho personas que iban en él.»

Pasó por alto la lluvia de preguntas de la gran cantidad de periodistas que había en la sala.

«Proporcionaremos más información en cuanto dispongamos de ella.» Con esas palabras, salió de la habitación.

Rebecca y Laleh continuaron mirando la pantalla, pero su sensación de alivio fue efímera. El canal de noticias acababa de dar paso al estudio cuando el presentador miró el teleprónter...

«Tenemos nueva información —dijo—. Una fuente fidedigna de la Casa Blanca, no autorizada para hablar en público, nos acaba de referir que el portaviones y su grupo de asalto ha estado intentando ponerse en contacto con el submarino desde que ha emergido, pero no ha obtenido respuesta. Según dicha fuente, debido al estado en que se encontraba la embarcación y al tiempo que ha transcurrido, la probabilidad de que haya supervivientes es escasa.»

Rebecca negó con la cabeza.

—No tienen forma de saberlo —le dijo a Laleh—. Ni siquiera han subido a bordo. —Era consciente de que se estaba aferrando a un clavo ardiendo.

Salió de la habitación y fue a sentarse al porche. Se quedó mirando la carretera, temiendo la llegada de cualquier vehículo.

54

Intentando no perder ni un segundo, me aparté del mástil optrónico y fui hasta las escaleras que subían al puente de mando descubierto, en la parte superior de la vela.

Mi plan era hacer señales al portaviones cuando —ya casi en la escotilla que se abría al puente— me topé con una maraña infranqueable de escaleras destrozadas y cables eléctricos que

despedían chispas.

Solté un taco y retrocedí, bajé y me dirigí hacia popa, a la más cercana de las tres escotillas de escape. Mientras corría, chapoteando por el agua que había salido de una serie de tuberías reventadas, conseguí dar con un tambucho que tenía menos daños. Oí algo arriba y me detuve para aguzar el oído: por el casco se movían botas. Había llegado un equipo de rescate.

Esprinté, subí una escalera y me frenó una serie de pequeñas explosiones que resonaron por el submarino: el equipo de rescate estaba volando las escotillas de escape para abrirlas.

Seguí adelante hasta que vi una luz tenue, que procedía de la zona que albergaba los generadores de oxígeno: algún tipo de iluminación de emergencia, supuse, hasta que caí en la cuenta de que eran linternas en cascos.

Uno de los equipos de los SEAL había llegado y estaba buscando entre los generadores de oxígeno. Estaba a punto de anunciar mi presencia cuando oí que el oficial al mando de los SEAL informaba al portaviones por el micro de los auriculares:

—Acabamos de encontrar al comandante y a casi todos los oficiales: todos muertos. Señales de asfixia debido a una falta de oxígeno. Avanzamos hacia el centro de la embarcación. No contamos con que haya supervivientes...

Dio un paso adelante justo cuando yo salía de la sombra de un mamparo aplastado y su linterna me iluminó. Nos miramos...

—Un momento... —dijo el oficial por el micro—. Un momento: tenemos al menos un superviviente.

55

Mientras otros SEAL continuaban registrando el *Leviathan*, el oficial y tres de sus hombres me llevaron hasta una de sus zódiacs.

Con hombres y mujeres mirando desde la cubierta de vuelo y cualquier otro punto de observación que podían encontrar —todos pendientes del civil ojeroso—, me subieron por el costado del portaviones y me llevaron directamente al puente, donde el vicealmirante, el comandante, media docena más de oficiales y la oficial médico jefe y su equipo estaban esperando...

—¿Señor Greenberg? —inquirió el vicealmirante tras ver la identificación que llevaba al cuello y consultar una lista de tripulantes que habían recuperado del submarino.

Asentí.

—Seguimos buscando, pero es probable que sea usted el único superviviente —afirmó—. ¿Le importaría contarme qué ha pasado?

—Lo siento, vicealmirante —repliqué—. Pero no estoy autorizado a hablar con usted.

El hombre me miró con tal cara de sorpresa que esbozó un amago de sonrisa y miró de soslayo a los demás oficiales, como diciéndoles «¿Han oído a este tipo?». Era imposible tan siquiera empezar a explicar lo que había sucedido —y tampoco disponía del tiempo para hacerlo—, así que permanecí a la espera.

—Es usted un civil, señor Greenberg, así que no se lo tendré en cuenta. Me figuro que habrá estado sometido a un gran estrés, pero permítame que le aclare que soy el comandante de este grupo de asalto y que este es mi buque insignia. Es mi enseña la que ondea en la torre. Y tengo que informar de la situación al jefe del Estado Mayor Conjunto y al secretario de Defensa. ¿Qué ha sucedido?

—No estoy autorizado a facilitarle esa información, vicealmirante. Llame a este número, por favor. —Me volví, cogí un bolígrafo y una libreta y, tras anotar un prefijo y un número, se la ofrecí.

Ni siquiera hizo ademán de cogerla.

—Usted no me dicta lo que tengo que hacer: en ninguna parte, y menos en mi barco, *señor* Greenberg —espetó, asegurándose de que entendiese que en el ejército yo no era nadie.

—Llamará a ese número. ¿Entendido, *vicealmirante*? Ahora.

Mientras todo el mundo observaba en silencio, el hombre se volvió hacia la oficial médico jefe.

—Llévelo abajo y hágale un reconocimiento. Es evidente que tiene un problema.

Ella asintió, y estaba a punto de pedirme que la acompañase a la enfermería cuando el comandante cogió la libreta.

—Este prefijo no existe —aseveró negando con la cabeza.

—Que usted no haya tenido que utilizarlo nunca no significa que no exista. Llame —insistí.

Me dirigió una mirada severa y pasó la libreta al técnico de comunicaciones.

—Llame —ordenó—. Puede que el señor Greenberg comprenda entonces que es preciso que se someta a un examen médico.

El vicealmirante, que lograba mantener su furia a duras penas, observaba mientras el técnico abría una línea telefónica y marcaba. Sin un prefijo válido, todos sabían que no podrían establecer ninguna conexión, así que no pudieron disimular su sorpresa cuando el técnico comenzó a hablar con alguien al otro extremo.

—Al habla la Marina de Estados Unidos —dijo, e hizo una pausa mientras escuchaba—. ¿De dónde he sacado este número? Me lo ha dado alguien llamado Daniel Greenberg. ¿Con quién estoy hablando?

Dio la impresión de que reculaba mientras escuchaba la respuesta. Se volvió hacia el vicealmirante.

—Creo que debería ponerse al teléfono, señor.

—¿Quién es? —preguntó el vicealmirante, tan perplejo como el resto.

—Creo que debería cogerlo, vicealmirante —insistió el técnico.

El aludido accedió a hacerlo.

—¿Sí? —dijo con voz perentoria, y después permaneció a la escucha —. Comprendo… —continuó, cambiando repentinamente el tono—. Bien, sí… Por supuesto… Sí, lo haremos… Gracias. —Colgó y se centró en mí—. Dígame, ¿cómo es que un científico de Tennessee tiene el número de móvil personal del director de la CIA?

—Lo siento, vicealmirante, no estoy autorizado a hablar con usted a ese respecto —repetí—. Necesito un despacho seguro, un teléfono vía satélite encriptado, papel y un incinerador de papel para cuando haya terminado.

El vicealmirante no dijo nada que indicase su conformidad, ya fuese por reticencia o por lo conmocionado que estaba.

—Si lo desea, puedo llamar al presidente —añadí tirándome un farol.

56

Rebecca no oyó que le sonaba el teléfono —seguía en la cocina—, pero Laleh sí. Lo cogió, descubrió quién llamaba y fue corriendo al porche delantero.

—Es tu teléfono —dijo nada más salir.

—Deberías haber dejado que saltara el buzón de voz —contestó Rebecca, tensa de la preocupación y sin dejar de mirar la carretera.

—Es Halcón Rourke —informó Laleh.

Rebecca cogió el teléfono.

—Está vivo —reveló Halcón—. Es el único superviviente.

Rebecca permaneció sentada, intentando respirar.

—Haga una maleta —continuó el jefe de espías—. Un coche va en camino.

—¿Adónde vamos? —quiso saber.

—A Andrews —respondió deliberadamente parco: no se fiaba de los teléfonos—. Diez minutos. —La comunicación finalizó y él ya no estaba al aparato.

57

—¿Te acuerdas de Grozni? —dije por el teléfono vía satélite, a solas

en un despacho de paredes de cristal de un supervisor, mientras veía las decenas de aviones que se encontraban justo debajo de la cubierta de vuelo del portaviones.

Había requisado el espacio porque estaba insonorizado. Tenía que estarlo por fuerza —rodeado de carretillas elevadoras que trasladaban suministros, hileras de fosos de mantenimiento y el constante tamborileo de herramientas eléctricas—, y, a mi juicio, eso lo convertía en el lugar más seguro del barco.

—¿Que si me acuerdo de la base aérea y del centro de reclutamiento? Claro —contestó Madeleine O'Neill desde su despacho en Langley—. ¿Por qué?

—Voy a ir allí.

—¿A Grozni? ¿Cuándo? —preguntó asombrada.

—Esta noche, mañana: en cuanto pueda.

—¿Vas a intentar entrar en Baikonur? —inquirió al comprender lo que le estaba diciendo.

—Me voy a inscribir —contesté.

—Baikonur es un ZATO, Kane. Lo mirarán todo con lupa. Es imposible, incluso con meses de preparación y una buena tapadera...

—Es posible. Tendré una tapadera que funcionará.

—¿Y la vas a asimilar en un día?

—Sí. Nunca he sido consciente de ello, pero todo me ha ido trayendo hasta aquí. Cada detalle, cada suceso, todo tenía un propósito. Es la misión de mi vida, de la vida de todos. Necesito tu ayuda.

—¿Lo sabe Halcón?

—Todavía no. Tengo entendido que viene hacia aquí.

—¿Estás en un portaviones?

—Sí.

—Entonces no te equivocas. Lo acompañan tu pareja y Lucas Corrigan.

—¿Rebecca? Gracias a Dios —contesté—. ¿Lucas también? Supongo que, además de dar parte, Halcón querrá una evaluación psicológica. Le contaré lo de Baikonur cuando lo vea.

—¿Accederá?

—Tendré que convencerlo, pero tú y yo debemos ponernos manos a la obra ahora mismo; no disponemos de mucho tiempo.

—¿Qué necesitas?

—Detalles, fotografías; las huellas digitales son prioritarias. Fingiré ser ruso: mi tapadera estaba en el Ejército de los Puros, así que debería figurar en los archivos que ya has reunido. Sirvió en la Spetsnaz en Alepo y después siguió a Kazinsky a las montañas de Irán. Tenemos suerte, sé algunas cosas de él...

—¿Dónde está ahora?

—Está muerto. Pero como lo mataron y enterraron en Irán, los rusos no lo sabrán. —Consulté el reloj—. Ahora mismo tenemos ochenta y una horas para devolverlo a la vida.

58

Mientras Madeleine y yo nos manteníamos en contacto en todo momento, trabajando a toda velocidad para desarrollar mi tapadera, un *jet* de GreenEnergy G800, capaz de desplazarse a casi mil kilómetros por hora, había despegado de Andrews y había volado durante toda la tarde y la noche para llegar al extremo sur del océano Índico.

Yo seguía en el despacho del supervisor, tratando de reunir datos sobre mi nueva identidad, haciendo un esfuerzo para no quedarme dormido, cuando un marinero llamó a la puerta para informarme de que el *jet* que estaba esperando había aparecido en el radar del portaviones. Me levanté, me sacudí el sopor de encima y subí a la cubierta de vuelo.

Mis ojos recorrieron los noventa metros de pista de aterrizaje. El nocturno cielo estaba despejado, no soplaba viento y el mar era una serie de olas largas y regulares. Aterrizar en un portaviones siempre ha sido un ejercicio peligroso —lo más difícil que hará nunca un piloto—, pero por lo menos el tiempo nos acompañaba. El comandante de la aviación naval y su equipo ya estaban desplegando los cuatro cables de frenado por la cubierta, y los servicios de emergencia y su camión se hallaban ocupando sus posiciones cuando miré hacia popa y vi que el Gulfstream se aproximaba, pasando casi por encima del *Leviathan*, del que se encargaba una dotación de emergencia y al que sustentaban bolsas de flotación hinchables.

El Gulfstream era uno de los *jets* adaptados especialmente por la Agencia y vi que el gancho de parada caía de los bajos.

El avión se mantuvo en horizontal mientras el piloto ajustaba el ángulo de aproximación, dirigiéndose hacia el tercer cable al tiempo que observaba una serie de luces verdes proyectadas desde el portaviones para guiarlo…

Siempre que veía aterrizar un avión en un portaviones me daba la sensación de que iba a demasiada velocidad, y esta vez no fue distinto.

—Frena —murmuré, y después contuve la respiración. Tenía la certeza de que los tres pasajeros que iban a bordo del avión estaban haciendo lo mismo.

El Gulfstream rugió por la popa del portaviones, las ruedas entraron en contacto con la cubierta, que subía y bajaba, en una nube de humo, el gancho de parada se sujetó al tercer cable, cilindros hidráulicos

situados bajo la cubierta controlaron la tensión que se ejercía en ella y el avión, a plena potencia, se detuvo con un chirrido estremecedor. Corrí hacia él mientras el comandante y su equipo llevaban el aparato hacia un lateral de la cubierta de vuelo y lo aseguraban con cadenas. El piloto ya estaba bajando la escalerilla del *jet*, corrí y vi que Halcón, Corrigan y Rebecca, aún conmocionados por el violento tirón del cable de frenada, cogían sus pertenencias.

Rebecca se volvió y vio que yo avanzaba hacia ella: una mirada bastó para que casi se echara a llorar, la expresión de su rostro un reflejo del alivio que sentía. La abracé y la besé en el pelo, en los ojos.

—Has vuelto —musitó—. Gracias a Dios que estás a salvo.

—Tú también —dije mientras la contemplaba no sin cierta sorpresa —. Te estreché entre mis brazos cuando estabas… —Me detuve a tiempo—. Y aquí estamos, vivos. —La abracé de nuevo y me percaté de que Halcón y Lucas intercambiaban una mirada, pero no hice caso.

—Me estrechabas cuando estaba… ¿qué? —inquirió, perpleja, Rebecca.

—Ha sido un viaje largo, he visto cosas…, eran días sombríos, el final de nuestra era, Becca.

—¿Dónde? ¿Dónde has visto esas cosas? —se interesó.

—Da lo mismo. —Halcón y Lucas seguían observándome, ahora preocupados—. Hablaremos de ello por el camino —le dije.

—¿Y se puede saber adónde demonios se cree usted que vamos? —preguntó Halcón.

—A Marruecos —contesté—. La Agencia tiene un centro de detención clandestino con una pista de aterrizaje, allí podré hacerme con mi tapadera.

—Su tapadera ¿para qué? —quiso saber.

—Para Baikonur —aseveré.

—¿Cree que va a ir a Baikonur? ¿A un puñetero ZATO? ¿Es que se ha vuelto loco?

—No disponemos de mucho tiempo, Halcón: tenemos que repostar y marcharnos.

—No —se negó—. Nos bajaremos del avión y, sea lo que fuere lo que ha pasado, hablaremos de ello tranquilamente.

—Halcón tiene razón —terció Lucas recurriendo a sus mejores dotes de psicólogo—. Empezaremos por cuando subió a bordo del submarino…

Negué con la cabeza.

—Tenemos muy poco tiempo. —Pasé a una pequeña mesa de juntas situada en la parte delantera de la cabina y me senté. Si querían hablar, hablaría, pero no estaba dispuesto a bajarme del avión.

59

Nos sentamos los cuatro a la pequeña mesa y les conté —con la mayor rapidez y claridad posible— todo cuanto consideraba importante. Describí el submarino y el salto en el tiempo, Nueva York en ruinas y el nuevo mundo que se había creado.

Les hablé de la investigación de Don Steele, de que seguir la pista de las esporas nos había llevado hasta Baikonur, hablé de la belleza de la Noche del Diablo. Argüí que la evolución no se había detenido en nosotros y que ahora nuestra especie estaba desfasada, fuera de lugar e inadaptada a más no poder. Referí con detalle la muerte de Rebecca y, durante el silencio generalizado que se hizo, hablé del amor, de los dos hijos a los que había conocido y de por qué lo tenía que arriesgar todo para intentar que volviésemos al presente.

Era evidente que Becca estaba conmocionada, y el motivo pronto se hizo patente.

—Debió de ser espeluznante: la asfixia, los incendios, estar perdido debajo del agua —observó.

—Solo Dios sabe cómo puede afectar algo así al cerebro de una persona —apuntó Halcón.

—Sin embargo, hay cosas que se pueden hacer —continuó Becca—. Seguro que Lucas está de acuerdo…

Los miré fijamente a los tres.

—Esto no es el puto estrés postraumático —aseguré—, si es lo que estáis pensando.

—Escuche —dijo Halcón con suavidad—. Se encerró en una cámara y se salvó. Es posible que algo así solo se le pudiera ocurrir a un espía de Zonas de Acceso Restringido, acostumbrado a sobrevivir en la frontera. Fue una idea brillante.

—Gracias —contesté.

—Así que hemos de estar agradecidos —prosiguió—. Usted mismo ha dicho que estaba tan agotado que se desmayó. Mientras estaba dormido o inconsciente soñó cosas espantosas. Algún tiempo después los ordenadores arrancaron, los generadores de oxígeno se reiniciaron y el *software* puso en marcha una emersión de emergencia, como se supone que debe ser: eso fue lo que sucedió. La realidad es que usted nunca salió de la cámara.

Lo miré y me volví hacia Rebecca en busca de apoyo, pero no lo obtuve.

—La imaginación es muy poderosa —aclaró Lucas—. Es la única explicación posible. Se encontraba usted en una cámara sellada, que no es muy distinta de un tanque de flotación. Se han realizado numerosos experimentos con estos últimos, privando a alguien de todos los estímulos externos e induciéndole un estado alterado.

Naturalmente, a usted le pareció real, ese es el quid de los experimentos: es la impresión que tienen que dar.

—Y tú estabas predispuesto —agregó Rebecca al tiempo que me cogía la mano—. La perspectiva de una muerte inminente, el submarino que se precipitaba hacia el más profundo y oscuro de los abismos. ¿Se te ocurre algo mejor para la entrada al subconsciente? Es de manual.

—El subconsciente no tiene nada que ver con esto —aduje—. Tenéis que entender que...

—No, es usted el que tiene que entender —me cortó Lucas—. Somos sus amigos. Estuvo perdido debajo del agua y pensó que iba a morir, su mundo se estaba derrumbando, le aterrorizaba no volver a ver a Rebecca y a sus futuros hijos. Y su cerebro reaccionó: forjó una historia sobre un hombre aterrador al que lleva persiguiendo años. Imaginó que Kazinsky regresaba para acabar con usted. No lo subestime: todos nuestros miedos nos hablan a través de los sueños.

—¿Estaba delirando? ¿O cree usted que he perdido la cabeza? —repuse intentando contener la rabia que sentía—. Muy bien..., es posible que tenga razón. Puede que nada de esto sucediera. Puede que nunca saliera de la cámara, que no se produjesen disparos en un cañón o que no se hiciese un silencio que era como si el universo contuviese la respiración, que no viera morir a Rebecca en mis brazos ni oyese a los lobos. Vale, tal vez nada de eso fuera real, Lucas..., pero todo ello era verdad. Me salvó la vida en el cañón, Rebecca morirá en un sótano en Nueva York y el final de los tiempos está a punto de salir de Kazajistán, créame.

Lucas sonrió y señaló la ventanilla.

—El cerebro es como el océano: con independencia de lo que se vea en la superficie, la verdadera vida está bajo el agua. Tenemos que llevarlo a casa...

—No voy a ir a casa —zanjé—. Voy a Baikonur.

Halcón profirió un suspiro, exasperado.

—Yo no moriré en Nueva York, pero tú sí morirás allí —intervino Rebecca, que se debatía entre la furia y las lágrimas.

—Tiene razón —convino Lucas—. Rebecca nos ha dicho que está embarazada. No les puede hacer esto a sus hijos.

—¿Que no puedo? ¿Qué me dice de Saigón? —espeté—. Háblenos del último día de la guerra. ¿Qué hizo su padre por su hijo allí?

Halcón me miró perplejo.

—¿Saigón? ¿Por qué demonios estamos hablando de Saigón?

No le hice caso.

—Cuando el helicóptero dio la vuelta, Lucas: ¿en qué estaba pensando su padre? Yo se lo diré: exactamente en lo mismo que yo. Estaba pensando en su familia y en salvarle la vida a su hijo. Así que

no me venga con que no puedo hacer esto por mis hijos.

Mi respuesta acalló a Lucas, le había tocado la fibra sensible, pero a Halcón no le decía nada.

—Saigón fue algo real —apuntó el director—. Esa es la diferencia.

—Muy real —convino Rebecca—. Lo tuyo ha sido un sueño...

—Una pesadilla —siguió Halcón—. No autorizaré a nadie para que vaya a Baikonur. Jamás. No puedo, sería una negligencia por mi parte si lo hiciese. Y menos a usted.

No dije nada. El pesado silencio de tantas discrepancias no resueltas cayó sobre nosotros. Ellos no cambiarían de opinión, y yo no podía rendirme. Sin embargo, ellos contaban con una ventaja: yo no podría entrar en el cosmódromo sin el respaldo y los recursos de la Agencia. Miré de reojo un reloj digital que había en la pared: necesitaba dar con la manera de avanzar y, mientras la buscaba, eché un vistazo a mi alrededor, la cabina del piloto a través de la puerta abierta y recorrí con los ojos la mesa. Vi que el bolso de Rebecca estaba en el asiento de al lado...

La fortuna sonríe al cerebro creativo, supongo. O tal vez la necesidad sea la madre de la inspiración.

—Ábrelo —le pedí.

Ella me miró con cara de desconcierto.

—El bolso —precisé—. Saca la foto de la ecografía.

—¿Cómo sabes que la llevo?

—Porque siempre la llevas contigo —afirmé—. Desde el día que me fui para ir a Diego García.

Becca me miró perpleja.

—Vi la foto en el cajón de tu mesa esa mañana. ¿La he visto desde entonces?

—¿Cómo quieres haberla visto? —replicó—. Estabas en un submarino.

—Exacto. Hay dos listas de nombres en el dorso, ¿no es así? Las elaboraste tú después de que me marchara. Enséñaselas a Halcón y a Lucas. Ahora, por favor.

Le resultó más desconcertante aún que yo supiera eso, pero hizo lo que le pedía.

—Los nombres van por orden de preferencia, ¿no es verdad?

Becca asintió, cada vez más nerviosa.

—¿Y qué hiciste para ordenarlos? ¿Subrayaste tu primera opción, la rodeaste con un círculo, los numeraste?

—Los numeré —contestó.

—¿Cuántos nombres hay en cada lista? —continué—. Doce, ¿correcto?

—Doce —confirmó Halcón mientras miraba ambas listas y comenzaba a palidecer.

—Estás empezando a asustarme, Ridley —admitió Rebecca.

—Bien —dije—. Es la idea. Miren las dos primeras opciones para chico, háganme el favor. Son Xander y Panama, ¿no?

—Sí —confirmaron Halcón y Lucas casi al unísono, en voz muy baja.

—En la lista de los de chica, Megan y después Olivia —dije—. Chloe es la última, el número doce.

Nadie decía nada, no era necesario: sus caras lo decían todo.

—¿Cómo sabes lo que escribí si no lo has visto nunca? —me preguntó Rebecca.

—Ahí es adonde quería llegar —afirmé—. Me lo dijeron los gemelos. Justo después de que Kazinsky te matara, nos sentamos en la azotea de Bergdorf Goodman (¿te acuerdas de lo de «Be... Good...»?) y les pregunté cómo había elegido su madre sus nombres. Me contaron lo de la ecografía que siempre llevabas encima y la lista que habías escrito en el dorso.

A Rebecca empezó a temblarle el labio, pero yo no sabía si era de miedo o de asombro.

—¿En una azotea? ¿Dentro de veinticuatro años? —planteó Lucas, procurando no dejar traslucir ninguna emoción.

—Exactamente —confirmé—. ¿Cómo es posible que lo sepa? ¿Qué otra explicación hay?

—No tengo ni idea —reconoció con humildad—. Tal vez... tal vez no la haya. —Miró a Halcón, cuyo rostro era inexpresivo. El director intentaba procesar algo que escapaba a su experiencia o a su comprensión. Pensé que era como la fe: o se daba el salto o no.

—En el peor de los casos, si me equivoco y todo fue producto de un cerebro ansioso, mataré *(insha'Allah)* al terrorista más buscado del mundo —le dije a Halcón—. En el mejor, nos salvaré a todos. ¿Qué tenemos que perder?

—No, en el peor de los casos, usted se equivoca y muere en el intento —replicó él.

Rebecca intentaba controlar la respiración.

—El trabajo de Ridley me ha hecho pasar por momentos más duros de los que han de pasar la mayoría de las parejas —señaló—. Creo que esto me atañe.

Halcón y Lucas asintieron.

—Yo le creo. No sé por qué, pero le creo —aseguró—. Los disparos, los lobos... —Apuntó a la ecografía—. Me lo creo todo. Opino que Ridley debería ir.

Yo no sabía qué decir: que alguien a quien quieres crea en ti, tenga tanta fe..., en fin, tal vez no hubiese palabras capaces de expresarlo. Le cogí la mano y se la besé.

Halcón esbozó una sonrisilla.

—Usted dice que debería ir, Becca. ¿Acaso no fue usted la que me

echó aquel rapapolvo en el MedStar? Aquella vez dijo que no me importaba nada enviar a jóvenes a algún lugar siniestro del que muchos no volvían, ¿no es así? Y, si volvían, estaban destrozados. Sus palabras me llegaron al alma. Y ahora dice que debería mandar a Ridley al lugar más siniestro de todos: un ZATO. Solo y probablemente sin que pueda regresar a casa.

—Es posible que nunca entendiera lo altas que eran las apuestas en realidad. Hasta ahora.

—Eso es lo trágico del mundo del espionaje: la gente nunca lo entiende. Pero nos hemos embarcado en un viaje, y de todos los viajes se aprende algo. Yo fui a Egipto y regresé siendo un hombre distinto. Estoy seguro de que ninguno de nosotros olvidará nunca el extremo sur del océano Índico. —Se volvió hacia la cabina—. Comandante —llamó. Halcón me miró—. No sé cómo un hombre que no dispone de apenas tiempo para desarrollar una tapadera cree que puede entrar en un ZATO, pero estoy seguro de que tiene usted un plan.

El piloto apareció en la puerta de la cabina.

—¿Jefe?

—Fije el rumbo para el centro que tiene la Agencia en Ourika —indicó Halcón—. Nos vamos a Marruecos.

60

Las vistas desde el *jet* eran espectaculares: los picos nevados de las montañas del Alto Atlas y los imponentes riscos daban paso a exuberantes valles verdes llenos de almendros y cerezos, arroyos de aguas rápidas se precipitaban en cascadas y pequeñas aldeas bereberes se encaramaban a las orillas en cañones escondidos.

Estaba exhausto, al igual que Rebecca, Halcón y Lucas —ellos habían pasado un día y una noche en el avión para ir a mi encuentro—, de manera que apartamos cualquier debate adicional y todos estábamos dormidos poco después de que el *jet* saliese catapultado de la cubierta de vuelo y efectuara el giro al norte. Solo nos despertamos cuando llegamos a una zona de turbulencias alrededor del monte Tubqal, el pico más alto del mundo de habla árabe. Levanté la persiana de la ventanilla y vi que estábamos descendiendo, el cielo estaba tan despejado que vi el pueblo de Ourika —que descubrieron los jipis hace décadas— rodeado de flores silvestres. En el centro, puentes de cuerdas cruzaban un río de aguas bravas y jaimas de vivos colores se hallaban diseminadas entre los puestos de un pequeño zoco.

Durante el descenso, nos adentramos cada vez en las montañas y después, cuando nos aproximábamos a un despeñadero escarpado, viramos bruscamente hacia un valle que resultaba inaccesible incluso

por las sendas de mulas que entrecruzaban el paisaje. El recinto, rodeado por un muro, que se extendía en el extremo más alejado se identificaba en la mayoría de los mapas como un «pabellón real de caza» —tal vez lo fuese en su día—, lo cual sin duda contribuía a explicar en gran medida la larga y cerrada pista de aterrizaje, la zona de exclusión aérea y el pequeño grupo de edificios parecidos a barracones. Nuestro destino era un centro de detención clandestino construido en cavernas que se abrían en el interior de una de las montañas y resultaba invisible. Dentro de sus propios jardines se erguía una bella casa segura, como correspondía al pabellón real de caza que supuestamente era el lugar: una colección de construcciones con las paredes de color rosa y arcos moriscos con vistas a una gran piscina.

Las ruedas del *jet* tocaron tierra y vi que había un *jeep* junto a la pista. Su conductora, Madeleine O'Neill, esperaba a su lado.

61

Los cuatro nos acomodamos en el vehículo, y durante esas últimas, desesperadas horas —cuando me precipitaba hacia la última etapa del viaje más largo de mi vida—, Madeleine hizo más para ayudarme de lo que yo podía esperar o probablemente me mereciese. Resultó ser que, al menos en un sentido, le debo mi vida a ella.

Mientras nos dirigíamos hacia una magnífica avenida festoneada por palmeras que llevaba hasta la casa rosa, ella señaló la plataforma de hormigón de la pista de aterrizaje, donde se encontraba un avión de carga C-17 Globemaster —del tamaño de un *jet* de pasajeros de fuselaje ancho— bajo una red de camuflaje.

—Halcón me ha pedido que organizase el transporte de todo lo que necesitaríamos y lo he traído en eso.

El avión disponía de pequeñas aletas para aterrizar en pistas cortas y, por lo general, solo era un *jet* militar, pero, pintado de blanco, con el impresionante pero inidentificable escudo de armas del fuselaje y sin número de serie o letras, podía pasar, al menos para un satélite, por un *jet* privado. En realidad, formaba parte de la versión de la Agencia del ConAir, que se utilizaba para trasladar a prisioneros de alto valor, personal de la CIA y suministros hasta una red de centros de detención clandestinos repartidos por todo el mundo.

—Es curioso, ¿no? —me dijo Halcón al tiempo que señalaba la entrada de la prisión—. Según su tapadera, en la primera misión que lo llevó a Irán estaba usted buscando a su hermano. Sabíamos que no lo encontraría, porque se hallaba en un centro de detención en Marruecos. Y aquí está el hombre en cuestión, a escasos cientos de

metros. La circularidad de la vida, supongo.

—¿Y Buster? —le pregunté a Madeleine—. ¿También está aquí?

—Más le vale —contestó, risueño, Halcón—. De jubilarse anticipadamente nada, se lo dije hace unos días.

—Margaret también está con nosotros —añadió Madeleine—. Sin despegarse de su cigarrillo electrónico y organizando toda la información relativa a Grozni. Eché mano del armero y de dos de sus técnicos (supuse que necesitarías un arma que se pudiera ocultar) y también secuestré a cuatro miembros de TripAdvisor, a nuestros dos mejores falsificadores, a la diseñadora de producción y su equipo para que al menos te parezcas al personaje que vas a interpretar y a seis documentalistas, además de a Clay Powell, de la Tumba, y a Darren, nuestro hablante de ruso.

—Bien —contestó Halcón con sequedad—. Todos los locos juntos. ¿Qué podría salir mal?

62

—Muy bien, ¿qué es lo que tenemos? —le preguntó Halcón a Madeleine cuando entramos en el pabellón de recreo de la casa y dejó en una mesa de mármol la mochila que traía. Madeleine había escogido ese sitio por su tamaño y su privacidad, y ya lo había convertido en la central de mando de la inminente misión.

Rebecca y yo nos detuvimos en el umbral y echamos un vistazo: la enorme sala con suelo de piedra caliza contaba con sendas chimeneas monumentales en ambos extremos —ideales para las frías noches en la montaña—, las paredes estaban decoradas con bellos azulejos moriscos conocidos como *zellige*, una mesa de *backgammon* destacaba junto a la gran cocina abierta y a través de una cristalera abierta un gran número de cómodas tumbonas blancas miraba hacia una barbacoa, con la piscina de fondo negro y los picos nevados al fondo.

—Se da un aire a Tahoe —opinó Rebecca, refiriéndose a la espectacular belleza y las mansiones extravagantes de ese lugar.

Ya a su improvisado escritorio, Madeleine cogió una carpeta en cuya portada había una fotografía vieja y granulada de un joven soldado con uniforme ruso y que contenía veinte o treinta hojas sueltas.

—Es de mis archivos, uno de los terroristas a los que seguimos la pista hasta Irán. La mayoría lo hackeó la NSA del Ministerio de Defensa ruso.

Se la pasó a Halcón, que miró la fotografía del hombre de la portada.

—¿Es él? —me preguntó a mí—. ¿La tapadera? ¿El hombre por el que le dijo a Madeleine que se haría pasar?

—Sí.
—¿Por qué él? ¿Cuál es la ventaja?
—Para empezar, que está muerto.
—¿Seguro?
—Completamente, enterrado en las montañas de Irán con honores militares, pero eso los rusos no lo saben. Para ellos es un antiguo miembro de la Spetsnaz, un cabo que luchó en Alepo, se unió al ISIS y después al Ejército de los...
—Y ahora ha vuelto a la madre Rusia y busca un trabajo bien pagado en Baikonur. Al ser exmilitar, sabe que pasará los controles de seguridad. A esa gente le gusta la Spetsnaz, ¿no es así?
—Exacto. Y, aparte de la carpeta, sé muchas cosas de él: no tenemos que dedicar tiempo a inventar una tapadera y que después yo intente aprendérmela de memoria. Es un buen comienzo...
Halcón me miró con cara de interrogación.
—¿Cómo es que sabe cosas de él?
—Está en la carpeta. Ábrala y lo verá: contiene su nombre, lugar de nacimiento, familia. Hoja de servicios. Características físicas. Lesiones e impedimentos...
Halcón abrió la carpeta, hojeó los papeles y se detuvo. Me figuré que había llegado a la parte que se ocupaba de los detalles de la identidad del personaje. La leyó y acto seguido, asombrado, me miró.
—¿Piensa entrar en ese sitio pasándose por él?
—Lo voy a intentar.
El jefe de espías negó con la cabeza.
—No... No. Está usted loco. —Después se lo pensó un poco más—. ¿Está usted seguro de esto?
Asentí. Rebecca nos miró a uno y a otro.
—¿Cuál es el problema? —quiso saber.
Halcón le entregó la carpeta, que seguía abierta por la página de la identidad.
—La traducción al inglés viene al final.
Rebecca escudriñó el papel un buen rato y levantó la vista hacia mí.
—No me jodas —exclamó—. ¿Es que has perdido la puñetera cabeza?

63

De pie junto a una de las monumentales chimeneas en la habitación a oscuras, de cara a otra media docena de personas que se había unido a nosotros, Margaret tenía la palabra. Utilizaba un puntero digital para señalar imágenes en una enorme pantalla que por lo general se usaba para ver películas o eventos deportivos, pero que ahora permitía ver

imágenes por satélite del hangar de la desolada base aérea situada a las afueras de Grozni.

—Lo probamos todo, pero no conseguimos entrar en el hangar, así que no sabemos a ciencia cierta cómo funciona el reclutamiento para Baikonur —afirmó Margaret—. Tal vez con más tiempo..., pero ese es un lujo que no tenemos. —Miró de reojo un reloj de la pantalla—. Cincuenta horas para llegar a Baikonur, lo que significa que hemos reunido lo que hemos podido.

»Como ven, hay dos aparcamientos: uno para posibles reclutas y el otro, el que nos interesa, para el personal. La observación del satélite, el número de vehículos que hay y la cámara rápida indican que en las instalaciones trabajan alrededor de ciento cuarenta personas.

—¿Tantas? —inquirió Halcón, igual de sorprendido que yo.

—Sí, lo sé, nunca lo habríamos dicho —contestó Margaret—. Efectuamos un análisis de la red eléctrica de Grozni: el hangar cuenta con una fuente de alimentación independiente con generadores de respaldo, y eso indica que disponen de una red informática propia. Suponemos que tienen libre acceso a los archivos de los cuerpos de seguridad, el servicio secreto, el ejército, los archivos nacionales, el chismorreo de Rusia..., el paquete completo.

»Después usamos el reconocimiento facial en los empleados en la medida que pudimos y obtuvimos una docena de correspondencias, las suficientes para decirnos que el personal está compuesto en su mayor parte por agentes secretos o documentalistas de las academias de Moscú y San Petersburgo. —Hizo una pausa—. No se trata de la típica máquina de Rube Goldberg que utilizan los rusos, Halcón: es de un ZATO de lo que estamos hablando. Es algo muy serio.

—Entiendo —repuso con gravedad.

Yo miré de reojo a Rebecca: con cada dato nuevo, su rostro dejaba traslucir el nerviosismo cada vez mayor que sentía, y fui consciente de la situación única en la que se encontraba: por primera vez probablemente en la historia, la pareja de un espía americano —una civil— era testigo de la planificación, los peligros y el miedo que entrañaba una misión secreta. Hay quien podría decir que era un privilegio, pero nuestras miradas coincidieron y Becca negó con la cabeza con aire de desconsuelo.

—Después el satélite captó audio de seis candidatos rechazados cuando hablaban con la familia al salir del edificio —continuó Margaret mientras el rostro de aquellos a los que habían escuchado aparecía en la pantalla: hombres y mujeres de aspecto violento, no la clase de personas con las que a uno le gustaría pasar tiempo.

»A juzgar por lo que dijeron, y puesto que los interrogadores poseen acceso a todos los archivos habidos y por haber del hombre al que usted ha decidido encarnar, la experiencia será intensa y muy

peligrosa —agregó—. A decir verdad, creo que nunca hemos abordado una situación tan desastrosa en potencia. —Se detuvo un instante, miró a los presentes y sus ojos se posaron en mí...

Yo era perfectamente consciente de que iba a ser duro, pero, con todo, su evaluación fue aleccionadora.

—Durante el proceso, lo desnudarán para registrarlo, en todas las cavidades —contó—. Después examinarán cada cosa que quiera llevar consigo y pasarán por un escáner todo lo que puedan. Sobre todo buscarán teléfonos móviles, grabadoras, cámaras (lo típico), pero también droga. En los ZATO el tráfico de heroína, coca y cristal es muy lucrativo. La vida en esos sitios tiene tantas restricciones que la gente busca vías de escape. La hierba les da un poco lo mismo y el vodka, por supuesto, es el veneno que eligen prácticamente todos, pero otras drogas son algo muy distinto. Quítese la ropa, por favor. —Seguía hablando conmigo—. Todo salvo los calzoncillos.

Rebecca me miró.

—Espero que te los hayas cambiado esta mañana —dijo con cara inexpresiva, y por lo menos logró que todo el mundo sonriera: lo necesitábamos.

Una mujer que rondaría los cuarenta —con las uñas mordidas y manchas de tinta en la camisa y los vaqueros— salió de la penumbra que rodeaba la cocina. La reconocí: era una de los mejores falsificadores de la Agencia y, con los nervios de punta en presencia de Halcón y Buster, se hizo con el mando a distancia del televisor.

En la pantalla aparecieron inmediatamente imágenes de unos cuantos tatuajes. Conmigo en calzoncillos, explicó:

—Teniendo en cuenta el historial del hombre, estos son los tatuajes que pensamos debería tener el agente: la Parca con un fusil de asalto por la Spetsnaz, cómo no; la graduación y el regimiento del hombre; batallas en las que ha combatido; un mapa que muestra dónde nació y la fecha. Algunos combatientes de primera línea hacían eso para que los pudieran identificar por si les quemaban la cara o les cortaban las manos como trofeo.

Evité mirar a Rebecca, y sentí alivio cuando la falsificadora empezó a tocar el mando y de pronto los tatuajes aparecieron —superpuestos— en mi cuerpo semidesnudo.

—Así es como sugerimos que los dispongamos, pero necesito su conformidad antes de comenzar —dijo.

Rebecca miró a la mujer y negó con la cabeza.

—Si hubiera querido a un tío con tatuajes, habría ido a por una estrella del rock. ¿Son permanentes?

—Es una tintura especial resistente al agua, al jabón y a casi todos los exámenes. Empezarán a desaparecer al cabo de un mes aproximadamente.

—¿Un mes? —repitió Rebecca—. Está bien: le prepararé el cuarto de invitados.

La pantalla se volvió negra y Margaret recuperó el mando a distancia.

—¿Estamos todos de acuerdo en lo de los tatuajes? —Nadie puso ninguna objeción—. Ahora pasaremos a ocuparnos del tartamudeo.

Me detuve mientras me estaba vistiendo.

—¿El tartamudeo? —inquirí—. ¿En ruso?

—Un trauma infantil, por lo visto —contestó Margaret—. Era un hombre muy inteligente, un buen soldado: el tartamudeo es el motivo por el que no llegó más alto. Se menciona en todos los archivos; no nos queda otra.

Salir airoso del proceso de reclutamiento hallándome bajo un estrés incesante, temiendo cometer el más mínimo error y con mi vida dependiendo de cada respuesta, recordar en el acto todos los aspectos de la historia de mi personaje y tener que vérmelas con interrogadores sumamente cualificados en un idioma que no era el mío ya sería bastante duro. Tener que hacerlo sin olvidarme de tartamudear y hacerlo de manera convincente añadía un grado de dificultad que no había contemplado. Mi rostro debió de reflejarlo…

—No es tan difícil —afirmó Darren con su monótona voz, hablando desde la oscuridad—. En total hay seis elementos clave.

—¿Eso cómo lo sabes? —le preguntó Halcón.

—Cuando leí los informes sobre el hombre lo miré en Google.

—No sé por qué pregunto —repuso Halcón—. ¿Qué tal tu padre?

—Bien, gracias. Dice que se va a vivir a Corea del Norte: menos vigilancia del gobierno.

Rebecca había vuelto la cabeza para mirar a Darren: era evidente que todas las dudas que pudiera albergar sobre el estado mental de los que trabajaban en Langley estaban siendo despejadas.

—Puedo ayudarle, señor Kane —añadió Darren.

—Gracias —le contesté—. Tu ayuda sería inestimable. —Lo decía en serio.

—El tiempo apremia. Deberíamos ir al avión —apuntó Madeleine mientras apagaba la pantalla.

64

Una mochila —vieja, sucia y maltratada— estaba en un banco en un taller temporal que había justo detrás de la cabina del piloto.

Habíamos salido del pabellón de recreo formando un pequeño convoy y, cuando el sol se ocultaba tras las montañas, nos habíamos metido bajo la red de camuflaje y habíamos subido por la escalerilla a

la cabina del avión de carga Globemaster.

Seguimos a Madeleine por el aparato, que había sufrido una transformación: habían retirado prácticamente todos los asientos y el equipamiento y habían convertido el interior en un espacio de trabajo para los de TripAdvisor y sus diagramas, la diseñadora de producción con nominaciones a los Oscar y sus percheros de ropa rusa envejecida, un barbero con un sillón y navajas, los expertos en huellas digitales rodeados de estantes con moldes y plásticos y, por último, el armero y sus asistentes con sus herramientas de precisión y una impresora 3D.

—No sabía que la Agencia tenía algo así —comenté a Madeleine.

—Yo tampoco —se sumó Halcón.

—Solo dispusimos de tres horas para organizarlo —aclaró ella—. En Andrews un equipo despejó el interior mientras otro construía los talleres. Hicieron falta veinticinco camiones para transportarlo todo desde Langley y lo último se cargó y se colocó cinco minutos antes de despegar.

Nos detuvimos en el rincón del armero, y ese hombre grande como un oso —un virtuoso de la tecnología al que había visto por última vez antes de que se pusiera en marcha la misión a Irán— sonrió y adelantó una de sus enormes garras para que se la estrechara.

—Tengo entendido que el sistema de navegación del viejo AK-47 funcionó bastante bien.

Me quedé mirándolo y contesté:

—¿Lo dice en broma? Me perdí más veces de las que pude contar.

Soltó una risotada igual de grande que él y se volvió hacia un asistente, un tipo delgado que rondaría la treintena y tenía pinta de no haber visto la luz del sol desde hacía años.

—Enséñale nuestro último fracaso, Matty.

Matty fue hasta el banco en el que descansaba la mochila y puso en marcha un cronómetro que había al lado. Retiró hábilmente seis tiras de velcro, abrió dos cierres y quitó la sucia cincha de nailon de la estructura de metal y plástico de la mochila. Tras dejar la cincha a un lado metódicamente, desatornilló y desmontó las partes que integraban la estructura antes de ensamblarlas en algo muy distinto y mucho más letal: un fusil de cañón corto.

Me quedé boquiabierto. Matty paró el cronómetro.

—Cuarenta y tres segundos —aseveró—. Y estará usted listo para dar guerra.

Cogí el arma y le di la vuelta en la mano.

—Es increíblemente ligera —alabé.

—Titanio e impresión 3D con plástico allí donde hemos podido —explicó el armero—. Lo más probable es que los rusos vacíen la mochila y la pesen. Si pesa demasiado, se pondrán a mirarla con lupa, así que teníamos que hacerlo bien. ¿Ha visto que el mecanismo de

disparo está escondido en el asa de la parte superior?

Asentí.

—Es muy, pero que muy ingenioso. ¿Y las balas?

—Las llevará al cuello —contestó al tiempo que cogía una cadena de plata de un banco. De ella colgaban unas cuantas chapas de identificación mugrientas y tres cartuchos—. Cada bala lleva grabados un día y un lugar: en conmemoración de los soldados americanos a los que mató en combate.

—¿Es verdad eso? ¿Lo de las balas? —quiso saber Rebecca.

El armero se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Las orejas secas eran el recuerdo más popular. —Se dirigió a mí—: ¿Bastará con tres disparos? Es todo lo que da de sí el cargador. El arma tiene una precisión de diez metros como máximo.

—Tres deberían ser suficientes —afirmé—. ¿Podemos aligerarla un poco más? Necesito montar dos lanzas, propulsadas por una carga explosiva, que el fusil pueda disparar de una en una.

Todo el mundo se me quedó mirando: no sabían de qué hablaba.

—¿Lanzas? —repitió Halcón—. ¿Por qué?

—Por si me retraso, un plan B por si todo se va al carajo —aduje.

—Sí, pero ¿por qué lanzas?

—Confíe en mí, Halcón. Necesito lanzas.

El jefe de espías hizo un gesto afirmativo y yo hablé con el armero:

—Deme papel y lápiz. Dibujaré la forma de la punta de flecha: más que cualquier otra cosa, podría ser crucial.

65

Me sentía como un cliente en un salón de uñas en el centro comercial más friki del mundo. Rodeado de los talleres temporales del avión, con una bata protectora resistente al polvo puesta, tenía metidas las dos manos en sendos secadores eléctricos mientras tres expertos en huellas —dos hombres y una mujer, todos ellos de cuarenta y tantos años, con el rostro cubierto por una mascarilla quirúrgica— esperaban detrás de mí.

Sonó un temporizador y me indicaron que sacara las manos. Inmediatamente el jefe del equipo —la mujer— se quitó la mascarilla, cogió una lupa y comenzó a examinarme el dedo índice. Sus dos asistentes me tomaron la otra mano, la situaron debajo de un microscopio y estudiaron cada espiral, cada cresta y cada surco del pulgar y el dedo corazón. Juntos examinaban las finas fundas protésicas que habían creado y adherido a mis tres dedos para duplicar las huellas del difunto al que encarnaba.

—El ajuste es perfecto —aseveró uno de los hombres que miraban

por el microscopio tras levantar el rostro del ocular. Cogió una copia de las huellas digitales, incluida en el expediente del ejército ruso, y las comparó con su propio trabajo—. Con la correspondencia no hay problema: son idénticas.

Él y sus dos compañeros se sentaron, la tensión aflojando.

—Vale, esos son tres dedos —observé—. ¿No me tomarán las huellas de todos los dedos y de la palma de la mano? Doce en total, y solo tenemos tres. ¿Y si los reclutadores miran las otras?

La jefa del equipo me pasó el expediente del ejército.

—Tenemos suerte: el hombre se alistó hace años, y por aquel entonces tomaron cinco huellas en total y la de la palma izquierda.

—Vale, eso son seis huellas, y nosotros solo tenemos tres —aduje—. Nos faltan ocho dedos y la palma.

La mujer hizo un gesto afirmativo.

—No podemos hacer una prótesis de una huella de la palma, es imposible. Y tenemos que disimular el lugar del dedo en el que las prótesis se unen a su piel. Creemos que tres es el límite.

La miré con cara de consternación.

—No puedo entrar en ese sitio y confiar en que escojan los dedos en los que tengo las fundas. Seré hombre muerto si no los eligen. ¿Qué hacemos?

Eché un vistazo a Halcón —era evidente que no tenía ni la menor idea de esto— y vi que la jefa del equipo miraba a Buster pidiendo ayuda. Este, incómodo, efectuó un pobre intento de meterse la camisa en el pantalón para prepararse:

—Vamos a tener que quemarle los otros cinco dedos y la palma de la mano izquierda.

—¿Quemármelos de verdad? —inquirí.

—Sí. Los tendrá con ampollas y en carne viva, como si hubiese sufrido un accidente unos días antes —contestó—. Los rusos no podrán tomarle esas huellas, así que tendrán que confiar en las tres que podrán tomar, que serán las falsas.

—Además —añadió la jefa del equipo—, utilizaremos las vendas para tapar los puntos de unión en los que empiezan las prótesis.

Me paré a pensar un momento y negué con la cabeza.

—Aunque funcione, ¿por qué me aceptarían así, Buster? Nadie podría trabajar en Baikonur con las manos quemadas.

—Tendrá una carta del hospital de Grozni que asegure que las heridas son leves, que podrá trabajar al cabo de tres días —repuso—. Los falsificadores están trabajando en ella ahora mismo.

—¿Cómo serán las quemaduras? —planteó Rebecca.

—Lo bastante feas para que resulten convincentes —le respondió Buster.

—Las yemas de los dedos están llenas de neuronas sensoriales —

aclaró Rebecca—. Las quemaduras, aunque no sean graves, si han de ampollarse lo suficiente, le dolerán...

—Hemos pensado en ello: utilizaremos anestesia —explicó el director adjunto de la CIA.

—No pueden hacer eso —objetó Becca—. Si los rusos le hacen un análisis de sangre, encontrarán restos del anestésico intravenoso y sabrán que hay algo raro. Tendrá que estar consciente.

Nadie dijo nada. Halcón me miró con expresión inquisitiva.

—Está bien —accedí encogiéndome de hombros—. Pues que me las quemen a pelo. —Sin embargo seguí observando al director, que abría y cerraba la mano—. ¿Qué ocurre? —le pregunté.

—El arma. Me preocupa —admitió—. Apuesto a que los rusos mirarán la mochila con lupa y dejarán la estructura al descubierto.

66

Por motivos de privacidad, nuestro pequeño grupo se había instalado en una parte del avión que se había convertido en un comedor: bancos corridos y una pared llena de máquinas expendedoras que dispensaban café malo y *snacks* peores aún.

Teníamos la mochila en la mesa, delante de nosotros, y Halcón estaba retirando la lona y desmontando la estructura. Yo había oído que —en su día— era capaz de desmontar un fusil de asalto en un abrir y cerrar de ojos, y estaba claro que apenas había perdido esa habilidad. Desprendió el mecanismo de disparo oculto del asa, lo acopló al fusil y amartilló el arma, listo para disparar.

Durante un instante volvió a ser un agente en activo.

—Cuarenta y tres segundos: es un aparato tecnológico increíble —aplaudió—. El problema es que en cuanto alguien se dé cuenta de que la estructura se puede desatornillar y ensamblar de nuevo, es como el cubo de Rubik: será cuestión de tiempo que alguien dé con el orden adecuado. Según lo que ha dicho Margaret, en el centro de reclutamiento hay muchos hombres y mujeres capaces de hacerlo. —Me miró para ver cómo reaccionaba.

—Si encuentran el arma, también soy hombre muerto... y la misión habrá terminado —aseguré mientras cogía el fusil y tomaba una decisión. Me volví hacia el armero—: Me sabe mal, después de todo este trabajo, pero creo que Halcón tiene razón: el riesgo es demasiado grande. No me llevaré la mochila.

Fue Margaret la que rompió el silencio que se hizo mientras todos asimilaban mis palabras.

—¿Qué piensa hacer?

—Entrar desarmado —contesté.

—No puede: será un suicidio. No puede entrar sin un arma. Punto —zanjó Halcón con aspereza.

—No tengo elección —dije igual de inflexible—. ¿Qué alternativa hay? Debo entrar en Baikonur. Cuando esté allí, improvisaré. —La idea de enfrentarme a Kazinsky armado tan solo con lo que hubiese encontrado por el camino era aterradora, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—¡¿Improvisar?! Es un puñetero ZATO —me recordó Halcón mientras nos dirigíamos miradas asesinas mutuamente—. No puede ir así. Estamos atrapados en este sitio, en Marruecos: salir de aquí y abandonar la misión es la única alternativa. No autorizaré que entre desarmado.

Conocía a Halcón lo bastante bien para estar seguro, por su expresión, de que no daría su brazo a torcer.

—Le quemaremos la pierna —sugirió Madeleine.

—¿Qué? —exclamé.

—La pierna, la quemaremos.

—¿Por qué? —preguntó Halcón, tan perdido como los demás. Sin embargo yo empezaba a entender la idea...

—Es brillante —alabé—. Significa que tendré que llevar muletas...

—Exacto —confirmó Madeleine—. Les dará otra cosa en la que centrarse. Utilizaremos las muletas como elemento de distracción...

—¿Harán que desvíen la atención de la mochila? —preguntó Halcón.

—Es la teoría —contestó Madeleine.

—Y podemos hacerle una buena quemadura en la pierna —agregó Margaret—. De ese modo las heridas de la mano serán más convincentes.

—Gracias, Margaret —dije—. Es usted muy servicial. —Sin embargo, yo seguía mirando a Halcón.

Tras pararse a pensarlo, se volvió hacia el armero.

—¿Puede hacerles algo a las muletas? ¿Que baste para levantar sospechas?

—Claro, jefe. Vamos sobrados de tiempo, ¿no? —respondió, risueño, el armero.

Cuarenta y dos horas.

67

Estaba sosteniendo con las dos manos una fuente de horno de metal —que habíamos sacado de un armario de la cocina del pabellón de recreo— mientras seis de nosotros permanecíamos de pie alrededor de la isla escuchando a Margaret, que explicaba la situación.

—Iba a quedarse a dormir en casa de un amigo cuando se dirigía hacia Grozni y decidió cocinar *piroshki* —contó—. ¿Sabe lo que es?

—Un plato tradicional ruso: una especie de empanadillas rellenas de col, queso o carne por la que es mejor no preguntar. Se hacen al horno o fritas —respondí.

—Las suyas son al horno —decidió Margaret—. Se puso unas manoplas, sacó la fuente del horno, la dejó en la encimera, se quitó las manoplas y (sin pensar) decidió poner la fuente en otro sitio. Muy bien, déjela caer.

Buster se fijó inmediatamente en el lugar exacto de la pierna izquierda donde me había dado la fuente. Me levantó la pata del pantalón vaquero y, con un rotulador, trazó alrededor un círculo de unos cuantos centímetros.

—Ahora las manos —pidió.

Alcé las dos manos y él señaló los puntos de los dedos y la palma izquierda con los que había estado sujetando las asas de la fuente.

—¿Está bien así? —le preguntó a Rebecca.

Esta asintió y sacó de un botiquín de primeros auxilios vendas, torundas para aplicar un anestésico local, toallitas desinfectantes y apósitos. Subió uno de los fuegos de gas y colocó sobre la llama el largo mango del cucharón, que había decidido era el mejor utensilio para lo que había que hacer.

—¿Necesita ayuda? —se ofreció Lucas Corrigan, que después de todo también era médico.

Rebecca negó con la cabeza.

—Gracias, Lucas: probablemente sea mejor si estamos solos.

Asintió, y Halcón llevó a todo el mundo hacia la puerta, que cerró al salir mientras Rebecca abría el grifo de agua fría.

—Empezaremos con los dedos de la mano derecha —indicó—. En cuanto haya terminado, mete la mano debajo del agua: reducirá la hinchazón y el dolor. —Me lanzó un paño de cocina.

—¿Para qué es esto? ¿Para que me seque la mano? —le pregunté.

—Para que te lo metas en la boca: enrolla el paño y muérdelo. Te va a doler un huevo. ¿Estás listo?

Asentí, me metí el paño en la boca y vi que ella retiraba el cucharón al rojo del fuego y avanzaba con él hacia mis dedos extendidos.

—Procura no respirar —advirtió con pragmatismo—. El olor a carne quemada hace que a algunas personas les den arcadas.

El metal encendido se aproximó a la piel de mi dedo índice; me preparé para lo que se avecinaba y sentí que un dolor parecido a una puñalada me subía por el brazo mientras Rebecca me cogía la muñeca para impedir que retirase el dedo. Mordí con fuerza el paño de cocina y ella mantuvo el metal pegado a mi carne. Noté que los ojos cerrados se me humedecían, los abrí y vi que me salía humo de la piel, el dolor

era cada vez peor. Mientras profería gritos ahogados y mordía con más fuerza aún el paño, me di cuenta de que Becca estaba retirando el cucharón y me soltaba. Tenía la piel del dedo roja, en carne viva, y ya con ampollas…

—Duele más cuando la quemadura es superficial —contó—. Tengo que ir con cuidado, no quiero cargarme los nervios…

—Ni se te ocurra —dije jadeando, intentando recuperarme—. O cuando vuelva no sentiré nada cuando te toque.

—Eso es —susurró—. Cuando vuelvas. —Tenía lágrimas en los ojos y miró hacia otro lado, aparentemente para calentar de nuevo el cucharón—. Haré los demás dedos y después la palma y la pierna. Y dentro de una hora te podrás ir.

68

En el aire puro de la montaña, bajo un espectacular manto de estrellas y una luna llena que iluminaba los picos más altos, cuatro de nosotros esperábamos en el extremo de la pista.

Tenía echada al hombro la mochila con el arma y las lanzas ocultas, a mi lado dos baqueteadas muletas diseñadas exprofeso, las manos medio envueltas en vendas sucias, el barato pantalón vaquero ruso rasgado en una rodilla para dejar al descubierto la fea quemadura de la pierna, el capote azul marino con etiquetas dentro de una tienda de segunda mano Goodwill del sur, cerca del Caspio, el pelo cortado corto y mal, como se estilaba entre los excombatientes que volvían de Irán, y la bolsa estanca a la cintura en la que guardaba la partida de nacimiento, el pasaporte interno, el certificado de servicios prestados en el ejército y otros muchos documentos falsificados que no se diferenciaban de los verdaderos.

El pequeño *jet* rodó hasta detenerse delante de nosotros, y la escalera ya estaba bajando cuando me dirigí hacia Lucas y le tendí la mano.

—En Saigón —dije.

Él sonrió.

—Eso, la ciudad de mi infancia…, ojalá existiera aún.

—Seguro que sí: en su recuerdo.

—Siendo así, en Saigón —repitió.

Me volví.

—En El Cairo, Halcón.

El jefe de espías asintió.

—En Egipto, donde se produjeron todos los cambios en mí. —Se acercó y me dio un abrazo.

Rebecca intentaba sonreír.

—En el SoHo —le dije en voz baja—. En un bar lleno de personas que se dan codazos, donde todo el mundo habla y nadie escucha.

Ella había caído en la mecánica.

—En el SoHo —repitió—. Donde empezó todo hace tanto tiempo.

Nos abrazamos con fuerza y después me solté, me coloqué las muletas y eché a andar hacia el avión. No miré atrás: no podía hacerlo, tal vez me faltara el valor.

Subí por la escalera, listo para viajar a un lugar en el que —*insha'Allah*— pasado, presente y futuro colisionarían.

69

El piloto me saludó en la parte superior de la escalera y miró el entorno.

—Es un calor seco —observó.

—Sin duda, esta vez es un calor seco. —Me reí: era el mismo tipo que me había llevado a Riad y, mientras lidiaba con el miedo abrumador de lo que me esperaba, me agradó encontrar un rostro familiar.

—¿Bakú? —preguntó mientras me acompañaba a mi asiento y me ayudaba a guardar en el compartimento superior la mochila y el chaquetón.

Asentí.

—¿Ha estado allí alguna vez? —siguió—. ¿Ha visto el mar de fuego?

—Una —confirmé.

—Con una basta: es algo que nunca se olvida, ¿no le parece?

—Sí, es como si fuera algo de otra era, cuando el planeta era joven —contesté.

—Exacto. ¿Quiere que le vuelva a poner el vídeo promocional de GreenEnergy?

—Para eso también basta con una vez —afirmé.

—Buena elección —aprobó.

En lugar del vídeo —mientras enfilábamos la pista a toda velocidad, nos elevábamos bruscamente y rozábamos los picos iluminados por la luna—, puso un mapa con la ruta y el avance del avión.

Tras rodear Marrakech, según mostraba el mapa, viraríamos hacia el este en Casablanca, iríamos por el Mediterráneo, bajaríamos por la bota que era Italia, cruzaríamos las islas griegas, dejaríamos atrás una cadena diseminada de islotes que apenas tenían nombre, pero en las que crecía un fragante pinar y se alzaba una bonita villa oculta por buganvillas rojas, nos adentraríamos en Turquía, atravesaríamos el país longitudinalmente, entraríamos en Azerbaiyán y llegaríamos a Bakú guiados por la luz de las pantallas de luces led que recubrían las

Flame Towers. El viaje duraría once horas, según los de TripAdvisor.

Desde el aeropuerto, cogería un taxi que escupiría diésel hasta el centro comercial Ganjlik, con su techo de cristal, y siguiendo un plano que había memorizado, bajaría al supermercado, saldría por la puerta de atrás e iría a la bulliciosa terminal de autobuses de la ciudad. Desde allí, tras abrirme paso entre el gentío y pararme delante de unos cuantos escaparates para ver en el reflejo si me seguían, iría a pie hasta la calle del oro.

Con las muletas, moviéndome despacio para asegurarme de que las cámaras de seguridad me captaban en toda mi andrajosa gloria, me pararía a regatear con tres cambistas para cerciorarme de que recibía el mejor cambio por mis *tolahs*. Para cuando tuviese un puñado de rublos en la mano, cualquier agente de inteligencia en un hangar de Grozni que decidiese comprobar la ruta que había seguido se inclinaría a pensar que era otro creyente desilusionado que volvía de Afganistán o Irak, Irán o Siria. Gracias a la buena planificación, la verdad se la llevaría el viento. No hay que dejar nunca una huella en la arena.

Seguía exactamente la misma ruta que había tomado Kazinsky no hacía tanto, y aunque él no tenía manera de saberlo, cuando yo saliera de la calle del oro, me sacaría poco más de veinticuatro horas de ventaja...

El final estaba cada vez más cerca.

70

Para variar en una misión en una Zona de Acceso Restringido, todo iba según el plan. Con los rublos que acababa de adquirir, salí de la calle del oro, me detuve en unos cuantos puestos en los que vendían alguna de la mejor comida callejera del mundo, compré un *tantuni* envuelto en pan y fui hacia un aparcamiento subterráneo donde no había cámaras de vigilancia.

En el sótano, en un rincón lejano, vi un Toyota sin distintivos con el maletero abierto y dos bolsas de la compra y un carrito de niño que todavía no habían metido dentro.

Deslizándome con sumo cuidado entre columnas y coches aparcados, me acerqué al Toyota dando un rodeo por detrás, haciendo todo lo posible por no ser un blanco fácil. Dos agentes infiltrados, un hombre y una mujer de treinta y tantos años —un «tándem», en la jerga de la Agencia—, se suponía que estarían sentados en el coche. Vi a dos personas que encajaban con la descripción, pero, en mi estado de alerta máxima, eso no quería decir absolutamente nada. No me habían visto, y me quité la mochila, listo para tirarme al suelo si se

armaba la gorda, recordándome en silencio que dispondría de cuarenta y tres segundos y tres balas para escapar. No tenía ni idea de lo que haría después.

—¡¿Dónde está Dasha?! —pregunté a grito pelado, y mi voz resonó en el espacio pobremente iluminado. El plan era que hablase cuando casi estuviera a su lado, pero había desechado la idea hacía rato: me habría dejado demasiado expuesto.

Mi voz los sobresaltó —ninguno de los dos parecía tener mucha experiencia en trabajar a un nivel tan peligroso—, y ambos salieron del vehículo. Les habrían pegado un tiro en el sitio de haber sido otras las circunstancias.

La mujer fue la primera en recuperarse.

—Con la niñera —contestó mientras miraba a su alrededor para intentar verme.

La frase de contraseña se había formulado y respondido, y salí de detrás de una columna, me acomodé las muletas, corrí hacia ellos, me subí al asiento trasero y me limité a decir en ruso:

—Arrancad.

Tal y como se había establecido hacía tiempo que se hacían estas cosas, avanzamos en silencio hasta que llegamos a un resplandor en la oscuridad a las afueras de la ciudad: una estación de servicio en la E119, la misma ruta costera que había tomado Kazinsky para llegar a Grozni.

Nos situamos junto a un camión de dieciocho ruedas que estaba estacionado en el rincón más oscuro del aparcamiento y, ocultándome de todas las cámaras, salí del asiento trasero del coche, tiré la mochila y las muletas a la cabina e instantes después iba delante junto a otro agente infiltrado.

Un tipo delgado y nervudo de treinta y pocos años, con el cabello rebelde y de sonrisa fácil, salió del aparcamiento, se incorporó a la carretera y pisó el acelerador. Al cabo de menos de nueve horas, pendiente de cada kilómetro y de las diez gasolineras cuyas imágenes había devorado en su día en la Tumba, llegaría a la base aérea de Grozni.

Por primera vez, pensé que de veras teníamos una oportunidad…

71

El tiempo era uno de nuestros mayores enemigos, y en Marruecos decidimos que teníamos que correr el riesgo. Debido a ello, el enorme camión evitó la estación de trenes de Grozni. Prescindí de coger un taxi y seguir cubriendo mis huellas y continuamos hasta el club de carretera abandonado, ahorrando así varias horas.

En el largo viaje desde Bakú, el camionero resultó ser un agente muy competente —expiloto en el circuito de MotoGP europeo antes de trasladar su amor al peligro al mundo del espionaje— y darme una pistola fue una brillante idea suya.

—No es asunto mío —dijo cuando estábamos pasando por la séptima estación de servicio—, pero antes me ha dicho que iba desarmado. ¿Usted cree que alguien que ha entrado en Irán desde Afganistán y ha cruzado el Caspio haría algo así? No olvide que estamos en Chechenia, aquí hasta los imanes llevan arma.

Me volví hacia él, admitiendo su previsión y maldiciendo en silencio no haberla tenido yo.

—Si llega desarmado, sospecharán —afirmó; metió la mano debajo del asiento y sacó una Glock 17 de 9 milímetros con un cargador de treinta y tres balas, casi con toda seguridad la pistola más utilizada en todo el mundo—. Es un arma fantasma, naturalmente, imposible de rastrear —añadió—. Entréguela al llegar: por lo menos demostrará que es usted un soldado; ya sabe que en la base no puede tener ninguna arma.

Asentí a modo de agradecimiento y la cogí.

—Lo importante son los detalles, ¿no? —observó.

—Sí, son los que hacen que una historia resulte creíble —convine—. Contamos un millón de pequeñas verdades para que se crean una gran mentira.

Probablemente ambos tuviésemos eso en mente cuando entramos en el aparcamiento del club. Casi con toda seguridad nos estaban vigilando —ya fuese un satélite o cámaras en las torres de alta tensión que se sucedían a lo largo de la carretera—, de manera que me bajé de la cabina del camión y le di ostentosamente tres de los *tolahs* que me quedaban, como supuesto pago por el viaje.

Esperé a que el vehículo saliera del descuidado aparcamiento antes de echarme la mochila al hombro, acomodarme las muletas, dejar atrás cojeando montones de casquillos y echar a andar por el arcén mientras hacía autostop por si me cogía alguno de los pocos coches que pasaban. Nadie paró, cosa que, dado mi aspecto, no era de extrañar.

No tenía que caminar mucho, pero con el terreno accidentado y las muletas, a las que no estaba acostumbrado, clavándoseme en las axilas, cuando quise llegar tenía el rostro fatigado y sudoroso. Fue una suerte: parecía exactamente un combatiente andrajoso cuando me aproximé a las puertas de seguridad de acero y el fortín de hormigón que protegían la entrada de la base.

Hablando a través de una ventana de cristal, tartamudeando, le dije al joven teniente del ejército que se hallaba al mando cuál era el motivo de mi visita y recibí una mirada a medio camino entre la

incredulidad y el desprecio.

—¿Tú? —dijo en un ruso seco, señalando mi harapiento aspecto y mis manos vendadas—. ¿Tú quieres trabajar en Baikonur?

Asentí, me solté la bolsa estanca de la cintura y le entregué el certificado de servicios. El teniente lo miró y su comportamiento experimentó un cambio radical.

—¿Spetsnaz? —inquirió.

—Vengo desde Siria —contesté—. Atravesando Irak y las montañas de Irán cerca de Afganistán.

—Spetsnaz en Siria —musitó, con más respeto aún.

—Esta es mi arma —afirmé, y un destello de alarma le cruzó el rostro. Saqué la Glock del bolsillo del capote, con el cañón apuntando hacia mí por seguridad, y se la di.

El hombre la cogió con alivio.

—Me alegra conocer a un profesional —aseveró risueño—. ¿Pasaporte interno?

Me señalé la bolsa estanca y noté que mi tensión iba en aumento mientras el teniente miraba las páginas y comprobaba en un ordenador si era robado. Satisfecho, me lo devolvió. Di las gracias a los falsificadores de la Agencia para mis adentros.

—Organizaré un coche para que lo lleve al centro de reclutamiento —dijo—. Mientras espera, hay un cuarto de baño ahí atrás. Aséese un poco: esos tipos son duros, incluso con los veteranos. Intente evitar a un hombre llamado Strelnikov, lo reconocerá cuando lo vea: es un tipo lo bastante frío para helarle la sangre.

72

Un maltrecho UAZ-469 —el equivalente ruso del *jeep*— me dejó a la puerta del aislado hangar y, con la cara recién lavada, el pelo peinado hacia atrás y una venda limpia en la pierna, me puse a la cola de posibles reclutas.

La cola era mucho más corta que las imágenes por satélite que había visto cuando Kazinsky se aproximaba a la puerta, pero la clase de personas —civiles, muchos de ellos desfavorecidos y taciturnos— no había cambiado, y el mismo documento en que se detallaba el reglamento especial que regía en Baikonur circulaba entre los recién llegados.

Me lo entregaron, lo leí entero para guardar las apariencias y, para cuando quise terminar, ya había llegado a la puerta. Uno de los tres soldados me dio un disco numerado, anotó el nombre que figuraba en mi pasaporte interno y se hizo a un lado para dejarme pasar...

El exterior destartalado y herrumbroso del hangar no tenía nada que

ver con lo que había dentro. Pintado de un blanco brillante e iluminado por fluorescentes suspendidos del techo, el enorme espacio resultaba sombrío, aséptico y de lo más intimidatorio. Con el suelo de linóleo gris claro, hileras de mesas destinadas a las entrevistas asimismo blancas, soldados armados en cada puerta y filas de terminales informáticos negros y escáneres, daba la impresión de haber sido diseñado por alguien cuya alma era de hierro forjado. Tal vez esa fuese la intención.

Me senté en una silla de respaldo recto junto a varias decenas más de candidatos y eché un vistazo a una pantalla en la pared que anunciaba números e indicaba al portador del disco metálico pertinente a qué mesa debía dirigirse. Nervioso por ver dónde me enfrentaría al mayor peligro, miré a mi izquierda y vi que hombres y mujeres en fila se habían quedado en ropa interior y estaban depositando toda la ropa, equipaje y pertenencias en cintas transportadoras que lo harían pasar todo por un escáner de rayos X. La gente esperaba medio desnuda junto a mesas de acero inoxidable mientras el personal de seguridad uniformado continuaba con un examen minucioso de la ropa y los artículos.

Miré de soslayo las mesas y —alarmado— vi que a todas las mochilas les retiraban la loneta y la estructura metálica era desmontada e inspeccionada.

Las tripas se me retorcieron violentamente e hicieron que quisiera marcharme, pero no podía hacer tal cosa: había numerosas cámaras suspendidas en grúas pórtico que controlaban todo el espacio, sus operadores sin duda atentos a cualquier cosa que resultase sospechosa, mientras que por encima de ellas —en una entreplanta con las paredes de cristal— vi que había hombres trajeados observando la escena que se desarrollaba abajo. Margaret había dicho que aquello no era la típica máquina de Rube Goldberg, y no se equivocaba: estaba atrapado y solo, sin ninguna opción.

Mientras me devanaba los sesos, vi que otro grupo de reclutas, aún en ropa interior, pasaba por escáneres corporales y a continuación esperaba en endebles cabinas para someterse a un registro de todas sus cavidades. En ese lugar el pudor no tenía cabida.

De pronto se oyó un vozarrón, que resultó sorprendente en medio de aquel silencio. Me volví y vi que era un ordenanza déspota que gritaba enfadado a los que ocupábamos las sillas y señalaba la pantalla de la pared.

Miré el disco metálico y vi que me había volcado de tal forma en lo que me esperaba que me había olvidado del presente: había salido mi número.

Cogí las muletas, localicé el número dieciocho en un mástil que sobresalía en una mesa cerca de la parte delantera y, mientras pasaba por delante de otros reclutas a los que estaban entrevistando, reparé en un hombre delgado —bien afeitado, con un rictus cruel, un uniforme perfectamente planchado y gafas de montura metálica— que, sentado tras la mesa, me observaba con sus ojos grises.

Sobresaltado, adiviné cuál sería su nombre antes incluso de verlo sobre el bolsillo del pecho: Strelnikov. Su insignia me dijo que era comandante en la inteligencia militar. A sus treinta y pocos años, era joven para ese rango, y su dedicación y su mirada escrutadora me recordaron a las fotografías que había visto de los hombres que enviaban a los recién llegados a las cámaras de gas en Auschwitz.

Me detuve delante de él, apoyé las muletas en la mesa y —como cualquier buen cabo, aunque ya no lo fuese— hice el saludo militar. Él no se levantó, no me devolvió el saludo; se limitó a mirarme, evaluándome. Como si me tomara las medidas para fabricar un ataúd.

Esperaba que me pidiese que me sentara en la silla frente a él, pero no lo hizo. Se colocó bien las gafas y abrió una carpeta de documentos que tenía delante.

—Alepo —dijo mientras miraba atentamente una de las hojas.

—Sí, señor —tartamudeé.

El trastorno hizo que levantara la vista y, una vez más, se limitó a observarme. Cogí las muletas para apoyarme en ellas: si me iba a tener de pie, yo al menos me haría el herido.

—¿Estuvo allí en lo más crudo?

—Sí, señor, en efecto —respondí, siguiendo con el tartamudeo.

—Al final los americanos salieron y enterraron a los Spetsnaz que habían muerto —dijo—. ¿Qué hicieron, cabo, cuando les dieron sepultura? ¿Lo recuerda?

—Les quitaron la chapa, el reloj, las fotografías, cualquier objeto personal; ¿se refiere a eso? —contesté.

—Continúe.

—Lo pusieron todo en una caja que después nos dieron. Como muestra de respeto, dijeron los americanos, entre soldados.

No dio muestra de aceptar que lo que le había dicho era cierto.

—Quítese la camisa —me ordenó.

Obedecí y me indicó que me acercara para que pudiese ver bien los tatuajes. Yo no sabía hasta qué punto eran buenos o qué sabría Strelnikov de ellos. Una cosa estaba clara: ahora mi vida estaba en manos de la mujer con el vaquero manchado y las uñas mordidas de Ourika.

El comandante se centró en las batallas y las fechas que se

enumeraban en mi pecho y las comparó con las que constaban en mi expediente militar y a continuación, al parecer satisfecho, pasó a ocuparse de la fecha y el mapa de mi nacimiento.

—Su madre lo abandonó cuando era usted muy pequeño —afirmó tras consultar distintos papeles de la carpeta—. Diez años después, su padre sufrió una muerte violenta y usted se quedó huérfano. ¿Correcto?

Asentí. Creo que sintió alivio al no tener que esperar a que me salieran las palabras.

—Fue usted testigo de la muerte de su padre, y el trauma fue la causa del tartamudeo.

—Sí —aseveré—. Eso me impidió asumir un puesto de mando en el ejército.

—Eso pone aquí —contestó mientras señalaba la carpeta—. Y también que fue usted un buen soldado. —Con un movimiento de la mano me hizo saber que podía ponerme la camisa. Había salvado esa parte, gracias a Dios, pero el alivio no duró mucho—. Huellas —dijo, y encendió un escáner de ultrasonido (el de mayor precisión de los cuatro tipos de que disponían los cuerpos de seguridad) que estaba en la mesa.

Extendí el dedo índice de la mano derecha y el pulgar y el corazón de la izquierda —los tres que contaban con prótesis— y esperé a que el aparato terminase de arrancar.

El hombre seguía mirándome fijamente.

—Quítese las vendas —ordenó.

Si veía la junta entre las prótesis y la piel, yo estaba acabado, y la misión también, pero no tenía elección. El hombre me observaba mientras yo me retiraba el vendaje de las dos manos.

—Suda usted —constató.

—Duele, comandante —repuse—. Al aflojar la presión, la sangre circula y el dolor aumenta. —Agradecí el tartamudeo, me ayudó a disimular el miedo que teñía mi voz.

Retiré la última venda, pero mantuve las manos medio cerradas, haciendo como si intentase calmar el dolor, cuando en realidad trataba de ocultar las juntas. Él me cogió las muñecas —sus manos eran sorprendentemente suaves y femeninas—, y tuve la certeza de que me abriría los puños y vería lo que yo estaba intentando esconder. Respirando con dificultad, sin escapatoria y sin plan B, permanecí a la espera...

No me abrió las manos. Se limitó a acercárselas, quería ver si tenía los dedos heridos de verdad. Me costó Dios y ayuda no exhalar un suspiro de alivio. Miró las ampollas —la mayoría ya había reventado y estaba en carne viva y supuraba, parecían mucho peor aún de lo que eran—, hizo un gesto de aceptación y me soltó las muñecas.

—¿Qué le pasó? —preguntó.

—Preparaba *piroshki*, señor —respondí mientras intentaba obligar a mi corazón a latir con normalidad—. Había sacado la fuente del horno y me había quitado las manoplas cuando decidí cambiar la fuente de sitio. Me quemé las manos. —Me encogí de hombros—. Y solté la fuente. —Me señalé la pierna vendada. «Lo importante son los detalles —pensé—, siempre los detalles.»

—¿Qué carne utilizó? —quiso saber—. ¿Para los *piroshki*?

—Ternera, comandante —afirmé.

—¿No puso perro?

—No, señor. Los iban a comer amigos, no iba a venderlos.

Apuntó a mis manos mientras yo me las vendaba de nuevo.

—No podrá trabajar —aseveró.

—Permítame que disienta, señor. Tengo una carta del hospital número cuatro de Grozni: dice que estaré bien dentro de tres días. —Señalé la bolsa estanca y, mientras sacaba la carta falsificada, el comandante apuntó al escáner con la cabeza...

—Utilice los tres dedos buenos —pidió—. Tendremos que conformarnos con eso.

El subterfugio había funcionado. Con los dedos en el escáner, permanecí a la espera mientras ondas de ultrasonido trazaban el mapa exacto de mis huellas. La luz verde se detuvo y supe que ahora las estaban comparando con las huellas dactilares del difunto que constaban en el archivo de alguna enorme base de datos del ejército en Moscú. Strelnikov me observaba y miraba una pantalla de ordenador que descansaba en un lateral de su mesa alternativamente, y mientras tanto yo mantenía la mirada fija en una distancia media, haciendo como que me fijaba en los hombres y mujeres que ocupaban la habitación acristalada de arriba.

—Sesenta segundos y sabremos los resultados —contó—. Tenía mis dudas con usted, cabo: las vendas, la cojera, el acento del frío norte que no termina de cuadrar. Puede que sea el tartamudeo. Sin embargo, mi trabajo consiste en dudar de todos y de todo. Hay determinadas personas a las que les encantaría entrar en Baikonur. Los americanos cuentan con un grupo de espías de élite, hombres y mujeres capaces llamados «agentes de Zonas de Acceso Restringido». Esa es la clase de persona a la que enviarían.

—¿En serio, señor?

—En serio, sí. Estoy seguro. ¿Ha oído hablar de ellos?

—¿Cómo ha dicho que se llamaban? —inquirí.

El comandante estaba a punto de repetirlo cuando el ordenador emitió un pitido. El hombre miró la pantalla y frunció el ceño. Cualesquiera sospechas que pudiera abrigar se habían despejado.

—Coinciden.

Me mordí el labio, aliviado, pero todavía había un obstáculo que salvar.

—Coja sus cosas —pidió Strelnikov—. Llévelas al escáner de rayos X.

74

Me quité toda la ropa a excepción de los calzoncillos, vacié la mochila y lo dejé todo, además de las muletas, en la cinta transportadora.

Aún sudaba profusamente, pero —para variar— no intenté ocultarlo. Sabía lo que tenía que hacer y al cabo de un minuto, quizá menos, todas las muestras de nerviosismo y estrés me ayudarían. Tal vez incluso me salvaran la vida.

Vi como desaparecían mis pertenencias en el escáner y luego centré la atención en los operarios —un hombre y una mujer sentados ante sendas pantallas—, que examinaban con parsimonia la imagen de cada cosa. Cuando menos, eran concienzudos.

La ropa salió, después las muletas, seguidas de la mochila vacía. Con Strelnikov detrás de mí, pasé a la mesa de acero inoxidable, hice como que me preocupaba en exceso por algunas de mis prendas y mis escasas pertenencias mientras continuaba echando vistazos a las muletas y esperaba a que los cuatro oficiales del otro lado de la mesa comenzaran su exhaustivo registro.

Uno de ellos cogió la mochila vacía y la pasó por la mesa hasta donde tres de sus compañeros aguardaban para quitarle la loneta y examinar la estructura. Pese al miedo cerval que me subía del estómago, no le dediqué ni una mirada de reojo: seguía fijándome en la ropa y las muletas. Actuando con naturalidad, alargué el brazo, las cogí y, estaba a punto de colocármelas bajo los brazos como si las necesitara debido a la herida de la pierna…

—Espere —ordenó Strelnikov.

Todo el mundo, incluidos los tres oficiales del final de la mesa que acababan de coger la mochila, se detuvo. Me volví hacia el comandante.

—Parece nervioso, cabo —señaló—. Está sudando otra vez, y ahora no es posible que sean las heridas. ¿Por qué ha estado mirando de reojo las muletas todo el tiempo?

—¿Eso he hecho, comandante? —contesté—. Es solo que las quiero coger. Las necesito para andar.

—No —replicó mientras daba un paso adelante, su rostro cerca del mío, observándome con atención. Notaba su aliento en mi mejilla—. No —repitió al tiempo que negaba con la cabeza para recalcar sus palabras.

Me encogí de hombros, fingiendo no tener nada que ocultar. El hombre y la mujer que se ocupaban del escáner detuvieron la cinta para mirar. Los que efectuaban el registro minucioso, los otros reclutas que esperaban en fila y los oficiales que tenían la mochila asimismo guardaban silencio.

Los finos labios de Strelnikov se abrieron para dibujar una sonrisa.

—Deme las muletas.

Lo miré un instante y obedecí, aparentemente de mala gana, logrando hacer que la mano me temblase un poco. El comandante llamó a los tres oficiales que se ocupaban de la mochila para que se uniesen a él.

—Examínenlas —ordenó mientras yo veía que soltaban la mochila —. Tómense su tiempo.

Me aparté para dejar sitio a los tres hombres, que se apoderaron de las muletas y se disponían a colocarlas en la mesa de acero para inspeccionar cada junta y cada tubo.

—Pesan más de lo que cabría suponer —aseveró un tipo de mediana edad, cuya barriga presionaba la chaqueta, a la vez que las sopesaba en la mano.

—Tal vez alguien haya forrado los tubos de plomo o aluminio para burlar los rayos X —comentó Strelnikov, y me miró.

—Es posible, señor —confirmó el barrigudo—. Hay muchos que se creen genios. ¿No hay nadie en el mundo que sea honesto?

—No conozco a todo el mundo —fue la glacial respuesta de Strelnikov.

Yo no decía nada, me limitaba a contemplar la ropa mientras me olvidaba deliberadamente de la mochila, que seguía en la mesa, sin que nadie le hiciese el menor caso.

Los tres oficiales continuaron examinando las muletas, dándoles la vuelta en las manos, intentando —sin conseguirlo— desatornillar los distintos tubos o dar con alguna otra forma de desmontarlas.

—Deberíamos ser capaces de desarmarlas —opinó una mujer de rasgos marcados—. No es posible que estén hechas de una pieza.

—¿Hay algún dispositivo de cierre, algún mecanismo de alguna clase? —sugirió el barrigudo.

Todo el mundo, incluidos los demás oficiales y los reclutas que esperaban en fila, se había acercado para presenciar el drama.

—¿Usted qué cree, cabo? —me preguntó Strelnikov—. ¿Tienen algún cierre?

—No sabría decirle, comandante —contesté—. Las compré en una tienda de segunda mano en Bakú.

—Ya —observó—. En una tienda de segunda mano, claro. —Se volvió hacia la mujer de rasgos marcados—. Quíteles la almohadilla. —Señaló el acolchado de polipiel que recubría la parte superior de las

muletas, el que se colocaba bajo las axilas.

La mujer se sacó una herramienta multiusos del cinturón y, con una navaja, rajó la almohadilla, dejando a la vista el metal.

—Hay un tornillo grande —informó al tiempo que cogía un destornillador e intentaba aflojarlo—. O eso parece. Gira, pero no sale.

—¿Es posible que se haya partido? ¿O trasroscado? —planteó el barrigudo.

—No estoy segura —admitió la mujer.

—Abra las almohadillas de las manos —ordenó Strelnikov mientras señalaba el agarre situado hacia la mitad de las muletas.

La mujer hizo lo que le mandaban.

—Otro tornillo grande, idéntico —informó, y aplicó el destornillador —. El mismo problema.

Todo el mundo clavó la vista en la destripada muleta mientras intentaba dilucidar lo que significaba aquello, si es que significaba algo.

—Curioso, ¿no? —me dijo Strelnikov—. Dos tornillos grandes, idénticos, pero ninguno de los dos se puede desatornillar.

Abrí las manos para expresar mi desconcierto: se suponía que estaba tan perdido como los demás. Mientras seguía pensando, el comandante miró al hombre y la mujer que se encontraban en el otro lado de la mesa.

—Hagan girar ambos tornillos a la vez —pidió.

Cada uno de los oficiales cogió un destornillador y lo colocó en el correspondiente tornillo.

—En el sentido de las agujas del reloj —advirtió la mujer—. Ahora.

Ambos comenzaron a dar vueltas...

Y la muleta —sus distintas partes provistas de resortes— de pronto se abrió. Strelnikov sonrió con aire triunfal.

Los demás reclutas me miraron con cara de sorpresa mientras los oficiales centraban la atención en las muletas, asintiendo en señal de admiración, pero a regañadientes.

—Menuda ganga compró en la tienda de segunda mano —comentó Strelnikov—. ¿Lo hizo usted mismo?

Fingí desinflarme, haciendo como si no tuviese ningún sentido negarlo, y asentí.

—Se me dan bien las máquinas, todo lo técnico, construir cosas —reconocí.

—Es muy ingenioso —aplaudió Strelnikov—. Pero no lo suficiente. Espero que le sirva de lección: a veces uno se topa con personas que son mucho más listas que uno.

—Sí, comandante —afirmé, casi sin mirarlo—. Lección aprendida, tiene usted razón.

—¿Qué hay dentro?

—María —confesé—. Me gusta fumar: estar relajado me viene bien para el tartamudeo.

—¿Dónde la consiguió?

—En Afganistán —contesté.

—¿La ha traído desde allí? —preguntó sorprendido—. ¿Dónde exactamente en Afganistán?

Esa era una pregunta con la que no contaba: a la deriva, presa del pánico, traté de pensar en una ciudad o un pueblo. En una región, incluso. Entonces se me ocurrió: «Connor Bryant», me dije al recordar al joven piloto de drones de Huntington Beach.

—La compré en Balj —respondí—. Dicen que en esa ciudad se cultiva la mejor hierba del mundo, pero fui allí por otro motivo: por la mezquita de las Nueve Cúpulas, la más antigua del país. Es sagrada…

—¿La mezquita de las Nueve Cúpulas? —repitió Strelnikov: era evidente que no había oído hablar de ella, pero sonaba a verdad.

—¿Comandante? —lo llamó el oficial barrigudo para que viese la gran cantidad de marihuana que habían sacado de ambas muletas.

—De ser cualquier otra droga, estaría detenido, se lo prometo —me dijo el comandante—. ¿Se quemó las manos y la pierna para tener una excusa que le permitiese utilizar las muletas?

—Sí, señor —admití abatido. Otros oficiales se habían reunido alrededor de la mesa para ver la obra del armero mientras Strelnikov indicaba a los operadores del escáner que pusieran la cinta en marcha de nuevo. Por de pronto, todo el mundo estaba distraído. *«Carpe diem»*, pensé…

Con la mayor lentitud posible, tratando de reprimir el tremendo nerviosismo, procurando no pensar en las terribles consecuencias que acarrearía mi fracaso, comencé a coger la ropa y mis demás pertenencias de la mesa de acero. Como si tal cosa, con los brazos llenos, avancé unos pasos…

No respiraba, lo sabía, pero mi cuerpo funcionaba de manera autónoma. Me acerqué la mochila y empecé a meter las cosas dentro, contando con que de un momento a otro Strelnikov o uno de los oficiales pusiera alguna objeción y me ordenara apartarme. Nadie dijo nada.

Los reclutas estaban dejando sus cosas en la cinta, los oficiales de la mesa comenzaban su minucioso registro, las mochilas se retiraban para proceder a su inspección y Strelnikov observaba al barrigudo y a la mujer de rasgos marcados, que montaban de nuevo mis muletas.

Los dos oficiales vieron que me acercaba y me entregaron las muletas. Ni ellos ni el comandante dijeron nada de la mochila. Fue como si ni siquiera reparasen en ella. «Gracias, Madeleine —pensé—. Gracias por lograr que hayamos llegado hasta aquí.»

—Se ha tomado usted muchas molestias —comentó Strelnikov

mientras señalaba las muletas—. Y es evidente que tiene muchos conocimientos técnicos, pero no vuelva a intentar nada parecido.

—No, señor —aseguré, apenas dispuesto a abrigar esperanzas—. ¿Significa eso que me voy, señor?

—Es usted un Spetsnaz, cabo: sabemos que podemos confiar en su lealtad. Eso ha hecho que la balanza se incline a su favor.

—Gracias, comandante —dije y, para variar, estaba siendo sincero, no era fingido.

El hombre dejó mi carpeta y unas cuantas órdenes de desplazamiento en la mesa, las firmó y selló por triplicado y me dio una copia.

—Hay una cantina y literas al fondo del hangar. Su avión sale mañana a mediodía. —Dio media vuelta y se alejó.

Me quedé mirándolo conmocionado. En Marruecos habíamos efectuado un seguimiento de todos los vuelos que salían de la base aérea a Baikonur, y yo sabía que había un avión que despegaba al cabo de dos horas. Contábamos con él: si no iba a bordo de ese aparato, no tenía ninguna razón para ir allí, porque no podría llegar a tiempo.

—Permiso para hablar, señor —dije.

Los oficiales y las personas que hacían cola en el escáner de rayos X miraron. Strelnikov se volvió.

—¿Qué? —espetó, y su tono denotaba exasperación.

—Tengo entendido que hay un avión que sale antes —dije—. ¿Puedo ir en él, comandante?

—Está lleno —zanjó, dispuesto a seguir su camino.

—Es un asunto familiar —añadí, captando su atención. Se volvió de nuevo—. Un cumpleaños —puntualicé.

—¿Qué? —inquirió; había oído lo que le había dicho, pero estaba desconcertado.

Me acerqué más para darle una explicación, más personas se volvieron para aguzar el oído, y casi estaba a su lado cuando en el hangar resonó una sirena. Era una señal para que los oficiales y soldados recogieran sus carpetas y sus pertenencias: tocaba cambio de turno.

El ruido acalló mis palabras, y me tuve que inclinar hacia el comandante, hablarle casi al oído, evitando así que alguien más me oyera.

La sirena duró apenas veinte segundos, pero para entonces yo ya había terminado y, en el silencio que se hizo, Strelnikov me miró y lanzó un suspiro. Consultó una lista en sus carpetas y gritó hacia la cantina del fondo.

—¡Abramovich! —ordenó.

Un tipo de veintipocos años que llevaba una camiseta apretada se

acercó.

—¡Ey! —saludó.

El comandante lo fulminó con la mirada.

—Saldrá en el vuelo de mañana —le dijo—. Dele su tarjeta de embarque a este hombre, él ocupará su lugar.

Hizo lo que le pedían. Al cabo de dos horas yo estaría volando a Baikonur. Cuando llegara, dispondría de dos horas y siete minutos para matar a Kazinsky.

75

El Ilyushin Il-76 cruzó volando bajo el mar de Aral, su desolada extensión de gramíneas y arena ahora argéntea gracias a la brillante luz de la luna. Por la ventanilla vi una manada de camellos que deambulaban entre la flotilla de barcos abandonados.

Decenas de reclutas se apiñaban en las ventanillas, y cuando el avión giró para prepararse para aterrizar, varios exclamaron: «¡Lobos!». Escudriñé el paisaje y vi una manada de cuatro, poderosos y salvajes, en fila en un saliente: estaban completamente inmóviles, el macho alfa delante, todos ellos mirando hacia el avión.

Guardaban silencio, y me dio la impresión de que no volvería a oír sus aullidos: tras ellos se alzaban las llamaradas anaranjadas de los altos hornos en la planta de procesamiento de minerales del espacio. Ya no podrían llamarme más: había llegado.

76

Era todo un espectáculo —las columnas de luz de Baikonur se alzaban hacia el cielo y la larga pista de aterrizaje estaba vivamente iluminada — mientras el Ilyushin aterrizaba.

Captada por un satélite, la imagen se veía en la gran pantalla del pabellón de recreo en el centro de detención clandestino de Marruecos. Rebecca, Halcón, Buster, Madeleine y varios de los expertos se encontraban delante, mirando en silencio mientras las ruedas del avión tocaban tierra y un convoy de autobuses atravesaba la plataforma para ir a su encuentro.

—Hemos de suponer que subió a bordo y ha llegado —comentó Buster, y se dirigió hacia Halcón—: ¿Vas a hacer la llamada?

—Preferiría estar seguro —repuso Halcón—. Cuando desembarquen los pasajeros, ¿podremos verlo?

—No —respondió Buster—. Las escaleras están cubiertas debido a

los elementos. Los pasajeros bajarán e irán directos a los autobuses.

—Bien —dijo Halcón—. Siendo así, tendremos que confiar en que lo haya conseguido. Voy a ello.

Salió para tener privacidad y, de pie cerca de la piscina, se sacó el móvil y esperó a que la llamada encriptada se conectara vía satélite.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Rebecca.

—Está llamando a Langley —explicó Buster—. Para decirles que utilicen uno de nuestros sistemas más secretos para ponerse en contacto con un activo que tenemos allí.

—¿En Baikonur?

—Sí. El mensaje la avisará: sabrá que el agente ha llegado y que la misión sigue en marcha.

—Y después, ¿qué hará la mujer? —quiso saber Rebecca.

—Nada. Esperar —repuso Buster—. Kane sabe que en cuanto haya matado a Kazinsky ha de pulsar un botón de emergencia que hay en la planta y se utiliza para pedir ayuda médica urgente. Nos hemos asegurado de que el activo trabaja hoy. Irá a la planta de inmediato, como lo haría en cualquier situación...

—¿Para ayudarlo si está herido? —preguntó Rebecca.

—Sí, eso también —confirmó Buster—. Pero, sobre todo, para sacarlo de ahí cagando leches.

77

Los ciento cuarenta que íbamos a bordo del Ilyushin vimos que tres oficiales venían por los pasillos, consultando portapapeles y asignando a los hombres —y a un puñado de mujeres— a distintos lugares diseminados por el amplio complejo.

Un hombre que frisaría la cincuentena, con la complexión de un portero de bar y la actitud acorde, se detuvo delante de la fila que yo ocupaba.

—Abramovich —dijo.

—A Abramovich lo han sacado de este vuelo —aduje tartamudeando, mientras le entregaba una carpeta con mis documentos—. He venido yo en su lugar.

No se molestó en abrir la carpeta, se limitó a observarme de arriba abajo con desdén.

—No es que hayamos ganado mucho con el cambio —comentó, y miró el portapapeles—. Toma el transporte de tierra hasta la tercera parada. Eres un trabajador de clase 2: almacén de crudo noreste.

—No —repliqué. En el hangar de reclutamiento estaba demasiado preocupado con subirme al avión para ocuparme del lugar al que me enviarían. Una vez a bordo, sin embargo, había tenido mucho tiempo

para pensar en ello.

—¿No? —repitió el Portero mientras daba un paso hacia mí—. ¿Cómo que no?

—Ese era Abramovich —aclaré sin alterarme—. Yo soy ingeniero: por eso nos han cambiado. Me han asignado a la planta de procesamiento de minerales del espacio.

—¿Quién lo dice?

—Strelnikov.

—¿El capullo de Strelnikov? —farfulló.

—Ese, sí —confirmé.

Me miró y casi sonrió.

—Súbete a la *motovoz*: la planta está en Siberia, es la última parada. ¿De acuerdo?

Asentí aliviado, mientras me daba la carpeta que no había abierto y llamaba al siguiente.

Consulté mi reloj: las 0.47. En Nueva York, Chloe había calculado que las esporas se habían liberado entre la 1.16 y la 1.57. Disponía de veintinueve minutos para llegar a la planta de procesamiento.

Después, o me encontraría a Kazinsky o a algo que era más que un hombre pero menos que un ser humano.

Cogí la mochila, que tenía entre las rodillas, y me preparé para desembarcar. Veintiocho minutos...

78

El tren avanzaba por la oscuridad, su vieja locomotora *motovoz* escupiendo diésel negro y haciendo añicos el silencio.

Los cuatro vagones prácticamente estaban vacíos: casi todos los demás reclutas ya se habían bajado en paradas anteriores. Cada vez más nervioso, había observado que parábamos en cinco de ellas —dos más de las que habíamos previsto en Marruecos—, y no cabía duda de que ahora estaba yendo a contrarreloj.

Aminoramos la marcha y nos detuvimos en otro andén de madera destartalada. Era la parada de un vasto complejo de aguas residuales. Matojos rodantes pasaban por los ruinosos edificios, que consistían en un puñado de estaciones de bombeo y una serie de enormes estanques de lodo.

El olor —que nos trajo un viento que soplaba de la estepa— casi era apabullante cuando una docena de reclutas se ataron un pañuelo en la boca, cogieron sus cosas y bajaron al andén.

Ahora a bordo solo íbamos el Portero y yo. La locomotora hizo sonar su bocina y el tren cobró velocidad mientras se adentraba más en Siberia, aproximándose deprisa a la última parada.

—Has tenido suerte —comentó el Portero mientras señalaba al frente. Por la ventana, en una pequeña elevación en aquel océano de oscuridad, vi una larga hilera de luces y destellos de llamas anaranjadas.

En realidad era lo primero que veía de la planta de procesamiento de minerales del espacio, y clavé la vista en ella un instante.

—Ha estado parada un par de días —añadió el Portero—. Algún gilipollas se cargó toda la instalación eléctrica. Pero, como puedes ver, ya vuelve a estar en funcionamiento.

Estaba a punto de apartarse de la ventana cuando se detuvo.

—Anda, mira eso —me dijo.

Me volví hacia donde apuntaba su dedo y vi una enorme espiral de ceniza, humo y ascuas que salía de pronto por el tejado de la planta.

—¿Qué coño es eso? —planteó.

Yo lo sabía: sabía que, a pesar de lo que había dicho el Portero, no habíamos tenido ninguna suerte. Kazinsky acababa de abrir las grandes rejillas de ventilación del tejado.

Un paso más y ya no se podría hacer nada...

79

El tren tomó una curva amplia y empezó a frenar. Miré de nuevo el reloj: la 1.21 —llevaba cinco minutos de retraso—, pero todavía estábamos a tiempo. Tal vez todo saliera bien, pero lo cierto era que no sabía lo que me encontraría en el interior de la planta.

Salimos de la curva mucho antes de lo que me esperaba y allí estaba, justo delante: los imponentes muros de ladrillo de la planta alzándose hacia la noche, con sus enormes puertas abiertas, de las que salía ruido, calor y un olor acre nauseabundo.

El tren siguió reduciendo la velocidad. Había llegado hasta los confines de la Tierra, donde la noche había caído y una oscuridad siniestra se cernía sobre nosotros.

El Portero se situó a mi lado.

—El tipo que está a cargo se llama Kazinsky —informó alzando la voz para hacerse oír con el estruendo de las máquinas—. Estuvo en la Spetsnaz (era coronel), y lo llamarás eso o «Emir», ¿estamos? Mató a dos hombres a latigazos el día que llegó, creo que probablemente eso te diga todo lo que necesitas saber.

Se rio y, tras cogerme la carpeta de documentos, la abrió.

Yo miré al otro lado de las puertas, vi por primera vez el interior de la planta. Con la luz de los hornos y las lámparas del techo, vi que una grúa pasaba por delante de los desvaídos murales de Lenin y los heroicos obreros soviéticos. No logré distinguir lo que colgaba del

gran gancho hasta que se deslizó cerca de uno de los hornos, y en la pared del fondo se proyectó la sombra de un enorme cubo.

—Deberíamos darnos prisa —dije al Portero.

Me miró con cara interrogante.

—Tienes ganas de entrar, ¿eh? —Había abierto la documentación—. Necesitaré que me firme el formulario de transporte, es el justificante de que has llegado... —Se detuvo—. Vaya, qué coincidencia —observó.

—¿Cuál? —inquirí.

—El apellido —me contestó al verlo en los documentos. Después levantó la cabeza para mirarme.

—En realidad no —aseguré.

—¿Y eso? —quiso saber.

Empecé a hablar, pero los frenos de la *motovoz* chirriaron al detenerse y tuve que acercarme a su oído para que me oyese...

80

Cogí la mochila y me bajé del tren antes que el Portero.

Juntos echamos a andar hacia el iluminado y ruidoso interior. Vi la cámara acristalada, un cubo enorme colgando de la grúa y, aproximándose a él de manera continuada, el río de metal que parecía lava. A un lado se hallaba la cafetería, desierta, con el botón de emergencia con el que solicitaría asistencia médica urgente si la necesitaba, cuando la necesitara.

—Coronel Kazinsky —lo llamó el Portero respetuosamente, alzando la voz.

—¿Qué pasa? —respondió una voz.

Traté de compararla con cómo me había hablado en Irán para ver si había experimentado algún cambio, pero estaba gritando y el sonido de la maquinaria era abrumador.

—Un nuevo recluta, Coronel.

—Deja ahí sus papeles. Los firmaré y te los daré mañana. Dile que espere. Estaré ahí en un minuto.

El Portero me sonrió y precisó:

—Es su hermano, Coronel.

Se hizo una pausa.

—Mi hermano murió en Irán, le dispararon los americanos.

—Pues ha vuelto —afirmó el Portero—. Y está aquí.

—¡No es posible! —aseguró Kazinsky.

—¿Tartamudea? —le preguntó el Portero.

—Sí.

—Pues entonces es él —dijo el Portero, y me miró.

Le sonreí, como si los dos estuviésemos al tanto de la sorpresa, después miré hacia arriba, a la grúa, que se había parado momentáneamente. Sin embargo, mi alivio se vio sustituido en el acto por aprensión: Kazinsky venía hacia mí.

Fuera se oyó una bocina: el maquinista indicaba que había llegado el momento de marcharse. El Portero me dio los documentos que necesitaba firmados.

—Asegúrate de que me los devuelve mañana. Buena suerte con el reencuentro familiar.

Dio media vuelta, se dirigió hacia la puerta y yo me arrodillé de inmediato y empecé a desmontar la mochila. Cuarenta y tres segundos.

Cuando iba por la mitad, con la loneta separada de la estructura, levanté los ojos y vi una sombra en la pared. Mis manos volaron por la estructura, intentando soltar las distintas partes más deprisa.

Un instante después Kazinsky entró. Me faltaron veintidós segundos.

81

A falta de veintidós segundos para poder montar el arma —y habiendo llegado probablemente cuatro minutos tarde—, vi que Kazinsky ya se había transformado.

A través de tres metros de aire tóxico —y desarmado—, contemplé el poderoso físico, los abultados músculos, el cuerpo sin pelo y la piel tan blanca que casi era translúcida, que había visto en Nueva York. Si sobrevivía lo bastante para verle la espalda, tendría una cresta de piel endurecida a lo largo de la columna.

Me miró, pasmado momentáneamente.

—Tú —dijo.

—En Irán me dijiste que estabas impaciente por saber cuál sería la siguiente sorpresa. —Miraba por detrás de él, para ganar tiempo, mientras echaba mano de la estructura a medio desmontar de la mochila, intentando pensar en lo que haría cuando me atacase—. No paran de llegar, ¿eh?

Agarré con fuerza las distintas partes de la estructura: si perdía una de ellas, tendría que luchar sin arma. Era hombre muerto.

Sus ojos oscuros, con las luminosas vetas doradas, lanzaron un destello cuando el asombro se vio reemplazado por una oleada de auténtica furia. Se abalanzó hacia mí.

—¡Por mi hermano! —bramó.

Sus manos buscaron mi cuello. Era mucho más joven que en Nueva York, más fuerte y más ágil. Si me retorcía el cuello, me partiría las vértebras y me mataría en el acto.

Pero por lo menos yo estaba preparado para recibirlo, y me lancé hacia un lado. Noté que su hombro me rozaba el codo y sus manos no llegaron a cerrarse alrededor de mi garganta por escasos centímetros. Me estrellé contra el suelo y rodé una y otra vez para ponerme fuera de peligro, hasta deslizarme bajo un carrito reforzado que descansaba sobre grandes ruedas de acero...

Cualquier soldado bien entrenado habría seguido rodando, habría salido por el otro lado y habría echado a correr, pero corriendo yo no tendría nada que hacer contra Kazinsky.

En lugar de hacer eso, me agarré a la parte de abajo del carrito y giré el hombro para pararme. Rodé hacia atrás y vi que los pies de Kazinsky se separaban del suelo para saltar por encima del carrito.

Aterrizó, y ahora yo estaba detrás de él. Empujé el carrito con fuerza contra su espalda mientras él miraba al frente para intentar localizarme en la penumbra. El golpe lo hizo caer de rodillas. Le di de nuevo, más fuerte, obligándolo a agacharse todavía más, y le pasé una de las ruedas de acero por el brazo, que tenía extendido, aplastándole parte del codo.

Ahora sí eché a correr mientras me guardaba las partes del fusil en el bolsillo del capote y lo cerraba con la cremallera para que no se me perdiesen y poder tener las manos libres. Diez pasos y me encontré en el corazón de la desierta planta; los hornos de fundición escupían chispas, el río de lava refulgía, la ceniza salía por las rejillas del techo y la puerta de acero del despacho del supervisor estaba abierta. Sobre mi cabeza, el enorme cubo colgaba de la grúa.

Apenas le presté atención. Había desarrollado una suerte de plan. Fui corriendo hasta la pared más alejada, dejé atrás los hornos y los montones de escoria, esquivé el río de lava y cogí una pala de una carretilla grande al pasar por ella.

Oí que los pies de Kazinsky golpeaban el hormigón que quedaba a mi espalda, cada vez más cerca, después lo vi reflejado en una tolva de agua de acero inoxidable. A menos de un metro y ganando terreno deprisa. Tres pasos y podría...

Justo cuando arremetió, yo giré de repente, me agarré a una escalera y, tras coger impulso, me subí a una de las grúas pórtico más bajas. Él no pudo efectuar el giro y pasó de largo, soltando tacos.

Mientras avanzaba por la desvencijada pasarela, lo vi justo debajo, siguiéndome el ritmo.

—¡¿Ya estás cansado?! —gritó, y soltó una risotada demencial.

Sin hacerle caso, llegué a la pared, donde cogí aire y estrellé la hoja de acero endurecido de la pala con todas mis fuerzas contra la pesada cadena.

La cadena se rompió y salió despedida hacia arriba, liberándose con un ruido estruendoso; acto seguido, con un sonido metálico, las

enormes rejillas de cristal del tejado se cerraron.

Kazinsky clavó la vista en ellas: el gesto tal vez no impidiese que se liberaran las esporas, pero sin duda frenaría su salida. Rugiendo de ira, pegó un salto, se agarró a una tubería y se balanceó para subirse a la pasarela y venir directo hacia mí…

Giré sobre mis talones, subí por otra escalera desde donde accedí a otro paso más alto y más inestable incluso, y fui hacia la derecha, corriendo hacia el despacho del supervisor.

Tras las paredes de grueso cristal diseñadas para amortiguar el sonido de la maquinaria y con la puerta de acero cerrada a cal y canto en cuanto entrase, tal vez ganara el tiempo suficiente para terminar de montar el fusil. Armado podía conseguirlo, podía eliminarlo…

Corriendo a toda velocidad, Kazinsky me siguió hasta la pasarela superior, y sentí que la estructura se estremecía y se combaba con el peso de ambos. Tuve que agarrarme a las barandillas para mantener el equilibrio, y eso me frenó. No llegaría al despacho.

Decidí echar el peso a la derecha, salté por el lateral a la pasarela de debajo y, tras permanecer un instante en ella, salté de nuevo, esta vez al suelo. Me cayó encima una lluvia de ascuas de uno de los hornos, pero la atravesé. Volví la cabeza…

Kazinsky se había bajado de un único salto, compensando de ese modo varios metros cruciales. Salí disparado a la izquierda y llegué a un viejo puente de metal que cruzaba la sección más ancha del río de metal líquido.

Iba por la mitad, contando con sentir el golpeteo de sus pies detrás de mí, pero no había nada. Sin dejar de correr, miré hacia atrás…

Inclinado, Kazinsky estaba a punto de utilizar su fuerza bruta para intentar arrancar el extremo del puente de sus herrumbrosos anclajes. Si lo hacía, adiós muy buenas: la estructura entera —conmigo encima — se precipitaría al río de lava.

Oí el sonido del metal al separarse y corrí con más ganas hasta que, de repente, el puente se inclinó hacia abajo, suelto. Ahora me encontraba a escasos centímetros del candente metal, así que me lancé hacia delante, por el aire.

Se oyó otro sonido, de metal desgarrándose, y alargué los brazos todo lo que pude para agarrarme a una barra vertical en el otro extremo del puente.

Mientras me impulsaba, pegué bien las piernas al cuerpo justo cuando el puente cayó al metal líquido, empezó a fundirse y desapareció en la lava.

Me levanté, comprobé que todas las partes del fusil seguían en el bolsillo y, una vez más, eché a correr hacia el despacho del supervisor. Volví la cabeza, esperaba ver a Kazinsky persiguiéndome desde el otro lado del río, pero no estaba allí.

Aceleré y me encontraba a diez metros del despacho —cada vez más seguro de que conseguiría entrar y montar el arma— cuando lo vi. Delante de un anaquel en la pared, estaba cogiendo con tranquilidad un control remoto con el que se manejaba la grúa de arriba. Con creciente alarma, levanté los ojos y vi que el enorme cubo, lleno hasta el borde de chatarra, se hallaba prácticamente encima de mí.

No había ningún sitio donde poder ponerme a cubierto. Volví la cabeza de nuevo y vi que Kazinsky pulsaba un botón del mando.

Más arriba se oyó un chasquido mecánico y me tiré en plancha, a la desesperada...

El cubo cayó, atravesó las grúas pórtico que rodeaban el despacho del supervisor, destrozó las paredes de cristal y lanzó por los aires la puerta de acero. Al estrellarse contra el suelo, explotó en una pedrisca de metal mortífero, que salió volando hacia todas partes...

82

Me salvó una enorme trituradora de piedra, probablemente lo único en todo el edificio lo bastante fuerte para resistir la arremetida de metal a una distancia tan corta.

Aterricé en un lateral, y tuve el tiempo justo para rodar entre dos de sus cortas patas neumáticas cuando el cubo se estrelló contra el suelo.

Sin embargo, fue una victoria pírrica: un reborde de acero en la parte inferior de la máquina me hizo un tajo largo en el hombro y una esquina dentada del cárter me abrió la mejilla izquierda —antes de hacerme otro tanto en la cabeza, por detrás— al rodar y meterme debajo.

Pegado al suelo bajo la máquina, la oleada de metal me pasó milagrosamente de largo. Sentí que la sangre me empapaba el pelo y la camisa, pero no importaba: seguía vivo.

Agucé el oído: al caer, el cubo debía de haber dejado sin electricidad a distintas secciones de la planta, provocando el parón de la mayoría de las máquinas y probablemente sumiendo en la oscuridad grandes áreas del lugar. Me puse bocabajo y miré los montones de restos y metal que cubrían el suelo. De repente, de la penumbra surgió un par de botas que empezó a avanzar por ella. Kazinsky había salido de donde se hallaba a cubierto y me buscaba: a mí o mi cadáver.

Al no encontrar ninguna de las dos cosas, supe que no tardaría en darse cuenta de que el espacio que se abría bajo la trituradora era el único sitio donde yo podía haber sobrevivido. Segundos después me vería.

Retrocedí ayudándome de los codos, procurando no hacer ruido, para alejarme de él y salir por el otro extremo de la máquina. Solo

cuando traté de ponerme de pie fui consciente de hasta qué punto estaba herido.

Sentía un dolor palpitante en la cabeza y la cara, el tajo del hombro hacía que me costara mover el brazo izquierdo y solo ahora caí en la cuenta de que también me había hecho un corte muy profundo en la pierna derecha y perdía sangre deprisa.

Obligándome a no pensar en ello, me moví lo más rápido que pude hacia las enormes puertas de la entrada, buscando amparo en las sombras e intentando no hacer ningún ruido. Cuando iba por la mitad, giré a la izquierda y eché a correr hacia la cafetería.

La zona entera se encontraba completamente a oscuras —lo cual era perfecto para lo que me proponía—, y corrí a la cocina. El piloto de los quemadores de gas estaba encendido y, guiándome por la tenue luz que irradiaba, llegué a los fregaderos, cogí un paño de cocina y me arrodillé en un rincón.

Oculto por la oscuridad y por un mueble, abrí la cremallera del rasgado y sucio capote, saqué las partes de la estructura y las dispuse en el suelo. Con unas manos que me temblaban un poco del dolor, el agotamiento y Dios sabe qué más, comencé a desarmarlas tal y como me habían enseñado a hacerlo.

Ahora menos preocupado por el tiempo, lo limpié todo lo mejor que pude con el paño y ensamblé las principales partes del fusil de cañón corto. Por último, cogí lo que antes era el asa de la mochila, lo convertí en el mecanismo de disparo y lo coloqué en su sitio. El arma, una auténtica maravilla de la ingeniería, ahora estaba montada.

Saqué las dos lanzas del interior de uno de los tubos de la estructura y cogí las tres balas que llevaba al cuello.

Introduje la primera en el cargador, pero entonces oí un paso y me quedé helado.

El mueble descansaba sobre unas patas cortas, y miré por debajo. La silueta de Kazinsky apareció dibujada en la puerta, el Coronel escudriñaba la habitación. Extendió una mano y accionó un interruptor de la luz..., pero no pasó nada.

Permaneció completamente inmóvil, escuchando, y yo apenas era capaz de respirar, deseoso de que se marchara, pero Kazinsky entró sin hacer ruido y comenzó a buscar.

Continuó andando, silencioso, atravesó zonas en las que la oscuridad era mayor, mirándolo todo, cada vez más cerca de mí.

Me moví un tanto para poder verlo por un lado del mueble. La oscuridad era mi mayor aliada.

—Me pregunto si estás aquí —dijo en voz baja.

Yo quería cargar una lanza y disparar, pero no podía correr el riesgo: me oiría mucho antes de que yo la hubiese introducido en los soportes especiales que había debajo del cañón y tuviese ocasión de

apuntar y descargar.

Manteniendo entre ambos el largo mueble, cambié de posición, asegurándome de que no me veía. Para tenerlo localizado, debía mirar por debajo, así que me pegué al suelo con cuidado y vi que sus pies se acercaban.

A metro y medio escaso, separados únicamente por el mueble, Kazinsky se detuvo. Supuse que aguzaba el oído. Después vi que bajaba una mano y tocaba la perilla de uno de los quemadores de gas.

Seguía como estaba, sin moverse. Convencido de que lo de su mano no era nada, tan solo un gesto casual, continué observando, esperando a que sus pies empezasen a alejarse...

Entonces su mano se movió a la velocidad del rayo, barrió la hilera de perillas y encendió todos los fuegos, los subió al máximo y una luz cálida inundó la cocina.

La luz puso de manifiesto el paño extendido en el suelo y una pequeña parte desechada de la estructura. Kazinsky inmediatamente se encaramó de un salto al mueble para escudriñar la habitación.

Estaba justo encima de mí. Miró abajo, me vio, nuestras miradas coincidieron un instante. Levanté el fusil con su única bala cuando él comenzó a saltar...

Apunté lo mejor que pude y apreté el gatillo. En pleno salto, la bala le acertó en la mandíbula, que destrozó en parte, y lo empujó hacia un lado. Yo rodé hacia la derecha y, a pesar de la inercia con la que se movía, no me alcanzó.

Me puse de pie y eché a correr hacia la puerta. Las dos lanzas se me cayeron, pero logré no soltar las dos balas que me quedaban.

Sentí que me pisaba los talones, pero menos de dos pasos después su mano me cogió el hombro y me tiró al suelo. De no haberle aplastado el codo antes, no habría tenido nada que hacer: me habría agarrado el cuello con las dos manos y me habría matado.

Me retorcí, echando todo el peso hacia delante, desgarrándome el capote y consiguiendo que me soltara. Me zafé, pero con el forcejeo se me cayó el fusil.

Completamente desarmado, zigzagueé hacia la derecha, evité la puerta describiendo un círculo, volví la cabeza y vi que se aproximaba deprisa. En unos momentos lo tendría encima. No habría escapatoria, esta vez no...

Justo delante vi la hilera de extintores debajo del botiquín de primeros auxilios. Recordé una villa oculta en una pequeña isla, culebreé para evitar de nuevo a Kazinsky y me lancé hacia ellos.

Cogí uno con cada mano, me tiré al suelo y rodé para quitarme de en medio justo cuando Kazinsky se abalanzó hacia mí.

Al no alcanzarme, quedó tendido en el suelo. Me levanté y corrí hacia los quemadores encendidos. Miré atrás y vi que se había puesto

de pie y corría hacia mí, pero yo llegué a los fuegos y arrojé el primero de los extintores.

Aterrizó en las llamas y me desprendí del segundo, que cayó en otros quemadores. Cuando empezó a prender, me tiré al suelo y me puse a cubierto detrás del mueble.

Vi que Kazinsky lento —desconcertado— clavaba la vista en los extintores. Debió de caer en la cuenta de lo que iba a suceder, porque se fue a agachar...

Demasiado tarde. El primer extintor explotó, trozos de metal salieron despedidos con fuerza por la habitación y un gran pedazo se le clavó en el pecho. Hizo que se tambaleara, pero seguía de pie.

El segundo extintor explotó. Otra oleada de metal le dio en las piernas y los muslos y, una vez más, hizo que el Coronel cayese de rodillas.

Me levanté, corrí unos metros, cogí las dos lanzas del suelo y el fusil y me dirigí hacia la puerta.

Seguía vivo, gracias al Mago, y ahora tenía que cargar una lanza y dispararle. Miré atrás.

Puede que Kazinsky estuviese herido y respirara con dificultad, pero se había levantado y venía hacia mí...

83

Moviéndome lo más deprisa posible, esquivé una de las ahora mudas trituradoras de piedra y encontré una zona de profunda oscuridad cerca del alto horno número cuatro. Al estar rodeado por tres lados por un muro de ladrillo, el horno y el lateral de acero de una trituradora, Kazinsky no me podía pillar por sorpresa.

Con la luz que arrojaba el horno, me arrodillé y limpié las dos lanzas con mi camiseta. Introduje la primera en los soportes, comprobé que el mecanismo de disparo del fusil seguía funcionando y me metí la segunda lanza por el cinturón, en la espalda, de manera que pudiese cogerla deprisa si la necesitaba.

Fui a coger las dos balas del bolsillo... y solté un taco. Solo había una, la otra debía de habérseme caído durante la persecución. Daba lo mismo: una bala y dos lanzas serían suficientes. Tenían que serlo.

Introduje la bala en el cargador y miré la entrada de la cafetería: no había ni rastro de Kazinsky, pero vi —a medio camino hacia ella— que una grúa pórtico destrozada estaba colgando. Suspendido de ella, aún funcionando, había un foco que me proporcionaba algo de luz para acertar a un blanco.

Más arriba, la grúa todavía se movía a su aire, pero eso no afectaría al disparo. Me agaché, tratando de calcular el mágico sesenta y dos,

cuando Kazinsky apareció.

Herido, pero aún tremendamente fuerte y amenazador, se detuvo y echó un vistazo al suelo. Yo me miré la pierna herida y caí en la cuenta: con la luz del alto horno y el foco que colgaba, vería un rastro de manchas de sangre.

Eso era bueno, muy bueno, me dije: Kazinsky seguiría el rastro, se situaría justo debajo de la luz y estaría acabado.

Casi sin moverme, haciendo caso omiso de todo lo demás, vi que se aproximaba, calculé los pasos que daría hasta estar bajo el foco. Nueve, supuse.

Cambié de postura, me agazapé un poco más y situé la mira en el punto que había justo debajo de su lóbulo izquierdo, el lugar por el que se podía atravesar el caparazón. Kazinsky seguía el reguero de sangre, mirando para ver dónde estaba yo, se acercaba cada vez más. Seis pasos.

Medí la distancia con los ojos, efectué un pequeño ajuste para compensar un viento de costado que entraba por las puertas principales y comencé a controlar la respiración. Tres pasos.

Observé por la mira entornando un ojo y apoyé la culata con fuerza contra el hombro. Un paso más. No fallaría...

Se oyó un chasquido sonoro de madera al troncharse arriba, justo cuando yo apreté el gatillo.

La grúa había golpeado otra grúa pórtico destrozada y la había derribado. En su caída, golpeó la sección inclinada que sustentaba el foco y todo fue a parar al suelo...

La lanza, activada por el pulso electromagnético, salió despedida del soporte y fue directa a Kazinsky como un arpón. La trayectoria y el ángulo eran perfectos.

Salvo por el hecho de que el foco y la grúa pórtico rota interceptaron mientras caían la lanza y a su objetivo; le dieron de refilón, pero la desviaron de su trayectoria, de forma que le acertó a Kazinsky en la oreja, arrancándosela de cuajo.

Me quedé mirando conmocionado.

Aunque sangraba profusamente por la herida, Kazinsky apenas se detuvo, calculó la línea que había descrito la lanza y miró directamente hacia mi escondite. Que no era seguro, ya no: estaba atrapado entre las tres paredes.

Tenía que moverme deprisa, pues no había tiempo para cargar de nuevo. Salí, di la vuelta al alto horno y me lancé a un pozo de oscuridad. Cogí la última lanza de la espalda. Solo me quedaban esa lanza y una bala. Introduje la lanza en el soporte y comprobé el mecanismo de disparo.

Kazinsky salió de la penumbra, seguía buscándome. El foco que había caído continuaba en funcionamiento y proyectaba en la pared

su enorme sombra, que yo veía cada vez más cerca.

Apunté con el fusil, pero no podía efectuar un disparo limpio.

Me obligué a esperar, vi que se aproximaba. Tenía que estar seguro: sería esta vez o nunca. Kazinsky se paró al llegar a la hilera de medidores manchados de aceite que había junto al horno, escudriñando la oscuridad.

Como yo todavía no lo veía por completo, seguí esperando: antes o después, sin duda, saldría de donde estaba y lo tendría a tiro.

Kazinsky continuó examinando el lugar y entonces —para poder ver mejor— se subió de un salto a la bandeja plana de acero que surtía de escoria al horno. Mientras miraba la zona cercana, de pronto no había ningún obstáculo entre él y yo. Gracias a Dios...

Levanté el fusil, lo alineé con la mira, busqué el mágico sesenta y dos, apunté al cruce de nervios que había justo debajo de la oreja que le faltaba, cogí aire y disparé.

La lanza salió del soporte, atravesó la penumbra y fue hacia su cuello.

Supe en el acto que había errado el tiro. Tal vez las ondas de calor titilante o una ráfaga de aire que salió del horno afectasen a mi puntería —lo más probable era que no calculara bien el ángulo—, pero aunque cayó de rodillas y un ojo se le llenó de sangre, Kazinsky distaba mucho de estar muerto. Se puso de pie tambaleándose y miró hacia donde me encontraba yo. Tenía que acabar con aquello ya mismo: un combate mano a mano sería un suicidio. Solo tenía una oportunidad.

Me levanté y salí de la oscuridad: él era incapaz de bajarse de la bandeja de acero inoxidable. Me vio, nos miramos y comenzó a volverse hacia mí.

De un momento a otro estaría en el suelo e iría a por mí. Me apoyé el fusil contra el hombro...

Él se rio: ¿qué pretendía hacer yo con eso? Sin embargo, no lo apuntaba a él. Kazinsky bajó primero una pierna de la bandeja y se disponía a hacer lo mismo con la otra cuando mi última bala salió del cañón y, un segundo después, dio en el botón que controlaba la bandeja, activando el sistema...

La bandeja se inclinó hacia arriba enseguida, formando un ángulo prácticamente recto con la abertura del horno. Kazinsky perdió el punto de apoyo, cayó hacia atrás y empezó a deslizarse hacia las llamas.

Trató de agarrarse a los lados de la bandeja con ambas manos, pero, al tener un codo destrozado, solo una lo obedeció.

Así y todo, su fuerza hercúlea logró que fuera capaz de subir por la inclinada bandeja, pero allí estaba yo, esperándolo. El ojo bueno me vio y el Coronel esbozó una sonrisa burlona. A poco más de medio

metro de él, nuestras miradas se encontraron y, acto seguido, levanté el fusil y le golpeé los dedos con la culata.

Durante un segundo Kazinsky siguió agarrado, pero le di otro culatazo y sus dedos lo traicionaron. Comenzó a deslizarse, sin apartar los ojos de mí.

Las llamas le lamieron las botas primero y el Coronel gritó mientras lo devoraban. Durante un instante, mientras le quemaban la piel de la cara, vi que la calavera que tenía tatuada en el rostro desaparecía en el horno. Una visión que jamás olvidaré.

Después Kazinsky se desvaneció, consumido por el fuego. Cerré de una patada la puerta del horno. Casi había terminado todo.

84

Una gran parte de la planta estaba en ruinas —de ello se había asegurado el cubo al caer—, pero la cámara sellada seguía intacta.

Crucé como pude el río de metal fundido, me abrí camino por una maraña de pasarelas que se habían desplomado y me corté de mala manera una mano con un cristal —escondido en la penumbra— del destrozado despacho del supervisor.

Rasgué una tira de la camiseta para contener la hemorragia y, mientras maldecía el dolor y lo descuidado que había sido, llegué al panel de control que había fuera de la cámara sellada. Lo encendí y, para gran alivio mío, vi que funcionaba.

Bajé por el menú, en ruso, y encontré lo que estaba buscando: una serie de comandos acompañados de grandes triángulos rojos. Como explicaban las notas de al lado, debían utilizarse en caso de que se produjese una entrada no autorizada en la cámara sellada o esta se viese seriamente dañada. Introduje los comandos, desconocía el código de acceso que se requería al finalizar, pero coloqué el cursor sobre las palabras «Modo manual crítico» y vi que una tapa de acero situada junto al panel de control se deslizaba. Dentro había dos palancas, y coloqué la primera en la posición *«on»*.

Las hileras de toberas industriales que recorrían el techo de acero bajaron, giraron y comenzaron a rociar la cámara con desinfectante, esterilizándola. Activé la segunda palanca...

En el interior de la cámara las luces se atenuaron y en la parte posterior de las toberas se abrió una compuerta. Un gas gris salió despedido, se arremolinó un instante en el aire y empezó a asentarse.

En la penumbra vi la tenue luz de un sinfín de esporas. Cuando les daba la lluvia de desinfectante o las tocaba el gas, observé que las lucecitas —ese legado de un lugar lejano y terrorífico— perdían intensidad y morían.

Ahora todo había terminado.

85

Rebecca, Halcón y el equipo de Marruecos no se habían movido del pabellón de recreo desde que habían visto aterrizar el Ilyushin en Baikonur. Seguían sentados delante de la gran pantalla de televisión, aunque en ella ahora no había nada…

Hasta que entraron imágenes en directo del satélite que vigilaba el cosmódromo y la pantalla cobró vida de nuevo. Estaba claro que los ingenieros de la NSA pensaban que tenían algo.

Rebecca se levantó, dio un paso adelante y miró con atención el extenso paisaje en apariencia desierto, iluminado únicamente por escaleras de luz de luna.

—¿Alguien ve algo? ¿Qué es eso? ¿Una ambulancia?

—Aunque haya un vehículo, no nos precipitemos —advirtió Margaret, siempre realista—. Es posible que Kazinsky o alguna otra persona haya llamado a los servicios de seguridad. Podrían ser ellos.

Durante un momento no se vio nada más, pero entonces Halcón señaló la esquina superior izquierda de la pantalla.

—Ahí —indicó—. Hay polvo: un vehículo o vehículos.

Todo el mundo se quedó mirando a medida que la imagen cobraba nitidez.

—Es un vehículo —confirmó Halcón—. No son los servicios de seguridad: acudirían en bloque. Creo que es una ambulancia.

Estaba en lo cierto: instantes después —según el relato de Rebecca— en la pantalla se vio un primer plano del vehículo solitario: un semioruga pintado de verde militar con cruces rojas de gran tamaño en el techo y el capó.

Rebecca se desplomó en su asiento, casi llorando de alivio.

—¿Está vivo? —Se volvió hacia Halcón, cada vez más animada, y lo repitió, pero ya no era una pregunta—. Está vivo.

Halcón asintió, pero con mayor contención: supongo que había visto fracasar demasiadas misiones al toparse con el último obstáculo.

—No sabemos en qué estado se encuentra físicamente… y todavía tenemos que sacarlo de ahí.

86

Mi estado físico no era muy bueno.

Después de cerrar la puerta del alto horno, fui hacia la cafetería,

pero el dolor palpitante de la cabeza, la pérdida de sangre de la herida de la pierna y la extenuación más absoluta me estaban pasando factura.

La maquinaria y el caos que me rodeaban empezaron a dar vueltas y distorsionarse, y yo comencé a tambalearme. Como me preocupaba perder el sentido, me paré tres veces antes de llegar por fin a la puerta de la cafetería.

Los quemadores de gas y los pedazos de los extintores —una masa fundida, tóxica— seguían encendidos, los restos que habían salido despedidos habían prendido varias zonas cerca del mueble de la cocina, que ahora ardían sin llama. El aire era denso, estaba lleno de los vapores químicos asfixiantes que desprendía la espuma de los extintores.

Entre los vapores y el humo supe que, tal y como estaba, no podría alcanzar el botón de emergencia. Cansado a más no poder, me quité la camiseta, la metí bajo un grifo de desagüe, me envolví la cara con ella y, reuniendo las pocas fuerzas que me quedaban, me lancé hacia el botón.

Conteniendo la respiración, con los ojos escociéndome y medio cerrados, avancé dando traspiés por el caos hasta el botón de emergencia. Le di lo más fuerte posible y vi que se iluminaba con una luz roja: la ayuda médica venía en camino. Con los pulmones a punto de estallar, cogí aire… y deseé en el acto no haberlo hecho.

Tosiendo, con la garganta ardiendo debido a la acritud del aire, salí de la cafetería dando tumbos y, respirando entrecortadamente, me desplomé en el suelo, cerca de las enormes puertas principales de la planta.

No sé cuánto estuve tendido allí. En un momento dado creí oír una sirena que se aproximaba, pero hice caso omiso, pensé que era producto de mi imaginación: ¿por qué iba a necesitar nadie una sirena en un lugar donde no había tráfico?

Sin embargo, las manos que me cogieron por los hombros y me tumbaron bocarriba eran reales. Al volver la cabeza, vi a una mujer rubia de unos treinta años, con bata de médico, que se arrodillaba sobre mí. Según el nombre que llevaba bordado en el bolsillo del pecho era Tatiana Zhúkov.

La emoción casi fue arrolladora: puede que fuese entonces cuando me di cuenta de que aquello prácticamente había terminado.

La médica se volvió hacia los dos celadores que la habían acompañado y les pidió que fuesen a la ambulancia a por una camilla, una botella de oxígeno y demás cosas que necesitaba y esperasen allí a recibir sus instrucciones. Tenía que ganar algo de tiempo a solas conmigo.

—¿Cómo está su madre? —pregunté en cuanto supe que los dos

hombres no nos oían.

Ella me miró y respondió:

—Igual. Pero gracias por preguntar. ¿Y Halcón?

—También igual —aseguré.

—¿Sigue siendo el hombre que mejor viste de toda América?

Intenté sonreír, y ella cogió unas tijeras de su maletín y me rajó el pantalón vaquero para dejar al descubierto la herida de la pierna.

—Deme sus papeles —pidió mientras empezaba a vendarla con QuikClot.

Me señalé el bolsillo del pecho de la camisa. Ella metió la mano por dentro del capote, los sacó y los guardó en su maletín. Tras mirar a su alrededor para asegurarse de que no la veía nadie, los sustituyó deprisa por otros.

—Es usted Fiódor Petrov, ¿entendido?

Asentí.

—Repítalo.

Lo hice, y ella comenzó a ocuparse de las heridas que tenía en la parte posterior de la cabeza y el rostro, aplicando pegamento en varios cortes largos como medida provisional y después vendándolos.

—Petrov ha sufrido un accidente y será trasladado en avión a Grozni a las 5.00 —contó—. Irá usted en su lugar. A bordo hay treinta hombres y mujeres, el personal estará sobrepasado y no tendrá tiempo para charlar. Petrov está muy mal, así que no tendrá usted ni que intentarlo.

Hice un gesto afirmativo: las vendas hacían que pareciese que estaba peor incluso y contaban con la ventaja añadida de ocultar una gran parte de mi rostro, con lo cual resultaría prácticamente imposible compararlo con una fotografía.

—¿Qué será de ese hombre? —le pregunté.

—Se quedará aquí.

—¿Y...?

—Morirá.

La médica debió de ver la cara que ponía.

—No se preocupe. Es un cabrón, pega a su mujer —adujo—. En Grozni una flota de ambulancias estará esperando al avión y llevarán a todos los pacientes al hospital número cuatro. Aprovechando la confusión que provocarán la emergencia y los ingresos, lo trasladarán a usted a otra ambulancia que irá a un hospital distinto.

—¿Quién la conducirá? —me interesé.

—Dos personas que llevarán el uniforme adecuado, portapapeles y la debida documentación. Usted las conoce.

La miré con cara de interrogación.

—La pareja a la que conoció en un aparcamiento en Bakú cuando venía aquí.

—Bien. Ya, lo sé: no me llevarán a ningún hospital.

—No, Fiódor. Lo llevarán a una terminal de contenedores abandonada que goza de popularidad entre conductores de ambulancia que paran a fumar un pitillo. En un edificio, sin que nadie lo vea, lo trasladarán a un semirremolque…

—Que conducirá otro agente infiltrado que tal vez en su día compitiera en MotoGP. —Terminé la frase por ella.

—Correcto —me confirmó—. Lo llevará por la E119 a Bakú. Alguien se reunirá con usted en una estación de servicio a las afueras de la ciudad.

—Y me llevará al avión.

—Exacto —contestó la médica risueña—. Es posible que algún día, si Dios quiere, yo siga esa misma ruta.

87

El *jet* de GreenEnergy, con los motores ya en marcha, no esperó. En cuanto estuve a bordo, giró en la plataforma y rodó hacia el extremo de la pista de aterrizaje.

Sentí que se detenía y entonces, con los motores rugiendo *in crescendo*, empezó a acelerar. Aunque estaba como anestesiado, noté que nos elevábamos. Miré por la ventanilla mientras ascendíamos y vi las Flame Towers más abajo y a continuación, tras virar bruscamente, el mar Caspio al completo se extendió ante nosotros.

Seguí mirando por la ventana mientras nos dirigíamos a Turquía. Cuando se apagó la señal que indicaba que había que mantener el cinturón abrochado, el médico y el enfermero que iban a bordo se aproximaron por el pasillo.

Querían darme algo que me ayudara a dormir, pero rehusé: ya habría tiempo para eso más tarde.

Volvieron a sus asientos y oí que hablaban en voz baja.

—¿Quién es? —preguntó el enfermero, de treinta y tantos años.

—Ni idea —contestó el médico—. Un ruso, al parecer.

—Sí —confirmó el enfermero—. Se llama Fiódor Petrov.

—No he oído hablar de él —afirmó el médico.

Ambos se callaron cuando la puerta de la cabina se abrió. El piloto, el mismo que me había llevado a Arabia Saudí y, más recientemente, a Bakú, vino y se arrodilló a mi lado.

Sonrió.

—Cuatro segundos —dijo mientras consultaba su reloj.

—¿Cuatro segundos? —inquirí, pero él no hizo caso.

—Dos segundos —continuó, sin dar ninguna explicación—. Un segundo. Ahora nos encontramos en espacio aéreo internacional.

Vuelve usted a casa.

Epílogo

La carta llegó a casa por mensajero, iba dirigida a Rebecca, y fue la primera pista que tuve de lo que se avecinaba.

Habían transcurrido seis semanas desde que el *jet* de GreenEnergy aterrizó en Andrews, y Becca —que esperaba en la plataforma con Halcón— me había acompañado en una ambulancia hasta el Walter Reed. Allí pasé varios días, más para someterme a una evaluación médica que para otra cosa, y después me dieron el alta para que me recuperara en casa.

Rebecca leyó la carta y se volvió hacia mí.

—Es una invitación para que asista a una ceremonia privada en Langley —informó perpleja mientras me pasaba el papel.

Leí por encima los tres párrafos bajo el impresionante sello y vi que simplemente decía que a Halcón Rourke, director de la CIA, le complacía invitarla al edificio de la sede original de la Agencia a las 19.00 del viernes siguiente. «Rogamos —concluía— tenga presente que este acto es privado y secreto.»

—¿Qué significa? —quiso saber.

—No estoy seguro —respondí—. Normalmente a Langley solo se invita a las parejas cuando han matado a un agente y se descubre una estrella en el muro conmemorativo. Y eso no sucede hasta que han pasado años y la misión deja de tener valor para la Agencia.

—Bueno, pues todavía no estás muerto..., aunque hay veces que... —Sonrió—. En ese mismo día y a esa misma hora se supone que tienes que reunirte con Halcón, ¿no?

—Sí —confirmé, y ahora el desconcertado era yo—. Me figuro que nos quieren a los dos allí.

Fuimos juntos en coche a Langley, pasamos por el control de seguridad, dejamos el vehículo en el aparcamiento contiguo a la sede original y, tras franquear las puertas principales, entramos en el impresionante vestíbulo.

Cruzamos el suelo de mármol, dejamos atrás la pared en la que estaba inscrita la cita del Evangelio de san Juan —CONOCERÉIS LA VERDAD, Y LA VERDAD OS HARÁ LIBRES— y subimos en ascensor hasta la séptima planta.

El guardia de seguridad nos indicó que pasáramos a la sala de

reuniones privada de Halcón, abrí la puerta… y frenamos en seco en el umbral. Un pequeño grupo de hombres y mujeres se volvieron para mirarnos: allí estaba la mayor parte del panel de expertos, con Halcón y Lucas Corrigan delante.

Halcón sonrió cuando entramos, fue a nuestro encuentro y le dio la mano a Rebecca.

—Gracias por venir —dijo—. ¿Qué tal va todo? —preguntó señalando su vientre.

—Por el momento sin problemas —contestó.

—¿Y los nombres siguen siendo Chloe y Ridley?

Ella sonrió.

—Por supuesto. ¿Cómo íbamos a cambiar eso?

Acto seguido el jefe de espías se volvió y me estrechó la mano.

—Gracias —dijo. Luego se apartó, cogió una cajita de terciopelo de una mesa auxiliar y, situándose frente al grupito de testigos, la abrió.

Me quedé mirando lo que contenía. Nunca había visto una con mis propios ojos, muy pocas personas la habían visto, pero sabía lo que era: la Cruz al Mérito de la CIA, la máxima distinción que concedía la Agencia. De las veintidós medallas que se habían otorgado desde que se había formado la Agencia, justo después de que terminase la Segunda Guerra Mundial, solo cuatro se habían entregado a una persona viva. Las otras dieciocho eran póstumas.

Halcón me puso la cinta al cuello.

—Por su inmensa valentía —afirmó—. Por unos servicios que superan con creces lo que manda el deber.

Le cogí la mano a Rebecca y se la puse en el metal. Era una distinción compartida: tal vez yo hubiese construido el barco, pero ella era el viento que me trajo de vuelta a casa.

Me volví y agradecí el aplauso de todos los que habían formado parte de ese viaje épico, y acto seguido me invadió una profunda tristeza. Sabía lo que significaba en realidad la pequeña ceremonia…

Cuando el aplauso hubo cesado, Halcón nos hizo pasar por una puerta a su despacho, contiguo, a Rebecca y a mí.

—Se acabó, ¿no es así? Mi tiempo en la Agencia —pregunté en cuanto se cerró la puerta.

Halcón hizo un gesto afirmativo.

—No podría volver a enviarlo al otro lado de la frontera —adujo con suavidad—. Ha visto usted demasiado, conoce demasiados secretos.

Rebecca nos miraba ya a uno, ya a otro: no sabía lo que iba a suceder.

—¿Dejar la Agencia? —preguntó desconcertada—. Pensé que podría tener un trabajo de oficina, dirigir a otros agentes…

—Yo también —convine—. Fue lo que siempre pensé: dentro de un

año o dos Buster se jubilaría anticipadamente y tal vez yo ocupara su puesto. —Miré a Halcón—. ¿Por qué?

—Ya sabe cuál es la respuesta. Creo que todos lo sabemos —contestó—. Hace años los psicólogos dijeron que nunca estaría usted al mando de un submarino nuclear: siempre ha sido un hombre independiente y siempre lo será. Infringió todas las reglas en la crucifixión y fue por libre. Y no sabe cómo lo admiré por ello. Pero si aceptara un empleo de oficina, trabajaría formando parte de un equipo. Y eso no es lo suyo: nació para trabajar en solitario, para ser un espía de Zonas de Acceso Restringido. Ahora la carrera ha terminado y ha llegado el momento de que se marche. Siente la cabeza, funde una familia, es mi consejo. Intente ser feliz.

Se volvió, cogió un montón de carpetas y las extendió en su mesa.

Rebecca me cogió la mano y me miró.

—Te lo has ganado. Halcón tiene razón, necesitamos ser felices: todos nosotros. —Se tocó la barriga.

Me volví hacia la ventana y contemplé el recinto bajo la luz de la luna. Toda mi vida en el servicio secreto estaba ahí, tantos recuerdos... Miré a mi vez a Rebecca y procuré sonreír.

—Puede que llegue un momento en la vida de todo el mundo en que haya que aceptar... —Dejé la frase en puntos suspensivos y empecé de nuevo—. Nos lo hemos ganado —corregí—. Los dos, me refiero.

Becca me abrazó, los ojos humedecidos con lágrimas de alivio, y después se dio la vuelta y miró las carpetas que Halcón tenía en la mesa.

—¿Qué son?

—Casas seguras —contestó Halcón, y se dirigió a mí—: En vista de los servicios prestados, el gobierno ha accedido a concederle una a un precio irrisorio.

—¿El gobierno está al tanto de la operación LANGOSTA? —pregunté.

—Naturalmente —me contestó encogiéndose de hombros—. Saben que un agente cuyo nombre desconocen, un espía especializado en Zonas de Acceso Restringido, entró en un ZATO y mató al terrorista más buscado del mundo. ¿Por qué? ¿Es que pasó algo más?

Negué con la cabeza.

—No, eso lo resume bastante bien —aseveré sonriendo.

Miré a Becca, que hojeaba las carpetas y sacaba fotografías e información.

—Esta. —Señaló una carpeta.

Halcón le echó un vistazo.

—Es una propiedad bonita —aseguró.

—¿Por qué? —le pregunté a Becca—. ¿Por qué esa?

—Es una granja de caballos —contestó—. ¿Cómo se llamaba el poni,

el que te salvó la vida?

—Sakab —respondí—. Su nombre significa «un caballo tan airoso que fluye como el agua».

La casa que escogimos es una antigua construcción colonial llena de rincones y recovecos, con agradables paredes de ladrillo, contraventanas blancas y amplios porches. Se alza en una finca de casi cincuenta hectáreas, escondida en el fondo de un valle en el rincón más pintoresco de Virginia.

Halcón había dicho que era una casa segura, y hay poco que turbe la paz en este sitio: el vecino más cercano vive a más de quince kilómetros y la única carretera por la que se puede acceder —poco más que una pista de tierra compacta y cubierta de centinodia— llega hasta un pequeño río que nunca resulta fácil vadear.

Al otro lado de la verja y de un sinuoso camino de acceso, cámaras de visión nocturna vigilan los kilómetros de valla metálica y sensores de presión salpican los senderos del bosque. Insistí en que los instalaran, y los compruebo cada noche. Aunque hace ya siete años que dejé Langley, el hombre es un animal de costumbres.

Gran parte de ese tiempo la he pasado en un estudio lleno de libros —desde donde contemplo los potreros rodeados de cercas blancas y veo como cabalgan en libertad los caballos—, escribiendo este relato de la operación LANGOSTA para que quede constancia de ella. Dicen que todo lo malo que sucede en el mundo empieza con el olvido.

A menudo —esta noche incluso— oigo reír o pelearse a Becca y los niños en algún lugar de la casa. Ahora tenemos tres hijos: varios años después de que nacieran los gemelos, llegó otro varón. Esta vez no había lista de nombres. Rebecca y yo estuvimos de acuerdo casi desde el principio en que lo llamaríamos Baxter, y a veces, mientras se queda dormido, me siento con él y le hablo de un gran hombre al que conocí una vez que había ganado un premio Nobel.

En nuestra familia hay un miembro más. Poco después de que nos instaláramos, Rebecca fue a un refugio de la zona y trajo a casa a un perro al que habían rescatado —mestizo, de poco más de un año—, que había perdido una pata en un accidente en la carretera.

—¿Qué te parece si lo llamamos Trípode? —me preguntó.

Negué con la cabeza, y aunque no tenía mucho de pastor alemán —a mí me parecía más un beagle—, supe cómo debía llamarse.

—Ella —decidí.

Becca me miró con cara de sorpresa.

—¿Eres consciente… de que es macho? —apuntó.

—Lo sé, sí.

—¿Y…? —me planteó.

—Y… es un perro moderno. Se llama Ella.

Madeleine O’Neill ha seguido ascendiendo en la Agencia y hace dos

años la nombraron directora de documentación y análisis. Seis meses después su padre falleció inesperadamente y, como ya tenía su boda planificada, me llamó. Volé a Boston, conocí a su mujer y tuve el privilegio de llevar a Madeleine al altar.

Cada año, por mi cumpleaños, llega a Langley una postal desde un destino exótico que va dirigida a mí. Yeda, Saint-Tropez, El Cairo, Sofía. El mensaje siempre es el mismo: «Con mis mejores deseos: de un mago a otro». La Agencia no ha logrado atrapar al Mago, y sospecho que no lo atrapará nunca.

Margaret no dejó nunca su cigarrillo electrónico, ni siquiera cuando le diagnosticaron un cáncer de pulmón en estadio tres. Tampoco abandonó el cinismo que la caracterizaba. «Siempre he sentido un profundo cariño por el ser humano —aseguró en la pequeña reunión de despedida que se celebró cuando se cogió la baja médica—. Es a la gente a la que no soporto.» Murió cuatro meses más tarde.

Tres años después de salir de Langley por última vez, regresé una cálida mañana de primavera y me dirigí hacia una zona apartada cerca de los jardines conmemorativos del recinto. Reunidos allí, rodeados de flores en plena floración, había varios cientos de familiares de la dotación del *USS Leviathan*. Los habían invitado para presenciar el descubrimiento de un monumento conmemorativo que honraba a sus seres queridos y que, debido a la naturaleza secreta del submarino, solo se podía erigir en un lugar seguro.

Alrededor de una estatua de bronce del extraordinario perfil del submarino, había una lista de sus oficiales, miembros de la dotación y observadores. «Desaparecidos en el mar», decía sin más. No se hacía mención al único superviviente.

Bajo ella se podía leer una dedicatoria, que reconocí. Durante la Segunda Guerra Mundial, el ejército británico se enfrentó al 15.º ejército japonés en el punto más alto de un estratégico paso en un lugar llamado Kohima, en una agónica batalla que evitó que los japoneses salieran de Myanmar e invadieran el premio gordo: la India. En el cementerio, la última morada de varios miles de soldados aliados, se yergue una columna de piedra de cuatro metros y medio rematada por una cruz y con una única frase cincelada en ella. Conocida como el epitafio de Kohima, reza así:

CUANDO REGRESES A CASA, HÁBLALES DE NOSOTROS
Y DILES QUE POR SU MAÑANA DIMOS NUESTRO HOY.

Quienquiera que diseñase el monumento conmemorativo del *Leviathan* lo tomó prestado, y no se me ocurrían palabras mejores para rendir homenaje a quienes murieron en un submarino que viajó al futuro, una embarcación que emprendió una odisea a todos nuestros

mañanas.

Buster al fin se jubiló y se instaló en la costa del Golfo, en Florida, donde, según lo que sube a sus redes sociales, nunca ha sido más feliz: pasa prácticamente todos los días del año en camiseta, pantalón corto y chanclas.

Justo después de que eligiésemos en su despacho la que ahora es nuestra casa, le pregunté a Halcón si podía gestionar una pensión modesta del gobierno para Laleh. Se ocupó al día siguiente, y eso permitió a Laleh quedarse en Washington, continuar con sus estudios y, aunque Rebecca se había ido, seguir haciendo prácticas informales en el MedStar.

Al año siguiente, cuando faltaba poco para sus vacaciones de Navidad, organicé un viaje para llevar a Rebecca y a los niños a Nueva York y reunirnos allí con ella. Bien abrigados para combatir el frío —el invierno había llegado temprano—, pasamos una mañana en el Museo Metropolitano, bajamos por la Quinta Avenida, vimos el edificio de Van Cleef & Arpels y me detuve un momento a mirar los grandes almacenes Bergdorf Goodman.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Becca.

—Sí —le aseguré, y le pasé un brazo por los hombros.

—¿Echas de menos esto? —quiso saber mientras hacía un gesto que lo abarcaba todo—. ¿Las luces brillantes, las multitudes, la energía?

—No —dije—. Ahora soy un paleto integral: cuando vengo a la ciudad, me sorprende ver que las personas caminan sobre las patas traseras.

Ella se rio, y los llevé a los cinco hacia el metro para ir al centro. Paseamos por el SoHo, miramos los escaparates de galerías y *boutiques* hasta que nos vimos en Houston Street.

—Vamos a comer algo —propuse—. ¿Qué os parece un *delicatessen*?

Rebecca me miró con cara de asombro.

—Tengo hambre, pero ¿lo dices en serio? —Se había vuelto vegetariana casi por completo a lo largo del año previo.

—¿Por qué no? —insistí—. ¿Qué es Nueva York sin almorzar en un *deli*?

Sufrida, Becca enarcó las cejas y dejó que los llevase al otro lado de la calle, a un *deli* grande que ocupaba un chaflán. Una vez dentro, eché un vistazo a las distintas zonas de asientos y encontré la que estaba buscando.

Hablé con la jefa de sala, la convencí de que nos permitiera ocupar un reservado del fondo y, tras mirar por encima la carta, esperé a que se acercase el camarero.

Era un chico atractivo, de entre dieciséis y diecinueve años, con la tez cetrina, el cabello oscuro y una sonrisa que parecía juguetear constantemente en sus ojos. Leí su nombre en la etiqueta.

—Tú qué dices, Jon Gee, ¿es el mejor sándwich triple de pastrami de Nueva York?

—Debe de serlo, señor —me contestó risueño—. Es lo que pone en la marquesina de fuera.

—Apuesto a que fue cosa de tu abuelo —aventuré.

Él se rio.

—¿Cómo lo ha sabido?

Vi que el chico miraba a Laleh mientras tomaba la comanda y —de nuevo— cuando retiraba los platos.

—¿Trabajas aquí a tiempo completo, Jon? —quise saber.

—No —negó—. Solo ayudo en vacaciones. Tengo pensado estudiar medicina.

—Yo también —aseveró Laleh superando su timidez.

Ambos se miraron un instante y a continuación el chico trajo la cuenta, pasó la tarjeta de crédito y, aunque Laleh no lo vio, yo sí: le deslizó una servilleta de papel bajo el bolso.

Ella no la vio hasta que empezamos a prepararnos para irnos. Abrió la servilleta, vio lo que era y miró a Becca.

—Es un número de teléfono —musitó—. ¿Qué hago?

—Llamar —tercié yo, aunque nadie me había preguntado.

—¿Tú crees? —inquirió Laleh con nerviosismo.

—Lo creo, sí —aseguré.

Becca me miró.

—¿Tú sabes algo? —me preguntó.

—Yo no sé nada. —Me encogí de hombros—. Pero a veces tengo un presentimiento. Creo que Laleh debería llamar.

Laleh y Jon tienen previsto casarse en otoño.

Lucas Corrigan dejó la Agencia dos años después de que yo me fuese y, sin familia ni ataduras, se subió a un viejo carguero transpacífico que, tras zarpar de San Francisco, cruzó el Pacífico Norte, entró en el mar de la China Meridional y subió lentamente por el río Saigón hasta la actual ciudad de Ho Chi Minh.

Al día siguiente compró un billete a un vendedor callejero y visitó el gran recinto que en su día había sido la embajada estadounidense y ahora era un museo. Junto con un puñado de visitantes, paseó por el patio sin que nadie lo molestara, vio el aparcamiento donde el personal de la embajada cortó un tamarindo para que pudieran aterrizar los helicópteros de transporte militar Sea Stallion e imaginó la torrencial lluvia y el continuo traqueteo de armas ligeras.

En un rincón alejado dio con el lugar, señalado por una pequeña placa, en el que su padre quemó los cinco millones de dólares americanos en billetes. Entró en la antigua cancillería y vio numerosas fotografías de gran tamaño, muy vívidas, de la noche que cayó la embajada.

Un vietnamita muy anciano que vestía el uniforme del museo vio a Lucas y se le acercó sonriendo. Le contó que era guía y contestaría encantado cualquier pregunta que pudiera tener.

—¿Americano? —preguntó.

Lucas asintió y el anciano señaló una fotografía de un ganador del premio Pulitzer que dominaba una pared: trazadoras rojas volaban por el aire, las paredes del recinto se derrumbaban y miles de personas asustadas se agolpaban en el patio.

—Yo estuve aquí esa noche, ¿sabe? —contó el anciano mientras apuntaba al tejado del edificio de la cancillería, lleno de jóvenes del ejército norvietnamita y soldados del Vietcong.

Lucas hizo un gesto afirmativo.

—Yo también —dijo.

El anciano lo miró fijamente, se rio y negó con la cabeza.

—No es posible: sería usted muy pequeño.

Lucas señaló a su vez una fotografía igual de grande en la que se veía a un niño —envuelto en una bandera americana, en brazos de su padre— al que estaban subiendo a un helicóptero de Air America suspendido en el aire.

El anciano miró la imagen y después a Lucas y volvió a mirar, casi sin dar crédito. Luego, satisfecho, sonrió, la piel apergaminada de su rostro arrugándose al hacerlo.

—El jefe de la CIA aquí —cayó—. El hombre que volvió para buscar a su hijo. ¿Era usted el niño?

Lucas asintió.

—Era yo, sí.

El anciano alargó un brazo y le cogió la mano a Lucas.

—Tendríamos que haberle pegado un tiro a su padre…

—Me alegro de que no lo hiciesen —aseveró Lucas.

—Yo también. —El hombre apuntó a otras fotografías en las que se veía una ciudad que estaba en las últimas—. No fuimos capaces. —Hizo una pausa—. Caramba, fue el día más memorable de mi vida.

—Y el de la mía —convino Lucas, y sonrió de nuevo.

Ahora va allí dos veces al año, se queda en casa del anciano y su familia, y juntos organizan recorridos a pie para turistas, en los que enseñan los monumentos de la ciudad mientras cuentan la gráfica historia de la antigua Saigón. El plato fuerte de cada recorrido es cuando se detienen ante la destrozada verja de la embajada —que se conserva como monumento conmemorativo— y relatan la noche en la que ambos fueron testigos de la historia.

Tras la muerte de Clifford Montgomery y la subida al poder de una administración que no le merecía mucho respeto, Halcón se retiró. Pese a que lo abordaron varios industriales adinerados y un grupo de políticos poderosos, rehusó ser candidato a la presidencia de unos u

otros. Puede que se debiera a que sabía, de primera mano, hasta qué punto podían ser altos los muros del despacho oval.

Adquirió una bonita casa en Marrakech. De casi tres siglos de antigüedad —a la sombra de vetustas palmeras datileras y repleta de fuentes y patios escondidos—, se encuentra dentro de la casba, el barrio amurallado en el que se alza el palacio real. Y, lo que es más importante, está a menos de un día en coche del Sáhara: para que el mejor jefe de espías de su generación halle la paz que siempre ha ansiado.

Ahora pasa allí varios meses al año, pero ya sea en Marruecos o en su casa de Georgetown, dedica la mayor parte de su tiempo a escribir. No son muchos los que lo saben, pero es el autor de una columna anónima en *Vogue Homme* titulada «Vestir para triunfar». Se publica mensualmente y es, con mucho, la columna más leída de Washington. A pesar de su título, nadie la lee por los consejos de moda: entre líneas en sus treinta párrafos están los mejores y más fidedignos chismorreos de la capital.

En cuanto a mí… A veces, hacia finales de año, si el viento sopla del norte y la nieve empieza a caer, un silencio profundo se extiende sobre el mundo. Si me pongo de pie y aguzo el oído, vuelvo a estar en mi despacho de Langley, abriendo un archivo de información clasificada e iniciando un viaje que me llevaría por océanos mucho más desconocidos de lo que podría haber imaginado.

Esas noches subo la escalera, voy a ver a los niños en sus camas y después, sin hacer ruido, recorro la finca hasta que recuerdo que en ocasiones, para encontrarse, hay que perderse.

Durante mucho tiempo pensé que los lobos me amenazaban. Pero no era así, me estaban llamando, intentaban mostrarme el camino que debía seguir. Ya no los oigo; su labor y la mía han terminado.

No creo que nada en el universo pueda sorprenderme ya. Si he aprendido algo, es esto: capeamos la tormenta, es todo cuanto podemos hacer y esperar hacer siempre…

Capear la tormenta.

El año de la langosta
Terry Hayes

Título original: *The Year of the Locust*
Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, basado en un diseño original de R. Shailer / TW

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2024

ISBN: 978-84-08-29044-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



La isla maldita

McKinty, Adrian
9788408291480
480 Páginas

Vuelve el autor del bestseller La cadena con un thriller del que no podrás huir. Bienvenidos a la isla.

Heather ha logrado cambiar de vida: se ha casado con Tom, un joven y brillante médico viudo con dos hijos. Cuando su marido recibe una invitación para asistir a un congreso en Australia, deciden que la familia al completo lo acompañe para afianzar la relación entre Heather y los hijos adolescentes de Tom y lograr que la nueva familia

funcione. Pero las que iban a ser unas idílicas vacaciones acabarán tomando un rumbo muy distinto.

Inicialmente, visitar la minúscula Isla Holandesa parece un sueño hecho realidad: koalas, pingüinos... animales fascinantes al alcance de la mano, algo imposible de experimentar en ningún otro lugar del mundo. Sin embargo, la Holandesa es una isla privada dominada por el clan de los O'Neill, una familia que no perdonará un accidente, convirtiendo las vacaciones de Tom y Heather en una auténtica pesadilla.



El Británico (Atracción sin reglas, 1)

Malpas, Jodi Ellen
9788408291527
162 Páginas

El placer nunca ha sido tan letal.

Se podría decir que Rose Cassidy no vive; simplemente existe. La indolencia es la única manera que tiene de sobrevivir en este mundo. Pero cuando Danny Black la toma como rehén en un mortal juego de poder, ella se encuentra confrontada no solo por el miedo, sino por un insospechado deseo que amenaza con consumirla. Ha oído hablar de Black, también conocido como el Británico. Es cruel. De sangre fría. Y

de un magnetismo oscuro que despierta lo prohibido en Rose. A medida que él desentraña sus capas, ella se encuentra luchando contra una atracción retorcida que desafía su instinto de supervivencia.

Cuando Danny se ve obligado a hacer de Rose su peón en un juego mortal, jamás imaginó que la belleza de su cautiva lo llevaría al borde de la obsesión. Rose despierta en él una pasión feroz, pero él sabe que sucumbir a sus emociones es un riesgo mortal. Mientras el peligro acecha a cada paso, ambos se ven arrastrados hacia un juego más oscuro y adictivo que el propio peligro que enfrentan.

En este juego, ¿quién será el captor y quién la presa?

Un genio que pierde el control de sus emociones puede ser un desastre financiero. Y lo mismo vale en caso contrario: gente de a pie sin formación en finanzas puede enriquecerse si cuenta con unos cuantos patrones de comportamiento. Esto, impensable en otras disciplinas como la arquitectura o la medicina, es fundamental en el campo de las finanzas.

Este libro, llamado a convertirse en un clásico de las finanzas personales, nos provee del conocimiento esencial para entender la psicología del dinero y nos invita a hacernos una pregunta fundamental que raramente nos hacemos, cuál es nuestra relación con el dinero y qué queremos realmente de él.

A partir de 18 claves imperecederas, Morgan Housel nos enseña cómo funciona la psicología del dinero y cuáles son los hábitos y conductas que nos ayudarán no solo a generar riqueza, sino, más importante aún, a conservarla.

«Un libro imprescindible para cualquiera que quiera tomar decisiones más inteligentes y vivir una vida más rica.» **Daniel Pink**, autor de *La sorprendente verdad sobre qué nos motiva*

«Ideas fascinantes y consejos prácticos. Cualquiera que quiera hacerse rico debería tener una copia de este libro.» **James Clear**, autor de *Hábitos atómicos*

«Uno de los mejores y más originales libros de finanzas de los últimos años.» **Jason Zweig,** *Wall Street Journal*

«Housel es de esos escritores capaces de hacer digeribles conceptos financieros de lo más complejos. Este es un libro que se devora de principio a fin y que no solo nos explica por qué tomamos malas decisiones con respecto al dinero, sino que nos ayudará a tomar mejores.» **Annie Duke,** autora de *Thinking in Bets*

La riqueza no es fruto de nuestra inteligencia, talento o trabajo.

Es fruto de nuestro comportamiento.



El regreso (Atracción sin reglas, 3)

Malpas, Jodi Ellen
9788408291541
162 Páginas

El amor es el motor. El odio, el combustible.

Desde el momento en que Danny Black conoció a Rose Cassidy, supo que ella sería su perdición. Su retorcido amor le dio un nuevo propósito más allá de dominar Miami con puño de hierro. Para Black, fingir su propia muerte y desaparecer en Santa Lucía fue la única forma de escapar del submundo que los había unido. Sin embargo, su reclusión se vio interrumpida cuando un famoso asesino le hizo una

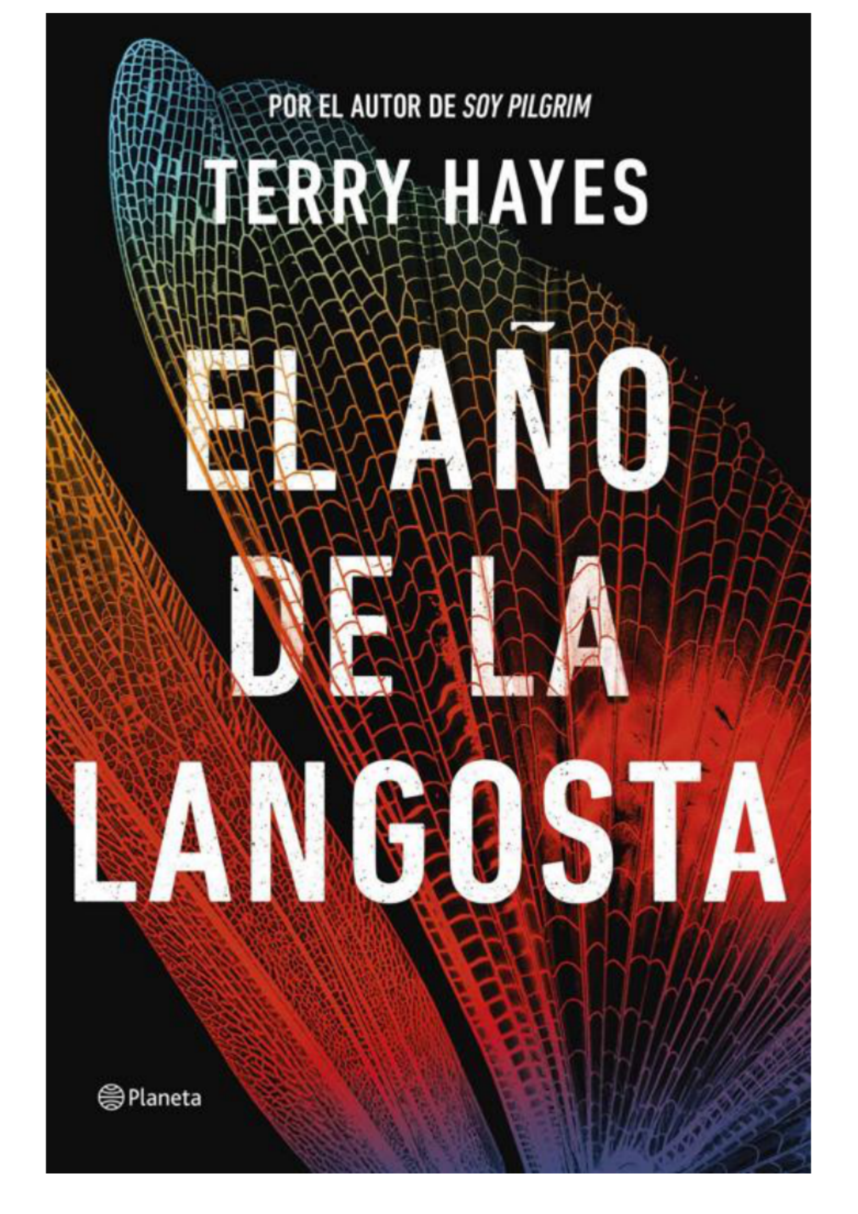
oferta que no pudo ignorar.

James Kelly solo tenía un objetivo en mente: vengar la muerte de su familia a toda costa. Pero cuando se cruza con Beau Hayley, una ex policía con el alma torturada, su misión toma un giro inesperado. En lugar de cumplir con su cometido y liquidarla, se enamora perdidamente de ella. Ahora se ve obligado a pedir la ayuda del infame Danny Black. Aunque el retorno del Británico desencadena una guerra aún más peligrosa.

Dos hombres letales con un objetivo común: sobrevivir a cualquier precio. Solo uno de ellos puede regresar con vida del otro lado.

sobrevivir al desamor, al dolor del abandono y a las luchas de poder hasta convertir a su verdadera hija en heredera de todo un imperio, en una época en la que a las mujeres no se les permitía ser dueñas de sus vidas.

***Las hijas de la criada* es una historia mágica y realista al mismo tiempo, en una Galicia extraordinaria, sobre hombres y mujeres que se rebelan contra su propio destino en busca de la verdad.**


POR EL AUTOR DE SOY PILGRIM
TERRY HAYES
EL AÑO
DE LA
LANGOSTA
Planeta